Traducción de Fernando Montero Castrillo

EN BUSCA DE RESPETO

vendiendo crack en harlem

philippe bourgois

siglo veintiuno editores



siglo veintiuno editores
Guatemala 4824 (C1425BUP), Buenos Aires, Argentina

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
Cerro del Agua 248, Delegación Coyoacán (04310), D.F., México

siglo veintiuno de españa editores, s.a.
c/Menéndez Pidal, 3 BIS (28006) Madrid, España

Bourgois, Philippe
En busca de respeto : vendiendo crack en Harlem. - 1ª ed. - Buenos Aires : Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2010.
424 p. ; 16x23 cm. - (Sociología y política)

Traducido por: Fernando Montero Castrillo

ISBN 978-987-629-129-3

1. Adicciones. 2. Consumo de Drogas. I. Montero Castrillo, Fernando, trad. II. Título
CDD 362.29

Título original: *In Search of Respect. Selling Crack in El Barrio*
(Cambridge University Press, 2003, segunda edición)

La presente edición ha sido ampliada y actualizada por el autor.

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

ISBN 978-987-629-129-3

Impreso en Artes Gráficas Delsur / / Alte. Solier 2450, Avellaneda, en el mes de julio de 2010

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Paulo Jocrino

Para Emiliano.

Cada mañana se nace de nuevo

La calle también tiene encanto, pana,
como cual compra y venta.
Tiene brisa, y fresca, tiene amor
como cualquier lugar.

¡Vaya!

Aquí la luz lustra lo oscuro
hasta que queda
como nuevo.
Te venden lo que no pediste
y no te dejan olvidar
lo que jodiste.

El comerciante audaz deambula
con el material a cuestas;
el negociante te devora
sin que te des cuenta.

Aquí verás a nuestros bellos hijos
en toda clase de infierno,
en la brega por sobrevivir y hacerlo bien,
los verás mecerse juntos en la niebla oscura
y compartir amor
y sonreír perdones como Cristo,
cargar cruces de gueto
que tan sólo aquí se pueden soportar.
¡Ajá, anda, vente a mirar!

La calle vive, pana,
como un sol joven, tierno,
gentil
como un antiguo sueño sin cumplir.
Ajá, anda, vente.

Nuestros hijos nacen como rosas,
sin espinas,
a la larga los esquinan
el racismo y el desdén.

Nuestros hijos son belleza
con derecho a nacer.
Nacer otra vez al amanecer
como un hijo del ocaso
en vuelo hacia la luz del sol,
cada mañana un nuevo renacer.

¡Punto!

Piri Thomas

Índice

Nota sobre la traducción

Toda traducción supone un reto singular, y este libro plantea el reto específico de la transposición de las formas orales a la forma escrita. Gran parte del texto está compuesta por las conversaciones que sostuvo el autor con jóvenes puertorriqueños neoyorquinos, en su gran mayoría efectuadas en inglés. Dadas las relaciones de poder que rigen actualmente las interacciones entre el inglés y el español, así como el carácter bilingüe de la diáspora puertorriqueña en los Estados Unidos, resultó necesario tomar una serie de decisiones puntuales en el intento de traducir el texto con la coherencia adecuada.

Dos decisiones fundamentales orientaron la traducción de los diálogos. En primer lugar, con el propósito de recrear la naturaleza viva de lo hablado, se optó por evitar el español estándar y aprovechar la lengua coloquial de una población específica. Acto seguido, se adoptó como instrumento de trabajo el habla popular puertorriqueña con el fin de transmitir la especificidad puertorriqueña y neoyorquina del texto. A partir de entonces, fue necesario hacer frente a los peligros que conlleva todo intento de seguir el hilo de un habla coloquial: por un lado, el del pintoresquismo populista y, por el otro, el del purismo de los defensores de la lengua que no admiten evolución ni alteración alguna del idioma.

El habla coloquial puertorriqueña se entiende aquí como una lengua heterogénea, diferente en la montaña y en la costa, en la isla y en los Estados Unidos, entre hombres y mujeres y, desde luego, entre clases sociales. Un buen ejemplo del idioma que se tuvo en mente al traducir el texto es el que utilizó en sus novelas y cuentos neoyorquinos el escritor puertorriqueño José Luis González. Un registro enciclopédico de ese español, influido por el inglés estadounidense pero aún aferrado a las estructuras sintácticas del español caribeño, ha quedado plasmado en la imprescindible versión española que el mismo González realizó del libro *La vida. Una familia puertorriqueña en la cultura de la pobreza* del antropólogo Oscar Lewis, texto cuyas tesis Philippe Bourgois pone en tela de juicio en la introducción de este libro. Asimismo, como fuentes de ideas y recursos lingüísticos han resultado útiles la obra del escritor Luis Rafael Sánchez, la traducción de *Down These Mean Streets* (de Piri Thomas)

que hizo la escritora Suzanne Dod Thomas, la larga tradición musical y literaria puertorriqueña en Nueva York y, por supuesto, el habla de los muchos puertorriqueños asentados en el norte de Filadelfia, lugar de residencia del traductor.

La mayor dificultad al trabajar con el español puertorriqueño proviene de su relación con el inglés, una relación múltiple que no puede reducirse a fórmulas fáciles de interferencia e imposición ni de hibridez y enriquecimiento. Al realizar esta traducción, fue necesario distinguir escrupulosamente, como lo sugiriera José Luis González, entre "las particularidades lícitas" del español puertorriqueño y "sus vicios injustificables", muchos de los cuales están ligados a la huella del inglés en su sintaxis.* Por ello, hemos hecho hincapié no en la imitación fonética de la lengua (aunque en ciertas ocasiones efectivamente se reemplazó la "ere" por la "ele", se elidieron las "eses" y las "des", etc.), sino en los tonos, los modismos y, en especial, la sintaxis de las clases populares puertorriqueñas. Se escribió, por lo tanto, "la mai mía" en vez de "mi mamá", "la porquería ésa" en vez de "esa porquería", "¿Cómo tú te llamas?" en vez de "¿Cómo te llamas tú?", etc., y se evitaron los anglicismos sintácticos. Ésta nos parece una manera más sutil de comunicar las propiedades únicas de un habla particular, así como una actitud más respetuosa de la dignidad de los personajes de esta historia.

FERNANDO MONTERO CASTRILLO**
Filadelfia, marzo de 2010

* Véase Arcadio Díaz Quiñones, *Conversación con José Luis González*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1976: 23-36.

** Agradezco a Philippe Bourgois, Ligia Castrillo Alfaro, Alessandro De Giorgi, Stefania De Petris, Laurie Hart, Christopher Lesser, Fernando Montero González, Juan Negrón Ayala, José Juan Pérez Meléndez, Carmín Rivera Izcoa, Matthew Steele y al personaje principal del libro, Primo, por sus comentarios acerca de la traducción, así como por sus aclaraciones respecto del sentido y uso de ciertas palabras que aparecen en el texto. Resultaron muy valiosos tanto el trabajo previo de Fernando Rodríguez sobre la introducción y los primeros tres capítulos del libro como la traducción anterior del poema "Born Anew at each A.M.", que realizó Suzanne Dod Thomas.

Agradecimientos

Quiero empezar agradeciendo a todos mis amigos y vecinos de El Barrio por permitirme entrar en sus vidas. Cambié todos los nombres y alteré las direcciones para proteger la privacidad de cada uno. Quiero agradecer sobre todo a quien he llamado Primo en estas páginas. Él siguió de cerca este proyecto de principio a fin, guió gran parte de mi trabajo de campo y continúa ofreciéndome su apoyo y amistad cada vez que regreso al vecindario. Los comentarios y correcciones que aportó al leer o escuchar múltiples versiones del manuscrito fueron de gran valor. Es un honor tenerlo a él y a sus cuatro hijos como buenos amigos más de veinte años después. El segundo personaje principal del libro, César, me ofreció críticas y análisis perspicaces al leer mis primeros borradores. Candy también me apoyó muchísimo durante el trabajo de campo así como en la primera etapa de redacción. María me brindó apoyo moral e hizo comentarios útiles en la fase final de redacción del texto. Esperanza y Jasmine, que aparecen únicamente en el epílogo de la segunda edición, hicieron posibles mis visitas de seguimiento a El Barrio y me hicieron sentir bienvenido en sus hogares junto a sus familias después de la publicación del libro. Estoy verdaderamente agradecido por la hospitalidad y calidez con que Esperanza, sus hijas y sus nietos me reciben en mis visitas ocasionales a El Barrio.

Agradezco a las siguientes instituciones por su apoyo financiero: el National Institute on Drug Abuse (subvenciones nº R01 DA10164 y R03 DA06413), la Fundación Harry Frank Guggenheim, la Fundación Russell Sage, el Social Science Research Council, la Fundación Ford, la Fundación Wenner-Gren for Anthropological Research y el United States Bureau of the Census. Tuve la suerte de colaborar con el Research Institute for the Study of Man, el Centro de Estudios Puertorriqueños de Hunter Collage, la Escuela de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Columbia y el Departamento de Antropología y el Instituto de Urbanismo de la San Francisco State University. Desde luego, estoy profundamente agradecido con el Departamento de Antropología, Historia y Medicina Social de la Universidad de California, San Francisco, y ahora con los departamentos de Antropología y Medicina Comunitaria de la Universidad de Pensilvania, que me han brindado la estabilidad laboral nece-

saria para estudiar el *apartheid* urbano estadounidense y el sufrimiento inútil al que las poblaciones vulnerables se ven sometidas a raíz del sistema político y económico contemporáneo de neoliberalismo punitivo. Paco Fernández me animó a seguir adelante con una versión en español, y la Fundación Harry Frank Guggenheim aportó por segunda vez los fondos necesarios para realizar la traducción en Puerto Rico. Aprecio mucho el trabajo inicial de Fernando Rodríguez y de Carmín Rivera Izcoa, quienes me propusieron realizar una edición puertorriqueña. Asimismo, estoy agradecido por la paciencia con que Carlos Díaz y Caty Galdeano, de Siglo Veintiuno Editores, esperaron la entrega de la versión final de la traducción. Fernando Montero Castrillo realizó un trabajo de romano (como dice mi padre), dedicándose con esmero y arte a completar esta versión en español. Es un placer que ahora podamos colaborar juntos en un nuevo proyecto de estudio en el barrio puertorriqueño de Filadelfia.

Les agradezco a Marc Edelman y al fallecido Robert Merton sus detallados comentarios del manuscrito. Aún extraño la generosa disposición y la tímida lucidez de mi mayor mentor, el fallecido Eric Wolf, quien ha dejado en mí una gran huella intelectual y emocional. Loïc Wacquant prácticamente reescribió la primera mitad de este libro (o por lo menos reescribió los títulos de los capítulos y secciones y me hizo reconsiderar varias palabras técnicas que requerían justificación conceptual) en una juerga ininterrumpida de cuarenta y ocho horas de edición que solamente él tiene la energía, claridad y delicadeza necesarias para completar a tiempo. Decenas de otros amigos, estudiantes, colegas y maestros también leyeron borradores de este libro, o por lo menos escucharon sus polémicas fundamentales. En muchas ocasiones hubo quienes me ofrecieron observaciones útiles e interesantes en conversaciones informales después de seminarios, clases, conferencias y hasta en fiestas. Algunas de estas reacciones fueron críticas y no siempre las incorporé en el texto, pero las sopesé como corresponde. En este sentido quiero dejar constancia de mi aprecio hacia Karen Colvard, John Devine, Eloise Dunlap, Angelo Falcón, Patricia Fernández Kelly, Jerry Floersch, Michel Giraud, Laurie Gunst, Ramón Gutiérrez, Charles Hale, Robert Kelly, Arthur Kleinman, Steve Koester, Antonio Lauria-Petrocelli, Gloria Levitas, Mitchell Levitas, Roberto Lewis Fernández, Jeff Longhofer, Peter Lucas, Burton Maxwell, Susan Meiselas, Sol Pérez, Alejandro Portes, Jim Quesada, René Ramírez, Tony Ramos, Rayna Rapp, Peggy Regler, Antonio Rivera, Roberto Rivera, Francisco Rivera-Batis, Clara Rodríguez, Ulysses Santamaría, Saskia Sassen, Nancy Scheper-Hugues, Jane Schneider, Carol Smith, Robert Smith, Carl Taylor, Rosa Torruellas, Frank Vardi, Joel Wallman, Eric Wanner, Terry Williams, William Julius Wilson y mi abuela fallecida, Peggy Regler.

Le estoy agradecido al fallecido Pierre Bourdieu por publicar la versión francesa de este libro en el marco de su "Série Liber" y, más significativamente, por sus críticas lúcidas y estimulantes del poder simbólico así como del papel que éste desempeña en la reproducción de las jerarquías sociales. De igual forma, le debo las gracias a Mark Granovetter, editor de la serie "Análisis estructural en las ciencias sociales" de Cambridge, por intervenir a mi favor en una coyuntura en la que casi pierdo la esperanza de llevar el proyecto a feliz término. Los editores de Cambridge a cargo de este libro, Emily Loose, Rachel Winfree, Russell Hahn y en especial Elizabeth Neal, me prestaron una ayuda incalculable. Los redactores, Nancy Landau y Phyllis L. Berk, efectuaron mejoras en la calidad final del texto en la versión en inglés. Descubrieron decenas de errores y enderezaron no pocos entuertos.

El manuscrito original no hubiese visto la luz del día a no ser por el trabajo de mecanografía, el apoyo y la calidad humana de Harold Otto y Ann Magruder, que se convirtieron en amigos cercanos pese a trabajar conmigo durante largos meses colmados de ansiedad. Asimismo, en la Fundación Russell Sage, Sara Beckman, Eileen Ferrer, James Gray, Clay Gustave, Bianca Intalán, Pauline Jones, Paula Maher, Pauline Rothstein, Emma Sosa, Madge Spitaleri, Camille Yessi, Hong Xu y Adrienne Ziklin me ofrecieron un apoyo logístico fundamental. En la San Francisco State University, Thoreau Lovell me habilitó el acceso a las computadoras fuera de horario y respondió a mis incesantes preguntas técnicas. En el Research Institute for the Study of Man, Florence Rivera Tai me brindó un gran apoyo.

La semilla que germinó en este libro se sembró durante mis años de escuela secundaria cuando leí el libro *Down These Mean Streets*, de Piri Thomas. Estoy en deuda con él por impulsarme a hacerles frente a la pobreza, el racismo y la drogadicción en mi ciudad natal. Es un honor que Piri me autorizara a reproducir, en las primeras páginas de este libro, el poema que me envió después de su lectura del manuscrito.

Por último, quiero darle las gracias a mi familia. Siempre le estaré agradecido a Charo Chacón Méndez por haber emigrado de Costa Rica directamente a El Barrio, donde nos casamos justo al comienzo de este proyecto de estudio. Vuelvo a pedirle disculpas por causarle tantos malos ratos en los años en que solía amanecerme en las calles y las casas de *crack*. ¡Cuánto mejores son las cosas ahora que somos amigos y no estamos casados! A nuestro hijo Emiliano le encantaba El Barrio. La calle nunca lo amedrentó. Un médico brusco y atormentado que hacía su pasantía en una clínica gratuita cerca de nuestro departamento fue el primero en diagnosticarle parálisis cerebral. Sospecho que la enorme confianza que tiene Nano en sí mismo, así como su facilidad para el trato con la gente, se forjaron en gran parte gracias al calor de las relaciones interpersonales en la calle. Nano era capaz de derretirles el corazón a todos los que lo veían aprendiendo a caminar con su andador por las veredas rotas llenas de ampollas de *crack*. Exudaba esa alegría de vivir cuyo secreto sólo co-

nocen los niños de dos años de edad. Seducía el corazón de todos, hasta del más matón. No me cabe ninguna duda de que Nano me ayudó a reconocer muchas de las virtudes de la vida en El Barrio. El brillo en sus ojos continúa sirviéndome de guía doce años más tarde mientras ingresa a la adolescencia lleno de energía, afecto y empatía hacia quienes lo rodean.

Mis padres también me apoyaron durante la investigación y redacción del libro. El hecho de que mi madre haya transgredido el *apartheid* yendo todos los días de la semana, durante la última década, al sur del Bronx, donde trabaja en programas de alfabetización, ha tenido un impacto muy profundo en mi escala de valores. Por su parte, mi padre me brindó la experiencia de crecer en un hogar bicultural neoyorquino. Sus continuas y apasionadas críticas "típicamente francesas" de la cultura estadounidense, al igual que su rechazo de los abusos racistas y la desigualdad socioeconómica en Nueva York, fueron antídotos eficaces contra el bombardeo ideológico alienante al que fuimos sometidos quienes nos criamos en los Estados Unidos durante la Guerra Fría. El hecho de que el gobierno Vichy lo deportara a Auschwitz en 1943 (donde efectuó el "Service de Travail Obligatoire") y que lograra escapar del campo de concentración en 1944 (después de participar en una célula antinazi) quizá me haya transmitido la determinación de documentar el racismo institucional que me toca vivir, especialmente en mi ciudad de origen. Quizá también haya sido mi padre quien me ayudó a reconocer las vicisitudes de la adicción cuando me confesó, mientras compartíamos un cigarrillo en mi adolescencia: "En los campos de concentración, yo era uno de los tontos que intercambiaban pan por tabaco". Su humilde sentido de indignación ante el recuerdo de la indiferencia o las burlas de sus compañeros a pocos metros de las cámaras de gas de Auschwitz, al advertir el olor de la quema de carne humana, me animó a escribir este libro sobre la violencia cotidiana del *apartheid* estadounidense en las postrimerías del siglo XX.

Universidad de Pensilvania, Filadelfia
Febrero de 2010

Prefacio a esta edición

Es un gran placer poder contar con una versión en español de *En busca de respeto*. Desafortunadamente, quince años después de la publicación de este libro sobre la venta de *crack* en el barrio puertorriqueño de Nueva York, el tema se halla más vigente que nunca en América Latina. *Crack*, "piedra", "roca", "patraseado", "basuco", "paco":* cualquiera sea el nombre que se le dé en un lenguaje coloquial particular, el compuesto de cocaína en su forma fumable continúa arrasando la vida de los sectores más vulnerables a lo largo del continente americano y, en menor escala, en la Península Ibérica. El *crack* representa demasiado dinero y ofrece un rapto extático demasiado potente e inmediato como para que su efecto claudique en el futuro cercano, sobre todo en la era actual, cuando una proporción cada vez mayor de la población latinoamericana se encuentra excluida de la economía legal.

La tragedia más apremiante para América Latina es consecuencia de la gran demanda de *crack* en los Estados Unidos, así como la política de "tolerancia cero" de la llamada "guerra contra las drogas" del gobierno estadounidense, que induce un aumento artificial en el precio de las drogas, incrementa los márgenes de utilidad del narcotráfico y catapulta los niveles de violencia que rodean el negocio. Las políticas de "mano dura" han generado las condiciones óptimas para que el *crack* deje sus huellas en los rincones más alejados del continente, a medida que inaugura nuevos mercados de manera casi accidental

* Cabe hacer algunas aclaraciones terminológicas básicas, pues si bien todas estas sustancias son similares en cuanto a sus efectos psicotrópicos, poseen características diferentes en función del proceso de preparación. El *crack* es la cocaína en polvo convertida una vez más en su forma básica: disuelta en agua junto con bicarbonato de sodio, la cocaína se convierte en una pequeña piedra que se puede fumar. En virtud de este proceso, que "devuelve" la cocaína a su forma básica, los colombianos llaman al *crack* "patraseado" (cocaína vuelta "para atrás"). En cambio, el paco (en Argentina) y el basuco (en Colombia) son compuestos de cocaína que aún conservan algunos de los productos utilizados para convertir la hoja de coca en polvo: son una

entre los peones del narcotráfico y las comunidades que atraviesa, ya sean centros urbanos, puertos o pueblos rurales. Realicé mis primeros proyectos de investigación a finales de los años setenta y principios de los ochenta en la Costa Atlántica de Centroamérica: trabajé en el distrito de Toledo –en el sur de Belice–, en la Mosquitia de Nicaragua, en Talamanca –en el sur de Costa Rica– y en Bocas del Toro –en el norte de Panamá–. A mi regreso a todos estos lugares en la década de 2000, comprobé que se ubicaban en las rutas de tránsito de la cocaína en su paso furtivo hacia Norteamérica. Nuevos aficionados al *crack* abundan en los senderos fangosos de todos estos territorios.

No es casualidad que la llegada del *crack* a las Américas coincidiera con el abaratamiento del transporte internacional y el auge de las tecnologías digitales. La mundialización de la producción económica y del comercio ha dado lugar a una férrea competencia internacional por la provisión de mano de obra barata. Muchos países latinomericanos de repente se descubren incapaces de competir con la proliferación de la maquila en Asia, África, Medio Oriente y Europa Central, y se encuentran en un proceso de desindustrialización sin haber pasado nunca por la industrialización. Los nietos de los campesinos lumpenizados no encuentran un modo de interactuar productivamente con ningún sector legal de la economía mundializada y terminan atrapados en tugurios, villas miserias, barriadas, *favelas*, "precarios" y "comunas", sobreviviendo a base de la única economía en la que aún es fácil encontrar trabajo: el comercio callejero de drogas. Cada vez es mayor el porcentaje de la población que vive en condiciones precarias, excluida de los sectores productivos y condenada a vidas de desnutrición y degradación física, a pesar de estar rodeada de una riqueza sin precedentes. Como consecuencia de estos niveles de pauperización masificada, cada año miles de jóvenes recurren al asesinato a fin de obtener el control de territorios para la venta de drogas.

La violencia interpersonal, la delincuencia menor y el crimen organizado y desorganizado han reemplazado la violencia politizada de la Guerra Fría. El colapso de los movimientos políticos populares, en las décadas de 1990 y 2000, abrió un vacío que han venido a llenar las iniciativas políticas punitivas dirigidas a los sectores de bajos recursos, iniciativas legitimadas en nombre de la eficiencia y autorregulación del libre mercado que, sin embargo, han aumentado la desigualdad socioeconómica en el mundo. En los países más afectados por el *crack*, las cárceles y los cementerios se han llenado de jóvenes pertenecientes a las clases populares. Reaparecen las olas de "muertos extrajudiciales", víctimas ahora no de la represión política anticomunista que caracterizó a la Guerra Fría en muchos países latinoamericanos, sino de la guerra contra la delincuencia. Vi a mi mejor amigo costarricense de los años ochenta, un jornalero agrícola politizado que apoyaba clandestinamente la formación de un sindicato comunista en la plantación de banano de la Chiquita Brands en Sixaola de

Talamanca, convertido en "piedrero" y expulsado de su familia. Ahora sobrevive en el lodo y la basura de los "chinameros", en la frontera entre Costa Rica y Panamá. Para su fortuna, no vive en Guatemala, Honduras o Colombia, donde podría desaparecer asesinado en la próxima ronda municipal de lo que suele llamarse "la limpieza social".

El *crack* es la droga lumpen por excelencia. Es una sustancia que capta el sufrimiento social y la precariedad de nuestra época. Si bien una dosis se consigue por centavos, también es posible gastar una fortuna fumando la droga cada pocos minutos. Desgasta rápidamente el cuerpo, quita el hambre y el sueño, y ofrece apenas unos instantes de placer seguidos por un ansia paranoica y voraz de adquirir más, que fácilmente se convierte en violencia. Este libro presenta la vida diaria del gueto latino de Nueva York a mediados de la década de 1980, años en que el *crack*, entonces una novedad, arrasó con toda una generación de jóvenes desempleados. No es casualidad que los puertorriqueños se encontraran en el epicentro del consumo y la venta de *crack* y cocaína en Nueva York. Antes de abalanzarse sobre los tratados de libre comercio y antes de desmantelar y privatizar sus sistemas públicos de provisión de servicios esenciales, los países de América Latina deberían examinar de cerca los efectos del modelo de desarrollo impulsado por los Estados Unidos en la isla de Puerto Rico, modelo que precipitó el desplazamiento de su población hacia guetos violentos y lejanos. Afortunadamente, los países hispanoamericanos tienen una formación histórica, cultural y religiosa muy diferente de la estadounidense, y eso les ofrece la posibilidad de crear caminos alternativos basados en conceptos de responsabilidad social y empatía para con los sectores más necesitados.

Prefacio a la segunda edición

Han transcurrido siete años desde la primera edición de este libro, en el otoño de 1995. Desde entonces, cuatro procesos importantes han alterado el compás de la vida cotidiana en las calles de East Harlem y han afectado considerablemente la vida de los vendedores de *crack* que aparecen en estas páginas: 1) la economía estadounidense atravesó el período de crecimiento sostenido más largo de su historia; 2) el número de inmigrantes mexicanos radicados en Nueva York, y especialmente en East Harlem, aumentó de manera extraordinaria; 3) la guerra contra las drogas se intensificó hasta degenerar en una política cuasi oficial de criminalización y encarcelamiento de los sectores socialmente marginados y de bajos recursos, y 4) las modas en el consumo de drogas cambiaron y la marihuana se transformó en la sustancia predilecta de los jóvenes latinos y afronorteamericanos en las zonas urbanas estadounidenses, mientras que el *crack* y la heroína perdieron gran parte de su popularidad.

En el año 2002, aún era posible obtener *crack*, cocaína y heroína en la cuadra donde yo viví durante mi estadía en East Harlem, pero el mercado de narcóticos había perdido visibilidad y se hallaba en manos de un menor número de personas. Adquirir drogas en el vecindario todavía era fácil, pero gran parte de las ventas se realizaba en el interior de los edificios, fuera de la mirada policial. Eran menos los vendedores ambulantes que competían al aire libre en las esquinas gritando la marca de las drogas disponibles. El hecho más significativo era que los jóvenes latinos y afronorteamericanos –testigos tempranos de la destrucción causada por el *crack* y la heroína entre las generaciones anteriores de sus comunidades– les seguían dando la espalda a ambas drogas. En Nueva York, los adictos al *crack* rehabilitados estaban inventando un nuevo género de literatura autobiográfica (Stringer, 1998; S. y Bolnic, 2000). No obstante, grupos considerables de adultos adictos continuaban concentrándose en las calles de la *inner city*.* Si bien resulta difícil confiar en las encuestas telefónicas gubernamentales acerca de las drogas, vale mencionar que los datos obtenidos por el Censo Nacional de Hogares sobre la Farmacodepen-

dencia, efectuado anualmente en los Estados Unidos desde 1994, no corroboran la existencia de una disminución en el "consumo regular de *crack*" en la década de 1990 (*Substance Abuse and Mental Health Services Administration*, 2000). Sin embargo, las estadísticas recopiladas por las salas de urgencias de los hospitales y las comisarías reflejan una caída drástica en el número de pruebas de orina contaminadas con cocaína entre los varones arrestados y admitidos en los hospitales en los últimos años de la década de 1990 y en el año 2000 (CESAR FAX, 2001).

En la mayoría de las grandes ciudades estadounidenses, el *crack* se instalaba con facilidad principalmente en las zonas más pobres de los vecindarios afronorteamericanos. Los expendios de *crack* continuaban ubicándose ya sea en los complejos habitacionales, los lotes baldíos y los edificios abandonados, o en las zonas aledañas a estos sitios. En Nueva York, aunque los efectos del consumo de *crack* se habían reducido, éste aún representaba una catástrofe cuyo epicentro se situaba en los barrios puertorriqueños.

Al contrario de lo que ha sucedido con el *crack*, el consumo de heroína creció en numerosas ciudades en la segunda mitad de la década de 1990 y a principios de la década de 2000. A lo largo y ancho de los Estados Unidos, el precio de la heroína cayó mientras que su pureza mejoró, hecho que desmiente las afirmaciones de que el gobierno estadounidense tiene posibilidades de ganar la guerra contra las drogas. La nueva afición por la heroína, no obstante, surgió especialmente entre grupos de jóvenes blancos radicados fuera de los guetos estadounidenses, un sector de la población que suele rechazar el *crack*. En mis últimas visitas a East Harlem, la heroína carecía de popularidad entre los jóvenes latinos y afronorteamericanos, sobre todo en su forma intravenosa. Los expendios de *crack* y heroína parecían hospitales geriátricos, con personas que rondaban los cuarenta y los cincuenta años.

En resumen, en 2002, tanto el *crack* como la heroína representaban negocios multimillonarios que afectaban con especial virulencia a las familias de la *inner city* estadounidense. Las nuevas generaciones en East Harlem, sin embargo, desempeñaban el papel de vendedores con mucha mayor frecuencia que el de consumidores. Los jóvenes latinos y afronorteamericanos que en efecto consumían heroína o *crack* lo hacían a escondidas de sus amistades. Si bien tenemos una comprensión pobre de las transformaciones en las preferencias respecto al consumo de drogas, lo cierto es que, al comenzar el siglo XXI, Estados Unidos tuvo la fortuna de que la marihuana y el licor de malta cumplieran una década como las sustancias predilectas de los jóvenes latinos y afronorteamericanos partícipes de la cultura callejera (Golub y Johnson, 1999).

Aún más importante que los patrones de consumo y que las bravatas de los políticos sobre las drogas resultó ser el auge de la economía estadounidense a finales de los años noventa, período en que las tasas de desempleo cayeron a niveles inauditos. Para mi sorpresa, varios de los vendedores de *crack* con quienes interactué durante mi estadía en East Harlem, así como sus familiares, se beneficiaron del período de crecimiento económico sostenido, al menos hasta que cayó en picada entre 2001 y 2002. Cerca de la mitad de los personajes de este libro lograron incorporarse a las categorías inferiores del mercado laboral legal antes de la recesión económica de 2001. El epílogo de esta segunda edición discute los hechos con mayor detalle personal, pero a modo de ejemplo, entre 2001 y 2002, la situación laboral de los protagonistas era la siguiente: uno de los antiguos narcotraficantes trabajaba como portero y se había asociado a un sindicato, otra tenía un puesto como auxiliar de enfermería domiciliaria y otro como asistente de plomero. Otros tres trabajaban como constructores para pequeños contratistas sin autorización. Una de las protagonistas encontró empleo como cajera en una tienda de *souvenirs* turísticos. Dos de las hermanas de los antiguos vendedores de *crack* trabajaban como auxiliares de enfermería y otra como secretaria. La pareja de uno de los personajes consiguió un puesto como cajera en un banco, otra era guardia de seguridad y una tercera distribuía productos Avon. El hijo mayor de uno de los protagonistas trabajaba como cajero en un restaurante de comida rápida, otro vendía drogas y otros dos cumplían penas de cárcel, uno por narcotráfico y el otro por un robo. Tres o cuatro de los protagonistas aún vendían drogas, pero más que nada marihuana en vez de heroína o *crack*. Otros tres de los antiguos narcotraficantes cumplían largas penas de cárcel, e irónicamente han de haber estado trabajando en el incipiente sector manufacturero de las cárceles estadounidenses por sueldos considerablemente inferiores al mínimo estipulado por ley.

En otras palabras, el repunte extraordinario de la economía estadounidense en la segunda mitad de los años noventa obligó a empresarios y sindicatos a incorporar en el mercado laboral a un gran número de puertorriqueños y afronorteamericanos marginados, lo que representó un contraste estructural en relación con lo que acontecía a finales de los años ochenta y principios de los noventa, años en que realicé el trabajo de campo que presento en este libro, y en los cuales la economía atravesaba tiempos difíciles. Sin embargo, incluso en el verano de 2000, año en que la época de bonanza económica alcanzó su punto culminante, gran parte de los jóvenes de la *inner city* continuaban excluidos del mercado laboral. Este sector marginado de la población se había tornado casi completamente superfluo desde el punto de vista de la economía legal, y seguía enmarañado en la todavía rentable economía del narcotráfico, un sistema carcelario en veloz expansión y una amalgama de dificultades relacionadas con el consumo de drogas y la violencia cotidiana interpersonal. En términos políticos y económicos, el futuro no se mostraba esperanzador para los pobladores pobres de los guetos neoyorquinos, independientemente de las fluctuaciones económicas nacionales y regionales, como lo demuestra lo suce-

dido tras la catástrofe de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, cuando Estados Unidos se adentró en una nueva recesión económica. En 2000, el país alcanzó la mayor disparidad entre ricos y pobres de todas las naciones industrializadas, brecha que continúa ensanchándose (*New York Times*, 26 de septiembre de 2001: A12; véase también U. S. Census Bureau [Oficina del Censo], 2001). A nivel local, el estado de Nueva York vio crecer la desigualdad en la distribución de ingresos en mayor medida que cualquier otro estado del país en las últimas tres décadas del siglo XX (*New York Times*, 19 de enero de 2000: B5).

La abundancia de empleos básicos mal remunerados en el mercado laboral neoyorquino ha tenido como efecto secundario la acelerada inmigración de mexicanos indocumentados que abandonan la pobreza de sus pueblos de origen y arriban a Nueva York dispuestos a trabajar arduamente por sueldos inferiores al nivel de pobreza. Cuando me fui del vecindario, en 1991, la presencia mexicana ya era considerable; en efecto, la primera edición de este libro menciona las tensiones entre los jóvenes puertorriqueños y los mexicanos recién llegados. El epílogo de la primera edición, escrito en 1994 e incluido en esta edición, presenta estadísticas que reflejan el rápido aumento en el número de mexicanos en East Harlem a principios de los años noventa. Dicho proceso se aceleró aún más en la segunda mitad de la década. En 1991, por lo menos tres edificios de las cuadras aledañas se hallaban ocupados exclusivamente por mexicanos recién llegados, por no mencionar otros dos edificios poblados por grupos de senegaleses provenientes de las zonas rurales de su país. En una de mis últimas visitas de seguimiento al vecindario, una de las cuadras contiguas a mi antigua manzana había pasado a ser completamente mexicana. Mientras que durante mi estadía en East Harlem solamente conocí un restaurante mexicano –un establecimiento sin nombre que no tenía autorización para la venta de comestibles–, en los primeros años de la década de 2000 el vecindario estaba colmado de negocios y restaurantes especializados en productos mexicanos. En resumen, una nueva oleada inmigratoria inauguraba otro proceso de sucesión étnica en East Harlem y renovaba la población desde los márgenes de la economía estadounidense, pero en busca tenaz del sueño americano.

En 2002, nuevas pequeñas empresas aparecieron en calles previamente abandonadas y amuralladas del vecindario. En mi antigua cuadra, el proceso de revitalización iniciado en 1994 se aceleraba notablemente. Junto a mi edificio, una fila de edificios residenciales de cuatro pisos había reemplazado al lote baldío colmado de basura que había permanecido abandonado por más de quince años. El edificio inmenso al otro lado de la calle, incendiado en los años setenta, había sido restaurado y transformado en un centro de rehabilitación para madres toxicómanas. Cinco nuevos negocios se habían instalado en la cuadra: dos salones de belleza, un videoclub, un restaurante de comida

Solamente uno de los dos almacenes originales de la cuadra continuaba vendiendo drogas, aunque ahora se limitaba a vender marihuana. La heroína que todavía se vendía en la esquina se había vuelto más pura que nunca, pero las tres compañías que solían competir por el dominio del mercado habían desaparecido. Al igual que en los años ochenta y principios de los noventa, al caer la noche la clase trabajadora cedía el control del espacio público a los narcotraficantes y adictos. Sin embargo, en términos generales, el fortalecimiento de la economía, las transformaciones en los patrones de consumo de drogas y las oleadas de trabajadores indocumentados vigorizaron la presencia de la clase trabajadora en el espacio público, lo que tuvo como consecuencia el debilitamiento del destructivo magnetismo de las drogas, el crimen y la violencia para quienes buscaban la superación socioeconómica.

Si bien el fortalecimiento del sector privado y la inmigración tuvieron efectos positivos sobre East Harlem, el gobierno estadounidense mantuvo en la práctica su política de negligencia hacia la *inner city*, especialmente hacia los barrios afronorteamericanos y latinos. En la década de 1990, la ya de por sí raquítica e infradotada red de protección social degeneró en una costosa e inclemente red de captura penal. El sistema carcelario estadounidense creció vertiginosamente durante este período y llegó a convertirse en un verdadero complejo industrial, más grande en términos per cápita al de cualquier país del mundo, a excepción de Rusia y Ruanda. La tasa de encarcelamiento en los Estados Unidos se duplicó en el transcurso de los años noventa, al final de los cuales alcanzó una dimensión entre seis y doce veces mayor que la de los países de la Unión Europea (Wacquant, 1999: 72). Los patrones de encarcelamiento adquieren un aura de *apartheid* cuando se examinan las disparidades étnicas que suponen (Wacquant, 2000). Según las estadísticas, uno de cada tres hombres afronorteamericanos tiene probabilidades de acabar en la cárcel en algún momento de su vida, en comparación con uno de cada veinticinco hombres blancos y uno de cada seis latinos. Tal discrepancia en las tasas de encarcelamiento ha sido una de las consecuencias de la llamada "guerra contra las drogas". A comienzos del siglo XXI, la probabilidad de que un afronorteamericano cayera preso por un caso relacionado con drogas era veinte veces mayor que la de una persona blanca. La segregación carcelaria era aún más alarmante en el estado de Nueva York, donde el 89 por ciento de los prisioneros eran afronorteamericanos o latinos (Macallair y Taqi-Eddin, 1999).

Rudolph Giuliani, alcalde neoyorquino entre 1993 y 2001, es conocido mundialmente por impulsar una política de "tolerancia cero" contra el delito menor basada en la infame teoría de las "ventanas rotas" (Kelling y Coles, 1996). Su estrategia se concentró en combatir los llamados "crímenes contra la calidad de vida", lo que significó el arresto indiscriminado de mendigos, limpiadores

americanos vestidos al estilo *hip hop* que vagaban en las calles. El costo en términos de violaciones a los derechos humanos fue elevado, con un aumento extraordinario en los casos de brutalidad policíaca de carácter racial. La estrategia culminó con una serie de escándalos públicos, entre ellos la tortura de un haitiano a quien interrogadores policiales sodomizaron repetidamente con parte de un palo de escoba durante un interrogatorio en una comisaría, y el asesinato de un inmigrante guineano desarmado, víctima de cuarenta y un disparos en el vestíbulo de su edificio. La política de mano dura también resultó ser sumamente onerosa. La municipalidad amplió la fuerza policial en más de 7000 oficiales para alcanzar un total de 40 000 policías, la mayor expansión de su historia, mientras que el presupuesto dedicado a la salud, la educación, el sistema de adopciones y otros servicios públicos entró en un período de austeridad. En la década de los noventa, el estado de Nueva York gastó más de 4500 millones de dólares en la construcción de nuevas cárceles, por no mencionar el costo de operación que ellas demandaron, que en 1998 alcanzó los $32 000 anuales por presidiario en las cárceles del norte y $66 000 per cápita en la Isla de Riker, la cárcel municipal de Nueva York (Camp y Camp, 1998).

Los partidarios de políticas antidrogas represivas suelen subrayar la caída considerable en las tasas de criminalidad en Nueva York durante la segunda mitad de los años noventa, sin tomar en cuenta que esta disminución no fue excepcional en comparación con la que aconteció en ciudades donde no se criminalizó la indigencia ni se aumentaron las tasas de arresto. Efectivamente, los expertos en estadísticas calculan que las tasas criminales disminuyeron menos en estados donde la población encarcelada aumentó en mayores números que en estados donde dicha población creció por debajo del promedio (*New York Times*, 28 de septiembre de 2000: A16). El crimen en Nueva York, al igual que en el resto del país, comenzó a disminuir en los años anteriores a 1994, año en que Giuliani instauró las célebres políticas de mano dura. Los analistas políticos habituados a manejar cifras aseguran que el auge económico estadounidense y las transformaciones demográficas –sobre todo la disminución del número de jóvenes entre dieciocho y veinte años– cumplieron un papel mucho mayor en la reducción de las tasas de criminalidad que los nuevos métodos de control del crimen (Blumstein y Wallman, 2000). A pesar de estas críticas, las técnicas policiales neoyorquinas se han convertido en estandarte de la ideología neoliberal, que propone como solución a los problemas urbanos "el encarcelamiento de todo delincuente menor, especialmente los adictos" y "la criminalización de la miseria" (Wacquant, 1999: 74, 151). El espacio público de las ciudades estadounidenses, dominado por la clase media anglosajona, se desembarazó del espectáculo desagradable de la pobreza. Con las heridas supurantes del sufrimiento social esterilizadas, los precios de los bienes inmuebles se dispararon y el turismo alcanzó niveles inauditos.

Sorprendentemente, muchos de los narcotraficantes con quienes trabé amistad –a excepción de los más jóvenes, inexpertos y violentos– han logrado evitar la cárcel. El efecto más inmediato del recrudecimiento de la guerra contra las drogas en la vida de los personajes de este libro ha sido el cumplimiento estricto de las políticas federales de tolerancia cero [*one-strike-you're-out*] en los complejos habitacionales del Instituto Neoyorquino de Vivienda. A mediados de los años noventa, la presencia de un convicto en un departamento subsidiado se convirtió en causa legal suficiente para desalojar a un núcleo familiar completo, independientemente de la edad o el nivel de vulnerabilidad social de los involucrados. Numerosas ciudades han decidido no cumplir rígidamente con esta ordenanza federal, pero Nueva York sí lo hizo. Por consiguiente, la mayoría de los narcotraficantes que aparecen en estas páginas fueron desalojados, por lo general junto a sus familias. Muchos de ellos –incluso los dos personajes principales del libro– se vieron obligados a marcharse de Manhattan o incluso del estado de Nueva York. A lo largo y ancho de la ciudad, cientos de ancianos terminaron en la calle por acoger a un nieto o nieta en el sofá de su sala. No se hicieron excepciones en casos en que los abuelos padecían de senilidad e ignoraban las actividades criminales de los nietos, ni en aquellos en que los nietos intimidaban a los abuelos (véase *New York Times*, 27 de marzo de 2002: A20). Aún más dramáticos fueron los casos de tres bebés recién nacidos cuyas madres perdieron sus respectivos departamentos al hospedar a tres de los protagonistas de este libro, lo que las obligó a buscar refugio en albergues para indigentes o en los cuartos hacinados de sus familiares.

El aspecto más preocupante de la situación actual en East Harlem es la devastación que deben enfrentar los hijos de los protagonistas de este libro. Regreso a Nueva York una o dos veces al año desde la primera edición. Busco a mis viejos conocidos para saludarlos y ponerme al día de los acontecimientos. En estas visitas de seguimiento, he tenido la oportunidad de conversar, primero como adolescentes y luego como adultos jóvenes, con los hijos de los traficantes, que aparecen ocasionalmente en estas páginas como niños pequeños. Mi interacción con ellos me ha proporcionado una muestra más del sufrimiento social que continúa generándose en East Harlem a despecho de las fluctuaciones económicas y la reducción del consumo de drogas entre los jóvenes. Los habitantes más vulnerables de la *inner city* son los hijos de los residentes más jóvenes. El sueño americano se los traga y los regurgita sólo para que, una década más tarde, se vean reciclados a un costo humano y financiero extraordinario por el complejo industrial de las cárceles estadounidenses.

San Francisco, abril de 2002

Introducción

Pana, yo no culpo a nadie aparte de a mí mismo por la situación en la que estoy.
Primo

Me metí en el *crack* en contra de mi voluntad. Cuando llegué a East Harlem, El Barrio,[1] en la primavera de 1985, buscaba un departamento económico en Nueva York donde pudiera escribir un libro sobre la experiencia de la pobreza y la marginación étnica en el corazón de una de las ciudades más caras del mundo. Desde una perspectiva teórica, me interesaba examinar la economía política de la cultura callejera en la *inner city*.* Desde una perspectiva personal y política, deseaba investigar el talón de Aquiles de la nación industrializada más rica del mundo, y documentar la manera en que les impone la segregación étnica y la marginación económica a tantos de sus ciudadanos afronorteamericanos y latinos.

Pensaba que el mundo de las drogas sería solamente uno de los muchos temas que exploraría. Mi intención original era indagar la totalidad de la economía subterránea (no sujeta a impuestos), desde la reparación de autos y el cuidado de niños hasta las apuestas ilegales y el tráfico de drogas. Antes de conocer el vecindario, nunca había escuchado hablar del *crack*, ya que este compuesto quebradizo hecho de cocaína y bicarbonato de sodio, procesados para formar gránulos eficazmente fumables, aún no se había convertido en un producto de venta masiva.[2] Al concluir mi primer año, sin embargo, la mayoría de mis amigos, vecinos y conocidos habían sido absorbidos por el ciclón multimillonario del *crack*: lo vendían, lo fumaban, se desesperaban por él.

* La expresión *inner city* surgió en los años ochenta en los Estados Unidos como un eufemismo de la palabra "gueto", que sigue utilizándose en la lengua coloquial para referirse a los enclaves urbanos altamente segregados como el Bronx y Harlem. No hay palabra en español que condense los significados culturales, sociales y políticos que ha llegado a poseer esta expresión. Otros traductores de los artículos de Philippe Bourgois han utilizado frases más extensas como "los distritos pobres de la ciudad central", "las zonas urbano-marginales" y "las zonas deprimidas de la ciudad". Aquí hemos decidido conservar la expresión en inglés, siguiendo el criterio de la traducción francesa de este libro (París, Seuil, 2001, traducción de Lou Aubert). Véase también la traducción al italiano que hizo Alessandro De

Siguiéndoles el rastro, observé cómo la tasa de homicidios ascendía vertiginosamente en los *tenements** frente a mi edificio hasta convertirse en una de las más elevadas de Manhattan.[3] Las ampollas vacías de *crack* crujían bajo los pies de los peatones, tanto en la vereda frente al edificio incendiado y abandonado de la esquina de mi cuadra como en los terrenos baldíos repletos de basura que rodeaban mi edificio. Casi diez años después, cuando la primera edición de este libro iba a la imprenta, los llamados "expertos en drogas" seguían discutiendo la posibilidad de que el país padeciera un serio problema con las drogas mientras esta misma vereda continuaba llenándose de todo tipo de restos derivados de su uso. La única diferencia a mediados de los años noventa era que en las cunetas había jeringas hipodérmicas junto a las ampollas de *crack* . La heroína se había vuelto a sumar al *crack* y a la cocaína como una de las drogas predilectas de los residentes de la *inner city*. Tras bajar el precio y mejorar la calidad de su producto, los proveedores internacionales de heroína recuperaron la participación que habían perdido en el mercado de sustancias psicoactivas.[4]

LA ECONOMÍA SUBTERRÁNEA

Este libro no habla exclusivamente sobre el *crack*. El consumo de drogas en las zonas urbanas es solamente un síntoma –y a la vez un símbolo vivo– de una dinámica profunda de alienación y marginación social. Desde luego, en un plano personal inmediatamente perceptible, la narcodependencia es uno de los hechos más brutales entre los que configuran la vida en las calles. Sin embargo, a la veintena de traficantes con quienes entablé amistad, al igual que a sus familias, no les interesaba mucho hablar acerca de las drogas. Más bien, querían que yo supiera y aprendiera sobre la lucha diaria que libraban por la dignidad y para mantenerse por sobre la línea de pobreza.

De acuerdo con las estadísticas oficiales, mis vecinos de El Barrio debieron haber sido pordioseros hambrientos y harapientos. Dado el costo de la vida en Manhattan, para la mayoría de ellos debió de haber sido imposible pagar el alquiler y hacer las compras mínimas de alimentos y, además, lograr cubrir el costo de la electricidad y el gas. Según el censo de 1990, el 39,8 por ciento de los residentes de East Harlem en ese año vivían bajo la línea federal de pobreza (en comparación con el 16,3 por ciento de todos los residentes de Nueva York) y un 62,1 por ciento percibía menos del doble del ingreso oficial que demarca ese nivel. Las manzanas a mi alrededor eran aún más pobres: la mitad de los residentes vivía bajo la línea de pobreza.[5] Si se toma en cuenta el precio de los bienes y servicios básicos en Nueva York, esto quiere decir que, de acuerdo con las medidas económicas oficiales, más de la mitad de la población de El Barrio no tenía lo necesario para subsistir.

No obstante, la gente no está muriéndose de hambre a gran escala. Muchos niños y ancianos carecen de dietas adecuadas y padecen frío en el invierno, pero la mayor parte de la población viste adecuadamente y goza de buena salud. Rehuyendo tanto el censo como los impuestos, la inmensa economía subterránea permite que cientos de miles de neoyorquinos vecinos de barrios como East Harlem logren subsistir, aunque sea con el mínimo de las facilidades que los estadounidenses perciben como sus necesidades básicas. Mi principal propósito era estudiar los métodos alternativos de generación de ingresos, las estrategias en las que los jóvenes de mi vecindario parecían invertir mucho de su tiempo y energía.

A lo largo de las décadas de 1980 y 1990, poco más de una de cada tres familias en El Barrio recibía asistencia pública.[6] Los responsables de estos hogares pobres se veían obligados a buscar ingresos suplementarios para mantener vivos a sus hijos. Muchas eran madres que optaban por cuidar a los hijos de algún vecino o por limpiar la casa de algún inquilino. Otras trabajaban por las noches como cantineras en las casas de baile o en los clubes sociales dispersos por el vecindario. Algunas trabajaban en sus casas como costureras sin registrar para contratistas de las compañías textiles. Muchas otras, sin embargo, se veían obligadas a entablar relaciones amorosas con hombres capaces de ayudar a sufragar los gastos del hogar.

Las estrategias masculinas en la economía informal eran mucho más visibles. Algunos reparaban automóviles en las calles; otros esperaban en la entrada de los edificios a cualquier subcontratista que deseara emplearlos en tareas nocturnas informales, como la reparación de ventanas y la demolición de edificios. Muchos vendían "bolita", la versión callejera de las apuestas hípicas. El grupo más conspicuo, el que vendía pequeñas cantidades de una u otra droga ilegal, formaba parte del sector multimillonario más robusto de la pujante economía clandestina. La cocaína y el *crack*, sobre todo a mediados de los años ochenta y principios de los noventa, seguidos por la heroína y la marihuana desde mediados de los años noventa hasta finales de la década de 2000, representaban si no la única fuente de empleo igualitario para la población masculina de Harlem, al menos la de mayor crecimiento. La venta de drogas continúa superando holgadamente cualquier otra fuente de generación de ingresos, tanto legal como ilegal.[7]

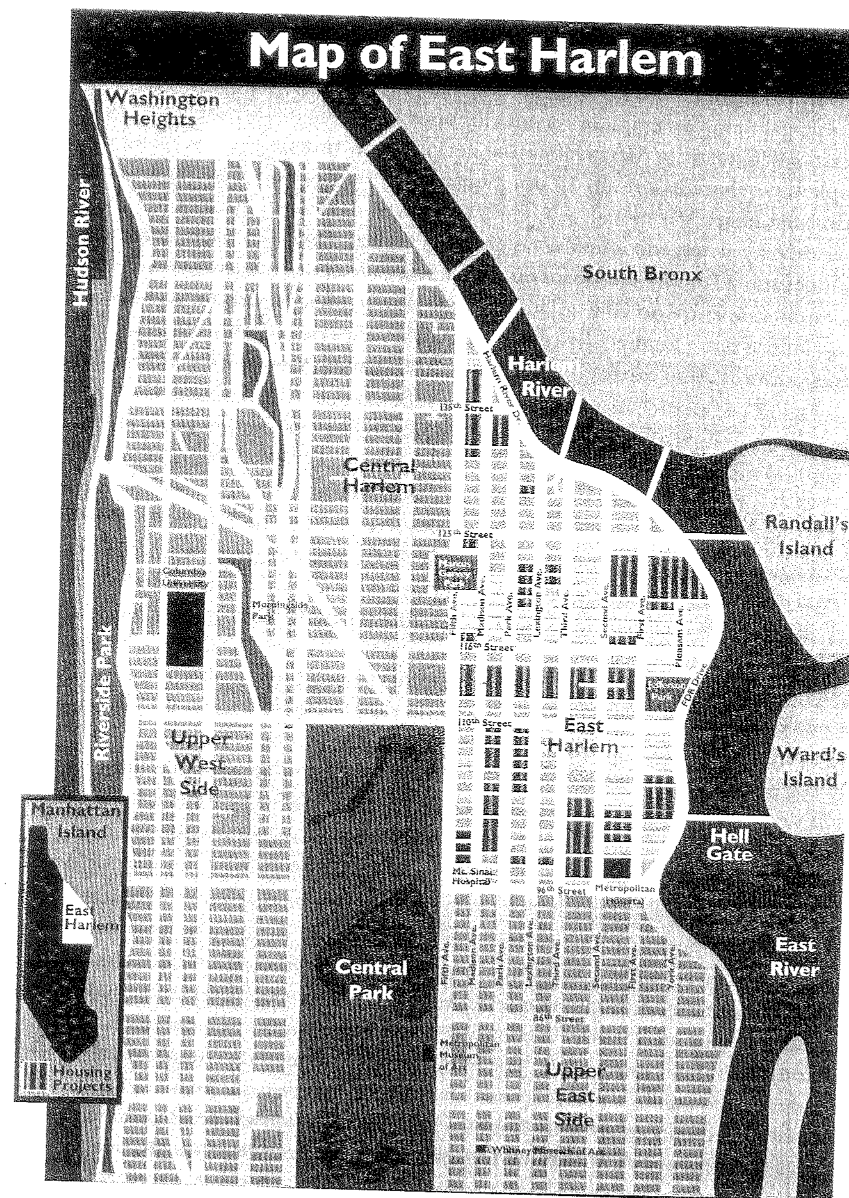
La calle frente a mi edificio no era atípica, y dentro de un radio de dos cuadras era posible comprar *crack*, heroína, cocaína en polvo, valium, polvo de án-

* Edificios angostos construidos en Nueva York durante el siglo XIX y principios del XX para el alquiler de departamentos económicos. [N. del T.]

gel,[8] metadona, marihuana, mescalina, jeringas, alcohol de contrabando y tabaco. A cien metros de mi edificio, tres casas de *crack* vendían ampollas de droga a 2, 3 y 5 dólares. Unas calles más abajo, en una de las varias "fabriquillas de pastillas" [*pill mill*] del vecindario, un médico distribuyó 3,9 millones de dólares en recetas de Medicaid* en un solo año y obtuvo casi un millón de dólares por sus servicios. El 94 por ciento de sus "medicinas" estaba en la lista de los "fármacos recetados de los que se abusaba con mayor frecuencia" del Departamento de Servicios Sociales. Los beneficiarios de estas prescripciones revendieron la mayor parte de las píldoras que recibieron, ya sea al por menor en las esquinas o al por mayor a precio de descuento en las farmacias. En la cuadra donde yo vivía, arriba de la casa de *crack* donde llegaría a pasar gran parte de mi tiempo por las noches, otra clínica insalubre repartía sedantes y estupefacientes a una multitud de adictos demacrados. Los heroinómanos, sedientos y apiñados, esperaban la llegada de la enfermera encargada de levantar los portones no señalizados de la clínica, y absortos la veían fijar, sobre la ventana forrada de linóleo, un cartel de cartón escrito a mano que anunciaba: "LLEGÓ EL DOCTOR". Nunca pude investigar el volumen de negocios de esta clínica porque las autoridades nunca la allanaron. Sin embargo, en el caserío público frente a la mencionada "fabriquilla", la policía del Instituto Neoyorquino de Vivienda arrestó a una madre de cincuenta y dos años y a sus hijas de veintidós y dieciséis en el momento en que empacaban diez kilos de cocaína adulterada en ampollas *jumbo* de un cuarto de gramo. Estas empresarias se habrían embolsado más de un millón de dólares de haber vendido toda su mercancía. Al allanar el departamento, la policía encontró $25 000 en billetes de bajas denominaciones.

En otras palabras, hay millones de dólares al alcance de los jóvenes que crecen en los *tenements* y los complejos habitacionales de East Harlem. ¿Por qué esperar, entonces, que estos jóvenes estén dispuestos a tomar el tren todos los días para ir a trabajar a las oficinas del distrito financiero para ganar salarios mínimos, cuando pueden ganar mucho más dinero vendiendo drogas en la esquina o en el patio escolar? Siempre me sorprende que tantos hombres y mujeres de la *inner city* permanezcan aferrados a la economía legal, trabajando de nueve de la mañana a cinco de la tarde más algunas horas extra, para ganar apenas lo suficiente para cubrir sus gastos básicos. De acuerdo con el censo de 1990, el 48 por ciento de todos los varones y el 35 por ciento de todas las mujeres mayores de dieciséis años de East Harlem tenían empleos legales, en comparación con el 64 por ciento de los varones y el 49 por ciento de las mu-

* Seguro de salud del gobierno de los Estados Unidos destinado a personas con bajos ingresos. [N. del T.]



Fuentes: Housing Environments Research Group of New York: Kevin Kearney

jeres de toda la ciudad.[9] Los datos de mi vecindario indicaban que el 53 por ciento de todos los varones mayores de dieciséis años (1923 de un total de 3647) y el 28 por ciento de todas las mujeres (1307 de un total de 4626) trabajaban legalmente en empleos reconocidos por la oficina del censo. Un 17 por ciento adicional de la fuerza laboral se declaraba sin trabajo pero en busca de empleo, comparado con un 16 por ciento en El Barrio y un 9 por ciento en todo Nueva York.[10]

Es difícil y arriesgado emplear las estadísticas del censo para hacer generalizaciones sobre la *inner city*. Varios estudios encargados por la Oficina Censal demuestran que entre un 20 y un 40 por ciento de los jóvenes afronorteamericanos y latinos entre los diecisiete y los veinticuatro años de edad no aparecen en sus estadísticas. Muchos de ellos se ocultan deliberadamente, pues temen sufrir represalias por participar en la economía subterránea.[11] El Instituto Neoyorquino de Vivienda (NYCHA, por sus siglas en inglés) ha intentado medir la magnitud del encubrimiento en los sectores de bajos ingresos. En un informe de 1988, el Instituto compara y analiza los crecientes gastos de mantenimiento del Departamento de Bienestar Público con los de la Junta de Educación y determina que la población que vive en sus departamentos supera en un 20 por ciento el número que registra el censo.[12] Estas y otras cifras nos permiten hacer un cálculo aproximado de los números específicos para East Harlem y el microvecindario donde llevé a cabo mi trabajo de campo. Si suponemos que existe igual proporción entre las personas de ambos sexos, el desequilibrio entre el número de hombres y mujeres mayores de dieciséis años (3647 contra 4626) en las cuadras aledañas a mi edificio indica que alrededor de 979 varones (el 21 por ciento) eludieron el conteo oficial. Para la ciudad en su totalidad, hubiese sido necesario agregar un 16 por ciento de varones mayores de dieciséis años para obtener un equilibrio perfecto entre adultos de ambos sexos. En El Barrio, el 24 por ciento de los hombres no figuró en las estadísticas oficiales.

Resulta aún más complicado determinar el volumen de la economía subterránea, por no mencionar el narcotráfico.[13] El censo, por definición, no proporciona datos sobre el tema. Si presuponemos que en las zonas urbanas el conteo oficial excluye a menos familias que individuos, una estrategia para medir la economía informal sería tomar en cuenta el número de familias que declara no recibir ingresos por concepto de "jornal o salario". Esta medida comparativa, sin embargo, sólo puede ser rudimentaria, ya que algunas familias se autoemplean en labores legítimas o viven de la jubilación. Además, muchas personas involucradas en la economía sumergida trabajan simultáneamente en empleos legalmente registrados. Este método alternativo tampoco logra medir el narcotráfico, porque gran parte de las familias que complementan sus ingresos con actividades irregulares tienen empleos lícitos y se mantienen al margen de las drogas. No obstante, se debe suponer que un gran número de hogares que no declaran

Tabla 1

Indicadores sociales comparativos por vecindario según el censo de 1990

	Número de habitantes	% de puertorriqueños	% de afronorteamericanos	% de habitantes bajo el nivel de pobreza	% de hogares con asistencia pública	% de hogares sin jornal ni salario	% de mujeres > 16 años con empleo	% de hombres > 16 años con empleo	% de hombres >16 faltantes en relación con # de mujeres > 16
Microvecindario de la casa de *crack*	11 599	56	33	49	42	46	28	53	21
East Harlem	110 599	52	39	40	34	40	35	48	24
Nueva York	7 322 564	12	25	19	13	26	49	64	16

Fuentes: New York City Department of City Planning, Population Division 1992 [Agosto 26]; New York City Department of City Planning 1993 [Marzo]; New York City Department of City Planning 1993 [Diciembre]; *1990 Census of Population and Housing Block Statistics.*

salarios dependen de una combinación de ingresos clandestinos, entre los cuales la venta de drogas puede representar una fuente importante.

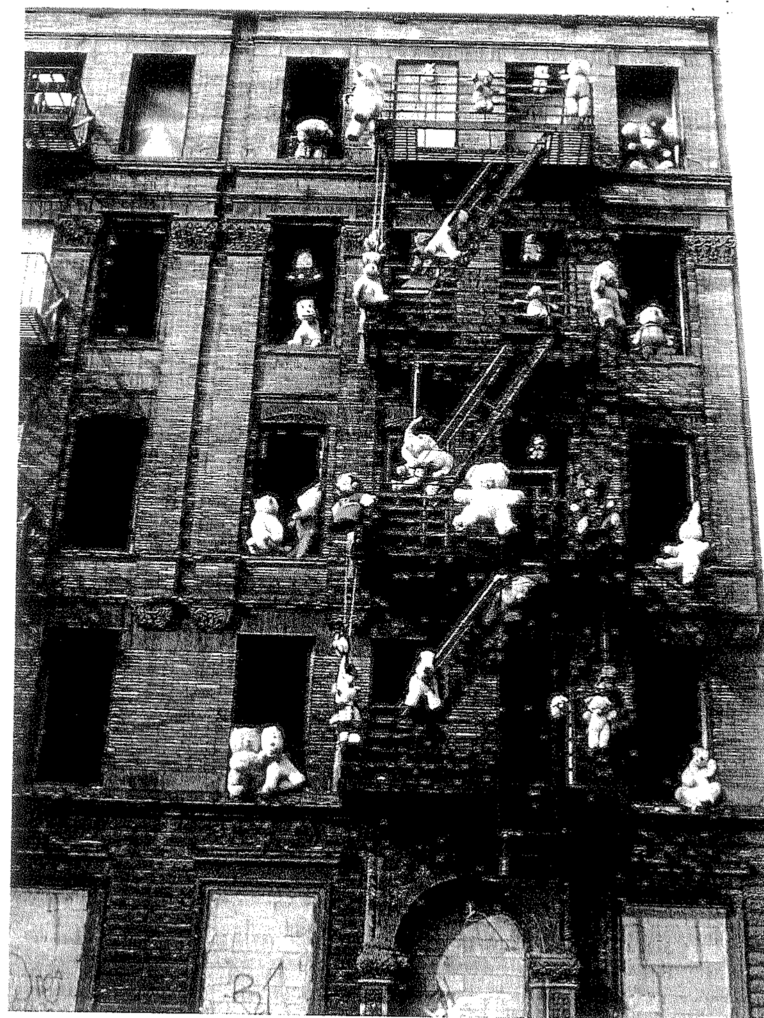
En todo caso, según las estadísticas oficiales, durante los años ochenta el 40 por ciento de los hogares de El Barrio no ganaba ingresos sujetos a impuestos, en comparación con el 26 por ciento de toda la ciudad de Nueva York. Los vecinos de las manzanas a mi alrededor estaban un poco más implicados en la economía clandestina, pues sólo el 46 por ciento de los 3995 hogares recibía sueldo o salario.

El número de hogares beneficiarios de la asistencia pública [*welfare*] representa otra medida útil para calcular el volumen de la economía informal. Es evidente que ninguna familia puede vivir únicamente de la asistencia federal, y que cualquier ingreso que declare se le descontará del cheque que recibe quincenalmente así como de su cuota mensual de cupones alimenticios. En las cuadras cercanas a mi edificio, el 42 por ciento de los hogares recibía ayuda federal, en contraste con el 34 por ciento de todos los hogares de East Harlem y el 13 por ciento de toda la ciudad de Nueva York.[14]

LA CULTURA DE LAS CALLES: RESISTENCIA Y AUTODESTRUCCIÓN

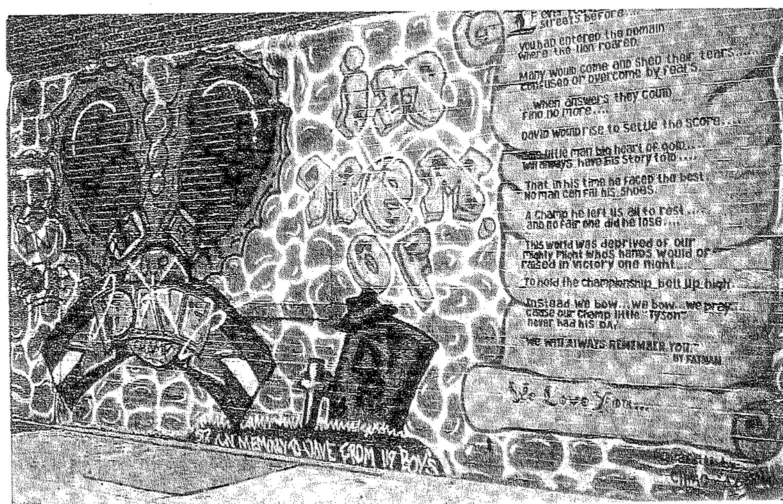
Cuando se aventuran fuera de su vecindario, los jóvenes de El Barrio a menudo enfrentan un ataque cultural que agrava la angustia de nacer y crecer pobres en la ciudad más rica del mundo. Esto ha producido en Nueva York lo que yo llamo la "cultura callejera de la *inner city*": una red compleja y conflictiva de creencias, símbolos, formas de interacción, valores e ideologías que ha ido tomando forma como una respuesta a la exclusión de la sociedad convencional. La cultura de la calle erige un foro alternativo donde la dignidad personal puede manifestarse de manera autónoma.

En el caso particular de los Estados Unidos, la concentración de poblaciones socialmente marginadas en enclaves deprimidos, ecológica y políticamente aislados del resto de la sociedad, ha fomentado una explosiva creatividad cultural como desafío al racismo y a la subordinación económica. Esta cultura callejera de resistencia no es un universo consciente o coherente de oposición política. Por el contrario, es un conjunto espontáneo de prácticas rebeldes que se ha forjado paulatinamente como un modo, un estilo, de oposición. Irónicamente, a través del mercado de la música, la moda, el cine y la televisión, la sociedad convencional suele absorber estos estilos antagónicos, y los recicla como "cultura popular".[15] En efecto, algunas de las expresiones lingüísticas elementales con las que la clase media norteamericana se refiere a la autoestima (tales como *cool*, *square* o *hip*) se acuñaron en las calles de la *inner city*



"Repoblación de El Barrio". El portero de este edificio abandonado colocó un grupo de peluches en las ventanas como protesta ante el deterioro de su cuadra, que se había convertido en un paraíso para el narcotráfico. Fotografía de Henry Chalfant

La búsqueda de los medios necesarios para hacer uso y abuso de narcóticos configura la base material de la cultura callejera contemporánea. Esto la hace mucho más poderosa y atractiva de lo que lo fue para generaciones anteriores. El comercio ilegal que ella supone, sin embargo, arrastra a la mayoría de sus participantes hacia una vida de violencia y adicción. Por lo tanto, y paradójicamente, la cultura callejera de resistencia interioriza la rabia y organiza la destrucción de sus participantes y de la comunidad que los acoge. En otras palabras, pese a que la cultura callejera surge de una búsqueda de dignidad y del rechazo del racismo y la opresión, a la larga se convierte en un factor activo de degradación y ruina, tanto personal como de la comunidad.



Mural conmemorativo de un joven asesinado cerca del Salón de Juegos, que aspiraba a convertirse en boxeador profesional. Foto de Óscar Vargas

Debe destacarse que la mayoría de los residentes de El Barrio se mantiene al margen de las drogas.[16] El problema es que los ciudadanos que obedecen las leyes han perdido el control del espacio público. Independientemente de sus números absolutos o su porcentaje relativo, la población de Harlem que trabaja con dedicación sin consumir ni traficar drogas se ve obligada a atrincherarse y a tomar una posición defensiva. La mayoría vive con miedo o incluso con desdén hacia su vecindario. La angustia de las madres y los padres es tal, que encierran a sus hijos en sus casas en un firme intento por aislarlos de la influencia de las calles. Viven con la esperanza de mudarse a otro lugar.

En otras palabras, los narcotraficantes que protagonizan este libro representan una pequeña minoría de los residentes de East Harlem, pero son ellos quienes han implantado el tono de la vida pública. Les imponen el terror a los vecinos, especialmente a las mujeres y los ancianos, que temen sufrir asaltos y agresiones. A la mayoría de los vecinos, el espectáculo de adictos demacrados congregados en las esquinas les inspira lástima, tristeza y rabia. Sin embargo, día tras día, los traficantes callejeros les ofrecen a los jóvenes que crecen a su alrededor un estilo de vida emocionante y atractivo, a pesar de su perfil violento y autodestructivo.

Independientemente de su marginalidad en números absolutos, no se puede desestimar a los individuos que acaparan la hegemonía en la *inner city*; debe hacerse el intento de entenderlos. Por esta razón, quise que en los años que viví en El Barrio mis mejores amigos fueran adictos, ladrones y traficantes. No hay lugar donde el calvario de los guetos estadounidenses se manifieste con mayor claridad que en el mundo de las drogas. Tomo prestado el cliché: "En lo extraordinario puede verse lo ordinario". Los adictos y traficantes de este libro representan respuestas extremas y quizá algo caricaturescas a la pobreza y la segregación. No obstante, nos ayudan a entender los procesos que experimentan poblaciones vulnerables que enfrentan cambios acelerados en la estructura de su sociedad en un contexto de opresión política e ideológica. No hay nada excepcional en la experiencia puertorriqueña en Nueva York, salvo que los costos humanos de la inmigración son mucho más evidentes por la rapidez y amplitud con que Estados Unidos colonizó y desarticuló la economía y la organización política de Puerto Rico. El único aspecto de su experiencia que merece calificarse como extraordinario es la manera en que los inmigrantes de la segunda y tercera generación continúan reinventando y expandiendo las formas culturales de la isla en torno a los temas de la dignidad y la autonomía. Tanto es así que un grupo de intelectuales puertorriqueños suele referirse a la "mentalidad de oposición" de Puerto Rico, forjada frente al hecho de una larga experiencia colonial.[17]

LOS ESTEREOTIPOS Y LA METODOLOGÍA ETNOGRÁFICA

Cualquier examen detallado de la marginación social enfrenta serias dificultades con respecto a la política de la representación, especialmente en los Estados Unidos, donde los debates sobre la pobreza tienden a polarizarse de inmediato en torno a ideas preconcebidas sobre la raza y los méritos individuales.

Por lo tanto, me preocupa que los análisis de historias personales presentados en este libro se malinterpreten como un intento de estereotipar a los puertorriqueños o como un retrato hostil de los pobres. He librado una lucha interna sobre estos asuntos por muchos años, pues concuerdo con los científicos sociales críticos del tono paternalista con que los tratados académicos y la literatura periodística estadounidenses acostumbran tratar el tema de la pobreza.[18] Sin embargo, el combate contra los prejuicios moralistas y la hostilidad de la clase media hacia los pobres no debe acometerse al costo de "desinfectar" las calles de la *inner city* y presentarlas como si la destrucción y el sufrimiento no existiesen. Me niego a omitir o minimizar la miseria social de la que he sido testigo por temor a que una imagen desfavorable de los pobres se perciba como injusta o "políticamente incómoda", pues eso me haría cómplice de la opresión.[19]

Es por lo tanto lógico que este libro encare las contradicciones inherentes a la representación de la marginación social en los Estados Unidos mediante la exposición de los acontecimientos brutales sin censura, tal como los experimenté o como me los relataron quienes participaron en ellos. En ese proceso, he hecho el esfuerzo de construir una concepción crítica de la *inner city* estadounidense. Por ello, la forma en que organizo mis temas centrales y presento las vidas y conversaciones de los traficantes de *crack* tiene como fin subrayar la relación entre las restricciones estructurales y las acciones individuales. Utilizo el marco analítico de la teoría de la producción cultural y me apoyo en el feminismo con el propósito de avanzar hacia una comprensión de la experiencia de la pobreza y la marginación social desde la perspectiva de la economía política. Tal comprensión sería inconcebible sin reconocer el papel activo de la cultura y la autonomía de los individuos, así como el rol fundamental de las relaciones entre los sexos y la esfera doméstica.

Como ya he señalado, las técnicas tradicionalmente cuantitativas de la investigación social, que dependen de las estadísticas de la Oficina Censal por un lado y de las encuestas de muestreo en los vecindarios por el otro, son incapaces de aportar información confiable sobre las personas que sobreviven en la economía informal, y mucho menos sobre las que venden o consumen drogas. Una persona social, cultural y económicamente subordinada suele mantener relaciones negativas con la sociedad dominante y desconfiar de los representantes de dicha sociedad. Los adictos y traficantes jamás le admitirían al encargado de una encuesta, por más amable o sensible que parezca, los detalles íntimos acerca de su consumo de drogas, por no mencionar sus actividades delictivas. Como resultado, es común que los sociólogos y criminólogos que con tanto esmero efectúan encuestas epidemiológicas sobre el delito y el consumo de narcóticos recopilen un sinnúmero de falsedades. No hace falta ser adicto o traficante para querer esconder los detalles de las actividades ilícitas propias. Los ciudadanos "honestos" también participan en la economía informal cuando falsean los datos en los formularios fiscales con el fin de pagar menos impuestos. En fin, ¿cómo esperar que una persona experta en asaltar ancianos suministre información precisa sobre sus estrategias de generación de ingresos?

Las técnicas etnográficas de observación participante, desarrolladas sobre todo por la antropología social desde los años veinte, han demostrado ser más adecuadas que las metodologías cuantitativas para documentar la vida de los individuos marginados por una sociedad hostil. Solamente tras establecer lazos de confianza, proceso que requiere mucho tiempo, es posible hacer preguntas incisivas con respecto a temas personales y esperar respuestas serias y reflexivas. Por lo general, los etnógrafos viven en las comunidades que estudian y cultivan vínculos estrechos de larga duración con las personas que describen. Para reunir "datos precisos", los etnógrafos violan los cánones de la investigación positivista. Nos involucramos de manera íntima con las personas que estudiamos.

Con esta meta en mente, amanecí en la calle y en las casas de *crack* en cientos de oportunidades, para poder observar a los adictos y a los traficantes que protagonizan este libro. Por lo general, utilicé un grabador para documentar sus conversaciones e historias personales. Visité a sus familias para participar en sus fiestas y reuniones íntimas, desde la cena de Acción de Gracias hasta el Año Nuevo. Pude entrevistarme, y en muchos casos entablé amistad, con las esposas, amantes, hermanos, madres, abuelas y, cuando fue posible, con los padres y padrastros de los vendedores de *crack* que aparecen en estas páginas. También dediqué tiempo a entrevistar a los políticos locales y a asistir a las reuniones de las instituciones comunales.

La explosión de la teoría posmodernista dentro de la antropología en los años ochenta y noventa puso en entredicho el mito de la autoridad etnográfica y denunció la jerarquía inherente a la política de la representación antropológica. La autorreflexión, reivindicada por los posmodernistas, resultó ser necesaria y útil en mi caso: yo venía de afuera, procedente de las categorías dominantes de clase, etnia y sexo, a intentar estudiar la experiencia de los puertorriqueños pobres en la *inner city*. Quiero reiterar que mi preocupación por estos problemas se manifiesta en la forma en que he editado y contextualizado las conversaciones transcriptas. Tal preocupación ha quedado reflejada en la estructura misma del libro.

Mientras editaba miles de páginas de transcripciones, llegué a valorar el cliché deconstruccionista de "la cultura como texto". También reconocí que mi estrategia de investigación era de naturaleza colaborativa y, por lo tanto, también contradictoria. Aunque la calidad literaria y la fuerza emocional de este libro dependan completamente de las palabras claras y fluidas de los persona-

jes principales, siempre tuve la última palabra con respecto a cómo iban a transmitirse, y si iban a transmitirse, en el producto final.[20]

Como he sacado a relucir el fantasma de las críticas teóricas postestructuralistas, quiero expresar mi desazón ante las tendencias profundamente elitistas de muchos adeptos del posmodernismo. La "política" de la deconstrucción suele limitarse a una retórica hermética y cerrada sobre la "poética" de la interacción social, con clichés dirigidos a explorar las relaciones entre el yo y el otro. Los etnógrafos posmodernistas se consideran subversivos, pero su oposición a la autoridad se concentra en críticas hiperletradas de las formas por medio de un vocabulario evocativo, una sintaxis extravagante o juegos polifónicos, en vez de ocuparse de las luchas cotidianas concretas. Sus debates entusiasman sobre todo a los intelectuales alienados suburbanizados, en efecto desconectados de las crisis sociales de los desempleados de la *inner city*. La autorreflexión de estos intelectuales con frecuencia degenera en celebraciones narcisistas de su privilegio. Asimismo, el deconstruccionismo radical hace imposible categorizar o priorizar las experiencias de injusticia y opresión, lo que sutilmente niega la experiencia auténtica de sufrimiento que les es impuesta, social y estructuralmente, a tantos individuos a través de las categorías de raza, clase, género y sexualidad y otras, en las que se pone en juego el poder.

Más allá de las luchas teóricas internas de los académicos, las técnicas de observación participante de la antropología social, si bien ofrecen un discernimiento inigualable a nivel metodológico, también están plagadas de tensiones analíticas fundamentales. Históricamente, los etnógrafos han evitado abordar temas tabúes como la violencia personal, el abuso sexual, la adicción, la alienación y la autodestrucción.[21] Parte del problema surge a raíz de uno de los paradigmas de la antropología funcionalista, que impone orden y comunidad en sus proyectos de estudio. Por otro lado, la observación participante requiere de la injerencia personal de los etnógrafos en las circunstancias investigadas, lo que a menudo los incita a omitir las dinámicas negativas porque deben establecer lazos de empatía con las personas que estudian y necesitan su autorización para vivir con ellas. Esto puede conducir a diversas formas de autocensura que acaban afectando las cuestiones y los entornos examinados. Por un lado, es más fácil obtener el consentimiento de las personas si se investigan exclusivamente temas inofensivos o pintorescos. Por el otro, los ambientes extremos llenos de tragedia humana, como lo son las calles de El Barrio, pueden resultar física y psicológicamente abrumadores.

La obsesión de la antropología por "el otro exótico" ha disminuido el interés de los etnógrafos por estudiar sus propias sociedades y los expone al riesgo de exotizar sus hallazgos cuando el proyecto de estudio está cerca de casa. Tuve que vigilar que mi propia investigación no se convirtiera en una celebración *voyeurista* de los traficantes y de la cultura callejera en la *inner city*. La notable escasez de estudios etnográficos sobre la pobreza urbana, especialmente en los años setenta y ochenta, tiene mucho que ver con el temor de sucumbir a la pornografía de la violencia, que acaso sólo sirva para reforzar los estereotipos racistas existentes. La mayoría de los etnógrafos producen análisis comprensivos desprovistos de toda mirada crítica hacia los grupos y culturas que estudian. De hecho, tal suposición está entronizada en el credo antropológico del relativismo cultural: las culturas nunca son buenas o malas; sencillamente, poseen una lógica interna. Pero la realidad es que el sufrimiento es espantoso, disuelve la integridad humana, y los etnógrafos suelen impedir que sus sujetos de estudio luzcan repulsivos o desagradables. El impulso de "desinfectar" a los vulnerables ejerce un poder singular en los Estados Unidos, donde las teorías de acción individual que "culpan a la víctima" y presuponen la supervivencia del más apto constituyen el "sentido común". Como resultado, casi puede garantizarse que el público en general desfigurará las representaciones etnográficas de la marginación con una lente implacable y conservadora. La obsesión de los estadounidenses con el determinismo racial y con el concepto de mérito personal ha terminado por traumatizar a los intelectuales, menoscabando su capacidad para discutir temas como la pobreza, la discriminación étnica y la inmigración.

Por otra parte, la manera popular en que se concibe la relación entre el fracaso individual y las ataduras sociales estructurales tiene muy pocos matices en los Estados Unidos. Los intelectuales han abandonado la lucha y se han lanzado a efectuar retratos puramente positivos de las poblaciones desfavorecidas. Quienes han sido pobres o han vivido en vecindarios de bajos recursos reconocen que estas representaciones son completamente falsas.[22] Este problema se manifiesta en numerosos escenarios académicos donde presento los temas de este libro. Muchos colegas progresistas o nacionalistas culturales, que suelen proceder de la clase media, parecen incapaces de escuchar mis planteamientos. Algunos reaccionan indignados al ver imágenes superficiales fuera de contexto. Parecen estar tan aterrados ante la posibilidad de proyectar "connotaciones negativas" que se sienten obligados a descartar todo mensaje amargo antes de escucharlo. Lo irónico es que muchas de sus críticas en estos foros expresan los puntos básicos de lo que intento exponer en estas páginas sobre la experiencia individual de la opresión social estructural.

UNA CRÍTICA DE LA CULTURA DE LA POBREZA

El Barrio y la experiencia de los puertorriqueños en los Estados Unidos han suscitado una vasta producción bibliográfica. A los puertorriqueños se los ha

llamado "el grupo más indagado pero peor comprendido de los Estados Unidos".[23] El último estudio etnográfico realizado en El Barrio que recibió atención nacional fue *La vida: una familia puertorriqueña en la cultura de la pobreza*, del antropólogo Oscar Lewis.* Elaborado a mediados de los años sesenta, este estudio ilustra claramente los problemas de la metodología etnográfica y, más específicamente, los riesgos del análisis de las historias personales. De hecho, junto con el informe de 1965 sobre las familias afronorteamericanas, realizado por Daniel Patrick Moynihan, *La vida...* suele mencionarse como uno de los libros responsables de ahuyentar a toda una generación de científicos sociales de la *inner city* estadounidense.[24] Lewis reunió miles de páginas de relatos personales de una familia puertorriqueña en la que la mayor parte de las mujeres ejercían la prostitución. La teoría de la "cultura de la pobreza" que desarrolló a partir de estas historias, además de otros datos etnográficos recopilados en México, hace hincapié en lo que el antropólogo llama la transmisión patológica de valores y de comportamientos destructivos dentro de las familias. Enraizado como estaba en el paradigma de cultura y personalidad de Freud predominante en la antropología estadounidense de los años cincuenta, su análisis pasa por alto el modo en que la historia, la cultura y las estructuras económico-políticas como las del colonialismo restringen la vida de los individuos. Cuarenta años más tarde, es fácil criticarle a Lewis su marco teórico simplista. Sus interpretaciones del carácter y las experiencias de los pobrísimos inmigrantes puertorriqueños adhieren al determinismo psicológico y caen en el individualismo extremo, lo que omite la explotación de clases, la discriminación étnica y desde luego la opresión machista, así como las sutilezas de los significados culturales en su debido contexto. En todo caso, pese a la falta de rigor académico, el libro de Lewis sobre la vida cotidiana en El Barrio y en los arrabales de Puerto Rico sintonizó con la propagada noción de "responsabilidad personal", herencia de la ética protestante del trabajo, y significó un éxito editorial en los Estados Unidos. La intención crítica del autor y su empatía hacia los grupos marginados no impidieron que su obra se interpretara como una de las cristalizaciones del desdén profundo que la ideología estadounidense siente hacia los "pobres sin dignidad".

No es casualidad que un antropólogo acuñara el concepto de la cultura de la pobreza a la vez que orientaba la colección de datos etnográficos hacia el comportamiento individual. Si bien los métodos de observación participante le otorgan a la disciplina un acceso privilegiado a las acciones de los individuos, es imposible tocar las estructuras del poder y la historia, o hablarles directamente. En el contexto neoyorquino de los puertorriqueños, los actos autodestructivos de las personas que buscan la supervivencia en las calles deben situarse en una larga historia de hostilidad interétnica y de dislocaciones sociales. En mis años en East Harlem, sumido como estaba en lo que parecía un torbellino de sufrimiento, era difícil percibir las relaciones de poder que configuraban el enjambre de interacciones humanas que sucedían a mi alrededor. Inmerso en el calor de la vida en El Barrio, sentía una confusa ira hacia las víctimas, los victimarios y la rica sociedad industrializada que logra engendrar tal nivel de sufrimiento. Una noche me encontré con una amiga embarazada que fumaba *crack* desesperadamente, y así destinaba a su bebé a una vida de trastornos personales y un cerebro inerte. ¿Qué sentido tenía invocar la historia de opresión y humillación colonial de su gente o reconocer su posición en la metamorfosis económica de Nueva York? Enfrascado en el infierno del grupo que los estadounidenses llaman su "clase inferior",* yo, al igual que mis vecinos e incluso las mujeres embarazadas adictas al *crack*, con frecuencia culpé a la víctima.

El análisis económico-político no es una panacea que pueda compensar las interpretaciones individualistas, acusatorias y racistas de la marginación social. Acentuar las estructuras sociales puede opacar el hecho de que las personas no son víctimas pasivas, sino sujetos activos de su propia historia. De hecho, la cualidad principal de la metodología etnográfica es que permite el surgimiento de los "peones" de las fuerzas estructurales; los enfoca para que se reconozcan como seres humanos que construyen su propio destino. Sin embargo, en numerosas ocasiones me sorprendí a mí mismo recurriendo al estructuralismo más rígido como un método para apartar la vista de las personas que se autodestruían en su lucha por sobrevivir. Cabe reiterar que este problema puede entenderse en el contexto del debate teórico acerca del rango de acción de las personas *versus* la estructura social,** es decir, la relación entre la responsabilidad individual y las restricciones sociales estructurales. Las observaciones incisivas de las teorías de la producción cultural y la reproducción social, sobre todo la idea de que la resistencia de la cultura callejera frente a la subordinación social es la clave contradictoria que explica su ímpetu destructivo, resultan útiles para evitar las interpretaciones simplistas. Por medio de las prácticas culturales antagónicas, los individuos le dan forma a la opresión que las fuerzas más grandes les imponen.[25]

* Véase la traducción al español realizada por el escritor puertorriqueño José Luis González (México, Joaquín Mortiz, 1969).

* *Underclass* en inglés. [N. del T.]
** "*Structure versus agency*" en inglés. [N. del T.]

La dificultad de vincular las acciones individuales y la economía política, sumada a la timidez personal y política de los etnógrafos estadounidenses a partir de los años setenta, ha nublado nuestra comprensión de los mecanismos y experiencias de la opresión. Se me hace imposible resolver el debate que contrapone el rango de acción de los individuos a la estructura social. Tampoco puedo superar mi desconfianza de que algunos lectores hostiles vayan a malinterpretar mi etnografía como un método más de "calumniar a los pobres". Sin embargo, desde una perspectiva personal y ética, así como analítica y teórica, siento la obligación de exponer sin censura los horrores que presencié entre las personas con quienes trabé amistad.[26] Se debe hablar abiertamente y enfrentar el profundo dolor provocado por la pobreza y el racismo en los Estados Unidos, aunque hacerlo nos perturbe o incomode. He documentado una gama de estrategias ideadas por los pobres urbanos para eludir las estructuras de segregación y marginación que los encierran, incluso aquellas que los llevan a infligirse sufrimiento a sí mismos. Escribo este libro con la esperanza de que "la antropología pueda ser un foco de resistencia" y con la convicción de que los científicos sociales pueden y deben "enfrentarse al poder".[27] Al mismo tiempo, aún me preocupa la repercusión política de mostrar los detalles minuciosos de la vida de los pobres y los desfavorecidos, pues bajo el microscopio etnográfico todos tenemos verrugas y podemos parecer monstruos. Además, como señaló la antropóloga Laura Nader a principios de los años setenta, "es peligroso estudiar a los pobres, porque todo lo que se diga sobre ellos se usará en su contra".[28] No estoy seguro de que sea posible presentar la historia de mis tres años y medio como residente de El Barrio sin caer presa de una pornografía de la violencia o convertirme en un *voyeur* racista: en última instancia, el problema y la responsabilidad también están del lado del observador.

1. Etnia y clase: el *apartheid* estadounidense

Felipe, nos encanta oírte hablar.
Suenas igualito a un comercial de la tele.
Una niña de ocho años

Mi trabajo de campo en las calles de El Barrio casi acaba desastrosamente a mitad de camino cuando, involuntariamente, le "falté el respeto" a Ray, el dueño de las casas de *crack* donde pasé gran parte de mi tiempo entre 1985 y 1990. Era poco después de la medianoche y Ray visitaba su punto de venta más lucrativo para asegurarse de que el gerente del turno de la madrugada hubiera abierto el local puntualmente. A esa hora el negocio alcanzaba su auge y este exitoso empresario del *crack*, un voluminoso puertorriqueño de treinta y dos años, se encontraba rodeado de un séquito de empleados, amigos y personas que deseaban conocerlo: todos querían llamar su atención. Estábamos en la esquina de la calle 110 frente a la entrada del subterráneo de la Avenida Lexington, delante del edificio tipo *tenement* de cuatro pisos que ocupaban sus traficantes. Ray había camuflado el primer piso del edificio como un club social y un salón de billar nocturnos. Él y sus empleados se habían criado en el edificio antes de que el dueño italiano lo quemara para cobrar el seguro. Desde hacía mucho tiempo, esta esquina era conocida como La Farmacia por la cantidad insólita de sustancias psicoactivas que se conseguían allí, desde las drogas más comunes, como heroína, Valium, cocaína en polvo y *crack*, hasta las más sofisticadas y poco convencionales, como la mescalina y el polvo de ángel.[1]

LA MALICIA DE LAS CALLES

En retrospectiva, me avergüenza que mi falta de astucia callejera me haya llevado a humillar, aunque fuera de manera accidental, al hombre responsable de asegurar no sólo mi acceso al mundo del *crack*, sino también mi bienestar físico. Pese a mis dos años y medio de experiencia en las casas de *crack* en ese entonces, quizá estuvo justificado que me dejara seducir por la atmósfera amistosa de una noche. Ray reía y conversaba recostado sobre el paragolpes de su Mercedes dorado. Sus empleados y seguidores también estaban alegres, pues "el jefe" acababa de invitarnos a una ronda de cervezas y había prometido

traer langosta del único restaurantucho chino que sobrevivía en la cuadra. A todos nos entusiasmaba ver a Ray de buen humor. Lo volvía capaz de una generosidad impredecible, en contraste con la rudeza que lo caracterizaba. La noche era joven y cálida. Los heroinómanos demacrados y los adictos al *crack* o a la cocaína intravenosa, congregados en la esquina de La Farmacia veinticuatro horas al día, siete días a la semana, se habían replegado por respeto a la vereda de enfrente. De vez en cuando miraban nuestro grupo con envidia. Teníamos el espacio bajo control.

Quizá también fuera normal que yo quisiera ostentar mi relación con el "bichote" de la cuadra, una relación que cada día era más estrecha y más privilegiada. En los primeros días de esa semana, Ray me había contado los detalles íntimos de su pasado como *stick-up artist*, o "artista" del asalto a mano armada. Según su relato, se especializaba en asaltar puntos de venta de droga hasta que un vigilante lo emboscó mientras huía de un punto de heroína con $14 000. La fuga terminó en un tiroteo de techo a techo y una condena de cárcel de cuatro años y medio. La hermana de Ray cubrió la fianza con los $14 000 robados que Ray logró ocultar antes de que lo arrestaran en un envase de alquitrán para techar.

Quizá también yo bajara la guardia porque, minutos antes, Ray había hecho alarde frente a todos de que me había comprado una Heineken, en vez de la Budweiser 15 centavos más barata que les había dado a los demás. "Felipe, ¿tú bebes Heineken, no?", preguntó en voz alta para que todos oyeran. Me sentí aún más privilegiado cuando él mismo se compró una Heineken, como para distinguirnos a los dos, con nuestras botellas verdes de cerveza importada, de los bebedores comunes de la calle.

Metido de lleno en este ambiente, pensé que era un buen momento para compartir el pequeño éxito mediático que había logrado esa mañana: una foto mía en la página 4 del *New York Post* junto al presentador de televisión Phil Donahue, tomada durante un debate sobre el crimen en East Harlem celebrado en el horario pico televisivo.[2] Yo esperaba que esto impresionara a Ray y a su camarilla y aumentara mi credibilidad como un "profesor de veras", con acceso al "mundo blanco" de la televisión diurna, pues en ese entonces, algunos miembros de la red de Ray continuaban sospechando que yo era un impostor, un adicto charlatán o un pervertido que se hacía pasar por un "profesor presumido". Peor aún, mi piel blanca y mi procedencia de una clase social ajena al vecindario mantuvo a algunos convencidos hasta el final de mi estadía de que en realidad yo era un agente antinarcóticos en una misión encubierta. La foto en el diario era una manera de legitimar mi presencia.

Noté que Ray se contrajo e hizo una cara extraña cuando le pasé el periódico, pero ya era demasiado tarde para detenerme. Yo ya había gritado: "¡Ey Big Ray, mira mi foto en el periódico!", en voz alta para que todos escucharan.

Media docena de voces habían empezado a pedirle que leyera el epígrafe de la foto. Ray hacía un intento torpe por manejar el diario y reinó un silencio ansioso mientras la brisa volteaba las páginas. Quise ayudarlo señalando con el dedo el punto donde comenzaba el texto, pero él se agitó, fingió indiferencia y trató de lanzar el diario a la cuneta. Sin embargo, sus admiradores le pidieron con más firmeza que leyera. "¡Vamos, Ray! ¿Qué pasa? ¿Qué dice la foto? ¡Lee, lee!" Ya incapaz de salvar las apariencias, inclinó el periódico hacia el ángulo en el que la luz de la calle le era más favorable y frunció el ceño con un gesto de concentración intensa. En una ráfaga de lucidez, por fin reconocí el problema: Ray no sabía leer.

Desafortunadamente lo intentó. Tropezó angustiosamente por el epígrafe (titulado, irónicamente, "La calma después de la tormenta") con una cara tan contorsionada como la de un estudiante de primaria a quien su maestro ha señalado para ridiculizarlo. El silencio que habían mantenido sus acompañantes se fue resquebrajando con risas ahogadas. La herida de fracaso institucional que Ray cargaba desde niño, enterrada y sobrecompensada a lo largo de los años, se había abierto repentinamente. "¡Coño, Felipe, me impolta un carajo! Lárguense de aquí. ¡Todos!" Con torpeza, acomodó su cuerpo en su Mercedes, apretó el acelerador y dio vuelta a la esquina haciendo rechinar las llantas, sin prestar atención ni a la luz roja ni a los traficantes que se encontraban frente a La Farmacia y que con su semblante de sobrevivientes de Auschwitz esquivaron el Mercedes y siguieron vendiendo cocaína, heroína adulterada, Valium y polvo de ángel.[3]

Primo, mi amigo más cercano en el vecindario, gerente de la otra casa de *crack* de Ray conocida como el Salón de Juegos, situada en una galería de videojuegos a dos puertas del departamento infestado de ratas donde yo vivía con mi esposa y mi bebé, me miró preocupado y me recriminó: "Oe, Felipe, humillaste al negro gordinflón". Alguien recogió el periódico de la cuneta, comenzó a leer el artículo e hizo un comentario sobre la calidad de la fotografía. Los demás sencillamente perdieron el interés, decepcionados porque no habría más cervezas gratis cortesía del jefe de los traficantes, y se retiraron a la casa de *crack* a escuchar *rap*, jugar billar y observar a los adictos demacrados que entraban a borbotones con puñados de billetes en las manos.

LOS PARÁMETROS DE LA VIOLENCIA, EL PODER Y LA GENEROSIDAD

Para recuperar la dignidad, Ray redefinió su ira como una preocupación legítima por el peligro que mi aparición en la prensa podía representar para sus operaciones. La siguiente vez que lo vi, se encontraba de pasada en el Salón de

Juegos, que quedaba al lado de mi casa, haciendo una entrega de *crack* y recogiendo el dinero de las ventas de media jornada. Al verme, me empujó contra una esquina y me dijo en voz alta, para que todos escucharan:

> Felipe, déjame decirte, a la gente que hace que cojan a alguien, aunque sea por accidente, los encuentran en los safacones con el corazón por fuera y con el cuerpo hecho pedazos como pa una sopa... o a veces acaban con los dedos en un tomacorriente. ¿Tú me entiendes?

De inmediato se dirigió a su Lincoln Continental con vidrios polarizados, no sin antes tropezar con un pedazo de linóleo desprendido de la entrada del Salón. Para mi consternación, su novia adolescente, que lo esperaba en el auto masticando chicle sin mucha paciencia, eligió ese instante para desfruncir el ceño y lanzarme una mirada intensa. Aterrorizado de que, además de lo sucedido, Ray fuera a imaginar que yo coqueteaba con su nueva novia, miré hacia el piso y me quedé cabizbajo.

Primo estaba preocupado. Ray era diez años mayor que él y lo conocía de siempre. Me contó que, en su temprana adolescencia, Ray había encabezado dos pandillas no muy consolidadas, integradas por el propio Primo y sus actuales empleados: la TCC (*The Cheeba Crew* ["El corillo marihuano"])[4] y la Mafia Boba.[5] Le había enseñado a Primo a robar radios y a desvalijar negocios en el barrio rico al sur de East Harlem. Para recuperar mi propia dignidad, intenté ridiculizar la advertencia de Ray valiéndome de la broma misógina que Primo y César utilizaban a menudo para restarle importancia al cambio de humor de su jefe: "La mula anda con la regla, pana, ya se le pasará. Tranquilo". Pero Primo agitó la cabeza, me sacó del Salón de Juegos y me llevó a la vereda para aconsejarme que desapareciera por unas semanas. "Es que tú no entiendes, Felipe. Ese negro es loco. En la calle lo respetan. La gente lo conoce. De niño era un salvaje. Tiene fama". Yo interrumpí a Primo, retándolo: "¿Tú me quieres decir que le tienes miedo a Ray?", y él respondió con lo que en esa temprana etapa de nuestra amistad era una rara confesión de vulnerabilidad:

> ¡Coño! Si yo conozco a ese negro desde que yo era un nene. Estaba mal de la cabeza, pana. Yo pensaba que él me iba a violar, porque es un negro grande y yo era un flaquito chiquitín. Sólo tenía quince años. Ray hablaba como loco y decía pendejadas como: "un día de éstos te voy a dar por ese culo". Y yo no sabía si era verdad o no. Nunca me atreví a janguear solo con él.

Primo camufló el terror de sus recuerdos infantiles contando cómo Ray y su mejor amigo, Luis, habían violado a un mendigo en el lote baldío junto al Salón de Juegos. Yo apagué mi grabador, implantando inconscientemente el tabú que impera sobre las discusiones públicas de la violación. Pero César, el mejor amigo de Primo, que trabajaba como vigilante del Salón de Juegos, se nos unió afuera del local e insistió en que documentáramos la historia. Había interpretado mi sobresalto como reacción ante el temor de que cualquiera que pasara por la calle se molestara al ver a un "blanquito" tendiéndoles un grabador a dos puertorriqueños.

> *César:* Saca el grabador, Felipe. Nadie te va a fastidiar aquí.
> *Primo:* Sí, pana. Le dieron pol culo a un bon viejo y sucio. Lo siguieron a ese lote [señala la basura desparramada a la derecha].
> *César:* ¡Sí, sí!
> *Primo:* Ray y Luis se turnaron metiéndole el bicho ahí mismito [camina hasta el medio del solar para identificar el lugar].
> *César:* Bien loco, pana. Ray es un puñetero puerco. Es un degenerado. Tiene fama. ¿Tú me entiendes, Felipe? Fama. En la calle eso quiere decir respeto.

Primo hizo caso omiso del comentario de César y me explicó que, en ese mismo instante, Ray se debatía entre matar a Luis, su cómplice de violación y amigo de la infancia, o cubrir sus gastos legales después de que lo arrestaran mientras entregaba un "bóndol" de *crack* en el Salón de Juegos.[6] Según Primo, por una coincidencia inverosímil, el costo de un sicario era de $3000, exactamente el mismo monto que cobraba el abogado defensor de Luis. Ray ya no confiaba en Luis, que también era primo hermano de Primo, a causa de su nuevo hábito como consumidor de *crack*. Pedía dinero compulsivamente y, peor aún, tenía reputación de "chota". En El Barrio corría el rumor de que varios años atrás, cuando lo arrestaron por un robo, no aguantó la presión en el interrogatorio policial y delató al esposo de su madrina como traficante de mercancía robada.

Los rumores sobre la brutalidad de Ray eran parte integral de su eficacia en el manejo de una red narcotraficante. Quien aspire a subir de rango en la economía clandestina suele hallar necesario acudir sistemática y eficazmente a la violencia contra los colegas, los vecinos e incluso contra sí mismo para evitar los timos que podrían tramar los socios, los clientes y los asaltantes profesionales. Comportamientos que para un extraño parecerían irracionales, "salvajes" y a la larga autodestructivos se interpretan como una estrategia de relaciones públicas y una inversión a largo plazo en el "desarrollo del capital humano" dentro de la lógica de la economía clandestina.[7] Primo y César me lo explicaron con palabras menos académicas cuando nos conocimos:

> *Primo:* No es bueno ser muy chulo con la gente, pana, porque luego se van a aprovechar de ti. Tú puedes ser bueno y amable en la vida real pero tienes que tener frialdad si vas a jugar el juego de la calle. Como: "Coño, no me jodas" o "Me importa un carajo". Así es la cosa para que no se metan contigo.
> *César:* Así, como yo. La gente cree que yo soy un salvaje.
> *Primo:* Aquí tienes que ser un poco salvaje.
> *César:* En este vecindario tú tienes que ser un poco violento, Felipe. [Se oyen tiros] ¿Qué te dije? No puedes dejar que la gente abuse de ti, porque entonces piensan que no vales nada y mielda como ésa. Y ahí está el detalle: tienes que hacer que la gente crea que eres un tipo *cool* para que te dejen en paz.
> No es que quieras ser abusador ni nada de eso. Es que no puedes dejar que otros te traten como les venga en gana, porque cuando los demás vean eso van a querer tratarte igual. Te ganas la reputación del blandito del barrio.
> Y hay una forma de no tener grandes peleas ni nada de eso. Hay que tener esa reputación, como: "ese tipo es *cool*, no te metas con él", sin tener que dar ningún cantazo.
> Y luego está la otra manera, que es a la cañona, la violencia total.

Completamente al tanto de las posibles consecuencias de la amenaza pública de Ray, decidí darle su espacio. Primo y César cooperaron para protegerme. Ideamos un *modus vivendi* para que yo los pudiera visitar en la casa de *crack* sin arriesgar un enfrentamiento con su jefe. Primo "contrató" a uno de los heroinómanos de la esquina y le encargó silbar cuando viera aproximarse el auto de Ray. De ese modo, al oír el silbido, yo podía escabullirme del Salón de Juegos y escapar a la seguridad de mi edificio, a dos puertas de distancia.

Incluso después de mantener este bajo perfil por varias semanas, no lograba reivindicarme en la mente de Ray. Primo me advirtió que su jefe tuvo sueños ominosos que me involucraban:

> Ray soñó que tú eras un agente del FBI o la CIA, o más bien que eras de Marte o algo así, y que te habían mandado a espiarnos.

No es extraño que muchos tomaran este aviso simbólico con seriedad. Los sueños suelen tener gran importancia en la cultura popular puertorriqueña, especialmente para quienes participan de la híbrida "cultura nuyorican" de la segunda y tercera generación de puertorriqueños nacidos en Nueva York, donde las creencias religiosas de la isla se redefinen y se mezclan con las prácticas afrocaribeñas de santería.

Mis visitas camufladas continuaron por tres meses, hasta una noche en que Ray llegó al Salón a pie y nos sorprendió a todos en medio de una discusión escandalosa. Primo y yo intentábamos calmar al vigilante, César, que había tomado demasiado ron y había empezado a desahogar la rabia que le provocaba el autoritarismo de su jefe. A César lo habían apodado "C-Zone" por sus juergas habituales con alcohol y drogas. Había que tomarlo en serio y vigilarlo de cerca para controlar su tendencia a explotar en arrebatos arbitrarios de violencia. En esta ocasión, para tranquilizarlo, le recordamos las reglas de Ray sobre el comportamiento revoltoso en sus casas de *crack*.

> *César:* ¡Ray se ha estado quejando! ¿Va a venir a decirme que no puedo janguear con ustedes?
> *Primo:* Cálmate, no hagas tanta bulla. No te preocupes por eso.
> *César:* Déjame que te cuente sobre Ray. Es el más gordo y el más vago hijo de la gran puta en todo el puñetero East Harlem. Porque es un gordinflón degenerado que toma Budweiser [hace una pausa para vomitar en el canasto de basura al lado de la entrada]. Es uno de esos imbéciles que cuando se siente bien, todos los demás tienen que cuidarse.
> No deja que la gente gane chavos. Vas a ver, pana, yo le voy a enseñar a ese canto de cabrón... Yo me voy a deshacer de ese gordo Michelín culón. La única razón por la que no he matado a ese mollo hijo de puta es porque lo voy a joder.
> [Me mira de frente] ¿Estás grabando esto, Felipe? ¡Vete a la gran puta!
> [Gira hacia Primo] Tú también estás lambiendo mucho ojo, Primo, porque le tienes miedo al negro bembón ése. Pero yo lo mato. No es más que un mollo feo, un Black-a-Claus, una gorda bovina.
> [Gira hacia mí otra vez] Yo sólo tengo miedo si estoy sobrio. No diría estas pendejadas... [señala el grabador] pero como estoy jendido mataría a ese gordo hijo de puta.
> ¿Tú me entiendes? [grita directamente al grabador] ¡Voy a matar a ese canto de cabrón!
> *Primo:* [endurece el tono] Tú no vas a hacer na.
> *César:* [con un tono casi sobrio] Claro que lo hago. Yo mataría. Yo estoy loco, pana. ¿Qué es lo que pasa? ¿Tú nunca piensas eso?
> *Primo:* Hay que ser un mamao pa pensar una bobería como ésa.
> *César:* ¡Sólo imagínate! Yo podría ser un psicópata.
> *Primo:* ¿Tú le crees, Felipe?
> *Philippe:* Sí, le creo. Pero no quiero estar cerca cuando empiece a disparar.

De pronto, cuando estábamos a punto de lograr que César se riera un poco para neutralizar su enojo, Ray entró al Salón sin anunciarse. Yo perdí y recuperé el control sobre mis emociones con la misma rapidez. Ray sencillamente me sonrió e hizo una broma hostil e insignificante sobre lo flaco que estaba y lo mal que me quedaban los pantalones. Todos nos reímos aliviados, incluso César, que de pronto estaba tan sereno y sorprendido como yo.

En los meses siguientes, mi relación con Ray fue mejorando paulatinamente. Para fin de año habíamos alcanzado el nivel de confianza que teníamos antes de que yo expusiera su analfabetismo. Pronto comenzó a saludarme con la pregunta de siempre: "¿Cómo va ese libro, Felipe? ¿Te falta mucho?", con lo que les comunicaba a todos los que nos rodeaban que yo tenía permiso de entrometerme en sus asuntos.

No sólo el miedo o la coerción mantenían la lealtad de los empleados de Ray. Algunos verdaderamente lo querían. Era capaz de corresponder a la amistad. Candy, amiga suya desde la infancia y una de las dos mujeres que vendieron *crack* para él en los años en que viví en El Barrio, lo describía cariñosamente:

> De nene era como un osito *gummy*. Siempre fue un niño bueno.
> [Hace una pausa pensativa] Se portaba mal, pero no como para que tú lo odiaras.
> Éramos como hermanitos. Siempre me ayudó. Y no me entiendas mal, cuando me daba dinero lo hacía por la bondad de su corazón.

LAS BARRERAS DEL CAPITAL CULTURAL

Ray pudo haber sido un depravado, un osito *gummy* o un don omnipotente "con fama" para los demás. Mi propia relación con él puso de manifiesto una debilidad que mantenía escondida bajo la identidad que se había construido en la calle. En las ocasiones en que me contaba sobre sus aspiraciones, por ejemplo, me parecía extremadamente ingenuo o incluso que tenía ciertas dificultades para el aprendizaje. A pesar de su brillante éxito como gerente de una cadena distribuidora de *crack*, era incapaz de comprender las reglas y las convenciones intrincadas de la sociedad legal. Para tomar prestada la categoría analítica del sociólogo francés Pierre Bourdieu, carecía del "capital cultural" necesario para tener éxito en el mundo de la clase media, o incluso en el de la clase trabajadora. Lo irónico es que, para cuando me fui de Nueva York en agosto de 1991, nuestra relación nuevamente se había tornado problemática, aunque entonces fue porque había empezado a confiar en mí más de la cuenta. Deseaba designarme como su mediador con el mundo exterior y, al final, me exigía que lo ayudara a lavar dinero.

Todo comenzó con una llamada inofensiva: "Felipe, ¿tú sabes cómo se consigue una cédula de identidad?".

Ray tenía numerosos automóviles y fajos de billetes que le abultaban los bolsillos de los pantalones, pero no tenía licencia para conducir ni documento alguno de identificación legal. Fuera de la membrana protectora de las calles de El Barrio estaba desamparado. No tenía la menor idea de cómo lidiar con las autoridades burocráticas. Cuando fue a solicitar la licencia para conducir, los funcionarios del Departamento de Vehículos rechazaron la fotocopia que presentó del certificado de nacimiento y le insistieron en que debía mostrar una identificación con fotografía. Le expliqué lo que era un pasaporte y la manera de obtenerlo. Pronto comenzó a pedirme que lo ayudara a atravesar todos los obstáculos burocráticos que le impedían operar una empresa legal. Además, quería que lo acompañara a las subastas policiales que organizaba varias veces al año la Municipalidad de Nueva York para repasar las listas de edificios confiscados por evasión fiscal o por delitos relacionados con el narcotráfico, pues soñaba con comprar un edificio abandonado con el propósito de reciclarlo y establecer un negocio legal. Cuidadoso de no ofenderlo, siempre le inventé un cóctel de excusas para no convertirme en el habilitador de sus dudosas confabulaciones, que se derrumbaban tan pronto se topaba con cualquier institución o papeleo burocrático.

El primer negocio legal que Ray trató de establecer fue una lavandería automática. No supo atravesar el laberinto de permisos que debía tramitar y desistió después de unas semanas. Entonces alquiló un almacén de comestibles. Creyó haber adquirido un permiso sanitario y una licencia para la venta de alcohol, pero de nuevo se estrelló contra la burocracia y abandonó el proyecto. Su incursión más exitosa en la economía legal fue el alquiler de una antigua fábrica textil cuatro cuadras al norte del Salón de Juegos. Alquiló el espacio y lo transformó en un club social "legítimo" que alquilaba para fiestas, en las que luego vendía cerveza sin el permiso correspondiente. Estaba orgulloso de esta nueva operación y la consideraba legal porque la mantenía rigurosamente "limpia", ya que prohibía expresamente la venta de drogas en el establecimiento. En 1992, poco después de que se promulgó la Ley por los Derechos de las Personas Discapacitadas, la Municipalidad de Nueva York clausuró el local por no estar habilitado para sillas de ruedas.

ENFRENTAMIENTOS ÉTNICOS Y DE CLASE

Mi interacción con Ray era sólo una de las múltiples y complejas relaciones personales y contradicciones éticas con las que tuve que lidiar mientras viví en el

mundo del *crack*. Antes de conocer a un vendedor de drogas tuve que enfrentar la dura realidad del *apartheid* que segrega a los grupos étnicos y las clases sociales en los Estados Unidos. Al mudarme a mi decaído *tenement*, situado frente a una enorme aglomeración de viviendas sociales que en ese entonces acogía a más de cinco mil familias,[8] mi condición de forastero se me hacía dolorosamente tangible siempre que intentaba ingresar en los círculos del narcotráfico. La primera vez que caminé a mi casa desde la estación del subterráneo, atravesé un pasillo marginal que resultó ser una "zona de capeo" de heroína. Allí, media docena de "compañías" competían por la venta de bolsas de $10 selladas con el logotipo de la empresa. Tan pronto puse un pie en la cuadra, desaté un vendaval de silbidos y gritos de "bajando", los avisos en clave que utilizan los vigilantes para advertir a los "joseadores", encargados de las ventas al por menor, de la presencia de personas sospechosas o posibles policías encubiertos. La multitud se dispersó como si yo fuera la peste, y en un instante la cuadra quedó desierta. Me sentí como infestado de parásitos, como si mi piel blanca marcara la fase terminal de una epidemia que infunde el pánico conforme avanza. En esa oportunidad me abrumó un sentido de desolación. Me había estado sintiendo solo y decidí caminar una cuadra más para llegar a esta esquina, precisamente por la energía que irradiaba con el ir y venir de la muchedumbre. Lleno de esperanza ingenua, pensé que los grupos ansiosos de peatones procedían de una de las recurrentes ferias que se hacían en El Barrio, esas reliquias de un pasado de provincia que a menudo parecen hechizar al vecindario.

A largo plazo, mi mayor obstáculo para ingresar a las casas de *crack* y las esquinas de capeo de drogas no fue mi perfil conspicuo de agente antinarcóticos, sino mi aspecto de "tecato" blanco. Los traficantes raras veces me acosaban; más bien huían de mí o me evitaban. En cambio, los oficiales de la policía me detenían, me requisaban, me insultaban y humillaban. Desde su punto de vista, un joven blanco únicamente podía estar en East Harlem por dos razones: o porque era policía encubierto o porque era drogadicto, y como soy delgado, inmediatamente me encasillaban bajo la segunda opción. Solamente en uno de mis encuentros con un policía iracundo me pude hacer pasar por un agente antinarcóticos. Me encontraba en el almacén de mi cuadra (que también funcionaba como puesto de "bolita") con uno de los vigilantes de Primo cuando, de repente, un policía encubierto me empujó contra el mostrador, me abrió las piernas y me empezó a palpar la ingle. Al acercarse peligrosamente al bulto en el bolsillo de mi pantalón, le susurré al oído: "Es un grabador". Se echó hacia atrás, me soltó el cuello que apretaba con la mano izquierda y susurró, casi en secreto: "Perdón". Es posible que haya imaginado haber interrumpido las operaciones de otro policía, porque desapareció antes de que le pudiera ver la cara. Mientras tanto, luego de ver al oficial requisarme y hostigarme, los vendedores de marihuana que estaban frente al negocio se

sintieron aliviados. El más alto y fornido de ellos, ahora convencido de que yo no era un policía sino un drogadicto, irrumpió por la puerta con los ojos brillosos (síntoma inmediato del consumo de polvo de ángel) y asaltó a quienes hacíamos fila en la caja registradora.

Muchos de mis encontronazos más o menos bimensuales con la policía no transcurrieron tan tranquilamente. El primero fue el peor. Eran las dos de la mañana y yo estaba en una zona de capeo de *crack* a tres cuadras de mi casa, hablando con un joseador ex novio de una de mis vecinas. Él había completado su turno poco antes y me pidió que lo esperara, pues tan pronto como su gerente recogiera el dinero de las ventas se iba a ir "de fiesta" y quería que lo acompañara. Yo quería complacerlo, satisfecho de haber encontrado por fin una entrada a este nuevo círculo del *crack*. Pero cuando él me estaba presentando a sus colegas y competidores como un viejo amigo "vecino de su ex novia", despejando la duda de que yo fuera un oficial, una patrulla prendió las luces, sonó la sirena e hizo rechinar las llantas a nuestro costado. Los oficiales me llamaron a mí y no al vendedor de drogas que me acompañaba: "Mira, blanquito, ven acá". Por los siguientes quince minutos me gritaron, me insultaron y humillaron frente a una multitud cada vez mayor de vendedores y fumadores de *crack*. El gran error que cometí esa noche fue responder honestamente cuando me preguntaron: "¿Qué carajo estás haciendo aquí?". Empleando lo que yo creía era una voz amable, les expliqué que era un antropólogo interesado en estudiar la pobreza urbana y la marginación social. El más grande de los oficiales explotó:

> ¿Qué clase de imbécil crees que soy? ¿Crees que yo no sé lo que estás haciendo? ¿Crees que soy estúpido? Estás hablando mierda. Eres una escoria blanca. ¡Vete a comprar drogas a un barrio blanco! Si no te vas pal carajo ahorita mismo vas a tener que ir al cuartel a repetir tu cuento. ¿Quieres que te arreste, ah, ah? ¡Contéstame, hijo de puta!

Mis protestas sólo generaron más enojo. Tuve que mantenerme cabizbajo y repetir "sí, señor oficial" para después arrastrar los pies obedientemente hasta la parada de autobús y esperar el próximo transporte hacia el sur de Manhattan. A mis espaldas, resonaba la amenaza: "¡Si te veo por aquí de nuevo, blanquito, te vamos a meter al pote!".[9]

Con el tiempo aprendí cómo comportarme. Para mi segundo año en la calle ya no sufría ataques de pánico cada vez que un oficial me empujaba contra una pared y me separaba las piernas para requisarme y comprobar si cargaba armas o drogas. Mi acento fue un problema durante estos enfrentamientos, pues en El Barrio los policías suelen ser hombres blancos de clase trabajadora

con acentos italianos o irlandeses pronunciados. Si bien los niños afronorteamericanos y puertorriqueños de la cuadra se maravillaban ante lo que llamaban mi "voz de anuncio", los policías creían que yo me burlaba de ellos cuando les hablaba cortésmente utilizando oraciones completas. Aprendí que mi única esperanza era abreviar la duración de estos encontronazos: mirar hacia el suelo, entregar la licencia de conducir y decir "sí, señor oficial" o "no, señor oficial" con frases secas y minimalistas. Cuando era sincero, amigable o incluso cortés, corría el riesgo de ofenderlos.

Por otra parte, cuando la policía intentaba ser cortés conmigo, su comportamiento sólo reforzaba mi noción de estar transgrediendo las leyes secretas del *apartheid*. Una tarde conducía mi bicicleta y un policía me alcanzó con su patrulla para cerciorarse de que yo no estaba loco: "¿Oye, sabes para dónde vas? ¡Esto es Harlem!". Otro día estaba sentado en las gradas frente a mi edificio, admirando uno de los atardeceres espectaculares que sólo el *smog* del verano neoyorquino puede producir, cuando un oficial se me acercó y me preguntó: "¿Qué haces allí?". Le enseñé mi licencia de conducir que indicaba mi domicilio para demostrarle que estaba en mi casa, y respondió riéndose, incrédulo: "¡Quieres decir que tú vives aquí! ¿Estás loco?". En tono defensivo, le expliqué que el alquiler era barato. Entonces, como echándome una mano, me sugirió explorar los alquileres económicos de Queens, un distrito multiétnico de clase trabajadora ubicado cerca de los aeropuertos.

EL RACISMO Y LA CULTURA DEL TERROR

No es únicamente la policía la que impone el *apartheid* en la *inner city* estadounidense sino, además, un "sentido común" racista que convence a las personas blancas –y a los miembros de la clase media, independientemente de su etnia– de que es demasiado peligroso adentrarse en vecindarios afronorteamericanos o latinos pobres. Cuando decidí mudarme a East Harlem, prácticamente todos mis amigos me acusaron de actuar como un maniático irresponsable. Los pocos que me visitaban me llamaban con antelación para que los recibiera apenas descendieran de sus taxis. De hecho, hasta el día de hoy, muchos de ellos me consideran demente por haber "obligado" a mi esposa y a mi bebé a vivir tres años y medio en un *tenement* de East Harlem. Cuando dejamos El Barrio a mediados de 1990, varios de mis amigos nos felicitaron, y todos respiraron aliviados.[10]

La mayor parte de los estadounidenses están convencidos de que si se atrevieran a poner un pie en Harlem, serían descuartizados por residentes salvajes e iracundos. No obstante, si bien en El Barrio existen peligros reales, la inmensa mayoría de los 110 559 residentes del distrito –51 por ciento de latinos y puertorriqueños, 39 por ciento de afronorteamericanos y 10 por ciento de "otras etnias", según el censo de 1990– casi nunca, o bien nunca, ha sufrido algún asalto. Irónicamente, los pocos residentes blancos quizá se vean menos amenazados que los afronorteamericanos y puertorriqueños, ya que la mayoría de los asaltantes supone que las personas blancas son policías o drogadictos –o ambas cosas– y piensa dos veces antes de atacarlos. La primera persona que me explicó esta situación fue César, el vigilante principal de Primo en el Salón de Juegos:

> Felipe, la gente cree que tú eres de la jara. Pero eso es bueno, porque te dejan tranquilo.
> Piénsalo, pana: si estuvieras vendiendo perico en la calle y vieras venir a un tipo blanco, no querrías meterte con él.
> Claro, otras personas piensan: "Este blanquito en este vecindario debe estar virao". Si no pensaran eso, te darían un macetazo y te tumbarían la billetera.
> Tú tienes suerte. Mírame a mí que soy puertorriqueño. Si me metiera en Bensonhurst[11] seguro pensarían: "a este tipo lo podemos descocotar". Tal vez pensarían que estoy loco, pero igual me retarían o me caerían a palos.

En los años que viví en El Barrio, caminaba por la calle a cualquier hora de la noche y solamente me asaltaron una vez (y fue a las dos de la mañana, en una tienda donde asaltaron a todos los clientes). Mi ex esposa, que es costarricense, circulaba libremente y nunca la asaltaron, aunque tomaba precauciones por la noche. En esos mismos años, por lo menos seis de nuestros amigos fueron víctimas de asaltos en vecindarios más seguros hacia el sur de la ciudad. No pretendo exagerar la sensación de seguridad que es posible sentir en El Barrio. A manera de ejemplo, el filipino de setenta años dueño de mi edificio fue asaltado a plena luz del día frente a su departamento en la primera planta. Como señalé en la introducción, todos los vecinos son conscientes de la posibilidad concreta de un robo, e incluso los traficantes más fornidos del círculo de Ray le pedían a un amigo que los acompañara cuando transportaban grandes cantidades de dinero o drogas por la noche.

La violencia no puede reducirse a su expresión estadística, pues eso mostraría que el mayor número de los asesinatos y las palizas en cualquier vecindario de la *inner city* se circunscribe a un grupo reducido de individuos: los que se involucran en el narcotráfico y la economía informal, por un lado, y los que son especialmente vulnerables, como las personas de tercera edad, por el otro. En El Barrio, la violencia de la cultura callejera atraviesa la vida cotidiana y afecta

la percepción del vecindario de manera completamente desproporcionada en comparación con su peligro real. Esto se debe, en parte, a que los incidentes de violencia suelen ser muy visibles y traumáticos, aun cuando no amenazan físicamente a los espectadores. Durante mis primeros trece meses en East Harlem, fui testigo de diversos episodios violentos:

- un tiroteo frente a mi ventana en el que murió una vendedora de drogas, madre de un niño de tres años,
- un bombardeo y ataque con metralleta contra una venta de bolita, también visible desde mi ventana, cometido por facciones rivales de la mafia local,[12]
- una persecución policial y un tiroteo frente a una pizzería donde comía con mi esposa,
- las secuelas del bombardeo contra un expendio de heroína a la vuelta de mi casa, cometido por un proveedor al que no le habían pagado sus servicios,
- varias grescas violentas con gritos y rasgadura de prendas.

En ninguno de estos incidentes estuve cerca de resultar herido, pero el dramatismo lograba infundirme una sensación de peligro que trascendía la probabilidad de convertirme en víctima.[13] En su análisis de contextos muy distintos como América del Sur y la Alemania nazi, el antropólogo Michael Taussig ha acuñado la expresión "cultura del terror" para referirse al efecto que engendra la propagación de la violencia en una sociedad vulnerable.[14] En East Harlem, una de las secuelas de la dinámica actual de la "cultura del terror" es el silenciamiento de la gran mayoría de los vecinos, que desde luego no recurre a la violencia. Estas personas se aíslan de la comunidad y llegan a aborrecer a los participantes de la cultura callejera, y a interiorizar los estereotipos racistas en ese proceso. Una dinámica ideológica profunda los lleva a desconfiar de sus vecinos.[15] Entre tanto, las imágenes de la cultura del terror deshumanizan a las víctimas y a los perpetradores y le sirven a la sociedad dominante para justificar su propia falta de disposición para afrontar realmente la segregación, la marginación económica y el desmoronamiento del sector público en los Estados Unidos.

Yo tenía la obligación personal y profesional de negar o tomar como normal la cultura del terror durante mi estadía en El Barrio. Muchos de los residentes locales emplean esta estrategia. Reajustan la rutina diaria y se acomodan al impacto de la brutalidad cotidiana para mantener la cordura y la sensación de seguridad. Como ellos, yo debía relajarme y disfrutar de mi experiencia en las calles si quería realizar una etnografía exitosa. Debía sentirme cómodo mientras pasaba el rato y conversaba con amigos. Esto es fácil de hacer durante el

día, o incluso en las primeras horas de la noche, cuando las calles de El Barrio se sienten cálidas y acogedoras. Los niños corren y chillan de placer jugando a las escondidas; los vecinos salen a caminar y a menudo se detienen para conversar; un altoparlante emite música de salsa desde una ventana del décimo piso para que los peatones puedan sintonizarla gratuitamente. En fin, existe un sentido de comunidad a pesar de la violencia. Muchos de los residentes incluso conocen el apodo de sus vecinos más hostiles o sospechosos.

Quizá por haber crecido en uno de los distritos más privilegiados de Manhattan, a tan sólo siete cuadras de la frontera sur de East Harlem, marcada por la calle 96, siempre aprecié la sensación de espacio compartido que se disemina por El Barrio en los días soleados. El edificio donde yo crecí es seguro, pero los vecinos no tienen sobrenombres y cuando uno comparte el espacio en el ascensor no se acostumbra saludar ni reconocer la presencia de los demás.[16] En El Barrio, yo disfrutaba de la ilusión de convivencia que los residentes de clase trabajadora suelen proyectar durante el día. Eran los mismos traficantes los que habitualmente hacían pedazos mi optimismo e insistían en que respetara a la minoría violenta que realmente controlaba las calles. Una noche, hacia el final de mi estadía, le comenté a César que El Barrio se sentía seguro. Su reacción cómica e indignada me pareció sumamente interesante porque trazó el círculo ambiguo de la cultura del terror, al poner de relieve la crueldad de nuestros presuntos protectores. Tanto los criminales como la policía obedecen las leyes de la cultura del terror:

> *César*: Ey, panín [le indica a Primo que se acerque], ven pa acá a oír esto. Felipe dice que esta cuadra es tranquila.
> Bueno, Felipe, déjame decirte lo que pasó más temprano porque hoy esta cuadra estuvo brutal. Sólo con mirar por la ventana era como ver HBO: mataron a una pelsona, a otra le dieron una pela y más tarde hubo hasta un incendio. Esto fue una locura.
> Lo que pasó fue que dos tecatos, un tipo viejo y otro negro, se le fueron encima a una jeba. Le dieron tres cantazos y le quitaron las joyas. Le dieron un puño en el ojo, así; salieron de la nada. Ella pegó a gritar y el más viejo de los tipos la agarró a patadas. Eso fue por el día, como a las dos.
> Después llegó la jara, que cogió a los dos tipos y les dio soberana pela. Como veinte guardias les cayeron encima, porque se resistieron.
> Y no debieron haber tratado de escapalse porque lo que les dieron fue la tunda de sus vidas. Los guardias gozaron de lo lindo con la cara del mollo. Coño, ¡parecía que lo querían matar! Tuvieron que traer dos ambulancias.

¡Al pana le fue mal! Los dos acabaron en camillas todos ensangrentados. Ya eso no eran cuerpos lo que vinieron a recoger, eran como coágulos de sangre. Y los guardias lo hicieron con placer.
O sea, no fue una paliza común y corriente como cuando te tiran contra el carro más fuerte de lo normal. Más bien fue cosa de: "ahora te toca a ti, panita [sonríe], aguántalo ahí mismito y [da puñetazos] fuácata, fuácata, fuácata...". Y el tipo cae, plop [pretende caer inconsciente].
Hasta Abuela lo vio conmigo desde la ventana. Ella y una vecina empezaron a gritar: "¡Abuso, abuso, brutalidad policial!".
Si yo hubiera tenido una cámara le hubiera mandado la cinta a Al Sharpton.[17] Porque fue a un negrito al que le dieron la paliza. Tremendo escándalo político pudo haber causado y Al Sharpton hubiera venido con ese permanente tan cojonúo que tiene.
Philippe: ¿Cómo te hizo sentir ver a la policía hacer eso?
César: ¡Dito!, empecé a coger pena yo mismo porque pensé que me estaban dando a mí. Sentía el dolor que ellos sentían porque yo sé lo que se siente que la jara te caiga encima. No saben parar. ¡Te quieren matar... y lo disfrutan [sonríe]!
Así manejan el estrés. Así relajan la tensión. Es cosa de "mi-mujer-me-jugó-sucio-y-tú-pagarás-por-eso". Es terrorismo con placa, eso es lo que es.
Los guardias esperan la oportunidad. Se levantan por la mañana y dicen: "¡Qué bien!, hoy le voy a partir la cara a alguna minoría [se frota las manos y desliza la lengua entre los labios]".
Yo puedo entender esa actitud porque yo sería igual si fuera policía. Das la placa por sentada, se te sube a la cabeza, ¿tú me entiendes? Te sientes invencible, como que puedes hacer lo que te venga en gana.
Yo tendría la misma actitud. Hoy voy a joder a alguien. No me importa si es blanco o puertorriqueño. Y lo voy a disfrutar.
Me metería de lleno en eso. Y sería un hombre felizmente casado porque no pelearía con mi mujer.
No entiendo por qué ponen humanos para hacer de policías. Deberían poner animales en las patrullas. ¡Palabra, mano! Porque son peores que los animales. Son animales con cerebro.

LA INTERIORIZACIÓN DE LA VIOLENCIA INSTITUCIONAL

Aunque el abuso policial era una realidad, no era una de las mayores preocupaciones de la vida cotidiana. Todos le teníamos miedo a una redada en el Salón de Juegos, pero nuestra mayor fuente de ansiedad no era la violencia policial, sino la de nuestros compañeros de celda en la penitenciaría local. Es inusual que un juez de Manhattan envíe a la cárcel a una persona detenida por primera vez por vender o comprar drogas en pequeñas cantidades. Venderle *crack* a un policía encubierto normalmente se castiga con una condena suspendida de dos a cuatro años de cárcel. No conozco ningún caso en que se llevara a juicio a un simple comprador. El problema es que, tras un arresto, se debe esperar entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas en una cárcel municipal hasta que el juez del Tribunal de Narcóticos presente la lectura formal de los cargos.[18]

Nuestra suerte en estas "jaulas" hacinadas era un tema frecuente de conversación ansiosa. Capturé una de estas discusiones con mi grabador. Eddie, un primo de César que no consumía drogas, nos recordaba a todos los que estábamos en el Salón de Juegos que si la policía realizaba una redada y nos encarcelaba, corríamos el riesgo de que nos sodomizaran. El padre de Eddie era afronorteamericano, y César se aseguró de añadirle matices raciales a la discusión y de mostrar su avanzado conocimiento de las técnicas de violación en las cárceles neoyorquinas:

> *Eddie*: Mira, César, no vengas lloriqueando cuando te lleven al centro y te desfloren [risas].
> *César*: No, en las cárceles ya no violan porque le tienen miedo al sida. Ya ni en Riker's [la cárcel principal de Nueva York] le dan a uno por el culo.
> Donde sí te la clavan es en el norte, porque allí tienen encerrados a los negros grandes, los ladrillos de Georgia, los bulldogs de Georgia Tech, las chuletotas musulmanas que han estado en la perrera como veinte años.
> Te dan por el botón del culo [da un salto, su cara casi toca la de Eddie]. Polque son más grandes que tú. Han estado levantando pesas. Son grandes y te tumban las cosas [se voltea y me habla en la cara]. Y te cogen el brazo así [me tuerce el brazo] y te lo meten como un perro [gira y engancha a Eddie con una llave full nelson]. Y te lo menean por dentro [presiona la entrepierna contra el trasero de Eddie]. Y tú estás: [cambia de rol, le agarra la cabeza y le hala el pelo a Eddie, gritando] AJÁAAJJ.
> Porque te zambullen el mastodonte ése que ellos tienen, la lambada-

> blada, la culebra negra de Alabama. ¡La culebra negra de los moros encontró el as de oros!
> [Hace una pausa para calibrar nuestra risa entrecortada] Y son negros. Y dan asco. Y apestan a negro. Y son grandes. Y apestan a James Brown. Y te empapan la mielda con leche. Y tú te tienes que quedar como una ovejita y te ponen a lavar calzoncillos y medias. Y te cae la reputación de que le mamas el bicho a los mollos más grandes. Y ése es tu hombre [abraza a Eddie].
> Y si tú eres un novato [da un salto y se me planta en la cara] y eres pato y te gusta y te lo quieren meter, te va a tocar el Cuco en persona. Te cogen el culo y te lo llenan de concreto. Te rellenan el hoyo. ¡Te lo juro!
> Y si les gustas a los patos, te meten en problemas [se da vuelta otra vez y me mira a los ojos]. Tratan de cucarlos: "Está bien, hijo de puta, ¿no me quieres chichar? Pues ahorita vuelvo con los bohemios negros".
> [Gira otra vez y encara a Primo] Y te cogen el culito hasta que te hacen pato. ¡Y luego, la gente en la calle te reconoce a ti! [Gira una vez más y se planta a medio centímetro de mi nariz].

Esa noche la perorata de César me irritó más que de costumbre. Pocos días antes, el Equipo Táctico Antinarcóticos, una selecta unidad policial formada en 1989 para aplacar la indignación popular como parte de la campaña "Dile no a las drogas" en plena histeria colectiva a finales de los años ochenta, había realizado su primera misión en El Barrio.[19] Conocido acertadamente como TNT (por sus siglas en inglés), el objetivo de este cuerpo policial era modificar el blanco de combate: arremeter contra los vendedores callejeros en vez de hacerlo contra los proveedores mayoristas.[20] La semana anterior, TNT había aparecido a las dos de la mañana en camiones U-Haul para bloquear ambos accesos a un punto de capeo de *crack* situado a cuatro calles del Salón de Juegos y arrestar a todas las personas que se encontraban en la vereda. Los agentes incluso sacaron a varias personas de los pocos *tenements* que quedaban habitados en la cuadra.

La noche de la disputa entre Eddie y César con respecto a la violación en las cárceles neoyorquinas, yo había olvidado mi licencia de conducir. No mostrar identificación es la manera más segura de incitar la furia policial. Mi grabación de ese día acaba con reproches contra César sobre un fondo de risas y cacareos nerviosos.

> *Philippe*: ¡Quítate de encima, César! ¿Qué carajo te pasa? ¿Eres un pervertido o qué?

> Primo, yo me voy de aquí. Ustedes me pusieron petro. Pero ahorita vuelvo. Voy arriba a buscar mi carnet.

EL ACCESO A LA CASA DE CRACK

Durante mis primeros meses en el vecindario, no me planteaba cuestiones teóricas complejas sobre la manera en que los Estados Unidos justifican la segregación en la *inner city* ni sobre el modo en que las víctimas se autoimponen la brutalidad de su marginación. Mi preocupación fundamental era convencer al administrador de una casa de *crack* de que yo no era un policía encubierto. Tengo un recuerdo vívido de la primera vez que visité el Salón de Juegos. Mi vecina Carmen, una abuela de treinta y nueve años que en un lapso de tres meses se transformó en una arpía drogadicta y terminó por abandonar a sus nietos gemelos de dos años de edad, me llevó ante el gerente del Salón y le dijo en español: "Primo, te presento a mi vecino, Felipe. Él es de la cuadra y quiere conocerte". Primo soltó una risa nerviosa. Giró, me dio la espalda y escondió la cara. "¿En qué precinto fue que lo recogiste?", le preguntó a Carmen en inglés, mirando hacia la calle. Con un tono entre avergonzado y recriminatorio, le aclaré que yo no era "de la jara" y que lo que quería era escribir un libro sobre "la calle y el vecindario". Me comporté con suficiente tacto como para no imponer mi voluntad. Invité una ronda de cervezas y me dejé relegar a un segundo plano, yéndome a recostar sobre el paragolpes de un auto estacionado. Mi intento de mostrar generosidad había empeorado la situación, pues compré una cerveza desprestigiada que a Primo no le gustaba. Lo único que él bebía eran botellas de medio litro de una nueva marca de licor de malta llamada *Private Stock*, cuyos afiches y pancartas, ilustrados con morenas despampanantes escasamente vestidas con piel de leopardo, mostrando sonrisas relucientes y piernas piel canela, habían sido desplegados a lo largo y ancho de Harlem, para atraer a una nueva generación de jóvenes alcohólicos criados en las calles de la *inner city*.

A pesar del mal comienzo, Primo tardó menos de dos semanas en acostumbrarse a mi presencia. Me favoreció tener que pasar frente al Salón de Juegos varias veces al día camino al supermercado, la parada de autobús y la estación del subterráneo. Primo solía pasar el rato delante de su seudogalería de videojuegos, rodeado de una camarilla de muchachas adolescentes que competían por ganarse su atención. Al principio nos saludábamos con un movimiento de cabeza. Al cabo de una semana, Primo me llamó y me dijo: "Oe, pana, te gusta la cerveza, ¿no?", y compartimos una ronda de *Private Stocks* con María, su novia de quince años, y el vigilante, Benito (cuyo nombre americanizado era

"Benzie"), un joven de veinte años bajo y bullicioso que con su andar exagerado camuflaba la cojera causada por una bala que todavía tenía enterrada en su fémur izquierdo.

Varias horas y cervezas después, Primo me invitó al cuarto trasero. Detrás de un panel falso de linóleo me mostró la mercancía. El pulso se me desbocó cuando me preparó una bolsa de diez dólares de cocaína marca "We Are the World", que se vendía al otro lado de la avenida frente a un mural de media cuadra pintado en conmemoración del famoso concierto de *rock* de ese mismo título celebrado a finales de los años ochenta en beneficio de la hambruna en Etiopía. "¿Te gusta esto también?", me preguntó. Me preocupaba que mi rechazo fuera a arruinar nuestra relación, o peor aún, que fuera a dar por cierta mi supuesta condición de agente policial, pero me sorprendió que Primo y Benzie se maravillaran cuando denegué la oferta. Estaban asombrados de que yo fuera "tan buena persona" que ni siquiera "esnifeara" cocaína. Ése fue mi primer encuentro con la ética contradictoria de la calle, que juzga cualquier contacto con las drogas como un acto del demonio pese a que casi todos en la calle inhalan, fuman, venden o se inyectan.

Primo, Benzie, María y las personas que nos rodeaban esa noche nunca habían interactuado con una persona blanca amigable, y sintieron alivio al ver que yo pasaba el rato con ellos por un genuino interés personal y no porque quería obtener drogas o involucrarme en algún otro acto de "perdición". Las únicas personas blancas que habían visto de cerca habían sido directores de escuela, policías, jueces y jefes enfurecidos. Incluso sus maestros y asistentes sociales eran por lo general afronorteamericanos o puertorriqueños. Primo estaba preocupado, pero era fácil advertir su curiosidad. Varios meses después me confesó que siempre había querido "dialogar" con un representante de la sociedad "libre de drogas" de los Estados Unidos.

En las semanas siguientes visité el Salón de Juegos todas las noches para hablar con Primo y el vigilante de turno, por lo general César o Little Benzie. Para mi sorpresa, los habitués de la casa de *crack* me transformaron en un objeto exótico de prestigio: les agradaba que los vieran en público conmigo. Sin darme cuenta abrí un campo de relaciones de poder donde mi presencia intimidaba a las personas. El nuevo desafío, por lo tanto, era entrar en el juego del manejo de impresiones que inevitablemente caracteriza las relaciones de poder invertidas. En el caso de Primo, mi presencia activó una ola de racismo interiorizado que lo empujó a presentarse como superior a "estos boricuas analfabetos", "estos mamaos sinvergüenzas que bregan en factorías". Pronto empezó a decirme que nuestras conversaciones eran un gran estímulo para su desarrollo intelectual. Al mismo tiempo, sé que seguía sospechando de mí como un posible agente antinarcóticos, porque un mes después de conocerme me aseguró: "No me importa si tú mañana vienes y me arrestas, yo quiero hablar contigo. Eres una buena persona". Recién tres años después Primo comenzó a referirse a mí como "el negro blanco que siempre anda conmigo".

Recuerdo la noche en que me ascendieron al rango de "negro honorario". Primo había tomado más alcohol que de costumbre y quise acompañarlo al departamento de la hermana de María, su novia, para asegurarme de que no lo asaltaran en la escalera del complejo habitacional donde los ascensores, como siempre, estaban rotos.[21] Cuando llegamos al departamento, Primo me tomó del hombro. Tambaleándose en el pasillo, me agradeció: "Eres un negro bueno, Felipe. Tú eres un negro bueno. Ta mañana".

Una madrugada, dos años después, mientras Primo y Benzie inhalaban un *speedball* en la semana de Año Nuevo, sentados en la escalera del inmenso complejo habitacional donde vivía la madre de Primo, ambos por fin me confesaron cuáles habían sido sus primeras impresiones cuando me vieron entrar al Salón de Juegos por primera vez. Primo despedazó un paquete de heroína de $10 y, tras hundir la llave de su casa en el polvo, se arrimó una pequeña cantidad a la fosa nasal izquierda. Aspiró profundamente, repitiendo el movimiento con agilidad antes de soltar un suspiro y estirar el brazo para tomar la botella de licor de malta marca Olde English de la que yo bebía. Mientras tanto, Benzie usaba un billete doblado de un dólar para triturar el contenido de una ampolla de cocaína de $15, enrollando el dólar entre sus pulgares y dedos índices para deshacer los granos y cristales y así facilitar la inhalación. Hundió en el polvo la cubierta de cartón de una caja de fósforos, aspiró dos veces y delicadamente colocó los materiales en la esquina de la grada en la que se sentó.

> *Primo*: Felipe, cuando yo te vi por primera vez, yo no sabía quién carajo tú eras, pero de todos modos te recibí bien porque parecías interesante; así que, por supuesto, te recibí bien [estira el brazo para agarrar la cocaína]. Te recibí como un amigo, con respeto.
> *Benzie*: [interrumpe mientras me pasa la botella de licor de malta] Felipe, yo te voy a decir la pura verdad; y este pana ya lo sabe [señala a Primo]. El día que yo te conocí yo pensaba que tú eras diferente... pero mejor no te lo digo [inhala heroína con la llave de Primo].
> *Philippe*: [toma un trago] Tá bien, no te preocupes, cuéntame. Yo no me voy a enojar.
> *Benzie*: Sí... bueno [se vuelve hacia Primo para evitar el contacto con mis ojos, inhalando de nuevo]. Tú te acuerdas, ¿no? Yo te decía, tú sabes, la forma en que él hablaba. El modo en que él actuaba. Que yo pensaba que tal vez... tú sabes. ¿Cómo es que se dice? Que alguna gente es bisexual. Aunque tuvieras esposa yo pensé que tú eras como... sucio.

La verdad es que era por el modo en que tú hablas y el modo en que tú actúas. Siempre haces un chorro de preguntas, y así es que son muchos tipos gay, tú sabes; tratan de averiguar cómo es que tú eres. Pero después de un rato, cuando llegué a conocerte [me quita la botella], vi la forma en que jangueabas y te pude conocer mejor. Pero igual a veces pensaba lo mismo: "Acho, pero este pana es pato".
Primo: [detiene a Benzie] ¡Coño, pana, cállate que le vas a dar un complejo! [Me pone el brazo en el hombro] Eso era porque eres blanco. Él pensaba, ¿quién es este blanquito?
Philippe: ¿Entonces era por mi acento? ¿Mi voz? ¿La forma en que muevo el cuerpo?
Benzie: Sí, tu acento...
Primo: [interrumpe] Yo le dije que tú eras un anfropólogo y que el modo en que tú hablas es como habla la gente inteligente. O sea, que tú hablas a tu manera. Y tal vez nosotros no entendamos algunas palabras, pero eso no impolta.
Pero cuando hablas español entonces sí que suenas diferente. Tú sabes, cuando hablas español, tú suenas como que eres de España.
Hasta la mai mía pensaba que tú eras pato, pero eso era porque sólo te hablaba por teléfono [suenan disparos]. Un día me preguntó: ¿Quién es el blanquito ese que siempre llama aquí? ¿Es pato o algo así?
Y yo le dije: ¡No! ¿De qué tú hablas? Él es profesor. Habla español, inglés y francés.

No pude evitar sentir cierta vana ofensa personal al saber que otras personas habían errado en la identificación de mi orientación sexual, porque para ese entonces yo creía tener cierto nivel de malicia callejera. En retrospectiva, reconocí que durante mis primeros años en El Barrio había hecho una pésima lectura de las señales de la calle. Nunca había tenido la menor sospecha de que podía estar irradiando un aire de pervertido sexual. Paradójicamente, esa mala lectura me permitió relajarme e ingresar en el Salón de Juegos con tranquilidad. Una excesiva conciencia de mi imagen sexual podría haber interferido con mi capacidad para iniciar relaciones cercanas en el contexto homofóbico de la cultura de la calle.

LA RELACIÓN ENTRE AFRONORTEAMERICANOS Y PUERTORRIQUEÑOS EN LA CALLE

La tensión étnica en El Barrio no involucra exclusivamente a las personas blancas. El círculo de Ray estaba sumamente segregado, compuesto casi exclusivamente por puertorriqueños de segunda generación nacidos en Nueva York.[22] La mayoría de ellos mostraba una abierta hostilidad hacia los afronorteamericanos, a pesar de que Ray y aproximadamente la mitad de sus empleados pertenecerían a la categoría de "negros" desde el punto de vista de los anglonorteamericanos. Entre los más de veinte vendedores que conocí que trabajaban para Ray, solamente dos eran afronorteamericanos y ambos habían españolizado sus nombres. A Sylvester, por ejemplo, lo conocían como Gato. El otro traficante negro, al que llamaban Juan, me confesó en privado que el ambiente en la esquina de La Farmacia le parecía extremadamente hostil:

> Los puertorriqueños y los negros no se llevan bien. ¿Ves esa placa ahí que dice "Latin Family [Familia latina]"? Pues algunas personas se lo toman en serio. Hay mucho racismo aquí. Cuando yo entro por la puerta, tengo que tener una meta y un propósito. Si yo vengo y me siento en una silla y cruzo las piernas, de pronto los veo que se juntan hablando en español: "Oe, ¿quién es ese tipo?". Hasta te lo dicen en inglés: "Mira, más vale que te estés tranquilo".

César era más explícito en cuanto a la tensión interétnica en el Salón de Juegos, sobre todo después de tomar algunos tragos:

> Yo soy del Ku Klux Klan. Yo mataría a los negros. ¿Tú sabes por qué los odio? Porque son negros y apestan y huelen a mielda. Y son unos manganzones que no trabajan na. Juro por Dios que los odio hasta la muerte.
> Yo odio hasta a los puertorriqueños que tienen afro. Los odio como a cualquier otro molleto [pasa la mano por el pelo de Primo]. Pal carajo. Primo también porque tiene afro y es negro. Lo mataría.
> [Me mira a la cara] Y también odio a los blancos. Los podría matar a todos. Pero a ti no, Felipe, tú me caes bien. Tú eres buena persona. Pero si no janguearas con nosotros yo te mataría.
> ¿Sabes por qué yo odio a los mollos? Porque fue un mollo el que mató a mi helmana: la apuñaló dieciocho veces en los proyectos.
> Me tienen encojonao porque, ¿por qué me tienen que hacer esas cosas? Bastante jodido estoy ya, como quiera. Yo le tengo odio a to el mundo.

El racismo vociferante de César no impedía que emulara la cultura callejera afronorteamericana, que ejerce casi total hegemonía sobre el estilo en la economía sumergida.

> Cuando yo era un nene yo quería ser negro. Quería tener ese estilo, porque ellos son más malos. ¡Malo malos! Ya tú sabes, peligroso, gángster.
> Me caían mejor los negros maleantes, porque en ese tiempo yo estaba aprendiendo a hacer guisos, robaba chinas de las fruterías, cosas así.
> Además, los negros se visten chévere, tienen clase, son duros, ¿tú me entiendes? Revolú, bien negro. *Cool.*
> Los hispanos con los que yo jangueaba tenían un estilo como cuadrado, flojo, ¿tú sabes?
> Mira, ahora mismo son los mollos los que pusieron de moda los *marked necks* y los AJs.
> Son los mollos los que visten chévere.

A pesar de las complejas tensiones interétnicas, la polarización de las clases sociales y el estilo cotidiano de la calle, todas las personas en el círculo de Ray llegaron a aceptarme. La mayoría daba muestras auténticas de disfrutar de mi presencia. Desde luego, decenas de personas en los márgenes de esta y otras redes de narcotráfico nunca llegaron a confiar en mí. Era el caso de los traficantes puertorriqueños adolescentes y los afronorteamericanos de todas las edades, cuya relación con la sociedad blanca solía ser más expresamente hostil que la de sus padres o incluso sus hermanos mayores. Sin embargo, llegué a sentirme cómodo en mi papel de "profesor" y "antropólogo" en el proceso de escribir un libro. En ocasiones estuve cerca de meterme en problemas, pues algunos miembros marginales del círculo de Ray (e incluso algunas personas que no tenían ninguna relación con él) empezaron a increparme rencorosamente porque yo nunca los grababa, seguros de que merecían "al menos un capítulo" en mi libro. Al principio me inquietaba lo contrario: que los personajes principales de este estudio resintieran que una persona ajena al vecindario usara sus biografías para forjar una carrera académica. A largo plazo, mi meta siempre ha sido devolverle algo a la comunidad. Cuando les expuse a Ray y sus empleados mi deseo de escribir un libro hecho de historias personales que ilustrara la "pobreza y la marginación" y contribuyera a producir un conocimiento crítico y empático de la *inner city*, creyeron que estaba loco y vieron con suspicacia mi preocupación por la responsabilidad social. Desde su perspectiva, todo el mundo busca el beneficio propio; cualquier persona en su sano juicio escribiría un *best seller* para hacerse millonario. Nunca les había pasado por la mente que podían obtener algo de mi trabajo, excepto tal vez una fiesta el día de la publicación del libro. Mi insistencia en que el proyecto era capaz de traer beneficios políticos concretos a la comunidad únicamente suscitó respuestas humillantes:

> *César:* Felipe, estás hablando mielda en cantidad. No significa nada que hablemos al aire una enorme cantidad de baba.
> Es como si estuviéramos en el show de Oprah o de Phil Donahue, que no importan ni un pepino. Eso no va a ayudar a la comunidad. No nos va a ayudar a nosotros. No va a hacer cambiar el mundo y convertirlo en el jardín ése que tú dices. Todo es palabras. ¡Cállate la boca!

Mi esperanza, por supuesto, es que César se equivoque, pero acaso su cinismo sea mucho más realista que mi idealismo académico.

A mitad de mi estadía en El Barrio, los protagonistas de este libro comenzaron a seguir de cerca mis hábitos de escritura y empezaron a exigirme que acelerara el paso. Querían ser parte de un *best seller*. Cuando el cuerpo empezó a pasarme factura por la cantidad de horas que estaba frente a la computadora y sufrí un ataque de tendinitis en los antebrazos, Primo y César se inquietaron y dieron muestras auténticas de decepción. Comprendí que nuestra relación había tomado un giro casi psicoterapéutico.

> *César:* [me toma los brazos y los tuerce] No te nos des por vencido, Felipe. No te nos rindas. Podríamos caerte a palos si te descompones.
> [Se vuelve hacia Primo] Creo que Felipe se está volviendo loco. Vamos a tener que presionarlo un poco.
> [Risas] Tú eres nuestro modelo a seguir. No te nos puedes joder así. Podríamos darte una pela por hacernos esto. ¡Palabra!
> No voy a permitir que te desaparezcas hasta que me dejes algo escrito con tu nombre, como una referencia pa toda la vida. Vas a tener que dedicarme al menos un capítulo, como quiera. Yo sé que lo que yo te digo tú lo vas a escribir, porque mis historias son tan buenas que no hay forma de que las dejes fuera.
> [Me abraza] Parece que aquí los alumnos están superando al maestro educacionalmente. Creo que Felipe está deprimido. Debe tener un bloqueo mental.

2. Una historia de las calles de El Barrio

[East Harlem] es un hervidero de actos delictivos: hay nidos de uso de narcóticos, robos, asaltos, estafas y toda forma concebible de violar la ley. El país está inundado de criminales criados en este vecindario. Ningún taxista se atreve a cruzar la calle 113 al este de la Segunda Avenida luego del atardecer: únicamente con un auto blindado se sentiría seguro.
Un sacerdote católico, década de 1930[1]

Las vidas de los narcotraficantes que protagonizan este libro serían incomprensibles sin una detallada consideración de su trasfondo histórico. Los puertorriqueños de segunda y tercera generación que viven en Nueva York deben situarse en el contexto colonial de sus abuelos y bisabuelos. Casi desde el momento en que Cristóbal Colón pisó la isla en 1493 y que Ponce de León la conquistó en 1508, la ubicación estratégica de Puerto Rico en el centro del mar Caribe, en el corazón de una de las rutas comerciales transatlánticas más importantes, suscitó ambiciosas pretensiones entre las potencias mundiales. A lo largo de quinientos años, la administración política y económica de la isla se ha mantenido sujeta a consideraciones de tipo militar que tienen poca concordancia con las necesidades de sus habitantes. Pese a que los conquistadores españoles importaron esclavos africanos y establecieron plantaciones azucareras, en términos económicos Puerto Rico nunca ha sido una colonia próspera. Siempre representó, sobre todo, un eje de control militar, lo que explica la tenacidad con la que España se mantuvo aferrada al territorio hasta finales del siglo XIX, en contraste con el resto de las Américas, que obtuvieron su independencia en la década de 1820. En los siglos XX y XXI, sujeto a nuevas relaciones coloniales, Puerto Rico ha sido incapaz de establecer una forma viable de organización política y económica, lo que dio lugar a una de las migraciones masivas más vertiginosas de los últimos cien años.

Cuando Estados Unidos invadió Puerto Rico en 1898, continuó la práctica española de anteponer los intereses militares a la lógica económica. En la actualidad, la isla se encuentra sujeta al gobierno de los Estados Unidos, pero sus residentes no gozan del derecho al sufragio en las elecciones presidenciales y carecen de representantes con voz y voto en el Congreso estadounidense. La condición colonial del territorio, que desde 1952 mantiene el ambivalente estatus de "Estado Libre Asociado", se denuncia con frecuencia en las Naciones Unidas. Irónicamente, Puerto Rico continúa representando una carga finan-

ciera para su jefe político. Al igual que la corona española durante el siglo XIX, el gobierno federal de los Estados Unidos debe invertir enormes sumas de dinero para mantener el control político y militar del territorio y para subsidiar su economía insolvente. A partir de la década de 1970, más de un tercio del ingreso personal en Puerto Rico procede de las arcas federales, ya sea en forma de cupones alimenticios o subvenciones del régimen de seguro social. En 1992, más del 50 por ciento de la población puertorriqueña satisfacía los requisitos necesarios para recibir subsidios alimenticios.[2] En una de sus jornadas nocturnas en el Salón de Juegos, César subrayó con lucidez las bases políticas de la relación entre la isla y los Estados Unidos:

> *César*: A Estados Unidos sólo le importa Puerto Rico porque está cerca de Cuba: menos distancia pa destruir el comunismo. ¡No tenemos nada más que ofrecer! No hay recursos naturales: ni petróleo, ni oro; ni siquiera el agua es buena. No tenemos nada.
> ¿Qué tiene Puerto Rico? ¿Ron? Los Estados Unidos ya tienen a Kentucky, a Tennessee: todos los estados del sur hacen ron pitorro.

DE JÍBARO PUERTORRIQUEÑO A VENDEDOR DE CRACK

En las primeras décadas del siglo XX, Estados Unidos transformó la economía puertorriqueña, tornándola aún menos propicia para la cultura y las necesidades locales que el sistema mercantil español. Cientos de miles de agricultores se vieron obligados a abandonar sus parcelas en la altura de la isla y a migrar en busca de trabajo en las enormes plantaciones azucareras que proliferaron de la noche a la mañana en los fértiles llanos costeros. A partir de la Segunda Guerra Mundial, dichos campesinos desarraigados y sus descendientes han sido conocidos como "jíbaros". Según el mito, los jíbaros, descendientes de indios taínos, cimarrones y polizones moros y europeos, rechazaron las leyes y convenciones sociales del sistema español a lo largo de los siglos XVIII y XIX, se negaron a trabajar como cortadores de caña en las plantaciones coloniales y se establecieron en los montes escarpados de la isla, lejos del alcance del estado urbanocéntrico.[3] Originalmente, la palabra "jíbaro" quería decir "salvaje". Hoy en día, el término evoca la imagen estereotipada de un agricultor fieramente independiente, que viste sombrero de paja y esgrime su machete, "se ñangota" en el "batey" de su casa y recibe visitas luego de una ardua jornada laboral. Pese a la connotación despectiva del término, el jíbaro ha surgido como un símbolo de la dignidad y la integridad de Puerto Rico, forjadas frente a la experiencia de dominación, influencia extranjera y dispersión.

Existe un paralelo interesante entre las sociedades jíbaras que habrían rehuido el trabajo asalariado de las plantaciones coloniales y rechazado las formas culturales elitistas de los españoles, motivadas por un sentido indomable de dignidad, y la corriente contestataria de la cultura callejera que se opone a la marginación y explotación por parte de la sociedad estadounidense. Sin embargo, el concepto de "jíbaro" no debe reificarse y convertirse en una categoría cultural demasiado simplista, como si se tratara de una especie de reliquia del pasado rural. Debe notarse, más bien, que al jíbaro se lo reinventa y redefine conforme cambian los contextos económicos y políticos.[4] En la actualidad, la categoría tiende a incluir tanto a los obreros de las plantaciones azucareras como a los residentes de segunda generación en los Estados Unidos. A menudo, Primo se refería a sí mismo y a sus amigos como jíbaros, si bien explotó de la risa cuando le evoqué la imagen del campesino que se "ñangota" en su "batey" mientras discute los sucesos cotidianos. Ignoraba el sentido de la palabra batey, pero me aseguró:

> La única vez que yo me ñangotié fue cuando estuve en la cárcel. Un chorro de puertorriqueños nos agachábamos así, ñangoteando, y hablábamos pendejadas por horas.

Quizá Primo no esté al tanto de que sus abuelos y bisabuelos con toda probabilidad fueron pequeños agricultores obligados a convertirse en trabajadores temporales en un cañaveral durante la primera mitad del siglo XX, período en el que las multinacionales estadounidenses tomaron el control de la economía rural puertorriqueña. Sin embargo, Primo tiene muy presente la emigración masiva que ocurrió como consecuencia de estas transformaciones. Las cifras no dejan de ser chocantes: un promedio anual de 40 000 personas abandonaron Puerto Rico en los quince años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Más de 75 000 personas emigraron sólo en 1953, año en que la madre de Primo, a la edad de diecisiete años, abandonó su choza cercana a una plantación en el pueblo costero de Arroyo para buscar trabajo como costurera en una fábrica textil de Nueva York. Otros 586 000 puertorriqueños siguieron sus pasos en la década del sesenta en busca de trabajos y viviendas en el gueto neoyorquino.[5] Pocos países del mundo han exportado semejante porcentaje de sus habitantes en un período tan breve a un anfitrión tan económicamente distinto y culturalmente hostil. Ni siquiera los dos millones de irlandeses emigrados (y el millón de muertos) en la década de 1840, época en que la hambruna de la papa azotó a Irlanda, superan en términos proporcionales al millón y medio de puertorriqueños –más de una tercera parte de los habitantes de la isla– extirpados de los arrabales, cañaverales y pueblos de montaña que habitaban para acabar confinados en los *tenements* y luego en los inmensos

complejos habitacionales de la ciudad de Nueva York.[6] Según el censo de 1980, el 36 por ciento de todos los puertorriqueños entre los veinticinco y cuarenta y cuatro años de edad nacidos en la isla vivían en los Estados Unidos.[7]

En los años cuarenta y cincuenta, la mayor parte de estos inmigrantes encontró trabajo en la industria liviana, especialmente en el sector textil, justo en el momento en el que esta fuente de empleo comenzaba a desaparecer de la ciudad como parte del proceso de reestructuración de la economía mundial.[8] Nueva York se convertía en el centro administrativo de las corporaciones multinacionales; éstas empezaban a cerrar sus plantas productivas para transferirlas a países donde el costo laboral era menor, y las plazas industriales eran reemplazadas paulatinamente por las del sector de servicios. En las dos décadas posteriores a 1967, año del nacimiento de Primo en el hospital municipal de East Harlem, el número de puestos industriales disminuyó en un 50 por ciento y medio millón de trabajadores perdieron sus empleos.[9]

En otras palabras, los puertorriqueños nacidos en Nueva York son los descendientes de una población desarraigada, repetidamente reubicada al ritmo implacable de la historia económica. En el transcurso de las últimas dos o tres generaciones, sus abuelos pasaron de trabajar como campesinos bajo un régimen de semisubsistencia en parcelas privadas o haciendas locales a ser: (1) peones asalariados en plantaciones de propiedad extranjera y uso intensivo de capital, (2) proletarios agrícolas residentes de los arrabales cercanos a las zonas de exportación, (3) obreros industriales radicados en los *tenements* de la *inner city*, (4) empleados del sector de servicios que vivían en los gigantescos edificios de vivienda subsidiada, y, por último, (5) empresarios callejeros de la economía informal. Primo capturó el *pathos* asociado a estas dislocaciones cuando le pregunté por qué se refería a sí mismo como jíbaro:

> *Primo*: El pai mío bregaba en fábricas. Así dice mi certificado de nacimiento, pero antes de venir a Nueva Yor él era cortador de caña. ¡Mielda!, no me importa, no soy nada más que un jíbaro. Hasta hablo español como jíbaro. Yo soy jíbaro.

Un sector económico en particular se ha beneficiado de la larga serie de metamorfosis sociales y económicas de Puerto Rico: las multinacionales estadounidenses que tomaron las riendas de la economía local. Respaldadas por las generosas concesiones fiscales de la isla, tales compañías han transformado a Puerto Rico en un paraíso para las ganancias corporativas. Cabe notar que esta distorsión económica también se vio impulsada por consideraciones estratégicas de tipo militar. Luego del triunfo de la revolución cubana en 1959, Estados Unidos quiso convertir a Puerto Rico en una llamada "vitrina de la democracia", una demostración y justificación del desarrollo económico capitalista.

Con la intención de promover las iniciativas del sector privado, se implantó una política de exenciones fiscales válida por diez años a toda inversión en infraestructura productiva, concesión que entre otras cosas fomentó la tendencia de las multinacionales a manipular la transferencia de costos y precios a través de empresas subsidiarias locales. Como resultado, la isla posee la tasa de ganancias corporativas más alta del hemisferio occidental. Ya lo decía ostentosamente el secretario de Estado puertorriqueño en 1990: "Ningún país del mundo les produce tanto ingreso neto a las corporaciones norteamericanas como Puerto Rico".[10]

Los imperativos económicos que moldean la vida de los puertorriqueños se han reforzado en el terreno ideológico por un "asalto cultural" netamente racista. El carácter agresivo de esta relación quedó plasmado en la política de "*English only*" que la administración colonial impuso en las escuelas puertorriqueñas hasta 1949.[11] Desde luego, para quienes emigraron de la isla, el choque cultural ha sido más profundo. De la noche a la mañana, estos nuevos inmigrantes, cuyos horizontes culturales solían estar atados a redes interpersonales de *respeto* organizadas en torno a complejas categorías de edad, sexo y parentesco, se vieron transformados en parias. Desde el momento en que pisaron los Estados Unidos, los puertorriqueños han sido desdeñados y humillados con una saña cuya intensidad se corresponde específicamente con la historia estadounidense de polarización racial y segmentación étnica de los mercados laborales.

Estos abrumadores cambios, impuestos impetuosamente sobre la población otrora rural de Puerto Rico, se traducen estadísticamente en altas tasas de desempleo, un amplio consumo de narcóticos, el resquebrajamiento familiar y un serio deterioro de la salud en la *inner city*. Pocos grupos étnicos, con excepción de los nativos norteamericanos, tuvieron tan pobre desempeño en las estadísticas del censo de 1990 como los 896 753 puertorriqueños que en ese año vivían en Nueva York, quienes obtuvieron las tasas más altas de pobreza familiar y de dependencia respecto de la ayuda pública entre todos los grupos étnicos de la ciudad, así como el porcentaje más bajo de participación laboral. En 1989, su tasa de pobreza (38 por ciento) duplicaba la de Nueva York (19 por ciento). Según los resultados de una encuesta elaborada al final de los años ochenta, la tasa de pobreza familiar entre los puertorriqueños superaba en un 500 por ciento la media para toda la ciudad.[12]

El censo de 1990 documenta avances importantes para varios grupos de puertorriqueños, especialmente para los que viven fuera de Nueva York. Sin embargo, los índices epidemiológicos muestran que la salud del grupo en general se encuentra en una situación atroz. Tiene la tasa de infección de VIH de mayor crecimiento, la tasa más alta de incapacidad total, el mayor número de muertes causadas por cirrosis y la tasa más elevada de intentos de suicidio.

En marzo de 1993, la media del ingreso de los hogares puertorriqueños era inferior a la de los hogares blancos en más de $14 000 ($18 999 contra $33 355) e inferior a la de los hogares de otros grupos latinos en más de $4000.[13]

LA RESPONSABILIDAD INDIVIDUAL EN LA CALLE

Desde la comodidad de un escritorio o un sofá, la historia puertorriqueña de ruptura económica, subordinación política, opresión cultural y migración masiva ofrece la explicación más clara del carácter autodestructivo de la cultura callejera en East Harlem. En la calle misma, sin embargo, al entrar en confrontación con personas violentas, las explicaciones en el plano de la economía política no son tan evidentes. Para usar términos más moralistas, cara a cara con individuos como Ray, Primo o César, uno siente que ninguna "justificación histórica" puede absolverlos de las consecuencias de sus actos, que con frecuencia son violentos, parasitarios y autodestructivos. Cotidianamente causan sufrimiento a sus familias, vecinos y amigos.

Discutí esta cuestión teórica, la relación entre la estructura social y el rango de acción de los individuos, con muchos de los narcotraficantes con quienes trabé amistad. Como la gran mayoría de los estadounidenses, ellos creen firmemente en la responsabilidad individual y piensan que su marginalidad se debe a sus propias carencias psicológicas o morales. Rara vez culpan a la sociedad; creen que son los individuos quienes deben rendir cuentas. Tal modo de ver las cosas puede ser producto de la mezcla entre el individualismo recio del pasado jíbaro y el puritanismo pionero legado por la inmigración anglosajona a los Estados Unidos, un poderoso sincretismo intensificado por la lógica pragmática de la "supervivencia del más apto" reinante en la economía informal neoyorquina. Al mismo tiempo, entre la nueva generación de puertorriqueños, una variante de la cultura callejera es casi política en su oposición a la sociedad convencional. Cuando Primo interactuaba con su amigo César, que era cinco años más joven, la tensión entre generaciones solía manifestarse:

> *Philippe:* Entonces ves lo que te estoy diciendo, que estás pelao, y hay racismo, y...
> *Primo:* [interrumpe] Felipe, no es sólo el hombre blanco... eso sólo nos hace las cosas más difíciles. Somos pobres, es verdad, pero se supone que nosotros luchemos pa hacer algo con nuestras vidas. El hecho de que seamos pobres sólo hace la lucha más difícil.
> *César:* Nosotros nunca vamos a heredar nada, a menos que nos peguemos en la loto.

> *Primo:* [sin hacer caso de César] Tienes que hacer algo bueno con tu vida para superalte, y tienes que superalte para tener éxito. Si te aflojas es porque quieres aflojarte, y más tarde vas a querer pedir ayuda. Para los pobres, la lucha es más difícil pero no imposible. Sólo tienes que respetarte y tener fe en ti mismo.
> Si yo me meto en un lío es porque yo mismo me lo busqué. Nadie se tiene que preocupar por mí, yo soy el que lo tengo que resolver. Es mi propio problema.
> *César:* Eso es un montón de mielda, pana. En este país todo se trata de hacer dinero. Todo el mundo quiere ganarse sus chavos, vivir en los suburbios y morirse.
> *Primo:* Cállate la boca, César. Me encabrona que te pongas a hablar pendejadas.

LAS OLEADAS DE INMIGRANTES

En última instancia, gran parte de la tensión analítica que atraviesa este libro gira en torno al modo en que los individuos se enfrentan a las fuerzas que los oprimen. En el caso de El Barrio, existe otro legado histórico de marginación social que no está relacionado con las vicisitudes coloniales de Puerto Rico. Al situar a los traficantes empleados por Ray dentro de la microhistoria de East Harlem, principalmente dentro del bloque de diez cuadras en el extremo oriental del vecindario, una explicación casi ecológica de sus vidas de violencia, crímenes y narcodependencia emerge a la superficie. Las calles de El Barrio siempre han producido personas violentas y narcodependientes sin importar qué grupo étnico habitara el vecindario en ese momento particular.

Naturalmente, los primeros inmigrantes en la isla de Manhattan fueron los holandeses, quienes les robaron el territorio a los grupos de indígenas que solían cazar y pescar en el área. El único legado de estos inmigrantes en East Harlem es el nombre *Hell Gate* (literalmente, "puerta al infierno") con el que los vecinos se refieren a la oficina postal de la calle 110, situada a una cuadra del club social-casa de *crack* de Ray. La frase *Hell Gate* es una versión anglicanizada del término *Hellegat*, o sumidero, con el que los holandeses designaron la bahía que se forma por una curva en el Río East justo al norte de la calle 96.[14] En las primeras décadas del siglo XVII, los pantanos alrededor de esta bahía constituyeron un sangriento campo de batalla para los pobladores indígenas y los campesinos holandeses calvinistas que empezaban a invadir el territorio. Los últimos pobladores nativos desplazados del área fueron los Reckgawawanc, despojados en 1669 de la zona que más tarde se transformaría en el costado

oriental de El Barrio, el lugar donde yo vivía y donde las casas de *crack* de Ray lograron prosperar. Poco tiempo después, los holandeses cubrieron el área con fincas de tabaco.[15] Más tarde, durante los siglos XVIII y XIX, East Harlem entró en boga por un breve período como una zona de retiro campestre para los neoyorquinos adinerados. Incluso el bisabuelo de Franklin Delano Roosevelt llegó a comprar terrenos entre los pintorescos valles, arroyos y pequeñas fincas que caracterizaban el distrito.[16] Un viaje en diligencia desde el centro de Manhattan tardaba una hora y media, lo que aseguraba un aislamiento prístino que, sin embargo, acabaría al final del siglo XIX con la construcción de una masiva y ambiciosa red de arterias de transporte público realizada por el sector privado y una serie de inversiones en infraestructura municipal básica en la ciudad de Nueva York: el Ferrocarril del Río Harlem en la Avenida Park a finales de la década de 1830, el Ferrocarril de la Tercera Avenida en 1870, el tranvía eléctrico de la Primera Avenida en la década de 1880 y, por último, el subterráneo IRT de la Avenida Lexington, inaugurado en 1903.[17]

Como resultado, poco después del cambio de siglo un sistema de transporte público eficiente y económico vinculaba East Harlem con el resto de Manhattan, el Bronx y algunos sectores de Brooklyn. Las grandes inversiones infraestructurales que lo hicieron posible coincidieron con la primera oleada de trabajadores inmigrantes que arribó a Nueva York en las décadas de 1880 y 1890, época en la que East Harlem pasó a ser uno de los vecindarios más pobres y culturalmente heterogéneos de la historia estadounidense. Justamente, los primeros inmigrantes que se instalaron de manera permanente fueron los obreros alemanes e irlandeses que tendieron los rieles del tranvía y excavaron los túneles del subterráneo. Seguidamente, grupos de judíos de Europa central y oriental empezaron a mudarse al vecindario huyendo del ya abarrotado Lower East Side de Manhattan. A principios del siglo XX, la eficiencia del transporte público y la amplia oferta de departamentos asequibles convertían a East Harlem en un recinto ideal para los obreros de los *sweatshops** neoyorquinos. Una fuerte presencia escandinava y afronorteamericana se unió a los grupos alemanes, judíos e irlandeses. Hacia 1920, dos iglesias griegas ortodoxas se afianzaban en East Harlem, al tiempo que el vecindario ostentaba la mayor concentración de habitantes noruegos y finlandeses de todo Nueva York.

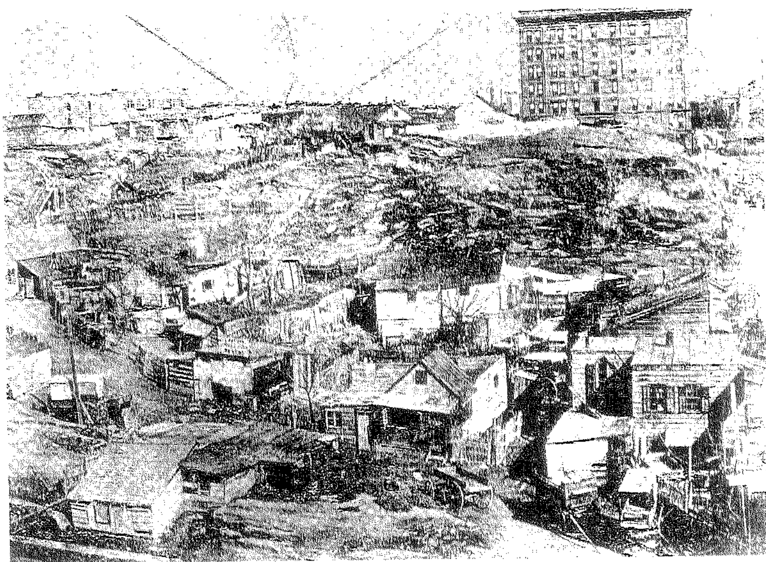
Las reseñas de East Harlem publicadas durante este período no encuentran adjetivos adecuados para describir la heterogeneidad étnica de la zona: se la llama "Liga de Naciones" o "secuencia caleidoscópica de anexos raciales".[18] El censo de 1920 documenta la presencia de 27 nacionalidades: "En pocos lugares del mundo pueden encontrarse tantas razas en tan poco espacio. La vida, tal como discurre en diversas regiones del Viejo Mundo, se recapitula aquí".[19] De modo casi unánime, los científicos sociales de esos años concebían la pluralidad étnica como un fenómeno negativo: "Siempre, donde quiera que se encuentren tantas lenguas, las costumbres del Viejo Mundo de los padres y las madres moderan los hábitos de Nuevo Mundo de sus hijos y... retardan su progreso".[20]

* El término designa los talleres de trabajo esclavo. [N. del T.]

LA "INVASIÓN" ITALIANA DE EAST HARLEM

A este contexto multicultural de clase obrera fue al que llegaron decenas de miles de italianos a principios del siglo XX, y transformaron así a East Harlem en lo que el Comité de Planeamiento Urbano del Alcalde llamó en 1937 "la mayor colonia italiana del hemisferio occidental".[21] Los primeros italianos que arribaron al vecindario, procedentes de las zonas rurales del sur de su país, llegaron contratados por los administradores del tranvía de la Primera Avenida como parte de su intento por romper una huelga de los rieleros irlandeses.[22] El arrabal que poblaron los italianos coexistía en tensión con una aglomeración más vieja de barriadas, a tan sólo dos cuadras de distancia, en la calle 104, que habitaban los huelguistas irlandeses entonces desempleados. En las siguientes tres décadas, la férrea competencia por empleo y vivienda provocó una forma de segregación y hostilidad interétnica tan intensa que el antagonismo llegó a penetrar las dimensiones más privadas de la vida cotidiana. Las iglesias locales les cerraron las puertas a los nuevos inmigrantes. En 1910, un estudio auspiciado por una iglesia protestante determinó, de alguna manera, que el 79,5 por ciento de los residentes del vecindario eran "inasimilables".[23] Asimismo, cuando el 4 de diciembre de 1884 los católicos alemanes e irlandeses celebraron la misa inaugural en la monumental iglesia de Nuestra Señora del Carmen, construida para atender la misma zona de *Hell Gate* que la red de *crack* que Ray abastecía, el sacerdote residente obligó a los italianos a comulgar en el sótano. Recién en 1919 se les permitió a los italianos mezclarse con el resto de los feligreses.[24]

Durante sus primeras décadas en Nueva York, los italianos fueron desplazados hacia las paupérrimas y sucias avenidas contiguas al Río East, cuyas orillas un periodista describía en 1900 como "un mundo de chatarra, carros descompuestos, vagones despedazados, vertederos, trapos y botellas rotas".[25] Este sector, que ocupa la esquina noreste del vecindario, es exactamente el área donde luego operaría la cadena de distribución de Ray. En los años ochenta, los pocos italianos octogenarios que aún vivían en la Avenida Pleasant, la calle de



La Quinta Avenida entre las calles 116 y 117 en 1889. Cortesía del Museo de la Ciudad de Nueva York

cinco cuadras en el extremo oriental del vecindario, todavía recordaban los nombres de las pandillas irlandesas e italianas antagónicas que reñían durante aquel período de transición. Disfrutaban al enumerar las cuadras e incluso los edificios específicos que ocupaban los grupos de las distintas nacionalidades.

El furor racista que acompañó a la oleada de inmigrantes del sur de Italia, la gran mayoría procedentes de Sicilia, reverberó a lo largo y a lo ancho de Nueva York. Los políticos, alarmados, acusaban a los recién llegados de pertenecer a "la raza africana". Se los contrastaba despectivamente con los italianos del norte de su país, que eran considerados "germánicos" y residían en otros sectores de Nueva York.[26] Ya para 1893, el *New York Times* censuraba "la ilegalidad y los impulsos vengativos de los numerosos inmigrantes del sur de Italia que residen hoy día en East Harlem".[27]

Acaso la más insidiosa manifestación del ataque ideológico al sentido de la dignidad y el valor personal de los trabajadores italianos hayan sido las prácticas y actitudes de los representantes de la sociedad dominante encargados de asimilar a los niños inmigrantes a la cultura anglonorteamericana. Los maestros informaban que "los italianos no tienen deseos de aprender... son demasiado lentos"; "se encierran en sí mismos". Una trabajadora social se quejaba de que, "cuando le pregunté a una familia italiana qué era lo que más extrañaba de su país natal", su respuesta fue "vivir con nuestros animales". Los científicos sociales de la época, pese a sus inclinaciones generalmente democráticas y su preocupación por escribir informes responsables a favor de las poblaciones desfavorecidas, no lograban evadir los estereotipos contemporáneos: "Hay mucha delincuencia, así como personas incompetentes y estúpidas en el vecindario".[28] Frederic Thrasher, el académico universalmente reconocido como fundador de los estudios sobre pandillas, señalaba en la década de 1930 que "todos los muchachos del distrito resultaron tener un nivel de inteligencia menor que el normal para su edad".[29]

Los recuentos autobiográficos sobre aquellos años corroboran los efectos del prejuicio contra los adolescentes italianos:

> Pronto aprendimos que "italiano" quería decir algo inferior, y una barrera se alzó entre los jóvenes de origen italiano y sus padres. Ése fue el proceso de norteamericanización: empezábamos a hacernos estadounidenses aprendiendo a avergonzarnos de nuestros padres.[30]

LA "INVASIÓN" PUERTORRIQUEÑA

Previsiblemente, cuando en los años treinta y cuarenta los puertorriqueños comenzaron a arribar a East Harlem provenientes de zonas rurales, su rechazo fue tan intenso como el que enfrentaron los italianos. Así como los italianos suplantaron a los rieleros irlandeses en las postrimerías del siglo XIX, los puertorriqueños reemplazaron a los trabajadores italianos y judíos en las fábricas textiles e inmediatamente se convirtieron en el blanco de un nuevo ataque físico e ideológico. El célebre musical *West Side Story*, producido por Leonard Bernstein en la década de 1950, capturó para el consumo popular una versión pandillera de los antagonismos estructurales que marcaron el primer encuentro entre italianos y puertorriqueños. Con una visión menos romántica de la época, las ya clásicas autobiografías de la literatura nuyorican –*Down These Mean Streets*,* de Piri Thomas, y *Family Installments*, de Edward Rivera– documentan con gran elocuencia y lujo de detalles la experiencia de los adolescen-

* Véase la edición castellana: *Por estas calles bravas*, trad. de Suzanne Dod Thomas, Nueva York, Vintage, 1998.

tes puertorriqueños recién llegados a Manhattan que debían enfrentar la ira de los jóvenes italonorteamericanos, decididos a proteger su territorio ante la llegada de los nuevos inmigrantes. Décadas más tarde, todos los miembros de la red de Ray mayores de veinticinco años tenían recuerdos vívidos de las palizas que les propinaban los italianos de "Vinnielandia". Un primo de César de treinta y siete años, que había dejado el vecindario hacía unos años para mudarse a un suburbio de Connecticut, donde trabajaba como agente de seguros, me ilustró esta transición histórica:

> Yo me acuerdo cuando se empezaron a ir los blancos. Yo vivía en la calle 112 y todo el tiempo peleábamos con los italianos. Eran los años de las gangas. Había un chorro de mafiosos en el barrio, todavía andan por aquí.
> Siempre teníamos peleas con los italianos aquí en la Primera Avenida [señala por la ventana]. Recuerdo ver a un italiano dándole una pela a un pana con un bate hasta que lo mató.
> [Se oyen disparos] Pero en ese tiempo no era con pistolas... bueno, tal vez *zip guns*, pistolas caseras que tú le ponías un tubo, cinta elástica y ya está. [Más disparos] Ahora es con Uzis.

En la calle, la lucha por evitar que "Little Italy" se transformara en El Barrio en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial no se limitaba a las pandillas de adolescentes. Miembros locales de los sindicatos del crimen organizado amenazaban a los propietarios para que mantuvieran una población de arrendatarios exclusivamente blanca. Esto ocurrió especialmente en el costado oriental del vecindario. Según los residentes de mediana edad, hasta la década de los sesenta, cuando murió Joe Rao, un sicario ligado a la familia Genovese, los puertorriqueños fueron completamente excluidos de la cuadra en la que yo viví. Poco después de mi llegada al vecindario, una corredora de bienes raíces me comentó que uno de los lugartenientes de la familia Genovese le había advertido que "pensara bien a qué clase de gente le quería alquilar", al ver a una pareja afronorteamericana visitar un edificio que ella recién había remodelado.

La memoria popular suele enfatizar la violencia del duelo entre italianos y puertorriqueños. Sin embargo, el primer eslabón en la cadena de sucesiones étnicas en East Harlem data de la década de los treinta, cuando la situación socioeconómica de gran parte de la población judía comenzaba a mejorar y ésta empezaba a mudarse a vecindarios blancos homogéneos. Este proceso fue el tema de un informe elaborado por la Junta de Bienestar Judío en 1931:

> El influjo de puertorriqueños (entre los cuales hay un elemento negro significativo) [...] en East Harlem es un factor considerable en el desplazamiento de la población judía hacia el Bronx y Brooklyn.[31]

Los afronorteamericanos, que ya vivían en cuadras aisladas del vecindario y representaban el 14 por ciento de la población –según el censo de 1930– nunca suscitaron tanta hostilidad.[32] Quizá se les tolerara más porque su residencia estaba restringida a calles y edificios segregados, o acaso su profunda socialización en el contexto del racismo estadounidense produjera comportamientos de recato y acomodamiento entre ellos. A finales de los años veinte, un investigador aseguraba que las barreras entre los niños negros y blancos se empezaban a desmoronar gracias al bibliotecario local, "quien les lee sobre el pequeño Black Sambo y les cuenta historias".[33] No obstante, menos de veinte años después, East Harlem experimentaba motines interétnicos tripartitos: afronorteamericanos contra italonorteamericanos contra puertorriqueños. El vecindario inspiró un duro editorial de la revista *Time* en 1946: "[Es] el arrabal venenoso conocido como East Harlem, infestado de crímenes y [poblado] por hordas de italianos, puertorriqueños, judíos y negros".[34]

En términos generales, fueron los puertorriqueños quienes se llevaron la peor parte del rechazo. Eran más pobres que todos los demás. Un estudio médico de 1929 demuestra que los recién llegados verdaderamente se morían de hambre: "La gran mayoría de los niños puertorriqueños examinados sufre de desnutrición".[35] Los problemas de salud que padecían se interpretaban en términos racistas. Entre 1920 y 1940, se desató una ola de pánico por las epidemias de tuberculosis y enfermedades venéreas con las que los puertorriqueños presuntamente estaban infestando Nueva York. Los especialistas más prestigiosos en materia de enfermedades tropicales ratificaban "científicamente" la condición de parias de los nuevos inmigrantes:

> El doctor Haven Emerson, experto en patologías tropicales de la Universidad de Columbia, afirma [...] que todo portorriqueño[36] lleva dentro de su organismo gérmenes de enfermedades tropicales, enfermedades venéreas y aquellas a las que se llama "enfermedades de la mugre" de menor grado. Este problema de salud no inquieta al portorriqueño tanto como al neoyorquino, pues el primero ha desarrollado inmunidad contra esas patologías. La tasa de padecimientos pulmonares muestra un empinado crecimiento a causa de su prevalencia en este grupo. Tienen nociones primitivas del cuidado infantil debido a las condiciones de vida en Puerto Rico. Muchos nunca han visto una vaca e ignoran que existe la leche enlatada

> [...]. La madre italiana es más inteligente, pues al menos sabe utilizar la leche de cabra.[37]

Nuevamente, como en el caso de los inmigrantes italianos de la generación anterior, el lenguaje académico reflejaba los prejuicios de la época. Una tesis de maestría presentada en 1931 por un estudiante italonorteamericano de segunda generación en la Universidad de Nueva York se refiere a los puertorriqueños como "spics"* y asegura que "están invadiendo" East Harlem.[38] Otra tesis escrita un año antes en la misma institución afirma que los puertorriqueños "traen consigo... degeneración moral y condiciones de vida deplorables".[39] Asimismo, un estudio encargado en 1935 por la Cámara de Comercio del Estado de Nueva York asegura que los puertorriqueños de East Harlem muestran "una marcada inferioridad en sus habilidades innatas". Se decía que su coeficiente intelectual promedio era 20,5 puntos menor que el de los estadounidenses nacidos en América del Norte. Los estudiosos se quejaban de que "no se ha podido localizar a muchos puertorriqueños de inteligencia elevada o media".[40] Con menor legitimidad institucional, un manual popular de los años cincuenta sentenciaba:

> Los puertorriqueños no nacieron para ser neoyorquinos. Por lo general son agricultores toscos sujetos a enfermedades tropicales congénitas, físicamente incapaces de soportar el clima nórdico, faltos de especialización, analfabetos, ignorantes del inglés y casi imposibles de asimilar y preparar para una existencia productiva y sana en una ciudad acelerada hecha de acero y piedra.
> ... Todos los puertorriqueños se parecen, todos sus nombres suenan similares y si un inspector se presenta en uno de los departamentos abarrotados en sus *tenements* pululantes, nadie sabe hablar inglés.
> ... No es sólo que muchos de estos puertorriqueños empiecen a depender del Programa de Asistencia Social Pública en el momento en que sus pies pisan un muelle o un aeropuerto secundario; algunos están registrados para recibir esta ayuda con anticipación, mientras se encuentran en el mar o en el aire.[41]

* Equivalente, en inglés, del término castellano "sudaca", sólo que referido a los latinoamericanos en general. [N. del T.]

POBREZA Y DETERIORO ECOLÓGICO

Independientemente del grupo étnico que predominara en el vecindario a partir de la década de 1880, investigadores y comentaristas siempre han lamentado la concentración de la pobreza en East Harlem, y la han condenado, a su vez, en términos moralistas:

> East Harlem es uno de los peores distritos de la ciudad. A los niños no les importa aprender a respetar las leyes o la disciplina [...]. Prevalecen la pobreza y la disfunción social.[42]

> Aproximadamente la mitad de los residentes puede calificarse como pobre y la otra mitad como muy pobre.[43]

Físicamente, el vecindario se describe en repetidas ocasiones como "mugriento y hacinado", y su infraestructura pública como deficiente. De ahí la crítica categórica de un periodista en 1946: "Todos los servicios públicos están al borde del colapso... y son completamente inadecuados para soportar tal carga poblacional".[44] Las descripciones de las calles que realizaban los etnógrafos en 1930 servirían para describir las mismas calles en las décadas de 1890 y 1990:

> La calle estaba inmunda: había despojos de todas clases, como cortezas de sandía, cáscaras de banana, vidrios rotos, cajas viejas y diarios [...]. Una tienda abandonada [tenía una ventana rota]. Las veredas, puertas y ventanas, todas repletas de gente [...].[45]

La insólita segregación y concentración de la pobreza en East Harlem ha suscitado una amplia literatura de denuncia tanto en el ámbito académico como en el artístico. La cercanía del vecindario al distrito residencial más acomodado de la ciudad, así como el hecho de que se encuentre a una breve caminata de las galerías y editoriales más prestigiosas de los Estados Unidos, lo han puesto en la mira en reiteradas ocasiones. La mayor parte de las investigaciones científico-sociales acerca de East Harlem ha involucrado alguna forma de observación participante, generalmente alrededor del tema de la pobreza como patología. En las décadas de 1920 y 1930, el ya mencionado criminólogo Frederic Thrasher dedicó los últimos quince años de su vida a estudiar la delincuencia juvenil en el Harlem italiano. Mediante su instituto en la Universidad de Nueva York, financió decenas de tesis de posgrado cuya base teórica fundamental era su concepto ecológico de las "áreas intersticiales". Thrasher afirmaba que el crimen y la patología social surgen desde los núcleos de po-

breza urbana en círculos concéntricos expansivos.[46] Pese a lo simplista o francamente desatinado que pueda parecer su enfoque medio siglo después, los análisis de Thrasher representaron una fuerte crítica al racismo y al darwinismo social prevalecientes en su época.

En la introducción del libro discutí la siguiente gran teoría acerca de la pobreza que se formuló como resultado de una etnografía realizada en El Barrio. Desarrollada por el antropólogo Oscar Lewis a comienzos de los años sesenta, la teoría de "la cultura de la pobreza" tenía como propósito llamar la atención nacional sobre la precaria situación de las poblaciones de bajos recursos en las ciudades estadounidenses. Sin embargo, restringida como estaba por el reduccionismo psicológico del marco de "cultura y personalidad" que dominaba la antropología de entonces, la teoría de Lewis demostró poseer un peligroso doble filo. El enfoque sobredimensionado de Lewis acerca de los rasgos psicológicos que según él reproducen la pobreza y se transmiten a los niños a través de familias disfuncionales ha llevado a múltiples comentaristas a interpretar su obra como una reivindicación del pensamiento moralista, conservador e individualista que domina el debate público con respecto a la marginación social en los Estados Unidos (debate que, dicho sea de paso, se caracteriza por culpar a las víctimas, en este caso los pobres, por la persistencia de su condición).

Las producciones literarias y artísticas inspiradas en el vecindario han resistido el paso del tiempo con mayor solidez que las teorías científicas. James Agee, escritor neoyorquino que inmortalizó la condición apremiante de los aparceros en el sur de los Estados Unidos durante la Gran Depresión, dirigió su atención a El Barrio durante la Segunda Guerra Mundial, acompañado por la fotógrafa Helen Levitt. El filme experimental que ambos produjeron, un retrato cándido de una multitud de niños en el momento en que abarrotan enérgicamente las calles del vecindario, aún suele presentarse en importantes muestras artísticas. Con mayor impacto popular, El Barrio inspiró el éxito musical *A Rose in Spanish Harlem*, de Ben E. King.[47] Asimismo, las calles de East Harlem sirven de telón de fondo para gran parte de la literatura nuyorican, movimiento literario que posee una inmensa productividad y goza de reconocimiento internacional, en la medida en que se ha convertido en un símbolo de la dignidad y la resistencia cultural puertorriqueñas frente a la pobreza y la marginación social.[48]

RECONCENTRACIÓN DE LA POBREZA EN EL EXTREMO ORIENTAL DE EAST HARLEM

Ni la política pública ni las ciencias sociales se han sumado a las artes en su celebración de la vida en East Harlem y de sus habitantes. Al describir las condiciones de vida locales, las reseñas publicadas desde finales del siglo XIX hasta la década de 1950 se caracterizan por su extremo pesimismo. Numerosos informes oficiales y académicos especifican que el área donde yo viví y donde operaba la red de narcotráfico de Ray siempre ha sido la zona de mayor pobreza y delincuencia de Harlem. Un recuento etnográfico de 1935 observa: "Mientras más nos acercamos al río East [...] más marcado nos parece el deterioro".[49]

Quizá haya sido esta persistente hipermarginación la que suscitó un masivo plan de "renovación urbana" en dicho microvecindario a finales de los años cincuenta. Típico entre las políticas públicas de la década de 1950 dirigidas a combatir la pobreza, este plan destruyó decenas de cuadras de una comunidad perfectamente operativa habitada por trabajadores de bajos recursos. Pese a la vigorosa serie de denuncias contra el plan publicadas en la prensa local, máquinas aplanadoras desalojaron a decenas de miles de italianos de clase trabajadora, los últimos que permanecían en el vecindario, en nombre de la "eliminación de arrabales".[50] Poco después, la municipalidad de Nueva York reubicó a miles de puertorriqueños y afronorteamericanos de bajos recursos en inmensos edificios de vivienda pública –los infames "proyectos" de ladrillo rojo– entonces recién construidos en la zona. De esta manera, el área se transformó en uno de los núcleos más concentrados de pobreza y anomia urbana de todo Nueva York.

De acuerdo con las estadísticas oficiales, 15 736 de las 40 162 familias que vivían en East Harlem a comienzos de los años noventa residían en edificios construidos por el Instituto Neoyorquino de Vivienda. Esta cifra no incluye al 20 por ciento adicional que se aglomera en los departamentos públicos al margen de la ley, ni a las miles de familias que reciben otros subsidios para la vivienda, como los provistos por el programa "Sección 8". Esta extraordinaria concentración y segregación étnica de la pobreza ha sido fundamental para la formación, en numerosas ciudades estadounidenses, de culturas callejeras autodestructivas que toman el control de los espacios públicos y de las vidas más vulnerables de la *inner city*.[51]

En los años cincuenta y sesenta, mientras las topadoras implantaban la segregación étnica y económica en East Harlem, los asistentes sociales llenaban los archivos de las sociedades filantrópicas con informes desesperanzados. Eran testigos del deterioro final de la vida comunal en el Harlem italiano, ahora destinado a convertirse en El Barrio:

No se cubren las necesidades más básicas [...]. Los robos son frecuentes. El saqueo de tuberías de agua, radiadores, inodoros y bañeras les complica la vida al resto de los inquilinos [...]. Los departamentos vacantes y pasillos están repletos de basura. Las ratas son un gran peligro sanitario: se instalan en los edificios demolidos y se multiplican y prosperan en los que quedan en pie.
... Grupos de indigentes se congregan en los departamentos desocupados para beber o consumir drogas y la gente tiene miedo de entrar y salir de sus hogares.
¡Nadie, ni siquiera un ángel, podría rehuir los problemas en este lugar! Siento mucha pena por los niños pequeños: ¡nunca han sabido lo que es vivir en un vecindario decente![52]

Situadas en su contexto histórico, estas reseñas confirman el cliché: "*Plus ça change plus c'est la même chose* [cambiar algo para que nada cambie]. En mis investigaciones posteriores, encontré un informe escrito por la Sociedad de Servicio Comunitario en 1956, que describía el incendio de un *tenement* casi deshabitado en la esquina donde yo había vivido en 1990:

Un día de agosto, en la esquina de la calle [X] con la avenida [Y], nos unimos a un grupo de asistentes sociales que observaban un incendio de dos pisos de altura que quemaba los vestigios de una casa [...] El humo ennegrecía la pared de la estructura adyacente, parcialmente habitada, desde la cual una mujer miraba desconcertada.
... El polvo de los ladrillos caídos cubría toda la cuadra...
Aquí y allá, una ventana aislada: una con cortinas o macetas, otra enmarcaba la cara de un niño.[53]

Veinticuatro años después, yo también observé, desconcertado, "un incendio de dos pisos de altura que quemaba los vestigios" de uno de los pocos *tenements* que permanecían en pie, en la esquina diagonal a mi edificio.

DE CANTINA CLANDESTINA A CASA DE CRACK

Un hecho que resulta muy pertinente desde la perspectiva de los traficantes callejeros examinados en este libro es que los expertos en delincuencia siempre hayan considerado a East Harlem "uno de los criaderos del crimen más infames de Nueva York".[54] Habría que remontarse a los primeros colonizadores holandeses, que hicieron del tabaco el primer cultivo comercial del valle, para

hallar el momento en que la provisión de sustancias adictivas empezó su larga carrera como fuente de ingresos importante para los residentes locales. A finales de los años veinte, los estudiantes de Thrasher, que peinaron las calles de East Harlem en busca de material para sus tesis de posgrado, denunciaban la proliferación de "cantinas clandestinas por doquier".[55] Retrataban a una comunidad alicaída y desmoralizada, incapaz de gobernar sus antros de perdición:

Fila tras fila de edificios viejos de ladrillo, un ambiente sucio, sórdido, sombrío; prendas recién lavadas que cuelgan como banderines de las escaleras de emergencia; calles inmundas repletas de despojos caídos de las carretillas, mercados ajetreados de las veredas del distrito; malta machacada en pilas oscuras en las cunetas, testimonio silencioso de una próspera industria ilegal; basura por montones arrojada de las cocinas, que preparan alimentos crasos para satisfacer la gula de voraces comensales; escritura en muros y paredes, expresiones indecentes de mentes lascivas; almacenes callejeros, tiendas insulsas de mercancía polvorienta; salas de billar en sótanos, "salones de bebida" disimulados con cortinas o candados que insinúan su verdadera naturaleza; tráfico humano ocupado en nada en esta congestión escuálida.[56]

Sesenta años después, en vez de las cantinas clandestinas, son las casas de *crack* y los "hospitalillos"* los que "proliferan por doquier" en East Harlem. Cuando caminaba por mi cuadra a principios de los años noventa, en vez de tropezar con "pilas oscuras de malta machacada" (el ingrediente principal para el licor de contrabando), mis zapatos aplastaban ampollas plásticas de *crack* y alguna que otra jeringuilla.

Una vez más, muchos de los detalles del crimen y el vicio en el microvecindario abastecido por la red de Ray se han mantenido inmutables desde principios del siglo XX. La esquina conocida como La Farmacia, sede de la casa de *crack* más lucrativa de Ray, ha representado por mucho tiempo un núcleo de distribución de narcóticos. Este legado infame se pone de manifiesto en los archivos de la polémica sucursal de la biblioteca pública ubicada a tan sólo una cuadra de La Farmacia. Durante mi estadía en el vecindario, el encargado de la biblioteca era a la vez el director de la Coalición *Drug Busters*** de la zona.

* *Shooting galleries* en inglés (literalmente: "campos de tiro"; conocidos como "puntos de inyección [de drogas]" u "hospitalillos"). [N. del T.]
** Literalmente, "cazadrogas". [N. del T.]

Por un año y medio, su administración intentó clausurar un hospitalillo instalado en un edificio abandonado propiedad de la municipalidad al lado de la biblioteca, a plena vista de la única ventana de la sección de "adultos jóvenes". Fracasado el intento de presionar a las autoridades para que cerraran el sitio, la Coalición *Drug Busters* negoció un contrato con Coca-Cola para financiar la demolición del edificio abandonado y construir un parque de recreo infantil. Esta colaboración entre el sector privado y la comunidad, sin embargo, nunca se materializó.

En la década de 1930, en vez de *junkies* heroinómanos, "periqueros" y "piperos", eran grupos de alcohólicos los que desfilaban por la biblioteca "acosando" a los usuarios. El edificio abandonado donde operaba el hospitalillo parece haber albergado una cantina clandestina:

> En el invierno se debe llamar al conserje casi diariamente para que saque a los hombres ebrios de la biblioteca. Por las mañanas los borrachos yacen esparcidos en la vereda hasta que la policía acude y se los lleva en camionetas. La casa detrás de la biblioteca [...] fue allanada y clausurada por un año.[57]

Estos detalles respecto de la continuidad histórica de las cantinas, los prostíbulos, las casas de *crack* y los hospitalillos serían insignificantes de no ser por su tremendo impacto sobre los residentes que intentan llevar "vidas saludables" en el vecindario. La relación hostil que mantiene hasta la actualidad la biblioteca de Hell Gate con las cuadras circundantes es una buena muestra de esta situación. Los bibliotecarios admiten sentir furia por sus condiciones de trabajo y desconfían de los usuarios del establecimiento. Poco después de mi llegada al vecindario, cuando todavía tenía ilusiones de que la zona contara con un sector público eficaz, llevé a mi vecino Ángel, de once años, a conseguir un carnet de lectura para que descubriera "el milagro de los libros gratis". No sólo fracasamos en el intento, sino que en el proceso el bibliotecario nos humilló. En ese entonces, supuse que pudo haber pensado que yo era un "tecato" que intentaba manipular a un niño inocente para robar libros de la biblioteca. En retrospectiva, caí en la cuenta de que el bibliotecario pudo haber sospechado que yo era un pederasta en busca de una nueva víctima.

LA OMNIPRESENCIA DE LA HEROÍNA Y LA COCAÍNA

Dentro de la extensa tradición que vincula a East Harlem con una economía informal basada en la comercialización de narcóticos, la cocaína y la heroína

son las drogas que han tenido mayor impacto sobre la vida cotidiana. En las décadas de 1920 y 1930, cuando las repercusiones económicas de la penalización federal de los narcóticos recién comenzaban a sentirse, los estudiantes de Frederic Thrasher ya se sorprendían por las ganancias que podían obtenerse en el vecindario con la venta de morfina y cocaína. Cuarenta años después, un detective encubierto publicó un *best seller* sensacionalista sobre el mismo tema, titulado *The Pleasant Avenue Connection* [La red de la Avenida Pleasant].[58]

Cada cierto tiempo, olas de pánico estremecen a la opinión pública estadounidense por el consumo de drogas.[59] La avalancha de fotorreportajes que acostumbra acompañar a dichos sobresaltos incluye la esquina de La Farmacia en un lugar destacado. Tal esquina figuró, por ejemplo, en 1990.[60] Antes, en 1951, un informe encargado por el Consejo de Asistencia Social Pública de Nueva York y elaborado por trabajadores sociales describía la esquina minuciosamente. El documento, titulado "La amenaza de los narcóticos para la niñez de Nueva York: un plan para erradicar el mal", cita a un joven de primer año del secundario que describe la calle 110 como un sitio donde "los hombres hacen fila para que los inyecten... [y luego] se vuelven como locos".[61]

Treinta y nueve años después, el 19 de octubre de 1990, los clientes de Ray figuraron en la primera plana de uno de los periódicos amarillistas de mayor circulación de Nueva York[62] por hacer lo mismo en la misma esquina, aunque en su caso le añadían heroína a la cocaína de Ray para preparar un *speedball*:

> Un hilo de sangre se introduce en el gotero y se mezcla velozmente con la solución de heroína. El hombre aprieta el gotero, lo que empuja la sangre hacia su vena [...]. Cuando termina, los demás comienzan la misma danza mortal.
> Los adictos compran *crack* y heroína [y cocaína en polvo] en la esquina de la calle 110 y la Avenida Lexington, uno de los puntos de venta más conocidos de la ciudad, y se arrastran [...] hacia el solar para inyectarse.

Los estudiantes de las escuelas cercanas llevan cuatro décadas alzando sus protestas contra la vorágine de drogas que avasalla esta zona de East Harlem: "Siempre hay gente afuera con agujas en los brazos, [dijo] Karima Sappe, una estudiante de sexto grado. No les importa quién les pase al lado".[63] La situación se volvió tan alarmante en 1990, que los maestros de la escuela de la calle 111 colocaron cartulina negra en las ventanas para ocultar la vista al patio y evitar que los alumnos observaran a los clientes de Ray inyectarse *speedball*. Los maestros les encargaron a los estudiantes dibujar un cielo de tiza blanca sobre las ventanas oscurecidas.

EL LEGADO DE LA MAFIA Y LA ECONOMÍA SUMERGIDA

Una vez más, la continuidad histórica del consumo de drogas en el área donde crecieron Ray y sus empleados sería un detalle intrascendente de no ser por el poderoso efecto de socialización que tiene sobre las nuevas generaciones de jóvenes ambiciosos, a quienes les ha transmitido disposiciones, conocimientos y habilidades fundamentales para forjar carreras en el narcotráfico y la drogodependencia. En 1951, un trabajador social escribió un informe que igualmente pudo haber escrito en 1991:

> Un joven lo dice así: "Todo el mundo lo hace. Es casi imposible hacer amigos que no sean adictos. Si no quieres comprarlo, siempre hay alguien por ahí que te lo quiere dar. Es casi imposible no acabar haciéndolo porque prácticamente te lo tiran encima. Si decidieran arrestar a las personas que lo hacen, tendrían que arrestar a casi todo el mundo".[64]

En los años treinta, Thrasher señalaba que las "tradiciones delictivas" del vecindario engendran un "círculo vicioso" entre los jóvenes:

> La organización y operación del delito de bajo mundo en East Harlem sirve [...] para promover y estimular la desmoralización de la juventud, que luego se expresa en un incremento del crimen. Los nombres de los gánsters y extorsionadores exitosos pasan de boca en boca entre los residentes del área. Las comunidades callejeras de jóvenes y adolescentes, los clubes juveniles y las pandillas de hombres jóvenes frecuentemente los canonizan.[65]

Los estudiantes de Thrasher se indignaban ante la reacción inadecuada de los niños italianos al ver películas policiales en los cines locales. Los exasperaba la celebración de una cultura callejera de oposición a finales de los años veinte:

> Numerosos trabajadores sociales y agentes policiales han señalado la característica más peculiar de estos públicos infantiles: celebran con aplausos entusiastas el éxito del villano y la derrota de cualquier "poli" o representante de "la Ley".[66]

La fascinación que ejerce en East Harlem una cultura callejera de oposición fundada en el delito obedece en gran medida a una lógica material. La mafia italiana fue la primera en institucionalizar y demostrar el potencial extraordinario de la economía clandestina, al transformar a la comunidad en un supermercado de drogas y estafas. Ya en 1893 un titular del *New York Times* denunciaba: "El código de la mafia en Nueva York [...]. El asesinato, castigo predilecto contra la traición real o fantaseada".[67]

En el último siglo, el crimen organizado ha alterado los rincones más íntimos de la vida en el vecindario y ha redefinido el "sentido común" a favor del delito y la violencia. Los periodistas de los años cuarenta daban por sentada la corrupción de la policía local.[68] En la época de la ley seca, un policía impaciente censuró a una de las estudiantes de Thrasher por su ingenuidad: "¿No te das cuenta de que a los policías les pagan demasiado bien como para que respondan tus preguntas?".[69] En 1946, un artículo del *New York Herald Tribune* que denunciaba lo fácil que era obtener armas en las calles de East Harlem nuevamente se asemeja a los artículos periodísticos de los años noventa: "Armas que van desde [...] revólveres semiautomáticos hasta pistolas de elaboración casera, que según la policía son capaces de disparar cartuchos calibre .22 con potencia homicida".[70] Asimismo, los estudiantes de Thrasher describían los asesinatos como experiencias casi convertidas en rutina, testimonio que les parecería muy familiar a los residentes actuales de El Barrio. Vale la pena comparar las siguientes dos notas de campo. Una de ellas data de finales de los años veinte; la otra la escribí yo en 1990:

> Un hombre está sentado afuera, en una silla al lado de la puerta. Señala el [edificio] 234 y dice: "Aquí mataron a dos hombres. Manos arriba. Domingo por la noche. Otros jugaban cartas adentro. No cogió dinero. Se escapó". La vereda está llena de los vidrios de las puertas y ventanas rotas.[71]

> [Junio de 1990] Aburrido mientras espera a Ray frente al club social-casa de *crack* en la esquina de La Farmacia, Luis, primo hermano de Primo, me cuenta los recuerdos de su infancia en la cuadra. "Ahí mismo, ahí mismito en la pared [señala]. No adentro del Club; afuera, hacia la avenida. Sí, ahí en la pared, al lao de la pescadería. Yo he visto sesos desparramados allí mismo".

Numerosos *graffiti* "in memoriam" pintados por todo el vecindario en conmemoración de amigos caídos tienen el efecto de normalizar las dramáticas matanzas públicas. En un edificio abandonado a la vuelta de mi *tenement*, un mural de dos pisos servía como anuncio para *Murder Inc.*, el famoso escuadrón de la muerte de la mafia que presuntamente se instaló en East Harlem en los años setenta y ochenta.

En la década de 1980, la mayor parte de los jóvenes del vecindario sabía que East Harlem permanecía bajo el control histórico de la familia Genovese, una de las cinco "familias" sicilianas líderes del crimen organizado en Nueva York. Los vecinos eran capaces de señalar a los individuos que continuaban ufanándose del éxito económico alcanzado mediante el crimen y la violencia. Casualmente, "Fat Tony" Salerno, el cabecilla de los Genovese, mantenía una vivienda en la esquina de mi cuadra. Mi esposa fue la primera en enterarse de esto, en una conversación con una amiga en la que se quejaba de que las frutas en la verdulería de la esquina siempre estaban podridas. Su amiga le aconsejó entre carcajadas que no frecuentara la verdulería, ya que los encargados eran "los muchachos de Fat Tony", administradores de su venta de "bolita".[72] Cuando Fat Tony cayó preso el 25 de febrero de 1985, tres días antes de mi llegada inicial a la cuadra, estos mismos hombres fueron quienes se apresuraron a ir a los tribunales para cubrir la fianza de dos millones de dólares en efectivo requerida para liberar a su jefe. A mitad de mi estadía en El Barrio, un tribunal le añadió cinco años a la condena de ciento setenta años de cárcel que Fat Tony descontaba a los setenta y ocho años de edad.[73]

Pese al encarcelamiento vitalicio de su jefe, la organización de Fat Tony conservó varias oficinas en las cuadras vecinas. La mayoría eran clubes sociales a la antigua que admitían únicamente a personas blancas. La sede principal se hallaba frente a la catedral católica de Nuestra Señora del Carmen, la iglesia donde bauticé a mi hijo. Geraldo Rivera la presentó en horario pico televisivo, brincando vivazmente frente al club, señalando las limosinas negras estacionadas en doble fila delante de la iglesia y asestando con el micrófono las caras herméticas de los jóvenes italianos tatuados que vigilaban la entrada. Una cuadra hacia el sur se hallaba el restaurante Rao's, uno de los establecimientos más exclusivos de Nueva York en los años ochenta. El restaurante era propiedad de Vince, hermano octogenario de Joe Rao, el sicario conocido por obligar a los propietarios locales a respetar la segregación étnica hasta comienzos de los años setenta.[74] El local tenía una lista de espera de tres meses, presuntamente diseñada para filtrar a los oficiales del FBI que se hacían pasar por *yuppies* neoyorquinos ansiosos por disfrutar de auténtica comida italiana servida en el ambiente único de la mafia. Mi niñera italiana, que aseguraba tener "buenas conexiones", sostenía que los pisos de arriba del restaurante eran la sala oficial de reuniones de la alta jerarquía del clan Genovese. Alguien había cubierto las ventanas superiores del edificio con metal corrugado para dar la impresión de que el *tenement* estaba semiabandonado.

Por temor a la muerte no intenté establecer contacto con lo que quedaba del crimen organizado en las cuadras aledañas. El homicidio de un corredor inmobiliario llamado Vinnie –asesinado en el *lobby* de un banco local dos días

después de que entregué una seña para alquilar un departamento en uno de sus edificios– me inspiró mayor cautela. Para esclarecerle el mensaje a la fracción de la mafia de la que se vengaban, los sicarios colocaron la maleta de Vinnie atiborrada de billetes de cien dólares sobre su vientre ensangrentado y abandonaron el banco a paso lento. De ahí que yo limitara mis investigaciones a la red de narcotráfico de Ray. Ni siquiera me tomé la molestia de pedirle el reembolso de mi seña de alquiler a la secretaria de Vinnie: no quería alimentar la sospecha de que mi visita tenía alguna relación con el asesinato de su jefe.

Yo coincidía con el lugarteniente de Fat Tony cada cierto tiempo en el "come y vete" chino de la cuadra situado al lado de la verdulería. Siempre me trató amistosamente (era evidente que le agradaba ver otra cara blanca en el vecindario), pero nunca me atreví a preguntarle la razón de sus llamadas desde el teléfono público de la esquina o el motivo por el que dos hombres con radios portátiles y mochilas militares solían escoltarlo mientras conversaba. Tampoco le pregunté acerca del hombre afronorteamericano con sombrero de vaquero y ropa de cuero color naranja rosa que arribaba en un Jaguar marrón y supervisaba la descarga de docenas de sacos de "yeso de París" frente al sótano de la verdulería.

Pese a que los Genovese continuaban ostentando gran poder en lo que se refería a los fraudes sindicales, como por ejemplo en el Sindicato de Carpinteros y Ensambladores, la decadencia de sus operaciones durante mi estadía en East Harlem tenía algo de patético y a veces hasta cómico.[75] Era como si el clan se resistiera a seguir el patrón de movilidad social y sucesión étnica trazado por las otras cuatro familias en el bajo mundo neoyorquino. Los demás "padrinos" no escondían su desdén hacia los Genovese. Un oficial del FBI señala que en 1985, cuando los cinco cabecillas de la mafia cayeron presos, Paul Castellano, padrino superior de la infame Comisión de la Mafia de Nueva York, estalló en carcajadas por lo mal que vestía Fat Tony.[76] La humillación definitiva de los Genovese tuvo lugar hacia la mitad de mi estadía en El Barrio, cuando un ladrón desvalijó el departamento sobre la verdulería. La deshonra estremeció a nuestra niñera italiana: "Yo pensaba: ¿adónde estoy? ¿En la Edad Media? ¡No puede ser!". Ni siquiera en el momento más intenso de los motines interétnicos ocurridos en los años sesenta alguien se había atrevido a poner un dedo sobre los negocios italianos: "En esa época nos respetaban".

Una corredora de bienes raíces que me creyó interesado en comprar edificios en East Harlem me confesó que a partir del arresto de Fat Tony los delitos menores se hallaban en aumento. Me aseguró que el problema podía resolverse con portones de acero como los que ella había instalado en el edificio que Fat Tony le había vendido varios años atrás. Además, me co-

mentó que las sentencias contra la mafia habían causado una recesión artificial en el mercado inmobiliario, ya que Tony y sus socios se habían apresurado a vender edificios para cubrir los costos de los abogados. Como algo positivo, la mujer me aseguró que desde la caída de la mafia "ya no hay tanta renuencia a alquilarle a un inquilino negro. A principios de 1985, había que respetar las leyes del territorio, si me entiendes lo que te quiero decir. Hoy en día ellos ya casi no le prestan atención al vecindario". Asimismo, me explicó que la influencia política de Fat Tony en la Municipalidad había durado justo lo suficiente como para garantizar que los planes de remodelación urbana de los años ochenta y noventa, dirigidos a restaurar edificios abandonados y reubicar a familias sin hogar, no arrasaran con las cuadras al este de la Segunda Avenida.

EL CRACK, LA COCAÍNA Y EL LIBRE COMERCIO

La mafia perdía su hegemonía en la calle al tiempo que la economía subterránea se empezaba a reorientar en torno a la cocaína y el *crack*, sustancias que comenzaban a suplantar a la heroína como las drogas más lucrativas. En gran medida, el vigor de la economía del *crack* a finales de los años ochenta y principios de los noventa surgió como resultado de las nuevas políticas antidrogas centradas en la represión del contrabando. Las crecientes medidas de control en las fronteras estadounidenses dieron lugar a un proceso de adaptación entre los importadores de marihuana desde Latinoamérica, que en la primera mitad de los años ochenta sustituyeron el ingreso de marihuana por el de cocaína, sustancia mucho menos voluminosa y por lo tanto mucho más fácil de transportar. Por consiguiente, a partir del día en que el gobierno federal intensificó sus esfuerzos en la persecución del narcotráfico, las ciudades estadounidenses se vieron inundadas de cocaína de primera calidad a precio de baratija. Según la Agencia Antidrogas de los Estados Unidos (DEA, por sus siglas en inglés), entre 1980 y 1990 el precio de un kilogramo de cocaína cayó de $80 000 a $15 000.[77]

Los carteles criminales colombianos, propietarios de un monopolio histórico sobre la producción y el tráfico de cocaína, respondieron de inmediato a las nuevas oportunidades de mercado esquivando violentamente las viejas redes de contrabando de la mafia especializadas en el tráfico de heroína. Los colombianos efectuaron una brillante lectura del espíritu empresarial, componente tan vital del sueño americano, y crearon un mercado altamente competitivo que a su vez acabó por engendrar el *crack*, un producto de enormes utilidades que no es más que una mezcla de cocaína y bicarbonato de sodio. La adición del bicarbonato hace que se desprenda el agente psicotrópico de la cocaína al ponerla en contacto con el fuego, lo que convierte al *crack* en fumable, en contraste con la cocaína en polvo, que únicamente puede aspirarse o inyectarse. Esto produce un efecto mucho más rápido y eficaz que el de la cocaína, ya que los vasos capilares pulmonares tienen mayor capacidad de absorción que las arterias del sistema músculo-esquelético y las venas de la nariz. Por otra parte, a pocos minutos de ingerir *crack*, el fumador siente un deseo voraz de experimentar un nuevo éxtasis de dos minutos y medio. El "viaje" más sutil y dilatado de la cocaína en polvo ya no lo satisface. Esto hace del *crack* una mercancía idealmente flexible. Las dosis son baratas y asequibles para consumidores con bajos recursos, pero una persona con dinero puede gastar sumas infinitas en una sola juerga prolongada. El adelanto tecnológico y mercadotécnico de mezclar cocaína con bicarbonato representó una verdadera revolución en la *inner city*, y desató la energía de miles de empresarios potenciales que por supuesto estaban más que dispuestos a emprender negocios de alto riesgo y alta rentabilidad. De ahí que los dueños del Salón de Juegos, luego de administrar durante años una escueta tienda de golosinas que vendía marihuana en bolsas de $5, remodelaran el local a finales de 1985 y lo transformaran en una galería de videojuegos donde comenzaron a distribuir *crack* en ampollas de $10.

El *crack* y la cocaína inauguraron la siguiente etapa de la larga cadena de sucesiones étnicas en la economía clandestina de East Harlem. Nuevos grupos de jóvenes tenaces, empresarios advenedizos afronorteamericanos, dominicanos y puertorriqueños vinieron a llenar el vacío dejado por la mafia a raíz de la movilidad socioeconómica de los italianos y el fracaso de sus líderes en el negocio de la cocaína y el *crack*. La nueva lucha por el control de las calles invadió incluso las dos cuadras en el extremo oriental de Hell Gate, otrora bajo el dominio incuestionable de la mafia.

Pese a la pérdida de poder en East Harlem, la antigua mafia le dejó al vecindario un hondo legado ideológico e institucional tras demostrar que el delito y la violencia efectivamente tienen rédito. La sociedad dominante, desde luego, ayuda a consolidar esta moraleja con los recurrentes escándalos en Wall Street y el resto del mundo financiero. César aprendió la lección y supo ponerla en práctica como vigilante del Salón de Juegos:

> *César:* En este mundo, la única manera de sobrevivir es tener pala. Pa hacer chavos tienes que hacer chavos a lo sucio, como los italianos. Y si uno juega limpio, igual se ensucia al estilo de los cuellos blancos. Porque acabas jugando sucio. Ya eres rico pero igual andas trampeando, desfalcando.
> ¿Viste eso que salió en la tele sobre los bancos [de ahorros y présta-

mos]? Esa vaina de la Silverado,* pana, que la gente tiene que pagar miles de millones de dólares por culpa de eso.

¿Por qué esa gente sí se sale con la suya? Eso es lo que yo quiero saber.

* El banco Silverado estuvo involucrado en la crisis de bancos de ahorros y préstamos que afectó a los Estados Unidos a mediados de los años ochenta. Las autoridades judiciales acusaron de corrupción a varios miembros de la junta directiva, entre ellos a Neil Bush, hijo del ex presidente George H. W. Bush y hermano del ex presidente George W. Bush. El gobierno federal financió la bancarrota de Silverado a un costo de aproximadamente mil millones de dólares para los contribuyentes. [N. del T.]

3. La administración de una casa de *crack:* dependencia, disciplina y dignidad

Coño, lo bien que me sentía cuando era dueño del Salón de Juegos. Todo el mundo me buscaba, procuraba pol mí... Cuando llegaba, la gente me abría la puerta y se ofrecía a lavarme el carro. Hasta los nenes que no sabían nada de drogas querían ser como yo.
Félix

La venta de crack no es muy distinta a otros negocios de alto riesgo. Comerciar grandes volúmenes de mercancía a precios asequibles es una tarea monótona y tediosa que requiere de un cuerpo laboral disciplinado e íntegro para ser exitosa. Como cualquier empresa de esta índole, el tráfico de drogas suele estar plagado de conflictos entre la gerencia y la fuerza laboral, así como de tensiones y rivalidades entre los empleados en todos los niveles de la jerarquía. Lo único que impide que el trabajo en una casa de *crack* se vuelva trivial y rutinario es el peligro omnipresente, el gran margen de ganancias y el tono desesperado de adicción que lo caracterizan. El modo en que se administró el Salón de Juegos durante mi estadía en El Barrio provee una clara ilustración de estas dinámicas.

LA VIDA CON EL CRACK

No fue Ray quien fundó el Salón de Juegos. La idea de camuflar una casa de *crack* como una galería de videojuegos de veinticinco metros cuadrados se le ocurrió a Félix, un amigo de la infancia de Ray que también era primo hermano de Primo. Félix nunca fue muy riguroso como administrador: sucumbía ante las tentaciones de la calle y se vanagloriaba de su fama local sin que se le ocurriera protegerse de la policía contratando a un gerente o al menos un asistente intermediario que se encargara de las ventas directas. Más bien, el primer año él mismo se encargó de todos los detalles de la empresa, a excepción de la "cocción" del *crack*, que delegó a su esposa, Candy, en perfecto estilo patriarcal. Félix dedicaba casi toda su energía a crear vínculos sexuales con mujeres aficionadas a las drogas, en especial adolescentes.



El Salón de Juegos. Fotografía de Philippe Bourgois

En esta etapa temprana de la epidemia de *crack*, a finales de 1985, Primo era uno de los clientes frecuentes de Félix. Había perdido su empleo como mensajero en un taller tipográfico, se había separado de su esposa y había abandonado toda pretensión de mantener a su hijo de dos años y medio. Como último recurso, había regresado a "casa", el departamento de su madre en el decimonoveno piso de un complejo habitacional donde compartía una habitación pequeña con una de sus tres hermanas mayores. Una vez allí, mientras su madre cosía en la sala para un subcontratista de las compañías textiles, Primo se dedicaba a robar y "josear" a tiempo completo para mantener su hábito de fumar *crack*.

Años después, frente a sus amigos, empleados e incluso sus clientes, Primo solía recordar la desesperación que vivió durante el año en que fue adicto al *crack*:

> *Primo*: Yo estaba juqueao; estaba en mi propio mundo. No me impoltaba un carajo más nada.
> Te voy a contar lo que hice una vez que me fui de misión. Yo andaba buscando un fogonazo [atrae la mirada de su vigilante, César, adicto al *crack*].

> *César*: [Se voltea desde la puerta] Sí, sí. Lo único que querías hacer era nublar tu pipa.
> *Primo*: Estaba con un pana y la jeba con la que él andaba. Veníamos bajando del apartamento de mi tía y vimos a un tipo durmiendo en el piso, un mexicano. Seguro estaba borracho. Creo que tenía trabajo, porque un bon cualquiera no hubiera tenido una sortija de oro como la que él tenía.
> Yo reparé en él y fui y le pregunté: "¿Tú tienes la hora?". Y en lo que él miraba el reloj [se mira el antebrazo] yo me le fui pa encima, lo agarré del cuello y le planté la 007[1] en la espalda [me agarra del cuello estrangulándome]. En la espalda, aquí mismito [me suelta y señala su región lumbar]. ¡Lo puncé bien duro! [sonríe y se vuelve para mirar a María, su novia].
> *César*: Esos mexicanos se emborrachan como cubas. Todo el mundo se aprovecha de ellos. Asaltarlos es un mamey porque casi todos son ilegales.
> *Primo*: Yo le dije: "¡No te muevas cabrón o te voy a picar como un pernil!" [risas]. Sí, sí, como un pernil. Tú sabes, como cuando pinchas un puerco en el hombro pa adobarlo por los rotitos.
> *César*: Los mexicanos son un chiste pa todo el mundo. Asaltarlos es la nueva moda. Es una ola criminal; los mexicanos se jodieron con el crimen en Nueva York.
> *Primo*: Al mexicano se le puso la cara colorada. Trató de escapar, pero mientras más trataba, más duro lo agarraba yo y más duro le meneaba la cuchilla.
> Y mi 007 era bien grande. Además, yo no estaba jugando, yo iba en serio. Un movimiento en falso y lo apuñalo, CHKKK [hace muecas de dolor y gira la muñeca, acuchillando en cámara lenta].
> Acho, más tarde me hubiera arrepentido, pero yo ya le tenía el ojo puesto a la sortija [risas].
> Lo tumbé en el piso, pinchándolo bien duro, y la jeba de mi panita le empezó a buscar lo que tenía.
> Yo le dije: "Quítale todo lo que tenga. ¡Regístralo!".
> Le encontró una cadena. Yo le dije: "Mira, túmbale la sortija a este canto de cabrón".
> Y él gritaba [imita un chillido]: "¡Ay no, por favor, por favor!".
> Seguramente él quería mucho esa sortija, porque decía: "Llévense todo lo que quieran, pero la sortija no".
> Y yo le dije: "Pal carajo mano, tú no tienes suficientes chavos" [ladra las palabras como un capataz en una construcción]. "¡Sácale la sortija, carajo!".

Ella agarró la sortija y nos fuimos pa la compra y venta. Mi pana y yo vendimos el anillo y dejamos a la jeba plantada pa irnos de fiesta.
César: ¡A fumar duro!
Primo: La dejamos en el parque, no le dimos ni un centavo.
César: Te fuiste a fumar pipa y te sentiste como en el cielo.
Primo: Le metimos un embuste. Nos ayudó para nada.
César: [Absorto en las imágenes del *crack*] La única razón por la que yo fumo es porque me encanta. El primer soplo es el mejor. Es como las Lays, no te puedes comer sólo una. Quieres más, porque están muy buenas.
Se mete en tu cabeza, mano, es bien fuelte. Una vez das el primer soplo, la noche entera va a ser un viaje a la locura. Así es la cosa, uno necesita más y más y más.
Primo: ¡Coño, César, cállate la boca! ¿Por qué tú siempre me tienes que interrumpir cuando estoy hablando con Felipe?

La vida de Primo dio un giro extraordinario cuando su hábito de fumar *crack* alcanzaba su auge. El machismo fuera de control de Félix le generó una gran oportunidad:

Félix andaba jangueando con una jeba en un hotel de New Jersey. Estaban en el segundo piso y Candy, su mujer, se dio cuenta y lo vino a buscar.
Félix saltó del balcón del segundo piso y se jodió un pie, y por eso no podía trabajar.[2]
Al día siguiente Félix me pidió que lo ayudara. Desde entonces es que yo trabajo aquí.

Cuando se recuperó, Félix decidió mantener a Primo como gerente de las ventas diarias para poder pasar aún más tiempo en la calle. A menudo visitaba el Salón de Juegos para exhibir sus "conquistas sexuales", por lo general adolescentes adictas al *crack*. Sus andanzas le permitieron a Primo conservar el puesto, lo que le ofreció la estabilidad y el sentido de dignidad con los que al fin pudo derrotar al *crack* después de un año de fumar continuamente.

El sueño de Primo de enderezar su vida casi se desploma de golpe cuando Candy, entonces en su sexto mes de embarazo, le pegó un balazo en el estómago a su marido como castigo por acostarse con su hermana. Tan pronto se recuperó y abandonó el hospital, Félix cayó preso por un caso anterior de posesión de armas y lo enviaron a prisión a cumplir una condena de dos a cuatro años. Candy inmediatamente le vendió los derechos del Salón de Juegos por $3000 a Ray, que acababa de cumplir cuatro años en la cárcel por un asalto a mano armada cometido poco después del tiroteo desde el techo del punto de heroína al que le robó $14 000.

REFORMA EN EL SALÓN DE JUEGOS

Luego de dos semanas de tensas negociaciones que llevaron a Primo a recurrir fugazmente al *crack*, Ray decidió mantenerlo como gerente del Salón de Juegos en un turno de ocho horas a partir de las cuatro de la tarde. Ray redujo a cinco dólares el precio de cada ampolla para competir con dos nuevos expendios operados por adolescentes en las escaleras del caserío frente al Salón de Juegos, donde las ampollas costaban tres dólares o incluso dos en noches de descuento. A Primo se le pagaría por unidad: recibiría un dólar por cada cinco vendidos. Unas semanas atrás lo habían asaltado con una escopeta, por lo que Ray le dio permiso de emplear los guardianes o ayudantes que quisiera con tal de que les pagara de su propio bolsillo. Por último, Ray impuso límites más estrictos sobre el comportamiento de los visitantes no consumidores, con el fin de reducir la acumulación de personas y el ruido en la entrada del Salón.

Ray demostró ser un brillante administrador de relaciones laborales. A través de los años, lo observé extraer márgenes de ganancia cada vez mayores a costa de sus erráticos trabajadores. Criado en El Barrio como líder de pandillas a principios de los años setenta, sabía disciplinar a los empleados con firmeza sin transgredir las normas culturales del respeto mutuo. Sabía dónde situar los límites de la violencia y cuándo expresar amistad y comprensión sin demostrar la más mínima flaqueza.

Ray tenía una destreza singular para manipular los lazos de parentesco con el fin de asegurar la lealtad de sus empleados, que por lo regular eran adictos violentos. La mayoría de sus trabajadores eran parientes suyos o se habían vinculado con él por medio de matrimonios o alianzas de parentesco artificiales. Por ejemplo, le pidió a Primo que fuera el padrino de uno de sus hijos, lo que estableció una relación de compadrazgo. Esta institución, tan poderosa en la tradición puertorriqueña, santifica la solidaridad y las obligaciones recíprocas entre dos hombres. Lo irónico es que varias generaciones atrás, en las montañas de Puerto Rico, los terratenientes locales habrían manipulado esta misma institución paternalista como un método para someter a los endeudados abuelos de Primo y de Ray para que trabajaran como jornaleros.[3] En su propio contexto, Ray se aprovechaba de la organización familiar de la cultura callejera contemporánea, en la cual las mujeres suelen verse obligadas a formar hogares con múltiples hombres a lo largo de sus vidas. De ahí que la amistad entre Ray y su empleado Luis, que se remontaba a la infancia de ambos, se estable-

ciera como un lazo seudofamiliar luego de que ambos tuvieran hijos con la misma mujer.

La astucia empresarial de Ray como nuevo propietario del Salón de Juegos, sobre todo la decisión de bajar los precios y mejorar la calidad del producto, hizo estallar las ventas del local. El expendio sacó de competencia sin mayor esfuerzo a todos los rivales inmediatos, tanto a la verdulería situada a cuatro casas de distancia que vendía cocaína de mala calidad, como a los adolescentes que pregonaban *crack* a precio de baratija en las escaleras del complejo habitacional al otro lado de la calle. Poco tiempo después, sin embargo, se desató una crisis en el área cuando un operativo antidrogas desplazó a varias compañías de heroína dominicanas hacia nuestra cuadra. De un momento a otro, al menos seis equipos de cuatro hombres, cada uno con dos vigilantes, un "tirador" y un mensajero, invadieron la vereda frente al Salón de Juegos. Tras varios encontronazos, Ray presionó a los gerentes dominicanos para que respetaran su espacio y se trasladaran al otro lado de la avenida.

En cuestión de pocos meses, Ray invirtió las ganancias del Salón de Juegos en la adquisición de dos nuevas franquicias: una, relativamente nueva, en el segundo piso de un edificio previamente incautado que la municipalidad estaba remodelando para reubicar a familias de bajos recursos; y la otra, el Club Social en la esquina de La Farmacia, junto al correo de Hell Gate. Durante este período inicial de expansión, Primo disfrutaba de una posición privilegiada en la cadena de casas de *crack* de Ray:

> Yo fui el primero que empezó a bregar con este pana [Ray]. Ahorraba los chavos que me ganaba y no me metía drogas, sólo me tomaba un par de cervezas de vez en cuando. Y pasaba todo el tiempo con Ray. En ese tiempo, Ray no tenía carro y siempre andaba a pie. Yo me quedaba con él y le hacía compañía todas las noches.
> Los dos nos íbamos pa la casa con un chorro de billetes encima y yo guardaba cien, doscientos pesos. Al día siguiente yo traía cambio, tú sabes, treinta, cuarenta pesos, dinero en la bolsa pa gastar en lo que trabajaba.

Como miembro fundador de la empresa de Ray, Primo recibía las prestaciones complementarias que en aquel entonces formaban parte del salario de un vendedor de *crack*: dinero para fianzas y gastos legales, bonos en días de fiesta (Navidad, Pascua y Día del Padre), cada cierto tiempo regalos para su hijo y de vez en cuando cenas con langosta en Orchard Beach, Coney Island o Far Rockaway. Los vigilantes de Primo permanecían un peldaño más abajo en la jerarquía. Quizá no haya un solo lugar en la economía formal donde Primo pueda aspirar a convertirse en gerente o simplemente adquirir tales privilegios un

año después de su contratación. Hacia el final de mi estadía en la cuadra, le empecé a pedir a Primo que me contara sobre la media docena de empleados que había contratado durante los cinco años en que lo conocí, en los cuales había devenido gerente del Salón de Juegos.

> *Primo*: [sentado sobre el capó de un auto frente al Salón de Juegos] El primero que bregó pa mí fue Willie. Yo le daba comida y un par de pesos al final del día.
> El segundo fue Little Pete; yo le daba ciento cincuenta pesos semanales. Exactamente ciento cincuenta, más algunas cervezas y cosas así. Después de Little Pete vino Benzie porque en seguida Ray ascendió a Little Pete al Club [en la esquina de La Farmacia].
> Yo le pagaba a Benzie todos los días. Le daba treinticinco o cuarenta pesos, a veces cincuenta en una noche en que nos iba bien, que no es mucho, pero yo trataba a Benzie mejor que a los demás. Más tarde yo empecé a darle a Benzie la mitad de lo que ganábamos. Él y yo nos dividíamos todo.
> Yo le dije a César que empezara a trabajar pa mí a tiempo completo porque Benzie se metió en problemas con Ray. Antes de eso, César venía sólo medio tiempo porque hacía demasiadas estupideces. Le daban celos con Benzie. Pero yo le dije a César: "Tú no puedes vender porque estás juqueao al *crack*, y un día nos vas a joder".
> Siempre hay problemas cuando uno le paga a César. No sé qué hacer con ese pana [agita la mano con desdén en dirección a César, que hace guardia junto a la puerta]. Ha estado dando mucho lío. Tengo que hablar con él.
> *Philippe*: Suenas como un patrón controlador que se queja de la actitud de tus empleados.
> *Primo*: No, Felipe, yo no soy ningún controlador. Pa empezar, yo no me quejo. Nunca he tenido éxito con el poder aquí. Ni siquiera cuando el que bregaba pa mí era el chamaquito ése de trece años, Júnior, el hijo de Félix, que cuando yo le daba órdenes él me contestaba: "Okey, okey, cállate la boca".
> Yo sólo tengo autoridad total cuando estoy bien encabronao, pero no me gusta mandar a la gente sólo por el hecho de mandarla.
> Tengo que evitar que esto se vaya al garete porque aquí el responsable soy yo. Si algún día faltara algo, Ray me caería encima a mí.
> Todos estos panas [ondea la mano de nuevo en dirección a César] siempre han querido controlar el *show*.
> [Suenan disparos] ¡Oe! Tranquilo, Felipe. ¿Por qué estás tan petro? Entonces... después que yo contraté a Benzie, él se empezó a com-

portar como si fuera el rey del universo. Es como que él siente que tiene poder sólo porque está vendiendo, así que cree que puede humillar a los clientes. Fastidiaba hasta a los panas chéveres, especialmente a los hombres.

Los insultaba, los humillaba como si… como si fueran nenes; los trataba como mielda. Y estos panas hacen lo que hacen, pero son seres humanos y son *cool*, tú sabes. A cada rato yo tenía que decirle a Benzie que se tranquilizara. Yo tenía que decirle: "Mira, yo conozco a este tipo; trátalo bien. ¡Respétalo, pana!". Pero él no obedecía las reglas. Trataba a todo el mundo como una porquería. Entonces traje a César otra vez, pero él también se cree dueño del circo.

Philippe: ¿Pero César no es peor que Benzie?

Primo: Los dos son unos grandes jaquetones. Pero César es más peor porque todo le impolta un carajo. Yo ya le perdí la confianza.

En efecto, tengo recuerdos vívidos de ver a Benzie asentado en la puerta del Salón ocupado en gritarles a los clientes: "¡Así es, panas! ¡Vengan pa acá! ¡Sigan matándose; fumen hasta la muerte; háganme millonario!". Ahora bien, Primo tampoco era muy cortés con su clientela. A veces se unía a sus colegas que ridiculizaban a los cadáveres andantes en los que se convierten tantos adictos al *crack* después de varios meses. En el Salón de Juegos, este trato se combinaba con una dinámica explícita de sexismo y discriminación racial:

César: Felipe, debiste haber visto al par de mollos inmundos que vinieron más temprano, un moreno[4] y la jeba de él.

Primo: [se ríe] La jeba se resbaló y se descocotó cuando iba saliendo.

César: Y se tiene que haber rompido el culo, porque se tropezó y se fue de cabeza.

Primo: Yo la vi cojeando…

César: Se dio bien duro, pana, porque chocó con el pico de hierro que está allí clavado en el cemento.

Se fue cojeando. Se fue cojeando toda destatusada. Pero al tipo no le importó un carajo que la jeba se cayera, y siguió caminando.

[Quizá se percata de mi silencio y agita la cabeza indignado] Estuvo mal, pana.

Primo: [no le presta atención a mi reacción y se ríe de la supuesta indignación de César] No pana, ¡el tipo tenía sed!

César: ¡Sí, sí! Él decía pa entre sí: "Que se joda. Yo voy a fumal". [Inhala profundamente con una sonrisa de placer y se vuelve para verme a los ojos] No me importa lo que tú pienses, Felipe, los mollos

son más hijos de puta que los boricuas. Porque cuando ella se cayó yo le pregunté: "Coño, ¿tú estás bien?".

Pero su novio… él la esquivó de un salto y la dejó plantá.

EL FRENO A LA ADICCIÓN Y LA CANALIZACIÓN DE LA VIOLENCIA

Primo y César tenían una amistad cercana pero complicada. A menudo César se emborrachaba y explotaba en raptos incontrolables de agresión. Cuando se lanzaba irrefrenablemente a fumar *crack*, como casi todos los días de paga, terminaba pidiéndoles prestado o robándoles dinero a las personas que lo rodeaban. De todas maneras, a lo largo de los últimos tres años de mi estadía en la cuadra, Primo y César fueron inseparables. De todos los vigilantes y asistentes que Primo contrató, César fue el que mantuvo su trabajo por más tiempo.

En ocasiones llegué a pensar que Primo soportaba la inestable disciplina laboral de César porque estaba encadenado al *crack* y Primo le tenía compasión. Me daba la impresión de que le quería ofrecer a César el tipo de ambiente solidario que Félix le había proporcionado a él cuando lo contrató para vender *crack* en el Salón de Juegos, situación que a la postre lo ayudó a vencer el vicio. En otras ocasiones, me parecía que Primo contrataba a adictos (Willie, Benzie, Little Pete y César) para pagarles salarios más bajos e imponer condiciones laborales de mayor dependencia. De vez en cuando, reemplazaba el pago en efectivo con remuneraciones en especie (por lo regular piedras de *crack*) al final de la jornada. Desde luego, Primo no tenía muchas opciones porque casi todas las personas que conocía fumaban *crack*. Pero a veces él mismo admitía que manipulaba la adicción de sus trabajadores, así como también reconocía su propia dependencia del flujo de efectivo de Ray, que le permitía comprar alcohol y cocaína para su consumo personal.

Primo: Ridículo lo mala que estuvo la noche. Esto que estamos vendiendo es una porquería. Sólo saqué treinta pesos pa mí y le tengo que dar la mitad a César.

Pero como el negocio está tan malo, lo que hacemos es que no nos damos chavos, sino que los gastamos juntos.

Además, la semana pasada le cogimos prestado a Ray y tenemos que pagarle poco a poco.

En ese momento íbamos camino a mi casa y, como si quisiera ilustrar sus palabras, Primo le entregó diez dólares a un vendedor de cocaína demacrado y se

echó al bolsillo un pequeño frasco lleno de polvo blanco. César se había adelantado y no escuchó a Primo decirme al oído:

Primo: César no presta atención. Yo le puedo meter una feca. Nada de mitad y mitad.

Primo consumía alcohol y cocaína con César, pero al mismo tiempo hacía un esfuerzo auténtico por alejar a su amigo del hábito más incontrolable y dañino, el consumo compulsivo de *crack*. A lo largo de los años, experimentó con diversas fórmulas para rehabilitar a César y convertirlo en un trabajador más disciplinado.

Qué mucho que César jodía. Quería que le pagara todas las noches, pero cuando yo le hacía caso él cogía los chavos y se largaba a fumar pipa. Más tarde venía a buscarme pa suplicar que le diera más dinero.
Yo le decía: "¿Tú te crees que yo soy un morón? Yo ya te pagué. No me hagas esto. Echa pa allá que tú estás loco. No me pidas más chavos. Yo ya te pagué, carajo".
Al día siguiente él no venía a trabajar, o llegaba tarde. Así que le empecé a pagar al final de la semana cuando Ray me pagaba a mí.
Pero eso tampoco funcionó. [Se detiene para inhalar cocaína con un billete doblado] Y yo me cansé de que me metiera embustes. Entonces un día, en lo que le pagué, le dije: "Mira, si tú coges y te desapareces y no vienes mañana, yo no voy a seguir bregando contigo, porque ya me estoy cansando de ti".
Unos días después fue que lo despedí y contraté a Benzie, que era uno de los clientes.

El año anterior Primo había despedido a su amigo Willie –apodado "O.D." por su consumo de *crack* incontenible que parecía destinarlo a una sobredosis–* justamente por el vicio que tenía. Según Primo, la adicción de O.D. era todavía más inaceptable que la de César, pues fumaba en horas laborales. Presionado por su padre, Willie se había incorporado a las fuerzas armadas. Era el único de los empleados de Ray que podía entrar en el ejército, pues gracias a un programa de discriminación positiva en una escuela privada neoyorquina

* En la jerga anglófona, la abreviación "O.D." se refiere a una sobredosis (*overdose*). [N. del T.]

que desde entonces se declaró en quiebra, se había graduado de la escuela secundaria. Había aprendido a conducir tanques de guerra y en enero de 1991 escapó de milagro de la Guerra del Golfo, ya que por casualidad le habían dado franco y estaba en East Harlem atiborrándose de *crack*. Sencillamente prolongó la juerga y desapareció.

Pese a las eternas acusaciones de Primo, en comparación con un adicto como O.D. o una *prima donna* de la calle como Benzie, César hacía un excelente trabajo como vigilante. Encarnaba la lógica personal de la violencia dentro de la cultura del terror del vecindario: intimidaba a los que lo rodeaban y cultivaba la reputación de violento impredecible. La única persona que infringió las reglas del Salón de Juegos durante uno de sus turnos fue un joven celoso que había ingerido polvo de ángel. Poco después lo tuvieron que sacar en camilla con una fractura de cráneo. Nunca voy a olvidar el estruendo nauseabundo del bate de béisbol en la frente del muchacho, que alcancé a oír mientras abría la puerta del Salón para emprender la fuga. Días después, Primo me contó que tuvo que contener a César después del tercer golpe para impedir que matara al joven, que yacía en el suelo en estado de inconciencia. A César, por su parte, le encantaba hablar del incidente. Eran buenas relaciones públicas para asegurar la integridad de las instalaciones.[5]

César: El pana ése llevaba horas diciendo pendejadas, que nosotros éramos unos flojos, unos blanditos, tú sabes. Decía que él era el bichote de la cuadra y que: [se pone las manos en la cadera y menea la cabeza hacia los lados, imitando a un niño consentido] "Yo puedo hacer lo que me venga en gana".
Nosotros tratamos de tomarlo con calma, pero en seguida él empezó a decil que nos iba a chotear con la policía.
En ese momento fue que yo agarré el bate. Por un momento volví a ver el hacha que Primo guarda detrás del Pac-Man, pero se me ocurrió: "No, quiero algo que sea corto y compacto. Sólo tengo que hacer un *swing* corto pa descocotar a este canto de cabrón".
[Grita hacia la puerta principal] Tú no eres ningún bichote porque te rompimos el culo. ¡Jaja!
[Se voltea hacia mí] Allí fue que tú saliste corriendo, Felipe. Al fin de cuentas, aquí lo que vale es la supervivencia del más fuerte, o supervivencia con casco porque yo me vuelvo loco.
Ahora tengo que convencer a Ray de que me preste el Lincoln.

Para César, la incapacidad de controlar la furia también era provechosa en otros sentidos. El gobierno lo había declarado, en sus propias palabras, "oficialmente chiflado", condición que le aseguraba un cheque mensual vitalicio

del Seguro Social y que él confirmaba cada cierto tiempo mediante sus intentos de suicidio.

Según Ray, César era demasiado impredecible como para confiar en él y nunca lo incorporó formalmente en su red de negocios. Ray tomaba más precauciones que Primo a la hora de las contrataciones y sólo excepcionalmente le daba una oportunidad a un adicto consumado o a una persona muy violenta. César era consciente del rechazo de Ray, pero de todas maneras aspiraba a que lo incluyeran como miembro formal de la organización.

> *César*: Ray no me paga a mí directamente. El que me subcontrata a mí es Primo.
> Si a mí me encarcelaran yo sería responsabilidad de Primo, pero Ray me ayudaría, tú sabes, porque él prefiere que yo esté aquí por razones de seguridad. Él quiere meterme poco a poco en la organización.
> Además, a mí nunca me han metido a la cárcel. Tengo el expediente [criminal] más limpio de todos los panas que trabajan pa Ray. Si a mí me cogieran preso, él sabe que no me tendría que pagar fianza como le pasó con Benzie. Yo iría a juicio y no chotearía a nadie pa salvalme.

Benzie, el vigilante que reemplazó a César, también usaba drogas, pero a diferencia de César siguió el ejemplo de Primo y utilizó su puesto de vendedor como trampolín para frenar el consumo de *crack* y sustituirlo por drogas menos nocivas, entre ellas la cocaína y ocasionalmente la heroína. Esto facilitó el desarrollo de una relación menos jerárquica entre Benzie y Primo, que en poco tiempo lo ascendió al rango de socio. Lo más interesante del caso de Benzie es que cuando Primo le ofreció el puesto de vigilante, trabajaba como conserje en un exclusivo club de Manhattan. Fue recién cuando se adentró en la economía clandestina como protagonista poderoso cuando fue capaz de abandonar el *crack*. En otras palabras, Benzie comenzó a fumar *crack* mientras tenía un empleo legal, y no pudo contener el vicio hasta que renunció y pasó a trabajar como traficante de tiempo completo. Las responsabilidades del puesto como vendedor lo obligaron a enderezarse.

> *Primo*: Después de que yo despedí a César, me quedé solo de nuevo hasta que este pana [señala a Benzie] me empezó a insinuar que quería bregar conmigo, y a mí me cayó bien [hace una pausa para inhalar cocaína].
> Entonces yo le empecé a preguntar: "¿Tú quieres trabajar aquí?". Porque yo quería tomar todo con calma [inhala de la punta de una llave que contiene heroína de un paquete de diez dólares; luego le pasa el paquete a Benzie].
> *Benzie*: [inhala] En ese tiempo yo bregaba con el pai mío en el Yacht Club como ingeniero de mantenimiento. Siempre me venía pa acá [al Salón de Juegos] después de trabajar.
> Cuando Primo me contrató yo trabajaba en ambos sitios.
> ¿Sabes a qué hora yo me levantaba pa irme pal Yacht Club? A las cinco de la mañana, porque tenía que estar allí a las siete... ¡y a las siete en punto! Trabajaba en el Yacht Club de siete a tres y media y a las cuatro tenía que estar en el Salón [inhala heroína].
> *Primo*: Entonces yo le dije: "Treinta pesos por día, seis días por semana. Porque yo no trabajo los domingos".
> Y él me dijo: "Okey, tá bien". Y se quedó.
> Después de eso pasó bastante tiempo. Yo vi su forma de tratar, que era un tipo tranquilo y no fumaba mucho. Yo lo llevaba al Club [Social], le compraba una botella de Bacardi, le daba de comer y nos poníamos a esnifear perico [hace una pausa para pulverizar el contenido de una nueva ampolla de cocaína con un billete de un dólar].
> Así que un día le dije: "Dale, ponte a vender". Y después de un tiempo [aspira cocaína] le dije: "Todo lo que vendamos nos lo vamos a dividir en partes iguales. Así tú puedes ganar más chavos".
> Porque en aquel tiempo ganábamos un montón [tira la cabeza hacia atrás e inhala con fuerza]. Yo ganaba como doscientos, doscientos cincuenta, trescientos, hasta cuatrocientos pesos por noche en ocho horas de trabajo. Lo menos que ganaba eran doscientos o doscientos cincuenta pesos por noche.
> *Benzie*: ¡Qué muchos chavos que hacíamos! Los dos ganábamos como doscientos y pico por noche.
> *Primo*: Nos iba bien, pana. Esta porquería [señala el escondite del *crack* al lado de la máquina del Pac-Man] se vendía como pan caliente.
> Y pana, yo soy un morón. Debí haber invertido en algo pa que no se me desaparecieran los chavos.
> Pero apenas Benzie comenzó a bregar conmigo todo se volvió una fiesta. Mi dinero se esfumó. Fue como si se hubiera evaporado, pana [escupe las palabras]. Lo gasté en hoteles, coca, tragos. Fácil se gana, fácil se pierde. Yo convidaba siempre, le pagaba todo a todos: Benzie, César, O.D., todos. Sólo quería tener amigos, tú sabes. Íbamos de hotel en hotel y los hoteles cuestan caro, pana.
> Lástima que no te conocía, Felipe. La hubiéramos pasado bien contigo. [Me toma el hombro, empujado por la descarga de cariño que

el *rush* de cocaína puede producir en la montaña rusa de un *speedball*] Y seguramente hubiéramos tomado todo con más calma si tú hubieras estado aquí. Polque tú no te puedes meter en problemas; no hay manera. En cambio nosotros rompíamos todo lo que había en el cuarto.

Queríamos sentirnos como los bichotes, tú sabes [inhala y mira a Benzie]. Porque teníamos chavos y los queríamos disfrutar [le choca la mano a Benzie y ambos explotan de la risa].

TRAFICANTES DE SALARIO MÍNIMO

Un misterio comenzó a surgir a medida que avanzaba mi trabajo de campo: ¿por qué los vendedores callejeros permanecen en la bancarrota hasta el final de sus carreras? Poco a poco caí en la cuenta de que los arrebatos generosos de Primo no se diferencian mucho del consumo compulsivo más individualizado y circunscripto que caracteriza a las personas que ascienden de rango con rapidez en la economía legal. En una economía que convierte en fetiches los bienes materiales y los servicios, la tendencia a gastar ostentosamente las ráfagas de ingresos es universal. Los vendedores de *crack* no son más que una versión infame y caricaturizada del fenómeno norteamericano por excelencia del derroche del dinero fácil. Que sus opciones de inversión productiva en la economía legal sean tan limitadas sólo los incita a profundizar el despilfarro.

Más complicada es la relación de los traficantes con el mercado laboral ordinario. Una discusión sistemática de esta relación múltiple, antagónica, es la base del capítulo 4. Aquí, sin embargo, quiero examinar cómo la tensión con la economía convencional repercute sobre las operaciones cotidianas del Salón de Juegos, pues la atracción que ejerce la economía del *crack* no se limita a la lógica del dinero.

Los traficantes callejeros acostumbran presumir entre ellos mismos y ante los demás de lo mucho que ganan cada noche. En realidad, su ingreso pocas veces es tan alto como ellos dicen. La mayoría de los vendedores recibe una comisión por unidad y lo que se lleva a su casa es una pequeña fracción de lo que vende. Al convertirlo en dólares por hora, el monto resulta ser relativamente miserable. Según mis cálculos, los empleados de Ray ganaban en promedio entre siete y ocho dólares por hora –menos del doble del salario mínimo–. Sin embargo, había noches excepcionales en que ganaban hasta diez veces el salario mínimo, y ésas son las noches que recuerdan en sus anécdotas. Todos los turnos que no pudieron completar a causa de redadas policiales, y obviamente las noches que pasaron en la cárcel sin poder trabajar, pasan al olvido.



César muestra dinero y tres bóndoles de *crack* dentro del Salón de Juegos. Fotografía de Susan Meiselas

Me llevó varios años percatarme de lo inconsistentes y despreciables que acostumbran ser los ingresos en el negocio del *crack*. La situación se me hizo evidente una noche, mientras veía a Primo y a César cerrar el Salón de Juegos. César desatornillaba los fusibles de la caja eléctrica para apagar los videojuegos, mientras Primo guardaba los bóndoles sobrantes de *crack* en un tomacorriente falso y empezaba a contar el fajo de billetes recaudados. Me sorprendió lo delgado que era el puñado de billetes que apartó, dobló e introdujo ordenadamente en su billetera. Ambos bajaron los portones de hierro antimotines y trabaron los voluminosos candados marca Yale que aseguraban las ventanas del Salón. Primo y César se movían con los gestos apresurados y fluidos de cualquier trabajador que se prepara para ir a casa luego de una honesta jornada laboral. Maravillado ante la universalidad del lenguaje corporal de los trabajadores que aceleran el paso a la hora del cierre, se me ocurrió corroborar la cantidad de dinero que generaba esta economía alternativa. Saqué la billetera de Primo de su bolsillo trasero, sin acercarme al fajo más grueso del bolsillo delantero, que le correspondía a Ray y que le podía costar la vida a Primo si se extraviaba. Inesperadamente, además de dos billetes de veinte dólares, saqué quince dólares en cupones alimenticios. Primo, visiblemente aver-

gonzado, se rió y murmuró que su madre lo había añadido a su cuota mensual de cupones y le daba treinta dólares al mes para gastar por su cuenta.

> *Primo*: Le di la mitad a mi jeba, María. Le dije: "Mira, ten esto pa cualquier cosa que tú necesites". Y la otra mitad la tengo en la cartera en caso de emergencia.
> Así siempre nos queda un par de pesos por aquí y por allá pa sobrevivir. Porque hoy lo que gané fue una porquería. ¡Cuarenta pesos! ¿Puedes creerlo?

Así como los salarios pueden ser relativamente bajos en la economía del *crack*, las condiciones de trabajo suelen ser inferiores a las que imperan en la economía convencional. Además de los peligros evidentes, como la posibilidad de recibir un disparo o acabar en prisión, el espacio de trabajo en las casas de *crack* suele ser desagradable. La infraestructura del Salón de Juegos era mucho peor que la de cualquier tienda legal de East Harlem: carecía de baño, agua potable, teléfono, calefacción en el invierno y aire acondicionado en el verano. Cada cierto tiempo, Primo se quejaba de esta situación.

> *Primo*: Todo lo que tú ves aquí [señala los videojuegos hendidos y rayados, las paredes lúgubres, el suelo resbaloso y cubierto de mugre, las ventanas polvorientas y forradas con pancartas de películas rotas] está desbaratado. Es un desastre, pana [señala la bombilla roja de cuarenta vatios que cuelga solitaria de un cable eléctrico en el centro del cuarto, proyectando una penumbra mórbida].

Los únicos muebles del Salón, aparte de los videojuegos, eran unos cajones de leche grasientos y unos bancos de aluminio torcidos. Un olor a vómito y orina infestaba el local. Primo logró mantener un sistema de sonido rudimentario por unos meses, pero César terminó haciéndolo añicos en una de sus descargas furibundas. Lo mismo le sucedió a un escandaloso televisor blanco y negro que Primo le cambió a un cliente por una ampolla de *crack* de cinco dólares. La infraestructura deficiente era sólo una parte de las condiciones laborales deprimentes.

> *Primo*: Tampoco me gusta ver a la gente así, toda hecha mierda [le entrega tres ampollas a un cliente ansioso que no deja de moverse de un lado para otro]. Esto está cabrón. A mí no me gusta vender piedra. Te lo juro.
> [suenan tiros a la distancia] ¿Oíste?

Entonces: ¿por qué Benzie abandonó su empleo legal tan entusiasmadamente para trabajar con Primo bajo estas condiciones?

> *Benzie*: Yo perdí mi trabajo por janguear contigo [señala a Primo e ingiere cocaína].
> Al principio yo iba a trabajar por la mañana, aunque nos hubiéramos amanecido en la calle. Yo iba tranquilo, chévere, y entraba como si nada. Nadie, ni mi jefe ni mi supervisor me criticaban a mí, porque yo era el ingeniero de mantenimiento y hacía todo lo que ellos me pedían.
> ¡Todo! No impolta qué, yo lo tenía que hacer. Tenía que reparar todo lo que se descompusiera en el hotel. Llamaban pa quejarse y yo tenía que ir a arreglarlo sin importar lo que fuera. Cuando el excusado empezaba a hacer ruidos o a regarse, las tuberías, cualquier cosa, yo tenía que ir a arreglarlo.
> Y yo estaba metido en el sindicato, pana, porque cuando tú estás en el Sindicato del Yacht Club de Nueva York te dan todo lo que te toca; todos los derechos, tú sabes.
> Ése sí que es un sitio de primera. ¿Sabes a quién vi comiendo allí? ¡Al alcalde Koch! También vi a este pana, cómo es que se llama... tú sabes, el tipo del noticiero. Vi a un chorro de gente famosa que llegaba a comer en el salón.
> Esa vaina funciona por membresía. Tú tienes que ser miembro o tienes que tener un yate. Esos panas nadan en chavos. Tienen modelitos de yates por todo el club. Allí sólo llega gente blanca, gente de cachet; lo único que yo veía era un chorro de blanquitos.
> Yo nunca tuve problemas con los blancos. Lo único que tenía que hacer era decir: [flexiona la cabeza e imita un acento de clase alta] "Buenos días" [flexiona la cabeza de nuevo pero hace una pausa para inhalar cocaína]. "¿Cómo está?". Pero eran buena gente.
> Yo duré mucho tiempo allí. Tamaño rato, un año y varios meses. ¡Ganaba cuatro papeles [$400], pana! Por cinco días de trabajo.
> [Continúa en un tono más serio] Pero bueno, cómo fue que me despidieron. Nunca voy a olvidar ese día; estábamos yo, tú [señala a Primo], Candy y Flora y nos fuimos pa casa de Candy y nos amanecimos.
> En parte fue culpa mía. Me junté con Flora, tú sabes, y me quedé con ella en la mañana.
> No fui a trabajar. Me jodí. Al día siguiente estaba todo esnifeado y ni siquiera llamé al trabajo pa avisar. Me quedé con Flora.

Benzie llevó la identidad de macho callejero hasta sus lógicas consecuencias. No podía soportar la autoridad de Ray y acabó robándole dinero y faltando a una comparecencia judicial después de caer preso mientras conducía un auto robado. El arresto no estaba relacionado con la venta de *crack*, pero de todos modos Ray lo ayudó a pagar los $2500 de fianza. Luego de un breve lapso en la cárcel de la Isla de Riker, Benzie dio un giro de 180 grados y encontró trabajo como preparador de alimentos en la cafetería macrobiótica de un gimnasio. Nuevamente ganaba poco más que un salario mínimo en un puesto subalterno rodeado de personas blancas más poderosas que él. Logró restringir el consumo excesivo de alcohol y *speedball* a los fines de semana y disfrutaba de visitar el Salón de Juegos para darle sermones a Primo sobre las virtudes del empleo legal.[6] En las madrugadas frías, después de cerrar el local, nos refugiábamos en la escalera de un complejo habitacional, donde encendíamos el grabador, tomábamos licor de malta, y Primo y Benzie ingerían *speedball* hasta pasado el amanecer.

> *Benzie*: Lo mejor pa uno es bregar legal. Sobrevivir. Ganarte tus chavos y lograr que todo el mundo te quiera [abre un paquete de diez dólares de heroína y me pasa una botella de licor de malta para que la destape].
> Yo quiero que tú hagas eso, Primo. Yo ya lo he hecho por un año, Primo. Mira esto, pana [muestra un pequeño objeto plástico], mira lo que dice aquí: un año. Es un prendedor, un prendedor pa la corbata. Es porque ya llevo un año. Eso es lo que dice aquí.
> ¿Sabes cómo yo he logrado mantenerme por un año? [inhala heroína]. Porque yo ya pasé por la cocaína [señala la cocaína que Primo tritura con un billete de un dólar doblado], ya pasé por el *crack*, ya pasé por la puñetera marihuana, ya pasé por toas las drogas. Yo siempre tuve que pasar por la adversidad. Pero por fin estoy haciendo todo a mi manera, por fin estoy desarrollando mi capacidad, por fin llegué a una etapa donde yo puedo decidir que no voy a fumar na [señala de nuevo la cocaína]. Estoy harto de la vida del *crack* [señala las ampollas tiradas en la escalera]. Estoy hablando en serio, pana.
> Ahorita mismo [aspira cocaína] yo no me meto drogas. Carajo, mírame la cara [acerca la cara agresivamente a pocos centímetros de la mía y agarra la botella de licor de malta]. La tengo redonda. Cuando alguien se mete drogas, tú te das cuenta por la cara de la persona [agarra la llave de Primo e inhala con suavidad del paquete de heroína].

De repente, como si una ráfaga de cocaína le activara las zonas más agresivas del cerebro, Benzie cambió el tono y pasó a discutir defensivamente las dificultades de hacerse respetar como empleado subalterno en la economía legal.

> *Benzie*: Pero nunca se te ocurra insultarme o humillarme.
> *Primo*: [alentador] Tú trabajas y yo te respeto como tú eres ahora [se vuelve hacia mí]. Yo a él lo respeto.
> *Benzie*: [sin calmarse] Yo no quiero que otros me respeten. Yo quiero respetarme a mí mismo.
> Yo me respeto a mí mismo, pana [aprieta ambos dedos índice contra su pecho]. Yo he cambiado. Soy una persona diferente. Yo me quiero a mí mismo. No me las estoy echando ni nada, tú sabes [toma un sorbo de licor de malta].
> *Primo*: [se dirige a mí, alentador] Es como una descarga, Felipe. Porque Benzie está tan bien que se siente chévere.
> *Benzie*: [más tranquilo, me pasa la botella] Estoy ganando ocho pesos por hora, pana. Soy preparador, chef asistente. Ocho pesos por hora. Estoy ganando casi trescientos pesos semanales. Bueno, me quitan como cien pesos de impuestos... y me dan como doscientos setenticinco, algo así.
> Si vinieras a casa más tarde te darías cuenta que yo te estoy diciendo la verdad. Y eso es después de impuestos; me quitan como noventa, ochenta pesos. Llego a mi casa con dos setenticinco.
> *Primo*: [orgulloso de conocer las artimañas de los trabajadores en los empleos legales] Eso es porque tú sólo tienes un dependiente. Yo siempre ponía que tenía tres dependientes.
> *Benzie*: Pero mira, yo me quiero a mí mismo. Estoy orgulloso de mí mismo. ¿Tú sabes quién está orgulloso de mí y me quiere mucho? El pai mío, pana. Ahora él me quiere con cojones.
> Mi papá trabajó toda la vida. Se embalcó pa Nueva York de Puerto Rico cuando tenía veintiún años. Ahora tiene cincuentitrés y siempre ha trabajado de mesero.
> *Primo*: [en voz baja] ¡Pero pana! Yo no quiero un trabajo pa toda la vida. Yo no quiero trabajar por las propinas, pana. Yo quiero bregar del modo que me venga en gana.
> [cambia el tema] Vamos por otra cerveza.

En privado, especialmente hacia el final de mi estadía en la cuadra, Primo me admitía que tenía deseos de regresar a la economía convencional.

Primo: En este trabajo, es como si botara los chavos al safacón. Preferiría bregar legal.
Philippe: Pero entonces no serías el bichote de la cuadra, ni tendrías tantas novias.
Primo: Ahora tengo muchas jebas listas pa que yo les meta el bicho, pero si trabajara legal estaría más tranquilo. No bebería y no usaría perico toas las noches.
Además, si tuviera un trabajo limpio también tendría jebas porque tendría más chavos.
Philippe. Pero ganas más plata aquí que la que ganarías en un trabajo legal.
Primo: Okey, quieres los chavos pero no quieres hacer el trabajo.
Yo odio este lugar. ¡No lo soporto! Detesto a la gente, detesto el ambiente, detesto toda esta mielda, pana. Pero este negocio lo absorbe a uno, tú sabes. Tú lo haces y luego dices: "Ah, ¡qué jodienda!". Otro día, otro peso [señala a un cliente demacrado que entra por la puerta].
Pero yo nunca, nunca, he tenido suficiente esperanza como para decir: "Algún día yo voy a ser más rico". Lo pienso, pero mientras tanto vivo el día a día.
Si yo trabajara legal no janguearía tanto con esta gente. No te convidaría [señala la lata de dieciséis onzas de Colt 45 que tengo en la mano]. Si yo trabajara, mi ambiente cambiaría, tú sabes... completamente. Tendría amigos distintos. Después del trabajo me iría con mis compañeros a almorzar, a cenar. O me iría pa mi casa: estaría demasiado cansao pa janguear y al día siguiente tendría que levantarme pa ir a trabajar.
Después de salir de un trabajo legal yo sé que yo sería más tranquilo.

El problema, como veremos en el capítulo 4, cuando pasemos a examinar la relación entre los traficantes y la economía legal, es que las buenas intenciones de Primo no lo llevan a ninguna parte mientras los únicos empleos disponibles para él no le ofrezcan ingresos suficientes. Ninguno de los vendedores de *crack* parecía tener conciencia del vínculo entre la escasez de oportunidades en la economía legal, la adicción a las drogas y su dependencia respecto de la economía del *crack* para sobrevivir con dignidad. Sin embargo, todos los colegas y empleados de Primo contaban historias que demostraban un fuerte rechazo de las condiciones laborales de la economía convencional, un ambiente de trabajo que consideraban insoportable. El caso de Benzie, por ejemplo, ilustra el complejo papel que desempeñan las nociones subjetivas de la dignidad en el proceso de intercambiar una ocupación legal por la adicción al

crack y luego el narcotráfico. La amplia trayectoria en el mercado laboral de otro de los vigilantes de Primo, Willie, también es útil para esclarecer las fuerzas que incitan a un joven a buscar refugio en el mundo del *crack*. El caso de Willie era paradójico: repudiaba las condiciones laborales en la economía formal, pero acogía una actividad todavía más violenta con la cual perjudicaba a sus vecinos y a su comunidad.

Willie: En toa mi vida nunca me pagaron más de seis pesos por hora. El lugar donde gané más fue en mi último trabajo en la ASPCA [Sociedad Americana para la Prevención de la Crueldad contra los Animales]. Ganaba como doscientos treinta pesos semanales menos los impuestos.
Me acuerdo del primer día. Yo iba bien vestido y me pusieron a bregar con una jeba que estaba bien buena; entonces yo decía, a esta jeba yo le tengo que hablar. Y empezaron a sacar carretas llenas de animales muertos. Los mataban con gas, tú sabes.
Entonces estoy yo parado allí con unos guantes de hule, ¿no? Pero estoy tratando de quedarme atrás, porque yo no puedo bregal con eso. Yo le tengo mucho cariño a los animales... tengo tres chihuahas en el otro piso.
Pero el jefe ya sabía que iba a haber problemas así que contrató más gente de la cuenta. Eso es lo que hacen siempre, tú sabes, y después botan a una pelsona. Entonces cuando el jefe dijo: "Tú y ella, hagan esto", yo lo hice.
Pero entonces yo me fijé en uno de los animales muertos y se me revolvió el estómago. Imagínate, yo llevaba una camisa de vestir y pantalones, en ese cuarto que era como un garaje grande, y tenía que botar un fracatán de carretas con perros, gatos, cachorritos, gatitos todos asfixiados, todos a un camión de basura.
No lo pude hacer por mucho tiempo.
Entonces un día me llamaron a la oficina y me dijeron: "Tú no eres la persona adecuada para este trabajo". Y me botaron.

CONFLICTO ENTRE GERENCIA Y FUERZA LABORAL EN EL SALÓN DE JUEGOS

Las oportunidades de Primo en el mercado laboral legal no eran mejores que las de sus empleados, pero frente a la puerta del Salón de Juegos sus debilidades eran invisibles, especialmente en comparación con sus clientes y trabajadores que fumaban *crack*. Por su aspecto y su comportamiento parecía un jefe efi-

caz. Sin embargo, su autonomía e importancia en la red de Ray comenzaron a decaer cuando Ray expandió sus franquicias. La ubicación privilegiada del Club Social en la esquina de La Farmacia lo convirtió en un punto de venta mucho más rentable que el Salón de Juegos. Ray instauró un sistema de turnos dobles para mantener el Club abierto dieciséis horas al día excepto los domingos. Quizás por el apego personal que le tenía al edificio por haberse criado en él, decidió invertir en la renovación de la infraestructura. Poco después, el Club Social tenía mesa de billar, un potente sistema de sonido, aire acondicionado, calefacción y un retrete que funcionaba de vez en cuando. Ray también instaló una cantina que servía Ron Bacardi y cerveza a partir de las cinco de la tarde. Para los clientes más adinerados y los cocainómanos empedernidos, además de las ampollas de *crack* de cinco dólares, vendía medio gramo de cocaína relativamente pura por veinte dólares.

Con la expansión y diversificación de sus negocios, Ray adquirió mayor poder de manipulación sobre las relaciones laborales. Empezó a establecer normas de disciplina más estrictas y a extraer un mayor margen de ganancias en el Salón de Juegos. Esto dio lugar a una lucha de poder entre Ray y Primo que se extendió por varios meses. La primera decisión de Ray fue eliminar el derecho de Primo de escoger a sus ayudantes. Impuso sus propios empleados secundarios, tanto vendedores como vigilantes, para que trabajaran junto a Primo. Primo se rebeló contra esta intromisión de Ray en su autonomía operativa. No quería que su rango descendiera de gerente a vendedor principal.

A la postre, Primo perdió la lucha por la autonomía laboral y el puesto de "gerente" empezó a adquirir mayor ambigüedad. Hacia los últimos dos años de mi estadía allí, Primo había perdido toda ilusión de control sobre las operaciones del Salón. Ray incluso logró rebajarle de $1 a $0,75 la comisión por cada ampolla vendida, aunque como incentivo adicional le incrementó la comisión a $1,75 las noches en que lograba vender siete bóndoles (o 175 ampollas). Ray aseguraba que el propio Primo era el responsable de los cambios, debido a sus tardanzas, su ausentismo y su fracaso en controlar el ruido y la violencia en el Salón de Juegos. Durante un período de diez meses, Ray relegó a Primo a un rol tan marginal que optó por contratar a otro vendedor, Tony, para que trabajara tres cuartos del tiempo, y redujo los turnos de Primo a dos noches por semana.

Afligido por esta reducción de ingresos, horas laborales y autonomía administrativa, Primo le dio rienda suelta a su consumo de alcohol y drogas. Se convirtió en un trabajador todavía menos puntual y más indisciplinado, lo que incitó a Ray a suspenderlo varias veces por períodos quincenales. Parte del problema era la dinámica de la oferta y la demanda. Los competidores que vendían *crack* en la escalera del caserío de enfrente habían disminuido de tres a dos dólares el precio de una ampolla, mientras que una asociación de compañías a dos cuadras de distancia había rebajado el precio de cinco a tres dólares y mejorado la pureza del producto.

Como último esfuerzo por retener su participación en el mercado, Ray remodeló el Salón de Juegos. Trasladó las ventas al local desocupado del segundo piso, el mismo donde tres doctores solían administrar una "fabriquilla de pastillas" ilegal financiada por Medicaid. El traspaso mejoró la moral de sus empleados mo-



Después del cierre del Salón de Juegos, Primo le sostiene a César una dosis de cocaína sobre un banco en el patio de un complejo habitacional. Fotografía de Susan Meiselas

mentáneamente, pero no incidió en las ventas de modo considerable. Primo, César y yo debatíamos las estrategias empresariales de Ray de la misma manera en que cualquier trabajador ansioso, al ver su empleo en peligro, especularía sobre las causas de una baja en las ventas. Una madrugada, tras el cierre del Salón de Juegos, tuvimos una conversación particularmente agitada en la sala de mi departamento. Ray había tenido que cerrar el local las dos semanas anteriores ante la posibilidad de un intenso operativo policial, y la noche de la reapertura introdujo un producto de mala calidad. (Su proveedor dominicano había caído preso y la nueva conexión le había vendido cocaína de calidad inferior.)

Malhumorado, César abrió un sobre de heroína, inhaló parte del contenido y tiró el empaque sobre la mesa. Luego tomó el billete de un dólar con la cocaína que Primo recién había pulverizado. "Deja eso, pana, yo te la sirvo", le dijo Primo, quitándole la cocaína y volviéndose hacia mí para enfatizar: "Odio cuando a este pana le da sed". Primo hundió el borde de una caja de fósforos en la cocaína y elevó el polvo a la altura de la nariz de César, que con una mueca cerraba la fosa nasal izquierda y ensanchaba la derecha. Primo repitió el procedimiento tres veces hasta que por fin César se tendió relajadamente en mi sillón y le agradeció a Primo con un movimiento de cabeza.

> *César*: [habla despacio] Esta noche estuvo fatal, pana; apenas nos ganamos veintidós puñeteros pesos con cincuenta centavos. Y mientras tanto arriesgo mi pellejo y mi expediente [policial] pa ganarme las mugrientas monedas que me paga el negro culón ése.
> Ray va a perder mucho negocio sin una lámpara allá arriba. Y a nadie le viene en gana subir las jodidas escaleras.
> *Primo*: Na, el problema no es el sitio. El problema es que estamos pidiendo cinco pesos por ampollas que en verdad cuestan dos [inhala cocaína].
> *César*: Cierto, las ampollas están muy chiquitas. Últimamente Ray se ha puesto a joder con el producto, pana. Está cambiando de producto. Un día está bien, otro día mal, otro día bien, otro día está to jodío.
> *Primo*: En verdad el problema es que las ampollas están muy chiquitas.
> *César*: Y el error garrafal fue que tuvimos que cerrar todo ese tiempo y después reabrimos con la porquería ésa que vendimos hoy.
> ¿Cómo vas a abrir el negocio con un producto que sabe a ceniza? Eso es lo que dicen los clientes, que ese *crack* sabe a ceniza. ¡Es una porquería!
> Eso nos jode a nosotros porque entonces mucha gente no regresa. Y la gente se empieza a quejal de que les vendimos una porquería que sabe a ceniza.
> [Acelerado por una descarga producida por la cocaína] Yo le dije a Ray: "¿Qué te pasa, pana? Esto es una cochinada". Pero lo que hizo fue gritarme: "Jódanse, así es como la vendo yo".
> *Primo*: [inhala] Yo nunca le digo nada, especialmente hoy. Cuando él vino y vio lo lento que estaba el negocio fue como si se le hubiera metido una cucaracha por detrás. Y ya estaba encabronado porque el electricista de Con Ed [la compañía eléctrica neoyorquina] no se apareció por la mañana.

Cuando encarrilé la conversación hacia el modo en que ellos aceptaban una paga de salario mínimo, respondieron con recuerdos glorificantes de las noches de ventas récord. Dos vendedores de autos embriagados en una cantina acaso tendrían conversaciones similares durante una recesión en la economía local.

> *César*: [inhala más cocaína de la caja de fósforos que sujeta Primo] No, Felipe, no estamos tan mal. Hoy estuvo lento porque es lunes y es fin de mes, entonces nadie tiene chavos.
> [Emocionado] El otro día Primo salió de aquí con trescientos pesos.
> *Primo*: [sonríe] Era primero de mes y todo el mundo había cobrao.
> *César*: [ingiere más cocaína] Fue tremendo día pa vendel. Todo se junta el primero del mes: todos los cheques.
> *Primo*: ¡Sí! Todo el mundo cobra [sonríe]. El primero del mes es cuando llegan los cheques del *welfare*, los de las rentas, los del Seguro Social. Ese día quiere decir chaviiitoos… [se lame los labios].
> *César*: ¡Pa todo el mundo! Cheques pa veteranos, las pensiones, el Seguro Social, el *welfare*, los cheques de los judíos… [se da cuenta de que fruncí el ceño]. Tú sabes, ¿no?, que los judíos están metidos en todo tipo de estafas: seguros, bienes raíces, cosas así. Se la pasan recogiendo cheques [menea los dedos codiciosamente y hace una sonrisa maliciosa].
> El primero del mes llueve dinero.
> *Primo*: Todo el mundo vino para acá. Los que cogen *welfare* y los que trabajan. Vendí doce bóndoles.

Las ventas de Ray se mantuvieron bajas durante los meses siguientes y la moral de sus empleados continuó desmoronándose. Las tensiones aumentaron. Ray le ordenó a Primo despedir a César luego de una serie de peleas alcoholizadas, pero Primo se negó. Ray tomó represalias y destituyó a Primo de los turnos de los jueves y los viernes, que son los más buscados porque el jueves es el día de paga de los empleados municipales. Primo pasó a administrar únicamente los turnos de los lunes y los martes.

En un ejemplo clásico de interiorización de los antagonismos entre obreros y patrones, el rencor de Primo y César hacia Tony, el reemplazo que Ray contrató para disciplinarlos, se intensificó. Tony correspondió al desprecio. Las diferencias se acentuaron hasta desembocar en un enfrentamiento potencialmente letal. En uno de los intervalos entre el turno del martes de Primo y el del miércoles de Tony, tres bóndoles de *crack* desaparecieron de la máquina de Pac-Man. Todos se declararon inocentes, pero no había indicios de que hubieran forzado la entrada, y Tony, Primo y Ray eran los únicos que tenían las llaves para entrar al local. Ray quería matar o al menos quebrarle las piernas al responsable, pero no podía decidir a quién culpar.

El jueves siguiente, tres bóndoles adicionales desaparecieron del tomacorriente que servía como el nuevo escondite nocturno. Ray, además de furioso, se sentía impotente, lo que lo volvía aún más peligroso de lo normal. Para salvar las apariencias, empezó a rebajar el costo de los bóndoles robados de los ingresos de Primo y Tony, aunque las ganancias de Primo eran tan bajas los lunes y los martes que tuvo que establecer un plan de pagos. Al final, permitió que Primo y César se dejaran las comisiones de los lunes con tal de que entregaran todo lo que ganaban los martes hasta cumplir con su parte de los $450 de mercancía robada.

César se dio por aludido y desató una ruidosa campaña contra Tony. Abogaba por "romperle la cara al canto de cabrón". Los que frecuentábamos el Salón de Juegos estábamos convencidos de que el ladrón era César, y Primo no podía evitar compartir la sospecha. Lo entristecía que su mejor amigo y empleado, su "socio" inseparable, lo humillara tan insolentemente. Fue en estas semanas cuando Primo me comunicó sus críticas más profundas a la economía del *crack* y su poder de absorción sobre los individuos.

El misterio de los bóndoles por fin se resolvió con la paliza casi mortal que todos anticipábamos, pero ni Primo, Tony ni aun César fueron las víctimas. Al fin y al cabo, el ladrón resultó ser Gato, el empleado de mantenimiento que había refaccionado y trasladado el Salón de Juegos al segundo piso. En el transcurso de la mudanza, Gato ahuecó varios de los paneles falsos en el piso, lo que le permitió acceder al Salón desde el edificio abandonado de atrás. Conocía el tipo de lugares donde Ray escondía la mercancía, pues era el responsable de reparar los videojuegos y hacía el mantenimiento del sistema eléctrico. De hecho, fue Gato el que pirateó la conexión desde un almacén vecino para suministrarle electricidad a la nueva casa de *crack*.

No pudimos evitar sentir pena por Gato cuando Ray lo trajo al Salón de Juegos para que empezara a saldar la deuda arreglando varias máquinas descompuestas recién adquiridas. Bajó con torpeza del Lincoln Continental de Ray, evitando mirarnos a los ojos y cojeando gravemente por la golpiza que había recibido tres días atrás. Todos salimos ahuyentados cuando empezó a desatornillar el panel trasero de un videojuego, pues irradiaba el olor amargo que caracteriza a un adicto al *crack* que no tiene casa ni acceso a ropa limpia. El hecho de que estuviera vivo con todos los huesos en su lugar daba constancia de su antigua amistad con Ray, de quien fue seguidor como miembro de la "Cheeba Crew" la década anterior.

Ray se aprovechó de las tensiones generadas por el incidente para renegociar el salario de Tony: eliminó la comisión por unidad e instituyó un salario fijo de $100 por turno, sin importar la cantidad de bóndoles vendidos. El nuevo sistema era sumamente lucrativo para Ray, ya que Tony manejaba las noches de miércoles a sábado, cuando las ventas acostumbraban dispararse. Para entonces, la relación entre Tony y Primo se había vuelto demasiado conflictiva como para que ambos coordinaran sus esfuerzos y le exigieran a Ray un mayor porcentaje de las ganancias. Era un ejemplo clásico de la estrategia del divide y reinarás: ninguno de los dos empleados conocía el arreglo salarial negociado entre su jefe y su adversario.

LA CAMARILLA Y LA SEGURIDAD DE LA CASA DE CRACK

Para el clan de amigos parasitarios y aspirantes a empleados que se reunían frente al Salón de Juegos casi todas las noches, no era obvio que Primo fuera el subordinado de Ray. Ante todos los que lo rodeaban Primo parecía estar bajo control cuando se hallaba cumpliendo sus tareas. Era sumamente generoso y solía invitar a sus amigos a rondas de cerveza, licor y ocasionalmente una línea de cocaína. Al principio, supuse que Primo cultivaba este grupo de seguidores para satisfacer un ansia psicológica de poder y de dominación, especialmente en relación con las adolescentes que solían disputarse su atención sexual.

Me tomó varios meses percatarme de que las personas que se congregaban frente al Salón de Juegos –reclinadas en el capó de los autos, acuclilladas en las escaleras de los edificios vecinos y zapateando al ritmo de la omnipresente música de salsa o *rap* que emitía la radio de alguna de ellas– cumplían múltiples funciones para la casa de *crack*. En primer lugar, le proporcionaban a Primo información fundamental sobre las estrategias de negocios de la competencia y sobre los cambios en los gustos y las estructuras del mercado en la economía clandestina. Además, siempre y cuando no fueran demasiado revoltosos, servían para camuflar el vaivén de los adictos demacrados, lo que contribuía a que el Salón de Juegos pareciera un centro juvenil en vez de un eje de negocios. La presencia de Abraham, el abuelo adoptivo de Primo encargado de retirar las monedas de los videojuegos, añadía un toque sutil de "normali-

dad". Cada vez que una persona con aspecto de detective encubierto ingresaba al local, este anciano de setenta y dos años de edad irremediablemente alcohólico fingía estar senil. El parche negro improvisado que cubría su ojo izquierdo, acribillado a principios de los años ochenta por un asaltante que lo atacó camino a su casa desde su trabajo en la cafetería del Hospital Lenox Hill,[7] reforzaba el aire de gentileza y de desamparo que proyectaba.

La función más importante de la camarilla del Salón de Juegos era complementar el trabajo del vigilante, protegiendo el negocio contra actos de violencia y agresión excesivas. Para Primo, la mejor y más económica defensa contra los asaltos era una red de seguidores que lo respetara y le tuviera aprecio. Con el tiempo, el clan se transformó en un ejército eficaz de detectives que investigaban cualquier indicio de juego sucio, le advertían a Primo de posibles asaltantes que rondaban los alrededores y lo resguardaban y le servían como testigos en caso de atraco. En efecto, los asaltos representaban la mayor amenaza para Primo, que tensaba el cuerpo cada vez que dos personas entraban al Salón con paso acelerado y sospechaba que los nuevos miembros de su camarilla fueran posibles espías de la competencia que ayudaban a planear una emboscada.

El temor de Primo tenía fundamentos sólidos. Durante los cinco años y medio en que documenté las operaciones del Salón, un grupo de enmascarados asaltó el local en dos ocasiones. Primo me confesó que durante el primer atraco, con la escopeta de uno de los asaltantes en la sien, se orinó en los pantalones mientras les mentía que no tenía efectivo en el local. Sin embargo, cuando le informó a Ray del asalto, exageró el monto del dinero y de las drogas sustraídos y se hizo con la diferencia.

A Primo le pareció un insulto mi interpretación funcionalista de su generosidad hacia sus seguidores. Sin embargo, sus propias explicaciones subrayaban la sensación mortificante de peligro que debía soportar todas las noches. Primo me hizo entender que la camarilla del Salón de Juegos le brindaba no sólo protección física, sino también un ambiente social estabilizador con el cual contrarrestar la ansiedad que amenaza a cada instante la cordura de los vendedores solitarios. El grupo de seguidores lo relajaba y lo distraía de la peligrosa realidad de su trabajo.

> *Primo*: Yo no necesito a nadie pa que me proteja, Felipe. Naa. Yo brego solo con mi propia seguridad. A esta gente yo solamente le pido que me acompañe, tú sabes.
> No hace falta que esté aquí este tipo, O.D. [señala a Willie, el vigilante de turno]. Puede ser cualquier pelsona que me quiera acompañar, incluso Jackie [su novia en ese momento]. ¿Ves?
> Lo único que yo quiero es que haya alguien que me hable y me haga compañía. Incluso puede ser María [su anterior novia, de la que se separó por un tiempo]. Pero Ray se enfogonaría si ve a María por aquí porque no la conoce. Ella no es de la cuadra.
> ¿Tú me entiendes? Yo sólo quiero que alguien me acompañe... sólo por la compañía. Es difícil estar solo en esta pocilga, tú sabes.
> Porque si uno está solo, uno siente... uno se la pasa más inquieto. Uno se aburre y a mí me gusta estar más tranquilo.
> Y si pasa cualquier cosa, uno siempre necesita que haya un testigo o que alguien esté allí con uno, tú sabes.

Irónicamente, me tomó varios años percibir que la amistad que Primo mantenía conmigo surgía de la misma lógica inconsciente que lo motivaba a cultivar un grupo de seguidores. Desde la perspectiva de los asaltantes de una casa de *crack*, la presencia nocturna de una cara blanca puede ser más desconcertante que la corpulencia de Willie, la reputación violenta de César o cualquiera de las adolescentes que intentaban seducir a Primo. Simple y sencillamente, los llamados "artistas del asalto" no se arriesgan a atacar a una persona que parezca policía encubierto. Hay demasiadas víctimas fáciles en los alrededores.

Otro papel fundamental que desempeñaba el clan de Primo era la detección de agentes antidrogas. Los vendedores de *crack* deben tener lazos orgánicos con el ambiente de la calle para distinguir al adicto auténtico del impostor. Los mejores vendedores y vigilantes son los que han pasado toda su vida en la calle y conocen a todas las personas del vecindario. En los casos en que Primo desconocía o sospechaba de algún cliente, consultaba con su vigilante o un amigo antes de entregarle la mercancía. La confusión más común se daba con clientes recién salidos de la cárcel, en gran parte porque el *crack* todavía no les había arruinado el cuerpo.

> *Primo*: Ey, César, ¿tú conoces a esos dos morenos? No tengo idea de quiénes son. Puede que sean guardias.
> *César*: Sí, pero no te preocupes. Estaban bien vestidos y se veían bien, pero yo conozco a ese negrote de Alabama. Es chévere. Yo sé quién es. Él ha venido antes; lo que pasa es que no lo reconoces.
> Debe haber salido de la cárcel hace poco, porque se ve bien limpiecito. Estaba sano, como del tamaño de Buster Douglas.

En los cinco años en que interactué diariamente con Primo, debe haber realizado decenas de miles de ventas y más de un millón de dólares han de haber pasado por sus dedos. A pesar de esta intensa actividad, solamente lo arrestaron en dos ocasiones y únicamente dos de los otros vendedores del Salón de Juegos cayeron presos en algún momento. La policía nunca detuvo a ninguno de los vendedores de Ray que trabajaban en sus otros expendios, ni siquiera a

los del Club Social en la esquina de La Farmacia, que manejaban un volumen inmenso. Lo irónico es que el Club Social sufrió múltiples allanamientos en estos años debido a que también operaba como salón de billar y cantina clandestina. La multitud de habitués solía confundir a los policías, que nunca sabían a quién arrestar. Era imposible incautar el lote, pues el dueño original lo había perdido décadas atrás por evasión fiscal y el nuevo dueño era la Municipalidad de Nueva York. Por lo tanto, en dos ocasiones la policía redujo a astillas las mesas de billar, arrancó las instalaciones eléctricas y clausuró la entrada, tabicándola con tablas. En una de estas redadas, Candy recibió una multa por servirle bebidas alcohólicas a un agente secreto sin disponer de la licencia correspondiente, pero la policía nunca logró sorprender al gerente del local en el acto de vender drogas. De hecho, la mayor amenaza para el Club Social eran los bomberos, que clausuraron el negocio varias veces por violaciones al código contra incendios después de que una deflagración en un club social del sur del Bronx matara a ochenta y cuatro personas y recibiera amplia cobertura en los medios de comunicación.[8]

La invulnerabilidad de la red de narcotráfico de Ray ante la policía se debía en gran parte al desmoronamiento del sector público en el vecindario. Las fuerzas policiales de la *inner city* son tan incompetentes y están tan desmoralizadas que no es necesario que sean corruptas, aunque a menudo lo son, para que el narcotráfico florezca en sus distritos.[9] La actitud de los policías honestos hacia la comunidad es demasiado hostil como para poder desarrollar las redes de confianza necesarias para seguirles el rastro a los puntos de venta locales. Aún después de cinco años y medio de pasear una de las pocas caras blancas que había en el vecindario por las noches, la policía nunca llegó a reconocerme, ni siquiera cuando empecé a asistir a las reuniones antidrogas convocadas por la policía como parte de su plan de acercamiento a la comunidad.[10]

Ray y sus empleados tomaban ciertas precauciones básicas para minimizar el riesgo de captura. Nunca realizaban ventas fuera del local, y por lo general les pedían a los clientes que se situaran detrás de una máquina de Pac-Man estratégicamente ubicada para intercambiar el dinero por la mercancía por si había policías con binoculares en un edificio cercano. La medida más importante era la de no tener nunca más de un bóndol (veinticinco ampollas) a la vista. Según la noche y la temporada, mantenían bóndoles en otros escondites, como el tomacorriente instalado en el techo, el panel de linóleo en la pared trasera o las entrañas de uno de los videojuegos. De acuerdo con la oferta y la demanda, llegaban mensajeros a entregar bóndoles adicionales y a recoger el efectivo.

Todo vendedor debe desarrollar la destreza indispensable de determinar el momento adecuado para esconder la mercancía en caso de allanamiento. Esta

habilidad fue la que salvó a Primo de una condena de cuatro años de prisión la última vez que lo arrestaron. En el tiempo que tardó la policía para derribar la puerta del Salón de Juegos con un mazo portátil, Primo echó trece ampollas del bóndol que vendía en la parte trasera de una máquina de *Mario Brothers*, y los oficiales no encontraron drogas al allanar el local. Por otra parte, si un vendedor se deja llevar por la paranoia y se agita cada vez que escucha una sirena o un motor que acelera, las operaciones del negocio pueden perder la fluidez necesaria. Los traficantes deben equilibrar la alerta precavida con la calma. En el caso de Primo, el reparto estratégico de alcohol y cocaína a su grupo de amigos lo ayudaba a mantener este equilibrio delicado de tranquilidad atenta.

Primo, César y otros traficantes me contaron un sinnúmero de historias sobre sus encontronazos con la policía. Todos habían desarrollado complejas estrategias para minimizar los riesgos.

> *César*: [bebe de una lata de licor de malta de 16 onzas] A mí nunca me van a coger con un paquete de drogas encima. Yo lo boto o lo escondo rápido. Mi expediente está limpiecito. Ni siquiera me cobrarían fianza. El juez pensaría que yo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.
> Yo no le vendo a personas que no conozco. Nunca. Este panita cometió ese error sólo dos veces aquí en el Salón de Juegos, pero eso fue al principio, cuando esta cosa estaba caliente.
> *Primo*: [también bebe de una lata de licor de malta] Sí, y sólo me cogieron una vez en un compra y arresto.* Otras veces viene la jara a tratar de comprar pero yo me doy cuenta y me quedo tranquilo.
> Te cuento lo que pasó hace unos años, cuando mi abuelo Abraham todavía jangueaba con nosotros. Un día yo estaba leyendo en el periódico la noticia del tipo ése, Larry Davis, que mató a unos policías. Yo estaba sentado aquí leyendo, tú sabes.
> *César*: Mi primo está con Larry Davis en la cárcel de Luisiana. Le metieron cargos federales bien jevi, pana.
> *Primo*: Cierra la boca, César, déjame terminar.
> Enonces yo le estaba leyendo a Abraham lo de Larry Davis, porque él no sabía leer inglés, cuando de pronto entra un pana con chaqueta militar. Pero era blanco.
> Yo no sé por qué mandaron a ese tipo, porque de viaje se veía que era policía. Yo me hice como que no lo vi cuando entró, sino que se-

* Estrategia de los policías que se hacen pasar por compradores de droga. [N. del T.]

guí leyendo [mira fijamente un diario imaginario]. Entonces él me pasó delante, se fue pa la parte de atrás del Salón y le pidió algo a Abraham. Pero Abraham se dio cuenta enseguida y sólo le dijo: "¿Quéceeee?" [imita a un anciano senil con una baba en la mejilla]. Y yo estaba aquí alante leyendo el periódico [cruza las piernas contorsionadamente, sentado en un cajón de leche] y había niños jugando. Todo estaba tranquilo, tú sabes.
Entonces él viene y me pregunta: "¿Todavía venden piedra aquí?" y yo le digo: "No sé" y sigo leyendo el periódico.
Yo sabía que era él guardia porque yo ya lo había visto por el día con el uniforme puesto.

A Primo lo arrestaron y lo sentenciaron solamente una vez. Él aseguraba que todo había sido un descuido.

Primo: A mí me arrestaron cuando O.D. bregaba pa mí. ¡Estuvo bien cabrón, pana! Yo estaba afuera cortándome el pelo con un espejo. Era temprano, como las cuatro. En ese tiempo abríamos temprano, como a la una o dos de la tarde porque Félix me decía: "¡Tienes que estar ahí, chico!". Yo odiaba que me dijera eso.
Entonces Abraham me llamó, porque yo estaba hablando con O.D. en lo que me recortaba y no vi cuando el tipo entró por la puerta. Entonces yo entré al Salón y él se puso a hacer como que estaba jugando Pac-Man. Yo ni siquiera me fijé en él; él andaba con una cadena de oro, pantalones cortos, ese tipo de cosa, tú sabes.
Así que yo saqué el material del escondite, una caja delgadita [señala donde guarda los paquetes] y él me dijo que quería cinco. Y no fue hasta que yo le di las ampollas que le vi la cara y pensé: "¡Mielda! ¿Pero quién es este canto de maricón?". Se veía tan limpio y goldito que yo me quedé así [alza las manos, perplejo].
Entonces yo le digo: "¿Cómo lo fumas? ¿En una pipa o haces *woolas* [mezcla de *crack* con marihuana]?". Él me pregunta: "¿Tienes eso también?", y yo le digo: "No, sólo por curiosidad". Y se fue.
Cuando él se fue yo le dije a O.D.: "Mira, dame un momento que voy esconder la mierda ésta". Porque yo sospechaba de ese tipo. Pero O.D. se vino detrás de mí. Me estaba contando tanta cosa de sus problemas que me distrajo [toma un trago].
Y cuando me di vuelta pa guardar el material [simula los gestos], allí mismo el tipo me empujó [se me viene encima, me tira contra un videojuego y me aplica una llave alrededor del cuello]. Pensé que era Eddie jodiendo conmigo, así que yo seguí guardando el *crack*, pero

cuando terminé me di vuelta y el tipo estaba listo pa volarme los sesos [me pone una pistola imaginaria en la cabeza]. Estaban tomando precauciones. Hicieron todo rapidísimo, pana [toma un trago]. El que había entrado antes sacó el paquete de la máquina y dijo: "Esto es lo que buscamos" [saca un puño de ampollas y hace una risa cruel].
Me jodieron por cinco ampollas y me dieron de dos a cuatro años de libertad condicional [mueve la cabeza entristecido, toma un trago y me pasa la botella].

Un año después, mientras el sistema penal del estado de Nueva York iba camino a una catástrofe de hacinamiento –provocada por el incremento abrupto de arrestos y el endurecimiento de las sentencias en los casos de narcotráfico–, un juez desbordado redujo un año la condena de Primo para descongestionar su agenda, sobrecargada con casos pendientes. Primo había vuelto a caer preso por faltar a una cita con el supervisor de libertad condicional, infracción que en circunstancias normales le hubiera costado el encarcelamiento.

Varios meses más tarde, Primo fue arrestado nuevamente por venderle diez dólares de *crack* a un policía encubierto. El desastre de la estrategia antidrogas de Nueva York volvió a salvarlo de tener que cumplir una condena de cuatro a seis años de cárcel.[11] En su prisa desorganizada por aumentar el número de detenciones y de esa manera mejorar sus estadísticas, los oficiales del Equipo Táctico Antinarcóticos encargados de la operación de "compra y arresto" en el Salón de Juegos confundieron a Primo con César. El jurado no tuvo más opción que absolver a Primo cuando César insinuó, bajo juramento pero protegido por la Quinta Enmienda, que había sido él, no Primo, quien le había entregado la droga al oficial, descarrilando el caso de la fiscalía. Ray y varios de los habitués del Salón de Juegos tuvieron el placer de observar al juez regañar al fiscal por hacerle perder tiempo con argumentos pobres y pruebas incompletas. Primo quedó completamente exonerado y el Salón de Juegos operó un año más sin sufrir allanamientos.

4. La "brega legal": humillación y oposición en el trabajo

Yo quisiera trabajar legal.
Primo

Todos los miembros de la red de Ray, incluso él, poseen amplia experiencia en trabajos honrados. Casi todos ingresaron al mercado laboral legal a edades excepcionalmente tempranas. A los doce años ya empacaban bolsas en supermercados, almacenaban cajas de cerveza en bodegas locales o trabajaban como mensajeros. Sin embargo, al alcanzar los veintiún años de edad, ninguno de ellos había cumplido el sueño de encontrar un empleo estable bien remunerado.

El problema es estructural. Como señalé en el capítulo 2, desde los años cincuenta hasta finales de los ochenta, los puertorriqueños asentados en zonas urbanas estaban atrapados en el rincón más vulnerable de la economía estadounidense, que empezaba a abandonar la industria y a orientarse a los servicios. Entre 1950 y 1990, el porcentaje de trabajos industriales en Nueva York decreció dos tercios mientras que el del sector de servicios se duplicó. El Departamento de Planeamiento Urbano calcula que entre los años sesenta y principios de los noventa, más de 800 000 plazas industriales desaparecieron, al tiempo que el total de empleos en todas las categorías permanecía estable en alrededor de 3,5 millones.[1]

Sociólogos y economistas han mostrado que esta reestructuración de la economía estadounidense ha derivado en mayor desempleo, menores ingresos, el debilitamiento de los sindicatos y un dramático empobrecimiento de las condiciones laborales en los empleos básicos. Sin embargo, pocos estudiosos han tomado nota de los trastornos culturales que ha provocado esta transformación. Con la insólita expansión del sector de finanzas, seguros y bienes raíces (FIRE, por sus siglas en inglés) en Nueva York, los trabajos de oficina del distrito financiero se han convertido en la opción predilecta para los jóvenes ambiciosos de la *inner city* que aspiran a mejorar su situación socioeconómica. Una vez allí, empleados como fotocopiadores, mensajeros o carteros, es común que sostengan un penoso enfrentamiento con el mundo de la clase media alta. Las normas culturales dominantes en los rascacielos neoyorquinos chocan frontalmente con las definiciones de dignidad personal que defiende la cultura callejera, especialmente los varones, cuyo proceso de socialización suele condicionarlos para rechazar toda manifestación pública de subordinación.

DESACATO, DESIDIA Y AUTODESTRUCCIÓN

Contrariamente a mis expectativas, los vendedores de drogas con los que interactué no se habían retirado por completo de la economía legal. Más bien, como mostré en el capítulo 3 al examinar la experiencia laboral de Willie y Benzie, que abandonaron sus empleos para convertirse en vendedores y consumidores de *crack*, casi todos ellos penden precariamente de las orillas de la economía legal. La pobreza es la única certeza que poseen conforme alternan entre la venta de *crack* al por menor y una larga sucesión de empleos legales de salario mínimo. Los puestos que logran conseguir son invariablemente los menos apetecidos. En los años en que los conocí, los empleados del Salón de Juegos trabajaron como extractores de asbestos, repartidores de volantes, cuidadores de casas, cocineros freidores y vigilantes nocturnos en el servicio de alta seguridad del hospital municipal para psicóticos delincuentes.

La mayor parte de estos intentos de ingresar al mercado laboral legal acabó en el despido, pero ellos concebían el retorno al narcotráfico como un acto de resistencia voluntaria y un triunfo del libre albedrío. Un llano rechazo de la explotación los impulsa a regresar a la economía del *crack* y al consumo empedernido de drogas. Al mismo tiempo, recurrir a la venta de *crack* no es de ningún modo una decisión tan triunfal y deliberada como ellos pretenden. Primo es un buen ejemplo de un traficante que solía expresar frustración por su incapacidad para conservar un empleo legal estable. La primera vez que me manifestó tal parecer fue poco tiempo después de recibir la primera condena de su vida por vender *crack*, cuando el supervisor del régimen de libertad condicional lo obligó a acudir a una agencia de colocación laboral. Detrás de la ira que sentía por las pésimas condiciones de trabajo que le ofrecieron, Primo albergaba un profundo temor de que la ineptitud y la desidia fueran sus mayores problemas.

> *Primo*: [tritura cocaína con un billete de un dólar en el cuarto trasero del Salón de Juegos] La mujer que me asignaron como supervisora es una imbécil. Quiere que yo trabaje como guarda de seguridad. Y yo no quiero ser ningún gualdián. Yo no quiero lidiar con locos que se quieran meter a robar. Yo dejo que se metan y se roben lo que quieran. ¡Te lo juro! Lo único que te dan es un bastón y sólo te pagan una vez por semana. Por mí que se roben cualquier cosa.
>
> Esa jodía asesora me dice [imita un quejido burocrático]: "Mientras mejores sean tus calificaciones, mejor va a ser tu trabajo". Pues que se joda porque yo voy a seguir buscando por mi propia cuenta.

> Ayer tuve una cita en una compañía que ella quería que yo visitara, una empresa que limpia las sábanas de los hoteles y ese tipo de cosas, servicios de habitación. Así que fui, nada más pa echar un vistazo, pero me di cuenta que los que bregan allí son un chorro de mexicanos. Y yo no soy un jodío mexicano.
>
> El primo mío tiene un trabajo; él ha estado allí como tres años ya. La semana pasada me dijo: "Primo, vente conmigo y le hablamos al *boss*". Pero no pude ir a hablar na porque me dormí. Puse el reloj y todo pero no escuché la alarma [inhala cocaína].
>
> *Philippe*: ¿Por qué no consigues un trabajo cualquiera sólo por ahora, como el que tiene tu hermana en McDonald's?
>
> *Primo*: ¿Tú sabes por qué yo no me ajoro por encontrar trabajo? Mira, yo tengo veintiséis años. Si yo me apresuro y en vez de encontrar trabajo con un sindicato me embalo a bregar en McDonald's, eso sólo muestra que yo me abalancé sobre un McDonald's pa guardar las apariencias.
>
> ¡Un pana de veintiséis años en McDonald's! Tú no ves tipos de mi edad cuando vas a McDonald's.
>
> Cuando uno ve a alguien mayor es porque esa persona no tiene educación, no tiene escuela superior, nada de nada. No sabe hablar inglés. O sea, mi inglés es malo, pero yo hablo mejor que los que trabajan en Burger King.
>
> *Philippe*: Pana, lo único que tú haces es inventar excusas.
>
> *César*: [interrumpe, casi enojado conmigo] ¿Tú sabes cómo llamo yo a los trabajos de Burger King o McDonald's? Yo los llamo esclavitud.
>
> Y yo sé lo que te estoy diciendo porque yo he trabajado allí. En McDonald's te explotan y te pagan pésimo. Puedes trabajar tiempo completo, una semana, cinco días por semana, y te vas pa tu casa con ciento treinta o ciento cuarenta pesos más nada.
>
> ¿Y tú sabes cuál es la jodienda? Que no sólo te explotan y te pagan pésimo, sino que tú tienes que... Quiero decir, ¡cuando te digo que te explotan y te pagan pésimo! Tienes que freír las jodías hamburguesas, tienes que mapear; tienes que hacer tanto trabajo pa ganarte una paga de porquería.
>
> [Extiende la mano para tomar el billete con la cocaína y cambia el tono con una sonrisa burlona] A mí me da *pereza* buscar trabajo decente. Eso es todo. No me viene en gana pasar por todos los procesos. Yo no me voy a meter en un empleo de porquería pa después volverme loco enfogonado por la paga, por lo que me ponen a hacer hasta que aparezca algo mejor.

Piénsalo bien: si tú tienes un trabajo de porquería, ¿con qué tiempo vas a ir a buscar uno mejor? Bregas todo el día. ¿Vas a faltar al trabajo pa ir a una entrevista, pa que te digan que te llamarán más tarde? [Le hace una señal a Primo para que hunda la llave en el montón de cocaína] ¡Ey, Primo! ¡Aliméntame!

Y por eso tú pierdes el salario de un día y eso te acerca todavía más al infierno porque no tienes chavos pa compral perico [sonríe malévolo e inhala de la punta de la llave con cocaína que Primo le sostiene bajo la fosa nasal izquierda]. Y si yo no me puedo ennotar como a mí me gusta los fines de semana... [aspira de nuevo; fuertes risas mutuas].

Philippe: ¡Okey, okey! Te entiendo, C-Zone. Pero en serio, Primo, tú tienes un juicio en estos días.

Primo: [inhala] Tienes razón, yo estoy inventando excusas, pero el lunes voy a ir otra vez a la agencia pa darle seguimiento. Debe ser que ya me acostumbré a bregar en la calle porque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve un trabajo legal.

La semana pasada me mandaron a una sastrería pero no me gustó. Yo no quería ponerme a medir hombres. ¿Tú estás loco? No es pa mí eso de tocar hombres por todas partes.

Aun así pude haber durado más de dos semanas. Ésa no es la única excusa. El problema es que yo me seguía amaneciendo en el Salón de Juegos y me tenía que levantar por la mañana pa ir a trabajar.

César: [lo consuela] Naaa. Yo visité la tienda. Ése no es un lugar pa empezar una carrera.

Primo: [cabizbajo] Yo hice un chorro de estupideces. Escogí venirme de allá pa acá y sigo metido acá.

César: Sí, en estos días yo me siento perezoso; sencillamente quiero despertarme a la jodía hora que me venga en gana. Lavarme las bolas y salir a la calle empanzado por toda la comida que hay en mi casa, y janguear con el corillo, y escribir rimas [de *rap*] y relajar en el piso de arriba y ganarme mis chavos de porquería.

Ves, yo me mantengo fuera de problemas mientras vendo piedra porque me la paso relajando con Primo [le hace una indicación a Primo para que prepare más cocaína]. Lo que me jodió cuando yo tenía trabajo limpio es que yo fumaba pipa. Eso fue lo único que me jodió.

Porque, en serio, yo estoy feliz con mi vida. [Aspira] Nadie me fastidia. Recuperé el respeto.

Abuela me quiere mucho. Tengo una mujer. Tengo un hijo. Yo me siento completo. A la verdá no necesito más nada. Tengo chavos pa

arrebatarme [aspira de nuevo]. Todos los días yo bajo al primer piso y trabajo para Pops, y no me llevo nada de lo que me gano pa mi casa porque al día siguiente los chavos no me hacen falta. Así que voy y me pongo *high* pero mañana no me hacen falta chavos, porque vuelvo al Salón de Juegos, trabajo, me gano los chavos y eso me permite fumar pipa otra vez [le hace una señal a Primo, que hunde la llave otra vez en el montón de cocaína].

Philippe: [se ríe] ¿Por eso es que tienes los zapatos tan sucios?

Cesar: La única razón por la que yo no tengo zapatillas nuevas es porque tengo que tomar una decisión: o ahorro chavos pa comprarme unos chambones o me ennoto y me enfiesto. Y por ahora, sea como sea, yo me voy a arrebatal [vuelve a inhalar coca].

Los chavos que yo me gano en el Salón de Juegos son pa mi locura personal, pa alimentar mi propia drogadicción y autodestrucción. Yo y más nadie soy el que decido qué hacer con ellos. Nadie me puede decir qué hacer.

Son pa que yo me pueda lastimar por dentro, pa despeltarme todas las mañanas con el estómago torcido, hecho un nudo, enfermarme y vomitar y no poder comer ni respirar y tener churras, y andar cagando por toas partes, y estar jodido, y tener un ojo rojo y el otro blanco, y el pelo apestoso, y odiar a mi mujer y odiar a todo el mundo por la mañana. Eso es lo que me pasa a mí la mañana siguiente [vuelve a inhalar].

Pero después me tranquilizo y vomito y cuando vuelvo al Salón de Juegos ya me siento bien. Aquí la pasamos bien y rompemos cosas [señala el sitio donde estaba el televisor; le abre la puerta a un cliente del Salón que toca a la puerta]. Fastidiamos a los clientes, insultamos a los clientes. Insultamos a los clientes en español frente a sus narices, les jodemos el cerebro, les vendemos drogas de polquería pa ganarnos nuestros chavos [acepta diez dólares y entrega dos ampollas de *crack*] y entonces podemos ir a comprar drogas de porquería [señala el billete doblado con cocaína sobre la rodilla de Primo] y despedazarnos a nosotros mismos y hablar una inmensa cantidad de pendejadas [señala mi grabador].

Philippe: ¿Y qué pasa con los chavos que te podrías ganar regularmente si tuvieras un trabajo limpio?

César: La mujer mía está pendiente de mí y me da comida, porque a ella le dan *welfare* y cupones pa alimentos. En unos meses a mí otra vez me empiezan a dar trescientos pesos mensuales del seguro social y eso va a ser suficiente pa todo lo que yo necesito.

Yo me metí en un lío porque el gobierno se dio cuenta que yo tuve un trabajo legal y me cobraron mil quinientos pesos de impuestos. Me van a sacar el jugo unos meses hasta que mi SSI* lo pague todo.

LOS PRIMEROS EN SER DESPEDIDOS, LOS ÚLTIMOS EN SER CONTRATADOS

Ninguno de los miembros del círculo de Ray se consideraba una víctima. El nicho que ocupaban en la economía clandestina les impedía reconocer que la sociedad dominante los juzgaba social y económicamente superfluos. Fui testigo de una de las mayores batallas de Primo contra el trágico reconocimiento de su profunda vulnerabilidad económica al seguir de cerca uno de sus intentos de reingresar al mercado laboral legal, esfuerzo que desafortunadamente coincidió con la recesión que afectó a la economía estadounidense entre 1989 y 1991. Al principio, Primo tenía plena confianza en que encontraría trabajo: "He tenido como diez trabajos en mi vida. Me salí de la escuela a los dieciséis y he trabajado siempre. Cualquiel morón puede encontrar trabajo por ahí". Incluso sentía una suerte de placer al tomar el metro por la mañana, maravillado ante lo "sanos y bien peinados" que lucían los pasajeros con empleos legales.

Primo sufrió una larga serie de rechazos categóricos. Pese a que los periódicos en esos días publicaban una avalancha de artículos eufemísticos acerca del "apaciguamiento del mercado laboral" y la "pausa temporal del crecimiento de la economía estadounidense", Primo culpó a su asesor de colocación de empleo.[2] Desafiante, "despidió" a su asesor:

> *Primo*: Pa mí que este canto de cabrón en el centro de trabajo, el asesor de empleo, estaba drogao. Siempre que yo me reunía con él tenía los ojos rojos. Perdió todos mis papeles. Lo asignaron a que me ayudara y no tenía ni la menor idea de quién yo era. Me mandó a un fracatán de lugares, y nada.
> El pana ése pasaba arrebatado. El día que perdió mis papeles se puso a buscar mi archivo por toda la oficina. Es un idiota, pana, porque ese archivo era bien grueso. Todos los exámenes que yo había hecho estaban allí.

* Supplemental Security Income: beneficio que otorga el gobierno a personas con bajos ingresos y recursos limitados. [N. del T.]

> Yo le dije: "Tal vez usted no es mi supervisor. ¿Por qué no le pregunta a otra persona?".
> Y él me dijo: "No, yo tengo su carpeta. No sé qué se hizo".
> Tenía una montaña de carpetas y yo con la esperanza de que buscara por allí y encontrara la mía, pero nunca apareció. Fue como si yo nunca hubiera existido.

Un mes después, tras otra serie de rechazos, la confianza de Primo cayó en picada y su consumo de drogas se intensificó. Vivía en carne propia la sensación de impotencia que las fuerzas impersonales de la oferta y la demanda les imponen a los obreros vulnerables en períodos de recesión:

> *Primo*: Supongo que se ha vuelto complicado conseguir trabajo. Antes era fácil, aunque pa mí que este centro TAP [Centro de Evaluación, Valoración y Colocación, por sus siglas en inglés] me manda a los sitios equivocados.
> Yo le dije a mi asesor: "¿Por qué usted no me manda a un sitio donde no haya mandado a nadie el día anterior, pa que me contraten? Porque cuando usted manda a una pila de personas, ya se sabe que no me van a contratar".
> Pero yo creo que mi asesor tiene un trato con los jefes pa que les mande el puñado de personas a la vez. Así ellos pueden escoger al mejor. Y eso me está malo, pana.
> Yo me le quejé: "¿Por qué usted no les dice: 'Solamente podemos mandar a una persona, porque no tenemos más. No tenemos muchos clientes'?".
> Pero, en cambio, el tipo me mandaba a mí y a todos los demás. Eso te jode las posibilidades. ¿Cómo es eso que uno tiene que reñir pa conseguir trabajo?
> Antes los TAP eran mejores. Siempre que me mandaban a una compañía, fuácata, me contrataban, porque no enviaban a un puñado de gente. ¡Te lo juro!

En 1990, la caída estrepitosa del número de empleos básicos en el mercado laboral legal tomó a Primo por sorpresa. La recesión no sólo le dificultó la búsqueda de empleo, sino que lo llevó a percatarse de las restricciones particulares de la nueva etapa de vida en que se encontraba: pronto sería demasiado viejo para competir por los trabajos que había desempeñado cuando era adolescente, época en la cual abandonó la escuela e ingresó con entusiasmo a la fuerza laboral legal. Ahora, a sus veintiséis años, su historial de trabajo legal tenía una larga interrupción difícil de justificar al solicitar empleo. Acabó inte-

riorizando la marginación estructural. Entró en pánico y cayó en espiral hacia la depresión mental.

> *Primo*: Me equivoqué, Felipe. Yo pensaba que era fácil conseguir trabajo.
> Escuché en las noticias que hay una depresión... una recesión económica, una vaina así. Y yo pensé para adentro: "¡Coño! Eso va a joder no sólo a los que bregan pal Estado, la municipalidad o el gobierno federal, eso también nos jode a gente como yo, gente que no tiene especialización, como yo. Esto va a estar bien cabrón".
> No poder encontrar trabajo me hace sentir como un mamao. Porque a veces la gente piensa que yo soy un manganzón porque me viene en gana.
> Pero uno se cansa de estar sin nada que hacer. A mí me gusta ser útil, sentir como que valgo algo. Estar sin trabajo me hace sentir mal, pana.

Quizá consciente de que las conexiones personales suelen ser útiles para obtener empleo, Primo empezó a invitar a Benzie, su único ex colega del Salón de Juegos que tenía un trabajo estable, a pasar más tiempo juntos. Dicho y hecho, Benzie comenzó a contarle a Primo sobre la posible desocupación de un puesto en la cocina del gimnasio del barrio rico al sur de East Harlem donde trabajaba. Un 23 de diciembre, Benzie invitó a Primo a la fiesta navideña del gimnasio con la esperanza de presentarle a la supervisora, pero Primo llegó tarde, horas después de que se marcharan los gerentes y administradores. Únicamente pudo conocer a algunos de los conserjes que se habían quedado terminando de beber el ponche. Más tarde esa misma noche, rodeado de cerveza, cocaína y heroína en la escalera del residencial público donde vivía con su madre, Benzie le reprochó a Primo el haber arruinado su mejor oportunidad de conseguir empleo. En el transcurso del diálogo, Primo descubrió los inconvenientes del puesto y con quiénes debía competir:

> *Benzie*: ¿Tú te acuerdas de El Gordo, el goldito ése que estaba en la fiesta? Bueno, ése es el que estoy tratando de que boten pa que tú cojas el puesto que él tiene.
> *Primo*: Pero ése lo único que hace es fregar los platos.
> *Benzie*: [un tanto inquieto] Yo sé... yo estoy con él atrás. Yo estoy a cargo de él y todo lo hace mal. Yo lo trato de corregir, pero él no se toma el trabajo en serio.
> Yo le digo a mi supervisora que yo conozco a una persona que de veras quiere trabajar. Pero es que ella es blandita con él, porque le tiene pena. Y yo le tengo pena también porque sé lo que él tiene.

> *Primo*: [suspicaz] ¿Cómo, "lo que tiene"?
> *Benzie*: [ignora la pregunta] Pues mira, Pops, lo que tú tienes que hacer es fregar platos, pero te pagan seis pesos la hora, y no hay ningún otro lugar que de entrada te pague seis pesos por fregar platos. Lo más que te dan son cuatro o cinco pesos.
> Y después de un año te dan una semana de vacaciones...
> *Primo*: [interrumpe] Contéstame. ¿Qué tiene El Gordo? ¿Por qué le tienen pena?
> *Benzie*: [avergonzado] Bueno, es lento, tú sabes, entonces trabaja un poco raro...
> *Primo*: [preocupado] ¿Qué quieres decir con que es lento?
> *Benzie*: Es decir, es lento de mente. Tiene una discapacidad. [A la defensiva] Mira, pana, yo sólo te estoy tratando de ayudar.

Quedaba claro que el colega de Benzie que sufría de retraso mental era más competente que Primo para el puesto de lavaplatos. Mientras tanto, en esos meses, la vida personal de Primo comenzaba a desmoronarse. Llevaba meses alojándose en el cuarto de su novia, María, que vivía en el departamento de su hermana en el caserío ubicado frente al Salón de Juegos. La hermana de María huyó a Connecticut con su marido y sus tres hijos después de que el socio narcotraficante de su marido apareciera muerto de un disparo en el automóvil familiar. Primo y María asumieron la responsabilidad del alquiler, pero fue en esta época cuando Ray disminuyó los turnos de Primo a dos noches por semana y, para colmo, las ventas no marchaban bien. María consiguió empleo en un restaurante de comida rápida, pero el salario no era suficiente para solventar las necesidades de ambos. Primo, carente de opciones, les tuvo que pedir limosna a su mamá y sus hermanas.

> *Primo*: María empezó a bregal en Wendy's esta semana, pero gana ochenta y pico, noventa y pico pesos semanales netos. El *welfare* que le dan es una porquería, no llega ni a cuarenta pesos por quincena. Son treinta y siete pesos y un par de centavos porque los cajeros le quitan un poco. Acho, es una porquería lo que le dan.
> Pero yo y María nunca pasamos hambre, porque si no tenemos nada que comer en casa de María, yo me voy pa la casa de mi mai, o donde mi otra hermana que vive aquí en la cuadra.
> A veces la mai mía me ayuda. Me da veinte pesos, tú sabes. De vez en cuando me da cupones, más o menos una vez al mes.

Pocas semanas después de esta conversación, el Instituto Neoyorquino de Vivienda desalojó a Primo y María por no pagar el alquiler. Debieron separarse,

y ambos regresaron a vivir con sus respectivas madres en dos complejos habitacionales del Instituto de Vivienda en El Barrio.

LA INTERIORIZACIÓN DEL DESEMPLEO

Durante los meses siguientes, la estrategia principal de Primo consistió en negarse a reconocer que el mercado laboral legal le había cerrado las puertas definitivamente. Acrecentó su consumo de alcohol y drogas y arremetió contra su novia, la única persona sobre la cual todavía ejercía poder. Cuando María perdió el empleo en Wendy's, Primo reaccionó con sermones cuya lógica subvertía los roles sexuales tradicionales respecto al trabajo asalariado, aunque a la vez insistía en mantener el monopolio del patriarca sobre la disciplina familiar.

> *Primo*: Yo tengo que abusar verbalmente de esa jeba porque no hace nada por sí misma: terminar la escuela o algo por el estilo. Siempre quiere quedarse en casa dándome besos y acurrucándose conmigo en vez de hacer algo productivo.
> Pero yo lo manejo bien. Yo me la paso diciéndole que busque trabajo. Ya la voy a hartar de tantos sermones que le doy.
> Yo creo que María debería trabajar en un McDonald's, pa que acumule la experiencia que va a necesitar en el futuro, tú sabes. Pero ella que no y que no. Yo la amenacé que si no consigue trabajo, yo me voy a dejar de ella.
> Yo le digo: "Vete pal *counseling*, llama por teléfono". Pero ella nunca llama y se olvida del asunto.

A largo plazo, el mecanismo de defensa de Primo consistió en refugiarse en las filas de quienes los economistas llaman –con un eufemismo– los "obreros desmotivados", individuos a quienes los datos oficiales ni siquiera clasifican como desempleados. A mediados de los años ochenta, un número cada vez mayor de sociólogos comentaba "la caída en picada" de la tasa de ocupación laboral entre los puertorriqueños residentes en Nueva York. Primo fue parte de este proceso. A pesar de que la tasa masculina de ocupación laboral se estabilizó para el censo de 1990, en ese año, entre todos los grupos étnicos estadounidenses, los puertorriqueños superaban únicamente a ciertos sectores de los nativos norteamericanos.[3]

> *Primo*: Me ha ido mal buscando trabajo. No me han cogido en ningún sitio. Ni siquiera como portero en Woolworth's, que paga cuatro pesos con cuarenta la hora. Cuatro pesos es una porquería y ése es un trabajo con un sindicato.
> Así que creo que yo no voy a conseguir trabajo por mucho tiempo, porque yo no pienso trabajar de gratis. Y, para ser honesto contigo, tampoco pienso trabajar por cinco pesos la hora. De por sí no me cogen en los trabajos que pagan eso, como quiera.
> Ya no tengo ganas de hablar de eso, Felipe.
> No tiene sentido que yo despeldicie tantos chavos en pasajes pa ir a todas esas entrevistas y que luego no me cojan. Fui a muchos lugares y ya me cansé, Felipe. Así fue como acabé de nuevo en el Salón de Juegos.

De hecho, Primo sí tenía ganas de hablar de ello, pero únicamente después de tomar suficiente alcohol e inhalar suficiente cocaína y heroína como para admitir sus más íntimas preocupaciones. Willie, su anterior vigilante, ahora recluta militar, había tenido franco durante este período difícil y al atardecer los tres acostumbrábamos ir al patio de una escuela cercana para discutir nuestros problemas personales. Nos agachábamos entre las trepadoras y los pasamanos, aislados de las ráfagas de viento y de las luces policiales para que Primo y Willie pudieran colocar sus paquetes de diez dólares de cocaína y heroína sobre dos gruesos troncos de madera diseñados para juegos de niños. Como amigo de Primo, me preocupaba el aumento en su consumo de alcohol y drogas y deseaba verlo enfrentar sus problemas. Irónicamente, en mis grabaciones de los depresivos diálogos entre Primo y Willie, que eran prácticamente confesiones al estilo del "fluir de la conciencia", se escuchan de fondo los gritos de los "joseadores" con los nombres de las marcas de heroína que estaban a la venta en el patio escolar: "Terminator", "Black Power", "DOA" (*Dead on Arrival*, Muerto al llegar), "Rambo", "Tóxico". Este patio de recreo era uno de los puntos de heroína más dinámicos de Manhattan y al mismo tiempo la sede central del Distrito Escolar de East Harlem.[4]

> *Primo*: Okey, okey, Felipe, entiendo lo que tú dices. Yo me la paso dándome palos y esnifeando perico.
> Tú dices que estoy deprimido. Pero cuando yo estoy bajo la influencia, lo que siento es que no hay nada que me importe un carajo. Tal vez hoy me vomite y me salgan las tripas, pero mañana será otro día. Mañana es el día siguiente. Voy a estar sobrio y voy a tener tiempo pa pensar [inhala heroína y me pasa un cuarto de Bacardi].
> *Willie*: ¿Tú sabes cuál es tu problema, Primo? [inhala]. Que tú no tienes esperanzas. Tú no tienes trabajo. Uno tiene que estar entusiasmado por algo pa tener esperanzas.

Primo: [continúa] Mañana, pana... mañana será otro día... [señala la cocaína y la heroína].
Philippe: Mañana vas a estar pegado.
Primo: ¿Tú sabes? Yo creo que estoy a punto de volverme alcohólico. Sí, yo tengo que dejar de beber, pana. Tengo que dejar el alcohol. Yo me estoy matando a mí mismo. No voy pa ningún sitio. Tienes razón. No voy pa ningún sitio.
Philippe: ¿Y qué piensa tu mamá de lo que está pasando? ¿Le molesta? [le paso el cuarto de Bacardi].
Primo: ¡Claro! [toma un sorbo]. Pero Felipe, esto me molesta a mí también. Sobre todo porque yo no voy pa más joven. Cada vez estoy más viejo y sería como: "¿Qué pasaría si no estuviera mi mamá?". Si mi mai no estuviera, mis hermanas no me tratarían como me tratan ahora. Y si ellas no me quisieran cuidar, pues entonces, tú sabes, yo sería un bon... un bon todo abochornao.
Si quisiera vivir aquí en Manhattan yo no tendría casa y tendría que vivir como un poldiosero. Y si no puedo encontrar trabajo, ¿cómo voy a conseguir los chavos pa pagar un apartamento donde vivir? Con lo caro que está ahora el alquiler. Tendría que vender drogas... o... o hacer algo pa poder sobrevivir.
Si no hago nada de eso, tendría que coger mantengo. Y a mí no me gusta pedir dinero, tú sabes. Yo no quiero pedirle nada a nadie. Yo me quiero ganar mis propios chavos.
Willie: [interrumpe] ¡Sí! Antes todo el mundo trabajaba y el mantengo era lo más bajo, lo peor de lo peor. Pero ahora es como el nuevo estilo. Ahora todo el mundo coge mantengo. Pero mi familia sí trabaja. Nosotros nunca hemos pedido mantengo.
Primo: Además, los del *welfare* me obligarían a hacer algo. Tendría que meterme en una escuela o llevar algún tipo de entrenamiento pa que me sigan dando el cheque.
¿Cómo voy a vivir solo, mantenerme y además ir a la escuela con la porquería de dinero que le dan a uno del *welfare*? Tendría que ponerme a joseal pa ganarme los chavos que uno necesita pa vivir.
Willie: No, Pops [inhala cocaína, luego bebe]. ¿Tú sabes cuál es el problema contigo? El problema contigo es el dinero rápido. Tú te acostumbraste... te acostumbraste a ser un mandulete y aun así tener donde vivir, donde comer, donde caer dormido por la noche.
Primo: Sí, yo me acostumbré a que me dieran de comer en casa... sin hacer nada por mejorar mi vida [inhala y bebe].
Philippe: ¿Y cómo te sientes por eso? ¿Qué tal si ayudas a tu mamá

con un poco de los chavos que te ganas en el Salón de Juegos? [tomo un trago].
Primo: Ése es el problema. La mai mía me da comida y hospedaje. Lo único que yo hago es aprovecharme de esas cosas [aspira cocaína]. Pero yo lo reconozco. Me hace pensar y me hace sentir mal y yo digo pa entre mí: "tal vez si yo no relajara tanto, como ahorita mismo, yo podría bregar con mis problemas".
Philippe: ¿Entonces por qué hoy te gastaste tu dinero en esto? [señalo la cocaína y la heroína y después la botella de Bacardi de la que bebo].
Primo: Y la mai mía se la pasa regañándome. No porque me coma la comida de ella, porque ella no quiere que yo pase hambre, pero es que a nadie le gusta que haya un agregao en la casa. "Tú no vas a la escuela. Tú no haces na. ¿Por qué no vas y buscas un trabajo? Tú ya no eres un nene". "¡Él es un hombre ya!" [Levanta los brazos para imitar el gesto de angustia de su madre en un diálogo imaginario con alguna persona amiga.]
Philippe: ¿Y eso, cómo te hace sentir?
Primo: Me hace sentir como que tiene razón y que tengo que enderezarme, y ganar dinero, y después no usar drogas, y trabajar.
A la verdad, pana, si yo trabajara, la mai mía hasta me plancharía la ropa. Yo andaría por ahí con la ropa toda aplanchada. Mi mai no se quejaría cuando María me visita, ni siquiera cuando se queda a dormir. En cambio, ahora mi mamá me mortifica: "para que aprendas".
Ella trabaja, mis hermanas trabajan, ¡todas trabajan! Llevan una vida tranquila, tú sabes. Ella quiere verme trabajando y haciendo algo bueno con mi vida.
Así es como me trata la mai mía. Ella se encabrona cuando se despierta en la mañana y yo sigo durmiendo. Y después cuando vuelve a la casa cansada del trabajo y me ve sentadote como un rey frente a la tele en una mecedora, como un jodío turista... [despliega el cuerpo como si estuviera tendido en una hamaca] ¡Se enfogona, pana! [toma un trago].
Y tiene razón. Tengo que hacer algo bueno con mi vida. Tengo que empezar ahora, aunque no tenga trabajo. Tengo que volver al mundo del trabajo... y buscar lo que yo quiero.
Hasta ahora, pa decirte la verdad, yo sólo he sido un manganzón jendido y desnudo.
Willie: Yo soy como tú, Primo [bebe]. Crecí contigo al mismo tiempo. La mai mía también ha trabajado siempre. Trabajaba duro, como una esclava. Era la asistente de una norsa. No ganaba mucho,

tú sabes, pero nunca tuvimos que pedir mantengo. Y yo me siento igual que tú.
¡Pero carajo, pana! Es difícil. Sí que es difícil. O sea, toda la mielda por la que yo he pasado [inhala heroína].
Primo: [inhala cocaína] Okey, es difícil, pero no imposible.
Willie: [extiende la mano para tomar la cocaína] Pero cuesta, Pops. Yo tuve que pasar por tantos dilemas.
Primo: Olvídate del pasado. Piensa en el hoy, y luego aborda tu futuro.
Es decir, si yo vivo mal, yo quiero que me ayuden a corregirme. Tú y yo estamos enfiestándonos ahora, ¿no? Pero mañana tú te vas a despertar. Aunque estés pegao, te vas a comer tu desayuno, o lo que sea, y te vas a recuperar. Porque tienes que hacer algo pa mejorar tu vida por ese día, y luego continúas con el mañana, si se tiene que continuar.
Willie: Pero Primo, Primo, estoy tan perdido en mi vida.

Esta noche acabó desastrosamente para Willie. De alguna manera logró que le prestáramos diez dólares y se lanzó en una juerga de *crack* hasta la mañana siguiente.

A lo largo de estos meses, en la etapa más grave de la recesión económica, yo empezaba a cimentar mi amistad con la madre de Primo. Sosteníamos conversaciones telefónicas con regularidad, y ella parecía desconsolada ante el hundimiento de su hijo en la depresión y el alcoholismo. La situación familiar se deterioró aún más cuando la entrada principal de agua del departamento se reventó, cosa que obligó a la madre y las hermanas de Primo a utilizar cubetas para traer agua de los departamentos vecinos. Esta molestia se extendió por dos semanas, pues los plomeros se presentaban a arreglar la tubería durante el día, cuando las mujeres estaban trabajando, y Primo, dormido, no escuchaba el timbre.

La madre de Primo: Llega a la casa a las siete de la mañana y se echa en el sofá como un perro borracho.
Le debería dar vergüenza que a los veintiséis años todavía esté viviendo con la mai. Debería buscar una mujer y mudarse con ella. Hace veintitrés años que yo eché a mi esposo de la casa y Primo es igualito a él. Todas las mañanas viene jendío de la calle.
Él siempre tuvo malas juntas. Ya me lo decían los maestros de la escuela, y él dejó de estudiar a los quince años por culpa de esas malas juntas que tenía.
A la verdad, él nunca se ha mantenido en un trabajo por mucho tiempo. El mes pasado duró quince días en un sitio [la sastrería]. Yo le daba dinero pal pasaje y comida pal almuerzo, pero él ni siquiera regresó a la tienda a recoger el cheque que le tenían que dar.
Yo no puedo dejar cervezas en la refrigeradora porque él las coge pa llevárselas a los amigos.
¿Y si de pronto yo cayera enfelma y no pudiera trabajar más? ¡Perderíamos el apartamento!

Por si fuera poco, Primo y su madre fueron víctimas de un timo por $2400 ideado por una escuela de formación técnica que se aprovechaba de las falsas esperanzas de los desempleados. Una carta de la escuela le hizo creer a su madre que se había ganado un cupón válido por un 50 por ciento de descuento para un curso de capacitación en mantenimiento que costaba $4800. Pagó la prima de inmediato y obligó a Primo a asistir a las clases. Rápidamente descubrirían que la oferta de mitad de precio dependía de que el cliente calificara para un préstamo federal que cubriera el monto reducido, y Primo, que no tenía ni la menor idea respecto a las responsabilidades que involucraba el préstamo, solicitó los $2400 y se inscribió en el curso con entusiasmo. Pronto empezaría a hacer alarde de los "ochentas y noventas" que obtenía en las pruebas semanales y a ilusionarse con la expectativa de encontrar trabajo estable como conserje. Añadía el clásico refrán rural puertorriqueño "si Dios quiere" cada vez que mencionaba la fecha de graduación del curso.

El sueño de Primo se estrelló estrepitosamente pocas semanas antes de su graduación, cuando la escuela se declaró en quiebra. Su madre perdió los $2400 y Primo quedó comprometido a saldar el préstamo que la escuela le había tramitado. Para rematar, en esos meses Primo peleaba su segundo juicio de año y medio de duración por la venta de dos ampollas de *crack* a un policía encubierto. Recuerdo el asombro que sentí el día que asistí al juicio y observé al abogado público regañar a un Primo manso y cabizbajo en la escalera frente al tribunal.

¿Qué clase de imbécil eres? ¡Lo único que tienes que hacer es conseguir trabajo! ¡Cualquier trabajo estúpido! Para mostrarle al juez que eres una buena persona. ¿No entiendes lo que yo te digo, carajo?

Desde luego, el problema era que, en plena recesión, Primo era incapaz de encontrar "cualquier trabajo estúpido". César, ahora su única fuente de empatía y comprensión, se solidarizó con él e intentó alentarlo con evocaciones del éxtasis de las drogas y de la explotación y manipulación que ambos habían experimentado en el mercado laboral legal.

La dimensión más convincente de esta celebración de la vida marginal era que redefinía el *crack* y el desempleo como fuentes de orgullo, aun si a largo

plazo ambas vocaciones eran autodestructivas. Un martes por la noche, luego de un ajetreado turno en el Salón de Juegos, acompañé a Primo y a César a comprar una bolsa de veinte dólares de Sapo Verde, una nueva y reconocida marca de cocaína que se vendía varias calles hacia el sur. Era su primera compra en este punto, por lo que César y yo decidimos esperar a la vuelta de la esquina mientras Primo hacía la transacción para no "petrolizar" a los vendedores.

Mientras Primo hacía la compra, entré en conversación con tres mexicanos indocumentados originarios de Piaxtla (una municipalidad rural en el estado de Puebla) que bebían cerveza en la entrada del *tenement* donde vivían, y miraban con desdén a los compradores de Sapo Verde que pasaban por delante. Uno de ellos había inmigrado dos años atrás y ganaba $500 semanales arreglando máquinas freidoras. Puse mi brazo alrededor de César y le pregunté al mexicano exitoso cómo explicaba que le fuera "tan bien" en tanto que mi amigo César, un estadounidense anglófono e inteligente, no hallaba un puesto que pagara $200 semanales. La respuesta fue llanamente racista:

> Bueno, te lo voy a explicar con una sola palabra: porque los puertorriqueños son estúpidos. ¡Estúpidos! ¿Me entiendes? Son estúpidos, porque mira a este güey [señala a César]: él sabe hablar inglés. Y mírale el cuerpo. Con ese cuerpo debería tener un trabajo al menos tan bueno como el mío. Y la razón por la que no lo tiene es porque es bruto. Eso es todo.
>
> Les gusta hacer dinero fácil. Les gusta andar como sanguijuelas, chupando todo lo que puedan a las demás personas. ¡Pero los mexicanos no somos así! ¡Para nada! Nos gusta trabajar para ganarnos el dinero que nos pagan. No somos ladrones. Vinimos aquí a trabajar y eso es todo.

Convencido de haber provocado un altercado, entré en pánico y me volteé para mirar a César. Éste, sin embargo, sencillamente esperó a que Primo regresara y luego contestó en inglés con una réplica que transformó la humillación del mexicano en una reivindicación de la cultura callejera.

> *César*: [en inglés] ¡Así es, panita! Los boricuas somos cucarachas, estamos viraos y vendemos drogas. No queremos formar parte de esta sociedad. "¡Combate al poder!", como dice la canción.[5]
>
> ¿Pa qué nos vamos a poner a trabajar? Nosotros vinimos a este país y nos aprovechamos de las libertades porque a los puertorriqueños no nos gusta trabajar. Somos cacheteros del sistema, nos engordamos y nos chichamos a toas las jebas.

> Okey, tal vez no todos los puertorriqueños sean así, porque todavía hay mucha gente de la vieja guardia que trabaja. Pero la nueva generación, ¡ni lo pienses!
>
> Nosotros no respetamos na. La nueva generación no le tiene respeto a la porquería de las instituciones públicas. Queremos ganar dinero fácil y eso es todo. Fácil, eh, fíjate. No nos gustan los trabajos duros. Ésa es la nueva generación.
>
> La vieja gualdia era pa cuando éramos nenes y bregábamos como esclavos. Yo tuve toda clase de trabajos estúpidos... ordené chatarra, lavé ropa, repartí el correo en agencias de publicidad.
>
> Pero ya no más, panín [pone el brazo alrededor de Primo]. Ahora es tiempo de la rebeldía. Preferimos no pagar impuestos, ganar chavos rápidos y fáciles y sobrevivir. Pero eso tampoco nos satisface, ¡ja!

SUEÑOS DE CAMBIO

Pese a la firmeza que mostraba en público, César tenía dudas respecto de su exclusión de la sociedad dominante. De vez en cuando compartía las fantasías de Primo de transformarse en un "pana normal, trabajador". Su tolerancia de la explotación, sin embargo, era mucho menor que la de Primo; era mucho más sensible al desprecio personal en el trabajo y era aún más incapaz que Primo de interactuar eficazmente con la cultura de oficina. De todos modos, él también se dejaba ilusionar con "bregar legal" cuando quiera que se le presentaban oportunidades en contextos no plenamente antagónicos a las normas de la cultura callejera. Por ejemplo, cuando Ray alquiló un almacén en su primer intento concertado de lavar las ganancias que recibía del *crack*, César se abalanzó sobre la posibilidad de asistirlo. Ray había contratado a Primo para que limpiara y renovara el local y este último subcontrató a César como ayudante. Era una oportunidad perfecta para atenuar la transición de estos "joseadores" al empleo legal estable: no sólo mantendrían el mismo jefe, sino que además permanecerían en el mismo sector de El Barrio. El almacén estaba ubicado a media cuadra de la casa de *crack* que Ray camuflaba como club social al costado del correo de Hell Gate. En otras palabras, lo único que Primo y César tendrían que hacer sería intercambiar el *crack* que solían suministrar a los vecinos por manteca, cigarrillos, papas fritas, cerveza, helados y sándwiches.

Por razones similares, a Ray también lo ilusionaba el intento de abrir un negocio "limpio". En la etapa inicial demostró ser un empresario astuto y logró

negociar un precio reducido por el alquiler del negocio delantero con el dueño anterior, quien debió huir del vecindario cuando los boliteros que usaban el local como banco lo prendieron fuego tras una disputa por el reparto de las ganancias. Las primeras tareas de Primo consistieron en matar las ratas, tirar a la basura la mercadería incendiada y anegada y, por último, repintar el local. César era singularmente eficaz a la hora de fulminar los gigantescos roedores que se habían reproducido exponencialmente en el almacén, como sólo ellos saben hacerlo en una tienda neoyorquina abandonada durante un mes y medio después de un incendio. Se deleitaba aniquilándolos con patadas, escobazos y ladrillazos certeros.

Independientemente de la mugre y de la cantidad y el tamaño de las ratas, dignas de un filme de Alfred Hitchcock, que infestaban su nuevo espacio de trabajo, Primo y César seguían entusiasmados por la posibilidad de "bregar limpio" bajo el auspicio de Ray. A lo largo de estos meses, solían visitarme a la salida del trabajo con la ropa hedionda y los zapatos empapados y apestosos, forrados con una capa de veneno para ratas y una costra de verduras y frutas podridas. Alrededor de varios *speedball* y botellas de cerveza, fantaseaban con la seguridad de que gozarían cuando trabajaran legalmente en el almacén de Ray.

> *César*: Yo todavía no le he dicho nada a Abuela. No le voy a decir a nadie hasta que llegue a casa con un sueldo semanal [choca el puño contra la palma de la mano y se agacha para inhalar de la llave con heroína que Primo acaba de preparar].
> No me quiero salar, pero yo creo que esto es lo único que me va a funcionar. Voy a dejar las drogas fuertes [inhala heroína una vez más y sonríe]. Bueno, excepto el perico y la manteca, tal vez.
> Y mi carrera aquí va a mejorar, porque mientras más chavos gane la tienda, más chavos voy a ganar yo, porque yo soy el encargado de los sánguches. Eso quiere decir que seguramente vaya a tener que trabajal dos turnos.
> Esto es bueno pa nosotros; esto es bueno pa Primo; ya estamos cerca. Hasta aquí llegó el relajo [señala la sala de mi casa con un movimiento circular del dedo].

Esa noche, Primo y César habían ingerido cápsulas moradas de mezcalina sintética. Si es cierto, como afirman los psicoterapeutas, que las drogas alucinógenas desatan las ansiedades, fantasías y obsesiones inconscientes de quienes las consumen, la perorata de César muestra lo profundamente ilusionado que estaba con la posibilidad de tener un empleo legal:

> Yo soy el jefe del departamento de los sánguches, de la limpieza y de los fuetazos a los clientes. Y jefe del departamento [agranda los ojos con malicia] de estafas y malversación.
> ¡Ajá, ajá! También soy el bichote, el que pone orden. Si yo atrapo a un ladrón, cuando venga la jara no lo van a tener que esposal. Van a tener que sacarlo en camilla, porque Primo y yo lo vamos a encamillar. [Toma mi grabador y habla directo al micrófono como si se le hubiera ocurrido una idea brillante] Vamos a convertirlo en un club de informantes, pa Felipe. ¡Un club!

César hizo a un lado el grabador y empezó a actuar como si fuera un cajero, gritando órdenes, imitando los sonidos de una caja registradora y repartiendo con fluidez emparedados imaginarios.

> *César*: ¡Ey, el de los sánguches! ¡Ten! ¡Toma el tuyo! ¡Ring! ¡Chin-chín! ¡Siguiente!
> [Se recuesta en el sofá de mi sala con los ojos dilatados] Uf, mira qué raro... Ven, Primo, mira esto [eleva las manos admirando los trances visuales de la mezcalina]. Olas azul marino. [Gira y señala hacia el techo en dirección contraria] ¡Éstas son moradas!
> [Abruptamente se voltea de nuevo y me mira a los ojos como si yo fuera un cliente] ¿Tienes chavos? [Alza los brazos como He-Man] ¡Yo trabajo! [alza las manos otra vez para apreciar los colores; luego vuelve a actuar como cajero y cliente]. Quiero celeste. ¡Sánguche! Ey, el de los sánguches, ¿cómo te va?
> [Se recuesta otra vez, sonriendo] ¡Mira pana! ¡Vamos a abrir un deli! [Se estira y abraza a Primo]

El sueño eufórico y legal de César nunca se materializó. Ray fue incapaz de negociar el complicado papeleo de inspección sanitaria y de derogación de impuestos morosos y no logró abrir el negocio conforme a la ley por un solo día. Inauguró el local y lo mantuvo abierto sin autorización oficial cerca de diez días, lo suficiente como para percatarse de que no había una cantidad adecuada de demanda para sus productos. La gota que derramó el vaso fue que el hombre encargado del inventario lo estafó y huyó a Puerto Rico. Ray, dándose por vencido, devolvió a Primo y a César a sus turnos de lunes y martes en el Salón de Juegos.

El contraste entre los reiterados fracasos de Ray en el establecimiento de una empresa legítima (el deli, el club y la lavandería automática) y su notable éxito como cabecilla de una compleja franquicia de casas de *crack* corrobora que existe una enorme divergencia entre el capital cultural necesario

para operar como empresario privado en la economía formal y el que requiere la economía clandestina. Como señalé en el capítulo anterior, la desenvoltura de Ray en la cultura callejera le permitía ser un jefe eficaz en el circuito del *crack*. Era hábil para disciplinar a los empleados y calibrar las necesidades de los clientes. Mantenía un equilibrio delicado entre uso de violencia, coacción y amistad, lo que le permitía ganar ingresos consistentes y le aseguraba el respeto en la calle. En cambio, en la economía convencional, estas mismas habilidades lo hacían parecer un jíbaro analfabeto y tosco a los ojos de los inspectores y demás agentes subalternos que adjudican los permisos, realizan inventarios y supervisan el otorgamiento de licencias en Nueva York.

De modo similar, cuando Primo intentó establecer su propia empresa y pegó volantes en las paradas de autobuses para anunciar sus "Servicios Mr. Fix-It [Arreglalotodo]" de reparación de electrodomésticos, también fracasó estrepitosamente, a pesar de las destrezas empresariales que demostraba poseer como gerente del Salón de Juegos. Los pocos clientes que lograban ponerse en contacto con él por medio del teléfono de su novia, María, se mostraban reacios a contratarlo al tomar nota de su dirección. Luego solían rechazar la oferta de Primo de prestar servicios a domicilio. Aquellos que no colgaban el teléfono sospechaban de su método precapitalista de fijar los precios. Primo, que ya se sentía inseguro de su intento de "bregar legal", vio cómo la empresa se convertía en un foro de humillación racista.

> *Primo*: Oyen mi voz y se detienen, tú sabes... Hay un silencio del otro lado de la línea.
> Todos me preguntan que de qué raza soy. Me dicen: ¿De dónde tú eres, con ese nombre? Porque escuchan el acento puertorriqueño. Y yo les digo que yo soy nuyorican. Me enfogona que me pregunten eso.
> Yo les digo que me paguen lo que les parezca bien después de reparar el aparato. Pero ni siquiera quieren que yo vaya a la casa de ellos. Eso no me da coraje, Felipe.

Las pocas veces que lograba encontrarse cara a cara con sus clientes, Primo enfrentaba más obstáculos estereotipados. Cuando hice gestiones en una fundación a la que estaba afiliado para que Primo reparara tres dictáfonos y una caja de televisión por cable, recibí un correo electrónico que me aconsejaba no volver a invitar a Primo a las instalaciones para que los usuarios "no vayan a pensar que estamos convirtiendo el edificio en un taller de reparación electrónica".

No todos los fracasos empresariales de Primo fueron impuestos por clientes desconfiados o racistas. Parte de su incapacidad para administrar un negocio legal y lucrativo surgía de sus propias definiciones jíbaras del decoro y de la obligación recíproca hacia amigos y parientes. Por ejemplo, cuando mi madre le pidió que revisara un equipo de sonido descompuesto, Primo, extrañamente, faltó a varias citas en el departamento de ella. Yo le insistí para que fuera y por fin una noche fue conmigo. Semanas después admitió que le había parecido inapropiado visitar sin compañía el hogar de una mujer desconocida. Finalmente, reparó el equipo y lo dejó en perfectas condiciones, pero no sabía cuánto cobrar porque la cliente era mi madre, quien además nos preparó la cena mientras él arreglaba el aparato.

EN BUSCA DEL SUEÑO DEL INMIGRANTE

La sociedad convencional dispone de un sinfín de estereotipos racistas para desestimar a Primo, César e incluso Ray por considerarlos perdedores patéticos o drogadictos holgazanes, enfermos y autodestructivos. Los ejemplos que he ofrecido hasta ahora, informados por la teoría de la producción cultural, hacen hincapié en el abismo que separa los diversos estilos de comunicación y la manera en que el poder se distribuye en torno a indicadores simbólicos específicos. Un análisis más atento de la economía política, por otra parte, nos invitaría a considerar de qué manera el fracaso de estos jóvenes es producto de las circunstancias en que se encuentran, que los conducen al sector más precario de la economía estadounidense casi desde su nacimiento. Quise poner a prueba este argumento solicitándoles a los personajes de este libro que me hablaran a fondo acerca de su primer trabajo "verdadero". Sus relatos me demostraron que, en la adolescencia temprana, todos compartieron la ilusión clásica de las poblaciones inmigrantes de clase trabajadora de encontrar puestos industriales arduos y masculinos para trabajar tenazmente por un sueldo fijo. Un escenario común surgió de las decenas de relatos que grabé: con el permiso de su madre, cada uno de estos jóvenes abandonó la escuela secundaria o incluso la escuela primaria para solicitar trabajo en fábricas locales. En un plazo de uno a dos años a partir de su contratación, las plantas en las que trabajaban fueron clausuradas, a medida que los empresarios comenzaban a marcharse en busca de mano de obra más barata. Entonces empezaron a migrar de un trabajo mal pago a otro, carentes de la educación y las aptitudes que les habrían permitido escapar del enclave industrial que atrapó por completo a su círculo de amigos y parientes.

Otra vez, los casos de Primo y César ilustran claramente estas dinámicas. La motivación y la energía de Primo para cumplir el sueño de su madre eran ta-

les, que abandonó la escuela media en la temprana adolescencia para buscar trabajo a través de las conexiones familiares.

> Faltaba a la escuela y me iba pa la fábrica a prensar vestidos o cualquier cosa que estuvieran haciendo con la plancha de vapor. Era ropa de baratija.
> Yo era un nene nada más y entre las planchas hacía un calor del demonio, pero qué mucho que me gustaba ese trabajo. Fue el mejor trabajo que yo tuve. Ojalá me hubiera durado, pero la compañía se fue de El Barrio.
> La primera pelsona que empezó a trabajar allí fue la hermana de mi mai, y después el hijo de ella, el hermano de Luis, el que está en la cárcel. A él lo contrataron primero porque la mai de él le dio permiso: "Si tú no quieres ir a la escuela, tienes que ponerte a trabajal". Él era un chamaquito... tenía como dieciséis o quince años, y yo era más nene todavía. Así que yo empecé a janguear con él. Sólo a jangueal, tú sabes, pero luego en la factoría, a veces él necesitaba ayuda con algún trabajo que lo tenía ajorado y pues, yo le ayudaba. Y el *boss* de él me daba algo al final de la semana. Yo no tenía planeado bregar en la factoría; se suponía que yo terminara la escuela; pero sencillamente sucedió.
> Yo quería ganar chavos y además detestaba la escuela. Yo prefería trabajar.

Como era de esperar, Primo trabajaba para un subcontratista textil, uno de los nichos más vulnerables del sector manufacturero.

> *Primo:* La jefa era latina; no sé si ella era la dueña. Ella era la encargada de toda la factoría.
> El esposo de ella era tecato, pero él estaba encargado de recoger los chavos de toa la planilla. Íbamos al centro a que nos pagaran; eran unos panas blancos los que tenían todo el dinero.

Primo y su primo hermano asumieron la paradójica tarea de mudar sus empleos lejos de la *inner city*. Con ello, se convirtieron en dos de los 445 900 trabajadores industriales neoyorquinos que perdieron sus puestos entre 1963 y 1983, años en que las plazas manufactureras disminuyeron a la mitad.[6] Naturalmente, en vez de considerarse víctima de la transformación estructural, Primo recuerda con placer y orgullo el ingreso adicional que recibió por limpiar la fábrica y trasladar las máquinas:

> *Primo:* Esos tipos nadaban en dinero, pana. Les ayudamos con la mudanza cuando se fueron de El Barrio.
> Nos tomó dos días, a mí y a mi primo. ¡Anda pal carajo! Qué mucho trabajo que tuvimos que hacer. Nos dieron setenta pesos a cada uno, y en ese tiempo eso era un montón de chavos. Además, en ese tiempo éramos unos nenes y no sabíamos na.

No fue casualidad que César interrumpiera este relato con un recuerdo propio casi idéntico. Al igual que Primo, César había conseguido su primer trabajo por medio de las conexiones familiares, pero en vez de la industria textil, acabó en la metalurgia, otro de los nichos menos apetecidos y más inestables del sector industrial de Nueva York.

> *César:* Yo también trabajé en una fábrica. Fue mi primer trabajo. El tío mío me consiguió el trabajo cuando dejé de ir a la escuela. Mi mai me dijo que si no me ponía a trabajar me iba a meter a la escuela otra vez.
> En ese tiempo el trabajo me gustaba, pero perdí mucho peso porque hacía un calor cabrón allí dentro. El jefe nos tenía que dar unas pastillas de sal y todo.
> Lo que hacíamos era chapar metales y pintar joyas de fantasía. Pero esa compañía también se fue de El Barrio.

El tío de César profesaba la misma ideología de clase trabajadora que la tía de Primo y contraponía la dignidad del trabajo duro a la aparente inutilidad de la educación. Estas miradas remiten más a una adolescencia de clase trabajadora que a una identidad lumpen. Carecen aún del nihilismo desesperanzado del veterano vendedor de *crack*. Las condiciones objetivas de las vidas de ambos jóvenes, sin embargo, les impidieron mantenerse estables en la fuerza laboral industrial. En el caso de César, los límites del trabajo de fábrica se hicieron evidentes en la experiencia postrera de su tío, el modelo a seguir entre los hombres jóvenes de la familia.

> *César:* Ése era el oficio de mi tío, recuperar y chapar metales. Él bregó en la misma factoría casi cuarenticinco años. En un solo trabajo por cuarenticinco años. ¿Tú te imaginas? Cuarenticinco años y apenas llegó a ser capataz.
> Un día se tropezó, cayó en el ácido y eso lo jodió. El ácido donde hunden el metal. Sí, yo estaba allí. Estuvo bien cabrón. Yo vi cuando él se resbaló.
> No pudo trabajar por más de ocho meses, pana. Se quemó el tejido de la piel. Yo lo vi todo colorao con los músculos expuestos. Bien jevi.

Ni siquiera pudo demandar a los dueños de la factoría. Fue culpa de su propia negligencia, porque él fue el que se resbaló. Figúrate, trabajaba en una cadena de ensamblaje y le tocaba limpiar los tanques, unos tanques grandísimos donde echaban los cantos de metal. Pero que un día iba caminando encima de los tanques y se resbaló. Cuando cayó en el estanque, él se salió bien rápido, en cuestión de segundos, pero la ropa se le deshizo todita, SSSS, SSSS. Se achicharró, pana. Gritaba como desquiciado.
Después de eso él peldió mucho peso. Se puso BIEN FLACO. Antes de eso él era puro músculo.

Es significativo que la vida laboral del tío de César haya tenido como desenlace la esterilidad y la impotencia sexual, temas que los personajes de este libro solían evocar al discutir su débil posición en el mercado laboral legal.

César: Ése es mi tío Joe. Todavía está to jodío. Tiene las piernas como... como si hubiera sobrevivido un incendio, con la piel toda quemada.
Él ya no puede tener nenes, pana. Sólo perros. Porque se quemó el miembro y eso, tú sabes.
Ahora vive en Cincinnati, porque la compañía ésa se fue de Nueva York y el jefe le consiguió otro puesto como capataz en una factoría que hace accesorios para baños.
[Reacciona alerta al ver a una patrulla desacelerar frente al Salón de Juegos y le hace un gesto a Primo para que esconda el bolso con las ampollas de *crack*] ¡Oe oe oe oe! ¡Quieto quieto quieto!

En retrospectiva, la decisión de César de abandonar la escuela con el permiso de su madre para encontrar empleo en un nicho sin salida del sector manufacturero parece un acto trágico y autodestructivo. Sin embargo, en el momento en que tomaba estas decisiones, César se sentía como un rey en su universo de clase trabajadora conformado por hijos de inmigrantes. Para un adolescente de bajos recursos, renunciar a la escuela y transformarse en obrero marginal era un cambio atractivo. Willie, el único miembro de la red de Ray graduado en la escuela secundaria, me describió la imagen de poder y masculinidad que César irradiaba a sus quince años en su condición de obrero industrial:

Willie: Cuando yo tenía catorce y César como quince, el canto de cabrón se salió de la escuela y trabajó todo el año con el tío de él, que era cromador de metales.

César ya estaba haciendo chavos y mientras tanto yo de morón en la escuela. Yo le tenía tantos celos. Tantos celos.
César siempre trabajó. Cuando yo estaba en octavo y noveno... no, más bien en décimo, decimoprimero, decimosegundo, él bregaba en esa factoría. Siempre andaba acicalao polque tenía mucho dinero, tenía jebas y eso.
Después de la escuela, yo llegaba a la casa y me ponía a pensar: "Sí, César tiene jebas porque dejó la escuela y tiene chavos".
Él era bien chévere. No le tenía miedo a nada, tú sabes. Eso fue antes de que te conociéramos, Felipe.
César fue el primero que empezó a andar con ropa *cool*. Primo, ¿tú te acuerdas de Ce en ese tiempo?
Siempre andaba con una radio grande. Y en privado él me ayudaba con las conexiones, porque después de clase yo siempre me iba a jangueal con él. Él y yo éramos tan panitas... tan panitas que yo estrenaba abrigo todos los años.
César se ponía una chaqueta de cuero color vino y un Kangol color vino. Y teníamos unas coronas, esas coronas de oro que uno le pega a la chaqueta, ves; como esos pinesitos que uno le pega a la camisa. Y éramos los cheches del corillo. Fue el mejor tiempo de mi vida.

DESILUSIÓN EN EL SECTOR DE SERVICIOS

Durante la adolescencia, César, Primo y Willie estuvieron atrapados en un túnel del tiempo. Desde entonces, el sueño proletario masculino de trabajar ocho horas diarias en un taller sindicalizado para toda la vida, ideal que todos persiguieron en la juventud, se ha visto suplantado por la pesadilla del trabajo de oficina mal remunerado y altamente feminizado. El ingreso estable del empleo industrial, que quizá les hubiera permitido mantener una familia, esencialmente ha desaparecido de la *inner city*. Acaso si su círculo de amigos y parientes no hubiera permanecido enclaustrado en el rincón más inseguro del sector fabril, su sueño adolescente de clase trabajadora los hubiera mantenido a flote por suficiente tiempo como para que lograran adaptarse a la metamorfosis económica. En cambio, las circunstancias históricas los han impulsado a un explosivo enfrentamiento entre su sentido de dignidad cultural y la humillante subordinación que experimentan en los trabajos del sector de servicios.

En décadas anteriores, cuando el empleo básico consistía principalmente en trabajo en fábricas, el choque entre la cultura callejera de oposición y la cultura tradicional trabajadora no era tan marcado, sobre todo cuando las in-

dustrias contaban con sindicatos. No deseo idealizar el trabajo industrial, que suele ser tedioso y agobiante y acostumbra estar plagado de peligros y jerarquías antagónicas. Sin embargo, en el plantel de producción, rodeados de operarios veteranos, los desertores escolares instruidos en los duros estilos de la calle suelen funcionar con eficacia, ya que ser rudo y macho tiene un alto valor cultural, y cierto grado de antagonismo contra el capataz y el "mandamás" se considera masculino y necesario.

Por el contrario, una identidad callejera antagónica es desastrosa en el sector de servicios, sobre todo para los auxiliares del sector FIRE, nueva fuente de la mayor parte de los empleos básicos potencialmente estables. La cultura callejera entra en total contradicción con las formas dóciles y humildes de interacción servil esenciales para prosperar en los trabajos de oficina. Los encargados de las fotocopias y de la correspondencia simple y sencillamente son incapaces de conservar su autonomía cultural en el trabajo. Por un lado, no cuentan con sindicatos, y por el otro, tienen pocos colegas del mismo rango que puedan servir de apoyo y resguardo y que cuenten con una noción cultural de solidaridad de clase. En cambio, los obreros subalternos se ven asediados por jefes y supervisores de una cultura ajena y hostil, empleados de mayor rango que, cuando no se sienten intimidados por ellos, los ridiculizan, y los juzgan lentos e ignorantes cuando intentan imitar el habla del poder pero tropiezan patéticamente al pronunciar palabras técnicas desconocidas. Los empleados como Primo y César no consiguen descifrar los garabatos llenos de abreviaturas misteriosas con que sus jefes les escriben instrucciones en diminutas notas adhesivas. El "sentido común" del trabajo administrativo les parece extraño; no comprenden, por ejemplo, la lógica de posfechar facturas o archivar tres copias de un comunicado. Sus intentos de improvisar o de mostrar iniciativa fracasan ineludiblemente, y más bien los hacen parecer incompetentes o aun hostiles por no "seguir las claras instrucciones" del supervisor.

La capacidad de comunicación y sociabilidad de estos trabajadores suele ser aún más inadecuada que sus aptitudes profesionales. Ignoran cómo mirar a los compañeros, por no mencionar a los supervisores, sin transmitir un aire de amenaza. No pueden caminar por el pasillo hacia el surtidor de agua sin mover los brazos agresivamente como si estuvieran patrullando el territorio. Las barreras sexuales son otro terreno todavía más tenso y cargado de complejos matices culturales. Reiteradamente les llaman la atención por ofender a las compañeras con comportamientos que ellas interpretan como agresión sexual.

El choque cultural que ocurre en el sector de servicios entre el poder "yuppie" y la "babilla" de quienes han crecido en la *inner city* es mucho más que un encuentro superficial de estilos disímiles. Un obrero incapaz de obedecer los protocolos de comportamiento de la cultura de oficina jamás conseguirá triunfar en esta esfera económica. Los desertores escolares rápidamente se

percatan de ello y se dan cuenta de que, a los ojos de sus superiores, parecen bufones ineptos. Este libro, como sugiere el título, da cuenta de que jóvenes como Primo y César no aceptan pasivamente estas circunstancias, sino que recurren a la economía ilegal y a la cultura callejera como respuesta a la marginación. Ello, a la postre, los destruye a ellos y a la comunidad que los ampara.

LA HUMILLACIÓN EN LA OFICINA

Primo y César experimentaron agudas humillaciones en su intento de penetrar el mundo hostil y extraño de los ajetreados pasillos de oficina. Primo tiene amargos recuerdos de su breve lapso como mensajero en la sede de una revista especializada, desaparecida pocos meses después de su renuncia. En los años en que lo conocí, ésta fue la única vez que Primo manifestó haberse sentido objeto del racismo. La pobreza de la comunicación intercultural en su oficina se manifestaba en el hecho de que Primo ignoraba el nombre y la etnia de su supervisora, así como probablemente ella tampoco supiera pronunciar o deletrear el nombre de Primo ni del país latinoamericano del que había emigrado su madre.

> *Primo*: Mi jefa era una prejuiciosa. Se llamaba Gloria y era una imbécil. Era blanca. El apellido de ella era Christian; o no, no Christian, Kirschman. No estoy seguro de si ella era judía o no.
> Ella le hablaba mal de mí a cualquier persona que visitara la oficina, tú sabes, como los socios que venían pa coger un *break*.
> Les decía: "Él es analfabeto", como si yo fuera tan morón que no iba a entender lo que les estaba diciendo.
> Entonces lo que yo hice un día –porque ellos tenían un diccionario grandísimo allí en el escritorio, ves, un librote bien pesado–, entonces lo que yo hice fue que abrí el diccionario y busqué la palabra "analfabeto". Y entonces me di cuenta de lo que ella estaba diciendo de mí.
> Ella les estaba diciendo que yo era estúpido, o algo por el estilo. ¡Que yo soy estúpido! [se señala con ambos pulgares y hace un gesto de asco] "Él no entiende nada".

Lo más humillante para Primo no fue que lo llamaran analfabeto, sino tener que buscar la palabra en el diccionario. La economía clandestina nunca desafiaría de este modo su sentido de mérito personal.

Primo: Ray nunca me humillaría de esa manera. Él no me diría eso porque él también es analfabeto, y además yo tengo más educación que él. Yo una vez casi saco el GED.*

Peor aún, Primo se esforzaba por demostrar iniciativa en la compañía de Gloria Kirschman, pero mientras mayor era su esfuerzo, mayor su sentido de impotencia al topar con el fracaso. Como él mismo comentaba: "Cuando te empiezan a conocer, las cosas van de mal en peor".

Primo: Tú sabes, uno trata de hacer el bien pero igual lo tratan a uno como si fuera un mamao.
Uno está chévere al principio, pero cuando te conocen, en seguida te empiezan a denigrar.
Cuando yo llegaba a un trabajo nuevo, al principio yo me mataba y todo, pero en cuestión de varias semanas yo ya odiaba a mi supervisor.
Varias veces me insultaron porque no cumplí las órdenes. Mi supervisora me decía que hiciera las cosas de una manera y yo pensaba que era mejor hacerlas de otra. Me regañó bien cabrón un par de veces. Canto de cabrona que era.

Simple y sencillamente, Primo estaba obligado a reconocer que carecía del capital simbólico y cultural adecuados para el trabajo de oficina, recursos que le habrían permitido dejar las fotocopias y el cuarto del correo por un puesto de mayor importancia. Estaba acorralado por supervisores de una cultura extraña y poderosa:

Primo: Yo me tenía que comportar. Hasta en la hora del almuerzo, cuando se suponía que descansáramos, hasta en ese rato teníamos a los supervisores encima.

Primo no podía, ni quería, traicionar su identidad callejera imitando las formas de interacción profesional para ganarse el respeto de su jefa. Precisamente, circunstancias como ésta son las que permiten advertir la institucionalización del racismo en el sector de servicios, lo que corrobora que el capital

* El GED es un certificado disponible en los Estados Unidos para personas que no han completado la escuela secundaria y desean obtener un diploma equivalente. Por medio de un examen, la persona debe demostrar que posee el nivel educativo correspondiente. [N. del T.]

cultural de la clase media es requisito implícito del trabajo de oficina. La jefa de Primo le prohibió atender el teléfono porque, en términos objetivos, un acento coloquial puertorriqueño desalienta a los clientes y ocasiona pérdidas económicas. Irónicamente, la disputa por el tema del teléfono ocurrió cuando Primo quiso demostrar su buena fe e iniciativa, atendiendo las llamadas telefónicas cuando los supervisores estaban ocupados o ausentes.

Primo: No me hubiera importado que me dijera analfabeto. Lo que me enfogonaba más era que me fastidiara cuando yo contestaba el teléfono, aunque no estuviera mi supervisora, que era la recepcionista, y el teléfono había sonado mucho rato.
Las veces que mi jefa llamaba y yo atendía, parecía que le iba a dar un infarto: "¿Dónde está René?", me decía; René Silverman, la recepcionista, mi supervisora.
Y yo le decía: "Anda almorzando", o lo que sea.
Y ella: "¿Y Fran?"
Y yo: "Sí, ella sí está".
Pero lo que pasa es que a Fran no le tocaba atender el teléfono. Ella era la encargada de pagar las cuentas y siempre estaba ocupada trabajando. Entonces yo decía: "Seguro anda almorzando también".
Esa jefa mía era una imbécil, porque yo contestaba el teléfono bien.
Hay tantas clases de personas en Nueva Yol con acentos raros. Trabajan en bienes raíces; trabajan en cualquier cosa. Sencillamente tienen su acento. Pero esa jeba tenía un problema con el acento puertorriqueño.
No sé qué tenía metido en el culo. Canto de imbécil ésa.
Okey, tal vez yo no tenga educación pa escribir a máquina, así que no voy a tocar la computadora. Pero que no me humille por coger el teléfono en vez de dejarlo sonar pa siempre. ¡Tal vez sea una emergencia! ¡Imbécil!
Yo lo atendía muy bien, pana. Pero después de eso, después de que me humilló, cada vez que yo cogía el teléfono yo ponía un acento bieeeen pueltorriqueño. Que se joda.

LA HUMILLACIÓN ENTRE LOS SEXOS

El impacto de estas experiencias denigrantes en la memoria de los personajes de este libro muestra la intensa sensibilidad a la humillación que caracteriza a la cultura callejera contemporánea. El machismo generalizado acentúa la sensación de

agravio que padecen los hombres, ya que la mayoría de los supervisores en las oficinas son mujeres. De ahí las constantes referencias a las jefas y supervisoras como "canto de putas" y las frecuentes valoraciones despectivas de sus cuerpos. En el Salón de Juegos, en la sala de mi casa y en la calle, César solía interrumpir las historias de Primo con relatos propios de experiencias indignantes. Por ejemplo, mientras Primo contaba la historia del teléfono, César se interpuso con una larga y confusa denuncia contra el modo en que el mercado laboral legal lo obligó a subordinarse en público ante una mujer, todo un tabú en la cultura callejera.

> *César*: Yo tuve dos trabajos donde les tenía que soportar todo a las jefas, como un desgraciado, con lo feas y goldas que eran. Tenía que lamber ojo como un desgraciado.
> Lo peor pa mí fue en Sudler & Hennesey, la agencia de publicidad de las compañías farmacéuticas. No me gustaba, pero yo seguía trabajando allí porque, pues, ni modo, uno tiene que mantener la relación. Entonces te tienes que quedar callao.
> ¡Anda pal carajo! Yo detestaba a esa supervisora, Peggy Macnamara, canto de puta que era. Era una irlandesa. Tremenda mami, pana, pero mala. Una imbécil.
> ¡Las cosas que me ponía a hacer! Ese trabajo era bien cabrón. Una vez me hizo ir hasta la última sínsora en Staten Island pa recoger dos pinturas. Y cosas parecidas. Esa jeba me tenía un odio, un odio, que yo no me lo explico.
> A ella le encantaba despedir a los empleados, pana. Se le veía en la cara. Hizo llorar a un tipo, un italiano; lo puso a rogar por el puesto y todo. Después le devolvió el trabajo y le puso un chorro de condiciones. Todo lo hizo así [chasquea los dedos y mueve la cabeza hacia los lados con una mueca de asco], como si nada.
> Y después la oí burlándose, tú sabes, riéndose del tipo con los otros supervisores.

En última instancia, los agravios que sufren los hombres tienen su fundamento en las desigualdades económicas y las jerarquías de poder. Es común que los vendedores de *crack* expresen su malestar y exterioricen su sentido de impotencia en un lenguaje racista y machista. Por ejemplo, aunque César, como Primo, era incapaz de efectuar una lectura acertada de los marcadores étnicos de sus supervisores blancos, las características económicas y étnicas de su nicho en la jerarquía laboral le resultaban transparentes:

> *César*: Duré como ocho meses como encargado de la correspondencia. Confiaban en mí. Me mandaban pal banco a recoger los cheques de la planilla, y luego era yo el que repartía el salario de los ejecutivos.
> Había una tipa que se llamaba Inga... Hoffman... o no, Hawthorne, porque era judía. Pues a esa jeba le pagaban bien, pana. Yo ponía el cheque de ella a contraluz pa fijalme y averiguaba cuánto ganaba. ¡Esa jeba ganaba como cinco mil pesos semanales! Yo espiaba el cheque y veía que decía [entrecierra los ojos espiando un cheque imaginario] cinco mil trescientos cuarentitrés dólares con nosecuántos centavos.
> Yo decía: "¡Anda pal carajo!" Sí, Hoffman, a esa jeba le iba bien.
> Yo era el peor pagado de todos. Por eso me fui. Yo era la escoria puertorriqueña de la tierra.

En los bajos fondos del sector financiero neoyorquino, decenas de miles de fotocopiadores, mensajeros y guardias de seguridad, empleados por empresas del Fortune 500, obedecen las bruscas órdenes de jóvenes ejecutivos blancos, frecuentemente mujeres, cuyos sueldos quincenales llegan a superar los ingresos anuales de los primeros. La riqueza descomunal del distrito financiero de Manhattan agrava la sensación de ultraje racista y sexista que suscitan los trabajos de salario mínimo.

LAS GUERRAS INTERNAS

La extraordinaria rentabilidad de las empresas financieras les permite a los gerentes otorgar bonificaciones arbitrariamente a todos los miembros de la fuerza laboral, incluso a los que se encuentran en el escalón más bajo de la jerarquía. Dicha práctica aplaca cualquier espíritu de resistencia o solidaridad que se desarrolle tras las fotocopiadoras o en el cuarto del correo, ya que incita a los trabajadores de menor rango a usar su energía contra sí mismos y a competir celosamente por una porción de la piñata de propinas y regalías.

> *César*: Mi supervisor era bien maceta, pana. Siempre quería que yo le dijera cuánto me habían pagado, porque en los feriados a uno le dan bonificaciones, ves, como el aguinaldo, y las bonificaciones suben cada año. La mía era de trescientos pesos.
> *Primo*: [con la boca abierta] Qué muchos chavos que te daban a ti. A mí nunca me dieron más de veinticinco, cincuenta pesos.
> *César*: Entonces, cuando mi supervisor se dio cuenta de cuánto yo ganaba, cogió el teléfono y llamó a quejalse:

"Eh, aló, sí, eh, cómo es posible" [hace una imitación pobre de la voz telefónica de un oficinista], así es como hablaban allí: "¿Cómo es posible que el encargado de la correspondencia, que lleva ocho meses aquí, tenga una bonificación de trescientos pesos, y yo, que tengo nueve años, sólo gano cuatrocientos? Debe ser un error".

Lo que quería decir era que él merecía ganar más y yo debía ganar menos, ¿ves? No sé por qué le dije cuánto me pagaban.

Se encabronó. Canto de imbécil. No sé si le habrán pagado más, pero después de un tiempo me empezó a dar lata por todo. Me hizo la vida imposible.

En las industrias menos establecidas del sector FIRE, las disputas entre un supervisor y un empleado de menor nivel acaban en el despido. Tal fue la experiencia de Primo en la industria editorial, un sector sumamente vulnerable por su alto grado de especialización. A pesar de que aprendió a usar la computadora, Primo carecía del capital cultural necesario para competir eficazmente en el contexto de una oficina. Ciertamente, en el momento en que ocurrió una fluctuación en la demanda de informes anuales, o quizá un acuerdo de fusión y adquisición, fue el primer empleado despedido. Una vez más, su reacción ante el despido se fijó en una obsesión misógina: la humillación infligida por una mujer más poderosa que él. Al contarme la historia, puntuaba las oraciones con la frase "canto de puta" y hacía referencias al cuerpo de su Némesis, descripciones que remató con la clásica fantasía de perseguir a la supervisora al salir del trabajo para dominarla físicamente en el hogar, el entorno patriarcal por antonomasia. Las inhalaciones de un paquete de cocaína parecían dar rienda suelta a la ira y la frustración que le provocaban los amargos recuerdos.

Primo: Mi problema era la supervisora. Era un canto de puta obsesionada con asegurarse de que yo siempre estuviera trabajando, hasta cuando no había nada que hacer y ella no tenía necesidad de fastidialme.

Yo era responsable. Lo peor que hice fue que me quedé dormido, porque me cambiaron al turno de la noche. Por eso fue que me despidieron [inhala cocaína].

A esa jeba yo le tengo odio. Era una vaca gorda esa mujer, y la habían contratao después de mí. Apenas tenía unos meses allí también la imbécil cuando hizo que me despidieran.

Yo era el encargado de las telecomunicaciones [entusiasta]. Yo mandaba archivos a Boston con una de esas computadoras Kaypro [señala a la distancia con gesto hacendoso]. Yo estaba encargao de todas esas cosas, la computadora, limpiar las máquinas, hasta reencender el sistema cuando se congelaba. ¡Todo eso! Ah, y también tenía mi propia carpeta.

Pero me quedaba dormido, pana; a veces me quedaba dormido en la silla con una terminal prendida delante mío.

Y cuando me despertaba, alguien estaba haciendo el trabajo por mí, y yo me espabilaba bien rápido y los mandaba de vuelta: "No, no, tranquilo, está bien; está bien, ¡puñeta! Podría quedarme sin trabajo. Tengo que hacer mi trabajo" [inhala cocaína de nuevo].

Pero la supervisora de la noche, la gorda cueruda ésa, ya había empezado a hablar mal de mí.

Yo encontraba las cartas que escribía sobre mí en la terminal. Porque yo sé que cuando uno tiene una carpeta en la terminal, en el sistema, uno tiene una contraseña. Así que yo adivinaba la contraseña. Yo decía pa entre mí [cierra los ojos, concentrado] "Seguro puso el apellido, el nombre, el apodo". Yo probaba con todos esos nombres hasta que me metía en la carpeta. Entonces yo abrí la carpeta del supervisor general de la sección y encontré las cartas de la supervisora que tenían que ver conmigo [inhala otra vez].

Cada vez que la veía me daban ganas de matarla, pana; me entraban ganas de quemarla viva. Ella vivía en una casa móvil pequeñita. Me entraban ganas de agarrarla y... me ponía a pensar en toas las cosas que yo le podía hacer.

Yo me daba cuenta que yo le caía mal.

Le dije a la compañía que ella también se duerme en el piso. A veces se va pa atrás y se duerme en el piso.

Pero ellos me dijeron: "Sí, pero ella descuenta el tiempo de la boleta. Ella anota cuánto tiempo se salió y después apunta otra vez cuando regresa".

Me deberían haber dicho que anotara mi tiempo cuando me veían dormido. Pero ella era una supervisora y yo era un cero a la izquierda.

Desde luego, la enemiga de Primo era invulnerable a los intentos de venganza de su súbdito. A la larga, Primo llegó a reconocer que su impotencia, más que el resultado de la tensa relación que sostenía con su jefa inmediata, era de orden estructural.

Primo: Yo trabajé allí mucho tiempo. El problema es que empezaron a cortar cabezas. Yo fui uno de los pocos que topó con suerte. Buscaban cualquier cosita que uno hiciera mal y te botaban. Andaban buscando

razones pa botar a la gente [chasquea los dedos], así como si nada. No contrataban a nadie. Los únicos que no botaron fueron los que habían trabajado allí desde el principio, que eran John, Art Schwartz y otro pana blanco alto.
Philippe: ¿Y cómo te sentiste?
Primo: [inhala cocaína por ambas fosas, pensativo] Pana, cuando yo me enteré yo sentí ganas de lloral. Se me secó la garganta, yo estaba como... [boquiabierto, agita los brazos como si se sofocara; luego aspira cocaína nuevamente].
Yo había ido a recoger mi cheque, ves, pero antes de que me lo dieran hubo como un tumulto y me llamaron a la oficina.
Yo pensé: "¡Puñeta!" [inhala otra vez].
Pero no los pude convencer. Yo les dije: "Pónganme otra vez de mensajero, bájenme el sueldo, pero no me despidan. Yo necesito el dinero; tengo que trabajar porque tengo familia".
Y ellos me dijeron [simula un rechazo prepotente]: "No, no, no".
Tonces yo les dije: "Okey". Y me fui.
Mis amigos me estaban esperando afuera. Yo estaba mal, pana, como si me fuera a atragantar.

La relación con los jefes y supervisores no tiene que ser conflictiva para ser humillante o intolerable según las pautas de la cultura callejera. Por ejemplo, es posible que Gloria Kirschman, la jefa de Primo en su anterior trabajo como mensajero en una editorial de revistas, fuera una bienintencionada mujer de izquierda. Si se lee entre líneas el relato envilecido de Primo, uno sospecha que ella se preocupaba por el futuro del adolescente afanoso y perspicaz que trabajaba para ella. En determinado momento lo llamó a su oficina para aconsejarle que "volviera a la escuela". A Primo, sin embargo, el consejo le sonó de esta manera:

Primo: Tienes que ser un mamao pa trabajar cuando eres joven.
La jefa mía, ella quería que yo estudiara. ¡Pues que se joda, pana! Yo brego porque quiero bregar. Yo me quiero ganar mis propios chavos.
Y te hablan de que la escuela esto y que la escuela lo otro porque ellos la han tenido fácil; a ellos los han mimao toa la vida. No todo el mundo puede ir a la escuela por muchos años. Algunas personas tienen que sobrevivir, pana; tienen que comer, ¿tú me entiendes? Esas personas tienen que encontrar una manera para no morirse de hambre. Especialmente si uno tiene un hijo, uno tiene que... uno tiene muchas cosas que hacer.

Yo tenía dieciocho años y ya había nacido mi hijo Papito. Es decir, hay cosas en el mundo que uno quiere lograr. Uno no se puede dar el lujo de esperar hasta sacar un jodido título.
¿A ella qué le importaba que yo no fuera a la escuela?
César: En este mundo yo no entiendo de qué puñeta le sirve a uno saber cómo hizo George Washington pa cruzar el Delaware.
Primo: Deberían enseñarnos a escribir cartas a otras compañías. Inglés [se da vuelta y se dirige a César], esa asignatura se llama Inglés, pa leer y escribir bien.

Primo carecía de un marco de referencia para entender las tareas que Gloria Kirschman le insistía que realizara.

De todos modos a mí no me gustaba bregar allí. Yo detestaba eso de organizar fotocopias y materiales pa mandar por correo.
Además, ella siempre me hacía metelme en un armario a ordenar todo lo que ellos tenían... Se me olvidó cómo es que ella les decía... Ah, sí, ella me decía: "Prepara un inventario".
Yo no sabía qué carajos quería decir un inventario. Pero bueno, la cosa es que en ese armario lo que había era un revolú. Entonces yo pensaba: "Lo que tengo que hacer es botar parte de esta porquería al safacón pa que se vea más ordenado".
Entonces boté el chorro de papeles al safacón, porque yo sabía que ella nunca los iba a necesitar.

Desconcertado por los misterios aparentemente irracionales del trabajo de oficina, Primo temía que lo volvieran a llamar analfabeto. Se mantenía alerta para impedir que Gloria Kirschman lo humillara sin que él lo advirtiera. Cuando le ordenaba desempeñar tareas misteriosamente específicas, como doblar, abrochar y agrupar materiales publicitarios de un modo determinado para enviarlos por correo a un público selecto, Primo activaba sus mecanismos de defensa. El domicilio de su madre rara vez era objeto de los envíos postales publicitarios, por lo que carecía de un marco de referencia que le permitiera comprender la escrupulosidad con la que Gloria supervisaba su trabajo. Por el contrario, Gloria le parecía opresiva, autoritaria y denigrante; y el rigor y el ahínco con los que revisaba los paquetes publicitarios, síntomas de una caprichosa superstición.

LAS TRETAS DEL DÉBIL

A Primo lo exasperaba la "flexibilidad laboral" que requerían las campañas publicitarias. Repudiaba la profusión de operaciones rutinarias que debía realizar hasta altas horas de la noche –reunir y compaginar materiales en los días en que debía esforzarse para lograr que la hora límite de los envíos postales coincidiera con los plazos de impresión y ventas de la revista–. Le parecía ofensivo e inapropiado tener que llevar de noche los paquetes ensamblados a la casa de Gloria para someter el trabajo a una revisión de última hora.

> *Primo*: Yo me quedaba hasta bien tarde terminando los paquetes, porque tenían que estar listos pa la noche: tenía que compaginarlos, engraparlos, doblarlos como ella quería. Siempre era distinto.
> Y tenía que ser justo como ella quería. Yo llenaba los sobres exactamente de esa manera [hace gestos frenéticos con las manos, como si barajara] y después los sellaba.
> Yo odiaba tener que hacer todo eso. Echaba todo en cajas y lo llevaba al correo de la treintiocho a las diez y media de la noche.
> Pero a veces ella me llamaba de la casa y me hacía traerle los papeles al apartamento, que quedaba en la setentinueve y tercera [el barrio de más privilegiado de Manhattan] pa revisar lo que yo había hecho. Inspeccionaba hasta el último sobre. Y siempre encontraba algún papelito que yo había doblado mal.
> Me trataba de ofrecer algo pa comel, pero yo la paraba en seco: "No, gracias". Porque ella me trataba de pagar de esa manera, porque era bien maceta.
> Me decía: "¿Quieres pizza, té, galletas?". Tenía de esas galletitas Pepperidge Farm.
> Pero yo no le aceptaba nada. Yo no iba a regalar mi tiempo, pana.
> Ella pensaba que yo era analfabeto. Pensaba que yo era un ilnorante. ¡Pero no! Yo le cobraba hasta el último centavo [sonríe maliciosamente]. Desde el momento en que yo salía de la oficina eran horas extra, hasta que llegaba a la casa de ella. Valía tiempo y medio.
> Yo exageraba las horas. Si trabajaba dieciséis, yo ponía dieciocho o veinte pa ver si me pagaban más. Y funcionaba. Yo no iba a trabajar de gratis, no señor.
> Y esa jeba estaba loca, pana. Comía comida pa bebés. Yo sé porque yo la vi comiéndosela derechito del frasco con una cuchara.

Quizá Primo pareciera un empleado desagradecido, desagradable y deshonesto desde la perspectiva de Gloria, pero ella parecía casi una pervertida desde el punto de vista de Primo. ¿Qué mujer normal de mediana edad recibiría a altas horas de la noche a un empleado de diecinueve años en su cocina comiendo alimentos para bebé? Aunque parezca irónico, precisamente el entusiasmo y la flexibilidad para elaborar las campañas de publicidad por correo directo y cumplir con los plazos nocturnos eran las cualidades que podrían haberle asegurado a Primo un ascenso, o al menos la estabilidad laboral, en la empresa de Gloria. Es probable que invitar a Primo a su cocina y ofrecerle algo de comer fuese para Gloria un modo de ser amigable y de expresarle confianza a un empleado tímido que se mostraba moderadamente hostil.

En todo caso, los triunfos de Primo sobre su jefa demostraron ser pírricos. Su definición de los derechos laborales permanecía aferrada a las ideas surgidas en los talleres industriales, donde, luego de décadas de enfrentamiento entre obreros y patrones, los empleados siempre exigen que se les pague tiempo y medio por cualquier operación que exceda las ocho horas establecidas por ley. Por el contrario, en las oficinas, un empleado que reclame el pago de horas extra echa por tierra toda posibilidad de éxito. El archivo y las "pruebas documentales" –no las convenciones colectivas– determinan la supervivencia.

Un obstáculo adicional que enfrentan los trabajadores de nivel básico procedentes de la *inner city* es que el vocabulario utilizado para evaluar el rendimiento en los trabajos de oficina no tiene correlato en la cultura callejera. Cuando la gerencia "cesantea" a un empleado como Primo o César, el informe administrativo suele contener algunas de las siguientes valoraciones: "falta de iniciativa", "incapacidad de expresión", "incomprensión de las metas corporativas". Primo sabe que en el idioma callejero estas observaciones se traducen como: "Ella les dice a los socios que yo soy estúpido"; pero, como tantos otros jóvenes de su edad y procedencia, es incapaz de mejorar su desempeño sin comprometer el sentido de dignidad que se ha forjado en las calles de la *inner city*. Como resultado, en uno de los declives económicos característicos de la industria editorial, actividad que fluctúa según las modas y los caprichos de las clases acomodadas, Primo fue la primera víctima.

> *Primo*: Tuve que renunciar a ese trabajo porque me redujeron las horas. Creo que al final yo bregaba sólo cuatro horas y media diarias, y algunos días me los quitaban completos. Ellos decían que es que había menos trabajo por hacer.
> Yo ya tenía a mi hijo, Papito, y otros gastos. A Sandra, la mai de mi hijo, a ella le daban *welfare*, pero no eran suficientes chavos. A ella le pagaban por debajo de la mesa, pero apenas le alcanzaba pa sobrevivir. La prima de ella... o alguien... la vecina de al lado le cuidaba al nene pa que pudiera trabajar. Era un trabajo de salario mínimo.
> Ella se mataba trabajando pa ganarse una porquería.

Por eso fue que yo tuve que buscar otro trabajo. Mi jefa me tenía con horas restringidas y ni siquiera me dejaba hacer horas extra.

Pese a ocupar el fondo de la jerarquía en el sector FIRE, Primo y César no eran completamente impotentes. Junto a los demás trabajadores no sindicalizados de las oficinas financieras, disponían del mismo repertorio de artificios que tantos grupos dominados a lo largo de la historia, desde los siervos feudales y los aprendices de artesanos hasta las amas de casa contemporáneas, han utilizado para hacer frente a sus superiores: el robo, la desobediencia, el espíritu de desafío.[7] Sin embargo, en el nuevo contexto del sector de servicios, donde la "actitud" definida como empeño, iniciativa y flexibilidad suele determinar quién progresa y quién es destituido, estas manifestaciones intencionales de malestar se sancionan con singular vehemencia. Las identidades culturales antagónicas, legítimas en los talleres industriales –donde incluso sirven para ritualizar y estabilizar los enfrentamientos entre obreros y patrones–, son completamente inadmisibles en el sector FIRE, donde las formas de interacción de la clase media anglosajona imperan casi vindicativamente.

A diferencia del obrero industrial sindicalizado, los empleados de menor nivel en el sector de servicios carecen de canales institucionales para legitimar su desagrado para con las condiciones laborales o encauzar su malestar de modo productivo. El resultado es una "cultura de clase trabajadora" alienada dentro del estrechísimo espacio que los obreros de nivel básico logran labrarse para sí. En la agencia publicitaria que lo contrató, César reconoció esta realidad inmediatamente:

César: Yo siempre llegaba tarde pero, cuando llegaba, los demás empleados nunca estaban haciendo na. Eran unos manganzones, hasta el supervisor.
Pasaban sentadotes todo el día, preguntándose boberías por teléfono y jugando Pac-Man en la computadora. Eso es todo lo que se hace en un sitio como ése.
El jefe mío, Bill, se la pasaba dándose palos a escondidas y comiendo chorizo como un puerco.

Primo y César preferían vengarse de una manera más práctica y gratificante: el robo.

Primo: Yo estaba encargado del correo exprés. Costaba nueve pesos con treinticinco centavos y me daban diez dólares pa que llevara las cartas al correo. Pero en vez de ir hasta allá, yo pasaba los sobres por

el Pitney Bowes [máquina franqueadora] y los echaba en el buzón de la esquina.

Primo se sentía orgulloso de su habilidad para robarle a Gloria Kirschman, la jefa que lo llamó analfabeto. Pocos meses después de su contratación, ya había perfeccionado el método para manipular el sistema de facturación de la revista (habilidad difícil de asociar con el analfabetismo):

Primo: Una vez me tumbé ochenta pesos de la caja chica, que estaba a cargo de la recepcionista de la oficina del frente [inhala con fuerza de un paquete de heroína que había colocado en la mesa de mi sala].
Bueno, no es que haya metido la mano pa sacar los chavos. Yo sabía cómo funcionaban las cosas. Hice todo paso a paso.
Cuando empecé a trabajar allí, ves, yo tenía que traer los recibos de cualquier cosa que comprara. Y a veces tenía que coger chavos prestados de la caja chica, que después tenía que devolver cuando me pagaban. Gloria era tan maceta... Ella se quejaba y se quejaba de que las facturas no estaban en su lugar, de que yo contestaba el teléfono, me decía que yo era analfabeto...
Bueno, la cuestión es que ella no mantenía un buen registro. En ese lugar nada era exacto. Tonces lo que pasa es que ella me mandaba a sacar fotocopias, pero yo sabía cuánto iban a costar porque llamaba a la tienda a averiguar cuánto cobraban por sacar las copias. Yo les decía el tamaño y la cantidad de copias: ocho y medio pulgadas de ancho por once de largo.
Ese día le dije a la dependiente, la recepcionista, que me diera ochenta pesos pa pagar las copias.
Después fui y le pregunté a Gloria [inhala más heroína], mi jefa: "¿Quieres pagar con cheque o efectivo?".
Ella me dice: "Con cheque" [sonríe]. Y entonces me dio un cheque por ochenta pesos; yo me dejé el efectivo y metí la factura en la caja chica. Nadie se dio cuenta [risas].
Esa canto de cuerúa era bien boba. Pasaba quejándose y no sabía hacer bien las cosas. [carcajadas]

La risa de Primo se detuvo de pronto: dio un sacudón en dirección al baño de mi departamento y se vomitó en la alfombra de la sala. César gritó, preocupado:

¡Acho, pana! ¿Estás bien? Mira, pana, yo ya te he dicho que tú eres flojito pa esto. No esnifees tanto de una sola vez [hunde la llave de su casa en el paquete de heroína e inhala en seco por ambas fosas].



Autorretrato de un vendedor de *crack* con cadena y medallón de oro. Este traficante, competidor directo del Salón de Juegos, rotulaba su punto de venta con *graffiti*. Fotografía de Philippe Bourgois

LA ROPA COOL Y EL PODER SIMBÓLICO

No todas las formas de resistencia contra la subordinación en el empleo legal son tan prácticas y deliberadas como el robo. En principio, la base misma de la cultura callejera y de la fidelidad de jóvenes como Primo y César a la identidad que se fraguan en la calle es el repudio a la marginación que experimentan en el mundo profesional. Las identidades desafiantes de la cultura callejera manifiestan tanto un rechazo triunfal de la subordinación social como una renuencia defensiva, en ocasiones aterrorizada, a reconocer las vulnerabilidades propias. La vestimenta de trabajo, caracterizada por marcadas distinciones según los diferentes rangos y categorías de los empleados, es un terreno útil para comprender esta dinámica, pues es uno de los ámbitos donde el conflicto simbólico y cultural se encarna de manera perceptible. Muchos de los personajes de este libro mencionaron la ropa (la indumentaria inapropiada que utilizaban y la degradante imposición del uniforme laboral) como razón principal para darle la espalda al "trabajo limpio". Debo admitir que, al comenzar mi trabajo de campo, yo desestimé el tema por considerarlo insignificante. Me llevó varios meses reconocer la importancia

central del vínculo entre esta expresión simbólica de la identidad y las relaciones de poder en el mercado laboral.

El sentido contestatario del "estilo subcultural" de los jóvenes y los sectores socialmente marginados ha fascinado a los sociólogos por muchos años.[8] Dichos académicos frecuentemente idealizan y exotizan el sufrimiento que conlleva la marginación. En cambio, desde la perspectiva de la sociedad convencional, la obsesión de los jóvenes de la *inner city* por la "ropa *cool*" no hace más que confirmar los estereotipos de inmadurez, irracionalidad mezquina e incluso patología personal que los caracterizan en las representaciones populares.

En efecto, cuando los jóvenes de bajos recursos se ven obligados a obedecer las órdenes de supervisoras blancas en las oficinas del sector de servicios, el aspecto físico se convierte en un intenso campo de batalla donde el poder se impone y se disputa. En términos generales, esto ocurre cada vez que una persona involucrada en la cultura callejera se atreve a penetrar el mundo blanco de clase media, imperante en la mayor parte del espacio público fuera de la *inner city*. César, por ejemplo, subrayaba los efectos de esta tensión cuando rememoraba, rencoroso, sus conflictos laborales. No tenía ni la menor idea de que ciertos atuendos podían provocar ira o sarcasmo en la oficina. Lo enfurecía la "flexibilidad" que le exigía su jefe, lo que demostraba su impotencia y desamparo en este contexto tan ajeno a él. Preocuparse por la confusa etiqueta laboral era un modo de amortiguar la precariedad de su situación:

> *César*: Cuando yo bregaba en Sudler & Hennessey, la compañía que hacía campañas publicitarias pa empresas farmacéuticas, ellos tenían una etiqueta pa vestir. Yo llevé corbata las primeras tres semanas, pero, este... Bob, ¿qué digo?, Bill, él era mi supervisor, un irlandés bien hijoputa, un tipo blanco, viejo; él me dijo que yo no me tenía que poner corbata si yo no quería. Así que de allí en adelante yo no me la puse.
> Por alguna razón, seguro porque yo era nuevo –yo era el nuevo ayudante en la oficina de la correspondencia– y ellos estaban remodelando, querían que yo hiciera un chorro de trabajo bien difícil. Quitar estantes, limpiar polvo, mapear el piso: trabajos sucios, tú sabes. O sea, yo no quería hacer ese tipo de trabajo con mi ropa buena. Pero yo no podía ir mal vestido, porque entonces el supervisor me decía: "¿Qué te pasa a ti que tú vienes vestido así?". Es decir: "Como un maleante". Pero yo me vestía bien, con buenos *baggies*, chambones chéveres y camisas estampadas.
> Pero lo que me daba coraje era que la descripción del puesto no decía que me iban a poner a bregar en construcción. A mí me contra-

taron como auxiliar pa la correspondencia, ¿verdad? Nunca me dijeron que iba a tener que remodelar na.

Entonces tenían esa etiqueta, ¿ves? Yo la odiaba. En ese tiempo yo no tenía ropa porque todavía me iba de misión, tú sabes. Así que mi primer cheque lo gasté todo en ropa, pero después tuve que reemplazar la ropa que se me rompió remodelando el sitio.

Primo y César se hallaban en situaciones paralelas: a uno lo humilló tener que buscar en el diccionario la palabra "analfabeto"; al otro, que el supervisor lo acusara de parecer "un maleante" cuando creía estar bien vestido. El problema de César no era únicamente que no tenía dinero para comprar ropa, sino que desconocía completamente qué ropa elegir. Perder esta lucha en el terreno del capital cultural debe ser sumamente desequilibrante para una persona acostumbrada a ser el "cheche del corillo" por su forma de vestir, como me aseguró Willie, el amigo de César desde la adolescencia, en la conversación mencionada anteriormente en este capítulo.

Asimismo, varios meses atrás vi a Primo abandonar un curso de "motivación y capacitación" que dos ex heroinómanos, favorecidos con una subvención privada multimillonaria para poner en práctica su estrategia alternativa de capacitación de poblaciones "inempleables", ofrecían en el sótano del caserío donde vivía su madre. Primo sentía que el curso era cruelmente denigrante; lo enfurecía, sobre todo, el desdén con el que lo hostigaban por su forma de vestir. La filosofía fundamental de estos cursos de motivación es que "el problema de estas personas es la actitud". Someten a los clientes a un procedimiento similar al de los campamentos militares: les destrozan la autoestima la primera semana y se la reconstruyen las semanas siguientes haciéndoles interiorizar la epifanía de que la meta de sus vidas es trabajar como mensajeros, vigilantes o dependientes por salarios mínimos. El mayor éxito estadístico del curso se ha dado con mujeres afronorteamericanas de mediana edad que aspiran a independizarse del régimen de asistencia social en cuanto sus hijos se marchen de casa.

En un principio, mi propia "actitud" ante a la idea de manipular a las personas para animarlas a aceptar puestos mal pagados y tediosos era la de un completo escepticismo. Sin embargo, la violencia y la autodestrucción de las que fui testigo en el Salón de Juegos paulatinamente me convencían de que la explotación en la economía legal era mejor que la exclusión total y completa. En todo caso, logré persuadir a Primo y a varios de sus socios del Salón, entre ellos Candy y Little Pete (que en ese entonces administraba la casa de *crack* ubicada en la esquina de La Farmacia), de que se inscribieran en el curso. El propio César se vio tentado de apuntarse.

Ninguno de los traficantes asistió a más de tres sesiones del curso. Primo fue el primero en dejarlo tras la charla inaugural y evitó hacer mención de la ex-

periencia por varias semanas. Tuve que insistirle hasta el cansancio para que me explicara su ausencia en las sesiones, que en todo caso eran gratuitas, para que por fin me confesara cuál era el problema. Cada vez que ingresaba en el mercado laboral legal, se sentía inseguro y avergonzado. En el caso particular del curso de capacitación, la ropa y el aspecto físico (nuevamente, el estilo) fueron los medios por los cuales intentó evitar la humillación de someterse a un puesto de menor nivel en el sector de servicios.

Philippe: Oe, Primo, préstame atención. Estoy preocupado por ti, porque yo creo que tú no te das cuenta de algo muy importante. La coca que esnifeas: ese tipo de cosa pasa todas las noches.

Primo: ¿Y qué pasa?

Philippe: Y te desapareciste de la capacitación. Tú dices que el problema es que dejas todo pa más tarde, pero yo creo que tú no le estás dando la cara a algo más profundo. Siempre quieres janguear, esnifear. Tal vez por eso es que nunca regresaste.

Primo: A la verdá, escúchame Felipe, lo que a mí me tenía preocupado era la etiqueta que ellos tenían pa vestir, porque yo no tengo mucha ropa. Ni siquiera tengo una camisa de vestir; sólo tengo un par de zapatos, y en ese programa no te dejan llevar zapatillas. También uno se tiene que poner corbata, ¿no? Bueno, pues yo ni siquiera tengo corbata, sólo la que tú me prestaste.

Hubiera tenido que ir con la misma ropa las tres semanas, la misma remera y los mismos majones. ¡Estoy jodío como un bon!

Philippe: ¿Tú te crees que yo me creo esa excusa? Tú no estabas preocupado por eso. Nadie se fija en cómo andan vestidos los demás.

Primo: ¡Felipe, es en serio! Préstame atención. Yo pensaba en eso todo el tiempo. ¡Claro que sí!

Claro que se hubieran fijado, igual que yo me fijaría si alguien lleva una camisa toa arrugada.

Y yo no quiero ir a una capacitación donde voy a estar todo abochornado. No me podría concentrar, tú sabes. Me denigrarían y me volverían a ver como si yo fuera un mamao, con los mojones sucios... o viejos, porque sólo tengo un par. ¡Te lo juro! Sólo tengo dos camisas de vestir y a una le hacen falta dos botones.

No tenía ganas de decírtelo porque yo sé que suena como una mala excusa, pero eso es lo que a mí me tenía preocupado. El día que fui yo pensé: "Pues no vengo más".

Además, Felipe, mírame que estoy [muy] flaco. Tengo que tener cuidado de lo que me pongo pa que no piensen que yo fumo piedra.

Philippe: [nervioso] Mierda. Y yo estoy más flaco que tú. La gente debe pensar que soy tecato.
Primo: No te preocupes. Tú eres blanco.

Lógicamente, el problema es más profundo que la falta de dinero para comprar ropa. El racismo y otros indicadores más sutiles de poder simbólico se manifiestan en la indumentaria y el lenguaje corporal. Para Primo, el mayor problema era su desconocimiento del tipo de ropa adecuado para trabajar; al igual que César, temía lucir como un payaso al hacer el intento de vestirse bien. Tiempo después, Primo me confesó que la gota que derramó el vaso fue que en la sesión inicial del curso alcanzó a oír que acusaban a Candy de vestir chabacanamente. Ese día, Candy estrenaba con orgullo un traje amarillo muy ajustado que a Primo y a su madre les pareció muy elegante cuando fue a su casa a mostrárselo antes de la primera clase.

FRAUDES SINDICALES: RACISMO Y EXTORSIÓN

El aislamiento en la cultura callejera es una estrategia para evitar las experiencias denigrantes que Candy, Primo y César deben soportar cuando dejan su círculo social en busca de empleos legítimos. No obstante, todos los personajes de este libro, incluso los que albergan mayor resentimiento, reconocen que un trabajo sindicalizado es a todas luces mejor que la venta de drogas. Ven con buenos ojos, sobre todo, el sector de la construcción, que ofrece la mayor cantidad de puestos básicos accesibles en Nueva York y armoniza con las definiciones callejeras de la masculinidad incluso en mayor medida que el sector industrial.[9] El propio César me corrigió cuando lo acusé de ser demasiado perezoso como para trabajar en construcción. Enmarcado por la puerta del Salón de Juegos en su puesto de vigilante, sacó el pecho y alzó los puños al estilo del Capitán Planeta.

César: No, pana. ¿De qué tú hablas? Está bien la construcción.
Mírame el cuelpo. Tengo el cuerpo que uno necesita pa ser constructor.
No lo tengo como Primo [señala a Primo, que atiende a un cliente]; él tiene un cuerpo que es mejor pa bregar en envíos de paquetes [se oyen disparos].

Para mi sorpresa, César me confesó que, antes de empezar a trabajar en el Salón de Juegos, su único intento por convertirse en constructor había fracasado, aunque su experiencia en el sector fue menos humillante que la catástrofe que atravesó en Sudler & Hennessey. Es sabido que la industria constructora neoyorquina es un ámbito racista reservado a los obreros blancos bien pagados, protegidos por sindicatos controlados por la mafia.[10] Pero desde los años setenta, un conjunto de organizaciones de fomento de grupos étnicos minoritarios se ocupa de presionar a las empresas constructoras para que contraten a obreros locales para realizar obras en sus vecindarios. Irónicamente, para este fin utilizan los métodos violentos introducidos por la antigua mafia: reclutan hombres de la estatura corpulenta y disposición irascible de César para que formen piquetes e intimiden a las empresas hasta que accedan a incorporar a trabajadores afronorteamericanos y latinos en su fuerza laboral. Los manifestantes más efectivos reciben como premio uno de los escasos puestos disponibles en las construcciones donde las rudas tácticas tuvieron éxito.

Gracias a su corpulencia y su capacidad para desplegar violencia en público, César se ganó uno de estos puestos en una manifestación organizada por "Harlem Fight-Back" [Harlem Contraataca], una de las agrupaciones más conocidas y legítimas entre las que buscan romper la homogeneidad étnica de la industria constructora. Pese a su brillante éxito como manifestante, César se desmoronó cuando tuvo que dejar la membrana protectora de las tácticas callejeras. Se encontró, de súbito, tras un muro racista levantado por colegas exclusivamente blancos.

Pagaban bien, tú sabes. Catorce pesos por hora. Pero yo era el único puertorriqueño; todos los demás eran italianos. Y aparte, nunca me pagaron.
Lo que pasa es que me empezaron a pasar de mano en mano como un títere. Me asignaron a bregar en una demolición, pero el capataz no sabía que me habían contratao; entonces siempre que yo iba me mandaban de un edificio a otro, a otro, a otro.
Y los italianos, que eran grandotes, como de cuarenta años, me preguntaban: [tosco] ¿Qué tú haces aquí?
Y yo: [encoge los hombros, indefenso].
Y ellos: [rudo] ¿A ti quién te contrató?
Y yo les decía quiénes me contrataron. El problema es que el sindicato nunca me mandó los papeles; no me dieron tarjeta pa marcar las horas ni na de eso. Entonces yo iba a trabajar pero nadie sabía quién yo era.
Yo llegaba al *site* y me encontraba a todos los trabajadores esperando a que el jefe dijera: "Okey, manos a la obra". Tonces se ponían a trabajar, ves, y yo me metía donde fuera.
Pero nadie sabía quién yo era. Me preguntaban: "¿Quién te contrató?", "¿Adónde está tu tarjeta?"

> Así que me mandaban de sitio en sitio. Hice una estupidez. Nunca volví. Porque en ese tiempo yo fumaba piedra; entonces yo dije pa mis adentros: "Qué mucho lío que me dan aquí; que se jodan". Y me fui de misión.

En otras palabras, el *crack* y el racismo en el mercado laboral se confabularon con las debilidades personales de César para impedirle percatarse de su exclusión estructural incluso del nicho más tradicional y "macho" de la clase trabajadora.

Dos sectores de la industria constructora eran en cierta medida más inclusivos de la población puertorriqueña y afronorteamericana de El Barrio: la demolición de edificios y la reposición de ventanas elevadas. Estos enclaves de la industria, particularmente peligrosos, prosperan en los barrios deprimidos neoyorquinos gracias a las artimañas de los propietarios especuladores y a la corrupción rampante en el sector público. En las obras de demolición efectuadas en El Barrio, rudos adolescentes orgullosos de tener empleos legales, casi todos ellos desertores escolares, limpian los armatostes de los inmuebles abandonados para dejar lugar a los nuevos y lujosos edificios que, por su elevado costo, ellos y sus familias jamás serán capaces de habitar. Los economistas y corredores de bienes raíces denominan a este proceso "elitización"; en la calle, oí que lo llamaban "blanquificación".

La relación entre la fuerte competencia por viviendas asequibles en Manhattan y la abundancia de empleos en la reposición de ventanas es sólo un poco más sutil. Las leyes neoyorquinas designan la reposición de ventanas como una de las "mejoras a los activos fijos", cuyo costo puede transferirse a los inquilinos por un monto varias veces superior al real, siempre y cuando los propietarios adhieran a procedimientos estratégicos (aunque perfectamente legales) de contabilidad. Por lo tanto, éste es uno de los métodos utilizados por los propietarios para eludir las estrictas leyes neoyorquinas dirigidas a mantener estable el precio de los alquileres y combatir el desalojo de familias, pues les permite aumentar súbitamente el costo mensual del alquiler y, de esa manera, desplazar a los inquilinos de menores recursos. Las zonas limítrofes entre vecindarios ricos y pobres, como la que representa la calle 96 donde East Harlem linda con el Upper East Side, son las áreas más vulnerables a estas estratagemas. Irónicamente, los jóvenes de El Barrio experimentan el desplazamiento de su vecindario como un proceso positivo, pues en el corto plazo consiguen empleos como restauradores de edificios que, gracias a su labor, se tornarán inasequibles para ellos.

Cada cierto tiempo, el crimen organizado patrocina dichas "obras de restauración" en los caseríos del Instituto de Vivienda, y de esa forma genera abundantes empleos en la reposición de ventanas elevadas. Varios de los habitués del Salón de Juegos participaban afanosa y desapercibidamente en estas esta-

fas. Little Pete, gerente del Club Social, se encontraba trabajando en la restauración de las miles de ventanas del caserío frente al Salón de Juegos cuando un cristal se desprendió y le cayó en la cabeza, y varias esquirlas de vidrio le penetraron el ojo izquierdo. El subcontratista que lo empleó no disponía de cobertura médica ni de pólizas contra riesgos laborales para sus trabajadores, por lo que Little Pete debió acudir en categoría de indigente al Hospital Metropolitano, el centro de salud municipal de East Harlem. Como si fuera poco, el hospital llevó a cabo una investigación que descubrió múltiples irregularidades en su contratación. Un funcionario sindical corrupto autorizaba al subcontratista a cobrar $18 por hora, mientras que Little Pete recibía únicamente $10. Little Pete estaba tan orgulloso de ganar $10 la hora que jamás se le ocurrió que su trabajo costaba $8 adicionales según las normas sindicales.[11]

LA OPCIÓN DE LOS RECIÉN LLEGADOS

Pese a la sucesión de malas experiencias que atravesaban en los márgenes de la economía legal, todos mis conocidos aseguraban que el mayor deseo de sus vidas era encontrar trabajo y asociarse a un sindicato. Primo, en los lapsos en que hacía el esfuerzo de obtener empleo, solía repetir el refrán: "Estoy buscando un puesto con un sindicato". De hecho, por un período de dos meses, esperanzado porque había conseguido uno de estos empleos, se dejó engañar por una empresa que limpiaba los teatros y las salas de conferencias de varios hoteles en Times Square. Al comienzo tenía grandes ilusiones, y no le daba mayor importancia al hecho de que su sueldo inicial fuera de $6,50 por hora. Un día me aseguró que se sentía de maravilla, "como un pana normal, trabajador", aunque añadió: "¿Pero sabes qué me está raro? Que todos los trabajadores allí sean inmigrantes, excepto los jefes". También solía quejarse de que la compañía se negaba a reconocer las horas extra. Aceptaba como válida, eso sí, la explicación que le daban los gerentes al exigirles a él y a los demás conserjes que abandonaran los hoteles al amanecer: "Supongo que los huéspedes no quieren ver mugre como nosotros. Entonces nos matamos limpiando de once [de la noche] a seis y media [de la mañana]". Le desagradaba el jefe "judío, blanco, calvo" porque lo retaba cuando examinaba su trabajo, pero admiraba a los colegas afiliados al sindicato pues se atrevían a insultar al "pana blanco calvo". Al recibir el segundo cheque quincenal, se dio cuenta de que no le habían pagado varias noches de trabajo. Poco a poco advirtió que ninguno de los empleados estadounidenses conservaba el puesto hasta el final de los dos meses y medio que duraba el período de prueba, cuyo cumplimiento los acreditaba para afiliarse al sindicato.

Como era de esperar, dos semanas antes de que Primo cumpliera los requisitos para incorporarse al sindicato, la empresa rescindió su contrato.

Primo: Yo me imaginé que eso es lo que pasaría, porque yo sólo llevaba dos o tres meses allí. Por eso yo era el que tenía mayor riesgo de que me botaran, tú sabes, por el asunto ése del sindicato. Y aparte, en ese trabajo no te dan Blue Cross/Blue Shield [seguro médico], y la planilla es un desorden.
Los panas más viejos, los que ya llevaban allí muchos años, me decían: "Aquí no te van a dejar entrar en el sindicato. Cuando cumplas tres meses te van a botar. Ten cuidado".
Todavía me deben chavos. Ese trabajo es una mielda. Ahorita van a botar a tos los americanos pa comenzar a contratar sólo mojados, jamaiquinos, centroamericanos. Vas a ver.

Si bien César, por un lado, reaccionaba con mayor indignación que nadie ante las estrategias antisindicales del sector de servicios, por el otro reproducía la lógica racista del "divide y reinarás" que los administradores políticos y empresariales han sabido explotar a lo largo de la historia como mecanismo de control laboral. Como Primo, culpaba a los mexicanos y a los caribeños recién llegados a Nueva York de su exclusión del mercado laboral legal. Con ello, demolía aún más su propio sueño de encontrar un empleo estable bien remunerado.

César: A los mexis los abusan en esos puestos, pana. No les pagan na y los cogen pa todos los trabajos, ¿tú me entiendes? Es mano de obra a precio de ganga.
Ahora contratan a un mexicano antes que a un blanco o a un puertorriqueño, porque saben que lo pueden exprimir más.
Primo: Les pagan dos o tres pesos por hora por un trabajo que yo sería capaz de hacer perfectamente.
César: A mí eso me tiene encojonao, pana.
Primo: Toman los puestos que podrían ocupar otras personas que somos ciudadanos.
César: Porque nosotros pertenecemos a los Estados Unidos.
Primo: Y entonces a mí me pagarían lo que me tienen que pagar: cinco, seis, ocho pesos por hora.
César: Y además los mexicanos se traen a to el corillo del país de ellos. Ahora hay edificios que son puro mexicano.
Primo: Hay un edificio en la 116 que está estibado de mexicanos.
César: Toda esta cuadra está repleta, son un chorro de razas distintas.

Y son como animales, viven tos juntos en el mismo cuarto.
Especialmente los africanos; esa gente es sucia.
Primo: Nos tratan mal y viven mejor que nosotros.
César: Por alguna razón me parecen puercos.
Philippe: ¡Noooo! Oye...
César: Son bien prietos. Negrititos de veldá. No sé tú, pero a mí me parecen sucios. No son el mismo tipo de moreno que los negros americanos que andan por aquí. Éstos son negros negros, como si los hubiera tostao el sol.
Primo: Y luego están los dominicanos.
Philippe: Ey, panas... Deberían leer mi libro sobre lo estúpido que es ser racista contra otra gente que también está pelada.[12] Déjenme que lo traiga para leérselo. Es sobre una plantación en Costa Rica donde los latinos y los morenos se serruchan el piso. A las compañías les encanta; se burlan de los pleitos y se aprovechan de ellos.
César: [despreocupado] Y los más bestias son los dominicanos. Se vienen de ilegales y pegan a vender drogas, o compran una tienda. Los dominicanos son los que más detesto.

Primo, César y casi todos los habitués del Salón de Juegos renegaban de la gran afluencia de extranjeros que empezaba a hacer acto de presencia en El Barrio. Se producía una auténtica repetición, aunque con los roles invertidos, del proceso por el que sus padres y abuelos habían arribado al vecindario. En los últimos años de mi estadía en East Harlem, los mexicanos de las zonas rurales de su país llegaban en cantidades cada vez más numerosas y se establecían en los edificios más decrépitos, próximos a los epicentros más enérgicos del narcotráfico. Varios de los clientes del Salón de Juegos, entre ellos Néstor, contratado por Ray para reemplazar ocasionalmente a Primo y a César, cayeron presos en algún momento por asaltar, apuñalar y en un caso asesinar de un disparo a estos nuevos vecinos.

Tres o cuatro décadas atrás, eran los puertorriqueños los que ocupaban el lugar de chivos expiatorios, entonces para los italonorteamericanos que los acusaban de "invadir" el vecindario y de "robarles" los puestos en las fábricas donde trabajaban. Y es que en los años cuarenta y cincuenta, la pobreza desahuciada, semejante a la que padecerían los mexicanos en la década de los noventa, transformaba a los puertorriqueños en mano de obra mucho más "explotable" que la que representaban los hijos neoyorquinos de los italianos. Tal hecho queda claro en los recuerdos de infancia de la madre de Primo:

La madre de Primo: A mí me encantaba vivir en Puerto Rico. Siempre teníamos qué comer, porque el pai mío tenía trabajo, y en ese

> tiempo la costumbre era tener una huerta en el patio de la casa pa sembrar comida y todo lo necesario pa la alimentación de la familia. Comíamos carne solamente los domingos, porque todo estaba cultivado en la misma parcelita. De ahí sacábamos nuestra berenjena, nuestras habichuelas, nuestro cilantro, nuestro... [nombra otras hierbas y vegetales típicos de una agricultura de subsistencia]. De ese modo ahorrábamos dinero.
>
> No teníamos refrigeradora, entonces comíamos bacalao, que se puede dejar afuera, y un tipo de carne al que le llaman carne de vieja, y sardinas de lata.
>
> Pero gracias a Dios nunca pasamos hambre. La mai mía preparaba un montón de harina de maíz. Y pa ahorrar dinero, siempre que sobraban habichuelas mi mai las cogía y las colaba, las apachurraba, hacía una sopita y le echaba un poquito de harina. Entonces nunca pasamos hambre.

En los años cincuenta, Leonard Covello, director italonorteamericano de la escuela superior de El Barrio, se sentía descorazonado por el racismo de sus vecinos contra personas como la madre de Primo. En su autobiografía, Covello reproduce una discusión que sostuvo con un grupo de italonorteamericanos en una esquina de East Harlem:

> [*Un hombre en la esquina*:] Ellos no son como nosotros. Nosotros somos estadounidenses. Comemos carne al menos tres veces por semana. ¿Ellos qué comen? ¡Frijoles!
>
> [*Covello*:] ¿Y qué crees que comían tus padres cuando llegaron a este país? ... *Pasta e fasul*... Frijoles con macarrones, no lo olvides. No olvides que otras personas decían lo mismo de tus padres que lo que tú dices ahora sobre los puertorriqueños.[13]

Décadas más tarde, la violencia y los conflictos interétnicos entre los puertorriqueños desempleados y los extranjeros que "invadían" sus vecindarios "asediando" los mercados laborales representaban la cara oscura de la reestructuración económica neoyorquina en su fase tardía. En los años ochenta, el valor real del salario mínimo en Nueva York cayó en una tercera parte, a la vez que el gobierno federal recortó a la mitad el porcentaje de su contribución al presupuesto local. En circunstancias normales, tales cambios habrían ocasionado una crisis en la reproducción de la fuerza laboral de nivel básico.[14] No obstante, la nueva ola de trabajadores extranjeros llegó justo a tiempo para satisfacer la demanda de obreros dispuestos a aceptar sueldos inferiores al costo de la subsistencia y condiciones laborales deplorables. La mayoría de los inmi-

grantes que se asentaban en East Harlem eran mexicanos de los estados rurales de Guerrero y Puebla. La pobreza de sus pueblos natales los convertía en mano de obra altamente disciplinada y económica, ideal para satisfacer las cuantiosas necesidades de los ejecutivos del sector FIRE en los servicios domésticos, las entregas a domicilio, la preparación de alimentos y la conserjería.[15] Además, debido a que sus pueblos por lo general no cuentan con servicios básicos como agua potable y electricidad, tienen mayor facilidad para soportar el desmoronamiento del sector público en la *inner city* estadounidense. Independientemente de su etnia, los neoyorquinos de nacimiento no se dejan explotar lo suficiente como para competir con estos inmigrantes por los puestos de menor categoría.

Además de la ventaja material que supone tolerar estilos de vida más escuetos y condiciones laborales abusivas, los mexicanos recién llegados a Nueva York poseen ideas muy distintas acerca del racismo y la subordinación que los afronorteamericanos y los puertorriqueños. Por un lado, su definición de la dignidad se corresponde poco con las jerarquías étnicas y las nociones de mérito personal predominantes en los Estados Unidos; por el otro, no les dan importancia a las manifestaciones más sutiles de racismo que ordinariamente se dirigen contra los latinos en Nueva York. Desde luego, esta capa aislante contra la humillación por parte de otros grupos étnicos se debilitará con el tiempo, conforme los recién llegados desarrollen vínculos personales y emocionales con la sociedad local y a medida que una generación de mexicanos neoyorquinos alcance la madurez. Ciertas dinámicas semejantes, aunque mediadas por parámetros culturales y económicos distintos, tienen lugar en la actualidad entre los inmigrantes indocumentados procedentes de Asia establecidos en el sur de Manhattan, los grupos dominicanos en el Upper West Side y los caribeños oriundos de las Antillas instalados en Brooklyn.[16]

LA OPCIÓN DE LA BICULTURALIDAD: MOVILIDAD SOCIAL O TRAICIÓN

A raíz de la dinámica estructural de sucesión étnica en los empleos de menor categoría, la mejor esperanza para los puertorriqueños neoyorquinos descansa en la creciente demanda de personal de apoyo para las oficinas del sector FIRE en ocupaciones tales como el fotocopiado, la recepción y el reparto de correspondencia. Ésta no es sólo una de las esferas de mayor crecimiento en la economía local, sino que además posee el mayor potencial para los jóvenes que aspiran a mejorar su situación socioeconómica a medida que los mensajeros asciendan al puesto de auxiliares, luego al puesto de asistentes administrativos, y así sucesivamente. Como es natural, también son éstos

los empleos que exigen conductas serviles opuestas a los principios de la cultura callejera.

Como vimos antes, todo joven de la *inner city* que desee tener éxito en el sector FIRE debe ser bicultural: tiene que acatar "las leyes de la mujer blanca" en el distrito financiero y regresar a casa a un *tenement* o un caserío y ser capaz de restituir su personalidad callejera. Es una cuerda floja sobre la cual las identidades de miles de habitantes de East Harlem hacen equilibrio. A menudo los jóvenes exitosos deben soportar que amigos y vecinos menos afortunados los acusen de traicionar a su etnia o de albergar un racismo internalizado.

Algunos habitués del Salón de Juegos censuraban a sus vecinos que, exitosamente empleados, lograban adaptarse a la cultura financiera. Leroy, un primo de César que dirigía su propia red de *crack*, le daba gran importancia al tema:

> *Leroy*: Cuando una persona se va al *downtown* y consigue un buen trabajo, si esa persona es puertorriqueña, rápido uno lo ve empezar a arreglarse el pelo y ponerse lentes de contacto. Así encaja. ¡Y hay mucha gente que hace eso! Yo soy testigo.
> Es gente que da un vuelco. Es gente que quiere ser blanca. Si uno les dice que son hispanos, pana, te metes en un lío.
> Digamos que tú conoces a Pedro, sólo como un decir. Pues de repente, Pedro viene y te dice: [imita un acento blanco nasalizado] "Me llamo Peter".
> ¿De dónde saca uno Peter de Pedro?
> Préstale atención al modo en que los hispanos se peinan. Cuando los cogen en un trabajo bueno, de repente, tú sabes, se ponen a hablar formal.

La biculturalidad no es una opción viable para Leroy, ya que su piel negra y su brusco proceder le impiden adquirir credibilidad en el contexto de oficina. Tiempo después, averigüé que parte de la ira que expresó esa noche contra la "gente que da un vuelco" surgía como resultado de su última incursión en el mundo laboral legal. Recientemente había renunciado a un trabajo como mensajero por el que le pagaban centavos para regresar a vender *crack* en la escalera del caserío donde vivía, poco después de que una mujer blanca huyera de él espantada por el pasillo de un edificio financiero. Leroy entró al ascensor al mismo tiempo que la muchacha, y por casualidad se bajó en el mismo piso para hacer una entrega. Lo peor del caso es que Leroy había hecho el intento de ser caballeroso. Sospecha que el contraste entre su cortesía y su desaseo fue lo que aterrorizó a la mujer:

> *Leroy*: Uno se monta al elevador y deja que la mujer salga primero como una cortesía, tú sabes. Bueno, eso fue lo que yo hice, pero ese día yo tal vez andaba un poco desaliñado. A veces uno se despeina, tú sabes. Entonces, tal vez, cuando me quedé esperándola pa que saliera primero, yo le haya parecido sucio.

Leroy no reconoció hasta más adelante que él también se había sentido intimidado por compartir el pequeño espacio con una mujer blanca. El tabú que significaba la proximidad de la mujer lo desconcertó a tal punto que olvidó oprimir el botón cuando abordó el ascensor:

> *Leroy*: Ella se metió primero, pero esperó a ver qué botón apretaba yo.
> Fingió que no sabía a qué piso iba pa esperar a que yo apretara el botón. Y yo me quedé parado allí y se me olvidó apretarlo.
> Yo me quedé viendo pal ciprés; no sé qué carajos me pasó. Y entonces ella pensó: "No apretó ningún botón. ¡Me está siguiendo!".

Leroy hace un gran esfuerzo por entender el terror que su mera presencia inspira en las personas blancas.

> *Leroy*: Ya me había pasado antes. Es decir, después de un tiempo uno se vuelve inmune a eso.
> Cuando pasa por primera vez, a uno le molesta. "Eso está mal. ¿Cómo puede ser que te juzguen así nomás?". Pero ése es el modo de pensar de ellos, tú sabes: "Qué mucho moreno que anda por aquí". Es bien jevi.
> Pero a algunos de ellos yo los entiendo. ¿Cómo te lo explico? Mucha gente blanca... [me vuelve a ver, nervioso] quiero decir, caucásicos... [avergonzado, me pone la mano levemente en el hombro]. No te ofendas cuando digo gente blanca, porque yo sé que en este vecindario viven muchos blancos.
> Pero luego hay gente blanca que nunca ha visto gente morena. Crecen en barrios ricos, y las escuelas donde estudian... allí no van morenos. Las universidades donde estudian... allí tampoco van morenos. Y luego se vienen pa las oficinas y empiezan a toparse con nosotros.
> Y nosotros no tenemos los mejores trabajos, tú sabes. Tú sabes cómo funcionan las cosas. Yo les digo trabajos de miseria. Y nosotros no siempre encajamos bien ni vamos tan bien vestidos.
> A veces yo voy a trabajar desaliñao y en seguida piensan que yo soy

un criminal que los quiere asaltar, o algo por el estilo. Así que yo... yo no les presto atención. A veces me encabronan. Eso me pone a pensar, tú sabes. Me dan ganas de escribir. Siempre escribo cuando me pasa algo parecido.

A veces escribo la historia de lo que pasó. Trato de escribir rimas [letras de rap] sobre el incidente.

Desde luego, al vender *crack*, Leroy no tiene que enfrentar estas confusas humillaciones basadas en las diferencias étnicas y de clase.

Uno de los primos de César me ayudó a examinar el asunto desde otra perspectiva. Él había "alcanzado el éxito" en la economía legal pero conservaba la amistad con varios de sus antiguos vecinos. Tras criarse en El Barrio y atravesar una etapa de adicción a la heroína, logró conseguir un empleo administrativo fijo en una agencia de seguros y adquirió una casa en los suburbios para su familia. En un principio, negó haber tenido que desechar su identidad étnica para escapar de la cultura callejera. Él y su familia eran devotos testigos de Jehová y él concebía su conversión a la fe y su superación socioeconómica como un solo hecho. Sin embargo, cada vez que regresaba a El Barrio a visitar a amigos y parientes, se sentía obligado a esconder el alcance de su éxito económico.

El primo de César: La mitad de mis amigos se murieron: asesinatos, sobredosis. Pero sigo en contacto con los que quedan vivos. De hecho hoy estuve con uno de ellos. Está en un programa de metadona.

Mis amigos de acá, ellos no sienten que yo los menosprecie. Claro que no saben cómo yo vivo. Saben que yo "trapicheo con seguros", pero yo no me las guillo en frente de ellos. Puede que los haga sentirse incómodos, así que nunca hablo de eso. Por eso no me ven como un traidor.

La cuerda floja de etnia y clase no es tan fácil de transitar en este nuevo mundo de ascenso social, gobernado por una forma de racismo hondamente institucionalizada.

El primo de César ha optado por aceptar e interiorizar la legitimidad del *apartheid* en los Estados Unidos.

El primo de César: El futuro de mis hijos tiene horizontes que yo nunca tuve. Vivimos en condiciones suburbanas. De hecho, somos una de las tres familias hispanas de todo el sitio.

Hay gente que se asusta cuando yo salgo a correr por el vecindario. Se ponen nerviosos cuando me ven. Yo me despreocupo porque yo tengo confianza. No les presto atención. No me fastidian para nada. De vez en cuando me llaman a la casa a fastidiarme, y me dicen, tú sabes: "Ey, spic"; "spic" y cosas así, tú sabes, pero yo no lo cojo a pecho [risa nerviosa].

En cierto sentido yo he aprendido a ponerme en su lugar. ¿Tú me entiendes? Porque yo he visto lo que las minorías étnicas le pueden hacer a un vecindario. Yo he visto caer a grandes vecindarios. Entonces yo me pongo en sus zapatos y los comprendo; he aprendido a tener empatía. Yo entiendo la forma de pensar de ellos.

Primo y César encuentran imposible tanta empatía y comprensión. Se refugian en la economía informal y celebran la cultura de la calle.

5. La educación criminal

En quinto grado yo me la pasaba relajando. Pero luego en la escuela comenzó una guerra, mollos contra puertorriqueños, ¡y a los boricuas nos daban unas pelas...!
Un día un pana mató a un nene y después de eso ya no queríamos ir a la escuela. Faltábamos a clase y nos íbamos a robar al centro.
César

Las interacciones entre la familia, la escuela y el grupo de amigos desempeñan un papel fundamental en la construcción e instauración de la marginación social, sobre todo durante la preadolescencia. Por ello, decidí grabar los recuerdos de infancia de los protagonistas de este libro con el propósito de examinar su relación temprana con la sociedad convencional y la cultura callejera de la *inner city*. Embarcarse en estas narraciones llevó a Primo, César y muchos otros a ahondar en detalles sobre sus vidas familiares. Gran parte del material que me proporcionaron respecto de estos temas se encuentra en este capítulo y en los próximos tres, donde analizo las cambiantes relaciones de poder entre hombres y mujeres y las transformaciones en la organización familiar alrededor de la crianza de los niños y la estabilidad económica.

En este capítulo examino una de las principales instituciones de la sociedad dominante en la *inner city*, la escuela pública, que incluye entre sus objetivos la socialización temprana de los individuos. Este análisis conduce con fluidez hacia la organización que la cultura callejera ofrece como alternativa a las instituciones pedagógicas: el grupo de amigos –la cuadrilla protocriminal de jóvenes o pandilla–, que en efecto viene a llenar el vacío estructural abierto por la deserción escolar. Los relatos de mis conocidos sobre sus experiencias tempranas con el crimen me obligaron a abordar el fenómeno de la violencia sexual, elemento central de su educación formal e informal. Por lo tanto, el capítulo acaba con un análisis del modo en que los jóvenes de edad escolar aprenden a ejecutar la dinámica misógina de la cultura callejera a través de las violaciones en grupo.

DELINCUENCIA EN EL JARDÍN DE INFANTES: PRIMEROS ENFRENTAMIENTOS CON EL CAPITAL CULTURAL

Los maestros de escuela primaria suelen afirmar que, hasta segundo grado, la mayoría de los estudiantes desea complacerlos, aun cuando sean proclives a escenificar sus problemas personales en el aula. Sin embargo, en el caso de Primo y César, la escuela implicó malas experiencias desde los primeros días:

> *Primo*: Yo odiaba la escuela. La detestaba. Coño, me metía en problemas todo el tiempo. Nunca hice la tarea en mi vida. No me venía en gana, así de sencillo.
> Desde el primer grado hasta que me salí de la escuela sólo hice dos o tres tareas.
> Nunca en mi vida hice tareas. ¡Nunca!

La alienación institucional de Primo coincidía con una brecha cultural y generacional dentro de su familia que desestabilizaba las relaciones de poder tradicionales en su hogar. Entre madre e hijos había un grave enfrentamiento cultural: ella era una inmigrante soltera que no hablaba inglés, y sus hijos, nacidos en Nueva York, se negaban a contestarle en español (hecho que el académico Abdelmalek Sayad llamaría su "primer acto delictivo").[1] El hecho de que inscribiera a sus hijos en el jardín de infantes exacerbó esta crisis. Si se tomara en cuenta que, como señala el sociólogo Pierre Bourdieu, las formas de interacción cultural como la alfabetización integran la base del "capital simbólico" que estructura el poder en toda sociedad, sería posible comprender, desde la perspectiva de una inmigrante y sus hijos de segunda generación, el trauma que es capaz de representar el primer contacto con el sistema de educación pública.

La incapacidad de la madre de Primo para expresarse en inglés y su incompleta alfabetización representaron una fórmula desastrosa en su interacción inicial con la maestra del jardín de infantes de su hijo. Ningún niño precoz de cinco o seis años soportaría ser testigo de la transformación instantánea de su madre, hasta entonces su figura de autoridad, en objeto de intimidación y ridículo. Peor aún, en los años siguientes la institución hostil y distante de la escuela demuestra ser mucho más poderosa en la determinación del futuro de un niño que todas las caricias, críticas y golpizas de una madre.

En el aula del jardín de infantes, Primo heredó la carga que suponía la identidad de su madre como antigua trabajadora de una plantación rural puertorriqueña y actual obrera de un *sweatshop* neoyorquino. El analfabetismo de su madre y su incapacidad para comunicarse con la burocracia educacional condenaron a Primo a parecer lento y poco dispuesto a colaborar con los maestros. Quizá se haya visto obligado a contrariar las intenciones de sus profesores como medida de protección contra los insultos inconscientes que recibía como respuesta a su intento, inevitablemente fallido, de complacerlos. Pese a las advertencias de su madre, ansiosa por que Primo respetara a sus maestros y fuera más estudioso, el éxito de Primo en la escuela hubiera representado una traición al amor que sentía por ella.

En una serie de estudios –un cuerpo de literatura llamado "teoría de los campos de producción cultural"–, un grupo de teóricos dedicados a analizar la intersección entre las áreas de la educación, la antropología y la sociología examina la manera inconsciente en que los maestros de escuela procesan mensajes subliminales relativos a la cultura y la clase social para establecer jerarquías entre sus estudiantes. Señales tangibles como el acento y el modo de vestir se funden con formas más sutiles de expresión como el lenguaje corporal, el contacto visual, el estilo de juego y el nivel de atención para convencer a los representantes de la burocracia dominante, por lo general procedentes de la clase media, de que ciertos niños padecen déficits intelectuales, problemas disciplinarios y trastornos emocionales irremediables. No es difícil imaginar lo que pensaban de Primo sus maestros de segundo grado:

> *Primo*: Cuando yo estaba en clase nunca quería hacer na. Nunca levantaba la mano. Me sentaba en el pupitre y me quedaba como eslembao.
> Me daban ganas de esconderme. Era un nene bien tímido, sentado en la última fila con cara de "déjame en paz".
> Yo me ponía a dibujar. Todo mi escritorio lo tenía pintado con *graffiti*.
> A veces yo me sentía mal y empezaba a hacer ruidos. Me sacaban de la clase.
> Pero cuando nos tocaban los exámenes yo los aprobaba.

La conducta de Primo en clase inspiraba juicios simbólicos de parte de sus maestros, acusaciones que en un nivel macro ayudan a mantener la desigualdad entre las clases sociales. Ya me he referido al poder de exclusión del capital cultural (por ejemplo, la incapacidad de Ray, el cabecilla semianalfabeto de la cadena de casas de *crack* que yo frecuentaba, para conseguir una licencia de conducir, o, más significativamente, las experiencias de Primo, César y Leroy con el menosprecio y falta de respeto en los corredores del distrito financiero), pero es en la escuela donde la violencia simbólica y las definiciones de la clase media de lo que es culturalmente apropiado caen con todo su peso sobre un niño puertorriqueño de clase trabajadora.

Primo: Cuando la *teacher* me regañaba porque yo daba lata o porque no prestaba atención en clase, yo la insultaba.
Si me decía: "¡Cállate!" o algo así, yo le decía: "¡Vete a comel mielda!".

El estatus de César como delincuente era casi físico para sus profesores:

César: A mí los maestros me odiaban. Decían que yo era un manganzón malcriado. Yo era el payaso de la clase.
Siempre hacía un revolú. Yo era un delincuente [risas].

En las escuelas públicas, la imposición de los parámetros simbólicos del poder social es un proceso inconsciente para todos los involucrados. Llega a envenenar las facetas más íntimas de la vida de un niño vulnerable. Por ejemplo, cuando Primo alcanzó el alfabetismo básico y llegó a comprender las convenciones de la escuela primaria, comenzó a manipular el sistema en contra de su madre, subvirtiendo los canales habituales por los cuales se organiza la autoridad madre-hijo. Ella arremetió contra Primo con golpes, ira y desconfianza.

Primo: En primer grado mi cuaderno estaba todo tachado con rojo.
Y la mai mía firmaba de todos modos. Yo no le decía por qué estaba marcado con rojo para que ella me lo firmara.
Después los profesores le explicaron lo que quería decir el rojo y ella se enfogonó bien cabrón: "¡AAAAH!" [azota los brazos].
Y como yo sabía dibujar y siempre andaba calcando cosas, cuando le mandaban cartas que ella tenía que firmar con quejas de que yo no hacía la tarea, yo cogía y calcaba la firma de mi mai al final de la carta.
Yo era un chamaquito, tal vez como mi hijo Papito, de seis o siete años. Sí, creo que estaba en segundo grado.

A medida que Primo alcanzaba la pubertad, su intransigencia académica se fue transformando en ausentismo escolar, delitos menores y un intenso consumo de drogas. Su madre intentó salvarlo enviándolo a vivir con sus padres en Arroyo, el pueblo puertorriqueño donde ella se había criado. Primo se mudó al hogar de sus abuelos en un nuevo caserío construido por el gobierno federal en las afueras de una plantación de caña que era propiedad de la misma compañía estadounidense que había empleado a sus abuelos y tíos abuelos en décadas anteriores. No obstante, este intento por compensar las experiencias traumáticas de Primo en la *inner city* resultó tan desesperado como atropellado. El

distrito pedagógico de East Harlem nunca envió los documentos a Puerto Rico y Primo fue declarado desertor escolar a sus catorce años de edad. Peor aún, la comunidad de sus abuelos lo rechazó rotundamente. Los puertorriqueños criados en la isla están completamente al tanto del colapso del control social y del sentido de comunidad entre los emigrantes que regresan a Puerto Rico, y en general los tratan con suspicacia. Primo descubrió que cabalgaba entre dos culturas y que ambas lo rechazaban.[2] En otras palabras, atravesó la experiencia clásica de los adolescentes hijos de inmigrantes cuyos sueños de superación socioeconómica y ciudadanía con igualdad de derechos han sido pulverizados en las ciudades estadounidenses.

Primo: [toma cerveza] La mai mía me mandó pa Puelto Rico cuando yo tenía catorce años porque aquí me la pasaba metiéndome en problemas [señala afuera de la ventana del Salón de Juegos].
Yo era un nene nada más, igual que las jebas a las que yo quería sentármeles al lado. Ellas se paraban bien lejos de mí, como de aquí al otro lado del salón. Como que me tenían miedo, tú sabes.
Yo nunca había conocido a los papás de ellas, pero igual ellas me decían: "No te puedo hablar mucho porque el pai mío no me deja".
Y yo les preguntaba: "¿Y quién es tu papá?", pensando que ya me habían conocido y que les había caído mal.
Pero era que les habían advertido sobre mí. El bochinche, tú sabes.
En esos pueblos las noticias corren así [chasquea los dedos] y si uno es de Nueva York piensan que eres un fresco.
César: Sí, a mí me pasó lo mismo. Puerto Rico está bien jevi, mano.
Yo ya fui pa allá un chorro de veces. No nos quieren a los puertorriqueños de Nueva York, nos dicen "gringos". Dicen que los boricuas de Nueva York somos más mañosos, más despabilaos [sonríe y se frota los dedos]. Manipuladores.
A mí me reclamaban: "Tú vienes aquí y nos tratas de hacer quedar como campesinos". Tú sabes, como jíbaros.
En Puerto Rico tienes que tener cuidado o te metes en un lío.
Primo: Sí, yo también me metí en problemas en Puerto Rico.
O sea, yo soy un verdadero sinvergüenza. Con mi primo le robamos quinientos pesos a mi abuelita que era bolitera. Se los sacamos de la cartera. Y esa mujer [baja la cabeza], ella me quería muchísimo.
El esposo nos cogió y nos cayó a golpes y me devolvieron rapidito pa acá pa Nueva Yol.

VIOLENCIA INSTITUCIONAL Y FAMILIAR

La destrucción y la violencia marcaron aún más la experiencia educativa de César. Él también era hijo de una mujer que había emigrado en la adolescencia, pero ella se había criado en un caserío urbano, no en una plantación rural, y había adquirido un mayor nivel de educación formal. Estas circunstancias ocasionaron una letanía de trastornos en su vida personal: embarazos en serie con múltiples hombres durante la adolescencia, adicción a la heroína, delitos menores y, a la postre, homicidio y encarcelamiento. Todos estos hechos ayudan a explicar los embrollos personales e institucionales característicos de la vida de César.

> *César*: Yo no era tan bobo en la escuela. Era violento. La única razón por la que yo salí tan malcriado es que… no tenía quién me encarrilara.
> Yo soy el mayor de mis hermanos. No tuve pai ni mai. O sea, mi mamá vivía con nosotros de vez en cuando, pero Abuela era la que siempre estaba pendiente de mí.
> La mai mía se metió a la calle muy temprano. Cuando me tuvo a mí apenas tenía dieciséis años. En ese tiempo era una reina de belleza en Puerto Rico y era el centro de atención, tú sabes. Mi pai también era bien joven, como de veinte años.
> Ella esnifeaba perico y manteca y pasaba picada to el tiempo. Acho, la mai mía tenía problemas.
> Ella no me podía cuidar porque tenía que cuidar a mi helmanito y mi helmanita, entonces yo me quedaba con mi abuela.
> Nos mudamos un fracatán de veces, de El Barrio a Chicago, de Chicago a Connecticut y de allí de vuelta a El Barrio.
> Yo vivía con mi abuela, porque la mai mía ya había hecho lo que tenía que hacer y estaba en la cárcel.

Semanas después, en privado, Primo me dio más detalles sobre la relación de César con su madre.

> *Primo*: La mamá de César era una bruja, una tecata que nunca estaba pendiente de él. Ella era bien mala con César.
> Estaba tan loca que mató a un doctor. Y eso fue un homicidio premeditado. Era un doctor que le daba prescripciones; ellos chichaban todo el tiempo.

Es probable que César haya nacido adicto a la heroína.

> *César*: Yo nací enfermo. Tuve que pasar dos meses en el hospital. Y la mai mía, ella tenía problemas.
> La mai mía mató a un hombre que se le había ido pa encima. Yo creo que ella se estaba tratando de defender; bueno, eso fue lo que ella me dijo; y acabó matando a ese señol.
> A mi mai le tocó un defensor público bien malo y así fue como la jodieron. El juez le metió veinticinco años… como decir toda mi vida.
> *Philippe*: ¿Hablas con ella? ¿Cómo está ahora?
> *César*: He ido a visitarla varias veces. No me gusta ir pa allá.
> Está en la cárcel con Jean Harris [sonríe]. La que mató a ese doctor que escribió *The Scarsdale Diet*, tú sabes. Pues mi mai tá en la cárcel con ella. El problema con ella es que pasa enfogonada. Yo tengo un retrato de las dos juntas. Ellas son panitas en una cárcel de honor.

César asegura que su deserción escolar fue el lógico desenlace de sus mudanzas incesantes.

> *César*: La primera vez que yo me mudé fue pa casa de mis primos en Connecticut, porque tenía muchos problemas en Nueva York.
> De ahí me fui pa Chicago. Abuela se puso muy enferma y la tuvieron que operar. Yo seguía metido en líos y eso la ponía peor, tú sabes.
> Por fin la jara me cogió y me dijeron que si yo no me iba de vuelta pal lugar de donde yo era ellos me iban a meter preso. Yo me asusté y entonces nos vinimos otra vez pa Nueva Yol.
> Yo me mudaba porque tenía parientes en muchos lugares y ellos me decían: "César, vente con nosotros".
> Pero cada vez que me mudaba, llegaba a la siguiente escuela y tenía que esperar hasta que llegaran los papeles. Entonces me pasó como cuando me vine otra vez pa Nueva Yol, que ya ni siquiera fui a la escuela, sino que me puse a trabajar.
> Ya yo no era un nene, ya tenía unos once, doce, hasta dieciséis años.
> Ni siquiera recuerdo cuántas veces fue que me cambié de escuela. Seis, siete veces, ocho veces, diez veces.

La violencia, factor organizativo de la vida diaria en la escuela, colma los recuerdos de César con respecto a la educación formal. Los jóvenes que se cambian de escuela en múltiples ocasiones suelen verse obligados a cultivar identidades agresivas.

César: Yo fui a un chorro de escuelas antes de dejar de estudiar. Fui a la 113, la 117, la 102, la 109, andaba de arriba para abajo. La escuela de la Isla Ward, las escuelas del norte, las escuelas del sur...
Yo peleaba con tantas ganas que después de un tiempo ya no me fastidiaban. Me volvía loco, bien loco siempre que peleaba. Los otros nenes pensaban que yo era un salvaje. A uno de los panas con los que me peleé le reconstruí la cara, aunque esa vez me quebré la muñeca.
Primo: Yo siempre me metía en peleas. Aunque perdiera, yo era el que las empezaba.
César: Yo me acuerdo que siempre que llegaba a una escuela nueva, en los primeros días todos los otros panas querían como iniciarme.
En el pasillo nos gritaban [en tono siniestro]: "Preepaaas".
Se te paran en frente [choca contra mí, casi me tumba] sólo pa provocarte.
Te dan un manotazo en el cuello [me abofetea].
Siempre se sentaban en la baranda de las escaleras. Al primer matón que me diera un manotazo yo lo trataba de empujar de la baranda, tú sabes [me levanta en el aire], para botarlo de las gradas y romperle la cabeza... Porque yo me asustaba.
Chacho, eran panas grandes, parecían mulas. Pero nosotros estábamos preparaos.
Primo: A todo el mundo le iba mal, pero a mí nadie me jodía porque si me ponían un dedo encima yo cogía una silla, un lápiz, lo que fuera y los cortaba.
Eso me dejaba tranquilizarme un poco más.
César: Sí, y después, cuando crecí, yo fastidiaba a los prepas.
O sea, Felipe, tú eres rico. No tuviste que bregar con esa mielda, pero yo y este panita [señala a Primo] nos teníamos que poner las pilas, ¿tú me entiendes? Y había mucha gente como nosotros.
En Connecticut era peor, porque ahí la cosa era mollos contra puertorriqueños.

Las narraciones de los episodios violentos daban cuenta de un sesgo machista: la conquista sexual representaba el parámetro fundamental del respeto en el patio escolar.

César: A mí en realidad no me jodían tanto porque yo me la pasaba relajando con las jebas. Así que los panas no me fastidiaban tanto y yo no tenía que dar tantos puños.

A pesar de su celebración de la violencia en la cultura callejera, César reconocía que en el contexto institucional escolar su posición era vulnerable.

César: La única vez que yo la pasé mal en serio fue cuando me mandaron pa un reformatorio al norte de Nueva York. Allí los orientadores le daban cantazos a todo el mundo. Hacían lo que les venía en gana con nosotros.
Además, los otros panas nos daban pelas todo el tiempo. A mí me pasaban dando pelas.
Me obligaban a fregar los platos, mapear el piso...
Era un asco de reformatorio. Yo veía a los orientadores afuera con los nenes desnúos en el piso: les pegaban, les quitaban la ropa y los tiraban pa afuera, a la nieve y eso. Bien fuerte.
Yo tenía como doce o trece años. Era un lugar bien loco, pana. Cuando yo vi lo que pasaba allí yo agarré mis cosas y pensé: "Me largo". Los orientadores eran unos salvajes.

Sorprendido por esta inusual manifestación de debilidad, quise examinar más detalladamente este período de la vida de César. Su primo, Eddie, que era menor que él y que por casualidad estuvo internado en la misma institución a los nueve años, me ofreció una versión complementaria de la experiencia en el reformatorio: "una de esas escuelas donde uno tiene que pelear para sobrevivir". En ese entonces, la familia de los niños atravesaba una crisis de tal magnitud que a nadie se le ocurrió informarles que iban a coincidir en el reformatorio:

Eddie: Yo ni siquiera sabía que César estaba allí conmigo, hasta que un día nos llevaron a nadar y allí fue que lo vi. Cuando nos juntamos, las cosas mejoraron un poco. Los otros panas nos tenían que tener más respeto porque él y yo nos cuidábamos la espalda.

Eddie me contó la historia de su propia infancia. Aseguraba que era un "nene bien jodido" que se la "pasaba metido en líos" en la escuela. A los siete años ya había intentado suicidarse, y a los nueve trató de lanzarse desde una ventana en el tercer piso de la escuela cuando un profesor "me regañó por no prestar atención en clase". La mamá de Eddie, como la de César, se había quedado sola, abandonada por un esposo alcohólico: "un sirveparanada bien maceta que sólo está en el mundo pa hacel nenes". Ella también era heroinómana y "tuvo que repartirnos a los hijos entre el resto de la familia". Al contrario de César, Eddie era capaz de admitir: "A mí me hacía falta mi mai. Yo lloraba tos

los días, como una mariquita. Me quería suicidar". Las autoridades escolares interpretaron la depresión de Eddie como una violación disciplinaria que debían castigar. Lo enviaron a un reformatorio.

> *Eddie*: Me dijeron: "No, tú no vas a ver a tu mai. Tú necesitas separarte de ella por un tiempo". Primero me mandaron a la unidad de rehabilitación. Me tuvieron que recluir.

La inusual emotividad de Eddie al relatar el modo en que los traumas de su vida familiar se aunaron a la violencia institucional de la enseñanza pública me incitó a investigar a fondo la vida familiar de César. Sin embargo, quizás como cortesía hacia su primo, Eddie se limitaba a ofrecer generalizaciones abstractas que sencillamente demostraban su empatía con César, y hacía hincapié en la humillación pública que representaban las palizas que sufría su primo a manos de su abuela.

> *Eddie*: Acho, César la ha tenido difícil. Yo me acuerdo que cuando éramos nenes, Abuela lo golpeaba en la calle enfrente de todo el mundo. Lo cogía a palos por llegar cinco minutos talde y boberías de ese tipo. Ella era bien abusiva: iba a tu escuela y te daba una paliza.

Al principio, César negaba que su infancia hubiera sido un período de vulnerabilidad, pero los miedos y ansiedades de la época emergían entre líneas en sus recuerdos. Mucho tiempo después, comenzó a manifestar los razonamientos y las negaciones clásicas de un niño maltratado:

> *César*: No, a mí Abuela no me pegaba. Yo era como un Dios pa ella. Mi abuela es como mi segunda madre. Ella me quiere mucho.
> *Philippe*: ¿Y tu mamá? ¿Te pegaba?
> *César*: Mi mamá nunca me puso un dedo encima porque yo me portaba bien al lado de ella. Yo le tenía miedo.
> Lo que pasa es que cuando yo estaba pequeño, yo vi a la mai mía en una pelea. Eso me puso nervioso, tú sabes. Una morena atacó a mi mai y ella la cogió y la tiró por la ventana de una tienda. Después de eso yo le cogí miedo. Por eso fue que la mai mía nunca me pegó.
> La única persona que me cogía a golpes era mi abuela, pero a mí me gustaba que me golpeara porque no me dolía. Ella me pegaba y yo arrancaba a reírme porque no me dolía. Me gustaba que ella me golpeara.
> *Philippe*: ¿Cuál fue la peor paliza que te dieron?

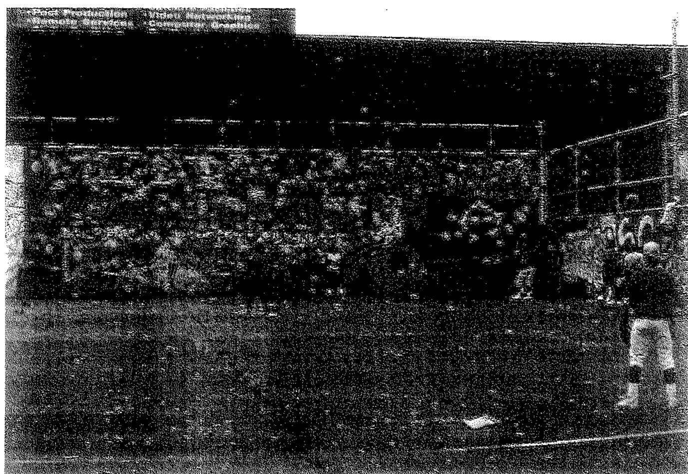
> *César*: Abuela me tiró un cuchillo. Sí, y me cortó. Aquí mismito en el pecho, pero no tengo cicatriz ni nada.
> Me acuerdo que el cuchillo se me vino así, UJJJJ. Si no me lo capeo seguro me lo clava.
> Ésa fue la única vez que a mí me... pero fue porque me había portado bien mal.
> *Philippe*: ¿Te acuerdas de lo que pasó?
> *César*: Me acuerdo que yo me asusté y no le di lata a Abuela por mucho tiempo.
> Pero es que yo era bien malo, casi siempre cuando me cogían a golpes era porque me lo merecía. Ella me tenía que golpear con unos cables que tenía, pero no me dolía, tú sabes.
> A mí incluso me daban ganas de que Abuela me diera golpes. A veces hasta me tiraba un puño. Y golpeaba duro. Pero casi siempre lo que hacía era darme un cocotazo con la escoba.

Abuela siempre me trató con respeto formal cuando yo visitaba a César en su casa. Antes de apresurarse en dirección a la cocina para prepararnos algo de comer y traernos algo de tomar, subía el volumen del televisor sobredimensionado que tenía en el centro de la sala y nos invitaba a sentarnos. Los sillones sobreacolchados, parte del conjunto fucsia con franjas doradas que decoraba la sala, eran sorprendentemente cómodos pese a conservar el forro plástico de la fábrica. Abuela había estrujado todo su mobiliario en la diminuta sala del departamento de caserío público, lo que nos obligaba a maniobrar lateralmente alrededor de la mesita de café color naranja rosa si queríamos sentarnos. Al margen de la gentileza y la cortesía de Abuela, los narcotraficantes más matones respetaban su espacio. En una ocasión, oí al encargado del prostíbulo que operaba desde el departamento frente a su casa (un antro de sexo por *crack*) advertirle a un cliente bullicioso: "¡Deja ese bochinche! Si no te callas, la vieja del otro lado del pasillo va a venir pa acá con ese bastón que tiene y te va a partir la cara".

Dado este trasfondo familiar, no es de extrañar que César recurriera a la violencia para lidiar con sus problemas escolares. Yo aproveché nuestros encuentros alrededor del alcohol y la cocaína en el patio de su antigua escuela media (de la cual tanto él como Primo habían sido expulsados de unos diez a quince años atrás) para grabar sus recuerdos de la época. El patio de cemento, cercado por cuatro paredes de concreto, emitía un aire carcelario. Como si el propósito fuese acentuar la ironía infraestructural propia del *apartheid* urbano estadounidense, el tren que comunica la ciudad con los suburbios atraviesa Park Avenue justamente en este punto, y proyecta su sombra sobre la orilla del patio de concreto. Cada día lectivo, este tren de alta velocidad sirve a varias de

las secciones censales más acomodadas del país, transportando a miles de los ejecutivos más adinerados del sector FIRE a sus hogares en los suburbios de Connecticut y el norte del estado de Nueva York. Si uno de estos pasajeros echara un vistazo por la ventana, lograría ver por un instante el remolino de pintura que cubre las paredes del patio, convertido por artistas de los barrios marginales neoyorquinos en el llamado "Salón de la fama del *graffiti*". Estos artistas compiten por cientos de metros cuadrados de concreto liso, en un área de alto perfil, cubierto de iniciales crípticas al estilo *hip hop*, representaciones psicodélicas de monstruos combatientes que escupen fuego y retratos de Bart Simpson en poses desafiantes. Los mejores dibujantes se ganan el privilegio de preservar sus "obras", algunas de las cuales ocupan hasta seis metros cuadrados, durante varias semanas, hasta que son desfiguradas por competidores o imitadores envidiosos. La estética de la cultura de la calle se ha impuesto en este entorno de otra manera infraestructural e institucionalmente hostil, como si el milagro del genio artístico y la creatividad humana no tuvieran más remedio que afirmarse en un contexto de opresión y desesperanza. Ni un solo centímetro del frío concreto gris permanece visible en este patio escolar.

Desde la perspectiva de los estudiantes y maestros de escuela media, César era un agente del terror personal y del debilitamiento institucional. Su ausentismo debió de significar un alivio para todos. El problema era que, aun en su calidad de desertor escolar, César pasaba mucho de su tiempo en la escuela.



"El Salón de la fama del *graffiti*". Fotografía de Henry Chalfant

César: Sí, sí, yo llegué tarde una mañana y este profesor, creo que se llamaba míster Washington, pegó a regañalme.
Yo me enfogoné y me puse a pensar: "Mano, yo voy a coger esta silla y.... Y le voy a hundir la cara a este canto de cabrón".
Yo lo pensé un rato, hasta que vi a este otro nene que se llamaba Toto. Él también era bien loco.
Jaycee, la novia de Primo en ese entonces: [interrumpe] Ése se murió. Yo escuché decir que a Toto lo mataron.
César: [asiente con la cabeza] Y yo me dije a mí mismo: "Coño, pana, no me importa, yo me voy a la cárcel porque soy un criminal".
Agarré la silla, me fui pa donde el maestro que estaba escribiendo en la pizarra, y le tiré la silla en la espalda. Le quebré el brazo [risa general].
Primo: Chacho, tú eras un enfermo. Yo nunca le quebré una silla en la cabeza a ningún profesol.
César: Sólo se la tiré, yo no quebré la silla. Yo odiaba a ese canto de cabrón.
Primo: Yo odiaba a mis maestros y siempre me quería escapar, pero no era tan salvaje.
César: ¿Tú te acuerdas de esa maestra que bailaba zapateao? ¿Esa jeba que era bien flaquita? ¡Perra imbécil! Nosotros la tratamos de violar.
Jaycee: ¡Acho, pana! Tú te pasabas, César, eras un salvaje.
César: Teníamos un profesor de ciencias que tenía las piernas torcidas. Se llamaba míster Poole. Era como nerviosito, nosotros le robábamos chavos todos los días. Lo esperábamos en el parque y lo asaltábamos.
Nunca nos choteó ni nada. Ni siquiera me suspendió.
Unos mollos y yo hicimos un incendio en la clase de él y la quemamos. Tuvieron que evacuar la escuela.
Primo: Nadie quería enseñar en mi clase. Nos ponían maestros sustitutos y nosotros les tirábamos borradores, les escupíamos bolas de papel. Ahí no había respeto pa nadie.
En ese tiempo fue que yo me desaparecí de la escuela. Yo no le enseñaba a la mai mía mi tarjeta de calificaciones, porque no quería que se diera cuenta de todas mis ausencias y llegadas tarde *estiuupidas*.
César: Yo tampoco iba a la escuela, nunca. Yo iba a la clase de educación física, a la hora del almuerzo, y luego a relajar con las jebas en la tarde y eso. Pero nunca iba por la mañana.
Bueno no, mentira. Veníamos por la mañana a fastidiar a los nenes de Educación Especial. Porque aquí tenían a los retrasados y a los

que caminaban así [tuerce los pies, junta las rodillas y voltea las manos para imitar a una persona con parálisis cerebral]. Les dábamos patadas. Les pegábamos porque no nos caían bien.
Había un niñito que se llamaba Lucas que caminaba bien jodío [exagera los gestos de parálisis cerebral] y nosotros siempre le dábamos unas pelas... [Primo y Jaycee se ríen].
Todos veníamos en la mañana, lo veíamos venir y le dábamos un cantazo, fuácata [me golpea duro detrás de la cabeza]. ¡Bien loco, pana!
[Nota mi ceño fruncido] Qué malos que éramos con ese nene.
Un día, sacamos una cuerda y hicimos como que lo íbamos a ahorcar en el gimnasio. Lo guindamos y lo dejamos caer un rato, pero luego él empezó a toser y lo bajamos.
Otro día nos robamos un martillo de hule de la clase de ciencias y le martillamos la cabeza.
Primo: [preocupado por mi gesto] ¡Acho, pana, tú eras un imbécil!
César: [también me mira preocupado] Lo pateamos tan duro que empezó a caminar normal. Hasta se volvió popular.
Primo: [quizá se acuerda de que hace dos meses a mi hijo de un año le diagnosticaron parálisis cerebral] Al panita lo... lo... [me pone el brazo en el hombro] ¡lo iniciamos, Felipe!
Philippe: [me aclaro la garganta, aguantando las lágrimas] ¿Qué... qué le pasó?
César: [perplejo por las emociones] Caminaba medio torcido, tú sabes [dobla los pies un poco], pero no tan mal. Empezó a fumar pasto, a conseguir jebas...
[También me toma el hombro a modo de consuelo] ¡El pana hasta me quitó la novia, Felipe!

Recuerdo perfectamente esta conversación en el patio de la escuela porque fue una de las primeras ocasiones en la calle en que las contradicciones de la metodología etnográfica, en este caso la práctica de suspender todo juicio moral, me afectaron personalmente. En ese entonces, todavía estaba conmocionado por las dificultades físicas de mi hijo, y nunca perdoné a César por su crueldad. Su inusual esfuerzo por consolarme únicamente logró abrir otra caja de Pandora, la de la barbarie de los hombres contra las mujeres, otra práctica que el relativismo de mi formación antropológica jamás será capaz de reconciliar. Habiendo adormecido mis oídos, César se las ingenió para desconcertarme nuevamente haciendo alarde de las violaciones en las que solía participar. Tengo un recuerdo vívido de mi esfuerzo por convencerme a mí mismo de que César exageraba, o que quizá hablaba metafóricamente. Me

tomó varios años desarrollar la valentía y confianza necesarias para registrar de manera sistemática los relatos de violación grupal de los vendedores de *crack*.

César: Quebrábamos el candado pa subir al techo y allí violábamos a las jebas; nos las chichábamos.
Jaycee: ¡Eres un hijoputa, César!
Philippe: ¡Palabra! ¡Patán!
Primo: [persuasivo] No, César, estás exagerando. Ustedes no las violaban, las fastidiaban y más nada.
César: [riéndose, tritura una lata de licor de malta contra un dragón de tres metros de alto pintado en la pared] ¡Pues yo a mi jeba sí que la violé!
Primo: [me mira, con cara de preocupación] Naa, no es cierto.
César: [cambia de tono] O sea, nosotros les metíamos el dedo y les hacíamos de todo. Y fumábamos hielba y eso, tú sabes.
Oe, pana, vamos por unas frías, que tengo sed.

APRENDIZAJE DE LAS DESTREZAS CALLEJERAS EN LA ESCUELA MEDIA

La animadversión que Primo mostraba contra el sistema educativo lo condujo a las poco apetecibles clases para alumnos con "bajo coeficiente intelectual". Por su parte, César manifestaba tal clase de ira que pronto lo internaron en una institución experimental de Educación Especial –administrada por el hospital para delincuentes psicóticos de la Isla Ward–, donde un grupo de psiquiatras experimentaba con tratamientos psicotrópicos que contenían tranquilizantes. La experiencia inauguró el vínculo de César con el régimen de asistencia social. Desde entonces, con excepción de los tres o cuatro períodos de su vida en que ha logrado conservar un empleo estable, César ha recibido un subsidio mensual del seguro social (SSI) destinado a enfermos mentales.

César: Me diagnosticaron un "trastorno emocional" porque yo era muy violento, entonces me mandaron a Educación Especial.
[Saca el pecho] Yo soy de Educación Especial, Felipe. Por eso es que me dan SSI y eso, porque yo era violento.
Coño, yo aprendí más en Educación Especial que en la escuela superior. En la Especial hasta nos acabábamos los libros.
La razón por la que a mí me asignaron a Educación Especial fue porque un día yo estaba en la nota y mi profesor de ciencias me empezó a fastidiar y no me dejaba en paz. Yo me había fumado un

puño de hierba, mi corillo estaba allí conmigo, y todo me daba vueltas; entonces yo agarré un par de tijeras, cogí la corbata del profesor y la corté.

Yo me esmorcillé de la risa. Después el director me preguntó: "¿Cómo se te ocurre hacer una locura así?". Y yo le dije: "Yo le corté la corbata porque...". ¿Qué fue lo que le dije?, ah sí, le dije algo bien loco, como: "Es que empecé a oír voces". Le dije que oía voces y por eso me recetaron Torazina.

Me metieron a una escuela de Educación Especial en la Isla Ward. La Isla Ward es donde mandan a los locos. Ahí le daban Torazina a todo el mundo. Cogían a los nenes hispanos y morenos de conejillos de indias pa experimentar con Torazina. Nos tenían a todos con Torazina. Ése era el laboratorio de ellos pa probar medicinas. Te lo juro, tenían panas tomando todas las medicinas que te puedas imaginar.

Yo estuve allí como tres años y después me devolvieron al sistema normal, me mandaron de vuelta pa esta escuela.

La "carrera profesional" de César como víctima de discapacidades mentales y emocionales, beneficiario de la ayuda federal, se forjó y legitimó en los primeros años de su vida estudiantil. En su caso –como en el de la mayoría de las personas– una combinación de factores personales y sociológicos sobredeterminaron las condiciones por las que, a la postre, se le declararía demente. Una conversación que sostuve con él, en la que lo acusé de ser demasiado perezoso para trabajar, ilustra esta dinámica.

César: Sí, Felipe, estoy de acuerdo contigo. Yo siempre invento excusas pa no tener que trabajar: primero lo del hospital [pocos días antes le habían dado de alta de la unidad psiquiátrica del Hospital Metropolitano, adonde lo internaron después de su tercer intento de suicidio];[3] después lo de mi mamá [que se encontraba presa, cumpliendo una condena de veinticinco años por homicidio]; y después lo de mi hermana [apuñalada diecisiete veces en la escalera de su caserío].

La discapacidad de César no lo aisló socialmente. Por el contrario, sentía que le otorgaba un estatus honorario de clase media. Dicha noción parecía adquirir mayor validez en su mente puesto que, de los tres hombres que habían tenido hijos con su madre, únicamente su padre, un cantante de salsa, no reunía los requisitos para recibir asistencia federal.

César: Vivimos bastante bien, como clase media. Mi abuela está jubilada y cobra una pensión. A mi hermanito, a él le dan parte del bono de su pai. A mi hermana, cuando estaba viva todavía, le daban plata de la pensión del papá de ella. Por eso nunca pasamos necesidades.

A la gente pobre no le alcanzan los chavos. Pasan pelaos todo el tiempo, no tienen comida, tienen que comprar pura porquería. Pero yo soy más de clase media. Cualquier cosa que yo quiera puedo pagarla a tiempo [pagos de crédito mensuales].

La carrera profesional de Primo en la economía sumergida también se forjó en la escuela. Pasaba la mayor parte del tiempo en los pasillos, evitando las aulas, el único espacio físico todavía bajo el control de los maestros en las escuelas más estrictas del gueto. Las principales lecciones que aprendió tenían que ver con la venta y el consumo de drogas. En otro entorno étnico y de clase, los relatos alcoholizados de los hechos ocurridos en el patio escolar rememorarían travesuras inocentes, con alguna que otra mención de actos violentos. En el Salón de la Fama del *graffiti*, la relación entre la rebeldía "normal" adolescente y la delincuencia seria se hallaba completamente invertida.

Primo: Yo me la pasaba en los pasillos porque me botaban de la clase, porque yo era un sinvergüenza. Daba lata en clase, fastidiaba a las jebas, escribía en el escritorio; todo mi escritorio estaba decorado.

En los pasillos pasábamos relajando, tú sabes. Un día estábamos fumando pasto y nos encontramos una caja llena de arcilla. Acababan de entregar un cargamento de arcilla. Dijimos: "¡Mierda!, arcilla", y embarramos la escuela de arcilla.

César: [agresivo] Yo me iba con mi corillo y atacábamos los pasillos, los embestíamos. Una vez en la salida dieciséis vimos a dos molletos. Dos pordioseros, ves, y se estaban chupando el bicho... un sesenta y nueve en el suelo. Los agarramos a punta de patadas.

Primo: En la escuela hacíamos de todo. Un día nos robamos las llaves del cuarto eléctrico y apagamos las luces del sótano. Nos apropiamos del sótano.

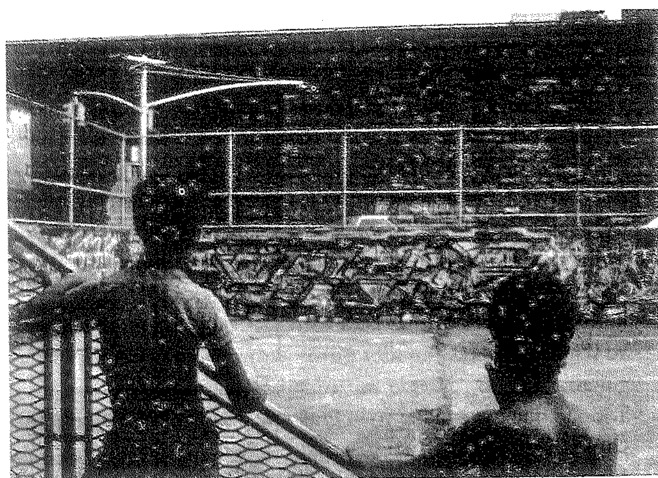
Toda la escuela empezó a janguear en el sótano ése. Yo vendía hierba y todo el mundo pasaba fumando. Nos metíamos en los casilleros pa fumar marihuana.

Yo iba a la escuela con diez puros al día y vendía cuatro o cinco. No ganaba mucho, porque me fumaba los puros que me sobraban. Todo lo que me ganaba yo lo usaba pa procural más hierba. Era sólo para mí.

Philippe: ¿Y tú, Jaycee? ¿Te graduaste de la escuela media? Cuéntanos algunas de tus historias.

> *Jaycee*: No, yo también me la pasaba relajando. Me tuve que salir cuando quedé embarazada.
> *César*: [interrumpe] Yo nunca vendí puros en la escuela. Yo era un pana grande, bobo; estaba en Educación Especial. Me metía muchas drogas, eso sí. Me hice un papichulo, un *playboy*, ninguna otra cosa me importaba un pepino. Andaba con un chorro de jebas y me empecé a sentil como un hombre.
> Tenía mi corillo. Pasábamos jugando dados.
> *Primo*: Yo también; era chévere jugar dados. Una vez nos subimos al techo y le empezamos a tirar manzanas a la gente que pasaba.
> *César*: [interrumpe] Nosotros tirábamos botellas desde arriba. Y una vez yo me eché una cagada desde el techo. Nos bajábamos los pantalones y le enseñábamos el culo a la gente que estaba abajo, tú sabes, pero un día yo pensé: "Vamos a hacer esto más emocionante".
> Éramos nueve panas. Todos enseñamos el culo y yo me eché un mojón. Toda la escuela nos persiguió.

De repente, sin razón lógica alguna, aparte de querer extenderse en el tema de las "estupideces", César descargó una larga profusión de historias sobre la transformación de palomas en "cometas Halley" y "barbacoas voladoras" (las cubría con bencina para prenderles fuego), el ahogo de perros en el Río East (les amarraba ladrillos a la cola) y el lanzamiento de gatos desde los techos.



Un vistazo al "Salón de la fama del *graffiti*". Fotografía de Henry Chalfant

Parecía querer sacar a relucir su "trastorno de personalidad" en torno a la violencia y la agresión. De hecho, mientras grababa esta conversación, me inquietó pensar que quizá este libro tuviera que lidiar no con el contexto social de la violencia cotidiana en las calles, sino con las psicopatologías individuales. César acabó su perorata con una provocación: "¿Qué te pasa, Felipe? ¿Tú nunca mataste un animal o trataste de lanzar a un gato desde un edificio para verlo caer de patas y aplastarse [sonríe]?". Yo sólo pude refunfuñar: "A decir verdad, no; nunca. ¡Estás enfermo, César!". Lamentablemente para mí, ni Primo ni Jaycee secundaron mi reproche; sencillamente continuaron riéndose.

Mientras dejábamos el patio de la escuela para ir a comprar cervezas, me volvieron a estremecer la extraordinaria destreza y energía creativa plasmadas sobre las paredes a nuestro alrededor. En el transcurso de las últimas dos generaciones, esta escuela ha encarrilado a cientos de alumnos como Primo, César e incluso Jaycee hacia carreras de narcotráfico, toxicomanía agresiva, subvenciones estatales y maternidad soltera. Primo cultivó las habilidades empresariales necesarias para vender drogas al robarse las llaves que controlaban el sistema eléctrico del sótano e instalar un negocio propio como "tirador de puros". César aprendió a tomar Torazina y a justificar su conducta con la excusa de que "escucha voces". Incluso Jaycee aprendió que el embarazo puede ser una estrategia para sobrevivir o escapar del fracaso, el desempleo y la aparente falta de sentido de la vida en la *inner city*.

EL LUGAR DE LOS COMPAÑEROS

Es indudable que la escuela representa una poderosa fuerza de socialización, pero no es la única institución que impulsa a los niños marginados a la cultura callejera y la economía sumergida. Al preguntarles a mis conocidos sobre el rumbo que los condujo a la calle, casi todos culparon a sus compañeros. En efecto, durante mis conversaciones con Primo y César en el patio escolar, uno de los hechos que quedaron claros es que ellos no pasaban mucho tiempo en clase. Si bien aprendieron mucho durante los años de escuela, muy poco de ese aprendizaje tocaba asuntos académicos. Invertían el tiempo cultivando identidades callejeras tanto dentro como fuera de los confines de la institución.

> *César*: Faltábamos a la escuela y nos íbamos a robar al centro. Cualquier cosa, tú sabes, como carros, llantas, vainas de ésas.
> Todo el mundo era un maleante, y yo quería andar con la ganga de maleantes porque eran panas chéveres. Yo no quería ser un nerdito, no señol. Me di cuenta de que la violencia era una buena elección y

se me volvió costumbre. Me metía en problemas y hacía salvajadas. Yo andaba buscando una imagen, tú sabes, y esa imagen era como de negro. Nos poníamos kangos, aretes, joyas; usábamos chaquetas de cuero, pantalones tallados, pantalones de cuero, radios grandes, mierda así. Fumábamos hierba, nos dábamos palos, jangueábamos en el Deuce [Times Square]; en la jodedera, tú sabes, actuando como negros, cantando rap con micrófono, cosas así.

La delincuencia de Primo solía ser más instrumental que la de César. No andaba en busca de una imagen "malvada" de criminalidad sarcástica. Su grupo de amigos lo incorporó al delito callejero como un aprendiz, pues era el miembro más joven de la pandilla:

Primo: Yo jangueaba con mis primos, que eran más grandes que yo. Yo era un nene y ellos ya sabían robar.
Yo tenía como once años; o no, mentira, mi primera vez fue cuando tenía diez. Yo era un bobo y no sabía hacer nada. Empecé con mi primo Héctor, que era mayor que yo. Y cagábamos donde comíamos, tú sabes, robábamos aquí mismo, en El Barrio.
La mai mía me decía que dejara eso, que me quedara tranquilo, pero yo la pasaba bien relajando en la calle con mis primos. Me enseñaron todos los trucos pa forzal puertas, robar carros, romper candados... Ray nos explicaba las técnicas.
En ese tiempo nos tumbábamos las radios. Yo y Luis nos hicimos buenos juntos; sacamos maña. Ya para ese entonces no cagábamos donde comíamos, sino que nos íbamos al centro... y a *todos* los carros grandes les tumbábamos la radio.
Yo fui parte de la plaga de robacarros. Yo y mi primo la hicimos más grande. Fuimos parte de esa ola que hubo en el centro.
Fue por eso que en los carros comenzaron a poner eso que llaman la caja Bensi, tú sabes, y pegaban un rótulo que decía: "Este auto no tiene radio".
En el centro, la jara ya sabía cómo nos llamábamos y todos los guardias de la cuadra [en la esquina de La Farmacia] nos conocían. A veces nos poníamos a hablar con ellos.

Primo penetraba la línea invisible del *apartheid* entre El Barrio y el vecindario Upper East Side de Nueva York únicamente con el fin de robar. Recuerdo lo mucho que me sorprendió cuando, en una conversación casual, me aseguró que conocía la dirección del Museo Whitney. Le pregunté por su opinión del museo, una institución de arte moderno frecuentada por sectores acomodados, pero él nunca había ingresado: "Yo antes iba allí con Luis a robar radios. ¡Qué bueno que era ese lugar pa robar!...". Los ingenuos visitantes suburbanos estacionaban sus autos de lujo en ángulos que le obstruían el panorama a cualquier testigo potencial, lo que simplificaba las operaciones de los ladrones.

Asaltar autos era un rito memorable que sellaba el paso a la adolescencia de un joven emprendedor. También representaba una forma de revancha contra el vecindario rico predominantemente blanco que cercaba y tentaba a El Barrio desde su frontera sur en la calle 96:

Primo: Luis me tenía de vigilante porque yo no tenía experiencia. Yo me quería gradual pa preparar mis propios guisos.
Un día, Luis estaba encaramado en la parte de atrás de un carro grandísimo arrancándole las bocinas, y él se vuelve y me dice: "Okey, esta vez saca la radio tú".
¡Qué mucho que me costó esa primera vez! No la pude sacar. Acho, pana, ahora que lo pienso, Luis tal vez me puso a sacar esa radio difícil pa probarme.
Yo saqué el alicate de tenazas largas, que es la herramienta que se necesita pa robar radios, y como no la podía sacar, empecé a espetar el alicate adentro de la casetera y le di bien duro hasta que desbaraté el sistema de sonido. Yo me guardé las perillas, tú sabes, las perillas pa la radio, aunque después las boté en un safacón.
Era una radio muy buena ésa que yo jodí. Era una Blon Point [Blaupunkt], no sé si has escuchado de esa marca. El pana común y corriente dueño del carro ha de haber pensado [sacude la cabeza con asco]: "¡Mierda! ¡Hijos de puta!".
Pero yo pensé: "Si no me la puedo dejar yo, ellos no se la van a dejar tampoco". Yo era un bobo, un nene ignorante, tú sabes. Un estúpido. Salimos embalaos del carro y nos esmorcillamos de la risa.

Aunque la madre de Primo culpara a las "malas influencias" por el comportamiento de su hijo, un poderoso imperativo económico, combinado con una definición particular de lo que es el comportamiento digno de un hombre adolescente, condujo a Primo a la delincuencia menor antes de alcanzar la adolescencia. Como señalé en el capítulo anterior, los ingresos de su madre como costurera, a los que se sumaban una pensión federal y cupones alimenticios, eran incapaces de suministrarle a Primo los zapatos, dulces o revistas de historietas que la mayoría de los niños de diez u once años dan por sentados en los suburbios estadounidenses. La lógica económica detrás del hurto en los barrios ricos se conjugaba perfectamente con una identidad fraguada en la

cultura callejera. De hecho, Primo se escapaba de la escuela con la misma frecuencia con que se esfumaba de su casa.

> *Primo*: Yo sólo pensaba en cómo conseguir más chavos. Porque quería comprar las cosas que se me antojaban, tú sabes, boberías... Cualquier cosa que no podía conseguir y que me daban ganas de tener. Porquerías, qué sé yo. Como un paquete de pastillas Vicks. A decir verdá, ya se me olvidó lo que yo quería, pero no eran drogas [se detiene para inhalar cocaína]. Tal vez se me antojaba un par de zapatillas... o algo pa comer; o nada más quería tener los chavos en la bolsa del pantalón.
> Antes a mí los chavos me duraban. La plata me duraba mucho tiempo, porque la usábamos más que nada pa comprar comida, o ropa pa ponernos encima. No éramos drogadictos, pero necesitábamos dinero.
> Vendíamos lo que nos robábamos, poquito por poquito. Le preguntábamos a la gente que si quería esto, que si quería lo otro.
> Todo el mundo siempre quiere una radio, pana. ¡Y nosotros las vendíamos a unos precios! ¡Anda pal carajo! Éramos unos nenes y nos cogían de pendejos.
> *Philippe*: ¿Tu mamá no te podía comprar lo que necesitabas?
> *Primo*: Mi mamá no me daba mesada. Yo no era el tipo de persona que se ponía a pedir dinero. Yo tenía que conseguir mis chavos por cuenta mía.
> Es decir, mi mai se daba cuenta cuando mis chambones estaban desbarataos, pero yo no le exigía nada. Mis hermanas pedían mesada, pero yo no.
> *Philippe*: ¿Y ella se daba cuenta de que tú tenías dinero para comprarte cosas?
> *Primo*: Yo no quería que mi mai se enterara de nada. Yo llegaba cuando ella ya se había dormido. Si ella estaba despierta, yo metía todo en un motete antes de entrar a la casa. Y si llegaba en la mañana me iba pa mi cuarto bien rápido.
> Pero ella veía las cosas que yo me había tumbado y se enfogonaba. Yo cerraba la puerta con picaporte. Ella me gritaba y me gritaba pero yo no le ponía atención.
> *Philippe*: ¿Y se preocupaba cuando no llegabas a dormir?
> *Primo*: Acho, pana, por supuesto. Mis hermanas, todo el mundo me decía: "Pasa por casa, Primo, no se te ve ni el pelo. Al menos pasa a cambiarte lo que andas encima".
> *Philippe*: ¿Adónde pasabas la noche?

> *Primo*: En cualquier parte. Con jebas. Siempre teníamos un lugar pa quedarnos a dormir. Arriba del club; antes nosotros estábamos a cargo de ese edificio. Teníamos apartamentos en todas partes, jebas por todas partes. Grande, pana.

Los vínculos de César con su propio hogar eran aún más tenues, aunque él no enfocaba su energía en el arte y el oficio de la delincuencia menor. De hecho, no es del todo claro que César haya sido lo suficientemente estable como para formar parte de una pandilla o un grupo solidario de compañeros. Como es de esperarse debido a su comportamiento alrededor del *crack*, así como su propensión a explotar en raptos de cólera, en su temprana adolescencia César celebraba las dimensiones más teatrales y desenfrenadas de la cultura callejera. Sobresalía, por ejemplo, en el consumo compulsivo:

> *César*: Sí, en ese tiempo fue que empecé a comportarme como un preadolescente. Me quería vestir bien, tener zapatos chéveres, peinarme el pelo *cool*, ir a bailar, tú sabes. Chévere.
> No usaba drogas; era sólo que tenía chavos, así que los gastaba. Compraba casetes pa la radio.
> Yo me había vuelto adicto a los casetes pa la radio. ¡La música, pana! Ésa fue mi primera adicción. Yo crecí pegado a una radio.
> Mi segunda adicción fue la ropa. Yo sentía que tenía que comprar cosas nuevas todas las semanas.
> *Philippe*: ¿Eso te pasaba cuando eras pequeño?
> *Primo*: [interrumpe] A mí en realidad no me criaron pa que hiciera ese tipo de cosas. Yo hacía lo que hacían los grandes, porque quería ser duro, y la mai mía se preocupaba.
> Cuando yo me metía a robar a los carros oía una vocecita en la cabeza que me decía: "A mami esto le parece mal", y pensaba que cuando la llevara a la casa, ella sabría que yo no me la había ganado, y que iba a tener que esconderla y que no era una cosa bien vista.
> Yo sabía que estaba haciendo algo que no se suponía que hiciera. Sabía que si ella se daba cuenta, me iba a caer encima cuando llegara a casa.

DESOBEDIENCIA Y RABIA JUVENIL EN LA INNER CITY

Pese a sus alegatos de arrepentimiento, la delincuencia formaba parte del sentido común de un joven precoz de once años de edad como Primo. Para él y

sus amigos, la frontera entre la diversión y el robo de radios era intangible. En otro contexto étnico y de clase, sus actividades se hubieran limitado a travesuras inofensivas, y su madre sencillamente hubiera regañado a "los chicos por comportarse como chicos". Las historias de la madre de Primo acerca de su juventud en una plantación de caña remiten a una adolescencia tal:

> *La madre de Primo*: ¡Ay, Dios!, en ese tiempo sí que hacíamos maldades. Una vez un grupo de muchachos y muchachas fuimos a una finca donde había un montón de mangós. Creo que tenían como diez palos de mangó, y en la casa de nosotros no teníamos ni un solo árbol. Quedaba lejos esa finca.
> Era una finca privada, pero tú sabes cómo son los muchachos y las muchachas. Nos juntábamos en grupo, caminábamos hasta allí y después nos escondíamos.
> Nos teníamos que esconder de mi abuelo, porque lo que hacíamos era robar. También nos teníamos que esconder detrás de los palos de mangó, porque el dueño de la finca tenía un perro. Una vez hasta nos dispararon.
> Y esos mangós eran sabrosísimos, unos mangós rosados que olían delicioso. Yo les tiraba piedras pa tumbarlos, y los muchachos se ponían debajo del árbol pa recogerlos. Pero entonces el viejo salía y nosotros pegábamos a correr.
> Bendito, ¡sí que hacíamos maldades! A veces hasta nos robábamos la caña también. Esperábamos a que oscureciera y una persona hacía de vigilante.
> Teníamos que comer a escondidas. Si mi abuelo se hubiera dado cuenta, se hubiera puesto furioso. Él era estricto, y me hubiera dado soberana pela porque él era bien estricto.
> Así que tú ves, nosotros tampoco éramos unos santitos; también hacíamos nuestras travesuras. Hasta nos robábamos el maíz tierno de los vecinos. Prendíamos una fogatita y poníamos las mazorcas encima del carbón.
> Pero después encontraban las mazorcas mordidas y se enfogonaban con nosotros.
> Eso era cuando yo tenía catorce, quince, dieciséis años, porque yo me embarqué pa acá cuando tenía diecisiete.

Desde luego, el control social ejercido por la familia y la comunidad sobre los niños indisciplinados en las zonas rurales de Puerto Rico durante los años treinta y cuarenta era radicalmente distinto del que se ejercía sobre los jóvenes en los años setenta en Nueva York. Si bien una joven descalza de catorce años

que "roba mangós" para disfrutar su dulzura comete un acto simbólicamente idéntico al de un joven que extrae las radios de los autos para venderlas y adquirir pastillas Vicks o ropa "chévere", las consecuencias de ambas acciones difieren considerablemente. La brecha palmaria entre los niños criados bajo la exigua economía de subsistencia en una plantación y los nacidos en plena crisis industrial dentro del fetichismo de las necesidades monetarias urbanas en la *inner city* se ensanchó aún más cuando, a la edad de quince o dieciséis años, las drogas se convirtieron en productos fácilmente accesibles y de alto valor recreativo. Muy temprano en su vida, Primo comenzó a sobresalir por sus habilidades como delincuente. Se graduó rápidamente de la extracción de pasacasetes y comenzó a desvalijar departamentos:

> *Primo*: Entonces empecé a robar casas. Cuando me metí a mi primer apartamento yo tenía once años. ¡Qué mucho que me gustó la primera vez!
> Nunca me atraparon. Yo me metí a un estudio de danza, una licorería, dos farmacias... Desbarataba todo. Me robé los chavos, los licores... lo más caro que tenían en cada sitio.
> ¿Has visto la farmacia ésa que hay en la 103 y la Tercera Avenida? Yo me metí allí también.
> Encima de la farmacia hay un edificio muerto, ves, un edificio abandonado. Pues que nos subimos por el edificio de a la par con focos, hicimos un hueco en el piso [hace que taladra con los brazos], PKKKKK, PKKKK, y nos metimos derechito por el techo; GUUSSSSHHH. Se activó la alarma, llegó la policía, llegó el dueño.
> Era una alarma de ésas silenciosas, ¡y el dueño llegó con una pistola! ¡Y nosotros éramos unos nenes nada más! [alza las manos con cara de asombro] Yo empecé a temblar de lo asustado que estaba. Me acuerdo de ver a los policías y la pistola.
> Pero salimos embalaos y pa cuando lograron abrir la tienda y mirar por el hueco, ya les llevábamos tres o cinco techos de ventaja.
> Además, ellos no se atrevieron a entrar en el edificio, que estaba completamente oscuro, porque es un edificio entero que está vacío, abandonado. Todo lo que hay adentro lleva años sin que nadie lo toque. Es como un edificio histórico, una antigüedá.
> Nos llevó varias horas, pero salimos con vainas chéveres y las metimos en la joroba del carro de mi primo. Pero nos jodimos. Nos estafaron cuando las vendimos, porque éramos unos chamaquitos ignorantes. Yo tenía unos doce o trece años.
> *Philippe*: ¡Pana, pero si eras un nene!

Primo: Y la última peor cosa que hice fue a los dieciséis, con Luis y este otro tipo
Papito, que ahora es cuñado de Ray. Nos fuimos al Upper East Side con la idea de meternos a una farmacia que estaba conectada a una tienda de electrónica.
No sé a quién fue que se le ocurrió, pero la cuestión es que los panas ya habían espiado la tienda completa. Era en el Upper East Side, así que fuimos en un carrito pequeño.
Pero empezamos a tener dudas, ves. Yo me decía a mí mismo: "Yo no quiero hacer esto; tengo un mal presentimiento".
Por fin, cuando llegamos, no conseguían quebrar los candados. Por pura casualidad nos topamos con Ray, que venía caminando por la Avenida Lexington.
Ray nos dice: "¿Qué hacen?".
Le contamos, y yo le digo: "Coño, estos panas no pueden ni romper el candado".
Así que Ray dice: "Cuidado, ábranme campo". Y trae una palanca de ésas que usa la jara [impulsa los brazos con el cuerpo entero]. ¡FUÁCATA! ¡FUÁCATA! Quebró los candados como si fueran mantequilla. PSSSHHHT [sonríe], abre el portón [hace gestos eficientes con las manos], saca las tablas –porque le habían puesto tablas y portones a las ventanas– las pone a un lado, y agarra una roca grande y la envuelve en una tela [vuelve a impulsar los brazos con el cuerpo]. PFFFF. Despedaza las ventanas.
[Hace una pausa para recordar] Yo les dije que yo lo quería hacer –o sea, que yo quería tirar la piedra– no sé por qué, pero así era yo en ese entonces.
Pero ellos me dijeron que no. Porque yo era pequeño y delgadito y no iba a poder quebrar el vidrio. Ni el mismo Ray, que la primera vez que tiró la piedra ni siquiera rompió la ventana. Sólo la rajó: PSCHHUT [mueve las manos como si el vidrio las hiciera vibrar]. Sólo se sacudió un poco.
Entonces Ray vino por segunda vez e hizo: ¡RAA! Y lo que pasa es que cuando uno envuelve un ladrillo con tela, el impacto casi no suena. Lo único que se oye es cuando el vidrio hace: SHHSST. Así que el segundo golpe hizo como: PSSCHT.
Y entonces la alarma empezó a sonar, así que pegamos a coger cuanta cosa pudiéramos sacar del escaparate. Y en lo que yo cogía; yo iba a coger un, cómo se llama, ah, sí, una tele con radiocasetera, una tele a color buenísima. Pero Ray la sacó bien rápido por debajo mío [mueve las manos] UUSCHHHHT.

Entonces yo cogí otra, una tele que tenía radio, pero en lo que la cogía [gira la mano en cámara lenta para mostrar la larga cicatriz extendida desde su muñeca hasta su dedo índice] me di un tajo con el vidrio, SSKKKTT. Yo sabía que me había golpeao la mano con el vidrio, pero no me había dado cuenta de que me había rajado.
En ese momento tuvimos que salir corriendo. Y mientras corría, noté que la parte de arriba de la mano la tenía al revés. Y yo como: "¡Mielda! No queda piel".
Los tendones seguían en su lugar, de hecho se habían trabado porque yo ya no podía abrir la mano. Se atascaron en lo que mi mano cogía la radio y las otras cosas que tenía en los brazos.
Entré al carro pa guardar las cosas, CSSSHHH. Y me metí al carro y me acomodé la piel pa que me volviera a cubrir los tendones. Me apreté bien duro y dije: "Luis, llévame al hospital, que me di un tajo".
Y él dice: "Sí, Papito también". Papito estaba sentado en el asiento de alante. Estábamos yo, Ray, Papito y Luis de chofer.
Estaba cayendo un aguacero. Llovió durísimo esa noche. Papito gritaba y gemía. Yo lo volví a ver y vi que tenía el músculo partido aquí [señala la parte superior de su otra mano]. Tenía la carne del músculo descubierta, ahhhh [hace una mueca de asco].
Entonces lo que hicimos fue que fuimos a casa de Ray en la 110 a dejar las cosas antes de ir al hospital, en caso de que investigaran.
Por suerte estaba lloviendo, porque no había nadie afuera. Acho, imagínate.
Yo sangraba como loco, pero a este otro pana no le salía ni sangre; pero se estaba desmayando. No sé por qué. Tal vez le daba impresión verse los músculos salidos.
No me pudieron atender en el hospital porque yo era menor de edad. Y Luis y los otros panas parecían maleantes, así que no los quisieron apuntar como los responsables. Así que me quedé apretándome la mano [sujeta con firmeza la cicatriz a la altura de la muñeca, simulando dolor].
Yo no entendía muy bien lo que estaba pasando; estaba asustado. De repente me di cuenta de que se me veían los huesos. Los huesos delgaditos de la mano. Mi pana [Papito] pegó a llorar, hasta que yo le dije: "Cállate la boca. No me pongas nervioso, imbécil".
Empecé a decir malas palabras. Pensaba para adentro: "Ay, Dios mío, esto es un castigo. No debí haber hecho esto". Lo sabía desde el puro principio. Era como que yo sabía que me lo merecía, y que de ahora en adelante no quería volver a robar.

La gente del hospital tuvo que llamar a mi mamá, así que inventamos una historia. Les dijimos que habíamos tenido una pelea en la 111, que unos panas con cuchillos nos habían cortado, tú sabes. Además tuvimos que escribirlo en el informe del hospital. Y eso es lo que la mai mía y mis hermanas pensaron que había pasado hasta que decidí contarles la verdad.
En el hospital me dijeron: "Tienes los tendones fracturados; están separándose". Yo no sabía nada de tendones, pero definitivamente me tenían que operar.
Me dieron una cita; me operaron; me pusieron un yeso. Y hasta el día de hoy, esta mano no funciona bien; no la puedo bajar [demuestra la pérdida de movilidad].
Philippe: ¿Así que dejaste de robar después de esa noche?
Primo: Después de un tiempo, simple y sencillamente dejé de hacerlo. Me junté con la madre de mi hijo. Éramos adolescentes y estábamos de novios; yo encontré trabajo, tú sabes.
Pero este otro tipo [Ray] siempre tenía algún plan; siempre estaba metido en su propia cosa. Era un pana tan grande que lo único que tenía que hacer era volarle un fuetazo a alguien pa quitarle el negocio, o lo que fuera.
Mi otro primo, Papito, trabajaba en New Jersey robando casas, pero lo metieron a la cárcel.

Mientras cruzábamos el patio frente al caserío camino a un almacén para comprar cervezas, comenzaron a zumbar disparos de un lado a otro de la plaza. Nos detuvimos sin pensarlo dos veces y nos dimos vuelta para caminar por el trayecto largo paralelo a la avenida, alrededor de los proyectos. Las tres adolescentes que nos pasaron al lado se reían y comentaban: "Estos panas están viraos".

Las historias de César sobre su iniciación en el sentido común del crimen mostraban mayor rabia y violencia que las de Primo. Comparadas con las historias de Primo sobre la época en que ejerció como ladrón de pasacasetes y de casas, carecían tanto de la noción clara de propósito como de la solidaridad extensa, casi ritualista, del grupo de amigos. Las diferencias entre ambos se manifestaban simbólicamente en sus desacuerdos con respecto a los asaltos, que Primo censuraba, pese a que admitía haber asaltado a varias personas en el pasado. César ridiculizaba la reprobación moral de Primo. En tono burlesco, vinculaba los asaltos con las tensiones sociológicas profundas que yo acostumbraba enfatizar. Disfrutaba de contradecir mis análisis estructurales antirracistas, haciéndose pasar por un psicópata despiadado con evocaciones sarcásticas de una noción racializada de "puertorriqueñeidad malvada".

César: Un día, cuando yo tenía dieciséis o quince años, más o menos, yo andaba con mi primo; él acababa de regresar de Puerto Rico. Estábamos en un *mall* de Connecticut, en New Haven, a la par de [la Universidad de] Yale. Teníamos mucha hambre, tú sabes, y estábamos pelaos.
Así que mi primo me convenció de que nos robáramos una cartera.
Vimos a una anciana parada en una esquina a la par de un hospital, pero yo no me atrevía a hacerle nada. Pero después pensé: "No importa. Voy a hacerlo pase lo que pase".
Vi que era un buen momento, porque ella estaba esperando que el semáforo se pusiera en verde pa cruzar la calle, ves.
Pues yo fui adonde ella y le arrebaté la cartera, pero ella no la quiso soltar. Entonces yo la arrastré por media cuadra, pero ella seguía agarrada así que yo le metí un puño en la cabeza, y otro, y otro, hasta que quedó bien lastimada y por fin la soltó.
Primo: ¡Cállate la boca, César, eres un imbécil!
César: Como te decía [empuja su cara contra la de Primo], yo la arrastré... la arrastré por la acera. Ella no soltaba la cartera así que yo le di un cantazo en la cabeza [demuestra los movimientos].
Corrimos y corrimos como media cuadra y nos metimos en el patio de una casa. Abrimos la cartera y sólo había cuarenta pesos. Le di a mi primo la mitad. Contra, pana, yo debí dejarme los cuarenta pesos porque él no quiso hacer nada, yo fui el que tuve que hacerlo todo.
Destatusamos a esa canto de cabrona [hace una mueca contorsionada de maldad que nos hace reír].
Primo: [suprime la risa, molesto] Está mal eso, asaltar a la gente.
César: [rudo] ¿Pues tú sabes por qué yo la asalté? Porque estaba desesperado, y estaba en Connecticut, y había estado en Nueva York y estaba pelao, no tenía nada.
Yo hubiera matado a esa jeba porque yo andaba buscando chavos y me habían estado... me habían estado humillando, faltando el respeto.
[Alza la voz] Yo soy puertorriqueño y en ese tiempo yo era un delincuente. Le partí la cara a esa gata porque quería chavos pa procurar piedra y comida. Porque yo era un boricua ignorante. [Le grita a Primo en la cara] ¿Qué te parece, ah?
Philippe: ¿Era blanca?
César: [se vira y me habla en la cara] Da lo mismo que fuera puertorriqueña, portuguesa o española. Yo me estaba muriendo de hambre. [A gritos] Yo pensaba: "¡Mata a esta canto de imbécil!".
Si hubiera sido negra yo la hubiera golpeao más, tú sabes, sólo por ser negra, porque yo odio a los negros.
Me importa un bledo, yo soy un racista hijo de puta.[4]

VIOLACIONES COLECTIVAS ENTRE ADOLESCENTES

La celebración de la violencia y la crueldad arbitraria por parte de César era desconcertante. No me hubiera podido imaginar que, al final de mi segundo año en El Barrio, llegaría a descubrir una dimensión todavía más cruel del proceso de socialización temprana de mis amigos y conocidos: la violación en grupo. Recuerdo perfectamente la primera noche en que Primo mencionó que Luis y Ray acostumbraban organizar violaciones colectivas en el edificio abandonado que una década más tarde albergaría la casa de *crack* camuflada como club social. Primo introdujo el tema casualmente, cerca del final de la noche en el Salón de Juegos, tomándome desprevenido. En aquel momento, las historias de violencia y de sexo por la fuerza me ocasionaron una depresión y provocaron una crisis en mi trabajo de campo. El apoyo *voyeurista* de César y su celebración sexual de los relatos perversos me produjeron todavía más repulsión hacia mis "amigos". Tal comportamiento era previsible en el caso de César, pero en el de Primo, a quien yo había llegado a apreciar y genuinamente respetar, representó una verdadera y completa desilusión para mí.

> *Primo*: Estoy solo, no hay nadie en la cuadra, voy caminando por la calle, la cuadra está tranquila. El club está aquí [señala], la esquina está allá, en el último piso ellos tenían un apartamento.
> Estoy parado en la esquina cuando de pronto Luis se asoma por la ventana y grita: "Primo, ¿tienes hambre?". Yo pensaba que tenía un bizcocho, una pizza o algo por el estilo, ¿no?, y le digo: "¡Claro, pana, voy pa allá!". Cuando él dijo eso, a mí me entró un hambre brutal.
> Pero cuando él se asoma otra vez por la ventana, él hace así, sacando el bicho por el vidrio, y yo hago como: ¡Mierda, hijo de puta!
> Entonces me tiraron las llaves, subí las gradas, y estaban Sapo, Luis, Tuti, Papo, Ray, seguro Negro también; éramos cinco o seis panas. Y esa jeba.
> Ella estaba desnuda en el cuarto, estaba desnuda y tenía una cerveza en la mano, una de esas cervezas grandes de cuarenta onzas. Se la estaban chichando y ella se reía. La tenían sujetá.
> *César*: ¡Sí, sí! Pero la canto de perra estaba disfrutando.
> *Primo*: Cuando yo abrí la puerta, Papo se la estaba clavando, y todos nos quedamos allí parados mirándolos, tú sabes.
> [Nota mi expresión de horror] En realidad no era tan grave. ¡En serio, Felipe! La jeba se reía con un litro de cerveza en la mano.
> *César*: ¡Sí! Mi panita le metió el bicho con *fuerza y animosidad*.
> *Primo*: Después que él se fue, porque no estaba acostumbrado a janguear con nosotros y no se pudo concentrar, le pasamos candado a la puerta, prendimos la luz, y ella estaba allí tirada. Carne gratis. Éramos los panas y nadie más.
> *César*: ¡La estaban entrenando!
> *Primo*: [preocupado por mis gestos] A ella le importaba un bledo, un bledo, Felipe. Ella no era nadie, así de sencillo: todos estaban allí con los bichos de diferentes tamaños y grosores y todo. Todos en cueros, con los majones por la rodilla, esperando. Nos la estábamos guillando con el bicho afuera.
> *César*: [se vuelve hacia mí, malinterpretando mi reacción negativa como incomprensión] Es una cosa simple, Felipe; le estaban dando clases. El corillo le estaba metiendo el bicho todos en el mismo cuarto, a la misma vez.
> *Primo:* [me mira] ¡Yo no! Ellos querían que yo se la metiera, pero yo les dije: "¡Anda pal carajo! ¿Tú estás loco? Yo no quiero los sobros, yo no me quiero contagiar de gonorrea, herpes".
> *César*: ¡La hora del entrenamiento!
> *Primo*: Ella estaba totalmente desnuda y el corillo me decía: "Dale, Primo". Estaba allí como si fuera un hueco, la tenían agarrada.
> *César*: ¡Para adiestrar a la canto de puta!
> *Primo*: Tenía buen cuerpo, pana. Tremenda mami. Pero yo no quería a alguien que tuviera... que tuviera toa esa mielda que ella tenía.
> Al final le agarré las tetas y le manosié el cuerpo. Se sentía bien. Le sentí la chocha con el dedo y se sentía firme, talladita. Pero yo no le iba a meter el bicho a esa chocha llena de microbios.
> *César*: ¡Estaban entrenándola, so puta!
> *Primo*: Le metí el pulgar en la chocha y este dedo en el botón del culo en lo que ellos le mamaban las tetas. Bien loco. Me tuve que lavar las manos después, pero fue riquísimo.
> *César*: [de nuevo intenta incluirme en la conversación] Estos panas se chicharon a un chorro de mamis.
> *Primo*: Ella tenía diecisiete. Ya era una mujer, no era ninguna virgen. Ella era un trozo de carne nada más y además ya estaba hecha mielda.

Casi tres años de experiencia en las calles no me prepararon para afrontar esta dimensión monstruosa de las relaciones entre los sexos. Empecé a preguntarme cómo era posible que hubiera invertido tanto tiempo tomando en serio a estos "psicópatas". En lo personal, estaba confundido porque estos violadores ya eran mis amigos. Con notables excepciones individuales, había llegado a estimarlos. En otras palabras, yo vivía con el enemigo; había convertido al monstruo en mi ambiente social. Me había sumergido en el sentido común de

la cultura callejera hasta que los relatos de violaciones me obligaron a trazar la raya.

Desde un punto de vista analítico y humanista, ya era demasiado tarde para rehuir el tema o para desentenderme de la sociopatología de mis conocidos como si representara un escenario excepcional. Las circunstancias me exigían lidiar con la aparente normalidad y omnipresencia de las violaciones en el proceso de socialización de los adolescentes en la cultura callejera. En todo caso, Primo y César no me permitirían olvidar el problema, y a lo largo del año siguiente, como pelando las capas de una cebolla, me contarían historia tras historia de su participación en violaciones colectivas durante la temprana adolescencia. Pocas personas, ya sean víctimas o perpetradores, hablan con franqueza sobre la violación. Es un tema tan tabú que me sentí tentado de omitir esta discusión, temeroso de que los lectores se disgustaran y enfadaran de tal manera que se negaran a reconocer el rostro humano de los vendedores de *crack*. Además, debido a que soy un hombre, me preocupa la política de la representación. La gran mayoría de las grabaciones que efectué respecto al tema refleja el punto de vista de los perpetradores. Hice el esfuerzo de obtener perspectivas alternativas grabando los recuerdos de varias víctimas sobrevivientes, pero, al no tener con ellas una amistad de largo plazo, no logré alcanzar el nivel de detalle ni el grado de confianza que se obtiene en diálogos adecuadamente contextualizados.[5]

Desde un punto de vista político, como señalé en la introducción del libro, también me inquieta la posibilidad de crear un foro para la humillación pública de los pobres y los sectores que carecen de acceso directo a los discursos del poder. El sentido común de la sociedad estadounidense, tan colmado de nociones simplistas sobre las diferencias étnicas, somete tan intensa y desapercibidamente a los lectores que es probable que gran parte de ellos interprete estas páginas como un juicio cultural respecto de la esencia del ser puertorriqueño. Dicha lectura malinterpreta los argumentos teóricos y políticos de este libro, como si mi propósito fuera exhibir los trapos sucios de una comunidad. Como es lógico, los puertorriqueños no poseen el monopolio sobre ningún aspecto de la violación. Para mí, en mi condición de investigador blanco, lo más fácil hubiera sido excluir esta discusión de la violencia sexual para evitar estimular tabúes inconscientes entre los lectores. Sin embargo, pienso que tal omisión representaría una forma de complicidad inaceptable con el *statu quo* sexista. La violación es un hecho que prolifera a nuestro alrededor, y el silencio que circula en torno a ella se asemeja a una conspiración que ayuda a imponer esta deplorable dimensión de la opresión de las mujeres en la vida cotidiana.

Ciertamente, el aprendizaje de la violación representó sin duda una parte de la formación educativa de Primo. Seguidor de los jóvenes mayores, con frecuencia era excluido por ser demasiado pequeño o por negarse a participar:

> *Primo*: En ese tiempo yo era el más nene. No se me paraba el bicho. Como que me daba asco, tú sabes; a mí eso no me gustaba. Yo no podía bregar con eso.
> Ellos se iban pa arriba y subían las gradas con una jeba, pero ya sabían que a mí eso no me gustaba, entonces me preguntaban: "¿Y tú que vas a hacer? ¿Te vas a il pa tu casa, o qué?".
> Así que pal carajo, lo mejor que yo podía hacer era irme. "Ta mañana...". O, si no, los esperaba abajo en el bar o algo por el estilo.

La otra opción era unirse al grupo de muchachos mayores y aprender a participar activamente en este ritual de violencia masculina.[6] A Primo le tomó mucho tiempo aprender a excitarse.

> A mí no me gustaba, pero yo igual ayudaba a preparar el desmadre porque la jeba tenía que pasar por un desmadre. A veces me tocaba hacer guardia con un bate pa obligarla a quedarse en el cuarto con quien sea que estuviera allí con ella.
> A veces los panas mayores hacían de niño bueno por un rato, pero apenas les llegaba el turno, qué niño bueno ni qué nada: "¡Pla! ¡Pla! [hace que abofetea]". Le caían a golpes: "¡Ahora esta chocha es mía!". Hacíamos teatro, como jugando, tú sabes. Siempre hay un niño bueno y otro malo. Este panita aquí [toma a César del hombro] es el más matón; tú y yo [me pone el brazo alrededor del hombro] somos los más chulos, como que no la queremos fastidiar. Luis por acá [coloca el brazo alrededor de Luis, que acaba de llegar para entregar tres bóndoles de *crack* y recoger el efectivo a mitad de la jornada] es bueno pero también es malo, pero Ray [señala hacia la puerta], ése es el peor.
> Así la gata se empieza a sentir bien, tú sabes, y nosotros le explicamos que lo que queremos es chocha. "Eso es lo que tú tienes que entregar; ése es el precio de la libertad". Y el corillo está detrás tuyo diciendo: "¡Sí, sí!".
> Eso era en los viejos tiempos. Ahora ya nadie hace eso porque es mucho más fácil conseguir quien te preste la chocha.

Los violadores fueron lo suficientemente cuidadosos como para inventar una lógica que justificara sus acciones. Primo, por ejemplo, separaba a las víctimas en dos categorías: dignas e indignas. También proyectaba en ellas la depravación sexual de sus compañeros. Aunque intentaba caracterizar a las mujeres como sujetos voluntarios o incluso complacientes de las violaciones grupales, en última instancia admitía que el terror y la violencia eran los medios utiliza-

dos para realizarlas. Irónicamente, la siguiente conversación se interrumpió cuando empezaron a sonar disparos afuera del Salón de Juegos, como para ilustrar, aunque de manera menos vinculada a las relaciones entre los sexos, el punto al que la violencia ha llegado a impregnar las interacciones cotidianas en la calle:

> *Primo*: O sea, el modo en que yo lo recuerdo es que yo era un nene, un chamaco ignorante. Yo pensaba que las jebas que nunca volvían a janguear al club era porque habían pasado por algún trauma que iban a tener que mantener en secreto pa toda la vida, y que nunca jamás iban a volver a relajar en la calle. Más bien se iban pa su casa, se tranquilizaban y mantenían el secreto pa toda la vida [me mira, a la defensiva]. A veces también me daban pena.
> Pero algunas jebas eran más fáciles, y volvían a relajar con nosotros por su propia cuenta. Me imagino que como ya las conocían en la calle, como tenían a sus amigos aquí y ya habían pasado por lo peor, podían decir: "Pal carajo, me voy a janguear con ellos".
> *Philippe*: ¡No, vamos! A nadie le gusta pasar por una cosa así.
> *Primo*: [habla despacio] Pues... era su propia decisión, Felipe. O sea, la primera vez tal vez no les gustaba. A veces se les salían las lágrimas porque no querían que las forzáramos.
> *César*: [se burla de mi enojo y de la confusión de Primo] Pero las forzábamos y les gustaba, y volvían por más. Se acostumbraban a que les dijéramos: "¡Ahora esta chocha es mía, so puta!".
> *Philippe*: ¡Hijos de puta! ¡Enfermos! [suenan disparos; luego los pasos de alguien que corre].
> *Primo*: ¡No! Tú tienes que entender, Felipe, que, aunque dijeran que no, ellas lo disfrutaban.
> *César*: [interrumpe desde la puerta del Salón de Juegos] ¡Oye, mira eso! Felipe, pásame el aparato [toma mi grabador]. Voy a decir al micrófono que alguien le disparó a una persona y pasó corriendo al lado nuestro.
> *Primo*: [desatiende la interrupción] A veces las jebas se quedaban con uno de los panas, y a veces hasta tenían un hijo con él. Y eso después de que todo el corillo se la había tirado.
> Me acuerdo que una jeba bien bellaca se quería quedar con Luis porque le metió tremenda chichada. Era una jeba jovencita, fresquitita; a ella le gustó el masacote ése que Luis tiene. Se enamoró del bicho.
> Luis desvirgó a un chorro de jebas. Las ponía bien bellacas, las mojaba y ese mismo día o el siguiente las chichaba. ¡Les metía el bicho, el canchis canchis![7]

> Acho, mano, yo me ponía bien bellaco con eso. ¡Te lo juro! Era riquísimo. Lo emocionante era que al rato a la jeba le empezaba a gustar. Lo que más le gustaba a Luis era que nosotros viéramos mientras él chingaba. Ea rayo, yo me ponía bien caliente.
> *Philippe*: ¡Cállate la boca, pana! ¿Qué carajos te pasa?

Primo continuó, haciendo caso omiso de mi reacción, con una descripción harto explícita del ángulo en que Luis solía ubicar el cuerpo para optimizar la visibilidad y el disfrute *voyeurista* de sus compañeros. El nivel de detalle pornográfico que caracterizaba las explicaciones apoya la interpretación de que los lazos solidarios entre violadores contienen una dimensión homoerótica.

En mi esfuerzo por encontrar una respuesta antagónica lo suficientemente punzante como para sacudir la conciencia de Primo y obligarlo a reconocer el sufrimiento padecido por las muchachas violadas, decidí invocar la lógica patriarcal del honor familiar.

> *Philippe*: ¿Nunca te preocupó que esto le pasara a tus hermanas?
> *Primo*: ¡Claro! Pero yo sabía que mis hermanas eran inocentes. Luis y yo hablábamos mucho de eso. Estábamos en la calle y yo le decía a él, o él me decía a mí: "Pana, tus hermanas, mis hermanas...".
> *César*: Por eso es que yo no quisiera tener una hija si mi jeba quedara preñada. Yo no podría sopoltar tener una bebé y luego verla acostándose con cualquiera. Acho, yo me suicidaría. Si yo tuviera una nena, no querría tener nada que ver con ella. Te lo juro, mano; ni siquiera la tocaría.
> *Primo*: [intenta reconfortarme] Piénsalo de esta manera, Felipe: estas jebas eran inmaduras, bobas y ya estaban llenas de leche. Si jangueaban mucho con nosotros, veían lo que hacíamos y seguían jangueando con nosotros, eso era como darnos luz verde.
> *Philippe*: ¡Enfermos! Ustedes eran un puño de pervertidos.
> *Primo*: [frustrado por no poder convencerme] O sea, ponte a pensar en la actitud de estas jebas. Si pasan con nosotros tanto tiempo, créeme Felipe, ellas saben perfectamente lo que está pasando. Si la jeba vacila aquí en la calle, ella sabe que le van a meter el bicho. Es decir, ellas volvían y volvían, y como todos los días venían al bar, sabíamos que lo que querían era pinga.
> Así que Ray y los otros panas se la llevaban pa un lado, porque ya nos habíamos ganado la confianza de ellas, y de ahí era un mamey obligarla a chichar con todo el corillo.
> Y de por sí, si ella no se dejaba, los panas le metían un puño.

En algunas ocasiones, sobre todo en ausencia de César, Primo respondía a mis acusaciones con muestras de arrepentimiento. Sin embargo, incluso al contestar cuidadosamente para evitar ofenderme, reafirmaba la lógica hondamente patriarcal de su grupo de amigos.

> *Primo*: Cuando yo me pongo a pensar en esos tiempos, yo siento como que soy una persona débil. Porque a mí no me gustaba, tú sabes, me parecía que estaba mal. Y siempre me daba pena cuando llegaba a la casa y veía a la mai mía y a las hermanas mías.
> Esas jebas tenían que aguantar tanta mielda... Si eran muchachas buenas, les arruinábamos la vida. Ahora me pongo a pensar en la edad que ellas tenían. Tal vez tenían quince o trece o doce o catorce o quince o dieciséis, y eso está del carajo, pana. Eran igualitas a estas jebas que llegan aquí ahora.
> *Philippe*: ¿Ahora te molesta?
> *Primo*: Nunca hubo un momento en que no me molestara, Felipe. A mí eso nunca me pareció bien. Lo detestaba. Yo era el tipo de persona que pensaba: "¡Basta! ¡Ya no más!".
> Lo hicimos una y otra y otra vez. Por todas partes. Pero yo nunca dije nada [cabizbajo]. Ojalá les hubiera dicho que pararan.
> Yo era como el psiquiatra de esas jebas. Te lo juro, Felipe. Era como pa que me pagaran, porque yo siempre hablaba con ellas y les daba consejos. Les decía: "Desaparécete de aquí antes de que te arruinen la vida de verdad".
> Pero bueno, como tú dices [señala con la cabeza a César, que acaba de entrar al Salón para escuchar la conversación], a ellas les gustaba.

A largo plazo, la violencia que los amigos mayores de Primo orquestaban contra las mujeres acabó reforzando su propio sentido de inferioridad.

> *Primo*: Siempre comentábamos que estas jebas tenían que estar locas pa querer janguear con nosotros.
> ¿Qué carajos les podíamos dar nosotros? ¡Nada! Eso siempre nos asombraba.
> *César*: ¡Somos un chorro de manganzones! ¡Perra estúpida la que quisiera andar con panas como nosotros!

6. Redefinición callejera del rol de los sexos

> *Yo a mi esposo le aguantaba todo; hasta lo mantenía. Pero, como quien dice, yo me espabilé. Yo le pegué un tiro al hombre mío.*
> Candy

Las violaciones colectivas examinadas en el capítulo anterior no representan excesos aislados de barbarie protagonizados por un grupo marginal de psicópatas sádicos. Son, por el contrario, hechos que ofrecen un vistazo interior de la violencia cotidiana y la dinámica misógina de la cultura callejera. Ángel, mi pequeño vecino de once años de edad, nos brindó a mí y a mi esposa uno de los más ásperos recordatorios de la propagación de la violencia sexual en El Barrio. En el transcurso de una conversación fortuita en la que le preguntábamos sobre la escuela y el embarazo de su madre, Ángel nos comentó que deseaba que su madre diera luz a un niño "porque las nenas son muy fáciles de violar".

TESTIGOS DEL PATRIARCADO EN CRISIS

Contemplar las violaciones colectivas como casos aislados puede agobiar al lector con ira o desesperanza. A las mujeres en la calle, en cambio, el terror no las paraliza. Como en la mayoría de las clases sociales y los grupos étnicos estadounidenses y en el mundo no fundamentalista, las mujeres de El Barrio procuran labrarse un espacio propio con mayores derechos y autonomía. En East Harlem, ya no se puede propinar una golpiza o encerrar en casa a las hermanas, esposas e hijas que socializan en la calle o deciden involucrarse en la economía clandestina. Al igual que en otras épocas históricas en que se produce una redistribución del poder entre grupos antagónicos, la construcción de un nuevo espacio público femenino trae consigo angustia, sufrimiento y desenlaces contradictorios. Tales dificultades se agudizan debido a que el *statu quo* que impone la dominación masculina permanece fundamentalmente intacto. Como señalan numerosas teóricas feministas, gran parte de las luchas y los logros de las mujeres en las últimas décadas se ha planteado bajo el marco de los derechos individuales, lo que en última instancia imita el modelo patriarcal del "empoderamiento" [*empowerment*].[1]

Por otra parte, los hombres, a medida que pierden su antiguo poder autoritario en el hogar, arremeten contra las mujeres y los niños a los que ya no pueden controlar. Los hombres se muestran reacios a aceptar los nuevos roles y derechos que las mujeres adquieren e intentan desesperadamente reafirmar el control autocrático de sus abuelos sobre sus hogares y el espacio público. Esto de ninguna manera quiere decir que las mujeres de El Barrio o cualquier otro lugar sean responsables de la violencia de los hombres. Tal interpretación, otro ejemplo de la práctica de culpar a la víctima, no sólo glorifica la estabilidad del *statu quo* patriarcal sino que además sobreindividualiza la transformación que se está dando en el plano mundial en las relaciones entre los sexos, un cambio de orden estructural que alterará por siempre el lugar de hombres y mujeres pese a estar limitado por la hegemonía de la clase media liberal anglosajona.

En el caso puertorriqueño, esta transformación en las relaciones de poder coincide con la destrucción estructural de los roles sexuales tradicionales conforme los varones criados en contextos jíbaros rurales afrontan el desempleo y la marginación social en las ciudades postindustriales estadounidenses. La antigua economía doméstica, definida en torno a la productividad de un hombre autócrata, entró en crisis hace décadas en la diáspora puertorriqueña, sobre todo entre los habitantes de la *inner city*. Hombres y mujeres cuya conciencia se remite a recuerdos idealizados de un cañaveral en los llanos costeros, una comunidad agrícola en las tierras altas de la isla o un arrabal urbano ahora viven confinados en las torres incomunicadas de vivienda pública, rodeados de personas que no conocen y de las que desconfían. Asimismo, la nueva economía neoyorquina, dominada por el sector financiero, no provee ingresos suficientes como para permitirle a un desertor escolar mantener por cuenta propia una familia de cuatro personas. Incluso los hombres y mujeres más conservadores de las nuevas generaciones de puertorriqueños neoyorquinos reconocen como un anacronismo el "ideal hispano" de formar una familia patriarcal bendecida con numerosos hijos.

Como vimos en el capítulo 4, los jefes de hogar, que hoy en día en los peores casos representan impotentes fracasos económicos, experimentan estos cambios estructurales como un severo ataque a su sentido de la dignidad masculina. Por si fuera poco, la *inner city* estadounidense carece de las instituciones comunales que hubieran sido capaces de atenuar el trauma, y como consecuencia, la violenta lucha que libran los hombres por aferrarse al poder arcaico de sus abuelos acontece en un vacío hostil. En El Barrio, la crisis del patriarcado se manifiesta en una mayor agresión sexual y en la agudización de la violencia doméstica.[2]

En mi intento de documentar estos cambios trascendentales en las relaciones entre los sexos, debí encontrar la forma de desarrollar el tipo de relación

con las mujeres que me permitiera obtener acceso íntimo a los mundos de los hombres. En el ambiente callejero puertorriqueño, franquear la barrera de los sexos para entablar diálogos francos, abiertos y respetuosos conlleva complicaciones singulares, ya que el antiguo autoritarismo patriarcal se ha reorganizado en torno a la preocupación por la fidelidad sexual, la promiscuidad y las manifestaciones públicas de la autoridad masculina. Mi esposa y yo teníamos muchas amigas en el vecindario, y una docena de ellas me permitieron grabar sus historias personales. Sin embargo, únicamente con Candy sentí que logré sostener conversaciones lo suficientemente francas y contextualizadas como para examinar el tema de los roles sexuales. Candy tenía la ventaja de ser una de las únicas dos empleadas de Ray, así como una de sus mejores amigas de la infancia. De hecho, como señalé en el capítulo 3, fue Candy quien le vendió a Ray los derechos del Salón de Juegos poco después de que su esposo, Félix, fundador y dueño original, cayera preso cuando ella le propinó un balazo en el estómago.

Debe señalarse que Candy no es, de ninguna manera, una mujer "típica". Posee un carisma extraordinario y su vida ha estado más plagada de violencia que la de la mayoría de las personas. No obstante, su experiencia como una mujer capaz de hacerse respetar en la cultura callejera escenifica el proceso contradictorio por el cual las relaciones entre hombres y mujeres se redefinen en la calle.

Recuerdo bien la noche en que "conocí" a Candy, aproximadamente un año después de mi llegada al vecindario. Las llantas de su inmenso automóvil negro con vidrios polarizados rechinaron al estacionar transversalmente junto al hidrante situado en la entrada del Salón de Juegos. Candy saltó del vehículo vestida con calzas ajustadas de color naranja, perfectamente equilibrada sobre sus tacones altos pese a estar en su sexto mes de embarazo, y se abalanzó sobre la puerta del Salón sin advertir mi presencia. La saña con que propinaba insultos y sacudía su cabello teñido de rubio me hicieron sospechar que uno de sus empleados le había robado dinero. En ese entonces, yo suponía ingenuamente que la esposa del dueño de una casa de *crack* debía de manejar enormes sumas de efectivo. Creí que la confianza y agresividad con que se desenvolvía en la calle daba constancia de su efectividad en el manejo del negocio. Recuerdo haberme sentido como un novato por ser incapaz de averiguar a quién le dirigía los insultos. Su fulminante serie de "hijos de puta", "canto de cabrones" y "mamabichos" se entrelazaba con los apodos íntimos de todos los presentes: Papito, Papi, Papo, Nene, Pops, Negro, Junior. Me sentí aliviado al ver que Primo no se daba por aludido y parecía estar de acuerdo con todo lo que Candy vociferaba.

En ese entonces, yo era un aprendiz en la calle y no sabía reconocer las formas que asumía el sufrimiento de la esposa de un "bichote" local. En los pri-

meros meses que la conocí, Candy siempre estaba de mal humor. Debido a que el embarazo de mi esposa coincidió con el suyo, yo conocía perfectamente las teorías populares que circulaban en El Barrio respecto al estrés psicológico propio de la gestación. Como resultado, caí en la trampa machista de suponer que la ira de Candy era nada más y nada menos que un caso culturalmente mediado de hormonas femeninas en plena batalla contra el sopor del verano neoyorquino.

Lógicamente, Candy atravesaba dificultades que no tenían nada que ver con su condición biológica. Su esposo se había esfumado con $3000 que debía pagarle a un abogado y los había despilfarrado en una juerga con cocaína junto a una de sus amantes. Pocos meses atrás, un juez misericordioso lo había sentenciado a cinco años de libertad condicional por un caso de posesión ilegal de armas. Varias horas después del juicio lo volvieron a detener por venderle cocaína a un policía encubierto. En otras palabras, su encarcelamiento era inevitable, pero él parecía haberse desentendido de la necesidad de ahorrar dinero para ayudar a su esposa y sus cinco hijos. La familia se vería obligada a subsistir por cuenta propia con el cheque federal de Candy y los pagos del seguro social que recibía Abraham, el abuelo adoptivo que vivía con ellos.

VIOLENCIA DOMÉSTICA EN EL TORBELLINO POSTINDUSTRIAL

Me tomó dos años ganarme la confianza y el respeto necesarios para grabar la historia personal de Candy y con ello percatarme de la gran inseguridad que sentía esa mujer embarazada en las noches que nos intimidaba a todos con sus gritos. La noche que por fin logré romper el hielo y empecé a grabar, nos aseguramos de mantenernos a la vista del vigilante, César, para no causar una mala impresión. Efectivamente, en todos los años que la conocí, Candy nunca visitó mi casa sin compañía; de lo contrario, sus conocidos habrían interpretado su comportamiento como sospechoso, inapropiado o incluso peligroso. Ahora bien, el deber de permanecer a la vista de otras personas no nos impidió hablar en confianza. Todos respetaban nuestro deseo de conversar en privado y le daban amplio espacio a Candy cuando ella hacía un ademán para ordenarles que se alejaran. Esta noche en particular, sentados a ambos lados de mi grabador sobre el capó de un auto estacionado, nuestras voces se ahogaban entre los rumores del verano tardío.[3] Oportunamente, le comenté que ambos éramos padres de un recién nacido, lo que la llevó a expresar sus alabanzas jíbaras de la maternidad:

> *Candy:* Ay, a mí me encantan los nenes. Yo pienso que los nenes son la cosa más maravillosa de este mundo. Los nenes son la razón por la que yo estoy viva.
> Porque... ¿tú sabes cómo una persona ama a su mai? Pues una nunca ama tanto a su mai como cuando una tiene un *baby*. Yo quise más a la mai mía después que tuve a mi primera nena. Allí es que yo empecé a amal más a mi mamá.
> Porque cuando nace un nene... cuando tú ves al *baby*... y ves que es pequeñito, tú sabes que ese nene no puede venir a golpearte o a decirte: "Mami, no hagas esto; mami, no hagas lo otro". Es tan inocente. Y eso es puro, ves.
> En estos días hay tanto abuso infantil, ¿veldá? Pero ese nene no sabe nada de eso. Es puro, inocente. Por eso es que yo todavía quiero tener doce.
> [Se ríe de mi reacción] Sí Felipe, es en serio. Yo siempre quise tener doce hijos.

Esta primera conversación con Candy pronto nos condujo a los detalles de su experiencia como niña maltratada.

> *Candy:* A mí de nena me abusaron mucho. Es decir, mi papá me daba bien duro. Éramos nueve hermanos y por alguna razón yo era el patito feo de la casa.
> ¿Por qué? ¡No tengo idea!
> A los trece años, el pai mío me dio tal soberana pela que yo le dije: "Yo me voy a casar y me voy a apartar de ti si tú no me dejas en paz. Te lo juro".
> Así que a los trece años yo ya dormía en la calle. Al final me las busqué con mi esposo, que en ese tiempo no era mi esposo –pero después se hizo mi esposo– y quedé embarazada.
> Yo no sabía cómo era estar preñada ni qué es lo que una tiene que hacer. Yo no sabía ni papa; tenía trece años.

En el contexto tradicional del pueblo pequeño, la familia y quizá la comunidad rural o el vecindario entero intervendrían en este tipo de crisis en que la violencia del patriarca se torna tan abusiva que obliga a la esposa o hija a escapar de la casa. En dicho entorno, la fuga romántica es una institución cultural legítima por la cual una adolescente logra resistir la autoridad del padre y afirmar sus necesidades como individuo con derechos. Ni la joven fugitiva ni los padres abandonados sufren el oprobio general siempre y cuando la muchacha se someta al control de su amante y ambos establezcan un hogar conyugal ape-

nas ella quede embarazada. De hecho, es común que la madre del marido acoja a la nueva pareja hasta que ésta sea capaz de integrar una unidad económica viable. Si la mujer sufre violencia doméstica, tiene la opción de enamorarse de otro hombre y escapar con él. Esta posibilidad de fuga, por lo tanto, les proporciona a las mujeres cierto margen de maniobra y poder de negociación en los entornos rurales y agrícolas, e incluso en vecindarios urbanos donde hay cohesión social.[4]

Al huir de su padre abusivo a los trece años de edad,[5] Candy seguía al pie de la letra esta trayectoria cultural tradicional. Incluso contaba con el apoyo incondicional de su madre. La ruptura con el pasado rural en esta etapa de su vida era innegable: en vez de verse protegida del abuso paterno y orientada hacia un nuevo hogar patriarcal, Candy chocó de frente con las pandillas del gueto. La cuadrilla de adolescentes que lideraba Félix, su futuro esposo, la violó en repetidas ocasiones.

Primo me ofreció su versión de la fuga y el posterior matrimonio de Candy basada en una noción anticuada de valores comunales. Censuraba abiertamente a Félix y al padre de Candy por su trato hacia ella. César, por el contrario, traducía el trauma infantil de Candy a la lógica misógina predominante en la cultura callejera contemporánea. En una ocasión explotó a carcajadas, escupiendo cerveza en el suelo del Salón de Juegos, y exclamó: "¡Félix se comió esa chocha fresquecita, pana!". Entonces comenzó una fuerte discusión entre Primo y César sobre la edad a la cual una adolescente está preparada para mantener relaciones sexuales. César argumentaba que trece años es una edad adecuada. Ninguno de los dos abordó el tema de la violación, salvo indirectamente, al mencionar los rumores sobre la promiscuidad de Candy y al asegurar que cuando se casó con Félix "de virgen ya no le quedaba na".

Candy interpretaba los mismos episodios a partir de un marco más tradicional, pero desde el punto de vista de una mujer firme. Recordaba la fuga de su casa como una aventura romántica con Félix, y rememoraba la emoción que le produjo convertirse en madre por primera vez. Las instituciones estatales encargadas de ayudar a Candy en su nuevo entorno urbano, sin embargo, concebían la situación de manera completamente distinta.

> *Candy:* Cuando yo tuve a mi nena, el tribunal me la quería quitar porque yo era menor de edad.
> Entonces mi esposo, con catorce años, trató de que nos casáramos, pero el juez nos dijo: "No, ustedes están demasiado jóvenes. Son un par de nenes nada más. No saben lo que quieren".
> Okey, entonces no nos casamos. Pero nos escondimos de la *family court* [el tribunal de familia].

> Yo eso no lo niego. La jara pasó por casa y nosotros nos escondimos en el techo con la *baby*.
> Yo estaba tan loca por quedarme con la nena que empecé a llorar por ella, y le dije a mi mai: "Yo no voy a permitir que la corte se lleve a mi *baby*".
> Me acuerdo que dormí en el pasillo con la nena, al lado de la puerta de mi mai. No tenía ningún otro lugar.
> Así que le dijeron a mi mai: "Pues como tú tienes una hija que ya tan joven está pariendo nenes, nos vamos a llevar a todos tus hijos también".
> La mai mía vendió los muebles, escondió las cosas que tenía y se fue pa Puerto Rico, pero me dio a mi hija y le dijo a mi esposo: "Hazte cargo de mi hija, mi bebé, porque ella es una nena nada más".
> Nos fuimos a vivir juntos en la calle 110 entre Lexington y la Tercera Avenida.

Veinte años después, a los treinta y cuatro años, Candy se concebía a sí misma en términos psicoanalíticos como una mujer agredida. Mezclaba el saber popular vinculado a la tradición católica y la jerga terapéutica neoyorquina que aprendió en sus ocasionales citas obligatorias con los especialistas en salud mental del Hospital Metropolitano. Las palizas que le propinaba Félix y sus múltiples intentos de suicidio la conducían frecuentemente a la sala de emergencias del hospital municipal de East Harlem. Como consecuencia, tenía amplia experiencia con la burocracia de los servicios públicos y sabía bien cómo manipularla.

> *Candy:* Mi esposo me trató igual que mi pai. Como hija fui niña agredida y como esposa fui niña agredida. Me escapé de la casa de mi mamá porque me maltrataban, y acabé como esposa maltratada también. Yo pensaba que era por amor.
> Yo te voy a decir la verdad, a mí me encantaba que me dieran pelas, porque me acostumbré, desde que nací hasta los trece años, y después mi esposo me dio desde los trece hasta los veintidós. Pues yo pensaba que así es la vida: dale que dale. Yo provocaba a Félix a propósito pa que me cayera a golpes.
> Es que cuando una es una nena abusada desde los ocho meses hasta los trece años, una se busca un esposo agresor. Una piensa que un hombre demuestra amor con burrunazos. Puñeta, yo pensaba: "El pai mío me quiere mucho, por eso es que me da".
> Yo fui boba, porque nunca me metí en terapia. Nunca busqué psiquiatría. Y me traté de suicidar desde que tenía once. La última vez fue a los treintitrés. Esa vez casi lo logro.

Pero, tú sabes –yo he atravesado mucho trauma–, pero tú sabes, la vida continúa. Y Dios está conmigo.
Y los médicos sabían que yo era una mujer agredida, pero como yo no quería que ellos supieran –porque yo era una mujer agredida– ellos me daban discreción.
Así que mi esposo me seguía cayendo a golpes.

La literatura psicoterapéutica dedicada a analizar el síndrome de la mujer golpeada y la transmisión intergeneracional de la violencia y la adicción a las drogas ciertamente viene al caso en lo que respecta a Candy. Sin embargo, independientemente de qué tan adecuada pueda parecer esta clase de explicación médica individualista desde el punto de vista psicoanalítico, la psiquiatría suele cometer el error de omitir los componentes estructurales clave que organizan estas vidas. En este caso, el peligro es olvidar que la estructura familiar puertorriqueña se ha visto desfigurada debido a la migración masiva de puertorriqueños de las zonas rurales de la isla a la megaurbe neoyorquina en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial.[6] En efecto, la extrema crueldad de Félix hacia Candy, sobre todo en sus períodos de embarazo, emerge como una expresión casi caricaturesca de este desconcierto estructural y no como la barbarie aislada de un psicópata.

Candy: Una vez Félix me quebró el brazo. Él me hizo de todo a mí. Un día hasta me fracturó el cráneo.
Desde los trece años hasta los veintiuno, él me daba tres pelas por noche, todos los días. Me hizo perder cinco panzas. Es decir, cinco abortos por culpa de él.
Y estoy hablándote de embarazos de cinco meses y medio, cinco meses, cuatro meses. Nunca menos de cuatro meses. Él me daba y yo los perdía.
No me creerías si te contara todo lo que él me hizo.

Acaso el sadismo de Félix representara el último suspiro del ideal anacrónico de formar una familia numerosa, meta a la que tanto él como Candy continuaban aspirando pese a vivir encerrados en una inmensa torre de vivienda pública. Entre los miembros de la generación anterior, el despotismo y la violencia física de Félix se hubieran considerado, dentro de ciertos límites, como actitudes correspondientes al papel "legítimo" del padre, encargado de coordinar la mano de obra del hogar y de asegurarse de que se cumplieran las tareas agrícolas urgentes de la parcela familiar. Sin embargo, en el mundo postindustrial de Candy y Félix, la base material del respeto que los hombres solían inspirar en las montañas de Puerto Rico se ha vuelto obsoleta e incluso se rechaza

por inmoral y contraproducente. Por muy grotesco que parezca, quizá Félix, obedeciendo a una lógica inconsciente, matara a los hijos que continuaba procreando con Candy porque en el fondo sabía que, debido a su acceso cada vez menor al trabajo industrial, jamás lograría brindarles una vida digna. A través de todo esto, Candy continuaba aferrándose con pasión al concepto de la supremacía masculina.

Candy: Yo quería tener doce hijos. Sólo tengo cinco, pero yo quería doce. Mi esposo me sacó cinco a punta de tundas y cantazos.
Me quitó cinco bebés [extiende los dedos de la mano derecha].
Y el que yo le resiento más es el que vino después de mi nena, Tabatha, la que tiene veintiuno. Porque yo ya tenía seis meses, y ese nene se murió como consecuencia de que él me cayó a patadas.
Cuando yo vi a ese *baby*, yo sabía que era un varoncito. Cuando salió ya estaba muelto, y lo único que salió fue un coágulo de sangre, porque las pelas que él me daba estaban formando un coágulo en vez de performar un bebé.
Entonces un día, cuando quedé preñada con mi hijo, yo le pedí a Félix, yo le dije: "Tal vez si tú no me pegas yo pueda tener este nene". Él le hizo una promesa a Dios y mira lo que pasó. Tuve a Junior, mi único hijo varón [señala a su hijo de trece años sentado en la entrada de la casa de *crack*].

LIBERACIÓN FEMENINA O CELOS SEXUALES

Cuando Candy por fin le disparó a su esposo en el estómago, aproximadamente un mes después de nuestras primeras conversaciones frente al Salón de Juegos, todos sus conocidos le ofrecieron apoyo. En ese entonces, yo aplaudí el acontecimiento como un acto de resistencia y emancipación. Candy, por el contrario, concebía el acto liberador como producto de la rabia típica de una mujer celosa que se halla locamente enamorada de un hombre infiel. Candy se aferraba con pasión a los valores familiares de una época pasada en la que las confrontaciones entre hombres y mujeres y la reivindicación de los derechos individuales se manifestaban en el idioma romántico de los celos. Desde luego, el contexto de la *inner city* ha polarizado los viejos escenarios. El fácil acceso a las drogas y las armas ha acrecentado los riesgos y el nivel de sufrimiento en las antiguas luchas entre marido y mujer.

Al igual que la fuga romántica, el amor conyugal le permite a una mujer hacer valer sus necesidades personales, a la vez que la sujeta a un hogar nuclear

dominado por el hombre. Según Candy, la traición sexual de Félix fue el factor determinante que la llevó a dispararle. Siempre supo que Félix "tenía cortejas", pero al verlo transgredir las normas de la solidaridad familiar, decidió dar término a su condición de mujer maltratada y dependiente:

> *Candy*: Las mujeres creen que el peor trauma que pueden padecer es que el hombre les pegue cuernos, pero eso no es cierto.
> [Toma el grabador] Yo les digo a todas las mujeres de Nueva York: ustedes creen que cuando su marido se los pega con una chilla ése es el fin del mundo. ¡Pues no! El peor trauma que una puede padecer es cuando te los pega con tu propia hermana, con tu propia sangre.
> Yo tengo treinticuatro años y lo he vivido en carne propia, porque te voy a decir la verdad: él me engañó con la hermana mía.
> Y cuando una quiere a una hermana tanto como yo [baja el grabador; tiene lágrimas en los ojos]... Hasta el día de hoy, ése es el peor martirio que yo me voy a llevar pa la tumba.
> *Philippe*: [tomo su antebrazo a modo de consuelo] Tranquila, Candy, empieza desde el principio. Explícame bien lo que tú dices.
> *Candy*: Okey, Felipe, mira, la gente dice que una mujer nace pa ser la esposa de un hombre, y que ese hombre es el propósito de la vida de ella.
> ¡La esposa de un hombre! Sí, tal vez cuando una ya es adulta, pero yo apenas tenía trece años. Así que él me entrenó. Porque cuando una mujer bebe del mismo bibí desde que nace hasta los cuatro años, pues ella se acostumbra a ese bibí.
> Y pues él me tuvo desde los trece. Entonces él me entrenó a mí, ves, y me crió como una boba, porque yo tenía trece y él me crió a su manera. [Refunfuña] "Quédate sola; no tengas amigas; no le creas a nadie; no mires por la ventana."
> Es decir, ¡yo no podía ni mirar por la ventana! Me tenía como una esclava.
> Yo no te voy a mentir: yo ya lo había sorprendido a él con otra chilla que él tenía, pero cuando yo me di cuenta que él se metió con mi hermana yo me volví loca. Me tuvieron que mandar pa Puerto Rico pa que se me calmara la mente. Volví de Puerto Rico y todavía no se me había olvidado.
> Dos veces sorprendí a mi esposo con mi hermana en un hotel. Yo los quería matar a los dos. Pero que llegué al hotel y ya era demasiado tarde. Le tiré un puñal a él y le corté la pierna.[7]
> Yo te voy a decir la verdad, aunque más tarde afecte mi expediente [señala el grabador con un ademán]: yo me traté de suicidar un chorro de veces. Yo tengo un expediente desde los once años porque desde esa época me he tratado de matar. Él me lanzó contra una pared.
> Pero mírame ahora [abre los brazos, sacude el cuerpo al ritmo de una estruendosa radio cercana y dibuja una sonrisa radiante]. Dios quiere que yo esté viva, porque yo soy una mujer de buen corazón. Yo no le hago daño a nadie. Y Dios me quiere aquí por alguna razón, una razón buena. Tal vez sea por mis nenes.

Los arrebatos de furia y ocasionalmente suicidas de Candy eran parte de su esfuerzo por mantenerse fiel a la santidad del hogar. Soportó cuatro meses más de abuso hasta que finalmente le disparó a su esposo. Ella condenaba las acciones de Félix según las normas culturales de la generación de su madre y de su abuela, y expresaba su ira y desesperación mediante raptos de celos inducidos por la incapacidad de su esposo para respetar la integridad del matrimonio. Conforme con los términos románticos en los que Candy concebía sus derechos individuales, una marca de lápiz labial fue la gota que rebasó el vaso.

> *Candy*: Un día fui a la casa de su mai pa averiguar dónde él estaba porque no aparecía. En lo que hablábamos afuera, noté que tenía lápiz de labios en la boca, y eso me enfogonó. Me di cuenta que el muy fresco me los pegaba con otra mujer (conmigo, con mi hermana, ¡y con otra mujer!).
> Mira, yo me volví loca y me cegué. Yo siempre cargo una pistola por protección –siempre he andado con esa pistola encima por cualquier cosa– y ese día la tenía en la cartera.
> Así que eso fue lo que yo hice. Sencillamente la saqué y lo hice. Me volví loca.
> Yo le disparé. Así nomás, Felipe, le disparé, y punto.
> No sé qué me pasó, Felipe; son los nervios míos. No sentí dolor ni lástima ni nada. Fue así de sencillo: saqué la pistola de mi cartera, le disparé y seguí caminando.
> Pero en lo que yo me iba, él me dice: "¡Candy, yo te quiero; yo quiero que tú sepas que yo todavía te quiero. ¡Por favor, por favor!"
> Y yo le digo: "Pues eso me tiene sin cuidado".
> Pero que yo tengo un corazón de oro. Yo tengo un corazón de santa.
> Así que regresé y le dije: "¿Tú te crees que yo soy una pendeja?".
> Y él me dice: "Candy, por favor, es que tú no entiendes". Y yo le digo: "No. Pero te voy a llamar una ambulancia".
> Le conseguí una guagua. Se lo llevaron pal hospital y llegaron los detectives a hacer preguntas.

Pero yo no sé. A mi concepto yo no sentía lástima ni miedo. Yo soy de buen corazón, pero en ese momento yo estaba despreocupada. Es que ese sinvergüenza me causó tanto dolor y tanta destrucción. Me robó la infancia. Es decir, desde los trece años hasta los veintidós, él me entrenó a su manera, con malicia pa la calle.
[Bebe de una botella de Bacardi llena de una mezcla de "sexo en la playa" vendida de contrabando en uno de los últimos *delicatessen* italianos de El Barrio]. Y yo fui una esposa fiel y decente por dieciocho años. Cuando él se metió con mi hermana me destruyó por completo [me pasa la botella].
Philippe: ¿Qué pasó después de que le disparaste?
Candy: Yo me deshice de la pistola y lo acompañé en todo. En el hospital me interrogaron, pero yo les dije: "No, fue que nos asaltaron". Los dos mentimos, tú sabes.
En el hospital él me dice: "Tú no digas nada, porque los detectives están grabando todo lo que decimos".
Y pues la policía fue a la 110 y Lexington y allí la gente les dijo que había sido una mujer rubia la que le disparó. Nosotros les dijimos que había sido un molleto [risas]. Pero era embuste mío.
Y pues la policía siguió pregunte que pregunte, pero yo les decía: "Yo no sé, fue un molleto" [se encoge de hombros con un gesto de inocencia; luego suelta una carcajada y toma un trago de la botella de Bacardi].
Yo les dije que yo no me quería ir presa. Yo tenía seis meses de embarazo con la hija de él, Lillian, mi nena. Entonces los policías me trataron tan bien que no prestaron atención a nada.
[Se encoge de hombros, ríe y bebe de nuevo] Así que no me cogieron. Yo pienso que me salvé porque yo creo demasiado en Dios.

Candy y su círculo de amigos y parientes recurrían al saber popular puertorriqueño para explicar este acto dramático. Según ellos, todo se debía a "los nervios", o a lo que en Puerto Rico se suele llamar un "ataque de nervios". Los psiquiatras puertorriqueños identifican los "ataques" como un "síndrome culturalmente circunscrito", padecido sobre todo por mujeres víctimas de violencia doméstica desde la niñez.[8] En la cultura de la clase media anglosajona, el equivalente más cercano es acaso el ataque de pánico. En la cultura rural y de clase trabajadora puertorriqueña, los ataques se interpretan como una reacción legítima de las mujeres para desahogar la rabia contra el hombre que domina su existencia en casos en que la violencia sobrepasa los límites admisibles. El saber popular identifica los celos como la causa más común de estos arrebatos culturalmente predeterminados. En otras palabras, al encañonar a Félix, Candy en realidad desempeñaba el papel clásico de la mujer agredida. Efectivamente, al pegarle un tiro a su marido en un rapto catártico, y destrozar así las cadenas cíclicas del abuso intergeneracional, Candy no transgredió, sino que reafirmó, los protocolos patriarcales de la relación entre marido y mujer.

LA RECUPERACIÓN: SEXO, DROGAS Y UN NUEVO AMOR ROMÁNTICO

Cuando Candy dio a luz a su quinta hija, Lillian, dos meses después del encarcelamiento de Félix, cayó en una profunda depresión así como en una grave crisis económica. En los confusos meses posteriores al alumbramiento, extravió los documentos del Departamento de Bienestar Social y dos de sus cuatro hijos fueron excluidos de su cheque de asistencia federal, circunstancia que Candy atribuyó a "un lío con mis números del seguro social". Pronto se le agotaron los $3000 que Ray le había pagado por los derechos del Salón de Juegos.

Candy superó tanto la depresión como la crisis económica que atravesaba enamorándose perdidamente de Primo y hallando trabajo como vendedora de Ray. Combinó la estrategia femenina tradicional de efectuar un cambio radical en su ciclo de vida –emprender una relación amorosa– con la realidad de la economía clandestina en El Barrio –vender drogas–. En retrospectiva, Candy señalaba a su nuevo amante como responsable de su recuperación. Si bien había demostrado eficacia como madre soltera, insistía en visualizar su futuro y su bienestar bajo un marco conyugal.

> *Candy*: Yo no sé qué sería de mí sin Primo. Yo por siempre... yo me podré casar con cualquier pelsona, pero yo siempre voy a pensar en Primo porque fue por cuenta de él que yo llegué a ser la mujer fuerte que yo soy ahora.

Primo no era tan romántico al recordar su amorío con Candy. Lo relataba, sin embargo, con sensibilidad y comprensión, sin caer en la lascivia estilizada y semipornográfica que suele caracterizar a las historias contadas de hombre a hombre sobre los amoríos pasados. Según él, tuvo sexo con Candy casi por accidente luego de sostener conversaciones íntimas a nivel platónico por varios meses.

> *Primo*: ¡Dito!, yo sentía mucha pena por Candy. Ella lloraba mucho. Entonces yo la empecé a acompañar mucho en la casa. Nos veíamos todos los días en los primeros cuatro meses después de que metie-

ron a Félix a la cárcel, cuando ella recién había tenido a la nena, ¡que por cierto salió preciosa, pana! Gordita y saludable; se veía bien.

Yo estaba pendiente de Candy y la atendía a ella, tú sabes. Ella me contó todo sobre mi primo; cómo eran las pelas que él le daba. Yo era el paño de lágrimas de ella, porque supongo que uno necesita tener a alguien que lo escuche.

Yo le decía: "Mira, tú tienes que salir a disfrutar de la vida. Lo que pasó, pasó; ya eso es historia. Ahora tú tienes que mirar palante; tú tienes que hacer algo con tu vida si quieres salir de este aprieto".

La noche que nos juntamos todo empezó tranquilo. Estábamos allí, hablando y más nada. No habíamos comprado perico ni nada de eso. En ese tiempo yo ni siquiera esnifeaba.

Entonces yo la llevé al cuarto de los nenes. Solamente había una cama chiquita y yo la senté allí y empezamos a besarnos.

Yo no sé dónde carajo se metieron los nenes. Han de haber estado en otro cuarto, o se habrán dormido juntos en el cuarto de ella. Porque ella tenía una cama grande, así que tal vez se hayan quedado allí mirando la tele y se durmieron todos juntos hechos un puño.

Lo cierto es que nos empezamos a besar, y al rato yo le cogí los *panties* y los hice a un lado. Eso le gustó.

Pero en eso ella se levantó, se fue al baño y pegó a llorar.

Y yo pensaba: [se entierra el rostro en las manos] "¡Ay, Dios mío!, tal vez ella no quiera hacer esto", y decía [se entierra el rostro de nuevo]: "Tal vez la esté forzando".

Total que yo me sentía como un sinvergüenza. Yo pensaba: "Tal vez sea mejor decir hasta aquí y dejar las cosas como están. Podemos asegurarnos de que esto no vuelva a suceder. Nadie se tiene que enterar". Porque tú me conoces, Felipe, yo no le habría contado a nadie.

Yo le empecé a decir eso. Pero en lo que yo hablaba, ella me dice: [manos en las caderas, sacude la cabeza con autoridad] "¡De qué tú hablas! Ya que empezamos, vamos a terminar".

Y pues nos tiramos en la cama [risas], tomamos más confianza, y ¡uuííííí! [lanza los brazos al aire]. Y lo hicimos bien, pana, como si fuéramos una sola pelsona [mira hacia arriba, como si inspeccionara el yeso que se desprendía del techo del Salón de Juegos].

Desde la puerta del Salón de Juegos, César pulverizó la emotividad creada por la anécdota de Primo con una estrepitosa carcajada: "¡Ajá! ¡Qué bueno! Mi panita la rellenó como un pavo pa Sanguivin [Acción de Gracias]".

La economía del *crack* y el amorío con Primo le proporcionaron a Candy la independencia necesaria para romper con el control paralizante que su esposo seguía ejerciendo desde la celda en la que se encontraba. Ray contrató a Candy para que se encargara de la jornada nocturna en el Club Social, de medianoche a seis de la mañana. Dicho horario le permitía regresar a casa, alistar a los niños para el programa *Head Start** y atender a su bebé recién nacida. Para entonces, Abraham, abuelo adoptivo de su ex esposo, encargado de cuidar a los niños por la noche, yacía profundamente dormido tras ingerir brebajes combinados de cerveza, vodka, vino fortificado y Bacardi.

Irónicamente, Candy, al igual que Félix, no hacía el menor esfuerzo por pasar desapercibida como vendedora de "El Club". Ni siquiera lograba mantenerse dentro del local y dejar que sus clientes entraran en él a comprar paquetes de veinte dólares de cocaína o ampollas de diez dólares de *crack*. Más bien, tomaba el control completo de la esquina, insultaba a los competidores independientes, ahuyentaba a los guías autodesignados, les guiñaba el ojo a los hombres bien parecidos y les hacía favores a sus amigos. Irradiaba un carisma irresistible: cabello teñido de rubio con raíces negras, cicatriz a la izquierda de la barbilla, tacones aguja, calzas negras, un cuerpo escultural y la más ruidosa y efusiva voz metálica en la esquina de La Farmacia. Para su fortuna, la policía era demasiado incompetente y estaba demasiado desmoralizada como para advertir su presencia, por lo que en seis meses en el puesto no sufrió ni un solo allanamiento.

En una ocasión le pregunté a Ray si no le preocupaba que algún adicto o asaltante fuera a atacar a Candy en una de sus jornadas nocturnas. Su respuesta tajante e indignada me hizo sentir como un machista insensato: "Candy sabe hacerse respetar. ¿No te das cuenta? ¿Tú no viste lo que le hizo a su marido?". Su respeto y confianza hacia Candy me hicieron recordar el papel fundamental de la violencia en el desarrollo de la credibilidad callejera. Entre tanto, desde la medianoche hasta las seis de la mañana, Candy se convertía en la reina de la esquina del Club Social, donde suministraba gran parte de la cocaína que los adictos solían inyectarse en los patios escolares de East Harlem, ofreciendo un espectáculo que los periódicos locales pronto denunciarían en un escandaloso informe de investigación titulado "Los patios de recreo del diablo".[9] En todo caso, el negocio prosperó. Candy inhaló más cocaína, perdió más peso, vio menos a sus hijos, ganó más dinero y tuvo más sexo y poder que en ningún otro momento de su vida.

* Head Start es un programa federal, establecido en 1964, que presta servicios educativos, médicos y nutricionales a niños de edad preescolar provenientes de familias de bajos recursos. [N. del T.]

Yo mantenía a mi familia y me sobraban chavos pal embolle, porque yo era joseadora. Cuando una josea, cualquier embolle que una tenga una lo puede mantener.
A mí lo que me gustaba era el perico. Cocaína pura, tú sabes; yo esnifié cocaína por cinco meses. De ahí pude haber pasado a fumar pipa, pero yo sólo esnifeaba y más nada. Yo estoy en contra de las drogas fuertes. Porque yo te voy a decir una cosa, las drogas no te dejan nada bueno.
Total que yo dejé las drogas, y mírame lo que yo peso ahora [abre los brazos y menea las caderas] Ahorita peso sesenta y dos kilos.

LA INVERSIÓN DEL PATRIARCADO

Sana y salva, ya que su esposo estaba en prisión, Candy prosperó, o al menos así lo indicaban las apariencias. Se hacía respetar firmemente entre los hombres violentos que la habían rodeado desde su niñez, e incluso mostraba solidaridad con las mujeres maltratadas que formaban parte de su círculo de amigos y conocidos. Entre otras cosas, le aconsejó a la esposa de Luis, el hermano mayor de Félix, que le disparara a su marido como represalia por las golpizas que le propinaba cuando corría las cortinas para mirar por la ventana de su departamento, situado en el octavo piso de una torre de un complejo habitacional.

Candy: Un día yo fui pa en casa de Wanda, ¿verdad? Pero que fui a mirar por la ventana pa vigilar a los nenes, que estaban jugando afuera, y Wanda viene y casi me da un puño.
"Candy, ¿qué tú haces?" Yo pensé que había hecho algo malo.
Y yo digo: "Contra, ¿qué carajo es esto?".
Y ella me dice: "Mira, ten cuidado, ésa es una trampa que Luis pone cuando cierra la ventana; lo hace de tal manera que él pueda darse cuenta si una la abre. En esta casa está prohibido mirar por la ventana".
Él había puesto una colcha bien pesada pa tapar la ventana y en esa casa no entraba ni la luz.
¿Tú sabes lo que yo le dije a Wanda? Yo le dije que le pegara un tiro a ese canto de desgraciado. Pero ella no le ha disparado a Luis, porque ella es una víctima.
Y pues yo se lo dije a Luis también. Que si yo fuera Wanda, hace años yo ya lo habría matado. Yo me habría deshecho de él. ¿Tú te crees que yo le aceptaría todos esos cambios?

La solidaridad de Candy también tenía sus límites. En última instancia, ella aceptaba y participaba de la lógica patriarcal que culpa a las mujeres tanto por la promiscuidad como por la violencia masculina.

Candy: Pero yo te voy a decir una cosa, Felipe, el esposo mío era muy parecido a su hermano en su comportamiento. A mi concepto es culpa de las mujeres en esa familia, que a todas les gusta jugarles sucio a los maridos. Entonces tal vez Félix piensa que todas las mujeres somos iguales.
Luis siempre se metía con las mujeres de todo el mundo. Se metía con las cuñadas suyas. ¿Tú te acuerdas [se vuelve hacia Primo] que le hizo lo mismo a Lucy, la primera esposa que él tuvo, con la hermana de ella?
Primo: Y en ese tiempo Luis tenía otras chillas por ahí también.
Candy: Ajá. Y Luis siempre decía: "Todo queda en familia". Pero cuando le pasó lo mismo a él [abraza a Primo por detrás], entonces no le gustó. No le gustó su propia medicina [risas].
Wanda con Luis lo que tiene es un martirio. ¡Psch! Desde el día en que Luis pescó a mi esposo en la casa de él [risas], le tiene prohibido a Wanda mirar por la ventana. Tremenda tunda que le dio esa vez.
Pero, ves, es que Luis se la buscó. Él siempre decía: "Todo queda en familia".
Y cuando Primo y yo empezamos a andar juntos, Luis no paró de hablar pendejadas, de que Primo y su hermano son primos hermanos. Pero si tú te pones a pensar, un primo no es una cosa tan cercana. Y ahora él me dice que yo no puedo estar con Primo, después de que él se metió con la hermana de su mujer y su hermano se metió con su mujer. Y eso es peor, tú sabes, porque son cuñados y son tíos de los nenes. Allí los genes son más fuertes.
Él debería de preocuparse por su propia esposa y no meterse en lo que no le importa.

En el fondo, Candy nunca rompió con el dominio de su esposo. Más bien, seguía sus pasos: vendía drogas, descuidaba a sus hijos y hacía alarde de sus múltiples conquistas sexuales. Primo, convertido en su amante, se transformó también en el vehículo con que ella afrontaba los tabúes sexuales de la cultura callejera puertorriqueña. En aquel entonces, Primo fingía cumplir la fantasía de vivir "de cachete" a costa de una mujer. Meses más tarde, Primo me confesó haberse sentido como si estuviera creando un monstruo: una mujer agredida ahora demostraba mayor masculinidad que los hombres a su alrededor.

> *Primo*: Esa mujer es loca. Estaba tostada. De allí en adelante, pana, eso fue un horror. Un horror [se entierra la cara en las manos].
> Acho, esa mujer estuvo a punto de matarme, de caerle a palos a las jebas mías, cualquier jeba que se me acercara.
> Mira, eso fue una locura lo que ella me hizo pasar. Esa jeba me humilló como ninguna.

La inversión de los roles sexuales era inadmisible para Primo. Candy empezaba a ufanarse en público de sus proezas sexuales, al igual que Félix cuando solía exhibir a sus novias delante de los habitués del Salón de Juegos antes de que Candy le disparara.

> *Primo*: Candy empezó a ganar tantos chavos, tantos chavos. Esa jeba ganaba incluso más de lo que yo sabía que ganaba.
> Lo que pasa es que ella rápido comenzó... comenzó con el bochinche, tú sabes; le contaba a la gente y les insinuaba que yo vivía en la casa de ella y que ella me mantenía.
> Y después, cuando Félix la llamaba, ella le decía que se había hecho de un novio. Le decía cosas como: "No te preocupes, que tú te vas a enterar", ese tipo de cosa.
> Más tarde ella le contó a su familia y yo me sentí como un mamao... yo no me lo creía. Yo no quería bregar con eso.
> Y a mí me daban ganas de andar por ahí por cuenta mía. Eso la agallaba a ella.
> Después, cuando yo no me quería meter con ella, tú sabes, sexualmente, ella me decía que yo la estaba usando. Y yo: "¿Cómo que usándote? ¿De qué tú hablas? No puede ser sexualmente porque tú eres la que quiere que yo te meta el bicho".
> Y ella me decía: "Pues yo te compro cosas".
> Pero yo le contestaba: "Mira, yo a ti nunca te pido nada. A ti es que te gusta hacer favores. Tú solamente estás buscando excusas pa enfogonalte".

Al cabo de seis meses, Primo por fin se rebeló contra tal inversión de la norma patriarcal. Luchó por recobrar su sentido de la dignidad masculina utilizando la única estrategia que tenía al alcance de la mano: la violencia física. De la forma más clásica posible, su renuencia a satisfacer las exigencias sexuales de Candy precipitó el fin de su relación con ella. Años después, en las noches más monótonas en el Salón de Juegos, Primo nos empezó a contar con lujo de detalles la historia de la noche en que rompió con Candy. Parecía utilizar las sesiones de grabación como terapia para resolver la confusión que le produjo su

amorío con ella. También hacía el esfuerzo de establecer vínculos emocionales con César y conmigo, y celebrar su ulterior habilidad para prevalecer sobre la mujer antagonista. César siempre lo alentaba, incluso cuando yo lo criticaba o permanecía neutral.

> *Primo*: Ella se ponía bien bellaca, o lo que fuera, y a mí no me venía en gana hacerle caso.
> Un día ella se puso uno de los *babydoll* que tiene. Yo cogí y le dije: "Déjame en paz". Y ella me dice: [reniega] "¡Tú me lo debes!".
> Yo le pedí que me dejara en paz, pero ella no quiso quitárseme de encima, así que yo le di un rempujón. Luego se armó una garata porque ella agarró un cuchillo [se oyen disparos].
> *César*: ¡Acho, pana! Yo no sabía que tú tuviste que bregar con eso. Era como la jeba de "Atracción fatal".[10]
> *Primo*: César, cállate. Tú siempre estabas tan volado que yo no te quería ni conocer [le pasa una botella de un litro de licor de malta].
> Y todo el tiempo ella me pasaba amenazando, como una loca. Entonces yo le dije: "Anda, vente pa acá con ese jodío cuchillo, que como tú te acerques yo te voy a mostrar lo que es un puño".
> *César*: [fuera de control, entusiasmado] *Exactamente* como *Atracción fatal*, pana.
> *Primo*: ¡Claro! Yo la tenía en la mira y vigilaba la distancia entre ella y yo para patearle la cara si se me acercaba. Yo la hubiera descocotado, pana; de una patada le hubiera quebrado la mandíbula.
> *César*: [aclama, luego bebe] ¡Sí, así se hace!
> *Primo*: [toma de nuevo la botella] Yo le digo: "Que ni se te ocurra porque te doy un puño. Tú no me vas a dar a mí; yo te voy a dar a ti. Vente, que yo estoy preparado".
> Ella cogió y guardó el cuchillo. Pero después no me quiso dejar en paz, así que yo la agarré y me la llevé pal cuarto de los nenes pa enseñarles a ellos lo que estaba haciendo su mai. Yo llamé a los nenes y la miré fijamente a los ojos, y les dije que vieran lo que su mai estaba haciendo.
> Pero delante de los nenes ella se hizo la desentendida y me dijo: [con tono despreocupado] "¿Qué carajo tú haces? Yo no sé de qué tú hablas".
> Miró a los nenes y les dijo: [con suavidad] "No, todo está bien, yo sólo... sólo estamos relajando".
> Pero que salimos del cuarto y ella se vuelve y me dice: [con furia] "Hijo de puta". Y se me viene pa encima. Y yo digo: [se entierra la cara en sus manos] "¡Ay, Dios mío!".

Y a mí me entró un coraje que yo la agarré del cuello [hace gestos de lucha libre] y la tiré en el caucho [golpea el puño contra la mano]. FUA... Y yo FUÁCATA, FUÁCATA [golpea de nuevo], le di un cantazo en la cara con toda mi fuerza.

Pero que la canto de cabrona pegó a reírse. ¡Y yo le había dado duro, pana! ¡Duro duro!

César: [se incorpora de un salto] Eeecha, que pegó a reírse. ¡Eso me gusta!

Primo: [alienta el entusiasmo de César] ¡Sí! Puso una cara de loca en lo que estaba allí tirada, con nada más que el *babydoll* encima.

Mira, yo pensaba: "Esta canto de pendeja está loca". Y me cegué, así que le di otro cantazo [golpea]. Y ella como si todo estuviera chévere, como que quería que yo le diera.

Entonces yo le di otra vez [golpea] y TUN, la mandé a volar al otro caucho, así [alza los brazos como un cuerpo en vuelo] y ella seguía riéndose.

César: Sí, pana. Tenía una obsesión con los golpes. Ella loca de contenta que le dieran pelas.

[Se voltea hacia mí, quizá inquieto por mi gesto de desagrado] Tú te puedes imaginar a una persona como Félix con ella. Porque este panita no es tan malo.

Mira, Pops, ¿tú crees que ella se portaba así porque te quería? ¿Era eso? ¿Quería quedarse contigo?

[Se voltea hacia mí de nuevo] Imagínate, Felipe, que ella te caiga encima gritándote: [agita los brazos] "¡Hijo de puta!".

Y no parecía eso. Yo veía a Primo y a Candy y parecían una pareja tranquila, tú sabes, relajada.

No te daba la impresión de que pasara todo esto que dice Primo, con cuchillos y eso. Parecía que se ennotaban juntos, y que eran... normales, como en la nota, siempre.

Primo: Sí, César, tú no te hubieras dado cuenta. Tú siempre andabas de misión.

[Se vuelve hacia mí, cabizbajo] ¡Dito!, yo detesto pensar en esto, Felipe, porque en verdad, en lo que pasaba todo esto ella estaba llorando.

Además los nenes estaban allí en el cuarto, asustados. Me imagino que estaban llorando. Ella se pasó de la raya, ¿y yo qué podía hacer? Los nenes nos veían. Incluso Lillian estaba allí, y ella no tenía ni un año.

César: ¡Claro! Te querían sacar los ojos porque tú la escocotaste.

[Le pasa la cerveza a Primo] Pops, ¿ella se quería quedar contigo? ¿O es que quería que le metieras el bicho?

Primo: [bebe] Ella quería que yo le diera una pela. Me obligó a que me quedara. Entonces yo me senté en el caucho en el que ella había caído cuando yo le di el puño.

Yo pensaba para entre mí: "Ella quiere acostarse conmigo", como al estilo cursi de que "te adoro" y eso, y a mí no me venía en gana.

Entonces yo estaba sentado allí [me pasa la botella] igual que tú estás sentado aquí, ¿ves? Y, de repente, ella se levanta y se pone a caminar de un lado a otro, de atrás palante, de atrás palante con los tacones puestos. Zapateaba en el suelo, tú sabes, como clac, clac, clac.

Ella estaba volada, ves, y eso me tenía encabronao. Porque ella se metió en el cuarto de ella y yo no sabía qué carajo hacía allí adentro. Yo la tenía bajo sospecha.

César: ¿Tú le cogiste miedo?

Primo: ¡Claro, pana! Porque yo sabía que ella tenía una pistola en el cuarto de ella.

César: [inhala cocaína] ¿Y en verdad pensaste que ella te iba a disparar?

Primo: ¡Pana, por supuesto! Pero espera, cállate, déjame continuar la historia.

[Se voltea hacia mí y toma de nuevo la botella de licor de malta] Ya para entonces yo hubiera hecho cualquier cosa que ella me pidiera. Pero ella se quedó quieta sin decir na, mirándome. Por alguna razón empezó a hacerme mala cara, como pa tentarme a que yo me le fuera encima.

No me acuerdo qué fue lo que ella dijo, pero yo me quedé callado. Yo estaba listo para lo peor.

Entonces ella empezó a hablar de Jackie [la novia anterior de Primo]: "Yo sé que ayer tú la estabas besando", y que esto y que lo otro.

Y yo le digo: "¡No! Anda, tú sabes que yo... yo no la he besado desde hace mucho tiempo".

Pero a ella le importaba un carajo lo que yo le decía; ella quería que yo dijera que yo se los pegaba. Ella siguió, dale que dale.

Así que al fin yo le digo: "*Okey*, mira, yo... yo... yo le di un beso".

Allí mismo ella se volvió loca. Me dice: "¡Yo sabía que tú eras un hijo de puta!".

De hecho me trató de dar un puño. ¡Pun! Yo le sujeto la mano y le digo: "¡Tranquilízate!".

Ella me grita: "¡So cabrón!" –como si yo fuera el esposo de ella–, "yo sabía que tú tenías una corteja". Y se puso a lloral.

Yo le dije: "Eso es lo que tú querías que te dijera, así que te lo dije".

Y otra vez empezó a caminar de un lado pa otro con los tacones. Eso fue un escándalo, pana. Fue bien talde por la noche.
De un pronto a otro... ella empezó con que se quería alistar en ese mismo instante pa ir a casa de Jackie y armar una tángana. Y yo pensé: "[se encoge de hombros] ¡A mí qué me importa!".
Y pues ella se puso las zapatillas y la ropa. Y yo pensaba: "¡Mierda, qué jodienda!".
Pero de pronto ella se olvidó del asunto. Sólo estaba buscando *trouble*, tú sabes, como pa que yo le pegara.
Pero yo me dije a mí mismo: "¡No, estate quieto!". Y me quedé parado así [se cuadra], carepalo.
Ella se fue pal cuarto y yo vi que tenía la falda metida, pero cuando volvió a salir se había sacado la camisa. Ella viene y me grita: "¿Qué, te vas? ¿Te quieres ir pa tu casa?".
Tenía las faldas salidas, tú sabes [simula que tiene un bulto en la cintura, como si escondiera un arma]. Ella estaba buscando problemas.
Se había parado al lado de la puerta y yo estaba a la par de la ventana.
¡Yo cogí *pánico*, pana! La miré a los ojos y le dije: "Yo no me quiero ir".
Y ella me contesta: "¿Por qué no? ¡Hijo de puta!". Y me empezó a hablar bien malo.
César: [incómodo por la admisión de inseguridad] ¿Pero ella qué quería? ¿Todavía quería que tú le metieras el bicho?
Primo: [molesto] ¡Que no! Quería que yo le diera un puño.
Ella estaba al lao de la puerta [traza la escena con las manos] y yo alante de la ventana, y el caucho estaba allí; y yo allí esperando, ¿ves?
Yo pensaba para adentro: "Yo conozco a esta jeba. Puñeta, pana, me jodí. Ella quiere que yo haga algo estúpido. Quiere que yo le dé pa que ella me pueda disparar".
Pues yo lo que hice fue que le dije: [conciliador] "Mira, siéntate aquí al lado mío, guarda la pistola y después discutimos si tú quieres. Pero primero muéstrame la pistola, sácale las balas al cartucho y pon las manos donde yo las pueda ver".
Ella me contesta: "Yo no tengo ninguna pistola".
Así que yo le digo: "Déjame, que te registro".
Y ella dice: "¡No!".
Entonces yo digo: "Pues nada [de nuevo tranquilizador], perdóname, si yo te hice algo malo, te pido que me perdones... bla... bla... bla... mira, hablemos. Yo no entiendo por qué tú me haces esto".
A lo que por fin ella me dice: [suspira] "¡*Okey*!". Y sacó la pistola, porque la tenía encima todo el tiempo, debajo de la camisa.

Tan pronto como ella la descargó –no me acuerdo dónde la puso, pero yo la vi quitarle el cartucho– le digo: "¡Canto de puta!" [lanza dos puñetazos]. Y me le fui pa encima.
A mí me entró coraje, pana. Le grité: "¡Vente, so cabrona!. Vente que esta vez es en serio".
Pero ella seguía de necia, pana; no quería dejar que yo me fuera. Tenía esa mueca de maldad, tú sabes.
Por suerte, en ese momento vino Tabatha, y yo le dije: "Tú mamá me está fastidiando. No quiere dejar que yo me vaya".
Y mira, eso fue una garata que a la tarde del día siguiente todavía estábamos en eso. No me acuerdo exactamente cuánto tardó, pero la cosa es que Tabatha fue a buscar a Luis o algo así, porque más tarde él vino. Y yo le dije: "Candy no me quiere dejar ir".
Candy me persiguió por toda la casa. ¡Bendito! Me lanzaba cosas, me daba puños, quebraba adornos, se cayó el reloj. Se volvió loca, pana.
Al final todos estábamos llorando. Y yo sentía como que Tabatha me apoyaba y que ella también iba a salir lastimada. Polque ella empezó a contrariar a la mai de ella, y se armó otra tángana, y Tabatha le dio un puño a Candy.
César: [furioso] Tabatha le cae a palos a todo el mundo. Esa cabrona tiene mal carácter. Tiene un problema de actitud.[11]
Primo: ¡Que no, pana! Candy estaba fuera de control y Tabatha vino a ayudar. Ella estaba tranquila. ¿Qué más podía hacer? Estaba tratando de calmar a su mai [sombrío]. Pero sí le dio un puño bien fuerte a Candy.
Y pues Candy arrancó a gritar y a hacer estupideces: "Mi hija me pegó, ¡aaahhhh!". Y todo el mundo decía boberías y los nenes pegaron a llorar.
Philippe: ¿Y por qué tú no te fuiste?
Primo: Porque lo que pasa es que Candy tenía un candado por el lado de adentro, y yo no podía salir. Entonces cuando ella empezó a pelear con Tabatha, yo me puse a desatornillar el candado pa fugarme. Pero ella me vio y me agarró.
Por fin Tabatha y Luis la sujetaron y la jalaron pa atrás, y yo la patié duro en el pecho.
César: ¡Toma!
Primo: Pero ella todavía me tenía agarrado así [me agarra las solapas], y me rompió la camisa y me mordió la mano pa que yo no la pudiera agarrar ni quitármela de encima.
César: Como las garras de la muerte, pana.

Primo: Sí. Como te decía, yo hice lo que pude. Me hice un tantito pa atrás y... ¡PAA, TUN! [hace que da una patada karateca en la cara de otra persona].
César: ¿Le diste duro? ¿Como pa que le doliera?
Primo: No tan duro como pa lastimarla, pero suficientemente duro como pa que saliera volando. Luis y Tabatha estaban allí. Pero ya ellos no me estaban ayudando. Ellos cogieron miedo o algo así... no sé.
Ellos se habían ido pa la sala al lado de la puerta principal. Luis me hizo cara de que me iba a caer a golpes cuando yo terminara de patear a Candy.
Todos hicieron cara de que me iban a caer a golpes, pana, hasta los nenes. Lo que pasa es esto: los nenes sabían que su mai no tenía razón, pero yo le estaba dando, así que ellos me querían caer a golpes.
César: [aclama de nuevo] ¡Claro! ¡Claro! Te querían sacar los ojos por darle a su mai.
Primo: Cuando yo les vi la cara, yo caí de cuenta de que tenía que atenerme a ellos también. Yo me preparé, ya tú sabes, pa bloquear los puños de ellos.
Pero yo me volví y les dije: "Ella me tiene que dejar salir, que yo me quiero ir de aquí. Sujétenla o hagan algo. ¡Ayúdenmen!, que yo lo que quiero es irme".
Entonces ellos la agarraron y yo salí embalao.
Pero igual, cuando salí, ella cogió y me tiró una botella de ron por la ventana.

Conforme a su nueva identidad viril de traficante, en vez de estallar en "ataques de nervios" al ver a Primo en público, Candy se desquitaba con la clásica venganza varonil: exclamar a todo volumen lo mucho que había disfrutado acostarse con él. "¡El mejor sexo que he tenido!", gritaba. Esto provocó un altercado inevitable al toparse en público con Primo cuando él caminaba con Jaycee, la antigua novia con quien había regresado después de romper con Candy.

Primo: Un día yo iba caminando con Jaycee delante del caserío de Candy, y ella salió encabronada. Y me empieza a hablar malo: "Canto de cabrón, tú te vienes a esta cuadra con la porquería ésa" –o sea, Jaycee– "que tú te estás chichando. ¿Por qué tú no le dices que tú chichas conmigo? ¿Por qué tú no le dices? ¿Ah?".
Bien loco, pana. Y todo el mundo decía como: ¿Que qué?
Y ella hizo eso delante de los nenes [le pasa un paquete de diez dólares de cocaína a César para que lo muela].

Yo me puse nervioso porque ella pegó a perseguirnos, caminando como una loca. Yo pensé que tal vez había traído la pistola, así que empecé a temblar.
Ella me dice: "¿Por qué tú no le cuentas la verdad, canto de maricón? Tú no eres un hombre".
Estábamos enfrente de los encargados del caserío [los conserjes] y otro chorro de personas, así que todo el mundo la podía oír, tú sabes. "¿Por qué tú no le dices...? [azota los brazos]. ¡Él me metió el bicho! ¡Y me gustó! [da un paso atrás; continúa agitando los brazos]. Y cuéntale cuántas veces te obligaba a que me chicharas" [le agarra la entrepierna con ambas manos y le restriega la pelvis].
Yo no me lo podía creer, ¿verdad? Y todo el mundo mirando por la ventana. Yo pensé: "Hasta aquí" [toma la cocaína, inhala en seco de una caja de fósforos y se la baja con varios tragos de cerveza].
Así que yo le digo: "Vete pal carajo. ¿Tú quieres de esto? [se agarra la entrepierna] Pues yo no te voy a dar más nada. Vete a cagar en la crica de tu madre".
Yo le tiré un puño, pero ella lo bloqueó. Ella sabe cómo yo me pongo. Si yo hubiera estado en su casa, ella no hubiera hecho lo que hizo. Yo la hubiera noqueado de un cantazo. [golpea el puño contra la mano, furioso].
Yo debí coger y pegarle una patada en la cara. Es que esa jeba es una maniática estúpida; está pa que la internen en un manicomio.
César: [alza la vista desde la posición en la que inhala cocaína] ¿Y la pistola?
Primo: [bebe] Sí, yo pensé en eso, entonces cuando ella se nos acercó yo me quedé pegadito a ella, porque ella primero hubiera tenido que sacarla. En cuanto yo la viera meter la mano pa sacarla, yo le hubiera volado un puño, a menos que ella fuera más rápida que yo. Pero entonces sólo me hubiera disparado una vez y yo la hubiera atrapado y la hubiera choteado, canto de desgraciada ésa.

LOS CONTEXTOS CONTRADICTORIOS DE LAS LUCHAS FEMENINAS

Cuando viajé a Puerto Rico varios meses después, me aseguré de visitar el pintoresco pueblo pesquero de Isabela, lugar natal de los padres de Candy. Sentado en el parque central del pueblo, viendo a los adolescentes cortejarse con timidez a la sombra de árboles centenarios, la agonía casi esquizofrénica de Candy de comportarse como traficante varonil y a la vez desear dar a luz a

doce hijos se me hacía más inteligible. Es evidente que en las zonas rurales de Puerto Rico las relaciones entre hombres y mujeres también han experimentado enormes cambios.[12] Ciertamente, si el padre de Candy hubiera permanecido en el tugurio de su abuelo dedicándose a la agricultura de subsistencia y a la pesca artesanal, Candy habría terminado ocupando un puesto básico en una de las fábricas textiles o farmacéuticas instaladas en la periferia del pueblo. Al caer el atardecer, entre la imponente arquitectura colonial y una vista espectacular del mar Caribe, se habría visto obligada a participar en la negociación de los derechos femeninos dentro de los confines opresivos de una comunidad jíbara en transformación. En el contexto del pueblo pequeño, el proceso de oponerse a la dominación masculina en el hogar y en el espacio público tampoco es un propósito sencillo. Ni la inmigración, ni el desarrollo capitalista acelerado ni la metamorfosis económica del último siglo inventaron el sexismo, ni tampoco explican por sí solos la violencia doméstica. Sin embargo, es un hecho que la experiencia hostil de la migración, sumada a la violencia extrema de la economía clandestina, agudiza seriamente los problemas de una mujer como Candy, que vive en el piso diecisiete de un complejo habitacional del Instituto Neoyorquino de Vivienda y josea en el Club Social de Ray. Candy es el tipo de mujer carismática decidida a "abrirse paso a su manera", capaz de forjarse un espacio con mayor autonomía, independientemente del contexto en que se encuentre. El problema es que su terreno de acción y de búsqueda se encuentra restringido al universo callejero de El Barrio. Las fuerzas objetivas que enmarcan su lucha por nuevos derechos hacen que el logro de su autonomía pública sea extremadamente doloroso. Asimismo, como sugiere uno de los subtítulos de este capítulo ("La inversión del patriarcado"), Candy libra una batalla por obtener mayor soberanía dentro de determinados parámetros patriarcales. Tras lograr deshacerse de su esposo agresor, pasó a enorgullecerse de ganar dinero como joseadora, mantener un amante, hacer alarde público de sus conquistas sexuales y obligar a su amante a tener sexo con ella en el momento en que ella lo deseaba.

La pregunta de qué tipo de liberación, emancipación o autonomía conquistan las mujeres en El Barrio debe situarse dentro de los más amplios debates feministas respecto de quién es responsable de definir los derechos de las mujeres y qué significan tales derechos en un contexto de opresión racial y de clase. Suele señalarse que las exigencias políticas de las mujeres en las últimas generaciones se han planteado en términos de libertades individuales –históricamente defendidas por la clase media liberal– y no de solidaridad de grupo, empoderamiento colectivo o incluso oposición a la autoridad patriarcal. Empecé a percibir la veracidad de este cuestionamiento al adentrarme en la vida de las mujeres que conocí en East Harlem. La madre de Primo, por ejemplo, estaba insatisfecha con sus logros como madre soltera en Nueva

York. La opresión estructural que padecía era incontrovertible: la explotaban económicamente en su empleo informal de costurera para un subcontratista de la industria textil, y vivía marginada en un caserío segregado de la *inner city*. Era habitual que experimentara hostilidad racial al aventurarse fuera de su vecindario y continuaba batallando contra una segunda lengua que nunca llegó a dominar.

Por otra parte, la madre de Primo nunca hubiera sido capaz de hacerse valer como mujer independiente en su comunidad natal de la manera que lo ha hecho en Nueva York. En las últimas cinco décadas: (1) dejó su casa a los diecisiete años y emigró a Nueva York por cuenta propia; (2) escogió a su esposo; (3) se separó de su esposo cuando éste demostró ser un alcohólico abusivo; (4) crió a tres hijas y un hijo con sus propios recursos, en un hogar autónomo; (5) escogió a sus amantes en su edad adulta; (6) trabajó tiempo completo la mayor parte de su vida; (7) tuvo control exclusivo sobre sus ingresos, etcétera. Sin embargo, sigue sintiéndose insatisfecha con la autonomía que "conquistó" al desarraigarse y reubicarse en Nueva York. Parte de este malestar surge del aislamiento individual típico de la experiencia urbana estadounidense, así como de la práctica convencional de definir los derechos y los logros en términos individualistas. Echa de menos la solidaridad femenina, familiar y comunal que prevalecía en su pueblo agrícola puertorriqueño. El pueblo de Arroyo le deparó penurias económicas, pero no el rotundo ataque cultural contra su dignidad que enfrenta en la megaurbe. Sus recuerdos, aunque predispuestos a idealizar el pasado, formulaban una interesante crítica de las prioridades de la clase media anglosajona: la autonomía individual y la superación socioeconómica.[13]

> *La madre de Primo*: Antes, en Puerto Rico, cuando una mujer daba a luz a un niño, su vecina estaba allí con ella pa acompañarla, y la partera también le daba compañía. Todas la ayudaban.
> Por una semana entera te traían sopa, sopa de pollo y cosas así. Pero ahora, ¡nada! ¡De ningún modo! Ahora no hay nadie que te traiga sopa de pollo.
> Mira, yo he parido cuatro nenes en New Yol y todavía no me he comido ni una sopa que me haya traído otra persona. El mismo día que yo volvía del hospital, yo me tenía que preparar mi propia comida. ¿Quién vino aquí a ayudarme? ¡Nadie! Yo misma tenía que acostar al nene y cocinar.
> Antes las cosas no eran así. Antes había más respeto.

ENFRENTAR AL ESTADO: MADRES SOLTERAS Y ASISTENCIA PÚBLICA

El presente capítulo ha hecho hincapié en la experiencia emocional de la revolución femenina como parte de nuestro objetivo general de subrayar la interiorización de los procesos económicos e históricos que atraviesan los individuos vulnerables. También es importante examinar el papel del Estado y las políticas públicas. Un psicólogo catalogaría los raptos iracundos de Candy como patológicos, pero tales reacciones deben situarse en el contexto institucional dictado por el Estado, árbitro de la supervivencia cotidiana de los habitantes de la *inner city*. En los Estados Unidos, las entidades públicas encargadas de mitigar, o al menos regular, las vicisitudes de los inmigrantes muestran hostilidad expresa ante la desesperanza de sus "clientes". El rencor se ha tornado recíproco. Tanto legisladores como miembros de la prensa condenan reiteradamente la llamada "dependencia" de los pobres. Como señala el historiador Michael Katz, las leyes estadounidenses dirigidas a combatir la pobreza se caracterizan por su obsesión por distinguir entre los "pobres dignos" y los "indignos", además de responsabilizar a los individuos de sus fracasos. En años recientes, sectores conservadores han culpado al Estado benefactor de promover la pasividad y la dependencia entre grupos de bajos ingresos.[14] Sin embargo, la impresión que me llevé de la calle gracias a los familiares de los vendedores de Ray no fue de pasividad ni mucho menos de parálisis. La mayoría de las madres, abuelas, esposas y amantes de los traficantes batallaba tenazmente con el sistema.

Candy provee una buena muestra del modo en que las madres deben manipular las entidades públicas si desean mantener a sus hijos bien alimentados, bajo techo y fuera de prisión. El Departamento de Bienestar Social y el sistema carcelario son las instituciones que tienen mayor impacto sobre la estabilidad de su familia. Para asegurarles el sustento a sus hijos, cosa que concebía como su propia obligación, Candy debía realizar hábiles maniobras que incluían la venta de drogas, la ayuda federal y el mercado laboral legal. Incluso mantenía "en limpio" un segundo número del seguro social para declarar sus ingresos legales ante el IRS (Internal Revenue Service, departamento de hacienda estadounidense) sin comprometer los beneficios de Bienestar Social y de Medicaid.[15]

Candy sostuvo un conflicto permanente con el Departamento Neoyorquino de Bienestar Social durante mi estadía en El Barrio. El problema principal era la política estatal de "agitar las nóminas", es decir, de comprobar la selección de los beneficiarios cada seis meses (proceso conocido como "revalidación") y de efectuar constantes modificaciones al procedimiento burocrático. El Departamento alega que dichos obstáculos previenen el fraude y que son indispensables para cumplir con el protocolo federal de documentación, sin lo cual la ciudad perdería los recursos del aporte paralelo federal. Desafortunadamente, tales impedimentos acaban por excluir de un 10 a un 15 por ciento de los beneficiarios potenciales de la asistencia pública, personas incapaces de suministrar la tarjeta del seguro social, el "certificado de domicilio" u otros de los numerosos requisitos.[16] En caso de que un beneficiario sea sospechoso de fraude, el proceso de revalidación suele ejecutarse con sumo rigor burocrático.

El laberinto hostil de los servicios públicos estadounidenses se conjuga con las crisis emocionales de las personas desfavorecidas y acentúa la incertidumbre de su vida cotidiana. No cabe duda de que tal era el caso en el hogar de Candy. Poco después del encarcelamiento de su esposo, antes de involucrarse en el narcotráfico y de enamorarse de Primo, Candy solicitó un aumento quincenal al Departamento de Bienestar Social debido al nacimiento de sus dos hijas menores. El Departamento se lo denegó.

> *Candy*: Hubo un lío con mis números del *social* y me penalizaron por cinco meses. Lo que pasa es que cuando yo fui a que me entrevistaran –pa la revalidación de cada tres meses, que una tiene que ir a la oficina y llevar comprobantes de que los hijos están estudiando, que los hijos están en la lista del Instituto de Vivienda, ves, que una todavía califica pal mantengo– ellos me dijeron que a mí me faltaban varios papeles de mi nena, y de mi *baby* también.
> ¿Tú te imaginas? Querían la tarjeta del *social security* de la nena mía. Yo no entiendo por qué te fastidian tanto por la jodía tarjeta de una nena de dos años, ¡cuando una nena de dos años ni siquiera trabaja! No entiendo qué tiene que ver una tarjeta del *social security* con una *baby* de dos años.
> Chico, ¿tú me entiendes? Además, una no va con la nena al Departamento de Seguro Social a decir: "*Okey*, denle una tarjeta a esta nena". Tú vas sola, con más nadie. ¿Cómo saben ellos que una tiene a esa nena en casa? Porque una podría traer la certificación de nacimiento de cualquier pelsona y conseguir una tarjeta falsa.
> Pero ahora resulta que volvieron a cambiar el requisito. Ya no te piden la tarjeta del *social security* de los nenes. Lo que pasa es que yo demandé a esa canto de cabrona, y le gané. En la corte dijeron: [imita una molesta voz burocrática] "Ah, pues ya nosotros no pedimos el *social security*". Me tuvieron que devolver los chavos que no me habían pagado, desde mayo del año pasado hasta enero.

El veredicto favorable del tribunal llegó demasiado tarde. Para entonces, ya Candy vendía *crack* y cocaína a tiempo completo y se había sumido en el estilo de vida de una joseadora "exitosa", con Primo como amante. Luego de faltar

a la siguiente entrevista de revalidación y perder la asistencia pública, Candy escasamente advirtió la diferencia, pues para entonces ganaba el sueldo estable que le pagaba Ray. Varios meses después, tras su separación de Primo, Candy reconocería que el narcotráfico estaba destruyendo a su familia. Una vez más solicitó asistencia pública, en el intento de abandonar la venta de drogas y de restablecer un hogar seguro para sus hijos. Sin embargo, su personalidad agresiva, adecuada para las interacciones callejeras, inspiró desconfianza entre los funcionarios de Bienestar Social. Esto sucedió en la misma época en que Candy se peleó ásperamente con Primo y su nueva novia en el patio del complejo habitacional donde vivía. Para cuando grabé esta conversación, muchos meses después, Candy y Primo habían restablecido su amistad platónica:

> *Candy*: Yo te voy a decir una cosa sobre el *welfare*. La última vez que lo volví a pedir fue cuando yo bregaba pa Ray, y me dieron mucho lío en lo que me trataba de inscribir.
> Me preguntaron: "¿Cómo tú hiciste para sobrevivir tantos meses sin *welfare*?". Eso fue porque yo vendía drogas. Entonces yo no necesitaba el *welfare*.
> Ahorita mismo yo ni siquiera estoy vendiendo drogas. Dejé de josear porque quiero un mejor futuro para mí y para mis nenes.
> La asistente social que me atendía a mí en la oficina del *welfare* le gustaba denigrarla a una. Y yo tenía tanta congoja adentro porque tenía tantos problemas. Yo quería dejar de bregar pa Ray y tenía los nervios alborotados, y la canto de estúpida en la oficina del *welfare* me dice: "Eh, pues… [imita un tono burocrático] tú llamaste a pedir que te sacaran a ti y a tu nena del presupuesto".
> Y yo le contesto: [incrédula] ¿*Yo* los llamé a ustedes? ¿Pa decirles que me sacaran a *mí*? ¿Del presupuesto? ¿Cómo carajos voy a llamar yo a decir eso, si yo soy la madre de mis nenes?
> Y pues me puse loca [con tranquilidad], así que agarré el archivo de mi caso y lo rompí. Y al verme romper la calpeta ella llamó a la supervisora, y luego me tuvo que sujetar.
> Entonces, en lo que ella me tenía sujetada, yo le tiré un puño [de repente sonríe y hace una pausa para acentuar el efecto].
> *Philippe*: Anda, cuéntanos lo que pasó.
> *Candy*: [se encoge de hombros, la cara en blanco] Me cerraron el caso.

La inexpresividad deliberada con que Candy nos contó esta historia, una clara ilustración de la intransigencia burocrática de Bienestar Social, hizo que Primo y yo estalláramos en carcajadas. Yo de hecho perdí el equilibrio y resbalé del capó del auto sobre el cual nos reclinábamos frente al Salón de Juegos. Candy nos hizo reír aún más al remedar los gestos y la monotonía de la oficinista, simulando cerrar el archivo y exclamar: "¡Caso cerrado! ¡Siguiente!". En el momento en que lográbamos recobrar el aliento para tomar un sorbo de licor de malta, Candy nos volvió a lanzar sobre el capó del auto, atragantándose con cerveza, para que la escucháramos continuar la saga burocrática con el mismo simulacro de seriedad.

> *Candy*: Después me lo volvieron a abrir. [por fin cambia la cara y empieza a reírse con nosotros]. Me pusieron en lista negra por… eh… ¿cómo era? Ah, sí, por "agredir a una trabajadora social".
> Yo te voy a decir la verdad. Esto pasó cerca de Sanguivin, y yo la llamé el día antes de Sanguivin y le dije: "Gracias por mi cena de Sanguivin, espero que usted la pase *fenomenal*" [risa amarga].
> Luego pa las Navidades [agitada] la volví a llamar. Le dije: "Espero que pase una infeliz Navidad".
> Luego, más tarde… más tarde yo la amenacé… yo no te voy a mentir [se ríe]. Yo le dije: "Mira, lo que va a pasar es que yo voy a ir a tu oficina y te voy a volar los sesos" [Primo y yo soltamos risas nerviosas].
> Lo que pasa es que los nervios míos… ¿ves?… ya no podían soportar más na. Yo no tengo un esposo que me ayude; mis nenes dependen de lo que yo gane yo sola. En ese tiempo Félix estaba en la cárcel. Y aparte, aunque él no estuviera en la cárcel, yo no puedo depender de él [vuelve a ver fijamente a Primo]; ¿tú me entiendes?
> Entonces ya venían las Navidades y yo iba a pasar una Nochebuena fatal por primera vez en la vida. Así que me enfogoné, y llamé a la encargada de mi caso y le dije: "Pues yo voy a pasar por el *welfare* y te voy a pegar un tiro en la cabeza, así que mejor piénsalo bien".
> Entonces la supervisora me llama y me pregunta: "¿Eso fue lo que tú dijiste, que le ibas a pegar un tiro?".
> Y yo le dije: "Sí, porque ella me enfogonó".
> *Philippe*: ¿En serio le ibas a disparar?
> *Candy*: Lo que pasa es que yo todavía no tenía pistola, pero andaba buscando una. Estuve cerca de hacerlo. Yo estaba bien jodida.
> Es decir, cuando algo así le pasa a tus nenes… Si yo no tengo chavos pa comer yo misma, está bien, *okey*, pero yo no voy a permitir que mis hijos se mueran de hambre. Y ellos nunca se murieron de hambre, porque yo les di el sustento con mis propios chavos. Porque en ese tiempo yo trabajaba en el Club. Ni siquiera me daban *welfare*, pero teníamos comida pa alimentarnos bien.[17]

De pronto sonaron seis disparos en el patio del complejo habitacional detrás de nosotros. Candy torció los ojos y sacudió la cabeza con desprecio: "Pana, qué mucho lío está dando Carlos. Tengo que hablar con él". Carlos, líder de una pandilla de jóvenes que vendía *crack* en la escalera del caserío de Candy, había comenzado a pelear con otro grupo de adolescentes involucrado en el mismo negocio en otra escalera del edificio. De vez en cuando, a cambio de un porcentaje de las ganancias, Candy le prestaba la estufa a Carlos para que "cocinara" el *crack* que sus ayudantes vendían a tres dólares por piedra varios pisos más abajo.[18]

INTERIORIZACIÓN DE LAS RESTRICCIONES INSTITUCIONALES

La siguiente crisis personal e institucional de Candy la condujo a la cárcel. La excarcelación temporal de Félix los fines de semana gracias a un régimen de salidas exacerbó el problema. En un principio, Primo y yo desistimos de acompañar a Candy frente al Salón de Juegos por respeto –o más bien por miedo– a Félix. Candy gestionó el divorcio e incluso obtuvo una orden de protección en los tribunales correspondientes para que a Félix se le prohibiera aproximársele, pero no se atrevía a hacerla cumplir. Por lo tanto, cada viernes y sábado, luego de evitar la cocaína, la marihuana y otras drogas, consciente del examen de orina que le esperaba al regresar a prisión, Félix invadía su departamento ebrio y furibundo para romper en lágrimas y exigir ver a sus hijos, a quienes abrazaba y apilaba sobre la cama tamaño *king* de Candy antes de caer profundamente dormido.

Incapaz de hacer valer su derecho a ser una madre soltera, Candy cayó en una crisis emocional que terminó por desestabilizar la ya de por sí frágil economía familiar. Abraham, el abuelo adoptivo que complementaba los insignificantes pagos quincenales que recibía Candy con su cheque del seguro social, no logró soportar los "revolús" ocasionados por Félix y se mudó con otra hija adoptiva. Las grabaciones que hicimos Candy y yo durante este período reflejan claramente su desmoralización. Estaba dispuesta a aceptar cualquier trabajo con tal de ganar un sueldo superior al salario mínimo.

> *Candy*: A la verdá, Felipe, no me siento muy bien... Es que tras de cuernos, palos, tú sabes. Pero no te preocupes, que yo rápido me pongo bien. La semana pasada me colgué en el examen del GED por tres puntos nada más. Puedo tomarlo otra vez, pero ahora tengo un chorro de líos en la cabeza y no me puedo concentrar en eso. Antes tengo que conseguir trabajo... eso es lo más importante pa mí... encontrar trabajo... cualquier cosa, cualquier tipo de trabajo que no sea de salario mínimo... que pague de cuatro a cinco pesos la hora por lo menos.
> Se supone que yo iba a encontrar trabajo esta semana, pero no sé qué me pasó. Lo que pasa es que yo... yo... yo tenía que comprar un trabajo, ¿ves? Una puede comprar trabajo en las agencias. Pero no me encontraron ninguno.

La situación de Candy continuaba deteriorándose debido a los obstáculos que le imponía la burocracia de Bienestar Social:

> Abraham me ayudaba con mis problemas económicos, tú sabes; pero me lo quitaron.
> Yo no recibo suficiente *welfare*. No me están dando los chavos que me tocan a mí ni los que le tocan a mi *baby*, porque hubo un lío con los papeles del seguro social. El Bienestar sólo me da ciento seis pesos quincenales, que vienen siendo cincuentitrés pesos semanales para *cinco* personas. Lo que pasa es que sólo me dan chavos pa tres personas, aunque en verdad somos cinco. No me dan lo que me toca a mí y lo que le toca a mi bebé.
> Y yo no puedo conseguir trabajo diurno porque tengo que cuidar a mi bebé. No te voy a mentir, a mí me cuesta mucho conseguir trabajo.
> Felipe, yo te voy a decir una cosa: ¿tú sabes lo difícil que es mantener cinco pelsonas con ciento seis pesos? Imagínate; esos son cincuentitrés pesos semanales. ¿Tú sabes qué se puede hacer con cincuentitrés pesos? ¡Nada! ¡Es una porquería! Tú conoces a mi hijo Junior, has visto que él es un muchachito grueso: ¡él se podría comer cincuentitrés pesos en una sentada!
> Pero con esa cantidad es que yo sobrevivo, solamente con la ayuda de mi mamá, que le dan un cantito nomás del Seguro. Pero ella me ayuda. Ella recoge latas tos los días; se gana veinte pesos diarios registrando la basura, y después ella pasa por casa y me dice: "Candy, ten cinco pesos, ten diez pesos".
> Mi mai es asmática, y no creo que le quede mucho tiempo de vida. Pero esa mujer sale de la casa a las seis de la mañana y recoge latas hasta las once de la noche pa ayudarme a mí.
> Cuesta mucho, ¿ves? Yo no tengo un amante, no tengo marido, no tengo a nadie que me dé dinero. Soy yo, yo y yo. Y pa mantener cuatro nenes, cuesta mucho.
> Los del *welfare* lo único pa lo que sirven es para poner peros. Una no

les puede decir la verdad. Si una es honesta, sale perdiendo. Porque yo tengo el derecho, por mis nenes.

Yo espero que tú te des cuenta, Felipe; tú tienes que ponerte a pensar en una madre como yo, que no usa drogas, que ama a los hijos como si fueran nenes chiquitos, que los mete en una escuela católica, que quiere lo mejor pa ellos; lo que nosotros hacemos, a veces, ellos [señala] nos obligan a hacerlo.

Candy cayó presa pocos días después de esta conversación. Había aceptado un puesto en un punto de cocaína dirigido por un administrador mediocre.

De pronto comencé a sentir que me estaba volviendo loca, así que pegué a vender drogas otra vez. Yo no quería volver, porque me parecía una bobería arruinar mi expediente pa otra persona.

Cogí y fui adonde Ray y le dije: "Mira, Ray, se llevaron a Abraham y yo necesito un mejor trabajo, al menos dos veces por semana. No me importa lo que tenga que hacer, necesito trabajar al menos dos días a la semana. Yo necesito chavos pa darles de comer a mis nenes, como ciento cincuenta pesos".

Y Ray me contestó: "Pues deja que yo te vuelvo a contratar, pero dame tiempo a que vuelva a abrir el negocio, porque vamos a volver a abrir el Salón de Juegos. Espérate a que esté listo y tú puedes bregar por el día. Pero ahorita mismo no tengo nada que ofrecerte".

Pero yo tenía necesidad. Estaba desesperada por comenzar a ganal chavos, así que conseguí trabajo con Marvin, que vendía pesetas [paquetes de $25] de perico. Eran sólo cinco horas al día y me pagaba setenticinco pesos semanales. ¡Setenticinco pesos por semana! Eso sí que son chavos, ¿tú me entiendes? Y lo único que yo tenía que hacer era quedarme allí parada, porque yo era vigilante.

Que yo volviera a vender drogas fue culpa del *welfare*, porque ellos me estaban penalizando. De hecho, hasta la fecha, hoy es diecinueve de julio y todavía me están penalizando por no llevar ese jodío papel del *social*.

Pocas horas después de lanzarse a la calle como parte de un equipo de dos personas encargado de vender cocaína en la intersección de la Avenida Lexington y la calle 105, Candy cayó presa por venderle un paquete a un oficial del Equipo Táctico Antinarcóticos.

Candy: Ese día la 105 estaba calientísima. Me cogieron por zángana, porque Marvin, el dueño del punto, nos había dicho que dejáramos

de vender por lo caliente que estaba; pero había tres clientes delante del edificio, entonces Chino me dice: "*Okey*, Candy, hazme el favor de cobrarles a estos tres; yo subo arriba a recoger el resto de las cosas y luego cerramos".

Pero que yo lo hago, y el último en pagarme era un jodío oficial. Era un molleto. Yo conocía a las dos jebas que iban alante de él, pero a él no lo conocía. No se notaba que fuera guardia; parecía un pordiosero de esos que andan por ahí. Entonces después que le vendí los paquetes a las dos mujeres, los guardias me cogieron.

Cuando me pusieron las manos encima, yo grité: "¡Suéltenme, hijos de puta!" [lanza codazos hacia atrás contra un asaltante imaginario]. Porque pensé que era un tipo que me estaba asaltando... Y allí fue que el policía me tomó del pelo. Me dice: "¿Dónde está el bóndol?". Y me dice: "Enséñame tu cartera". Y yo les di mi cartera. Se llevaron hasta los chavos que yo tenía encima.

Y yo pensé: ¡mielda! Le cayeron encima a este pana [Chino] y le cogieron las llaves, registraron todos los buzones y encontraron los chavos. Porque los chavos que me había dado el oficial estaban marcados –eran veinticinco pesos– y los encontraron en ese buzón. Él sólo había comprado un paquete de perico.

Después que me esposaron, me metieron a una guagua con un chorro de gente y nos llevaron de cuadra en cuadra recogiendo a las demás personas que iban arrestando. Ese día cogieron hasta a los adictos. De hecho, la única otra mujer que iba en la guagua conmigo era una mujer preñada que era tecata. Y cuando la guagua se llenó, nos llevaron a la estación de la ciento treintisiete.

Como para teñir su mala suerte de simbolismo poético, Candy se encontraba en el acto tradicional de bendecir a uno de los bebés de Ray en el momento en que la capturaron. Gigi, la madre del bebé y antigua novia de Ray, nos contó la historia.

Gigi: A Candy de hecho la arrestaron en la noventinueve y segunda. Yo estaba allí cuando pasó. Ella vino a saludar a Ray Junior. Yo lo andaba paseando en el cochecito.

Mira, ella estaba así: [se agacha para acariciar a un bebé imaginario] "¡Ay, mi hijo, qué lindo! Que Dios lo bendiga".

Y en lo que ella le daba un beso, los detectives la cogieron de los brazos, la esposaron y la encerraron en la guagua.

Yo estaba aquí, ¿ves? Y a ella la cogieron allá [señala]. Yo me esfumé.

Aún resentido por el empujón que le propinó la hija de Candy en público, que lo hizo caer de trasero frente al Salón de Juegos, César se deleitó explicando que Candy como vigilante jamás debió tomar el riesgo de "servir" a los clientes. Se enorgullecía profesionalmente de ridiculizarla, pues él ocupaba el mismo puesto en el Salón de Juegos:

César: Ahora ella es una convicta; es una convicta, y eso le pasó por boba. Cualquier cuerúa bellaca con un vibrador en máxima velocidad sabe que la noventinueve es la calle más caliente de El Barrio. Está demasiado cerca de Blanquilandia. Uno podría freír un huevo en esa acera en la que ellos estaban.
¿Es que cómo se le ocurre? Nunca he conocido una jeba tan bruta. Y además ella es una gran presentada, porque ella tenía que meter su narizota y tenía que saber cuál era el escondite. A ella no le corresponde vender; ella es una vigilante.
¡Pero no! ¡Candy no! Ella tiene que ser el centro de atención.

Semanas después, sumida en un tenso estado de incertidumbre a la espera del resultado de las comparecencias judiciales y las negociaciones de los abogados, Candy acalló el chismorreo que la rodeaba con un firme y doloroso: "¡Jódanse! Lo hice por mis nenes. ¿No entienden? Me arriesgué a que me dieran un delito clase B por mis nenes". Efectivamente, el bienestar de sus hijos fue su mayor preocupación a lo largo de la pesadilla del arresto y el encarcelamiento, antes de pagar la fianza.

Candy: Cuando a mí me esposaron y me metieron en la guagua con la mujer preñada, la tecata, yo me desesperé pensando en mis hijos, que no iban a saber que yo estaba en la cárcel. ¿Qué pasa si alguien se da cuenta? ¿Qué tal si alguien me vio cuando me metieron en la camioneta? Y qué tal que digan: "Ahora nos podemos meter a robar a la casa de Candy". Y que maten a mis hijos, se roben todo lo que hay en la casa... ¿Tú me entiendes lo que yo te digo? Que violen a mis hijas. Todas esas cosas me pasaron por la cabeza, tú sabes, Felipe.
Y yo no podía decir nada, porque si los guardias se daban cuenta de que mis hijos eran menores de edad me los iban a quitar. Porque incluso cuando me tenían en la guagua ellos me preguntaron: "¿Tú tienes hijos?". Y yo dije: "Sí". Y me dicen: "¿Qué edad tienen?". Y yo pensé bien rápido y les dije: "La mayor tiene veinte". Y me dicen: "Ah, pues van a estar bien".
Cuando a la verdad la mayor mía lo que tiene son quince, y la más pequeñita tiene dos.

Pero gracias a Dios yo tengo una cuñada. Cuando ella se dio cuenta, ella en seguida fue y se llevó a los nenes míos pa su casa, y luego los mandó a la escuela. ¿Ves? Ella estuvo muy pendiente de ellos.

Si bien la cuñada de Candy demostró extraordinaria solidaridad, su jefe, por el contrario, se desentendió del problema de sus trabajadores:

Candy: Está brutal porque las pelsonas con las que yo estaba, la gente pa la que yo bregaba, no me pagaron la fianza. ¿Tú te imaginas? Está cabrón, ¿veldá? Es decir, yo estaba presa por lo que hacía para ellos. Y a Chino tampoco le pagaron la fianza, y él tiene más de dos años bregando con esos tipos. Yo no lo podía creer. Y yo he escuchado decir que Chino es el mejor joseador de la cuadra. Chino vendía tanto material...
La fianza de él es de dos mil pesos nada más, ¡y ellos dicen que no se la pueden pagar! ¿Y ahora qué van a hacer la esposa y los nenes de él? Es decir, yo estaría dispuesta a cumplir una condena si ellos me apoyan. Si me pagan la fianza, si me buscan un abogado y después el juez me pasa sentencia. ¡Pero si me abandonan! Diantre, mano, yo no soy chota, pero yo empezaría a dar nombres.
O sea, si ellos no me sacan, entonces toditos vamos para adentro, porque el fiscal le da una oportunidad a una, tú sabes. Él te dice: "Si tú nos ayudas entregando a una persona más arriba que tú, nosotros hacemos un trato contigo". Así que si las personas con las que yo trabajo me dejan allí dentro a que me pudra, como están haciendo ahora con Chino, yo juro por Dios que yo los llamaría y les diría: "Ah, pues si así es como están las cosas, déjame decirte, si yo no les importo y si no les importan mis nenes, entonces a mí no me tienen que importar ustedes". Y el primer nombre que le doy al fiscal sería el de Marvin. Y de Marvin sigo para abajo hasta llegar al último.
Y después yo me volvería pa donde el juez y le diría: "*Okey*, señor juez, ahora deme de uno a tres años". La razón por la que yo no hice eso esta vez es porque yo acababa de empezar a trabajar con ellos, entonces a mí no me importaba.

Fue Ray quien pagó los $2000 de la fianza de Candy.

Candy: Cuando a mí me arrestaron joseando pa ese otro tipo [Marvin], yo no le pedí a nadie que le dijera a Ray de la fianza, porque él no tenía nada que ver con eso. Yo no puedo pedirle que me haga ese favor. A mí no me arrestaron en lo que yo bregaba para él.

Pero más tarde, el hermano mío vino a la corte y me dijo: "Ray me dijo que viniera todos los días, porque él te va a cubrir la fianza sin importar lo que haya que pagar".
Ray lo hizo de la bondad de su corazón.

El suplicio se transformó en un foro para que los familiares y amigos de Candy le demostraran amor y solidaridad:[19]

Candy: El día que me dejaron libre, en casa prepararon un guiso con habichuelas y chuletas de cerdo.
Pero cuando tú sales de la cárcel tú no tienes apetito, y ese día por más que yo quise no pude comer. Mi amiga Gladys cogió y me compró alitas de pollo, porque ves, ella sabe que yo soy loca por las alitas de pollo. Pero ni eso pude comer.
Me tomó como... un par de días... recuperar el apetito. Antes de eso yo sentía como un vacío en el estómago, tú sabes. Lo mismo cuando me bañaba: yo me restregaba con jabón y eso, pero igual sentía como un olor en la nariz, tú sabes, un olor que se me quedó pegado, y era el olor de la celda. Yo sentía que me iba a vomitar.

MADRES ENCARCELADAS

Una juez progresista acabaría por anular el caso y limpiarle el expediente judicial a Candy. Los meses previos, sin embargo, fueron angustiantes, y Primo y yo pasamos largas horas escuchándola contar historias del tiempo que cumplió en la cárcel. Sus narraciones de agresión y oposición, de mujeres presas atacándose las unas a las otras, ilustran la experiencia personal de una dinámica estructural nefasta: con la redefinición callejera del rol de los sexos, el crimen femenino ha aumentado vertiginosamente. Las mujeres "invaden" el espacio paradigmáticamente masculino de la prisión y han llegado a conformar el grupo de mayor crecimiento entre la población reclusa.[20] Esta nueva situación genera también nuevas fricciones. Primo, celoso de que una mujer pudiera considerarse experta en la materia, insistía en interrumpir a Candy del modo más pueril e impertinente.

Candy: La cárcel no es lugar pa una mujer; es un lugar sólo pa chusma y porquerías. Allí no pertenece una mujer decente; es un lugar de lo peor de lo peor. ¡Palabra!

A una la tratan como a todas los demás. Si una es inocente, igual la tratan como si fuera culpable aunque no lo hayan demostrado. Ese lugar es pa mujeres que se lo merecen.
Es decir, la gente que está allí contigo, que una se tiene que aguantar, esas personas son un asco de seres humanos. Están las prostitutas, las tecatas, las cachaperas.
Es un asco de lugar. Ni lo pienses, que no te van a dar nada pa que te laves los dientes, ni jabón pa que te restriegues. Y yo no podía comer nada porque lo único que yo tenía eran náuseas.
Nos daban mortadela con queso. A mí me daba un asco cabrón.
Primo: ¡Qué asco ni qué asco! Yo me comía hasta la última borona. Yo no iba a pasar hambre, no señor.
Candy: Además, los tipos te silban y te gritan pachotadas. Porque para llegar a mi celda tenían que llevarme por la sección de hombres. Cuando me estaban tomando las fotos, un tipo sale y me dice: "¿Y ahora qué va a pensar tu esposo?".
Y yo salgo y le digo: "Mira, gusano, ¡me cago en tu madre!". Ya tú sabes, pa que él se diera cuenta que a mí me importaba un carajo lo que él pensara: "¡Rata asquerosa!".
Y después nos llevaron al piso de arriba, y los hombres nos empezaron a silbar.
Primo: [imita las burlas con las manos en la boca para crear un efecto resonante] ¿Y ahora qué va a pensar tu marido? ¡So puta!
Candy: [sin prestar atención a Primo] Más tarde, en la celda, viene una cachapera y me dice: [voz grave] "¿Quieres un masaje?".
[Feroz] "¡Yo no quiero ni *mierda* de ninguna persona en esta pocilga!".
Y ella se devolvió adonde estaba su mujer a manosearse con ella.
Después metieron a una morena y ella coge y me dice: "Échate a un lao que yo quiero dormir".
Y yo le contesto: "¿Y qué tú quieres que yo haga? Dime qué *carajo* quieres que yo haga. Yo llegué aquí antes que tú".
Más tarde otra mujer, esa sí que era bien puerca; tenía el pelo grasiento y todo parao. Yo le dije: "Ni se te ocurra sentarte al lado mío, que yo no quiero que se me peguen tus piojos".
Primo: Estabas enfogonada, ¿eh?
Candy: Y nos teníamos que aguantar a la gente que se vomitaba en el único safacón que había.
Estaban las prostitutas que no se ponían ni un par de *panties* y se sentaban con las piernas abiertas; las cachaperas que pegaban a abrazarse y a darse besos como si estuvieran en su casa porque no les daba un carajo, y había una peste que ni te imaginas.

Primo: Se siente como si estuvieras en una jaula de cemento, una jaula con charcos de orines y tripas.
Candy: Es un lugar que... yo te voy a decir una cosa, Felipe, a una persona decente y honesta le dan ganas de suicidarse. Eso fue lo que yo hice. Yo uso sostenes con aros de alambre, entonces me puse a pensar que si el sostén que yo andaba era de metal, yo me podía cortar las venas. Pero quebré el sostén [hace los movimientos] y vi que era de plástico; ahhhh....
Primo: Te jodiste, no te pudiste suicidar.
Candy: Yo me imaginé que si los guardas me veían sangrando, me sacaban y me metían a un hospital, que es más limpio, tú sabes, un lugar más decente: mejor comida, ese tipo de cosa.
Primo: No pudiste soportarlo, ¿eh?
Candy: Y el último día que estuve presa, los guardas no me llamaban y no me llamaban. La gente entraba y salía y yo nada, así que yo decía: "¿Y yo qué? ¿Me van a dejar aquí encerrada para siempre?" [suenan disparos].
Philippe: ¿Esos son cohetes?
Candy: A mí me suena como una Uzi.
Primo: No, es una pistola de nueve milímetros.
Candy: Entonces yo pensé que se les había perdido mi expediente. Yo estaba a punto de arrancar las barras de la celda y ponerme a gritar: "¡Sáquenmen de aquí!". Yo me estaba volviendo loca.
Primo: Déjame decirte, Felipe, la gente allí dentro se vuelve loca.
Candy: La cárcel es jevi. Yo no se lo recomiendo a nadie.
Pero tú sabes, Felipe, tú podrías hacer muy buenas entrevistas en la cárcel. Porque allí había mujeres que contaban todo lo que hacían.
Y cuando lo contaban eran bien boquisucias.
Como una jeba que era asaltante...

En cuanto Candy comenzó a describir las técnicas que utilizaba la mujer para asaltar personas y negocios, Primo la interrumpió con sus propias historias de la cárcel. Mi grabación se transformó en una algarabía de voces encontradas, retratos diversos de robos y asesinatos callejeros. Deseoso de que Candy terminara de contar su historia en paz, y sorprendido porque Primo no parecía dispuesto a permitirlo, cambié el tema completamente y le pregunté a Candy por la salud de su bebé. Esto la hizo salir corriendo hacia su caserío, tras acordarse repentinamente de que su hija de dos años y medio se encontraba sola en el departamento.

En los meses siguientes, el enojo de Primo con Candy empeoró a medida que el carisma con que ella manipulaba a los abogados y a los jueces comenzó a rendir frutos. Candy presentó una acción legal para abrir los archivos de la oficina de salud mental del Hospital Metropolitano y obtener los documentos que verificaban su historial de veinte años de agresión, maternidad e intentos de suicidio. Defendió tan bien su caso que la juez no sólo la absolvió, sino que además gestionó su inscripción gratuita en un curso de capacitación laboral para auxiliares de enfermería.

En un principio no parecía que Candy fuera a tener tanto éxito en los tribunales. En la primera comparecencia judicial, la forma en que iba vestida casi hizo que la jueza la acusara de desacato. Era un choque entre dos mujeres, pertenecientes a diferentes culturas y clases sociales, con respecto al criterio de cuál era la forma adecuada de vestirse en un contexto público formal. El abogado le había aconsejado llevar un "traje nuevo y elegante" para la primera audiencia, y Candy le obedeció presentándose en la corte con un ajustado overol color rojo vivo. De hecho, había pedido un préstamo para comprar el traje el día anterior. La jueza, una anciana que estaba cerca del final de su carrera, pensó que esa puertorriqueña de treinta y cuatro años, con el cabello teñido y vestida con un traje rojo brillante digno de una adolescente, tenía la intención de provocarla. Como si fuera poco, la acusada, de voz metálica y con una amplia cicatriz en la mejilla, se hallaba frente a ella exigiendo clemencia, alegando ser la madre agredida y traumatizada de cinco niños vulnerables.

Candy, desde luego, tenía toda la intención de mostrarle respeto a la jueza, y creyó que el atuendo se adecuaba a esa intención. La amonestación hirió sus sentimientos. Rápidamente le confirió a las objeciones de la jueza una connotación sexual, ya que las interpretó como la reacción celosa de una mujer mayor y menos atractiva.

Candy: La primera jueza que me tocó no me consideró con respeto por la manera en que yo iba vestida.
¡Pues que se joda! Yo tampoco la consideré a ella por la manera en que ella iba vestida. Si no le gusta mi ropa, pues que me dé chavos pa que yo me vaya a comprar más.
Que me dé la ropa que ella quiera, porque yo sé que yo de todas maneras me voy a ver bien. Me voy a ver mejor que ella. No importa lo que yo me ponga, yo me veo bien.
Yo tengo cinco hijos que mantener y no me puedo dedicar a comprar vestidos especiales para satisfacer a la jueza.
Yo te voy a decir una cosa: esa jueza tiene problemas porque es una canto de anciana. El esposo debe ser un afrentao con ella. Si yo tuviera que vivir con una esposa así todos los días... uuufa, mano: [finge un acento anglosajón nasalizado] "No me gustan tus calzo-

> nes... yo no quiero acostarme contigo... no me gustan tus piyamas... no me gusta como chichas".
> Todo el sistema es una porquería. Yo te voy a decir una cosa: tú no me vas a ver en esa corte una segunda vez. Si yo mato a alguien, yo me desaparezco; me borro, tú sabes. ¡Te lo juro! Me tiño el pelo. Déjame decirte, ésta es la última vez.
> Yo tengo que conseguir un mejor abogado. Tengo que hablar con Ray. Él tiene un abogado buenísimo que nunca se rinde. Pelea y pelea tu caso aunque le tome años. Mira a Luis y Ray, ellos tienen un chorro de delitos previos y andan por la calle como Pedro por su casa.
> *Primo*: Sí, pero el que la hace la paga.
> Mira, Candy, yo me declaré culpable [se refiere a su primer arresto un año antes]. Préstame atención... yo hice la jodida venta. Me jodí, ¿veldá? Un delito, cinco años de libertad condicional.
> Si yo me equivoco otra vez, si hago lo mismo una vez más, me van a dar la pena máxima.
> *Candy*: Primo, ¿tú no entiendes? Yo no puedo dejar que me condenen, no puedo declararme culpable. Yo necesito que me den una ofensa menor. Yo no puedo tener un delito clase C en mi expediente. Tengo que conseguir un abogado clase A pa que me absuelvan.
> *Primo*: Cuando a mí me cogieron preso, yo no peleé el caso; yo estaba preparado pa cumplir la condena.
> *Candy*: Si yo me declaro culpable, no voy a poder demandar a este tipo [Félix] por acoso, ves. Yo ya tengo los papeles listos. Sólo necesito a alguien que me los presente.
> *Primo*: Yo no tuve abogado [agresivamente] ¿No te acuerdas? Yo bregaba con tu esposo, pero a mí nadie me dio chavos pa un abogado, y yo no se los pedí a nadie; nadie tiene chavos pa eso.
> Además, yo era culpable; yo cometí el jodío delito.
> *Candy*: ¿Quién tú te crees que eres hablándome así? Deja eso, pana.

Habíamos acompañado a Candy a casa y nos encontrábamos en el pasillo frente a su departamento. Ella tomó a Primo por los hombros y lo empujó en dirección al ascensor abierto. Yo entré con rapidez después de él, pero en el momento en que la puerta se cerraba, Candy introdujo la pierna. Sujetó a Primo por la cintura, le dio un abrazo afectuoso y le susurró al oído:

> Primo, tú nunca me crees cuando yo te digo esto, pero tú eres mi único amor verdadero. Dame un abrazo. Si quieres regresar a las cinco de la mañana, por mí no hay ningún problema.

Intenté apartar la vista, pero lo único que encontré para mirar fueron tres ampollas de *crack* que flotaban en un charco de orina, parecido a tantos otros charcos de orina que inundan los ascensores del Instituto de Vivienda un sábado a las dos de la mañana en Nueva York. Por lo tanto, cerré los ojos y negué la realidad, para imaginar que el chasquido de su beso era un rumor lejano que presagiaba las luchas futuras por la emancipación de la mujer.

7. Familias y niños que sufren

¿Tú sabes cuál es el problema con las mujeres de hoy en día? Que sólo piensan en sí mismas y más nada. Sólo piensan en su propio placer sexual, su propia diversión, su propia felicidad. Nunca ponen a sus hijos por delante.

Candy

Los psiquiatras y psicólogos especialistas en desarrollo infantil suelen considerarse "expertos" en lo que respecta a la violencia doméstica y a la socialización temprana de los individuos. Los estudios epidemiológicos que llevan a cabo con "niños en situación de riesgo", elaborados a través de múltiples generaciones a un costo multimillonario, concluyen que los rasgos fundamentales del carácter se determinan en la primera infancia. A partir de datos estadísticos, dichos estudios demuestran que un niño maltratado desarrolla trastornos de personalidad irremediables entre los seis y los ocho años de edad, y afirman que no es necesario ser objeto de violencia física para sufrir heridas emocionales permanentes. El solo hecho de presenciar actos violentos es capaz de ocasionar traumas imborrables.[1]

En otras palabras, de acuerdo con las teorías establecidas, la mayor parte de la población de El Barrio, lo que incluye con seguridad al círculo de Ray y a los habitués de las casas de *crack* locales, debe caracterizarse como sociópata y antisocial en vista de sus experiencias infantiles. En efecto, las enfurecidas grescas entre Candy y Primo, a punta de pistola y puñal, han debido de plasmar hondas huellas en Tabatha (veinte años), Junior (catorce años), Jackie (diez años), Mina (cuatro años) y Lillian (un año). Debe reiterarse, sin embargo, que las interpretaciones individualistas que adhieren al determinismo psicológico caen en el error de soslayar el contexto político, económico y cultural de los hechos que explican, además de pasar por alto los procesos históricos y la desigualdad entre clases sociales, etnias, géneros y sexos. Los psicólogos tienden a restringir sus análisis al epifenómeno de las neurosis individuales. Además, el sesgo cultural y de clase de sus métodos afecta sus herramientas analíticas y altera los resultados de sus estudios. Debido a la naturaleza misma del proceso de recopilar estadísticas confiables, es habitual que los "grupos de muestra" epidemiológicos incluyan a un número sobredimensionado de familias blancas de clase media, sin aportar mayor información acerca de otros grupos de la población.

La reestructuración económica neoyorquina y la migración histórica puertorriqueña han transformado para siempre la organización familiar en East Harlem. Para los hogares más pobres los cambios han sido nefastos, y los niños,

desde luego, se llevan la peor parte de la desintegración familiar. El problema es inseparable de las mutaciones contradictorias en las relaciones de poder entre los sexos abordadas en el capítulo 6. Si bien los derechos de las mujeres y la estructura familiar se hallan en un proceso extraordinario de transformación, el papel de la maternidad permanece intacto. Las madres, muchas de ellas solteras, aún perciben el cuidado infantil como una responsabilidad exclusiva de la mujer, independientemente de que un gran número de ellas ya no estén dispuestas a sacrificar su libertad individual en beneficio de sus hijos. Por eso, cuando las madres salen a la calle, se produce un vacío en la crianza de los niños. En las últimas décadas, este vacío se ha hecho patente en datos estadísticos como las crecientes tasas de negligencia y agresión infantil y el aumento en el número de fetos intoxicados.[2] Desde luego, la cultura callejera adquiere mayor poder como fuerza de socialización a medida que la desintegración familiar empuja a los niños a buscar amparo en las calles.

En los Estados Unidos, los políticos, la prensa y el público en general interpretan las dificultades de los niños de bajos recursos como prueba de "una crisis de valores familiares". El debate público rara vez aborda los problemas de orden estructural, ya sea la continuidad de la pobreza y la segregación o los cambios en las relaciones de poder entre hombres y mujeres. La mayor parte de las intervenciones en el plano político ni siquiera toma en cuenta las necesidades más obvias e inmediatas de las familias en condiciones apremiantes, como la de proveer guarderías adecuadas y asequibles para los hijos de madres desamparadas o adictas. Las mujeres que viven en condiciones de pobreza carecen de acceso a los servicios de tratamiento contra la drogadicción, así como a cursos de capacitación y centros de empleo dignos de ese nombre.

HIJOS DE LA CULTURA CALLEJERA

Los niños de East Harlem siempre han padecido enormes dificultades. Su vecindario siempre ha sido un enclave pobre y segregado, poblado de inmigrantes de primera y segunda generación. Como señalé en el capítulo 2, las denuncias planteadas por académicos y trabajadores sociales respecto a las "crecientes" dificultades de los jóvenes y el recrudecimiento de la violencia callejera se confunden a lo largo del siglo XX e integran un catálogo de clichés apocalípticos. A finales de los años veinte, el sacerdote italiano de la iglesia católica situada a dos cuadras del Salón de Juegos le aseguró a un estudiante de posgrado: "El espíritu destructivo e imprudente de la juventud está empeorando y cada día se tiene menor consideración por la propiedad privada. Esto se debe a la falta de religión y a la ausencia de respeto hacia la autoridad".[3]

Asimismo, a mediados de los años cincuenta, un informe de la Sociedad de Servicio Comunitario sobre las calles aledañas al Salón de Juegos se quejaba de que los niños "se sienten inseguros en un barrio efervescente". Los autores concluían:

> Los padres, los maestros, los funcionarios de la Oficina de Asistencia y Juventud, todos nos dieron la misma respuesta: "¡Estos niños no tienen posibilidad de éxito!".
> La vida en un ambiente de caos y destrucción [...] empuja a estos jóvenes a cometer actos de agresión. [...] ellos arremeten con conductas antisociales.[4]

Desde mi punto de vista, lo más inquietante de vivir en El Barrio era la destrucción pública y colectiva de los hijos de mis amigos y vecinos. Viví en el vecindario el tiempo suficiente como para ver derrumbarse la vida de decenas de pequeñas y pequeños en su paso a la adolescencia. Presencié cómo muchos niños llenos de energía, de mirada refulgente, se desmoronaban y acababan en las filas de lo que los estadounidenses llaman la "*underclass*". En un espacio de cinco años, por ejemplo, mi pequeña vecina Gigi pasó de ser una hermosa niña, extravertida y servicial de ocho años de edad que se aseguraba de darme una tarjeta de cartulina cada día de San Valentín a convertirse en una indigente embarazada, fumadora empedernida de *crack*. Su hermano mayor, Héctor, un niño tímido de risa nerviosa, más pequeño de lo normal para sus doce años de edad, acabó preso en una cárcel juvenil por cometer una "agresión a mano armada".[5]

Cuando llegué al vecindario, me conmovía sobremanera oír a los niños correr, saltar y reír a gritos frente a mi ventana a todas horas del día y de la noche. Una vez más, las descripciones etnográficas de la década de 1920 le vienen como anillo al dedo a la década de 1990:

> Los cruces de las calles [...] son el gran patio de recreo infantil. Un raudal de niños [...] juega a la pelota, a los dados y a los naipes. Se hacen expertos en eludir el tráfico [...]. En 1927, quince niños murieron en accidentes de tránsito, principalmente en las Avenidas Segunda y Tercera.[6]

Mis primeras notas de campo describen con alegría las decenas de amistades que entablé con niños durante mis primeros meses en la cuadra.

> Es adorable la manera en que los niños corren hacia mí emocionados y sonrientes al verme regresar a casa. Me agasajan con abrazos,

historias y preguntas a cualquier hora del día y de la noche. Cuando una madre pasa por delante de mí con su bebé recién nacido, se considera normal que yo me agache a bendecirlo cariñosamente: "Que Dios lo bendiga", aunque la madre no me conozca. Espero llegar a sentirme lo suficientemente cómodo como para alzarlos y abrazarlos al igual que todos los demás.[7] [Mayo de 1985]

Un lamento audible y constante me llevaba a cuestionar mi noción del lugar de los niños en la cultura callejera: eran las quejas de bebés desconsolados, que competían con la música de rap y de salsa que palpitaba en los departamentos vecinos.

Dos años después, mi propio bebé recién nacido, Emiliano, recibía incontables bendiciones y cariño constante. Quedé convencido de que El Barrio posee una energía y un amor particulares para los niños. Incluso llegué a estimar al mediocre y decadente supermercado local a partir del momento en que empecé a pasar por delante y al menos tres de las cuatro cajeras adolescentes abandonaban las máquinas registradoras y corrían a la ventana para lanzarle besos y hacerle muecas a mi bebé, evidentemente complacido. En cualquier otro barrio neoyorquino, la lógica industrial taylorista habría llevado al gerente a despedir a estas jóvenes en el acto. Por otra parte, en las ocasiones en que llevaba a Emiliano a fiestas en otros vecindarios neoyorquinos, noté que los adultos lo decepcionaban, acostumbrado como estaba a una reacción física de estima y aprecio. Muy pocos de mis conocidos de etnia anglosajona sabían alzarlo, y ninguno de ellos me lo quitaba de los brazos espontáneamente para acurrucarlo y bendecirlo. De hecho, algunos de mis amigos de barrios acomodados me pedían que lo dejara en casa con una niñera al invitarme a alguna actividad.

Mi idilio con el afecto y la integración intergeneracional en la cultura callejera comenzó a desmoronarse cuando las primeras palabras de mi hijo, a los dieciséis meses de edad, resultaron ser: "tapa, tapa, tapa". En ese entonces, yo intentaba penetrar un nuevo punto de venta de *crack* y solía llevar a Emiliano conmigo para contrarrestar las sospechas de los joseadores de que yo era un policía. La esquina daba cabida a cuatro puestos rivales con ampollas de *crack* a tres dólares por unidad. Los vendedores gritaban o susurraban a los clientes potenciales los nombres de las variedades disponibles, que dependían del color del tapón plástico de las ampollas: ¡Tapa gris, tapa gris, tapa gris! ¡Tapa rosa, tapa rosa, tapa rosa! ¡Tapa negra...!, y así sucesivamente. Pocas semanas después de mi primera visita, quedé atrapado en medio de una multitud enfurecida plantada en torno a dos policías blancos que acababan de matar a un hombre afronorteamericano drogado con polvo de ángel. La muchedumbre comenzó a gritar a coro: "¡Cazanegros! ¡Asesinos!". Entonces me percaté de que las únicas otras personas blancas que había en las inmediaciones eran los "jaras asesinos" que lanzaban gritos de ayuda desesperados por los radiotransmisores.[8] Emiliano, acomodado en mis hombros, provocó que la tensa multitud explotara en carcajadas cuando empezó a aplaudir con alegría al ritmo de los cantos iracundos.

Como padre de familia, aprendí la lección que deben enfrentar todos los padres y madres trabajadores de El Barrio. Al igual que ellos, yo tenía dos opciones: abandonar el espacio público y encerrar a mi hijo con candado en nuestro pequeño departamento, o afrontar la realidad de que conviviríamos diariamente con las drogas. Mis expectativas respecto al futuro de los niños que nos rodeaban tocaron fondo cuando caí en la cuenta de que Iris, la madre de Ángel (diez años) y Manny (ocho años), mis dos amistades infantiles más cercanas, había quedado embarazada y se había vuelto adicta al *crack*. Mi esposa y yo suspendimos las visitas a su casa después de una noche en que hallamos a los niños sentados en la oscuridad (porque Iris no había pagado la cuenta de electricidad), decididos a escarbar hasta la última pizca de un jarrón vacío de mantequilla de maní. Iris dormía profundamente, recuperándose de la "misión" de la noche anterior.

Decidí organizar paseos quincenales para ellos y cualquier otro niño interesado en cruzar las barreras invisibles del *apartheid* neoyorquino para visitar los museos y otros paraísos burgueses de renombre mundial, como la tienda de juguetes FAO Schwartz y la torre Trump. Los niños quedaron deslumbrados con la muestra de las obras de Andy Warhol en el Museo de Arte Moderno (MOMA). Dos semanas más tarde, Ángel me aseguró que la colección de maestros holandeses en el Museo Frick "no tiene nada de aburrida". En cambio, no les impresionó en absoluto la muestra audiovisual "alternativa" de *rap, breakdance, graffiti* y patinetas a la que asistimos en el Museo Whitney.

Las barreras étnicas y de clase que separan a los niños de El Barrio del resto de Nueva York se manifestaron fulgurantemente en estas excursiones. En los museos, los guardas solían escoltarnos con los radiotransmisores a todo volumen. En ocasiones me miraban con sospecha, como si yo fuese un pederasta, y los niños, presas en exhibición. Ángel se molestó considerablemente en la muestra de Joan Miró, en el Museo Guggenheim, al advertir que un guarda, también puertorriqueño, comenzó a seguirlo de cerca. Ángel lo encaró y le preguntó por qué lo perseguía. El hombre le contestó: "Para asegurarme de que tú no alces el pie".

Camino a casa de regreso de la muestra de Miró, llevé a los niños al departamento de mi madre en el Upper East Side, el opulento barrio neoyorquino ubicado a menos de veinte cuadras de nuestros edificios.[9] La sencilla ingenuidad de Ángel me conmovió: "Cuando yo sea grande, yo también voy a traer a la mai mía a vivir a un edificio como éste. Yo quisiera que ella viviera aquí".

Luego añadió: "Las escuelas deben de ser mejores aquí también". Yo me abalancé sobre la oportunidad de comentar las fallas estructurales del sistema educativo, pero Ángel mostraba mayor preocupación por el comportamiento destructivo de las propias víctimas:

> *Philippe*: ¿Qué es lo que pasa? ¿Tus maestros te tratan mal?
> *Ángel*: No, es que yo le tengo miedo a los otros nenes. Pasan asaltando gente en los pasillos.

Ese mismo día, Ángel me contó que el novio de su madre le había roto la alcancía y le había robado todo su dinero, veinte dólares en propinas que había ganado como repartidor de bolsas en el supermercado local. Ángel culpaba a su madre de que el hombre le propinara una paliza y desvalijara el departamento, ya que ella había invitado a otro hombre a pasar a su cuarto. "Yo le digo a la mai mía que sólo tenga un novio a la vez, pero ella no me hace caso". Estas manifestaciones inocentes de vulnerabilidad demostraban con claridad la dinámica siniestra mediante la cual las víctimas más jóvenes interiorizan las estructuras sociales dominantes, a tal punto que llegan a transformarse en cómplices de su propia destrucción. La situación se evidenciaba de manera escalofriante en las figuras sangrientas que los niños dibujaban cuando me pedían papel y lápices para pintar apoyados sobre el capó de los autos estacionados frente a mi edificio.

Poco a poco, conforme los pequeños entraban en la adolescencia, sitios como el Club Social y el Salón de Juegos pasaban a ser los ejes de sus vidas. El proceso de socialización normalizaba paulatinamente el oficio de vender drogas. Al fin y al cabo, en El Barrio, la casa de *crack* es el único espacio social frecuentado por adolescentes que está equipado con calefacción en invierno y aire acondicionado en verano. Brillan por su ausencia los espacios saludables diseñados para jóvenes con bajos recursos deseosos de permanecer en el centro de los acontecimientos. Es común que los departamentos de East Harlem estén abarrotados de personas, infestados de cucarachas, que carezcan de calefacción en invierno y hiervan de calor en verano. La calle y la casa de *crack*, por lo tanto, representan salas de estar insuperables.

El primer niño al que vi graduarse de vendedor de *crack* fue Junior, el hijo de Candy. A sus trece años le pregunté qué quería ser cuando fuera grande, a lo que contestó que quería tener "carros, jebas y cadenas de oro, pero nada de drogas; un buen fajo [de billetes] y anillos en tos los dedos". En una de estas conversaciones, Junior se dio el lujo de soñar con ser policía. Era medianoche y estábamos sentados frente al Salón de Juegos, recostados en el capó del Lincoln Continental de Ray.

> *Primo*: [arrastra las palabras, un poco ebrio] No, nene, tú vas a ser un bobolón como César y yo. Un buenoparanada desperdiciado y enviciado.
> *Junior*: [con franqueza] ¡No señor! Si yo quiero, yo puedo llegar a ser policía.
> *Primo*: ¡Sí, claro! Un policía ninfómano, y además violamujeres, porque con tu placa vas a tener poder. [César suelta una carcajada en el trasfondo].
> *Ángelo*: [un amigo de Junior de once años, que ríe entusiasmado] ¡Verdá, verdá!
> *Junior*: [aún serio] Nooo, un policía y más nada. Uno de los que atrapa gente.
> *Primo*: [con firmeza] Sí, gente como yo.
> *Junior*: Nooo, sólo como, tú sabes, la gente que asalta. Los criminales.
> *Philippe*: [a Ángelo] ¿Y tú qué quieres ser cuando seas grande?
> *Primo*: [interrumpe] Proxeneta o joseador, ¿verdad?
> *Ángelo*: No, rapero.

Según pasaron los años, Junior fue teniendo mayor participación en las operaciones del Salón de Juegos. Se convirtió en un auténtico narcotraficante antes de llegar a percatarse de las implicaciones de sus actos. Creía que su trabajo consistía en "hacer mandados". Se mostraba ansioso por complacer a los mayores, y Primo le encargaba recoger paquetes de diez dólares de cocaína a la vuelta de la esquina o comprar cerveza en el almacén más cercano. Junior no consumía drogas; simple y sencillamente se comportaba como cualquier adolescente halagado por la oportunidad de codearse con personas adultas. Antes de cumplir los dieciséis años, comenzó a reemplazar a César como vigilante en días en que éste no llegaba a tiempo debido a sus juergas con *crack*. En poco tiempo, Ray lo ascendió al puesto de vigilante del Club Social los fines de semana como reemplazo de Luis, cuya adicción al *crack* lo había vuelto sumamente impredecible. Pese a que para entonces Junior había abandonado la escuela y había caído preso por robar un auto, era completamente abstemio y un empleado ejemplar. Únicamente trabajaba por las noches, pues de día Candy solía encomendarle el cuidado de su hermana menor.

Intenté hacerle ver a Junior que se estaba dejando absorber por el mundo de las drogas. Sin embargo, nuestra conversación dio un giro mostrando la hegemonía que ostenta el narcotráfico sobre la vida cotidiana de los niños, incluso los que desean hacer el bien:

> *Philippe*: Bueno, Junior, cuéntame, si tú no quieres ser joseador, ¿qué

haces aquí trabajando para Primo?
Junior: No, yo estoy de vigilante y más nada. Yo nunca toco el material. La mai mía sabe que yo estoy aquí; ella me dio permiso.
Además, yo sé que las drogas son malas. Lo único que hacen es joderte y mandarte pal hospital.
Philippe: [vuelvo a ver a Primo con una sonrisa] Junior, ¿qué va a pasar contigo? ¿Te vas a convertir en un joseador sinvergüenza como Primo? [seriamente]. ¿Vas seguir vendiendo drogas hasta que te arresten?
Junior: No, ya no más, porque si me vuelven a meter preso yo me meto en un lío bien cabrón.
Primo: [interrumpe] No, Junior, la primera vez no.
Junior: Sí, me mandarían pa un orfanato, por lo que pasó con el carro.
Primo: [con tono paternalista] Mira, si a ti te cogen con material no te va a pasar na. Es hasta la segunda vez que te cogen que te metes en problemas.
[se vuelve hacia mí, con tono tranquilizador] Siempre va a haber alguien pendiente de él, alguien que le pague la fianza. [Se ríe] bueno, eso es lo más probable.

EL CASTIGO CALLEJERO DE LAS NIÑAS

Al final de mi estadía en El Barrio, Junior había comenzado a adquirir el gusto por ciertas drogas, sobre todo la marihuana, pero aún no había caído preso por venderlas. En cambio, Jackie, su hermana de doce años, atravesó todos los ritos iniciáticos de la cultura callejera a una edad sumamente temprana en la forma espeluznante que acostumbra tomar tal proceso en el caso de las niñas. Todo sucedió en los meses turbulentos en que Félix, el padre de ambos, comenzó a gozar de libertad condicional los fines de semana y regresó a casa a exigir su reingreso. Jackie siguió el camino de su madre y escapó de la belicosidad de Félix con un amante. Para su desdicha, su príncipe azul invitó a dos de sus amigos a que la violaran juntos en el automóvil del primero. Jackie permaneció desaparecida por setenta y dos horas, lapso en el cual amigos y parientes movilizaron un caudal de solidaridad alrededor de sus padres. En efecto, el suceso acabó por reunificar a la familia y, a partir de entonces, Félix se reincorporó al hogar como marido y padre de manera permanente.

Aunque más tarde acusarían a Jackie de comportarse como "un hoyo callejero" –Primo incluso le llegó a restar importancia a la violación con el brusco comentario de que a Jackie "le picaba la chocha y se la rascaron"– tanto Primo como César respaldaron a Candy y a Félix la noche del rapto. Días más tarde me ofrecieron su relato de esta "fuga romántica", una historia transformada en un vehículo para expresar sufrimiento e inseguridad.

Primo: Compramos perico y nos fuimos pa en casa de Candy a relajar, tú sabes.
Pero que llegamos y nos encontramos a Félix llorando. Estaba volado, tú sabes, con la nariz embarrada de coca: "*Ayyyyy*, lo único que yo quiero es ver a mi hija".
[Hace que alza una caja de fósforos con cocaína y simula aspirar la droga con dos inhalaciones secas y eficientes] Esnifea, esnifea, que esto y que lo otro.
Ya eran las cuatro y resto de la madrugada.
César: Yo empecé a acordarme de mi hermana.
Primo: [lo interrumpe] Nos dieron un retrato pa que fuéramos a buscar a Jackie.
Bajamos, salimos a la calle y caminamos por todas partes, por todos los caseríos preguntándole a la gente si alguien la había visto.
Ya le habían avisado a la policía.
Volvimos pa en casa de Candy a averiguar si alguien había llamado, o lo que sea. Y nos pusimos a hablar de tantas cosas, que a este pana [señala a César] se le empezaron a hacer lágrimas en los ojos. Le vinieron malos recuerdos.
César: [con energía] Sí, sí, los ojos se me llenaron de lágrimas.
Primo: Se empezó a acordar de su hermana, la que apuñalaron en el caserío.
César: Me dieron náuseas, pana [tuerce los ojos de un lado a otro]. Porque empecé a pensar en boberías.
Yo le dije a Candy –porque yo estaba allí en la sala, amometado– "Coño, Candy, yo me siento mal".
Y ella me dijo: "Vete al hospital".
En ese momento fue que la cosa se puso jevi. Félix se retorcía así... [Alza las cejas y tuerce los ojos, moviéndolos de un lado para otro] ¡Te lo juro! [Sacude las muñecas] ¡Pegó a convulsionar!
Y estábamos todos allí.
Primo: [con gentileza] Yo no me di cuenta de que tú estabas llorando hasta que Félix te dijo: "César, no llores; no llores". Yo te volví a ver y reparé en los demás y pensé: "¡Mierda!".
César: Sí, porque yo tenía la mente en otra cosa, tú sabes; me acordé

de mi hermana, que la noche que desapareció fue que la habían matado. ¡La apuñalaron diecisiete veces, los hijos de puta! ¿Pa qué tienen que hacer una cosa como ésa?
Primo: [le coloca la mano en el hombro] Llegó Tabatha y se puso a pegar gritos y a llorar en cantidad. Se puso histérica.
Pero al rato todos nos calmamos y nos fuimos pa la comisaría.
Los policías empezaron a hacer llamadas y Candy revisó todas las cárceles, hasta las de Queens y New Jersey, por si acaso a Jackie la habían arrestado.
El día que por fin ella volvió a la casa, estaba hecha leña; se le veía en los ojos. Lloraba y lloraba, y se notaba que no había dormido.
Todo empezó un viernes. Pasó todo el sábado y Jackie nada que aparecía. Candy salió con carteles y pegó varios carteles en el vecindario.
Candy te andaba buscando, Felipe. Ella quería hablar contigo pa que tú le ayudaras a hablar por teléfono, porque en la comisaría de la veintitrés le estaban faltando el respeto.
Ellos pensando, tú sabes: "Ay, qué pena, otra puertorriqueña manganzona se escapó de la casa".
Ahora Candy quiere hablar contigo pa contarte la historia, pa que la pongas en el libro.

Candy vivió con desconsuelo la desgracia de su hija y le expresó toda la solidaridad de la que es capaz una madre víctima de una tragedia similar. Pese a la doble moral que impera en la cultura callejera respecto a la violencia sexual y la habitual renuencia a dar cuenta de su existencia, Candy se aseguró de hacernos reconocer en público que Jackie había sufrido una violación.

Candy: Felipe, tú no te imaginas, yo me volví loca. Yo no podía comer, no podía dormir, era como que... pues imagínate que tú no sepas dónde está una hija tuya, que tú no sepas si la están torturando o si la están matando. Lo único que tú sabes es que ella te necesita.
La hija tuya grita por ti, pero tú no puedes llegar a ella ni la puedes ayudar porque no sabes en qué sitio ella está metida.
Las tres noches que ella pasó desaparecida, yo dormí en la cama de ella esperando a que me llegara una señal.
Al fin la trajeron de vuelta y uno de los tipos que se la llevó me dijo que todo había sido un plan. Ellos le dijeron a Jackie que iban pa un *party*, pero no había ningún *party*.
Gracias a Dios ellos no le pegaron. Pero se la llevaron pal carajo viejo –hasta Jamaica, en Queens– y ella se asustó mucho. ¿Tú te imaginas?

Eran tres panas y una sola nena.
Ella cogió mucho susto y ya no pudo pensar bien. No se puso las pilas y se dejó llevar. Ella tiene doce años y más nada.
Yo la llevé al hospital, porque a mi parecer ella necesita que le den terapia. Pero no la volví a llevar porque la hicieron sufrir tanto la primera vez que la examinaron, que ella no quiso regresar.
Yo quiero que ella sienta que no fue culpa de ella, aunque ella haya permitido que pasara.
Era una situación en que ella sintió que su vida estaba en peligro, y por eso fue que se dejó.
Gracias a Dios que no la dejaron preñada.

Primo y César pusieron en tela de juicio la interpretación solidaria de Candy. Al discutir el suceso a lo largo de las semanas siguientes, ambos exoneraban a los violadores e increpaban a Jackie, completamente convencidos de que lo sucedido no había sido una violación y que la niña de doce años era la responsable del percance. Efectivamente, la primera vez que escuché la historia fue una noche en que César me gritó con una carcajada desde la vereda contraria: "Oe, Felipe, ¿ya escuchaste? Jackiesita ya se metió a la vida". Yo alegué insistentemente que Jackie había sufrido una violación, pero Primo me contradijo, al comparar a Jackie con "las jebas que Luis, Ray y el corillo adiestraban arriba del Club en los viejos tiempos". Se refería a ello como "dejarse influir para chichar". César se mostró un tanto más empático y aseguró que a "Jackie le metieron un embuste pa aprovecharse de ella". Concedía que la habían obligado a tener sexo con dos o más muchachos en contra de su voluntad, pero insistía: "Pero yo no creo que eso sea una violación. No me parece que la hayan sujetado... que se lo hicieran a la fuerza".

Primo acusaba a Jackie de libertinaje invocando el símbolo de una mujer que se asoma por la ventana para socializar con múltiples hombres, sin importarle que la ventana a la que se refería estuviera en un decimoséptimo piso.

Primo: A mi concepto ella sabía perfectamente bien lo que estaba haciendo, porque yo he visto que ella pasa todo el día frente a la ventana pegándoles gritos a los panas de la cuadra.
Se nota que a Jackie le pican las piernas por salir y janguear. Ella quiere estar aquí en la calle.

La falta de remordimiento de Jackie, así como su renuencia a poner en práctica la solución tradicional de formar un hogar con el hombre que la secuestró y violó, completó el proceso de exoneración de sus violadores.

> *Primo*: [ingiere cocaína] Jackie se ve tranquila. No está actuando como, ya tú sabes, no se está haciendo la víctima.
> Además, ella le sigue hablando al tipo. Yo le pregunté si el pana era bien parecido y ella me dijo: "Sí" [se encoge de hombros]. La última vez que la vi ella estaba de lo más contenta.
> *César*: ¿Qué se puede hacer si a ella le metieron el bicho y le gustó?
> *Primo*: Vas a ver, ella ahorita va a quedar preñada, porque le pica bien cabrón.
> *Philippe*: ¿Qué carajos te pasa, Primo? ¿Estás enfermo o qué?
> *César*: Se va a convertir en otra estadística; una nena pariendo nenes.
> *Primo*: [bebe de una lata de medio litro de licor de malta y luego inhala de un paquete de cocaína] Déjame decirte, Felipe, Jackie fue adonde fue porque ella quería ir, y lo que pasó pasó porque ella quiso. Ella lo pidió. Y ahora, si tú la miras, Jackie está demasiado tranquila como pa decir que haiga sido una tragedia.
> *César*: [Inhala cocaína] A mi parecer no es una cosa que haiga que darle tanta importancia. Fue una equivocación y más nada. Es decir, si ella quiere tener novio, tal vez sea mejor que se quede con este tipo y se porte bien.
> [inhala de nuevo] Yo creo que es una cosa que se puede olvidar. Ella debería juntarse con el hombre de ella y tranquilizarse, y ya está.

En el fondo, César y Primo culpaban a Candy por transgredir su rol sexual y dar origen a una segunda generación de mujeres corruptas.

> *César*: Además, si ella tuvo sexo por accidente... si eso fue una violación, entonces la mai de ella no le debería decir: "Bueno, ahora tú tienes que usar pastillas anticonceptivas". Porque eso es como decirle: "Tú tienes permiso de seguir chichando, nada más cuídate de no quedar preñada". Candy cree que la nena es una santa.
> *Primo*: [bebe e inhala] La mai de ella es una gran bellaca. Es una canto de fácil.
> *César*: ¿Tú sabes cuál es el problema? Que Jackie no tiene a nadie que le dé un buen ejemplo: la mai de ella es una fresca; la hermana de ella es una fresca...

Al término de esta conversación, César transformó la crisis contemporánea en torno a la redefinición callejera de los roles sexuales en justificación de su actitud misógina.

> *César*: Por eso es que yo no quiero tener hijas.
> No soportaría que un hombre le pusiera un dedo encima a mi hija.
> Yo creo que yo por eso tengo un prejuicio contra las mujeres.

En un ejemplo clásico de cómo las personas vulnerables arremeten unas contra otras e interiorizan la marginación estructural, la única acción "positiva" que organizó Candy a favor de su hija –a excepción, quizás, de ofrecerle pastillas anticonceptivas– fue movilizar a los hombres de su vida para atacar a la madre de la niña a quien habían violado junto a Jackie:

> *Primo*: Candy le dio un puño en la bemba a la mai de ella, porque ella le dijo que la nena de ella era una corbeja. Y la mujer le contestó: "¡Qué! ¿Mi hija?", y Candy le dio en el labio.
> La otra mamá dijo: "Voy a traer a la hija mía pa que pelees conmigo y con ella". Pero que en ése momento llegaron los amigos de Candy, Carlos y todos los otros panas, y otra gente de la familia de ella y unos primos del marido de Tabatha. Todo un contingente, pana.

EN BUSCA DE SENTIDO: DAR A LUZ EN EL BARRIO

Ante la vorágine que enfrentan los niños en la calle en sus años de mayor vulnerabilidad, es inevitable preguntarse los motivos por los que las madres continúan dando a luz a tantos bebés, introduciéndolos a un mundo de tanto sufrimiento. En los cinco años que viví en El Barrio, prácticamente todos mis amigos y conocidos tuvieron al menos un niño. Tal fue el caso de María, la novia de Primo, quien se negó a abortar el niño tras quedar embarazada, pese a que en ese entonces Primo enfrentaba su segundo juicio por venderle *crack* a un agente encubierto. Tan sólo dos meses atrás, María y Primo habían perdido el departamento en un complejo habitacional perteneciente a la hermana de María, que había huido a Bridgeport, en el estado de Connecticut, después de que el socio de su marido narcotraficante apareciera asesinado en el auto familiar. Cuando quedó embarazada, María vivía con su madre, una mujer de ciento quince kilogramos, alcohólica y presa de una profunda depresión. Mis notas de campo que datan de esos meses describen la situación:

> [Marzo de 1990]
> Primo me llevó al departamento de María. Basura, muebles despedazados, botellas vacías de Bacardi. El lugar está infestado de cucarachas y apesta a alcohol y vómito. El padrastro de María ha dejado

> platos llenos de carne y repollo hervidos desparramados por la sala, junto al sillón destartalado en el que duerme su hijastra, aquejada de dolor de espalda.
>
> Primo me asegura que esta escena es mucho mejor que la que componen los chillidos, aullidos, gritos y sollozos de la madre amoratada de María después de terminarse su botella diaria de Bacardi. Son comunes las trifulcas entre ella y su esposo, al que acusa de ser infiel. Según Primo, de vez en cuando ella lo apuñala, "aunque sólo lo punza un poquito".
>
> Hoy ella tiene la cara hinchada, pues anoche su marido alcohólico, conserje de una escuela pública, tomó represalias y "le dio una pela".

A María el embarazo la desbordó de alegría. Yo nunca la había visto tan feliz, y me tomó mucho tiempo percatarme de que su deplorable condición de vida era la razón por la que concebía la maternidad como algo tan atractivo. Dar a luz le ofrecía una evasión romántica del ambiente intolerable en que vivía. El embarazo también afianzaba su profundo amor por Primo, que todos pensábamos que estaba próximo a recibir una condena de cuatro a seis años de cárcel. Darle un hijo sería una demostración de solidaridad durante su encarcelamiento. María comenzó a escribir poesía para celebrar su relación con Primo y el futuro nacimiento de su hijo. La alta autoestima que la caracterizó durante este período brota de las páginas de su diario, que ella insistió en mostrarme. En el siguiente pasaje, por ejemplo, el aprecio que expresa por la belleza de su cuerpo a la vez interioriza y supera los estereotipos racistas y machistas:

> Tengo ojos café claro de gata sexy, un par de nalgotas y tetas jugosas... mis labios redondos y carnosos me van de maravilla; y mi pelo crespo lo puedo acomodar de la manera que me venga en gana.

Asimismo, expresa gran estima hacia su novio "jabao":

> Yo tengo dieciocho años; él tiene veintiséis. Él tiene ojos castaños inmensos. También tiene labios lindos y dientes preciosos; y además buenas nalgas... pelo lindo, grifo.[10]

Primo, por el contrario, seguía ansioso y estaba enojado con María. La fecha de su juicio se acercaba y había tocado fondo su desilusión con el mercado laboral legal. Le rogó a María que abortara el bebé y, cuando ella le enseñó sus poemas de amor, la llamó "loca imbécil", "negra Michelín", "Black-a-Claus" y "Bláckula".

Detrás de la alegría de María por dar a luz a un hijo también había intereses materiales. Debido a la extraordinaria escasez de viviendas sociales asequibles en Nueva York, el nacimiento de un niño era la mejor oportunidad que se le había presentado hasta entonces de establecer un hogar independiente. En los años que viví en El Barrio, el tiempo de espera aproximado tras presentar una solicitud de departamento ante el Instituto Neoyorquino de Vivienda era de dieciocho años.[11] Las adolescentes embarazadas que carecían de hogar gozaban de prioridad gracias a un plan de "acción juvenil" diseñado para aliviar la congestión en los hoteles de asistencia social y los albergues de emergencia para indigentes. El problema de la estrategia de María era que debía sobrevivir tres largos meses en uno de estos albergues antes de recibir uno de los departamentos reciclados que la ciudad les otorgaba a las adolescentes sin hogar. Primo Junior de hecho nació cuando María se alojaba en uno de estos establecimientos.

En estos meses, César dejó embarazada a su propia novia, Carmen, la hermana de María. La propensión de César al maltrato no hizo que la alegría y el amor de Carmen mermaran. Poco tiempo antes, él la había obligado a dar en adopción a su hija de seis años, Ruby, a su hermana mayor. Por otra parte, César tenía la costumbre de golpear a su hijo de dos años, Papo, pues según su parecer el niño era indisciplinado y torpe.[12] Días antes de dejarla embarazada, César le planteó a Carmen un ultimátum: "Mira, nena, escoge: o Papo o yo". Ella entró en negociaciones con su hermana para darle en adopción al niño.

El embarazo de Carmen remedió su crisis inmediata. César aceptó convertirse en el padrastro de Papo y su abuela invitó a Carmen a mudarse al departamento familiar. La abuela de César incluso decidió formalizar el estatus de Carmen y la registró en el contrato de arrendamiento del Instituto de Vivienda, documento del que excluyeron a César para evitar que sus ingresos del Seguro Social aumentaran el precio del alquiler.

Carmen y María se sumaron a la extensa tradición femenina de escapar del hogar tumultuoso mediante un amorío con un hombre idealizado y la completa entrega a la maternidad. Carmen me mostró sus diarios poco después de quedar embarazada. Las páginas describían su relación con César como "un paraíso en una isla", y demostraban que su amor por él era aún mayor que el de María hacia Primo:

> César siempre me gustó en los años en que los dos solamente nos veíamos por la calle. Pero la primera vez que estuvimos juntos fue como quien dice amor a primera vista. Y hasta el día de hoy yo siento lo mismo por él. Tal vez se pueda decir que yo me enamoré de él. Cuando yo lo veo, el corazón se me acelera. Cuando se me acerca, siento como que me voy a desmayar.

> Yo lo amo de verdad y siempre estoy pendiente de él, no importa qué. En cuanto a mi hijo, Benito Jr. [Papo], yo siento que él adora a César.

Carmen y María eran muy jóvenes, pero la entrega entusiasta de ambas a la maternidad no debe desestimarse como si fuese el capricho romántico de dos mujeres inmaduras. La escandalosa ausencia de escenarios alternativos para las mujeres adultas en El Barrio no sólo normaliza la maternidad a edades tempranas, sino que la transforma en una opción atractiva.

En el caso de Candy, por ejemplo, fue el amor por sus hijos lo que la estabilizó y le volvió a dar sentido a su vida tras el final violento de su amorío con Primo. Tenía treinta y cuatro años y tomó la decisión de dedicarse por completo al "rol jíbaro" de madre abnegada, lo que salvó tanto a su hogar como a ella misma de la autodestrucción a la que se dirigía en el mundo de la economía clandestina.

> *Candy*: Yo me metí perico por cinco meses porque tenía ganas de morirme. Pero llegó un momento en que yo reaccioné y pensé: "Yo a los hijos míos los amo demasiado, yo no me puedo suicidar". Porque si tú adoras a tus hijos, ese amor que tú tienes te impide hacer cosas malas.
>
> Yo me puse bien delgadita y empecé a descuidar a mis hijos; como que no les prestaba atención, tú sabes. Yo no les pegaba, pero quería que me dejaran tranquila. Yo decía para entre mí: [toscamente] "Bendito, que se callen".
>
> Y ellos venían y me decían: "Mami, ¿qué es lo que te pasa? Mami, ¡por favor! La gente va a pensar que estás fumando piedra". Y déjame decirte que Dios está conmigo, porque yo tuve un sueño. Soñé que yo me moría, y vi a mi hijo Junior, mi único varoncito, llorando porque yo estaba muerta. Y vi a mis otras dos nenas muy cambiadas. [Hace una pausa] Yo le pido a Dios que me quite eso de la mente, porque yo estoy en contra de las drogas. Yo creo que los nenes míos se hubieran metido a las drogas.
>
> Pero no me entiendas mal. Yo soy una madre estricta en que yo creo en darles a mis nenes la mejor educación. Yo creo en ser una madre estricta, fuerte, buena y cariñosa.
>
> Y es que, Felipe, ¿tú sabes qué es lo que pasa? Es que cuando tú ves a tus nenes todos los días que te dicen: "Mami, yo te quiero". Y ya tú sabes que yo tuve una vida muy dura: una pela todos los días, tres veces al día, desde los trece años. ¿Por qué tú vas a condenar a ese nene a pagar por tus errores? ¡No tiene sentido!

> Por eso es que yo adoro a mis nenes. Y yo todavía quiero tener doce. Porque un *baby* pa' mí significa pureza, inocencia. Y un nene no puede venir a darte un puño, y decir: "Mami, no abuses de mí". Pero una lo hace. Y yo estoy en contra del abuso infantil.
>
> Yo ya tengo treinticuatro años, pero todavía quiero tener cinco más. Porque mis hijos procuran por mí, vienen, me besan y me dicen: "Mami, te quiero mucho, te quiero mucho".
>
> Es difícil ver niños que hagan eso en estos días. Ahora los nenes una los ve que andan por la calle, pícaros, como los hijos de mi hermana –Ángelo, por ejemplo– porque no tienen un padre cariñoso.
>
> Pero yo di lo mejor de mí. Todos mis nenes han ido a la escuela católica desde que entraron a primer grado. Y yo lo pagué todito.

EL OPROBIO DE LAS MADRES Y EL CRACK

Candy dio un giro de ciento ochenta grados y pasó nuevamente a definir su vida en torno a las necesidades de sus hijos. La ironía de los hogares encabezados por madres solteras es que tal estructura familiar, al igual que la antigua familia rural encabezada por un matrimonio, se basa en la sumisión al patriarcado. La cultura callejera da por natural y descontado el derecho de un padre de abandonar a sus hijos en busca de sentido y éxtasis en la economía clandestina. Nada en este orden de cosas es matriarcal o matrifocal. Sencillamente representa una mayor explotación de las mujeres, que permanecen obligadas a sacrificarse en forma incondicional en beneficio de sus hijos, en tanto que los padres quedan exentos de cualquier responsabilidad.

Cuando una madre abandonada deja de sacrificar sus propias necesidades por sus hijos, el hogar corre el riesgo de desintegrarse. No queda nadie que se ocupe de alimentar, supervisar y darles cariño a los niños. Los niños callejeros de El Barrio se encuentran atrapados en un estado de incertidumbre histórica: en la actualidad, las fuerzas patriarcales anticuadas, responsables de producir hogares encabezados por madres solteras, se derrumban y no hay nada que amortigüe la fragmentación de la familia cuando las madres siguen el camino, abierto por los padres, de forjar vidas independientes en la economía sumergida o la narcodependencia.

Presencié los efectos de la doble moral respecto a los roles sexuales en la cultura callejera en los meses en que Candy vendió cocaína para Ray y acogió a Primo en su casa como amante mantenido. Los hombres del círculo de Ray censuraban rotundamente las carencias de Candy como madre soltera y jefa

de hogar. La hipotética responsabilidad de Félix, su esposo encarcelado, de contribuir al sustento familiar ni siquiera les pasaba por la mente. Ninguno de ellos le ofreció a Candy comida, albergue o cariño para sus hijos. Una de las críticas recurrentes se basaba en que ella necesitaba un hombre fuerte, capaz de imponerle disciplina.

> *Primo*: Esa jeba no sabe mantener una familia. En ese tiempo era como si los nenes no tuvieran mai. Se cuidaban a ellos mismos, porque la mai de ellos lo que hacía era ir del Club a la cama, del Club a la cama, y más nada [mueve la mano como si columpiara un yoyo]. Lillian no había llegado al año. ¿Tú te imaginas? Junior era su mai. Él era el que le cambiaba el culero.
> Acho, a mí a veces me daba pena y entonces yo cogía y le cambiaba el culero a la nena. ¡Y Candy desaparecida!
> *César*: Esa mujer se derrumbó cuando metieron preso al idiota de Félix.
> *Primo*: Y también estaba Abraham. Él a veces le cambiaba el culero, pero decía: "No lo aguanto".
> *César*: ¡Está cabrón! El hombre de ella se fue y ella se desapareció.
> *Primo*: Es decir, a mí me daba asco la comida que ella cocinaba, porque si uno va pa en casa de ella y mira la cocina… Acho, uno se encuentra un revolú, y en ese revolú es que ella cocina. ¿Quién se va a querer comer eso? Fo, ¡es que es un nido de cucarachas!

En las casas de *crack* de Ray, era evidente que las mujeres se forjaban un nuevo espacio público para sí mismas y rechazaban las definiciones patriarcales de los roles familiares. Al mismo tiempo, la cultura callejera las mantenía en una posición subordinada como madres o novias dependientes. De ahí mis notas de campo luego de una noche calurosa de verano:

> [Julio de 1990]
> En la entrada del Club Social me reciben tres relucientes coches infantiles estacionados simétricamente junto a la máquina de Pac-Man lejos de las mesas de billar. En cada uno de ellos un bebé recién nacido duerme profundamente, con las manos diminutas cerradas en un puño.
> Las madres adolescentes de los recién nacidos compiten por ganarse la atención de Little Pete, soltero y sin compromiso desde que rompió con su novia tras dejarla embarazada.
> Entre ventas de *crack*, madres de quince años en camisetas mínimas les besan el cuello a los jugadores de billar mientras sus bebés duermen serenamente. Una madre baila rap provocadoramente con pasos de salsa.
> ¿Cuántas se volverán aficionadas al *crack* este verano? ¿Cuántas más quedarán embarazadas?
> Le pregunté a María por qué había tantas madres adolescentes y bebés recién nacidos en el Club y me contestó: "porque aquí hay aire acondicionado". No se puede discutir con eso. Una imponente ola de calor azota Nueva York esta semana y estoy seguro de que ninguna de ellas tiene aire acondicionado en casa, y apenas tienen cuartos privados para ellas y sus bebés.

En las primeras páginas de este capítulo señalé que las estadísticas oficiales reflejan un explosivo aumento del abuso y el abandono infantil en Nueva York. Desde el comienzo de la epidemia del *crack*, a mediados de los años ochenta, el sistema estatal de adopciones ha asumido la custodia de un número inaudito de niños.[13] La reacción de los políticos, la prensa y la cultura popular ha sido atribuirle una connotación sexual a la histeria antidrogas desatada al término de los años ochenta y principios de los noventa en los Estados Unidos, país en el que los pánicos colectivos no son ninguna novedad, sobre todo en períodos de inestabilidad económica y social. La sustancia ilegal que resulte estar de moda en el momento pasa a describirse como "la peor de todos los tiempos", un augurio de la inminente desintegración social.[14] Es común que periodistas e incluso médicos le atribuyan una propensión farmacológica particular a la clase social o el grupo étnico que ocupe el rango más vulnerable en la estructura social contemporánea. Tal fue el caso, por ejemplo, del opio y los inmigrantes chinos en California al concluir la década de 1880, o el de la cocaína y los afronorteamericanos en las postrimerías del siglo XIX, años en que los alguaciles sureños justificaban el aumento del "calibre de los rifles" con alegatos de que "el negro drogado con cocaína es sumamente difícil de matar". Los mexicanos radicados en el suroeste del país recibieron un trato semejante durante la histeria antimarihuana en la década de 1930.[15]

El rasgo distintivo de la epidemia del *crack* de finales de los años ochenta y principios de los noventa fue que, en vez de suscitar el oprobio de un grupo étnico o una clase social por su presunta inclinación al consumo excesivo de narcóticos, desencadenó un ataque contra las madres, las familias y la maternidad misma. Los comentaristas lamentaban la pérdida del "instinto maternal" entre las fumadoras de *crack* en los guetos estadounidenses. Dicha reacción tuvo su origen en el hecho de que, por primera vez en la historia, cerca de la mitad de los adictos en las calles eran mujeres. Como consecuencia de las responsabilidades que la dinámica patriarcal de las calles les impone a las



Graffiti de un vendedor de *crack* que marcó su punto de venta con el lema antidrogas de los años ochenta: "Dile no a las drogas". Fotografía de Charo Chacón Méndez

madres solteras, era habitual verlas con los niños y bebés recién nacidos en las casas de *crack*.

La misoginia que atraviesa la cultura callejera agrava el espectáculo público de las madres que sucumben a la drogadicción. La economía clandestina permanece dominada por los hombres, mientras que las mujeres continúan excluidas de los nichos empresariales más rentables y autónomos, como la venta de drogas, los asaltos y el robo de viviendas.[16] Si bien el equilibrio de poder se va transformando a medida que las mujeres comienzan a penetrar en los terrenos más violentos y tradicionalmente masculinos de la economía sumergida, muchas de ellas siguen viéndose obligadas a recurrir a la prostitución con el fin de financiar su adicción y buscar sustento para lo que queda de sus familias. En años recientes, una avalancha de mujeres ha inundado el mercado del sexo, lo que ha perjudicado las condiciones laborales de las prostitutas y desatado una epidemia de enfermedades venéreas entre las mujeres jóvenes y los bebés recién nacidos radicados en zonas urbanas.[17] La humillación sexual de las mujeres suele agudizarse cuando las víctimas son adictas al *crack*, ya que están dispuestas a tolerar mayores niveles de agresión física y verbal con tal de obtener el breve rapto extático que induce la droga.

En los Estados Unidos, la prensa, el medio académico, la sociedad en general y los propios residentes de la *inner city* han abierto un gran debate en torno al "misterio" de la feminización del *crack*. Explicaciones hay muchas, desde denuncias de la crisis de valores familiares hasta teorías arbitrarias que invocan una supuesta fobia femenina a las jeringas hipodérmicas. La más difundida entre los sectores populares acentúa el presunto poder "afrodisíaco" del *crack*, independientemente de la enorme cantidad de pruebas que asocian el consumo de grandes cantidades de cocaína con la disfunción sexual. Los periodistas, los científicos sociales, los narcotraficantes y las adictas mismas parecen compartir la fantasía de que la mujer atiborrada de *crack* está gobernada por un apetito sexual insaciable. Por desgracia, el efecto ulterior de estas imágenes lujuriosas es silenciar los conflictos y nuevas oportunidades generados por la redefinición contemporánea de los roles sexuales a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos.[18]

Las mujeres que logran abrirse paso en las casas de *crack* transgreden los tabúes masculinos, lo que lleva a múltiples sectores sociales a considerarlas animales carentes de instinto materno. De ahí que el *New York Times* publicara editoriales con subtítulos como "Madres transformadas en monstruos" y artículos con titulares como "Los instintos familiares, nueva víctima del *crack*". El diario *Wall Street Journal* citaba a doctores y enfermeras que sentenciaban: "El aspecto más notable y espantoso del consumo de *crack* parece ser el debilitamiento del instinto maternal".[19]

Cuando el debate público acerca del impacto farmacológico del *crack* y la subversión del instinto maternal estaba en pleno auge, caí en la cuenta de que yo también me hallaba sujeto a las acusaciones de ser un padre desnaturalizado por exponer a mi hijo a la cultura callejera. Asistí a una conferencia acerca del consumo de drogas en la que un etnógrafo indignado recriminó: "Exponen a sus bebés de carne y hueso; los llevan a la casa de *crack* para disimular lo que hacen". Los gestos de estupor y las agitaciones de cabeza del público eran símbolos del abismo que separa a la *inner city* de la clase media estadounidense. Los miembros de la sociedad convencional no tienen la menor idea de cómo funciona la venta de drogas; ignoran completamente hasta qué punto éstas se conciben como "normales" en las calles de los guetos estadounidenses y desconocen que para un padre que pasa parte de su tiempo en público es prácticamente imposible no llevar a su bebé a una casa de *crack*. Incluso si yo no me hubiera esmerado por entablar amistad con los protagonistas de este libro y hubiera sido uno más de los vecinos sociables del vecindario que aprovechan y disfrutan el espacio público, habría sido incapaz de aislar a mi bebé de la violencia que gravita alrededor del narcotráfico. En la cuadra en que viví, era imposible mirar el atardecer, salir a caminar o ir al almacén a comprar un bocadillo sin pasar junto a un grupo de "tiradores". Caminar por la calle con mi bebé en brazos era una invitación a que alguno de ellos declamara la bendición tradicional que los puertorriqueños les dirigen a los recién nacidos. Algunos incluso me felicitaban por lo hermoso que les parecía mi hijo. Asimismo, padres y madres de familia que expresan una rotunda oposición a las drogas acostumbran detenerse a hablar en las esquinas de capeo de drogas o en la entrada de una casa de *crack* antes de continuar sus caminatas o terminar de hacer sus mandados.[20]

Deconstruir los reproches moralistas de la sociedad dominante contra las familias en crisis no me ayudó a lidiar con el horror de ver a tantas madres en las casas de *crack* con sus niños a cuestas. En repetidas ocasiones les rogué a las mujeres embarazadas, en la entrada del Salón de Juegos, que reconsideraran las posibles consecuencias de su ansia por fumar. Interrogué reiteradamente a Ray y a Primo, a quienes acusé de ser personalmente responsables por las vidas traumatizadas de las criaturas a cuyas madres ellos les vendían narcóticos.

Antes de percatarse de mi posición sobre el asunto, los vendedores solían burlarse abiertamente del sorprendente número de clientas embarazadas. Rodeados de cerveza y heroína en la escalera de un complejo habitacional, Primo y Benzie, su socio y vigilante, retrataron a una de estas fumadoras:

Benzie: [abre un sobre de cocaína y me pasa una botella de licor de malta marca Olde English] De pronto, oigo que Rosa me empieza a

gritar: "Benzie, Benzie, ¡estoy pariendo! ¡Auxilio, socorro! ¡Benzie! ¡Por favor!".
Y al ratito me dice: "¡Ay, está saliendo! ¡Está saliendo! ¡Mira, Benize! ¡Ayúdame!".
Yo le volví a ver la chocha y vi que tenía una cabeza allí debajo. Mira, yo quedé paralizado. Apenas yo vi que ella tenía una cabecita en la crica toda ensangrentada, la mente me empezó a dar vueltas y yo me cegué. Yo le dije: "¡No! ¡No puedo!". Porque yo había fumado pipa y me había puesto petro, y entré en *shock* bien cabrón. Vi la cabeza ésa que le salía de la crica, de la vagina, botando sangre. Y no pude hacer nada, me quedé así, como eslembao.
Y ella me decía: "Benzie, Benzie, ayúdame, ayúdame. Me está saliendo, ábreme las piernas, ayúdame".
Entonces yo salí corriendo pa llamar a una ambulancia [inhala cocaína].
Philippe: ¿Pero qué es lo que te pasa, Benzie? ¡Por qué no le ayudaste! ¿Por qué no le jalaste la cabeza? ¿Qué te pasa, pana?
Benzie: [hace un gesto de burla y toma la botella] Felipe, tú no tienes ni la menor idea. Déjame en paz.
Yo te voy a decir una cosa: si por un suponer tú hubieras estado en mi lugar en lo que ella pegó a pedir ayuda, y ésa hubiera sido la primera vez que tú veías la cabeza de un nene en una vagina, botando sangre como tú no te imaginas, tú tampoco hubieras sabido qué hacer. Te hubieras quedado tieso como una piedra.
Tú hablas como si hubieras sabido lo que había que hacel. [Imita un acento de clase alta, moviendo la cabeza hacia atrás y hacia delante con altivez] "Sí, claro. Aquí estoy para ayudarte. Déjame jalarle la cabeza al nene".
Déjame en paz, Felipe. Tú tampoco hubieras sabido qué carajo hacer. Estuvo bien cabrón, ¡y yo arrebatado como tú no te imaginas!
[Hace una pausa y hunde la llave de su casa en el paquete de heroína que Primo le sostiene; luego inhala en seco y habla lento y serio] Imagínate, pana. Yo la quería ayudar, pero cuando le vi la coronilla a la nena, cuando le vi el cráneo, tú sabes, todo ensangrentado, yo perdí el uso de razón. Y Rosa tenía el hueco todo roto. Gritaba y gemía de dolor, y me rogaba que le ayudara.
Es triste, yo sé, pero fue enfrente mío.
Entonces llegaron los paramédicos y pegaron a buscar agua caliente y eso. Había agua caliente, pero no teníamos paños, trapos, tú sabes; no había nada de lo que necesitaban pa performar un nene.
Primo: [se ríe mientras prepara una dosis de heroína] ¿Tú sabes qué

le ha de haber pasado a la nena cuando nació? Se ha de haber tragado un par de ampollas, porque eso es lo que había en el piso. La nena ha de haber salido así [da una bocanada y parpadea lentamente] y se le ha de haber zambullido una ampollita de *crack* en la boca.

Benzie: [continúa seriamente luego de inhalar más heroína con agilidad] Así que Rosa parió allí mismito, y le puso a la nena el nombre de la mujer que guiaba la ambulancia de la EMS. La mujer que recibió a la nena, tú sabes. Le puso igual que ella.

¿Pero tú sabes qué me está malo a mí? Que ella se comportó como si nada, como si no hubiera parido un nene. Rápido quería fumar más piedra.

Se la llevaron pal hospital y todo, pero le dieron de alta y al día siguiente o dos días después ya andaba de misión. Yo lo sé porque yo estaba trabajando en el Salón y ella llegó y me reclamó: "Benzie, ¿por qué no me ayudaste?"

Y yo le dije: "¿De qué tú hablas? Mira, yo entré en *shock*. Yo estaba llorando y estaba arrebatado, yo estaba fumado, y no sabía lo que tenía que hacer".

Pero después Rosa se portó chévere. Ni siquiera me pidió que le hiciera un descuento. Ella no es el tipo de mujer que lo manipula a uno. Ella es una crackera tranquila.

Rosa fumó desde que quedó preñada hasta que parió, y nunca nos pidió que le hiciéramos precio. Es más, justo después de parir ella llegó y fumó allí mismo. La nena todavía estaba en el hospital.

La nena fue una *crack baby*, entonces la tuvieron que dejar internada.

Tengo recuerdos vívidos de esta conversación porque dos meses atrás un doctor le había diagnosticado parálisis cerebral a mi propio hijo de once meses de edad. Los primeros estudios clínicos acerca de los efectos de la exposición uterina al *crack* demostraban que los "*crack babies*" ocasionalmente manifiestan síntomas neuromusculares semejantes a los que genera la parálisis cerebral.[21] Por ello, me inquietaba sobremanera el hecho de que algunas madres les impusieran a sus hijos "voluntariamente" dicha afección. Me propuse discutir el asunto en todas las casas de *crack* que solía visitar. Con el tiempo, Primo y los demás vendedores dejaron de ofrecerles *crack* a las mujeres embarazadas, al menos en mi presencia. Ray, por el contrario, no se dio por aludido y nunca les prohibió a sus empleados venderles drogas a mujeres embarazadas, a pesar de nuestras numerosas discusiones sobre el tema. Ray era católico y sumamente conservador, pero la versión del cristianismo a la que adhería, aunque

lo conducía a calificar el aborto como "homicidio", no le impedía buscar ganancias económicas a costa de los recién nacidos:

Ray: ¡Pal carajo, Felipe, no me importa! A mí sólo me interesa ganarme lo que me corresponde. Yo no pienso en nada de eso que tú dices. Además, la mujer que no me compre a mí se va a ir a la vuelta de la esquina pa comprarle a otra pelsona.[22]

La opinión de Candy también era inconsistente. En una ocasión le cuestioné que les vendiera *crack* a las mujeres embarazadas en los meses en que trabajó para Ray.

Candy: Mira, cuando una mujer queda embarazada, el cuerpo no le pertenece a ella, le pertenece al bebé. Entonces, si a la madre no le importa, si a ella no le importa, ¿por qué me va a importar a mí?

Le pedí a una colega, la socióloga afronorteamericana Eloise Dunlap, que me ayudara a discutir el tema con toxicómanas embarazadas. Gracias a su condición étnica y al hecho de que era mujer, tenía acceso a un amplio círculo de consumidoras de *crack* involucradas en la cultura callejera. En el transcurso de nuestras conversaciones con estas mujeres, nos percatamos de que sentían gran ambivalencia hacia sus bebés y su futuro rol de madres. Unas estaban convencidas de que "cuidaban su salud" y la de sus bebés porque procuraban alimentarse bien siempre que fumaban *crack*. Una mujer nos aseguró que únicamente fumaba de día para permitir que el feto durmiera por la noche. Otra creía que el *crack* le sentaba bien a su bebé porque tenía tendencia a "dormir demasiado"; fumar hacía que el bebé "perezoso" por fin despertara y empezara a dar patadas como cualquier feto saludable. Varias mujeres criticaron la hipocresía de la cultura de la calle, que las condenaba a la vez que las utilizaba para hacer dinero.[23] Ninguna de ellas, sin embargo, censuró a la sociedad que se niega a ofrecerles centros de tratamiento y servicios básicos de atención. De hecho, nos resultó imposible inscribir en un centro de rehabilitación a una sola de las mujeres que conocimos en esos meses, en parte porque en ese entonces, en 1990, únicamente dos de los veinticuatro centros estatales que había en Nueva York admitían a fumadoras de *crack* embarazadas.[24]

Meses después de dejar El Barrio se me ocurrió que las madres adictas al *crack* podrían reinterpretarse como mujeres que buscaban en forma desesperada un sentido para sus vidas y que se negaban a sacrificarse y entregarse a la tarea imposible de criar hijos saludables en la *inner city*. Tales madres, estereotipadas incesantemente como monstruos crueles desprovistos de emociones, quizá deban caracterizarse más bien como rebeldes autodestructivas. Aquí re-

sulta útil remontarse a contextos paralelos. En su trabajo de campo con un grupo de madres que sufren de malnutrición en un arrabal brasileño, la antropóloga Nancy Scheper-Hughes pone en duda la idealización burguesa de la maternidad que acapara el concepto de familia en los países industrializados. Scheper-Hughes muestra el modo en que estas madres, que luchan por sobrevivir en un contexto de pobreza extrema en el que cerca de la mitad de los niños muere antes de cumplir tres años, aprenden a "distanciarse" de sus bebés más frágiles y enfermizos en sus primeras semanas de vida. Paulatinamente les sustraen su afecto y en ocasiones llegan a permitir que mueran de deshidratación. La madre que luchase contra estas muertes inevitables y se empeñase en atender a cada niño endeble pondría en jaque su propia determinación. Darle rienda suelta al sufrimiento por la tragedia acumulada de los hijos implicaría dejarse consumir por el desconsuelo y la ansiedad, lo que a la postre la incapacitaría como madre razonable y como ser humano con afectos y sentimientos.[25]

En plena era postindustrial, no es la falta de alimentos ni de agua potable lo que mata a los niños de El Barrio, sino el consumo excesivo de narcóticos, el racismo, el colapso del sector público y la reorganización de la economía industrial en torno a los servicios. No es en la infancia, sino en la adolescencia, cuando los jóvenes de los guetos estadounidenses se enfrentan a la muerte y a la destrucción. Las estadísticas hablan por sí solas: los habitantes varones de Harlem entre los dieciocho y los veinticuatro años de edad tienen mayor probabilidad de sufrir muertes violentas que la que tuvo un soldado en la Segunda Guerra Mundial.[26] Acaso las madres que conocí en las casas de *crack* sencillamente se han rendido ante las condiciones que les ha impuesto la historia. Abandonar a sus hijos, o envenenar a las criaturas en sus vientres por procurar obtener raptos eufóricos, acelera la destrucción de una prole condenada de antemano.[27] Para las madres más vulnerables, deshacerse del llamado instinto maternal e incapacitar a sus hijos en la temprana infancia representarían estrategias para evitar la frustración de formar adolescentes sanos y emprendedores para luego verlos sucumbir como víctimas y partícipes de la violencia y la drogadicción.

Debe reiterarse que obviamente no es el "feminismo" ni el "empoderamiento de las mujeres" lo que conduce a las madres a abandonar a sus hijos o envenenar a sus fetos. La responsabilidad recae completamente en la definición patriarcal del concepto de "familia", así como en un sector público incompetente que delega a los individuos, en particular a las madres, la responsabilidad exclusiva de darles sustento y cariño a los niños. En última instancia, la carga y la responsabilidad que supone la reproducción les corresponde no sólo a los padres sino también a la sociedad en general. Las relaciones de poder entre los sexos y las estructuras familiares han cambiado para siempre en

el transcurso de las últimas generaciones. Como indiqué en la introducción de este capítulo, todo cambio histórico y repentino en las relaciones de poder suscita una avalancha de procesos contradictorios. En el actual contexto de transformación acelerada en el que las madres luchan por sus derechos, y sobre todo por sus intereses personales, en las calles de la *inner city*, los niños están condenados a atravesar un mayor sufrimiento.

8. Padres vulnerables

Cuando yo pienso en mi hijo, yo quisiera estar con él. Me cuesta mucho pensar en eso. Me hace querer... no, no querer, porque no va a pasar; pero si yo pudiera desear algo, mi deseo sería que yo nunca me hubiera dejado de mi esposa y que yo pudiera estar con ellos en familia, como las personas en los tiempos de antes. Que estuviéramos ella, él y yo. Así era cuando yo tenía trabajo. No me daban ganas de estar con otras jebas, solamente con Sandra. Yo pensaba: "Yo no quiero estar en ningún otro sitio, sólo donde estoy ahora, con el nene mío".
Primo

Es común que los comentadores moralistas que denuncian las prácticas deficientes de la paternidad en la *inner city* lamenten la ausencia del padre en las familias. Suele suponerse que carecer de una figura masculina perjudica la moral y el carácter de un niño, independientemente de que el mayor problema de los hogares encabezados por madres solteras en realidad sea la pobreza.[1] Las historias personales de los padres empleados en la cadena de distribución de Ray demuestran que las políticas dirigidas a convencer a los hombres de bajos recursos de regresar a un núcleo familiar se basan en teorías desatinadas. El problema es todo lo contrario: demasiados hombres abusivos aterrorizan a sus esposas y sus hijos. Las mujeres se han acostumbrado a tolerar un nivel desmesurado de maltrato y tardan demasiado tiempo en separarse de sus esposos luego de quedar embarazadas.[2]

La incapacidad de los hombres de apoyar a sus hijos y de formar familias estables y afectuosas tiene evidentes bases materiales. En la actualidad, las personas que no han completado los estudios secundarios se hallan excluidas de los empleos legales con los que podrían mantener hogares conyugales según el antiguo estilo patriarcal. Tal es la realidad a escala nacional, como lo demuestra el aumento del 12 al 18 por ciento de familias trabajadoras en condiciones de pobreza entre 1979 y 1982.[3] Esta "lógica" económica, sin embargo, no es el mero reflejo de una serie de exigencias materiales. Un poderoso legado histórico y cultural opera sobre la desigualdad entre los sexos y estructura los patrones específicos de negligencia y agresión paternos. La memoria del hogar rural, donde el patriarca omnipotente solía definir el mérito personal según el "respeto" que infundía en su mujer, en sus numerosos hijos y en sus vecinos, influye de un modo considerable en la vida de los hombres nuyorican, quienes, en su larga sucesión de noviazgos, permanecen a un paso de la indigen-

cia, carentes del apoyo de una familia o una comunidad económicamente estable.

En el capítulo 2 vimos que, en las postrimerías del siglo XIX, las comunidades rurales puertorriqueñas, organizadas en torno a los lazos de parentesco, se hallaban prácticamente aisladas del Estado central en San Juan. Encarnizadamente independientes, los colonos establecidos en las montañas de la isla les dieron la espalda a las elites urbanas[4] y construyeron sus propias definiciones de prestigio y orden social de acuerdo con categorías de sexo, edad y parentesco que sobreviven en formas contradictorias en las calles de East Harlem. Un concepto idealizado del "jíbaro" le sirve de base a una identidad que continúa influenciando, o al menos sintonizando con, ciertos elementos de la cultura callejera en East Harlem, fundamentada en el rechazo de su marginación de los centros de poder estadounidenses. Dicha identidad ofrece un sentido contestatario de dignidad y respeto. Ahora bien, vale reiterar que a raíz de la amplia experiencia de dependencia colonial, migración, urbanización y segregación, las categorías patriarcales referentes a la edad, el sexo y el parentesco, que otrora organizaban el orden social entre los puertorriqueños, se hallan en un proceso turbio de transformación. La oscura base material de la cultura callejera, que condena a sus protagonistas a vidas de pobreza, inestabilidad económica y altos niveles de violencia institucional y personal, hace recrudecer significativamente la incertidumbre.

CELEBRACIÓN DE LA IMPOTENCIA PATERNA

Con pocas excepciones, todos los hombres del círculo de Ray eran padres, pero ninguno de ellos aportaba dinero o atención a los hogares de todos sus hijos. Al contrario, muchos de ellos agredían a sus seres queridos con regularidad, como si arremetieran contra las familias que de pronto eran incapaces de mantener. La cultura callejera y la economía clandestina ofrecen foros alternativos donde los hombres son capaces de redefinir el sentido de dignidad por medio de la promiscuidad, la violencia compulsiva y el amplio consumo de drogas. César exaltaba con pasión su incapacidad para mantener una familia. Al no poder reproducir las configuraciones patriarcales de la generación de su abuelo mediante el establecimiento de un hogar represivo en una comunidad solidaria, prefería ufanarse de sus conquistas sexuales y hacer el mayor esfuerzo por superar en machismo a los hombres que lo rodeaban. Se esforzaba por parecer más frío y promiscuo que todos los demás:[5]

> *César*: Con nosotros pasa lo mismo que con la naturaleza. Uno se tiene que abrir camino por cuenta propia.
> Somos como las tortugas ésas que viven en las islas Galápagos. Las tortugas salen del caparazón, corren a meterse al mar y nunca llegan a saber quién carajos es el pai y quién carajos es la mai.
> Así se les va toda la vida. Luego le meten el bicho a otra tortuga o un tortugo se los mete a ellas. Entonces tienen nenes pero nunca los ven.
> Yo no me siento culpable por los nenes que yo he tenido y que están desparramados por ahí porque yo no tengo corazón, Felipe. Yo me chicho a quien quiera, cuando quiera. De todos modos, hoy en día las jebas están bien tostadas.

Primo era más discreto y pragmático que César a la hora de erotizar el poder masculino, pues se enfocaba en dominar económica y emocionalmente a las mujeres con las que entablaba relaciones amorosas. La idolatría callejera de la figura del *gigoló* le permitía convertir su incapacidad de mantener un hogar estable en una celebración del arte callejero de actuar como parásito económico, o vivir "de cachete" a costa de múltiples mujeres. Incapaz de apoyar a sus hijos fiel aunque represivamente, como sus abuelos lo habían hecho con sus padres, optaba por aproximarse a las nociones anticuadas de la masculinidad convirtiéndose en un auténtico Don Juan. Una madrugada, en el salón de billar del Club Social, Primo y yo descansábamos y acompañábamos a Little Pete mientras le vendía *crack* a una multitud de enflaquecidos clientes en un turno que se extendía desde la medianoche hasta las seis de la mañana. Con una sonrisa infantil en la cara, Primo señaló a tres mujeres que jugaban billar delante de nosotros: Flora, Jaycee y María. Las saludó con la mano e imitó un acento rural puertorriqueño para decir: "Mira lo bien que se llevan mis mujeres". La bulliciosa música de rap ahogaba su voz e impedía que las mujeres lo escucharan, pese a los escasos metros que las separaban de nosotros. Yo estaba al tanto de que Primo sostenía relaciones simultáneas con María y con Jaycee, pero ignoraba que "a escondidas" también estaba saliendo con Flora.

> *Philippe*: Dime que tú no estás con Flora además de las otras dos.
> *Primo*: [asiente con la cabeza y pone un gesto sombrío] Desde el mes pasado. Ella trabaja en Key Food empacando carne, entonces sólo puede janguear conmigo los fines de semana por la noche. Un viernes ella vino con Rosie –tú conoces a Rosie, ¿verdad?–. Ella antes bregaba en el Salón de Juegos y ahora es la jeba de César.[6]
> Pero hoy voy a pasar la noche con Jaycee. Esta otra jeba [señala a María con el dedo pulgar] pasó por casa más temprano. Me llamó

por teléfono, y yo le dije que no viniera porque yo había pasado todo el fin de semana chichando con Jaycee, pero ella estaba loca por venir a verme.

Yo me fui a bañar y cuando yo salí, ella me estaba esperando. Yo le dije: "¡No puede ser! ¿Primero Jaycee y ahora tú?". Yo no le expliqué más nada, sino que le dije: "No, tal vez mañana".

¿Ves? Entonces ella me va a llamar mañana tempranito, [alza las cejas y sonríe] ¡y vamos a chichar!

Philippe: ¿Y qué va a pasar con la llamada que tienes que hacer mañana a la agencia de empleo? ¿Te acuerdas de lo que te dijo tu supervisor de libertad condicional?

Primo: Contra, Felipe, ¡es cierto! ¿Pero tú sabes qué? Lo bueno es que, como yo le vea la cara a esta jeba en la mañana [señala a María con la cabeza], yo voy a saber que me tengo que levantar.

[Se encoge de hombros] De todas las jebas que están acá, yo me quedo con ésa [señala a María].

Esto ya me ha pasado antes. Un día, delante del Salón de Juegos, se juntó una legión de jebas en la esquina. Como una manada de mujeres bochinchosas, tú sabes. Yo me fui a fijar, y pensé: "¡Coño! Yo he estado con todas". Estaban mi ex esposa, Sandra, Candy, María, Jaycee y también otra jeba, no me acuerdo cuál.

Philippe: ¿Cómo te hizo sentir eso? ¿Bien?

Primo: No. Me sentí raro. [Nota que César escucha con entusiasmo entre la música estruendosa] No, me sentí bien, y después raro.

Déjame decirte, Felipe, yo tengo un bicho de oro. Todos mis primos son así también [le choca la mano a César]. Todos tenemos bichos de oro.

A partir de ese momento decidí discutir las implicaciones éticas de las relaciones amorosas con los miembros del círculo de Ray. La opinión de Luis se resumía en el tono de voz que utilizaba cada vez que, desde su puesto en la entrada del Club Social, les gritaba a las mujeres adictas al *crack* que ocupaban la vereda contraria y solían ofrecerle sexo oral a cambio de inhalaciones de su pipa: "¡Oe, bemba! ¡Bemba mía! ¡Ven acá!".[7] Otras personas, sobre todo los hombres más jóvenes, afirmaban que las mujeres tienen el derecho de exaltar la promiscuidad tanto como los hombres. Tal era el punto de vista de Pedro, que trabajaba como asistente de enfermería en el Hospital Mount Sinai y que más tarde moriría asesinado al intentar asaltar a un grupo de vendedores de polvo de ángel –"le pegaron diez tiros por todo el cuerpo"–. César, por su parte, se sentía tentado de reconocer la lógica sexualmente igualitaria de Pedro, pero terminaba por apelar a la agresión sexual y por restablecer su concepto más tradicional de los roles sexuales adecuados.

Pedro: Si yo fuera una jeba yo sería bien bellaca, pero yo obligaría a los panas a que me pagaran.

Yo sería *bien* bellaca, pero trataría de aprovecharme de los hombres con chavos; no dejaría que cualquier pendejo me metiera el bicho a sabiendas de que está pelao. Yo quiero chavos. Yo quiero cha-vi-tos.

César: Sí, yo vendería la chocha y viviría bien. Yo me buscaría un par de panas de la cuadra que estén desesperados de lo bellacos que están. Y si parece que tienen chavos, entonces yo dejaría que ellos... Hasta que me cojan de boba y me metan un embuste. Entonces yo aprendería la lección. Porque tarde o temprano alguien me va a meter el bicho y no me va a dar nada.[8]

Únicamente Eddie, el primo de César cuyo padre era afronorteamericano, formulaba un análisis de la sexualidad que incorporaba una noción de opresión racial y de clase, a pesar de que no ponía en práctica constructivamente sus observaciones:

Eddie: Tal vez sea la tiroides, o en parte una cuestión de ego, o para demostrarle a los amigos míos qué muchas jebas soy capaz de conseguir; pero en mi caso es un escape de la realidad que me quita los pensamientos malos: que no voy pa ningún sitio, que tengo un hijo, que me metí en esto demasiado temprano.

Es decir, todos estos panas y yo estamos pelaos, entonces lo compensamos con mujeres. Tú sabes, si tú llegas a casa con cien mil pesos, eso significa que vas a tener éxito y que tus amigos te van a tener envidia. Pero si, un suponer, uno no tiene nada, pero consigue cinco jebas, uno se va a sentir satisfecho consigo mismo. ¿Ves? Entonces es algo que hacemos como pa compensal.

Pero si uno tiene dinero, uno no siente que se tenga que definir por las jebas que uno tiene. O si uno es millonario, tal vez haga lo mismo pero cierra la boca.

Además, entre morenos y puertorriqueños tenemos más mujeres que hombres. Hay como tres hembras por varón. Sobre todo ahora, que a los mollos los están matando así [señala a Primo, que en ese instante le entrega *crack* a un cliente afronorteamericano] con el problema éste de las drogas.

LA MASCULINIDAD EN CRISIS

A excepción de Candy y Luis, Ray era mayor que todos sus empleados. La generación a la que pertenece se mantiene ligada a nociones más tradicionales, acaso jíbaras, de la familia y la masculinidad. En la economía agrícola de sus abuelos, los hijos acostumbraban contribuir a la manutención de la familia. A la edad de seis o siete años trabajaban en la parcela familiar, y a largo plazo garantizaban la seguridad social y la jubilación definitiva de sus padres. La educación formal no representaba un gasto adicional y los alimentos se producían en la parcela familiar, por lo que los beneficios de criar a una prole numerosa eran mucho mayores que los costos. El respeto acordado a los hombres dependía del tamaño de sus familias y de su capacidad para mantenerlas económicamente. Cerca de cumplir cuarenta años, Ray, Luis e incluso Candy –que sigue empeñada en dar a luz a doce hijos– se hallaban atrapados en un túnel del tiempo histórico y cultural que los impulsaba a ampliar su descendencia pese a que eran incapaces de mantener hogares voluminosos.

Ray y Luis mantenían numerosas relaciones amorosas y tenían tantos hijos como les fuera posible concebir con todas las mujeres que fueran capaces de conquistar. Recurrían a la negación y la hipocresía para encubrir la incoherencia que representaba su incapacidad de darles el sustento a todos sus hijos. Habitualmente culpaban a las madres de transgredir los códigos patriarcales y, por tanto, de perder el mérito y el derecho de recibir su apoyo económico. Luis se divertía jactándose del número de adolescentes que había dejado embarazadas en un período de nueve meses durante su adolescencia, y se refería a ellas como "hoyos que andaban por ahí". Dos décadas más tarde, con treinta y cinco años, no se daba por aludido cuando se le cuestionaba la despreocupación económica y emocional que demostraba hacia siete de los doce hijos que había tenido con cuatro mujeres distintas.

> *Luis*: ¡Que se jodan! Yo estoy pelado y no tengo ni un peso que darles, ¿así que pa qué voy a pasar tiempo con ellos?
> Al principio las mamás se enfogonan, pero como yo te venía diciendo, uno tiene que aprender a manejar ciertas cosas en la vida.

Ray, por otra parte, se presentaba a sí mismo como una persona acomodada. No podía refugiarse en el hecho de estar en la ruina o de ser adicto al *crack*. En los meses posteriores al encarcelamiento de Félix, mientras negociaba con Candy la compra del Salón de Juegos, tuvimos una serie de conversaciones moralistas acerca de la paternidad. Nunca tuve suficiente confianza como para grabar mis diálogos con Ray, pero tengo recuerdos vívidos de su insistencia en que los niños eran capaces de "crecer sanos" si el padre era "un buen modelo a seguir". Ray acababa de salir de la cárcel y trabajaba legalmente como guardia de seguridad en un supermercado. Alegaba que lo único que le daría la oportunidad de "echar una mano" a sus seis hijos, diseminados a lo largo y ancho de Nueva York, Pensilvania y Puerto Rico, sería convertirse en vendedor de *crack* a tiempo completo. No tenía esperanzas de ser un padre responsable para tantos hijos y tan desperdigados con un salario semanal de ciento cincuenta dólares. Aseguraba que el sueño de su vida era ahorrar suficiente dinero mediante el tráfico de drogas como para reunir a todos sus hijos bajo un solo techo en El Barrio.

Cuatro años después, luego de separarse de tres novias y tener tres hijos más, Ray tenía hacia sus hijos la misma indiferencia irresponsable que los vendedores en perpetua bancarrota que trabajaban para él. Los hombres a su alrededor no veían contradicción alguna entre el éxito económico de su jefe y la miseria consumada de sus hijos y ex parejas. De hecho, con el mismo entusiasmo describían su amplia colección de automóviles y enumeraban su larga procesión de hijos. Un hombre con semejante prole, y con tan evidente habilidad empresarial, infundía respeto. Por el contrario, las mujeres arruinadas con las que había tenido hijos eran ridiculizadas permanentemente.

> *Primo*: Mira, Ray tiene un Mercedes, además del Lincoln Continental verde que compró hace unos meses. Acaba de vender el Camaro, pero todavía tiene el Corvette. Y la guagua nueva que consiguió sólo le costó seis mil pesos. Creo que hace poquito compró otro carro. Creo que fue un Mark IV de cuatro puertas.
> *Philippe*: O sea, que cuida más a los carros que a los hijos. ¿Cuántos hijos tiene?
> *Primo*: Tiene como nueve. Yo creo que ni siquiera sabe cómo son.
> A mi concepto él estaría más pendiente de ellos si las mamás se lo pidieran. Él les compraría ropa y eso. A la verdad, él sí les echa una mano de vez en cuando.
> Lo que pasa es que él no quiere que lo cojan de mangó bajito, que se aprovechen de él, tú sabes. A mí me está que por eso es que él se olvida de que ellos existen, ves, aunque ellos necesiten algo.
> Yo sé que él no está pendiente del hijo de Natalia. [Inhala heroína de un paquete de diez dólares]
> *César*: Tan pronto como una de las jebas hace algo que no le gusta, Ray la borra de la lista completamente.
> *Primo*: Por darte un ejemplo, mira a Nancy, que es una sinvergüenza. Ella le metió un embuste y él se dejó de ella. Ahora ella se juntó con

un marinovio. Ray me contó que ella tuvo que meterse a un centro de rehabilitación. De hecho, ¿sabes qué? Ella es comai mía.

Después que ellos tuvieron un nene, él como que le dijo: "¡Lárgate!".

Pero a Natalia la conocía porque ella había estado con Luis. A Luis lo metieron preso y Ray se juntó con ella.

César: Ellos pasaban juntos todo el tiempo.

Primo: Pero se dejaron porque peleaban mucho. Ray la encerraba con candado en la casa y él se desaparecía con cualquier piedrera sucia que le quisiera mamar el bicho. Pero Natalia también se los pegaba a él, canto de sucia que era.

Ray tuvo otra hija con una jeba del Bronx, pero a mí me está que él nunca ha visto a esa nena. Fue como que un día la jeba le dijo que estaba embarazada y Ray dijo: "¡Pues que se joda!". Y también tuvo un nene con otra muchacha en Pensilvania.

Pero los demás nenes tienen el nombre de él. Lo que pasa es que las mamás no le piden nada, entonces él no tiene razón pa darles chavos.

Las jebas de Ray son bien bobas. Ni siquiera le piden na. Yo escuché decir que algunas le habían robado chavos. Ray tal vez les daría una mano, pero ellas primero tendrían que pasar por aquí y pedirle de buena manera, tú me entiendes, y las jebas ésas son tan bobas que no saben hacerlo.

Una noche él me contó que tiene un chorro de hijos esparcidos por todas partes.

La única jeba que tiene suerte es Gloria, la jeba con la que anda ahora, que además es chévere. Pero ellos pelean mucho porque ella se aprovecha de él. Chico, déjame decirte, esa jeba es bien celosa con ese pana.

Pero lo cierto es que ella es bien chévere. Ray vive con ella y con el nene de cuatro años de ella que se llama Bennie.

Philippe: ¿Pero entonces cuántos hijos tiene Ray?

Primo: A ver... Tiene dos hijas; luego está el hijo de Nancy y también el que tuvo con la pipera aquélla. Ocho en total, si se les suman los que tuvo antes de que lo metieran preso.

César: ¿Y los que tuvo con la otra jeba? ¿Cómo es que ella se llama?

Primo: ¿Natalia?

César: Sí, ¿pero cómo es que sumas ocho, si él tenía cuatro, y después cinco, y ahora va a tener uno más?

Primo: Ah, sí, se me olvidó que Gloria está preñada –esa nena ya ahorita pare– y con ese *baby* van a ser nueve. Y ella se aprovecha de él, porque él no la tranca en la casa con candado como le hacía a Nancy, o como le hacía a Natalia. Él le hace caso a ella.

Si bien los hombres de las nuevas generaciones siguen respetando y admirando a los hombres que engendran numerosos hijos, el vínculo entre la identidad masculina y el tamaño de la descendencia se ha debilitado considerablemente. La historia cultural repercute significativamente en las definiciones de la masculinidad en un contexto de cambiantes configuraciones familiares y de transformaciones aceleradas en las relaciones entre los sexos. Cabe subrayar la divergencia entre las motivaciones de la generación de Ray, Luis y Candy al formar relaciones sentimentales que giran alrededor de la reproducción, y la promiscuidad exhibicionista de Primo, César y los demás traficantes de su círculo. Primo, por ejemplo, exigía que sus novias se sometieran a un aborto cada vez que las dejaba embarazadas, mientras que Ray estaba convencido de que el aborto era un pecado capital. La actitud aparentemente arcaica de Ray con respecto a la importancia de los hijos desconcertaba a Primo.

> *Primo*: Ray siempre me dice que yo debería aprovechar ahora que estoy joven pa tener todos los hijos que pueda. Pero eso no tiene sentido. ¿De qué me sirven a mí los nenes? ¿Pa armar un ejército?

Los jóvenes menores de veinticinco años como Primo y César son parte de una generación que se halla un paso más allá de las familias de sus abuelos en las zonas rurales de Puerto Rico. Las conversaciones informales que sostuve con ellos sobre la estructura familiar muestran las transformaciones que experimentan en la actualidad:

> *César*: Mi familia cercana en realidad es pequeñita. Mi abuela en cambio tuvo ocho hijos, porque en los tiempos de antes la costumbre era que las familias fueran de ese tamaño.
>
> *Primo*: Lo mismo que tiene la abuela mía. Ella tuvo dieciocho hijos, pero diez se murieron.
>
> *César*: Yo no podría tener ocho hijos. Me volvería loco.
>
> *Primo*: Qué muchos nenes que son. Todos mis primos tuvieron un chorro de hijos. Debe haber sido más fácil mantener a los hijos en esos tiempos.

Las transformaciones en la relación entre identidad masculina y número de hijos van de la mano con la desaparición de la comunidad rural que solía actuar como fuerza inconmovible de socialización y control de mujeres y niños.

Las definiciones tradicionales de la masculinidad, así como los ideales de la familia numerosa y el matrimonio permanente, involucraban una constelación de instituciones y valores culturales que afianzaban el poder del patriarca. No obstante, en el contexto agrario, los jefes de hogar estaban obligados a mantener a sus familias, independientemente de la miseria que caracterizaba tanto a la economía rural como a la economía de plantación en el Puerto Rico del siglo XIX y la primera mitad del XX. Los recuerdos idealizados de la madre de Primo ilustran la situación:

> Cualquier persona te diría que en Puerto Rico, en los tiempos en que éramos pobres, la vida era mejor. La vida era más saludable, y se podía confiar en las personas. Ahora no se puede confiar en nadie. Ahora aunque una tenga chavos en la mano una no puede confiar en nadie pa que le haga un favor.
> Lo que a mí me gustaba más de la vida en Puerto Rico era que manteníamos todas las tradiciones. En mi pueblo todas las personas eran un tío o una tía. Cuando una iba caminando y se cruzaba con alguien mayor, había que pedirle bendición. Eso era respeto.
> En aquellos tiempos los niños eran respetuosos. Es que había mucho respeto. El pai mío era bien estricto. Cuando llegaba una visita, él nos hablaba con los ojos, porque no se suponía que los nenes estuvieran en el cuarto. Él se daba vuelta para mirarnos y eso era todo. Entonces en lo que la visita entraba, mi papá lo único que tenía que hacer era mirarnos, y cuando él nos miraba eso quería decir que nosotros nos teníamos que esfumar. Nos teníamos que ir a meter al cuarto. Estaba prohibido quedarse en el mismo cuarto con la gente mayor.
> Él nos hablaba con los ojos y nosotros salíamos corriendo. Y no podíamos salir del cuarto hasta que la visita se fuera. Ay, Dios, a veces nosotros cogíamos una escoba y tratábamos de hacer que se fueran. Es una costumbre de santería, ¿ves?, que tú tratas de hacer contacto con la persona pa que esa persona se vaya.
> Yo intenté enseñarles a mis hijos algunas de las costumbres que mi pai me enseñó a mí.
> A algunas personas les ha ido mejor después de venirse pa acá pa los Estados Unidos, pero a muchas otras no. Incluso hubo gente de mi barrio que se vino pa acá buscando un buen ambiente. Hubo parejas, matrimonios, que se vinieron pa acá a buscar un buen ambiente y en cambio lo que se llevaron fue un espanto. El esposo terminó dejándose de la mujer y escapándose con una chilla.

En El Barrio, los hombres ya no gozan del privilegio de "hablarles" a los hijos "con los ojos" y esperar obediencia inmediata.[9] Las antiguas modalidades del respeto masculino se han tornado inalcanzables en el marco de hogares conyugales o comunidades basadas en los lazos familiares. Varias generaciones de hombres han quedado atrapadas en distintas fases de esta transformación cultural sin lograr responder a ella. Fue Primo quien me hizo caer en la cuenta de esta situación. Preocupado por el destino de los hombres en el círculo familiar al que pertenecía, me contaba historias que ilustraban las maneras en que la experiencia de marginación social entre la diáspora puertorriqueña difería según el rol sexual:

> Déjame decirte una cosa, Felipe, yo me tengo que ir a revisar. Porque como yo le digo a la mai mía, en mi familia el asunto es así: todos los hombres nacimos con mala estrella.
> El hermano mayor de mi mamá está mal de la cabeza. Él se sienta frente a la ventana y se queda hablando solo.
> Otro de los hermanos mayores de mi mai, otro tío mío, camina como zombi sin mirar a nadie. Yo soy el sobrino y el ahijado de él. Él escribe mucho a mano y lo que escribe parece taquigrafía, tú sabes, pero eso no es ninguna taquigrafía. Él escribe garabatos y garabatos en un cuaderno que él tiene. Pero él conserva el trabajo que él tiene. Él tiene su casa y paga el alquiler, pero yo te voy a decir una cosa, ese hombre está virado.
> El que lo ve caminando por la calle piensa que es un bon. Camina derechito mirando pa abajo, tú sabes. Está mal de la cabeza.
> Yo me acuerdo de cuando él era normal. La mai mía fue con él pa Puerto Rico.
> Yo le digo a mi mai que yo tengo un presentimiento de que todos en la familia mía, quiero decir todos los hombres, vamos a terminar virados. Yo me pongo a pensar en mi futuro y yo siento que yo también me voy a tostar.
> Ella me dijo: "Deja eso, que tú eres normal; el pai tuyo lo que pasa es que él es un hombre enfermo".
> Pero por alguna razón, de alguna manera, el abuelo mío era normal. Mi abuelo se murió, pero él siempre se mantuvo sano y se murió de viejo, como se muere cualquier pelsona.
> Yo le pregunto a mi mai: "¿Qué vida me espera a mí en el futuro? Porque yo soy candidato a que me dé diabetes o hipertensión, igual que a mi pai".
> Y ella me contesta: "Tú eres bello cuando estás sobrio".

Ves, Felipe, entonces lo que yo te digo es que yo soy muy nervioso, muy tenso. Yo me enfogono por cualquier cosa. Si yo estoy trabajando y algo no funciona, me vienen ganas de romper lo que estoy haciendo. Yo no quiero terminar jodido de la cabeza.

Hacia el final de mi estadía en East Harlem, el padre de Primo falleció. Su muerte iluminó los nexos entre el trauma del fracaso en la migración rural-urbana, la crisis del antiguo concepto de la masculinidad y la experiencia particular del padre de Primo. Una hermana de Primo asistió al funeral en Cabo Rojo, el pequeño pueblo occidental en el que su padre nació y creció antes de probar fortuna en East Harlem.

Primo: La hermana mía dice que el pueblo donde creció mi pai, Cabo Rojo, es bien pequeñito y bien pobre. Se pasa mucha necesidad, y está todo desbaratao, tú sabes.
Ella dice que ella vio la casa donde el pai mío nació y donde vivió de chiquito. Dice que es una casa viejísima y que... eh... que se está cayendo a pedazos. Es como bien pobre allí; hay mucha miseria, ¿tú me entiendes? A ella no le gustó.
Ella dice que parece que a esa gente... la gente que vive allí, que parece que los dejaron allí pa que se...
Dice que parece como que las personas se levantan por la mañana, salen de la chocita o lo que sea que tengan, y que lo más que viajan son dos cuadras y más nada.
Yo le pregunté: "Entre Cabo Rojo y Arroyo –el pueblo de la familia nuestra por parte de madre, el sitio donde viví yo hasta los catorce años– ¿cuál sitio es más malo?". Y ella me contestó: "Pues a mí me está que Arroyo es mejor sitio. Es más emocionante".

Este comentario me sorprendió, pues el año anterior yo había viajado a Arroyo con el propósito de visitar a la abuela de Primo y obtener una impresión de primera mano de sus raíces familiares. El pueblo del que provenían la abuela, los primos hermanos y los tíos de Primo que quedaban vivos no era nada más y nada menos que una franja estrecha de terrenos cuyo centro era un complejo habitacional de cemento, pintado de gris y con techos de zinc, rodeado de un mar de cañaverales ondulantes que producía claustrofobia. Es difícil imaginar un lugar más lúgubre que el rincón de Arroyo donde vivía la abuela de Primo. Sin embargo, entre la sordidez y las chozas improvisadas de Cabo Rojo, la hermana de Primo halló una reserva de solidaridad familiar que de algún modo logra persistir en los rincones marginales del Puerto Rico rural.

Primo: Ella dice que en Cabo Rojo hay mucha gente que se parece a mí. Ella me dice: "Primo, ellos quieren que tú vayas pa Puelto Rico pa que los conozcas. Te estaban esperando. Primo, es que son igualitos a ti".
Supongo que son mis primos. Tienen el mismo bigote, la misma barba, la cara ésta que yo tengo. Lo que pasa es que el pai mío tiene el pelo grifo, y ellos tienen el pelo largo y lacio, como a mí me gusta, no grifo así como el mío.
La hermana mía les trenzó el pelo a mis primos pa que se parecieran más a mí. Ella dice que ellos tienen un parecido conmigo y con mi hermana mayor. Mi hermana se pone a relajar conmigo, que si yo tuviese el pelo como ellos yo me parecería a Jesús.
Ella dice que ellos beben y que son de lo más chévere. Que son buenas personas, muy buenas personas. Y que son como yo, que se la pasan en el vacilón y en el relajo, tú sabes.
El problema es que en Cabo Rojo no hay trabajo. Es difícil.

El padre de Primo era un hombre verdaderamente en ruinas. En los meses anteriores a su muerte, Primo me contó muchos de sus recuerdos sobre él. Después de cerrar el Salón de Juegos, compraba una ampolla de quince dólares de cocaína y un paquete de diez dólares de heroína y se sentaba a preparar la receta del *speedball* en las escaleras traseras del Centro Científico-Matemático de Manhattan, una renombrada escuela secundaria situada en la intersección de la calle 115 y el East River Drive.[10] Primo parecía esforzarse por asimilar el difícil recuerdo de ver a su padre romper el tabú tradicional de carecer de respeto en el hogar. Little Pete nos acompañó durante varias noches en uno de los lapsos en que el Club Social estuvo clausurado por no tener salida de emergencia en la sección trasera, infracción considerada grave por la oficina de bomberos. Little Pete nos ofreció historias acerca de su propio padre, relatos aún más sombríos que los de Primo. Ninguno de los dos tuvo la opción de tratar a su padre con respeto. En los meses en que sostuvimos las siguientes conversaciones, ambos jóvenes permanecían solteros y vivían con sus madres, sin contribuir a la manutención de sus respectivos hijos.

Primo: Ahora el pai mío es un hombre enfermo. Es diabético y alcohólico y se la pasa fumando cigarrillos Winston. Un día soñé que se murió.
Él es un borrachón sucio, y cuando se da una turca él se pone violento. Es un sirveparanada, ¿así que pa qué voy a pasar tiempo con él? Por esa razón fue que mi mamá no tuvo más remedio que decirle: "¡Fuera de esta casa!" [dibuja una media sonrisa y lanza el

dedo pulgar por encima del hombro, semejante a un árbitro de béisbol al cantar un *out*].

Después que se dejaron, porque ellos nunca se divorciaron, yo veía al pai mío cada dos semanas. Y él no se comportaba de la manera que un papá se tiene que comportar. No había día que no tuviera una cerveza en la mano, bebe que bebe y llore que llore.

Él nunca nos daba, pero nos hablaba bien malo. Y nos dejaba jugando solos en lo que él jangueaba con las amistades de él y pegaba a hablar pendejadas.

Nosotros éramos unos nenes apenas. Yo pensaba pa entre mí: "Que se joda, a mí qué me importa".

Él lo que hacía era que nos compraba dulces. Nosotros nos íbamos a jugar por ahí con los dulces en la mano. Al rato él venía y nos empezaba a hacer preguntas sobre mi mai. Yo nunca le quería contar nada de la vida de mi mai, porque las veces que le contestaba él pegaba a llorar.

Yo no era tonto. Siempre que él me preguntaba algo, yo le decía la verdad. Así de sencillo.

Si, un suponer, él me preguntaba: "¿Tu mamá está con alguien?". Yo no me acuerdo lo que yo le decía al pie de la letra, pero lo más seguro es que le decía que sí, o lo que sea. Él es un borracho y un mamao.

Tal vez él se arrepintiera de las cosas que él hizo. Él pudo haber tenido éxito. A la verdad yo no recuerdo bien. Y además él se desmaya y tiembla. Yo detestaba que a él le pasara eso enfrente mío.

Los desmayos del padre de Primo, afectado por raptos temblorosos de celos al oír sobre los nuevos novios de su esposa, ameritan el diagnóstico de un "ataque de nervios", la misma afección psicosomática clásica entre los puertorriqueños que afectó a Candy el día que le disparó a su esposo. Dichos ataques, ocasionados en la mayoría de los casos por los celos, la agresión o el fracaso romántico, suelen describirse como una aflicción exclusiva de la mujer. Que el padre de Primo expresara desesperación y desamparo de un modo tan propiamente femenino frente a sus hijos y amigos más cercanos pone en evidencia el sentido de impotencia que debía de sentir como inmigrante fracasado en los Estados Unidos. En la forma más clásica, el hombre luego arremetía contra una mujer vulnerable a la cual había dejado de infundirle respeto.

Primo: Luego le daba una pela a mi hermana mayor, y después ella me daba a mí.

Little Pete: [interrumpe] Yo le cogí miedo a mi papá porque él era tecato. Le gustaba la manteca. Siempre andaba arrebatado y yo era un nene chiquito, tú sabes. Y la gente me decía cosas malas de él. Me metían malas imágenes y malas imágenes hasta que le cogí miedo. Y a la verdad, en el fondo, el pai mío era un buen hombre, ¿tú sabes? Siempre que yo lo veía él estaba en la nota ésa. Ya yo grande, yo me cruzaba con él en la calle y lo saludaba. Yo le decía: "Papá, cuídate, deja de hacer esto, deja de hacer lo otro".

Y él era bueno, pana; de nene él era bueno. Quiero decir cuando yo era nene, el pai mío era marino mercante. Después que yo nací él pasaba todo el tiempo en el barco. Y fue como que él empezó a meterse manteca en el barco ése, ves. Por eso es que yo digo que a mí me crió otro hombre desde que yo tenía seis meses.

Más tarde, cuando yo estaba más grande, la gente venía y me decía: "Mira, éste es tu pai". Pero él ya estaba to jodido. Yo sabía que él era mi pai como quiera. Pero era bien triste.

Él murió de una sobredosis. Se murió de tanta heroína que se metió.

Primo: [la mirada perdida en dirección al East River Drive] De un pronto a otro el pai mío nos dejó de visitar. Yo no sé por qué. Tal vez se haiga enfermado mucho y él se abochornaba de que lo viéramos así.

LAS BASES MATERIALES DE LA VIOLENCIA ÍNTIMA

Como hemos visto en los capítulos anteriores, la actual crisis del patriarcado se manifiesta tanto en la autodestrucción individual como en la agudización de la violencia doméstica y la agresión sexual. Este lamentable fenómeno, en apariencia síntoma de psicopatologías individuales crónicas, debe situarse en su contexto histórico y someterse a un análisis en el plano de la economía política. El gesto contrario de interpretar la violencia doméstica contemporánea como resultado de un código de valores que se transmite de generación en generación representa una individualización extrema del fracaso y una adhesión al reduccionismo psicológico que no ofrece salidas realistas para la interrupción de los llamados "ciclos" familiares. Los primeros recuerdos de Primo acerca del "borrachón sucio" de su padre tenían que ver con las golpizas que le propinaba a su madre. En efecto, todos los novios posteriores de su madre le ofrecieron a Primo modelos a seguir iguales o más brutales que el de su padre.

Primo: De nene yo detestaba que la mai mía saliera con otros panas. Yo no me llevaba con ninguno, porque lo que pasaba siempre era

que tarde o temprano ellos se encojonaban y le caían a golpes. Siempre se encabronaban y le daban una pela.
Yo lo que hacía era que me quedaba viendo pal piso y me venían ganas de matarlos. La única que a veces se metía era mi hermana mayor. Yo nunca me metía porque yo soy muy nervioso, entonces yo no puedo bregal con eso.
Las veces que los novios de ella le daban una tunda, yo nunca me metí. Yo pensaba: "¡A la cocina! ¡Un cuchillo! ¡Te voy a matar, cabrón!".
A veces yo alzaba las manos. Me acuerdo que yo hice eso un par de veces. [Habla más despacio, pensativo] Porque había veces que se pasaban, tú me entiendes, y le sacaban la sangre a mi mai.
Philippe: ¿Cómo?
Primo: [con tono tranquilizador] No, pero nunca se murió nadie ni nada por el estilo.
Es decir, ellos le daban un puño en el ojo o algo parecido. Yo odiaba cuando eso pasaba.
[Con más ánimo] Yo metía la cabeza debajo de la almohada y gritaba: "¡Aaah! ¡Mi mamá es una estúpida!".
Pero mis hermanas le caían encima al pana y le gritaban: "¡Vete pal carajo!" [azota los brazos].
Entonces el tipo se calmaba. Acho, si alguno de los panas ésos le hubiera puesto un dedo encima a mis hermanas, lo hubieran tenido que venir a recoger pa llevárselo a la funeraria. Eso es lo que yo hubiera hecho.
[Me mira a los ojos con un gesto de sorpresa] Ahora que lo pienso, esto se está poniendo bien personal. Felipe, la mai tuya siempre ha estado con el mismo pai, ¿verdad?
Philippe: En realidad no. Ya te conté la historia de mi mamá, ¿verdad? [hago una pausa]. Está bien, no te preocupes.
Primo: Pero a mí no me molesta hablarte de estas cosas.
Había otro tipo que se llamaba Luis que empezó a salir con la mai mía cuando yo todavía estaba chiquito; eso fue en los años setenta. Él le daba una pela a ella sin tener razón, simplemente por hacerle el daño.
Pero ella era cabezuda y no se dejaba de él. La misma abuela mía se lo decía: "Deja a ese sinvergüenza".
Más tarde, muchos años después, me di cuenta que él se metía drogas a escondidas. De hecho él era tecato.
De vez en cuando yo me lo encuentro caminando por la calle, porque él trabaja en la Tercera Avenida en una tienda de ésas de moro

que venden juguetes y porquerías de ésas. Pero yo siempre hago como si no lo conociera.
Una vez él le dio soberana pela a mi mai. Ellos estaban discutiendo y de repente él le cayó a cantazos.
La mai mía quería llamar a la policía pa echarlo de la casa, pero él no se quería ir. Yo estaba durmiendo y la tángana me despertó.
Ésa fue la única vez que yo me levanté y defendí a mi mamá. Ella llamó a la policía y el cabrón agarró un cuchillo. Yo con el corazón parado me metí en medio de los dos. Él ya le había tirado el puñal dos veces.
Yo te juro que yo pensé que me iba a apuñalar; que nos iba matar a mí, a mi mai y a mis hermanas. Él parecía como que lo iba a hacer, tú sabes.
Pero entonces él como que lo pensó dos veces y se fue pal otro cuarto. Todos nos quedamos allí gritando y él cogió las cosas y se fue.

Primo reproducía el ciclo de barbarie cada vez que golpeaba a Candy frente a sus hijos. Sin embargo, como he señalado en varias ocasiones, las interpretaciones psicológicas o individualistas no explican satisfactoriamente la violencia íntima. Por ejemplo, muchos de los protagonistas de este libro no sólo admitían su aspiración a formar parte de núcleos familiares estables, sino que de hecho creaban y mantenían hogares de esta índole por períodos considerables, usualmente en los lapsos en que tenían empleos legales. La relación compleja entre la condición de desempleo, la patología personal, la inestabilidad familiar y la vulnerabilidad en el mercado laboral era un tema recurrente en las conversaciones que tuve con Primo y Little Pete en el patio escolar alrededor de mezclas de heroína, cocaína y cerveza en los meses angustiosos previos a la muerte del padre de Primo.

> *Primo*: Yo tuve mi primer hijo a los diecinueve años. Él nació el veintipico de mayo del ochenta y tres. Los dos éramos *teenagers*, tú sabes, Sandra y yo. Estábamos de novios y llevábamos bastante tiempo juntos. Conseguimos una casa y yo ganaba bien.
> Déjame decirte, pana, en ese tiempo yo era bueno. Todos los chavos que yo me ganaba eran pa mi pasatiempo, que era hablar por la radio de banda ciudadana. Ella quedó preñadita. En realidad no lo queríamos. Pero que yo le dije: "Yo soy tan responsable como tú, entonces si tú lo tienes, yo pago las consecuencias". Por esa razón ella lo tuvo. Fue una mala decisión. Pero está bien.

Nosotros no estábamos casados. Los papás de ella querían que nos casáramos. Pero yo sabía que nosotros éramos demasiado jóvenes y que siempre hay un futuro, y yo quería conseguir más cosas en la vida, la escuela y el trabajo, ¿no? Entre ella y yo era como una lucha. Yo pensaba: suframos ahora, y tal vez en diez años todo nos salga bien. Lo que teníamos que hacer era tranquilizarnos y manejar las cosas a como fueran presentándose. Y ahora ella lo sabe.

La única cosa de la que yo me quejaba todo el tiempo era el trabajo, los chavos y eso. Y además a mí no me venía en gana vivir en el vecindario ése del Bronx por el resto de mi vida. Era un departamento demasiado estrecho.

Yo soy un perfeccionista. A mí me gusta que todo esté perfecto. Yo le decía a ella: "Yo quiero que tú trabajes igual que yo y que cojas *welfare* en lo que yo trabajo. Busquemos una niñera pa que podamos ahorrar chavos y largarnos de este lugar de porquería".

En ese entonces yo ni joseaba. Era como quien dice un hombre recto. Yo tenía chavos en el banco y tenía chavos en la casa. Yo le di un buen trato a Sandra y ella nunca padeció de nada. Ella comió muy sano y se puso bien gordita en los meses que duró el embarazo de ella.

Cuando Papito nació yo trabajaba en U.S. Litho. Yo trabajaba duro y tenía un buen horario, de cuatro de la tarde a medianoche.

En ese entremedio yo había dejado de esnifear. De vez en cuando me tomaba una cerveza, pero no era como ahora. Yo me mataba trabajando. Yo era loco por el *overtime*. Cualquier cosa que el *boss* quería que hiciera, yo lo hacía con tal de llevarme más chavos pa la casa. De un pronto a otro yo caí en la cuenta que mi hijo estaba creciendo. Te voy a contar cómo fue que yo dejé de esnifear perico. Un día el nene mío quería jugar conmigo. Yo estaba sentado en la mecedora y no me venía en gana jugar con él. Yo pensando: "Déjame en paz", ¿verdad? Y de repente fue como que una luz se me prendió y yo me di cuenta de lo que me estaba pasando. Además, una vez me salió sangre.

Un día, ¿sabes qué hice? Yo cogí, compré un paquete de diez dólares y lo boté en el excusado. Yo recibí una impresión y dije pa entre mí: "No, esto no puede seguir así". Yo no soy así, porque yo soy un buen padre con mis hijos, yo les canto canciones, cancioncitas ésas de las que le enseñan a uno en la escuela.

Yo me sentaba en la mecedora, ves, y le leía, le enseñaba el alfabeto y los números pa ponerle la mente a trabajar. Uno tiene que leerle a los hijos cuando están pequeños, hasta cuando lo que tienen son pocos meses y más nada, pa que ocupen el cerebro en algo.

Little Pete: [inhala del montón de cocaína] Ajá, yo también le leía a mi nene y le enseñaba el alfabeto antes de que cumpliera el año.

Déjame decirte: yo me portaba bien con mi familia. Yo era un buen padre. Yo decía: "La familia es lo primero", y no salía a fiestas ni nada. Yo siempre estaba pendiente de mi hijo. Primo, ¿tú te acuerdas que yo vestía a mi nene?

Primo: Después me cambiaron el turno y me pasaron a trabajar de dos a diez de la mañana. En seguida que me hicieron eso yo pensé: "Acho, yo no voy a poder bregar con esas horas; yo tengo familia". Y no tardé yo en pensar eso que yo me empecé a quedar dormido en el trabajo, porque para ese entonces yo ya tenía a mi nene. Y la esposa mía, Sandra, consiguió un trabajo de ésos sin papeles. Entonces yo llegaba a la casa en lo que ella se iba, y el nene mío se me tiraba encima. Quería jugar conmigo, ves. Él ya había dormido, entonces yo no podía dormir.

Allí fue que empezaron las contradicciones mías. Pegué a fumar *woolas* [cigarrillos de marihuana con *crack*] y a darme palos por todas partes. Me quedaba despierto todo el día y más tarde no me venía en gana ir a trabajar.

Yo me ennotaba, me recuperaba, y después me tenía que ir pal trabajo. Imagínate, Felipe: yo trabajaba de dos a diez de la mañana. La gente ésa de la U.S. Litho me jodió. Si ellos me hubieran dejado en el turno que yo tenía al principio, de cuatro de la tarde a medianoche, yo estaría trabajando allí sin problemas. En ese tiempo yo hacía todo bien. Cuando me cambiaron el turno, ellos me desbarataron la vida social.

Es como pa decir: ¡Bendito! Yo llegaba del trabajo, y no sabía si dormir o quedarme despierto y dormir más tarde. Y mi nene estaba recién levantado, porque él tenía dos años y quería jugar conmigo.

Al tiempo me botaron porque yo me estaba quedando dormido. Me dijeron: "Vamos a dejar que tú te vayas, porque sabemos que tienes familia y que tú quieres estar con ellos. Tú tienes este horario y no te podemos devolver al horario diurno. Necesitamos a alguien que se encargue de estas horas, y parece que a ti no te funcionan".

En ese tiempo estaban botando a todo el mundo y buscaban cualquier excusa, tú sabes. Era como que el negocio estaba yendo mal. Después de eso yo me desaparecí y pasé varias semanas con la pipa en la boca.

Felipe, yo te voy a decir una cosa: ahora el nene mío tiene seis años. A mí me desbarata el ánimo pensar en estas cosas, como el hecho de

que yo no esté con él pa darle apoyo, igual que el pai mío nunca vivió conmigo.

Y mi nene era loco conmigo. Había tiempos en que yo hacía reparaciones en el departamento, y el nene mío cogía las herramientas y pegaba a dar martillazos en la pared, como que me volvía a ver a mí y me imitaba, tú sabes. A mí eso me daba una alegría que tú no te imaginas.

Por eso es que al principio, después de que yo me dejé de Sandra, yo lloraba tanto. Fue como dos meses después de que me botaran de U.S. Litho.

Yo me metía al servicio y pegaba a llorar como una mariquita. Porque yo sabía que en seguida me iba a tener que ir y que eso quería decir que yo no iba a estar al lado de mi nene.

Sandra me dijo que me quedara y que compartiéramos la casa, pero qué compartir casa ni qué compartir casa. Para ese entonces ya nosotros dormíamos yo aparte y ella aparte. Se nos acabó el amor.

A mí me está que nosotros nos pusimos a vivir demasiado jóvenes. Nos hastiamos de estar el uno al lao del otro. Ella se portó bien mal conmigo. A lo mejor se cansó de verme el bicho, o al menos eso es lo que yo sospecho.

Yo le dije: "No, yo no me quiero quedar aquí". Al final ella también se puso a llorar. Yo tuve que decirle: "Mira, nena, si yo me quedo aquí, tú y yo nos vamos a matar, así que mejor cojo mis cosas y me voy a otro sitio". Fue muy difícil, tú sabes, pero yo cogí la maleta y salí a la calle.

Me fui pa en casa de la mai mía. Ella me recibió con los brazos abiertos, tú sabes: "Ay, mijo".

Mi hijo Papito estaba muy chiquito, pero yo sentí como que él se enteró de lo que estaba pasando. Yo le tuve que decir a ella que no me llamara ni se tratara de poner en contacto conmigo, porque yo me descomponía. "Porque si tú me llamas, yo me voy a sentir igual que antes. Y yo no lo aguanto. Deja que yo te llamo a ti".

Pasaron dos o tres meses y al final yo cogí el teléfono y la llamé. Ella tenía otro número, porque yo había cortado el que estaba a mi nombre y ella había solicitado otro. No fuera a ser que otro hombre cargara cuentas al nombre mío.

Little Pete: Yo tenía veinte años cuando mi jeba quedó preñada. Yo me deje de ella, ¿tú sabes por qué? Porque ella me ajoraba pa que nos casáramos. Yo tratando de arreglar las cosas pa que nos pusiéramos a vivir juntos sin ayuda de nadie, pa después casarnos, ¿tú me entiendes? Pero chacho, ella tenía una prisa y una desesperación...

Para mi sorpresa, Primo interrumpió las quejas de Little Pete y se interpuso con un análisis de clase acerca de las patologías familiares.

> *Primo*: En pocas palabras, cuando una muchacha que es pobre se compromete con un muchacho que también es pobre, siempre va a haber algo que va a salir mal. La pareja pobre nunca sale adelante. Y espérate, que si esa pareja tiene un nene... Chacho, sálvese quien pueda. Porque déjame decirte: si uno es pobre, uno no puede hacer nada. Uno hace el esfuerzo, pero termina igual de jodido. El pobre debería saber de antemano que las cosas no le van a salir bien.

En contraste con la situación de Primo, todas sus hermanas (pues no tenía hermanos) eran exitosas según los criterios locales. Todas ellas ocupaban puestos de tiempo completo, ya sea como gerente de un McDonald's, gerente de una *boutique* o asistente de enfermería, y habían formado matrimonios armoniosos con niños pequeños. Primo sentía gran orgullo por los logros de sus hermanas. Las descripciones que hacía ilustraban tanto la rigidez de los roles sexuales como las singularidades de la experiencia femenina en una familia de bajos recursos en El Barrio.

> Yo te voy a decir una cosa: la mai mía fue una madre exitosa. Ella sacó adelante a tres mujeres preciosas que nunca, nunca se desordenaron.
>
> Mis hermanas tal vez se hayan ajorado mucho en casarse y eso, pero mira si son buenas que ellas no saben nada de las drogas. Ellas saben lo que es bueno y lo que es malo. No son violentas, ni janguean en la calle ni nada de eso.
>
> La única que quedó embarazada de adolescente fue la del medio, pero ella ahora está de lo más bien. Mi mai la botó de la casa cuando quedó preñada, y ella se tuvo que ir pa donde la mamá del novio hasta que parió.
>
> Pero después que nació el nene, mi mamá lo vio y gritó: "¡Ay, bendito, qué lindo [alza las manos en un gesto de celebración]!". Ése fue el primer nieto de ella y ella lo aceptó, entonces la hermana mía regresó a la casa.
>
> Ella se dejó del pana ése porque era un cabrón. Y de ahí hasta la fecha, la mai mía y ella han sido así [entrecruza el dedo índice y el dedo del medio], como uña y mugre.
>
> Mi hermana es una buena persona. Más tarde se casó con el pai del otro nene que ella tiene. Y mi otra hermana está estudiando pa ser norsa.

Déjame decirte, Felipe, mi vida familiar ha sido excelente. Mi mamá, aunque ella no tuviera educación ni nada, a mí ella me crió correctamente.

SUEÑOS DE PATERNIDAD

Las conversaciones que sostuve con Primo y Little Pete durante este período a menudo tuvieron como tema el prolongado impacto de la situación económica de Primo sobre la vida de su hijo. El tema desestabilizaba emocionalmente tanto a Primo como a Little Pete.

Philippe: Ahora que me cuentas de tu papá, ¿qué piensas de la relación que tienes con tu propio hijo?
Little Pete: Déjame decirte, Felipe, ésa es una pregunta bien difícil, lo que pensamos sobre nuestros hijos.
Primo: Cuando yo pienso en el hijo mío, yo quisiera estar con él, porque yo siento que él y yo tenemos los mismos líos. Porque yo también vengo de un hogar que se rompió cuando yo era chiquito.
Yo sé que yo no estoy allí pa darle apoyo cuando él me necesita. Es triste, y por eso yo no quería que mi hijo tuviera que pasar por esto. Yo quería crecer con él, que él estuviera conmigo y que tuviera una familia.
Así era cuando yo tenía trabajo. Ya te conté que en ese tiempo yo era un hombre recto. Yo llegaba del trabajo y me quedaba allí mismito en la casa. En ese tiempo yo era tranquilo y no me llamaba la atención salir a la calle.
Little Pete: Felipe, ahora que tú nos lo preguntas, yo te voy a decir la veldá: a mí me cuesta mucho hablar de estas cosas. Yo viví con mi esposa cinco años y mi nene está creciendo. Si yo estuviera jendido [hace una pausa e inhala de uno de los sobres llenos de heroína] y tú me hicieras esa pregunta, yo pegaría a llorar. Eso me afecta mucho. Mira, hermano, yo ahorita tengo un hijo, ¡pero no tengo nada! No tengo nada que ofrecerle pal futuro de él. Yo siento que yo mismo todavía soy un nene y que estoy en el proceso de dejar que la vida me enseñe. Yo hago el esfuerzo por superarme, pero al mismo tiempo le quiero dar una vida mejor a él y no estoy teniendo éxito. Yo he tenido una vida bien difícil, tú sabes.
Yo soy listo y tengo buen corazón, pero como te digo, lo que pasa es que caí en las drogas. En este ambiente cuesta mucho mantenerse a

flote y prestar atención. Es difícil; es difícil. Ya tú sabes. Yo sé que tú sabes. Ya has estado con nosotros mucho tiempo.
Primo: [se sirve una dosis de cocaína] El hijo mío me quiere mucho. Él es loco conmigo.
Little Pete: [inhala] Él quiere vivir conmigo, pero él no tiene la edad suficiente como pa escoger. Tan pronto él cumpla los años que tiene que tener por ley, yo voy a llevar el caso al tribunal.
Primo: [pasa a servirse heroína] Yo nunca voy a tener que ir al tribunal porque yo llegué a un acuerdo con mi mujer. Ella me dio permiso de ir a visitar. Al esposo de ella le llevó un tiempo entender la amistad que tenemos ella y yo.
Varias veces yo me he sentado con él pa explicárselo. Yo le digo: "Mira, yo no quiero a tu esposa; yo no te faltaría el respeto; yo no te humillaría de esa manera ni haría nada estúpido. Yo estoy aquí por el hijo mío y más nada".
Pero a mí me está que a él todavía le da coraje y dice pa sus adentros: "Puñeta, Primo, lárgate".
Sandra, mi ex esposa, dice que cuando yo estoy allí él hace como que está de lo más tranquilo, pero que cuando me voy él se pone a pelear con ella.
[Vigorizado por el efecto de la cocaína] Pero yo te voy a decir una cosa. Yo creo en que... Yo creo que cuando un hombre está con una mujer y ellos tienen un hijo, uno tiene que hacer el esfuerzo de aprovechar la situación al máximo y hacer lo mejor posible, ya sea que tú te portes bien o que te portes mal. Uno tiene que comprometerse.
Yo sé que parece que te estoy metiendo embustes con esto que te estoy diciendo, porque yo no le estoy dando pensión al nene mío, pero eso es porque yo... ahorita mismo, yo no le doy pensión al nene mío, pero...
[El efecto contrario de la heroína lo desacelera] A la verdad, ¿tú te acuerdas que el fin de semana pasado hablamos de la última vez que habíamos llorado? Ésa fue la última vez que yo lloré, el fin de semana pasado. Yo me puse a pensar en mi hijo. Se suponía que yo me lo dejara todo el fin de semana, pero lo llamé demasiado tarde. No cumplí con lo que tenía que hacer y fue una jodienda.
[Nuevamente con más ánimo] A la verdad, yo me acuerdo de escuchar al pai mío decirle a mi mai que él lloraba mucho por la razón de que yo le hacía falta, porque yo soy el único hijo varón de él.
Pero yo quiero que Papito venga acá pa que él vea cómo es que soy yo. Al mismo tiempo, yo creo que lo mejor para él sería que...

[Entre dientes, incoherente] Yo no sé, pana. Yo no sé.
Little Pete: [cabizbajo por el efecto agudizado de la heroína] Mira, yo tengo dos tarjetas: Mastercard, Visa, y también tengo una Citicard. Puse una solicitud pa que me dieran una en Macy's, pero a la verdad yo no he tenido una vida exitosa. Es decir, sí y no. Con decirte que a mí me dieron *lay off* en el trabajo.
¿Tú no entiendes que yo me dejé de mi mujer, que no estoy con el hijo mío, que no tengo casa ni trabajo seguro como antes?
[Inhala cocaína] En el tiempo que yo estuve con la jeba y con el nene mío, yo no tenía tiempo pa pensar en drogas ni pa pensar en la calle. Lo único que yo quería era estar con mi familia.
[Más animado] Dicen que una mujer hace a un hombre y que un hombre hace a una mujer. Y es verdad que mi esposa me ayudó mucho. Ella se portó bien conmigo. Siempre estaba pendiente de mí cuando estábamos juntos. Después, cuando nos dejamos, yo pasé por muchas desgracias. Eso me volvió medio manganzón.
Primo: [todavía sedado por la heroína] Mi papá era alcohólico, y siempre que él bebía él le daba a mi mai. Entonces no les quedó más remedio que dejarse, ves.
[Energizado] Pero a mi manera de ver las cosas es como si eso no importara. En realidad eso no afectó el crecimiento mío.
[Sedado nuevamente] Lo único que yo sí pienso que afecta a cualquier familia es la falta de un padre verdadero pa un hijo. Las veces que sólo hay un jefe de familia, a los nenes les falta algo. Yo creo que eso es verdad.
Nosotros los hermanos siempre pensábamos en el hecho de que él no viviera con nosotros. Yo me sentía mal por eso.
Philippe: ¿Y lo que le estás haciendo a tu hijo Papito? ¿Tú crees que estás repitiendo la relación con tu papá?
Primo: No, yo creo que no, porque yo ni siquiera me acuerdo de las veces que yo estuve con mi pai.
Philippe: ¿Y tu hijo no te extraña?
Primo: [bebe un sorbo de una botella de Bacardi] ¡Claro! El nene mío siempre me busca a mí.
El domingo pasado que hablamos por teléfono yo le dije: "Mira, yo te voy a dar mi número de teléfono, vete y búscate papel y lápiz. Yo quiero que tú me llames el viernes en cuanto salgas de la escuela pa que tú pases unos días conmigo".
Él me dice: "Está bien, papi", y cogió y le dijo a la mai en seguida, después que yo se lo dije. Él me dice: "Espérate, espérate". Y grita: [cubre un teléfono imaginario y simula una voz de niño] "Mami,

papi dice que el viernes, cuando yo salga de la escuela, lo tengo que llamar y él me va a ir a buscar pa llevarme a Manhattan".
Él, loco de contento, tú sabes. Ahorita mismo debe estar pensando en eso, porque yo no estaba en la casa cuando él llamó pa coger el teléfono. Yo no lo quería desilusionar, y ahora no puedo llamarlo porque no tengo chavos pal pasaje, y la mai de él no lo va a querer traer pa acá. Ella me diría: "Vente y búscalo tú". Y él me diría: "Papi, papi, tú me dijiste que... ÑUÉEEEE" [hace que llora].
Y yo lloro también, cuando me pongo a pensar en el tiempo que yo viví con él. Ahora me siento mal, porque en estos días es el cumpleaños de él. Yo estoy pelao y no le voy a poder dar nada.
Philippe: ¿Y no hubieras preferido guardar los veinticinco pesos que gastaste en la manteca y el perico pa comprarle un regalo de cumpleaños?
Primo: Bueno, si yo tuviera los chavos, si los chavos estuvieran allí, yo lo haría, tú sabes. Pero una vez yo salgo a la calle, y esto es todo lo que tengo... ves... entonces yo lo gasto, lo desperdicio.
Little Pete: [interrumpe] Ahora mismo yo no tengo trabajo, pero cuando yo trabajaba yo le mandaba un giro a la mujer mía todos los meses. Ella le dio mi número del *social* al tribunal, pero ellos nunca tuvieron que quitarme la plata del cheque. Yo le mandaba la plata por correo.
Primo: De todos modos yo soy malo pa administrar los chavos. Yo no voy a ver a mi hijo este fin de semana porque estoy pelao. Si yo quisiera, él se quedaría conmigo todos los fines de semana. Pero yo no quiero que sea así, porque si él se queda conmigo un finde, a mí me gusta estar solo el finde que sigue.
Pero no te apures, que yo le compro un regalo. Eso es seguro. Yo quiero mucho al panita ése.

Primo no le llevó un regalo a Papito en su séptimo cumpleaños. De hecho, ni siquiera lo fue a visitar esa semana. Casualmente, en esos días, frente a la entrada del *tenement* en el que yo vivía, dos de mis vecinos preadolescentes me ayudaron a observar la otra cara de la brecha generacional entre padres e hijos. Con los ojos radiantes, Ángel me aseguró: "Yo voy a ver a mi papá este fin de semana". Manny, su hermano menor, respondió inmediatamente con los ojos tristes y apesadumbrados: "Yo no voy a ver a mi papá". Minutos más tarde en la vereda frente a nosotros, otro niño chillaba de placer: era el hijo de tres años de mi vecina, cuyo sobrenombre por coincidencia era Papito. Un joven de unos veinte años caminaba hacia él a la vez jactancioso y avergonzado para darle un abrazo y añadir con afecto: "Ay, mijo". La madre los miraba de lejos, el rostro inexpresivo. El

padre de Papito había salido de la cárcel esa tarde en cumplimiento de un régimen de semilibertad que le permitía salir cada cierto tiempo a trabajar y visitar a su familia. Una hora más tarde, Papito chillaba de nuevo, pero ahora de dolor. Su padre debía marcharse a toda prisa para volver a la cárcel antes del atardecer. Según supe más tarde por el encargado del *tenement* que compartíamos, el padre de Papito había desvalijado el departamento de su ex esposa dos años y medio atrás, cuando Papito tenía seis meses de edad. Él sabía que en el departamento no había nadie porque, a la hora del robo, Papito lo esperaba en el parque a dos calles de distancia. Su nueva novia actuó como vigía mientras él sustraía el televisor y la videocasetera del departamento de su hijo.

De regreso en las gradas con vista al East River Drive, pasada la medianoche, Little Pete experimentaba el efecto eufórico característico de la cocaína dentro de la montaña rusa de un *speedball*, la mezcla de un sedante y un estimulante conocida por los altibajos extáticos y emocionales que suscita. De repente, Little Pete se puso de pie y exaltó lo que entonces me parecía un vestigio histórico del pasado idealizado de sus padres:

> *Little Pete*: Si ahora mismo yo tuviera sesenta años, lo único que a mí me daría ganas de estar vivo es querer estar con mis nenes cuando ellos procuren por mí.
> ¿Tú sabes qué me haría hacer un verdadero esfuerzo pa bregar con cualquier cosa? *Mis hijos*. Yo querría estar con mis hijos. Yo querría darles cariño a mis hijos. Yo querría enseñarles cosas a mis hijos. Eso es lo único. Yo te lo juro por Dios. Y te lo digo de corazón. Eso es lo único que me motivaría pa seguir adelante y tener ánimo, y hacer el esfuerzo por sobrevivir: los hijos míos.

El día que murió el padre de Primo, César y yo nuevamente acompañamos a Primo a la escalera de la escuela secundaria para ofrecerle nuestro apoyo. Antes de hablar con voz sombría y entrecortada, Primo dobló la tapa de una caja de fósforos y se llevó a la nariz varias dosis de cocaína.

> *Primo*: Yo actúo como si no pasara nada, pero en mis adentros yo estoy triste. Yo estuve pensando y me di de cuenta que el pai mío nunca conoció a ninguno de los nietos de él. Yo sentí como que... como que una parte de mí se había ido para siempre.
> La mai mía no sintió nada, porque él siempre se portó muy mal con ella. Él le daba y le daba pelas, pasaba jendío, le faltaba el respeto...
> *César*: Sí, a mi abuela tampoco le importó un comino el día que mi abuelo se murió. Ella decía: "Si él llega a morirse, ¡pues que se joda! Porque en realidad él nunca fue bueno".

> *Primo*: María estaba con nosotros cuando llamó mi hermana a decirnos que se había muerto.
> María me dijo una cosa: "Tú y tu madre están tomando esto como si no pasara nada".
> Yo le contesté: "¿Y qué tú quieres que yo haga? Si yo pego a llorar, él no va a resucitar. Lo único que yo puedo hacer pa mantenerlo vivo es pensar en él, tenerlo en la mente mía, tú me entiendes. Eso es todo. Además, yo no lo he visto en tanto tiempo".
> Es que si él hubiera sido parte de mi vida todos estos años, yo me hubiera puesto triste como un desgraciado, pero ha pasado tanto tiempo, tú sabes. Entonces yo tengo el corazón pesado, pero no...
> *César*: Sí, yo no sentiría nada tampoco si el pai mío se muriera. "*Okey*, que lo entierren". Yo no siento nada por él porque yo nunca lo conocí. Yo no estoy enfogonao con él; lo que pasa es que él siempre fue como un papá imposible, ves. Y eso fue hace tanto tiempo...
> Lo que sí es seguro es que si el padrasto mío se muriera, yo sentiría pena por él, porque para mí él es como mi papá. Yo crecí con él y él siempre estuvo al lado mío.
> Ahora mismo yo no paso tanto tiempo con él como antes, pero él fue parte de mi vida cuando yo era chiquito, entonces yo sentiría pena por él. Yo siempre lo consideraré mi papá.
> A esta edad y con lo grande que estoy, yo le digo "papi". Yo digo: "Mira, ahí viene papi". Ése era el pai mío; yo quería a ese hombre en cantidad.[11]
> Él también tiene su lado malo, aunque a la verdad él nunca me maltrató. Yo no me acuerdo de que él me diera mucho. Pero después que yo crecí él se volvió maceta conmigo.
> *Primo*: Sí, el pai mío era bien maceta conmigo, pero yo nunca se lo eché en cara.
> *César*: Ajá, mi papá me dice siempre: "Mira, nene, ¿qué tú esperas pa conseguir trabajo?".
> *Primo*: [de nuevo sombrío] Yo le pedí a la hermana mía que le hiciera un retrato a mi papá en el ataúd, pero ella me dijo que no quería, porque era demasiado triste. Yo le dije que yo me encargaba de revelar el rollo.
> *César*: Eso viene a ser como una superstición. En la familia mía dicen la misma cosa.
> *Primo*: Ajá, porque ella se volvió loca cuando yo le dije eso. Tal vez la hermana de mi pai la haiga asustado con eso del espiritismo, porque ella de lo más tranquila le sacó retrato a mi bisabuela por parte de madre cuando ella se murió. Y ella le sacó retratos al abuelo mío

cuando se murió, y también le hizo retratos a mi primo...
Es decir, yo no le pedí que le hiciera un retrato en el hospital cuando él estaba todo entubado y eso, sino que en la tumba, pa yo ver el funeral como si yo hubiera estado allí, ¿tú me entiendes?

Súbitamente, un ataque de pánico interrumpió mi participación en el duelo de Primo al ver que un grupo de hombres cruzaba el East River Drive y caminaba en dirección a nosotros. Eran al menos las tres de la mañana y ellos nos superaban en número. El año anterior, un indigente de treinta y cinco años había sido asesinado en este mismo sitio víctima de una paliza con bates de béisbol, puñales y un cuchillo de carnicero. Dos meses después, una inmigrante recién arribada de Colombia había aparecido violada, apuñalada y estrangulada en el lugar.[12] Miré a Primo, que se lamentaba en la oscuridad, y a César, con el gesto sombrío, encorvado y cubierto por la capucha de una chaqueta, y caí en la cuenta de que me encontraba a salvo. Ambos inspiraban un temor recíproco en cualquier persona que pensara en asaltarnos a esa hora de la noche en un lugar aislado como éste. No obstante, por instinto murmuré con voz nerviosa: "Opa, quietos, quietos [señalo con la barbilla a los jóvenes que se aproximan]. ¿Ustedes creen que esto aquí sea peligroso?". Primo, tranquilo y gentil, me contestó que no. Tanto él como César se sentían completamente seguros gracias al aspecto de delincuentes que cultivaban.

LA ADAPTACIÓN AL PATRIARCADO

La mayoría de las novias y esposas de los empleados de Ray a la larga concluían la relación que sostenían con hombres abusivos y los expulsaban para siempre de sus vidas. Sin embargo, en poco tiempo ellas se enamoraban de otro hombre igual de insolvente e igual de irresponsable con sus hijos. La propagada práctica de formar hogares en cadena ha dado origen a una lógica –dominante en la cultura callejera– que exonera a los padres de la responsabilidad de mantener a sus hijos. Candy me contradecía siempre que yo le "faltaba el respeto" a un hombre por no contribuir al sustento de los niños.

Candy: Felipe, tú no entiendes. Algunos hombres simple y sencillamente se comportan de esa manera. Eso no significa que sean malos padres. Tal vez no tengan trabajo y por eso no le pasan chavos a los hijos. Pero tal vez les pasen más adelante.
Y si, un suponer, la mai de los nenes tiene otro hombre. Mal rayo me parta a mí si yo fuera hombre y yo le diera chavos a una mujer pa que ella mantenga al querido de ella. Sólo porque ella quiere –perdón por la expresión– placer sexual, o sólo porque quiere estar con otro.
Porque, déjame decirte, si la jeba tuya tiene hijos, y tú estás con la jeba, entonces tú tienes que meterle mano al paquete completo.
[Le sonríe a Primo al decir "paquete", que también quiere decir entrepierna] Es un paquete completo. El hombre que quiera estar conmigo tiene que comprar el paquete completo. Somos cinco, yo y mis cuatro nenes.
El hombre mío mejor que no se digne a venir a decirme: "Yo no te voy a dar veinte pesos pa que tú le compres chambones a tu nena... Ella no es hija mía". Que no, no y no: si tú quieres el paquete [se agarra la entrepierna con ambas manos, lo que nos hace explotar de la risa], tú tienes que comprar el paquete completo [señala a su hijo Junior, quien mece a su hermanita Lillian en un cochecito en la entrada del Salón de Juegos].
Yo no me enredo con un hombre desde hace mucho tiempo porque hoy en día la gente quiere que le den todo sin dar nada a cambio. Yo no acepto que me traten así. Hoy en día la carne está muy cara [le empuja el brazo a Primo en dirección a la entrepierna] ¿Tú me entiendes? La carne está demasiado cara [risas].

Refranes como el anterior, que legitiman tanto para hombres como para mujeres la formación de hogares en cadena, se repetían con frecuencia en las calles de East Harlem. Por ejemplo, en ocasiones en que las madres de los hijos de Luis le pedían dinero, él reaccionaba con sermones moralistas.

Yo les digo: "El que esté contigo, sea quien sea, yo espero que cuide a los nenes míos. Tú no les vas a dar la chocha de cachete".
Porque, tú sabes, si uno se pone a vivir con una mujer, es de sentido común que uno le tiene que tener consideración a los hijos de ella. Sólo porque no son de uno no significa que uno los tenga que pisotear y denigrar.
Mira, yo viví tres años con una mujer de la ciento cuatro; ella tiene cinco nenes y ninguno es mío, pero yo siempre les daba una mano. Cuando ellos iban a la escuela, yo les compraba ropa pa que se estrenaran el primer día de escuela. Si tú me hubieras visto, Felipe, sacándole el radio a los carros como un desquiciado. Me metía a los carros y cogía tres, cuatro, cinco radios cada noche pa comprarles tenis a los nenes.
En estos tiempos hay mujeres que dicen: "Qué carajo me importa a mí. Con tal de que él me quiera a mí, él no tiene por qué querer a

mis hijos". Canto de frescas que son las mujeres que piensan eso. Yo les diría: "Mira, panita... si tú no quieres a mis nenes, tú no me quieres a mí tampoco. ¡Vete pal carajo!".
Hay hombres que le dan pelas a los hijos de la mujer sin ser el pai de ellos siquiera.

Muchos de los hombres con los que interactué en El Barrio afirmaban públicamente que su lugar en la relación con sus parejas era el de un "cachetero", un parásito que se aprovecha del patrimonio familiar. Sin embargo, con pocas excepciones, todos ellos aportaban recursos considerables en momentos de crisis o de celebración. En efecto, la adaptación de Candy al machismo que la acorralaba quizá responda a intereses materiales específicos, además de a las motivaciones emocionales y culturales más evidentes. Dada la forma de ser de los hombres solteros a su alrededor, Candy debía escoger entre ellos o una vida aislada como madre soltera. Al explicar la situación, Candy se remontaba a nociones esencialistas del papel de la mujer y celebraba firmemente el amor materno. En última instancia, su visión de las relaciones entre hombres, mujeres e hijos le daba mayor autonomía sobre los recursos del hogar y sobre su vida sexual.

Candy: Felipe, es que tú no entiendes. Esos nenes son de nosotras; nosotras somos las que los cargamos en el vientre. Claro que es responsabilidad del padre mantener a los hijos mientras él está casado con la esposa. Pero en cuanto ellos se dejan, la mai es la que tiene que mantenerlos, porque los nenes sienten más hacia nosotras, las mamás, porque nosotras los parimos a ellos. Nosotras sentimos el dolor; nosotras los sentimos en el estómago.
Lo único que hacen los hombres –perdona que lo diga de este modo– es darnos esperma y punto. Pero nosotras arriesgamos las *vidas* pa tenerlos a ellos, porque no es fácil tener nenes, déjame decirte. ¿Tú me entiendes lo que yo te digo? Un parto duele; es difícil; es una cuestión de vida y muerte.
Entonces, ¿tú te crees que yo voy a pasar por todo eso y después dejarle la responsabilidad al papá?
¡No señor! Ese nene es *mío*. Yo lo tuve adentro [se señala el estómago]. Ese nene es parte del propio cuerpo mío. Es como si una se arrancara una parte del cuerpo y la dejara salir al mundo.

Paralelamente a su celebración de la maternidad, Candy reafirmaba los derechos patriarcales del padre, aun en casos en que éste no le ofrecía apoyo ni cariño a los hijos.

Candy: Las veces que los papás abandonan a los hijos, los hijos tienen suficientes líos en la cabeza en lo que se sienten abandonados. ¿Entonces pa qué tú les vas a enseñar a sentir odio contra su pai? Ya el nene está jodido como quiera si no tiene pai, ¿verdad? Sería echarle sal a la herida decirle que el pai de él es un sinvergüenza.
¿Tú sabes qué pasaría al final? A la larga ellos la emprenderían contra la mai. Les haría sentir odio contra mí por recordarles lo malo que es el pai de ellos. Déjalos que aprendan por cuenta propia.

Acaso la opinión de Candy fuera meramente realista dado el arraigo de los privilegios masculinos en la vida cotidiana. Desafiar al patriarcado desde una posición de impotencia efectivamente podría desatar el caos en la mente de los niños, inmersos como están en un contexto que los induce a respetar de manera incondicional a la autoridad masculina. Los esfuerzos de Candy por adaptarse a los privilegios masculinos sobre los hijos con el fin de incorporar a los hombres en su vida no se vieron correspondidos. Después del encarcelamiento de Félix, César se refirió a la ausencia de un hombre en el hogar de Candy como prueba de sus carencias como madre. Era un laberinto sin salida que le otorgaba el triunfo a la más antigua lógica patriarcal.

César: Candy no es un jodío ejemplo de nada. Ella no es una madre dedicada de ésas de telenovela. Ella no sabe cómo criar a un hijo. Sólo porque tiene cinco hijos no quiere decir que ella sepa criarlos bien.
Si Candy fuera tan buena madre, ella tendría un esposo, ¿verdad? Porque si uno es buen padre, se supone que haya un padre y una madre.
¿Por qué ella no tiene marido?

Conclusión

¡Acho, Felipe! Nos haces quedar como joseadores tan sensibles.
César, al comentar el manuscrito

No existe panacea que acabe con el sufrimiento y la autodestrucción de los protagonistas de este libro. Las propuestas contra la pobreza y el consumo de narcóticos en la *inner city* planteadas en términos de políticas públicas suelen pecar de ingenuidad o de idealismo absurdo. Dadas las dimensiones de la opresión estructural en los Estados Unidos, la esperanza de que una serie aislada de iniciativas públicas, o incluso una reforma política de corto plazo, remedie las dificultades de los sectores desfavorecidos carece de bases teóricas sensatas. La telaraña de fuerzas estructurales, legados históricos, imperativos culturales y acciones individuales que moldea el racismo y la segregación entre clases sociales en las ciudades estadounidenses es demasiado intrincada como para esperar que un conjunto de soluciones sencillas conduzca a transformaciones sustanciales.

También hay que tomar en cuenta el problema de la factibilidad política. Por razones históricas e ideológicas complejas, Estados Unidos carece de la voluntad política necesaria para enfrentar la pobreza de manera concertada. No obstante, mi esperanza en este libro es que mi exposición de la experiencia de la marginación social en El Barrio, vista desde la perspectiva de los empleados de Ray y sus familias en su lucha por la dignidad y la supervivencia, contribuya de modo práctico y concreto a llamar la atención sobre la trágica persistencia de la pobreza y de la segregación racial en las ciudades estadounidenses. La nefasta ironía de que la nación industrializada más rica del mundo, la potencia mundial más poderosa de la historia, recluya a tantos de sus ciudadanos en la pobreza y en las cárceles me impide resignarme. Por ello, en estas páginas finales deseo implicarme en los debates de política pública, aunque en última instancia estas polémicas representen meras distracciones ante la necesidad de lidiar con los problemas estructurales de largo plazo.[1]

CONTRA LAS DESIGUALDADES ÉTNICAS Y DE CLASE, MÁS QUE CONTRA LAS DROGAS

De todos los problemas que implica la miseria en la *inner city*, el consumo abusivo de drogas quizá sea el más susceptible a la intervención gubernamental. En gran parte, esto se debe a que las drogas no representan la raíz de los problemas planteados en estas páginas, sino un epifenómeno, una expresión de dilemas estructurales más amplios. La adicción autodestructiva no es más que un medio por el cual las personas en estado de desesperación interiorizan sus frustraciones, su resistencia y su sensación de impotencia. En otras palabras, podemos con toda tranquilidad hacer caso omiso de las olas de pánico antidrogas que azotan recurrentemente a los Estados Unidos y enfocar nuestras preocupaciones éticas y nuestros empeños políticos en lidiar con los efectos de la persistente manifestación de la pobreza en el corazón de una opulencia extraordinaria. Asimismo, es esencial reconocer y desmantelar el *apartheid* étnico y de clase que ha llegado a caracterizar al paisaje norteamericano.

Las epidemias de *crack*, cocaína y heroína que afectaron a las ciudades estadounidenses entre finales de los años ochenta y mediados de los noventa tuvieron efectos devastadores mayores a los de cualquier otra epidemia de alcohol y drogas en la historia del país. Ahora bien, el aumento acelerado del consumo de narcóticos en determinados sectores de la población tiene poco que ver con las propiedades farmacológicas de las drogas involucradas. La historia demuestra que los efectos, o al menos los sentidos, del consumo de drogas se construyen culturalmente. En los Estados Unidos, es imposible interpretar el consumo de drogas sin hablar de la desigualdad entre clases sociales y las jerarquías establecidas por la ideología racial. En pocas palabras, el actual problema de las drogas es más grave que en épocas anteriores debido a la polarización de las raíces estructurales que generan tanto los comportamientos autodestructivos como la criminalidad. En las últimas décadas, las bases económicas de la clase trabajadora tradicional se han deteriorado a lo largo y ancho del país, lo que ha provocado que un mayor número de la población experimente la marginación social en carne propia. La reestructuración económica mundial efectuada por las corporaciones multinacionales, el capital financiero y la tecnología digital, así como el agotamiento de los modelos socialdemócratas organizados en torno a las intervenciones públicas a favor de los sectores desfavorecidos, han intensificado las desigualdades entre las etnias, los sexos y las clases sociales.[2]

El censo de 1990 reveló bruscas bifurcaciones en la condición socioeconómica de las personas en los márgenes de la sociedad estadounidense. Los cambios forman parte de un proceso que tuvo lugar en el país entre 1968 y 1992, época en la que la pobreza aumentó cerca del 33 por ciento. En esos años, los sectores más pobres experimentaron el mayor incremento en los niveles de pobreza entre todos los grupos de la población, mientras que los más ricos aumentaron sus números relativos en un 40 por ciento. La población menor de edad se llevó la peor parte, como lo demuestra el crecimiento cercano al 100 por ciento en el número de niños bajo la línea de pobreza entre 1968 y 1992.[3] La polarización, que afectó a todos los sectores demográficos, se introdujo tanto en las clases sociales como en distintos segmentos del mismo grupo étnico. Por ejemplo, aunque las estadísticas socioeconómicas de numerosos grupos étnicos, entre ellos los puertorriqueños, mejoraron en la década de 1980, la desigualdad y el sufrimiento aumentaron en el plano de las clases sociales, los sexos y las regiones del país. Múltiples estudiosos han documentado minuciosamente la estratificación por nivel socioeconómico de la población afronorteamericana. El mismo fenómeno comienza a manifestarse entre los puertorriqueños radicados en los Estados Unidos,[4] proceso que conlleva dinámicas regionales específicas, como por ejemplo que la condición de los puertorriqueños radicados en Nueva York sea mucho más apremiante que la de quienes residen en otras áreas de los Estados Unidos.[5] Incluso dentro de Nueva York, los puertorriqueños experimentan una creciente polarización de la desigualdad entre clases sociales, sexos y generaciones. En la década de 1980, mientras que el ingreso de los hogares puertorriqueños aumentaba en un 28,5 por ciento, los hogares puertorriqueños encabezados por madres solteras perdían el 6,1 por ciento del ingreso y los hogares encabezados por personas de la tercera edad perdían el 7,6 por ciento. El ingreso de los hogares puertorriqueños presididos por matrimonios creció de manera drástica en un 40,6 por ciento hasta alcanzar un monto que supera en un 70 por ciento a la media del ingreso de la población puertorriqueña en general. Más importante aún, en 1992, más de la mitad de los niños puertorriqueños se encontraban bajo la línea de pobreza, al igual que el 38 por ciento de todos los puertorriqueños neoyorquinos.[6]

Estos amplios patrones de polarización de la pobreza, así como las extensas transformaciones en la estructura económica mundial, deben vincularse con los debates de política pública que prometí discutir en los primeros párrafos de esta conclusión, en especial el debate en torno a las drogas. Remediar el "problema de las drogas" requiere equilibrar la balanza entre las virtudes de la economía legal y los enormes beneficios de la economía clandestina. En el caso de la distribución de drogas al por menor –que, vale repetir, constituye la mayor fuente igualitaria de empleo para los varones que habitan la *inner city*– la estrategia debe tener dos metas principales: (1) reducir el vigor económico del mercado de las drogas, y (2) acabar con la fragilidad y hostilidad de los puestos de nivel básico en el mercado laboral legal.

En lo que toca a las políticas públicas de corto plazo, la manera más sencilla y económica de eliminar las bases materiales de esta dimensión altamente violenta y delictiva de la cultura callejera es restringir su rentabilidad mediante la despenalización de las drogas. Los expertos calculan que el costo de producción de una onza de cocaína pura oscila entre los ocho y los diez dólares.[7] En East Harlem, una onza adulterada y empacada en ampollas de un cuarto de gramo distribuidas a diez dólares por unidad tiene un precio de más de dos mil dólares. Sobra decir que estos $1990 en utilidades representan un inmenso incentivo económico que impulsa a los residentes locales a participar en el negocio más violento y destructivo de la economía sumergida. Irónicamente, la despenalización disminuiría la disponibilidad de las drogas para los jóvenes que crecen en los guetos estadounidenses, ya que con la regularización del mercado, comerciar narcóticos en las esquinas perdería su extraordinaria rentabilidad. Las leyes de la economía neoclásica dejarían en la quiebra a los traficantes callejeros, quienes, por lo tanto, se abstendrían de asediar diariamente a los jóvenes de East Harlem con ofertas de narcóticos en su camino a la escuela. El gobierno podría entonces dejar de desperdiciar miles de millones de dólares en el procesamiento judicial y encarcelamiento de los consumidores de drogas, lo que acabaría con la dependencia gubernamental de las escandalosamente ineficaces y costosas cárceles. Con los precios de las dosis diarias reducidos, los adictos recurrirían menos al crimen violento, a los delitos contra la propiedad y a los hospitales. Los vendedores callejeros desistirían de competir tan agresivamente por las bajas utilidades. Todo esto contribuiría a disminuir las tasas de criminalidad y los gastos médicos. La opción contraria, desde luego, es encerrar a todo el mundo en prisión, una opción cuestionable dado que el encarcelamiento masivo tiene un costo prohibitivo y es imposible de lograr sin violar los derechos humanos individuales. En la década de los noventa, Estados Unidos ya gozó del vergonzoso privilegio de alcanzar la tasa de encarcelamiento per cápita más alta del mundo. Entre 1980 y 1994, la población encarcelada en el país se triplicó.[8]

Despenalizar las drogas no sería suficiente para reducir la violencia y la autodestrucción en la *inner city* estadounidense en tanto el país no elimine los obstáculos que, en la práctica, impiden que las personas sin estudios secundarios o universitarios completos busquen el sustento por medios legales dignos. A lo largo de las últimas generaciones, ni el sector privado ni el mercado libre han logrado generar empleos básicos material y emocionalmente satisfactorios. De intervenir, los instrumentos gubernamentales deben estimular agresivamente las oportunidades económicas de la clase trabajadora marginal. Asimismo, es necesario desmantelar la hostilidad del laberinto burocrático al que las personas de bajos recursos deben enfrentarse cuando pasan a trabajar de manera legal, una meta sencilla que puede cumplirse a corto plazo. Esto

quiere decir que las subvenciones públicas dirigidas a cubrir necesidades básicas como la salud, la vivienda, la educación y la nutrición –beneficios que se dan por sentados en la gran mayoría de los países industrializados– no deben penalizarse cuando un hogar de bajos recursos pasa a percibir ingresos legales suplementarios. Decenas de iniciativas públicas concretas ayudarían a equilibrar la balanza entre las virtudes de los empleos legales y las de los negocios ilegales, desde permitir que los trabajadores desempleados se inscriban en centros educativos mientras reciben prestaciones por desempleo, hasta continuar ofreciéndoles cupones para alimentos, subsidios y beneficios de salud como los provistos por el plan Medicaid a individuos y parejas que abandonen la asistencia pública y se incorporen al mercado laboral. A largo plazo, estos cambios le permitirían a la sociedad dominante transformar en beneficios lo que en la actualidad es una extraordinaria fuga de cerebros y una enorme destrucción de potencial humano entre los jóvenes entusiastas y ambiciosos de los guetos estadounidenses que prefieren la venta de drogas al trabajo con salario mínimo. El "sueño americano" de superación socioeconómica debe reinventarse mediante el estímulo de la economía legal para que adquiera credibilidad como opción alternativa en contraposición al crimen. A nivel teórico, es evidente que ninguna sociedad funciona en estricta conformidad con una determinada serie de "valores". A nivel práctico, es irrealista desestimar las tentaciones económicas de los negocios criminales en el contexto altamente materialista de la cultura estadounidense. La política pública, si de verdad desea alterar la situación actual, debe hacer frente a la escasez de opciones concretas y factibles para los jóvenes criados en la *inner city*.

La creciente impotencia material y política de los trabajadores en condiciones de pobreza en los Estados Unidos debe convertirse en una de las preocupaciones principales del debate público. La concentración de la pobreza, el amplio consumo de drogas y la criminalidad en enclaves urbanos como East Harlem es el resultado de políticas estatales y fuerzas de mercado que circunscriben territorialmente el aumento de las desigualdades sociales. De un modo más tácito, la decadencia urbana se manifiesta en la polarización de las percepciones de la población estadounidense en torno a la cultura callejera, lo que ha dado lugar a una dinámica que algunos comentaristas llaman una "crisis de relaciones interétnicas en los Estados Unidos". Las elites y la clase media se disocian cada vez más de los sectores desempleados y de los trabajadores de bajos recursos que habitan los guetos estadounidenses, sobre todo latinos y afronorteamericanos. Los recortes en los presupuestos públicos y la austeridad fiscal aceleran el colapso del sector público en las zonas urbanas deprimidas a lo largo y ancho del país, a la vez que los servicios públicos mejoran o permanecen igual en comunidades suburbanas acomodadas predominantemente anglosajonas.



Colapso del sector público en El Barrio. Fotografía de Philippe Bourgois

La mayor parte de los análisis de la marginación social recurre al reduccionismo psicológico y al esencialismo cultural, modos de pensar que forman parte del sentido común en los Estados Unidos. La mayor unidad sociológica con que la política pública examina la pobreza es el núcleo familiar, y las estrategias más comunes contra el racismo y la desigualdad acentúan la "actitud negativa" de los individuos. Los cursos de capacitación laboral hacen hincapié en la actitud mental y la potenciación individual. Los seminarios dedicados a promover la llamada sensibilidad multicultural constituyen la nueva vanguardia en las instituciones públicas y privadas. Aunque estas iniciativas no sean perjudiciales, y quizá ayuden de manera extrínseca e incidental, el *apartheid* estadounidense y el colapso del sector público en la *inner city*–en otras palabras, la expresión institucionalizada del racismo– son los problemas que la política gubernamental y la filantropía del sector privado deben atacar si realmente desean efectuar transformaciones sustanciales.

Para hacer uso de una metáfora deportiva, Estados Unidos tiene que emparejar el campo de juego. En concreto, esto quiere decir que las municipalidades, los gobiernos de los estados y el gobierno federal deben asegurar que la basura se recoja, las escuelas enseñen y las leyes se cumplan en las comunidades latinas, afronorteamericanas, asiáticas y nativoamericanas con la misma eficacia

con que lo hacen en los suburbios predominantemente blancos y de clase media. No tiene nada de sutil o complicado remediar la provisión desigual de fondos públicos entre las etnias y las clases sociales. Cientos de políticas públicas y reformas legales de corto plazo servirían para llevar a cabo tal propósito, desde la reforma fiscal –con gravámenes sobre las hipotecas de la clase media alta y exenciones fiscales a los subsidios gubernamentales para los pobres– hasta priorizar el acceso de los sectores de bajos recursos a la asistencia pública y las instituciones educativas democráticas, con la provisión de cobertura médica universal a precios económicos y guarderías gratuitas, así como la distribución equitativa (per cápita) de recursos para las escuelas y universidades.

HIP HOP JÍBARO: HACIA UNA POLÍTICA DE RESPETO MUTUO

Uno de los mensajes que los protagonistas de este libro me comunicaron con nitidez es que las exigencias económicas no son las únicas que los impulsan a vender *crack*. Para ellos, al igual que para la mayoría de los seres humanos, la búsqueda del sentido de dignidad y de realización personal es igual de importante que el sustento físico. En el contexto puertorriqueño, las definiciones culturales del respeto –construidas en torno al interés personal por la autonomía, la autoafirmación y la comunidad, que a su vez dependen de las cambiantes jerarquías de edad, sexo y parentesco– delimitan las ambiciones personales. Si en efecto se desea que los sectores socialmente marginados exijan y se ganen el respeto que la sociedad convencional les debe por su propio bien, las políticas gubernamentales tienen que intervenir sobre complejas dinámicas culturales y sociales que van mucho más allá de los requerimientos prácticos y materiales. En términos más específicos, es necesario evaluar el modo en que las iniciativas públicas y las fuerzas económico-políticas impersonales interactúan con las definiciones culturales de la familia y los roles sexuales, que se hallan en un proceso de transformación. Por ejemplo, debido a que las mujeres, los niños y los ancianos representan la mayor parte de la población en condiciones de pobreza en los Estados Unidos, las políticas públicas tienen que priorizar sus necesidades. Las mujeres en condiciones de pobreza jamás deberían verse obligadas a unirse con un hombre de manera desesperada con tal de obtener un techo, alimento, vestimenta y salud. En la actualidad, las normas de la seguridad social incitan a las madres a buscar hombres que posean ingresos ilegales. Asimismo, la falta de guarderías seguras y asequibles induce a las madres a quedarse en casa y tener más hijos en vez de desarrollar carreras en la economía legal, ya que el pago de niñeras acaba por absorber cualquier ingreso que perciban.

Pocas de las recomendaciones que he ofrecido hasta este punto son políticamente factibles a corto o mediano plazo en los Estados Unidos. Únicamente las presento con la esperanza de que en algún momento, entre las fluctuaciones y rupturas de la opinión pública respecto a las estrategias contra la pobreza, la discriminación racial y la desigualdad entre los sexos, algunas de estas ideas se introduzcan en la corriente dominante del debate público y acaso se ejecuten de una u otra forma en las décadas siguientes. En un plano más fundamental, es necesario desafiar y transformar el sentido común estadounidense, que acostumbra culpar a las víctimas de sus fracasos y se muestra incapaz de concebir soluciones para los problemas estructurales fuera del marco individualista o psicológico. Debe hacerse a un lado el debate sin salida entre los políticos de izquierda, deseosos de inundar las ciudades estadounidenses con terapeutas familiares y trabajadores sociales especialistas en psiquiatría, y los de derecha, ávidos por construir cárceles más grandes, eliminar los proyectos de asistencia pública y disminuir los impuestos sobre las grandes empresas y los sectores adinerados. El hecho de que el plan *Head Start* se celebre como la iniciativa pública más exitosa en la lucha contra la pobreza demuestra lo banal que es el debate político en los Estados Unidos. En esencia, la intención de ese plan es transformar a los niños de edad preescolar de la *inner city* –que residen en edificios infestados de ratas, carentes de calefacción y agua caliente y colmados de plomo en las paredes– en estudiantes sobrededicados de ojos refulgentes con comportamientos semejantes a los de la clase media alta. *Head Start* es un buen ejemplo de la insuficiencia a largo plazo de las políticas destinadas a remediar los síntomas individuales de la miseria social (ya sea la baja autoestima, la agresividad o las deficiencias académicas), en vez de apuntar a las fuerzas materiales y políticas que dan origen a la negligencia, la agresión y la desnutrición infantiles en las familias empobrecidas. De no revertirse el elevado crecimiento de la pobreza relativa y la segregación que ha afectado a los Estados Unidos desde los años sesenta, los crueles síntomas del *apartheid* urbano continuarán produciendo números descomunales de adictos, criminales violentos y jóvenes emocionalmente discapacitados.

Es muy improbable que ocurra una reforma en las políticas gubernamentales en el nivel federal o que se inicie un período de movilización política en la *inner city*. Por ello, el propósito inmediato de este libro es mostrar el rostro humano de los enemigos públicos de los Estados Unidos sin "desinfectar" sus actos ni glorificarlos. Este libro expone la profundidad del sufrimiento personal que implica la experiencia de la pobreza y el racismo institucional, con la intención de contribuir a un mejor entendimiento de los procesos y dinámicas de la opresión. De manera menos explícita, este libro también aspira a situar a los narcotraficantes y delincuentes callejeros en su justo lugar como parte de la corriente dominante de la sociedad estadounidense. Los personajes de este libro no son "otros exóticos" habitantes de un mundo irracional aparte, sino productos *made in USA*. Jóvenes ambiciosos y sumamente motivados, como Primo y César, apelan a la economía de las drogas, un negocio en expansión valorado en miles de millones de dólares, justamente porque creen en la versión de Horatio Alger del sueño americano.[9]

Al igual que la mayoría de los estadounidenses, los narcotraficantes y los delincuentes callejeros luchan por obtener la porción de la torta que les corresponde con la mayor rapidez posible. En su búsqueda de éxito, imitan al pie de la letra el clásico modelo yanqui de superación socioeconómica, forjando carreras agresivas como empresarios que los llevan a tomar riesgos, trabajar duro y rogar a Dios que les dé buena fortuna. Estos jóvenes representan la máxima expresión del individualista recio que se enfrenta valerosamente a una frontera impredecible en la que la fortuna, la fama y la destrucción se encuentran a la vuelta de la esquina, un área incierta donde el enemigo se persigue y se asesina sin piedad ni misericordia. En el contexto específico de la diáspora puertorriqueña, la resistencia al dominio de la sociedad convencional y el orgullo por la identidad callejera suponen una reinvención de la figura del jíbaro, que desafiaba y rechazaba el desdén de la alta sociedad en las épocas coloniales española y estadounidense. La reconstrucción del jíbaro en una versión hiperurbana al estilo del *hip hop* representa el triunfo de una nueva forma de afirmación cultural puertorriqueña entre los miembros marginados de la diáspora. Lo trágico es que la base material de esta búsqueda afanosa de respeto cultural se restrinja a la economía callejera.

Ahora bien, los triunfos y las desgracias de los protagonistas de este libro no tienen nada de exótico o propiamente puertorriqueño. La sociedad convencional debe ser capaz de reconocerse en los personajes de este libro y advertir las conexiones con su propia forma de vida. La *inner city* constituye el mayor fracaso interno de los Estados Unidos, una espada de Damocles que cuelga sobre la sociedad en general. Lo único que impide que esta espada caiga es que los traficantes, los adictos y los delincuentes callejeros interiorizan la furia y la desesperación que albergan, dirigiendo la brutalidad contra sí mismos y contra la comunidad que los acoge en vez de arremeter contra sus opresores estructurales. A través de un lente histórico y comparativo, la angustiosa y prolongada autodestrucción de personas como Primo, César, Candy y sus respectivos hijos demuestra ser cruel y absurda. No existen soluciones tecnócratas. El único camino capaz de sacar a los Estados Unidos del atolladero será aquel que haga frente a las raíces estructurales, ideológicas y culturales de la marginación social. Romper con la parálisis actual, sin embargo, requerirá una reevaluación ética y política fundamental de los modelos socioeconómicos y de los valores humanos.

Epílogo

A veces por la noche yo me paro delante de mi hijo. Yo me quedo mirándolo, y pego a llorar. Yo digo pa entre mí: "Yo no merezco tener un nene tan bueno como el mío". Además, Felipe, ¿qué va a ser de él cuando sea grande? Ya yo tengo veintiséis años.
Yo no sé qué carajo estoy haciendo con mi vida. La vida mía no va pa ninguna parte.
Tú me tienes que ayudar, Felipe; ¡por favor!
César

Regresé a Nueva York en la primavera y parte del verano y el otoño de 1994 con la intención de completar las revisiones de este libro y preparar el presente epílogo. En el momento en que el libro entraba en prensa, la situación de los protagonistas era la siguiente:

Primo lleva más de tres años sin vender drogas y se ha desvinculado completamente de Ray. Ha dejado la cocaína e incluso el alcohol. De hecho, en una ocasión en que un antiguo cliente del Salón de Juegos insistió en comprarle una cerveza, Primo discretamente la vertió en el basurero.

Por tercer verano consecutivo, Primo encontró un trabajo de temporada como portero nocturno en una torre de condominios de lujo en el Upper East Side. Gana $500 semanales brutos como suplente de los porteros sindicalizados que se van de vacaciones en el verano. Primo sufrió un ataque de asma mientras eliminaba una acumulación de escombros del cuarto de mantenimiento del edificio y tuvo que ausentarse del trabajo varios días, pues pasó una semana internado en el hospital. Al recibir el alta, convenció a los doctores de que "no pusieran asma" en el diagnóstico, temeroso de que la gerencia no lo contratase nuevamente debido a su padecimiento.

Sólo uno de los problemas legales de Primo sigue sin resolverse. Una empresa de cobros intenta recuperar el dinero del préstamo que había solicitado para pagar el curso de capacitación en ingeniería de mantenimiento, que nunca terminó debido a que el instituto vocacional que lo impartía se declaró en bancarrota. El préstamo, de $2400, ha acumulado intereses y la deuda ha aumentado a más de $4000. A mediados de 1994, la empresa le embargó el cheque correspondiente a la devolución de impuestos a las ganancias por un monto de $1700.

María expulsó a Primo de la casa al descubrir que mantenía una relación con otra mujer. Desde entonces, Primo vive en el departamento de su madre en una torre de un complejo habitacional junto con su hermana mayor. A pesar

de haber terminado con María, la visita a menudo y mantiene una relación cercana con su hijo de tres años, Primo Jr., a quien con frecuencia lleva de paseo.

La madre de Primo, de cincuenta y nueve años, tiene sida y padece de demencia. Primo sospecha que su deterioro cerebral tiene que ver con la golpiza que le propinó uno de sus ex novios hace varios años con una cerradura que utiliza la policía de Nueva York para atascar puertas: "Tú sabes, una de esas palancas que bajan hasta el suelo y se inclinan contra el centro de la puerta pa que no la tumben, eso es lo que él usó pa darle". La paliza la dejó inconsciente y los médicos le diagnosticaron una grave contusión cerebral con posibles complicaciones neurológicas a largo plazo.

Un grupo de inspectores del Instituto Neoyorquino de Vivienda se aprovechó de la vulnerabilidad mental de la madre de Primo y se las arregló para entrevistarla en privado con la intención de averiguar los detalles de los ingresos de su hijo y la cantidad de tiempo que había vivido en el departamento. El Instituto ahora amenaza a la familia con reclamarle judicialmente miles de dólares por el pago de cuotas de alquiler atrasadas para reflejar los ingresos legales que Primo no declaró.

Una de las mayores preocupaciones de Primo es la seguridad y el bienestar de su hijo de once años, Papito, quien repitió quinto grado en una escuela parroquial del South Bronx, donde vive con su madre y sus tres hermanastros. Sandra, la madre de Papito, le prohibió a Primo ver a su hijo por cuatro meses después de que la madre de Primo la denunciara ante el Organismo de Protección Infantil (BCW, por sus siglas en inglés) por una paliza que recibió Papito del nuevo novio de Sandra, el padre de su cuarto hijo, lo que obligó al niño a refugiarse en casa de su abuela. Estas tensiones, sin embargo, se neutralizaron lo suficiente como para que Papito lograra pasar seis semanas en el departamento de la madre de Primo durante las vacaciones de verano.

María perdió el departamento subsidiado que alquilaba y se vio obligada a regresar con su pequeño hijo al caserío de su madre alcohólica. A pesar de sus esfuerzos por encontrar casa propia, no ha logrado ahorrar el dinero necesario para pagar el depósito de un departamento que está interesada en alquilar en un *tenement* privado. Luego de varios lapsos como empleada de diversos restaurantes de comida rápida –entre ellos el McDonald's administrado por la hermana de Primo–, María continúa recibiendo ayuda pública y cupones alimentarios. Primo contribuye voluntariamente a la manutención del hijo de ambos en los períodos en que trabaja legalmente, pero esto no modifica demasiado la situación económica de María puesto que el Tribunal Neoyorquino para Asuntos Familiares fiscaliza las contribuciones y las deduce de los pagos que recibe tanto en cupones de alimentación como en concepto de Ayuda para Familias con Hijos Dependientes (AFDC, por sus siglas en inglés). Aunque María tiene la esperanza de volver con Primo en un futuro, se niega a que

éste regrese a casa hasta que se comprometa a serle sexualmente fiel a largo plazo.

César ha dejado de vender drogas. Aún recibe un cheque mensual del Seguro Social y vive con Carmen, César Jr. (el hijo de tres años de ambos), Papo (el hijo de siete años de Carmen) y Ruby (la hija de nueve años de Carmen) en el antiguo departamento subsidiado de la abuela de César en el caserío frente al Salón de Juegos. La abuela de César, que se encuentra en la etapa avanzada de la enfermedad de Alzheimer, abandonó el hospicio de ancianos donde se hallaba internada y se mudó a casa de su hermana menor en un *tenement* cercano.

César continúa gastando la mayor parte de los cheques que recibe del Seguro Social en juergas mensuales con *crack*. También mantiene el hábito de consumir heroína. Carmen vende productos Avon para complementar los ingresos que recibe del gobierno federal. Un inspector del BCW visitó el hogar hace poco, después de que un maestro de la escuela pública de Ruby, la hija mayor de Carmen, le advirtiera a la dirección que la niña mostraba síntomas de agresión física y psicológica. Al parecer, Ruby sufre de una grave depresión y nunca habla en clase. Cada cierto tiempo, Carmen se refugia en casa de su hermana, María, para escapar de las golpizas que le inflige César.

El día que mi esposa y yo visitamos a César y a Carmen en su hogar, el hijo menor de ambos, César Jr., se nos unió en la sala con la vitalidad de un niño de tres años alegre y saludable. Sus hermanos mayores, por el contrario, se hallaban "en Florida de visita con la abuela del papá". Era principios de junio y los niños no estaban de vacaciones, por lo cual es probable que estuvieran en el proceso de mudarse permanentemente con la familia paterna debido a las agresiones de su padrastro.

César asistió a una fiesta en casa de María en celebración del Día del Padre. Llegó acompañado de Carmen y de César Jr., quien lucía un nuevo moretón en la quijada derecha que, según sus padres, le había aparecido tras caerse de la cama. César se enfadó y se marchó temprano porque Primo no le prestó dinero para comprar heroína. En mayo, Carmen inscribió a César en la lista de espera de un centro de tratamiento contra la drogadicción administrado por Phoenix House.* César se mostró dispuesto a internarse en el centro, pero para principios de agosto todavía no había lugar y Carmen echó a César de la casa cuando éste vendió el televisor. La tía de César le pagó un pasaje de tren para que fuese a ver a otra de sus tías en Ocala, Florida, con la esperanza de que la mudanza lo alejara del *crack*.

* Organización estadounidense sin fines de lucro dedicada a la rehabilitación de alcohólicos y adictos. [N. del T.]

Candy abandonó la venta de drogas y renunció a su trabajo. Se llevó una gran desilusión tras graduarse en el curso de auxiliar de enfermería, ya que la clínica de podología del centro de Manhattan donde encontró empleo resultó estar administrada por "un chorro de timadores desgraciados". La clínica se especializaba en diagnosticar padecimientos ficticios con el fin de realizar operaciones innecesarias en los pies de los pacientes, lo que le permitía entregar facturas abultadas al plan público de Medicaid y a las empresas de medicina privada. Candy trabajó en la clínica cerca de un año, hasta que se hartó de las confabulaciones de sus jefes. A lo largo de todo el proceso, continuó recibiendo ayuda federal, ya que utilizaba un número de seguro social falso para declarar sus ingresos.

Candy continúa viviendo con su esposo, Félix, y cuatro de los cinco hijos de ambos, en el mismo complejo habitacional. Pese a que ambos beben y consumen cocaína los fines de semana, Félix supuestamente ha dejado de golpearla. Según Primo: "Chacho, ¿tú estás loco? Félix no le pega a Candy. El panita ése aprendió la lección". Candy adoptó a dos de los cuatro hijos de Luis y Wanda después de que Luis cayera preso y Wanda se volviera adicta al *crack*, lo que llevó al BCW a asumir el cuidado de los niños.

Félix aún trabaja en la demolición de edificios y la reposición de ventanas. Gana $200 semanales que no declara ante el gobierno federal para no poner en riesgo la asistencia pública ni perder Medicaid para la familia. Recientemente repuso las ventanas de la estrella de televisión Joan Rivers. Dice que Rivers le regaló un broche enchapado en oro e invitó a almorzar a todo el equipo constructor.

Junior, el hijo de Candy y Félix, tiene veinte años y ha tenido dos hijos con dos adolescentes distintas. Según Primo, "Junior es un mamao que anda por ahí". Abandonó la escuela a los quince años, en el tiempo en que su madre trabajaba en la clínica de podología, para cuidar a su hermana menor, Lillian, durante el día. Candy les prometió a las autoridades que Junior se uniría al Cuerpo de Conservación del Medio Ambiente al cumplir los dieciséis años, con el fin de evitar que lo sancionaran por abandonar la escuela. Dos meses más tarde, Junior abandonó el Cuerpo de Conservación porque, según él, "en el sitio ése son demasiado salvajes". Desde entonces fuma marihuana diariamente. Pasó por una etapa en la que les robaba a todos los que lo rodeaban, hasta que lo arrestaron por segunda vez por venderle *crack* a un policía encubierto. Pasó un año y medio en prisión y por casualidad estuvo preso en la isla de Riker junto a su tío Luis. De acuerdo con Primo, Luis intentó darle un arma a Junior: "Tú sabes, como un lápiz o algo puntiagudo pa que se lo espetara a alguien en el ojo. Pa que se defendiera, ves, en caso de que alguien lo quisiera joder". Junior rechazó el arma y, de acuerdo con Primo, "más bien pegó a llorar". Los guardias tuvieron que recluirlo en "C.P., custodia preventiva, que es donde meten a los panas flojos, en confinamiento solitario".

Tras salir de la cárcel, Junior trabajó un breve período instalando sistemas de televisión por cable. Primo asegura que actualmente "entra y sale de vender drogas, pero, pana, tiene un susto de ir a la cárcel que tú no te imaginas". Vive con sus padres y hermanos en el departamento familiar. Una noche, a eso de la una de la mañana, me crucé con él en la entrada de su edificio. No lo habría reconocido si no hubiera gritado mi nombre. Se había dejado crecer la barba y tenía un pañuelo azul atado alrededor de la cabeza al estilo pandillero. Había perdido la cara de niño y me pareció que lucía desnutrido. Lo invité a una fiesta que había organizado Tony para celebrar el bautismo de su hijo de seis meses, pero, avergonzado, rechazó la invitación. Me despedí con cortesía al ver que un fumador de *crack* se le acercaba y caí en la cuenta de que no quería admitir que se encontraba trabajando en el punto de Carlos, el distribuidor de *crack* establecido en las escaleras del caserío que de vez en cuando le alquila la cocina a Candy para preparar el producto.

Junior se mantiene en contacto con uno de sus primos menores, Ángelo, que también abandonó la escuela y fuma marihuana a diario. Ángelo vive con su abuela, ya que tanto su padre como su madre son drogadictos y "entran y salen de la cárcel" constantemente.

La hija mayor de Candy, Tabatha, conserva su propio departamento en un complejo habitacional de Brooklyn y acaba de dar a luz a su segundo hijo. Se separó del padre del niño, pero, según Primo, se encuentra bien. El nuevo novio que vive con ella adoptó al bebé y lo trata como si fuera suyo. Tabatha trabaja legalmente (aunque "en negro") en una boutique en Brooklyn. Jackie, por su parte, tiene diecisiete años y este año aprobó el décimo grado en una escuela pública alternativa en el sur de Manhattan. Su novio está en una cárcel federal desde hace pocos meses.

El hermano de Candy se encuentra en la etapa avanzada del sida y recibe ayuda federal. La última vez que lo vi era de madrugada y caminaba deprisa hacia un conocido expendio de *crack*.

Benzie mantiene su empleo en la cafetería de un gimnasio en el Upper East Side. Ha conservado el puesto por más de cinco años, y en junio de 1994 ganaba $320 brutos por semana. Primo y yo lo visitamos en el Hospital Metropolitano el día que le quitaron siete tornillos y una placa metálica del hueso calcáneo (talón), que el año anterior se le había partido en cinco al estrellarse a medianoche en El Barrio, junto a Primo y César, contra un chofer que conducía en estado de ebriedad. Benzie aún vive en un *tenement* en Brooklyn con su novia desde hace cuatro años, quien trabaja como operadora para una empresa de taxis ubicada en El Barrio. Al salir del hospital, Benzie ganó el juicio por el accidente de tránsito y recibió $1500, monto que "invirtió" en la contra-

tación de dos amigos para que abrieran un punto de marihuana tres cuadras al norte del Salón de Juegos.

Willie se casó con una mujer afronorteamericana y vive en Virginia, donde su hermano le consiguió un "puesto de oficina en el ejército". Aunque en su última visita a El Barrio emprendió una prolongada juerga con *crack*, según parece logró regresar a su trabajo y a su casa en Virginia cuando se le acabó el dinero.

Tony administra un punto de heroína en el vecindario. Anteriormente había dejado de trabajar para Ray para pasar a dirigir un punto de venta de *crack* en el edificio de su madre. Aún vive con su hija de tres años y su esposa de veintiún años, Clara, que acaba de dar a luz a un varón. La fiesta que celebró el día del bautismo de su bebé en el centro comunitario de un complejo habitacional alcanzó proporciones semejantes a las fiestas que organizaba Ray en los años previos al cierre del Salón de Juegos y el Club Social.

Ray aparece de vez en cuando por el vecindario "conduciendo una Excalibur, siempre con una jeba distinta". César dice: "A mí me está que ahora es un bichote jubilado", pero Primo asegura que "sigue bregando por ahí por el Bronx", donde vive con su esposa, Gloria, y sus dos hijos en uno de los edificios que compró en una subasta policial. Un día que Primo le preguntó por qué nunca visitaba el vecindario, Ray le contestó agresivamente que él tiene sus propios amigos en el Bronx y que ya no tiene tiempo para venir a El Barrio ni necesidad de hacerlo.

Little Pete está en prisión acusado de venderle *crack* a un policía encubierto. Seis meses antes de caer preso, recibió seis disparos en una cabina telefónica en el Bronx, donde intentaba abrir un punto de *crack* independiente junto con un socio afronorteamericano. En ese entonces vivía con su madre, cuyo esposo heroinómano (el padrastro de Little Pete) acababa de morir de sida.

Néstor cumple una larga sentencia en prisión por dispararle a un inmigrante mexicano al intentar asaltarlo. Los mexicanos continúan llegando a El Barrio en grandes cantidades pese a la violencia dirigida contra ellos. A mediados de los años noventa, la mitad de todos los niños inscriptos en el distrito escolar nacidos en el extranjero eran originarios de México. Según el censo de 1990, la proporción mexicana de la población total de El Barrio creció en un 332,9 por ciento en el transcurso de los años ochenta –más del doble del aumento en el resto de Nueva York, donde la porción mexicana del total creció en un 159,8%–.[1] Esto ha dado lugar a tensiones tangibles, como me lo ilustró Primo una tarde en que vimos a un joven mexicano cruzar la calle delante de nosotros: "Me hace sentir como una mielda, porque yo sé que ellos trabajan por menos que yo".

Luis cayó preso por vender *crack* y lo condenaron a dos años y medio de cárcel. Una vez en prisión, se inscribió en un programa de tratamiento antidrogas en el que pronto recibió un ascenso al puesto de consejero. Esto lo ayudó a obtener libertad condicional por cuatro meses con la obligación de inscribirse en un centro de rehabilitación. Vive con su hermana en su antiguo departamento de un complejo habitacional y lleva varias semanas buscando espacio en una residencia de tratamiento. Hasta ahora no ha tenido éxito. Mientras tanto, recibe tratamiento con acupuntura como paciente externo de un hospital situado al sur de Manhattan. Luis admite sentir un deseo casi invencible de fumar *crack* cada vez que tiene "chavos en la bolsa", pero espera ser capaz de mantenerse al margen de las drogas hasta concluir el cuarto mes de libertad condicional, cuando ya no esté sujeto a las pruebas de orina semanales. Actualmente, si una de sus pruebas apareciera contaminada, caería preso y regresaría a la cárcel a cumplir el resto de su condena.

Según Primo, "Luis incluso dice que tiene ganas de trabajar". La esposa de Luis, Wanda, se ha recuperado de la etapa en que trabajó como prostituta, cuando se dedicaba a intercambiar sexo por *crack* en Park Avenue. Vive con su nuevo novio en el mismo caserío en el que viví yo durante mi estadía en East Harlem. Tramitó su divorcio de Luis y solicitó una orden de protección contra él. Luis asegura que ella lo provoca cada vez que ambos se cruzan en la calle, momento que ella aprovecha para abrazar afectuosamente a su nuevo amante. Luis está obsesionado con el nuevo novio de Wanda y promete herirlos a los dos al terminar de descontar su pena. Los cuatro hijos de Luis y Wanda viven en tres hogares adoptivos diferentes. El hijo mayor, de trece años, abandonó la escuela. La hija mayor, quien contrajo sida por una transfusión de sangre contaminada en el Hospital Metropolitano, vivió varios meses con Candy antes de morir en febrero de 1995, a la edad de doce años. Primo aplaude los esfuerzos de Luis por retomar la relación con sus hijos ilegítimos, "los que tuvo por fuera de matrimonio". Los "busca pa sacarlos de paseo" y les ha comenzado a demostrar afecto.

La ex novia de Primo, Jaycee, aún consume alcohol y cocaína. Vive con su hijo de doce años y alterna entre El Barrio, donde se hospeda en el complejo habitacional de su madre, y el lado oeste de Manhattan, donde se aloja con un nuevo novio colombiano, un narcotraficante que la agrede con frecuencia.

Ángel y Manny aún viven con su madre, Iris, en el departamento familiar. Su nuevo padrastro utiliza la vivienda como centro de almacenamiento del *crack* que vende en la entrada del edificio. Iris continúa trabajando como camarera en un club nocturno, y Manny ejerce el cargo de mensajero para las operaciones de su padrastro. Hubo un período en que Ángel vendió *crack* para una de las compañías establecidas en el caserío frente a su edificio: "Yo joseaba pa un moreno aunque jangueaba con los boricuas, y eso siempre fue un problema". Él y su vigilante ganaban diez dólares cada uno por cada "bóndol" vendido (cincuenta ampollas de *crack*, a tres dólares por unidad). Ángel asegura que en

una buena noche vendía cincuenta ampollas en cuarenta y cinco minutos, lo que le aseguraba una ganancia de cien dólares en un turno de ocho horas. Hace poco dejó de vender drogas porque un juez lo condenó a cinco años de libertad condicional al declararse culpable del delito de "imprudencia temeraria". La policía lo arrestó cuando le disparó a un taxista en un intento fallido de asaltarlo. Ángel logró convencer a la policía de que estaba borracho y había comenzado a disparar al aire. De hecho, según él mismo: "Yo me enfogoné y apunté derechito a la parte de atrás del taxi, pero el taxista nada más siguió manejando". Su mejor amigo, Léstor, que solía acompañarnos en nuestras visitas a los museos y pintaba dibujos con lápices en mi departamento, está en la cárcel cumpliendo una condena de diez años por dispararle a uno de los adolescentes que administran la compañía rival instalada en otra de las escaleras del edificio. Ángel trabaja "en negro" limpiando un restaurante en el sur de Manhattan, y su hermano menor, Manny, lo ayuda de vez en cuando. La novia de Ángel se mudó a su casa después de dar a luz al primer hijo de ambos en abril de 1994. Ella recibe un cheque mensual del Seguro Social.

El primo de César, Eddie, quien de niño estuvo recluido en el mismo reformatorio que César al norte del estado de Nueva York, aún trabaja como chofer de autobús para el sistema de transporte público neoyorquino y tiene varios hijos con mujeres distintas.

Abraham, el abuelo adoptivo de Primo, murió de vejez y de complicaciones relacionadas con el alcoholismo en 1994. Antes de morir, vivía en un complejo habitacional para ancianos con una de las hermanas de Candy y sus tres hijas, a quienes el Instituto Neoyorquino de Vivienda desalojó luego de su muerte. Meses después, el Instituto asignó a la familia a una torre de un complejo habitacional situado a varias calles del Salón de Juegos. En los meses de espera, sin embargo, la hermana de Candy sufrió una crisis nerviosa y debieron hospitalizarla debido a su depresión. Su novio logró adoptar a sus tres hijas adolescentes para evitar que el Estado las diera en adopción a otra familia. Dos de ellas quedaron embarazadas en los meses de transición.

La hermana mayor de Primo renunció a su puesto de administradora en un McDonald's y redujo su horario a la mitad para buscar un mejor trabajo. Ella es una de las ciento veinte personas que adquieren la edición dominical del *New York Times* en la esquina de La Farmacia. Primo asegura que "lo compra pa ver los clasificados, y manda como cien currículum por semana". Le ofrecí ayuda para reescribir su carta de presentación y su currículum vitae. Al reunirme con ella, me confesó que su única experiencia laboral había sido trabajar en McDonald's, a pesar de que estaba cerca de cumplir treinta años. Le sugerí que "inflara" su experiencia laboral en el currículum, cosa que se negó a hacer. De todos modos, conserva la esperanza de encontrar un "trabajo de oficina" a través de los anuncios clasificados. Recientemente solicitó un préstamo

para comprar un Jeep Cherokee último modelo que acostumbra estacionar delante de su vivienda. Nunca lo han dañado ni se le han metido a robar porque, en palabras de Primo: "supongo que la gente la conoce y la respeta".

La segunda hermana de Primo dejó su departamento en una torre de un complejo habitacional en El Barrio y se mudó a una torre de departamentos en Nueva Jersey. Se separó de su esposo, cansada de su "abuso verbal". El hombre continúa trabajando como portero en un edificio de oficinas en Wall Street y cumple con la pensión alimenticia de sus tres hijos pequeños. Ella se encuentra en busca de una guardería asequible con la intención de regresar a trabajar como auxiliar de enfermería en el Hospital Beth Israel, en el sur de Manhattan.

La hermana menor de Primo acaba de marcharse del South Bronx para mudarse a Poughkeepsie, en el estado de Nueva York, donde compró una casa de $170 000 junto con su esposo, quien solicitó un "préstamo para veteranos". Su esposo mantuvo su empleo como conductor de un camión de reparto para la empresa de mensajería y paquetería UPS, pero ella se vio obligada a abandonar su puesto en un pequeño almacén de El Barrio. Hace poco tiempo quedó embarazada por segunda vez.

La cuadra en la que yo viví no ha cambiado considerablemente, a pesar del cierre del Salón de Juegos en 1992. Una empresa acreditada de alquiler de videos renovó las instalaciones del Salón. Hay dos nuevos puntos de venta de *crack* en la manzana, uno que opera desde un antiguo salón de belleza y otro desde la entrada del edificio de Ángel y Manny. Los dos puntos de *crack* administrados por adolescentes en las escaleras del caserío frente al Salón de Juegos siguen en funcionamiento. La falsa herboristería que vende cocaína en la cuadra también se mantiene activa. En la esquina de la cuadra abrió un nuevo almacén, legal y en apariencia bien administrado. La municipalidad de Nueva York renovó uno de los edificios abandonados frente a las torres del complejo habitacional para albergar a familias sin techo. El edificio en el que viven Manny y Ángel, sin embargo, se ha deteriorado sobremanera desde la muerte del viejo dueño italiano y está a un paso de volverse inhabitable.

La esquina de La Farmacia no ha sufrido mayores cambios pese al cierre permanente del Club Social. Un incendio inhabilitó el almacén palestino que ocupó las instalaciones del Club después de su clausura, y causó graves daños en los pisos superiores abandonados del edificio. El otro negocio de la esquina, propiedad de inmigrantes palestinos y yemeníes, continúa vendiendo ciento veinte copias de la edición dominical del *New York Times* y ha comenzado a recibir sesenta y cinco copias del periódico en días laborales. Los adictos demacrados y los traficantes continúan congregándose en la esquina veinticuatro horas al día, empeñados en comerciar una amplia variedad de drogas ilegales.

Una noche reconocí a una de las mujeres embarazadas que solían frecuentar el Salón de Juegos sentada en la vereda frente al nuevo expendio de *crack* que opera desde un salón de belleza. Había quedado embarazada nuevamente. César asegura que ha tenido cuatro hijos desde que comenzó a fumar *crack* y que ninguno de los niños vive con ella. Después de verla y de presenciar numerosos incidentes de agresión infantil en las semanas que pasé en El Barrio en la primavera y el verano de 1994, me percaté de que había perdido el mecanismo de defensa que les permite a las personas "normalizar" la violencia y el sufrimiento personal en los guetos estadounidenses. No he logrado olvidar la expresión de terror en los ojos indefensos de un niño de cinco años al ver a su madre reñir con un vendedor de cocaína a las dos de la mañana en la escalera de un edificio en el que Primo y yo nos introdujimos para protegernos de una tormenta eléctrica en mi segunda noche de regreso en el vecindario. Intenté discutir con Primo la horrorosa situación del niño, pero Primo sencillamente se encogió de hombros: "Sí, Felipe, yo sé, yo también detesto ver esas cosas. Está cabrón".

Epílogo a la segunda edición

He mantenido mi amistad con Primo desde que se publicó la primera edición de este libro. Suelo visitarlo al menos una vez al año, a lo largo de varias semanas, durante los meses de verano. Primo me pone al tanto de los acontecimientos e intentamos visitar a todos nuestros viejos amigos y conocidos de El Barrio. En mi última visita, en el verano de 2002, la situación de los protagonistas era la siguiente:

La madre de Primo falleció y el Instituto Neoyorquino de Vivienda desalojó a Primo de su antiguo departamento, en conformidad con la política de tolerancia cero [*one-strike-you're-out*] que rige en los complejos habitacionales, al descubrir que Primo tenía cargos pendientes por posesión (¡no venta!) de heroína. Una vez en la calle, encontró alojamiento en el departamento de la hermana de Candy, Esperanza, en una torre de otro complejo habitacional, y vivió allí cinco años. Ha sostenido un noviazgo estable con la hija de Esperanza, Jasmine, quien trabajó tres años en un supermercado antes de obtener un puesto con todas las prestaciones legales como cajera en un pequeño banco del South Bronx. Primo se mantiene alejado de la venta de drogas y del consumo de alcohol y cocaína. Un vendedor ambulante de videos piratas procedente de Senegal lo convirtió al Islam, de manera que ha dejado de comer cerdo. Sin embargo, en ocasiones inhala heroína y asegura disfrutar del efecto de la droga, independientemente del tratamiento al que se está sometiendo con una medicación semiexperimental derivada del Levacetilmetadol (LAAM, por sus siglas en inglés), una versión de la metadona de mayor duración. Desarrolló una poderosa adicción a la heroína mientras trabajaba como portero nocturno en una torre de condominios de lujo en el Upper East Side (Bourgois, 2000). Hace poco tiempo, encontró trabajo en negro en una pequeña empresa constructora, un negocio no autorizado que se especializa en remodelar baños y cocinas para una clientela homosexual. Su jefe fuma marihuana con voracidad y es sumamente desorganizado: posee pocas herramientas, a menudo se queda sin dinero y es común que se olvide de encargar a tiempo los materiales y suministros requeridos. Por ello, Primo planea separarse y convertirse en contratista independiente. La última vez que lo vi, negociaba por su nuevo teléfono celular el precio de un sub-subcontrato para

reemplazar la cerámica de trece baños en un edificio de propiedad pública en restauración.

Pocos días después me llamó a mi casa en California, desilusionado. Había ganado el subcontrato, pero se había visto obligado a rechazar el proyecto porque no logró encontrar obreros con experiencia dignos de confianza que lo ayudaran. Para su hijo de quince años, Papo, quien abandonó la escuela secundaria en el noveno grado y se escapó de la casa de su madre en Florida, la pérdida de esta oportunidad representó una gran desilusión, pues Primo le había prometido llevarlo a Nueva York con él y contratarlo como ayudante en el proyecto. La madre de Papo ha comenzado a hacer planes para volver a Nueva York con su nuevo novio, pero le ha dicho a Primo que no va a hacer el menor esfuerzo por traer a Papo consigo: "Es un sirveparanada que pasa en la calle haciendo pendejadas". Primo admite que se siente profundamente avergonzado de no poder ayudar a su hijo a salir de la "vida descarriada" que tiene en Florida.

En enero de 2001, invité a Primo al funeral de mi abuela, que solía visitar el Salón de Juegos y se quedaba largo tiempo hablando con los joseadores, que se sentían orgullosos de sostener conversaciones respetuosas con una anciana. Primo me ofreció sus condolencias y, desbordado de orgullo, me pidió que adivinara las buenas noticias. Adiviné al primer intento: "¿Qué, Jasmine está embarazada?".

"¡Sí! ¡Por fin! Qué bien, ¿verdad? Y mira, es como si el cuerpo de ella estuviera esperando que ella consiguiera ese puestazo que tiene en el banco, con seguro de salud y eso. ¡Sí! Está loca de contenta".

El hijo menor de Primo, Primo Jr., tiene siete años y vive en Connecticut con María, su madre, y su padrastro, que acaba de salir en libertad tras varios meses en la cárcel. El Instituto Neoyorquino de Vivienda desalojó a la familia a raíz de los antecedentes criminales del padrastro. La hermana de María, Carmen, también perdió el departamento por causa de la misma ley al permitir que César regresara a casa tras cumplir una condena en prisión por agredir a su hija de doce años, Ruby. Carmen nunca denunció a César, pero los vecinos llamaron a la policía al oír los gritos de la niña, y una nueva ley castiga con tres meses de prisión obligatoria al agresor en casos de violencia doméstica. Al salir en libertad, César se mudó a casa de sus familiares en Florida y se inscribió en un centro de tratamiento para la drogadicción. Carmen lo siguió y se mudó con sus hijos a Florida en un intento de reconstruir la relación. Actualmente, todos viven en la sala de María, en Connecticut. La última vez que César emprendió una juerga con *crack*, vendió el Gameboy y la bicicleta que Primo le había regalado a Primo Jr. para su cumpleaños. Primo juró no darle más dinero a María hasta que expulsara a César de la casa.

Candy se desgarró un disco de la columna vertebral mientras alzaba a un paciente en su nuevo puesto como cuidadora domiciliaria de ancianos. Tiene serios problemas con el dolor y los médicos le han prohibido salir de la casa. No puede levantar "ni siquiera la guía telefónica" y ha desarrollado una adicción física al analgésico que le recetaron. Primo asegura que está gravemente deprimida y enojada con el mundo entero. Su esposo, Félix, continúa trabajando legalmente en la reposición de ventanas y la demolición de edificios. Únicamente inhala cocaína los viernes, aprovechando que los sábados no tiene que trabajar. Asegura que desintoxica el cuerpo y la mente los siguientes dos días y que el lunes ya está listo para trabajar. Todos sus conocidos insisten en que no le ha vuelto a pegar a Candy desde el día en que ésta sufrió un ataque de nervios y le disparó. El hijo de ambos, Junior, ha vuelto a caer preso por vender *crack*. Candy adoptó a varios hijos con el fin de recibir subsidios estatales adicionales. En la calle corría el rumor de que los dos hijos mayores –que de hecho son los hijos de Luis, adoptados por Candy tras el encarcelamiento de éste y la caída en el *crack* de la madre– acosaban sexualmente a las niñas gemelas cuyo cuidado el Organismo de Protección Infantil (BCW) le había encargado a la familia. La oficina de adopciones realizó una investigación y desistió de colocar más niños en el hogar de Candy.

Para sorpresa de todos, Luis se ha mantenido al margen de las drogas desde que salió de la cárcel y se ha tranquilizado lo suficiente como para mantener una relación estable con una muchacha afronorteamericana. Aunque no fue capaz de recuperar a sus cinco hijos, asignados a tres hogares adoptivos distintos, ha tenido dos hijos más con su nueva novia. Tanto Luis como la muchacha reciben un cheque mensual para discapacitados del Seguro Social, pero él completa sus ingresos trabajando en negro con el contratista que también emplea a Primo. De hecho, es Luis quien le insiste a Primo para que haga un mayor esfuerzo por independizarse para que ambos puedan ganar más dinero de manera más segura y estable. Luis, además, ha comenzado a "bregar con computadoras. Se la pasa abriendo la computadora que él tiene pa meterle cosas, tarjetas de memoria y eso".

Tony ha dejado de vender drogas. Tiene un puesto como portero y se ha afiliado a un sindicato. Ha regresado a casa de su madre después de separarse escandalosamente de su novia, Clara, quien hace poco se graduó en un colegio universitario. Clara expulsó a Tony de su departamento para evitar perderlo debido a los cargos pendientes que tiene Tony por venderle heroína a un policía encubierto. Él no la ha perdonado y se niega a contribuir al sustento de sus hijos.

Little Pete y su hermano Néstor siguen en prisión.

Ángel y Manny se mudaron con su madre a la torre de un nuevo complejo habitacional en el lado oeste de Manhattan. Se dice que "andan haciendo pendejadas por ahí, pero todavía son chéveres".

Todas las hermanas de Primo se han mudado a los suburbios de Nueva York y tienen empleo, la mayor como secretaria en un periódico especializado. Las

dos hermanas menores trabajan en hospitales. Una de ellas estudia por las noches para recibirse de enfermera.

Benzie aún trabaja como asistente de cocina en la cafetería de un gimnasio y mantiene su vivienda en Brooklyn, donde vive con su novia, que también conserva su empleo como operadora de una empresa de taxis.

Ray ha dejado de visitar East Harlem. Primo piensa que se ha retirado completamente del narcotráfico y que vive del alquiler de los edificios abandonados que restauró con las ganancias del *crack*. Ray compró los edificios por una suma insignificante en una subasta policial de propiedades confiscadas a narcotraficantes.

Cada vez que regreso a El Barrio, presencio escenas diarias de agresión infantil, una forma de violencia cotidiana que se ha convertido en parte integral del contexto de sufrimiento social de la *inner city* estadounidense. De ahí la penúltima serie de notas de campo que escribí en El Barrio:

> [Julio del 2000]
> El nieto de Esperanza, Briancito, tiene cinco años, y los problemas de aprendizaje que padece se han vuelto mucho más visibles. Esperanza comenta que el niño no pronunció palabra hasta que cumplió tres años y tiene la costumbre de explotar en raptos coléricos inesperados. El mes pasado, le tiró una silla a uno de los maestros de educación especial. Esperanza está preocupada por que el niño haya heredado la furia de su padre. Fotografías de Brian padre, único hijo varón de Esperanza, cubren las paredes del departamento. El joven está preso en una cárcel federal, condenado a cadena perpetua sin derecho a libertad condicional por varios delitos de homicidio relacionados con drogas y pandillas. En las fotos, aparece vestido con un traje blanco de jugador de tenis completamente fuera de lugar que lo hace parecer un *nerd* inofensivo y regordete. Únicamente la pared de cemento que se ve en el fondo de la imagen sugiere algo fuera de lo común. Esperanza evita el tema, pero en la calle se dice que Brian mató a sus víctimas con revólveres automáticos por deudas relacionadas con drogas. Esperanza ha asumido la patria potestad de Briancito y lo consiente enormemente. Los ojos se le llenan de lágrimas al decir: "Tengo que darle gracias a Dios, se llevaron a mi nene [Brian padre], pero me dieron uno nuevo [abraza a Briancito]".
> Una de las mayores preocupaciones de Esperanza es el bienestar de los otros tres nietos que viven con ella. Confiesa que le queda muy poco por hacer para ayudar a las madres de los niños, sus dos hijas menores. Cuando le pregunto qué opina de este libro, cambia de tema repentinamente y me empieza a contar historias de agresión infantil sobre sus vecinos. Me cuenta que la vecina de abajo tiene un hijo de catorce años, otro de cinco y una hija de nueve a los que acostumbra golpear en público. La madre trata a la niña con mayor crueldad que a los hijos varones, pues mientras esperan el ascensor le profiere con alaridos epítetos como cabezagrande, fea, estúpida, etcétera. Primo se interpone: "Chacho, y la nena ésa es bien linda". Sacude la cabeza de un lado a otro con lentitud, y dice: "Yo conozco a esa nena y eso está cabrón. Bien cabrón". Entonces golpea el puño contra la palma de la mano. Esperanza añade que la niña baja la cabeza, avergonzada, se queda mirando al piso mientras espera que se abra el ascensor, y alza los ojos cada cierto tiempo para ver quién ha escuchado los insultos de su madre. Hace un año, al niño de cinco años le extirparon un tumor cerebral. La madre golpea al hijo de catorce años porque éste le cuenta a todos los vecinos que ella le causó el tumor a su hermano por pegarle con demasiada fuerza e insistencia en el mismo lugar de la cabeza. Esperanza dice que la madre le ha seguido pegando al niño incluso después de la operación. Uno de los vecinos por fin llamó al Organismo de Protección Infantil, pero los trabajadores sociales decidieron no llevarse a ninguno de los niños al no encontrar "señales de maltrato". Esperanza alza los brazos y hace un gesto de impotencia: "¿Entonces qué se puede hacer?". Según ella, la madre se jacta de que no le teme al "OPI" porque no le importa que le quiten los niños. Casi rompe con el hilo del relato al suspirar y expresar su opinión de que las madres sólo deben ingerir cocaína mientras los hijos duermen, siempre y cuando "estén bien de la cabeza, ¿tú me entiendes? Si no, lo que deberían de hacer es abortar. Felipe, ¿tú crees en el aborto?".
> Esperanza también se queja de la violencia de sus vecinos en el departamento de al lado. Hace poco tiempo, la niña de diez años recibió una paliza y pidió auxilio con un aullido tan estrepitoso que Esperanza llamó al Organismo de Protección Infantil. "Yo no soy chota, y menos contra los pais de nadie, pero imagínate cómo me hubiera sentido yo si a esa nena la hubieran matao conmigo escuchando los gritos por la pared: '¡Ayúdenmen!'. Yo te voy a decir una cosa: esa nena estaba gritando duro". Esperanza condena el abuso infantil –con esas palabras– y sostiene que está haciendo el intento de romper el ciclo de violencia con su nieto, Briancito. Sin embargo, cada vez que el niño hace algo indebido, no es capaz de controlarse y le grita: "¡Deja eso! ¿Tú quieres que yo te dé?". En tales ocasiones, yo debo esforzarme para que no se note mi sobresalto porque Esperanza grita sumamente fuerte.

Se siente triste por haber tenido que expulsar de la casa a su hija de veintiún años debido a sus antecedentes penales (por delitos de agresión agravada y posesión de narcóticos), que exponen a la familia entera al desalojo. El Instituto de la Vivienda ha comenzado a realizar inspecciones en el departamento para asegurarse de que la joven no esté viviendo con el resto de la familia. La nieta de dieciocho meses de Esperanza, hija de la joven desalojada, vive con su abuela y parece ser la favorita de todos. Recibe mucho cariño y atención y les da órdenes a todos –incluso a mí– como sólo es capaz de hacerlo una niña orgullosa.

Un joven de aproximadamente 1.95 metros de altura entra con cara de enojo y le da un mensaje a Sandra, la hija de diecinueve años de Esperanza, que se encuentra desempleada y vive en el departamento de su madre con su hija de seis años. La niña pequeña me preocupa, pues nunca la he visto sonreír ni interactuar con nadie y es la única persona de la familia que padece de obesidad severa. El nuevo novio de Sandra trabaja en la oficina de correo como clasificador de correspondencia y la consiente cuando ella le pide dinero para irse de fiesta.

El joven enojado está yendo a recoger el dinero que le debe un vecino del piso de abajo. Tiene varias cadenas de oro alrededor del cuello y sus bíceps imponentes están cubiertos de tatuajes, uno de los cuales muestra un escorpión decorado con la bandera puertorriqueña. Carga un bate de béisbol en la mano izquierda como si fuera un alfiler, y al erguirse con las piernas separadas proyecta un talante de mayor rudeza de la que uno creería posible. Me hace sentir viejo y contraído, por no decir agradecido de que nos encontremos a salvo en el departamento de Esperanza y no en la calle a mitad de la noche. Primo le pregunta con quién va a jugar béisbol. Él se ríe y contesta: "Con la cabeza de un par de panas", y simula dar un *swing* para golpear la cabeza de Briancito, lo que hace que el niño ría frente a la televisión, donde pasa la mayor parte del tiempo. Una vez más, no logro contener el reflejo y me estremezco perceptiblemente, lo que provoca que todos piensen que el golpe ficticio a la cabeza del niño es todavía más gracioso. El joven corpulento, que ha perdido la cara de mal humor, comienza a hacer alarde de lo bien que le está yendo en sus entrenamientos de boxeo. Nos cuenta que, por orden de su entrenador, ha dejado de fumar marihuana y de tomar cualquier bebida artificial que contenga azúcar. Primo comienza a discutir con él ciertos detalles técnicos sobre el boxeo que no logro entender, pero todos lo miramos demostrar los nuevos gol-

pes y posturas que ha aprendido en el gimnasio utilizando a Primo como adversario imaginario. Guiñando un ojo, nos dice que no le contemos a su entrenador, pero que está haciendo el esfuerzo por adquirir más fuerza y optimizar sus golpes con el fin de desarrollar la potencia y precisión necesarias para quebrarle el cuello a una persona de un solo puñetazo. Nos muestra con un golpe en cámara lenta el sitio en que se encuentra el punto mágico en el cuello de Primo.

Primo por fin me presenta al joven vendedor de marihuana y aspirante a boxeador, que ha dejado de parecer enojado, y resulta que es el hijo mayor de Luis, y ahora tiene diecinueve años. Le cuento que tengo una foto borrosa de él tomada con mi cámara Polaroid cuando él tenía diez años, vestido con un impermeable azul junto a su padre y tres hermanos en una fiesta de año nuevo en casa de la madre de Primo. Los niños se aferraban a su padre, ansiosos por impedir que se fuera "de misión". No le menciono que hace seis años, la última vez que escribí una nota de campo sobre él, lo había visto a las dos de la mañana encaramado en una parada de autobuses: "Junio de 1994. ¿Qué será de él? Acaban de encarcelar a su padre, y su madre trabaja como prostituta debajo del tren elevado en Park Avenue, donde intercambia sexo por *crack*". Es padre de tres hijos y, según Primo: "es bueno en la casa; le da los chavos que se gana a la mai de los nenes... Bueno, al menos una parte". El joven me dice en voz baja que se acuerda de mí. Se convierte en el niño tímido que yo recordaba y me da la mano con una formalidad conmovedora.

Al salir del departamento de Esperanza, poco antes de la medianoche, comparto el ascensor desde el decimoctavo piso con una madre y sus tres hijos, uno de los cuales está en un cochecito. El mayor de los niños, de unos tres años de edad, deja caer accidentalmente la chaqueta en un charco de orina en la esquina del ascensor. La madre explota, casi atragantándose con sus propios aullidos y alzando los puños para golpear al niño. El niño se encoge y se cubre, pero en el último instante la madre baja los puños. Caigo en la cuenta de que la madre simulaba la furia para atemorizar al niño como corresponde. Insatisfecha, continúa gritándole y lo destroza en mil pedazos con su timbre de voz. Él baja la cabeza y se queda mirando fijamente el charco de orina en el piso del ascensor.

En mi camino de regreso a casa, el subterráneo sufre una avería en la estación de la calle 106. La espera me permite mirar de cerca a los demás pasajeros. A nadie le parece fuera de lo común que haya tantos niños desfallecidos junto a madres distraídas y demacradas, evi-

dentemente en medio de una "misión". Varias de las madres más delgadas sostienen cochecitos. Dos mujeres bien vestidas y saludables, sentadas a mi lado, van camino a una discoteca en el sur de Manhattan y charlan tranquilamente sobre sus respectivos novios, uno de los cuales "acaba de salir de la cárcel".

Mi última serie de notas de campo abarca las visitas y conversaciones telefónicas que efectué en los años 2001 y 2002. En estas notas, el enfoque cambia y comienza a manifestarse la violencia institucional del nuevo panóptico que imponen los llamados "delitos contra la calidad de vida" en las calles de El Barrio. Las notas comienzan con una descripción de mi visita a mi vieja cuadra en East Harlem después de asistir al velorio de mi abuela. Procedo a caminar por el vecindario en busca de mis viejos amigos y conocidos. Un vecino me informa que el dueño de mi edificio falleció, y el encargado de un edificio vecino me pone al corriente de la vida de los niños que solían acompañarme a los museos en los viejos tiempos. Las notas describen positivamente la creciente energía y visibilidad de la clase trabajadora en el vecindario. Hacia el final de la tarde, sin embargo, cometo el delito contra la calidad de vida de comprar, por cincuenta centavos, una lata de medio litro de licor de malta marca El Coquí, el nombre de una rana endémica de Puerto Rico en peligro de extinción. El texto acaba precipitadamente en el momento en que varios policías me hacen una boleta de infracción y me citan a juicio por beber en público, no sin antes advertirme que abandone el vecindario en ese mismo instante –otro ejemplo de las prácticas cotidianas que implantan el *apartheid* estadounidense–:

¿A quién coño crees que estás engañando? Nosotros sabemos por qué estás aquí. Te hemos estado siguiendo; hemos visto todo lo que has hecho. Te hemos visto por todas partes: hablando con la gente, saludando con la mano. ¿A quién buscas, eh? ¿A quién? ¿Eh?

Está bien, hazte el tonto. No nos digas nada. Pero no creas que te vas a salir con la tuya en este vecindario. Tienes suerte de que no somos principiantes o te requisaríamos; no te dejaríamos ir sólo con una multa, no señor. De todas maneras, a mí no me importa, porque lo más seguro es que otro policía encubierto te va a arrestar en la otra esquina. Porque, déjame decirte, ahorita mismo este barrio está que arde.

Y no creas que puedes faltar al juicio que te puse en la boleta sólo porque vives en California. Si no apareces, preparan una orden de captura contra ti y la próxima vez que te paren por cualquier cosa, ¡listo! Apareces en el sistema. Te mandan para acá en un santiamén, estés en California o en Hawai [se ríe].

Acaté la advertencia del oficial y regresé a Nueva York dos meses más tarde para comparecer ante el tribunal:

La multa es sólo de diez dólares, pero el tribunal de delitos menores, mucho menos organizado de lo que me imaginé, tarda cuatro horas en tramitar el caso. Las diferentes salas del tribunal parecen operar únicamente gracias al carisma de los guardias y policías, que conducen a los acusados –atemorizados, confundidos y a veces sumamente molestos– de un pasillo a otro. Llaman, les gritan o incluso les silban a los funcionarios y colegas para atraer su atención de un lado a otro del pasillo: "Oye, ¿me haces un favor? ¿Puedes poner a este tipo en tu lista de espera?". O: "¿Cuántos te quedan? ¿Te puedo mandar uno más?".

Pasamos la mayor parte del tiempo en los pasillos mientras los guardias intentan averiguar qué sala no está demasiado llena como para atendernos. Mientras espera su turno frente a una de las salas, un policía afronorteamericano amistoso me aconseja (en voz alta, para que la mujer que espera a mi lado también pueda escuchar) que niegue los cargos: "Nada más niega los cargos. Niégalos. El guardia que te hizo la boleta no va a estar aquí, y el juez no va a tener más remedio que declararte inocente". Le agradezco el consejo, y él logra cambiar de tema y pasar a discutir la situación de la mujer que está a mi lado.

Por fin se me permite entrar en una de las salas, pero únicamente después de asegurarle al funcionario (que me hace el favor de incluirme en su lista antes de salir a almorzar) que "me voy a declarar culpable, se lo prometo". Me mira de reojo, me señala el banquillo y me susurra: "Está bien... pero asegúrate de decir que eres culpable". Asiento varias veces con la cabeza, irónica y ansiosamente agradecido, y tomo mi lugar en el banquillo. Los primeros cinco casos antes del mío son todos por posesión de marihuana, y el juez los desecha sin discusión alguna. La campaña del alcalde neoyorquino, Rudolph Giuliani, contra los delitos contra la calidad de vida ha tenido como consecuencia involuntaria la despenalización efectiva de la marihuana. Aburrido en su puesto en la parte trasera de la sala, desde donde vigila que los acusados no leamos el periódico ni nos durmamos, el guardia de seguridad nota mi gesto de sorpresa y me explica el problema: "Los jueces tienen que anular todos los casos de marihuana. Las pruebas para detectarla son muy caras, entonces, lo único que el acusado tiene que hacer es decir que no era marihuana y ya está, es hombre libre".

En cambio, el joven afronorteamericano al que llaman antes que a mí recibe una multa de treinta y cinco dólares por escupir en la calle. Antes, en el pasillo, el hombre me explica que la policía lo detuvo un sábado por la noche con un vaso de cartón en la mano: "Me querían multar, pero yo ya me había acabado la Hennesey que bebía y conozco mis derechos. No me pueden hacer nada por un vaso vacío. Así que yo insulté al pendejo que me vino a fastidiar y escupí en el piso. Me dijo que hay una ley contra los que escupen en el piso. Entonces yo escupí otra vez, pero esta vez escupí al lado de la camioneta de él. Yo te voy a decir una cosa: yo me voy a ir pa Florida. En Nueva York ya no se puede ni caminar de lado sin que te metan preso".

Por fin me llaman frente al juez, no sin antes hacerme firmar una declaración que hace constar mi disposición a que contemple mi caso un juez jubilado al que han llamado de regreso al servicio para ayudar a lidiar con el exceso de procedimientos judiciales producto del vertiginoso aumento del número de arrestos por delitos menores. La interacción con el juez dura dos minutos. Me declaro "culpable con una explicación", y el juez, tras ofrecerme sus condolencias por la muerte de mi abuela, me sanciona con una multa de diez dólares.

Luego de otra espera de cuarenta y cinco minutos en el pasillo, un policía nos conduce a la caja donde debemos pagar nuestras multas. Entablo una conversación con el joven puertorriqueño que me antecede en la fila, sancionado con la misma multa por beber en público. Ambos nos quejamos de la renovada intransigencia de la policía. Cuando le llega el turno de pagar, le ruega al cajero que le dé un vale temporal para obtener el permiso de salir del tribunal: "Estoy pelado. Te lo juro, estoy pelado. No tengo los chavos. Estoy pelado". Parece avergonzado y deprimido. Me parece natural ofrecerle los diez dólares que necesita, pero no me atrevo porque podría imaginarse que lo que busco es un favor sexual.

Salgo del tribunal y tomo el tren a El Barrio, donde me encuentro con Esperanza en el patio frente a su complejo habitacional. Esperanza espera el ómnibus de la escuela de educación especial junto a un grupo de madres, entre las cuales está su hija, Sandra, quien espera a su propia hija de seis años. Sandra está en las últimas semanas de su embarazo y tiene el vientre inmenso. Me dice: "Felipe, tú vas a tener larga vida, porque le acabo de estar contando a mami el sueño que yo tuve contigo".

Esperanza está de mejor humor. Por fin han transferido a su hijo, Brian padre, a una cárcel más cercana y más fácil de visitar en Pensilvania. El ómnibus escolar llega y los niños se arrojan de él con la energía desbordante propia de los estudiantes recién salidos de la escuela en una tarde soleada. Varias de las madres amenazan con golpear a sus hijos al verlos trepar las cercas para alcanzar los espacios de césped entre los caminos de cemento del complejo de viviendas. Los niños no obedecen las amenazas y se revuelcan en las pequeñas franjas de césped prohibido.

Pocos días después del 11 de septiembre del 2001, día de la catástrofe de las Torres Gemelas, llamé a Primo para contarle que pronto haría una visita:

Primo me aconseja no viajar en avión y me cuenta que ya no se atreve a tomar el metro para ir a la clínica de tratamiento con metadona por miedo a un ataque terrorista. Intenta convencer a la enfermera de que le pida al médico dosis adicionales para llevar a casa con tal de no tener que arriesgarse a utilizar el transporte público. En el fondo se oyen los jadeos de su hijo, Primo Jr., y Primo me dice que tiene que dejar el teléfono un instante para prepararle la mamadera: "Ahora mismo soy yo el que lo cuida, porque Jasmine volvió a trabajar". Jasmine solicitó la licencia por maternidad a la que tiene derecho, pero el banco le prometió ascenderla al puesto de supervisora si continuaba trabajando. Ella aceptó el trato, pero han pasado cinco meses y aún no ha recibido el ascenso. El hijo mayor de Primo, Papito, está mejor. Se mudó a la casa de una hermana de Primo en los suburbios y consiguió trabajo en Subway, un restaurante de comida rápida.

El contratista con el que solía trabajar Primo intenta convencerlo de que vuelva al trabajo, pero no hay nadie más que pueda cuidar al bebé: "Al menos el cabrón ése ya me pagó casi todos los chavos que me debía, y me ofreció aumentarme el sueldo. Ahora me respeta un poquito más, pero quiero que se espere un rato. Puede que yo esté pelado, pero yo no soy esclavo de nadie. Además, yo tengo que estar aquí pa cuidar al nene mío. Él ya tiene cuatro meses y me necesita, tú sabes". Primo se halla entusiasmado de que le hayan reducido el tratamiento con LAAM a sólo treinta miligramos diarios. Se ha descubierto que el medicamento produce "arritmia cardíaca severa", por lo que han empezado a eliminarlo de los tratamientos contra la drogadicción. Primo tiene la esperanza de curarse pronto y dejar de depender de la heroína. En los días en que inhala un poco de droga, se asegura de cargar un frasco de orina de Jasmine o Papito en caso de que le practiquen una prueba aleatoria. Lleva más de un año sin que ninguna de sus pruebas haya dado positivo.

Varios meses después, llego a mi casa y descubro que Primo me ha dejado un mensaje urgente en mi contestador automático. Esperanza le envió una copia de mi libro a Brian padre y los administradores de la cárcel "le confiscaron el libro. Dicen que van a investigar al autor pa averiguar quién es quién". Creen que el libro puede revelar la identidad de las personas que cometieron los asesinatos con Brian, y lo están amenazando para que entregue a sus cómplices con el argumento de que los nombres saldrán a la luz de todas maneras una vez estudien el libro. Cuelgo el teléfono e inmediatamente llamo a Esperanza, a quien le aseguro que ni Brian ni la historia de los asesinatos aparecen en el texto. Además, le recuerdo que tengo un certificado federal de confidencialidad que prohíbe la utilización de los datos de mi estudio en un tribunal de justicia.

De todos modos, como medida de precaución, le envío una copia del presente epílogo a una abogada, amiga mía, que se especializa en casos federales de homicidios y narcóticos. Ella me confirma que no hay nada en el texto especialmente comprometedor, pero me aconseja que elimine toda referencia a la venta de drogas dentro de los complejos habitacionales: "Los federales se han vuelto locos. Lo único que les importa son las drogas".

En mi última visita a Nueva York, hallo a Esperanza de muy buen humor:

El hijo de Esperanza, Brian, presentó una denuncia por hostigamiento a raíz del interrogatorio al que lo sometieron el día que le confiscaron mi libro. Lo amenazaron con devolverlo a Texas si no retiraba los cargos. Retiró la acusación y ahora más bien lo van a transferir a una cárcel más cercana ubicada al lado del río Hudson. Jasmine, por su parte, recibió un ascenso al puesto de cajera principal del banco: "¡Va palante con cien corrido!". Esperanza dice que incluso le ofrecieron un ascenso adicional, pero ella lo rechazó porque no le gusta supervisar a otras personas. Una nueva psiquiatra de origen latino atiende a Esperanza en el hospital municipal. La doctora le ha dicho que el tratamiento médico que le recetaron en los últimos diez años era incorrecto: "Me va a recetal mejores medicinas y me va a dar terapia más intensiva". Esperanza me cuenta que está tan ilusionada que incluso fue capaz de manejar con tranquilidad la muerte de su madre hace tres meses:

Estábamos todos con ella, todos los hijos y los nietos de ella por parte mía. Estábamos todos allí, excepto por mi hermano, Félix. Era un viernes y ése es el día que Félix se arrebata, tú sabes, el día que él se mete un poco de perico.

Yo había llamado a Brian a la cárcel y le había dejado un mensaje diciendo que pidiera permiso pa visitar a la abuela en el hospital. Pero que en vez de eso le dieron permiso de llamar por teléfono. Cuando él llamó, ella ya tenía los ojos cerrados y había dejado de hablar. Sólo respiraba bien despacito.

El cable del teléfono no llegaba hasta la cama, entonces él me dijo que le pidiera a la abuela que lo bendijera. Y cuando yo dije: "Mamá, Brian pide bendición", mira, fue como si ella estuviera esperando que eso pasara. Ella abrió los ojos, hizo un sonido y allí mismito se murió.

Nos fuimos pa en casa de Candy y Félix estaba allí. Él como que sospechaba que algo había pasado, pero no le quisimos decir na, porque él estaba arrebatado. Él pregunte que pregunte, que cómo está la mai mía, y eso. Él sospechaba que algo había pasado, pero nosotros le cambiamos el tema y pegamos a cocinar.

Al siguiente día yo le conté lo que había pasado, y él me dio las gracias de que yo no le haiga contado la noche anteriol. Se hubiera vuelto loco. Antes Félix venía a visitar a la mai mía todos los días. Pero ahora viene y me visita a mí, todos los días.

Le pregunto a Esperanza sobre la niña del departamento de al lado que suele pedir auxilio cada vez que le pegan. Deja de sonreír. "A la verdad, no sé, Felipe; por fin vino la municipalidad y se la llevó." Le prometo hablar sobre la niña en el presente epílogo.

San Francisco, abril de 2002

Epílogo a esta edición

Me gustaría compartir buenas noticias, pero los últimos quince años únicamente les han deparado un mayor nivel de sufrimiento a los sectores de bajos recursos en los Estados Unidos. El aumento extraordinario de la desigualdad socioeconómica ha dado lugar al desplazamiento de muchísimos puertorriqueños fuera de East Harlem. Primo mismo, por ejemplo, se encuentra sin casa y ha tenido que buscar refugio en el departamento de Esperanza, una de sus antiguas suegras, con quien viven los dos pequeños hijos que tuvo con Jasmine, ahora su ex esposa. Hace poco tiempo le pregunté a Primo lo que debía escribir en este epílogo:

> *Primo*: Diles que dejé de josear y que soy una ama de casa reformada... un pai que hace de mai y de niñera.
> No, Felipe, yo te voy a decir una cosa: yo nunca más en la vida le voy a faltar el respeto a una jeba porque cuidar a un nene es bien difícil. En lo que uno de ellos pide el bibí, el otro pega a llorar porque se ensució el culero. ¡Bendito! Es un milagro cuando les puedo dar de comer a los dos y lograr que se queden tranquilos.
> Ahorita mismo yo ya ni siquiera bebo café por la mañana, porque me percaté de que me estaba haciendo perder la paciencia con los nenes.
> Yo quiero componer con estos nenes lo que yo hice con los otros dos nenes míos [señala a los dos niños, que comienzan a pelear frente al televisor]. Yo no hice nada por los dos primeros nenes que yo tuve. Yo les debo mucho y nunca me voy a olvidar de eso.

Un juez del tribunal de menores obligó al hijo mayor de Primo, Papo, a inscribirse en las fuerzas armadas estadounidenses poco después de la invasión a Irak en 2003, como requisito para desechar dos cargos pendientes de "entrada forzosa" y "violencia doméstica" levantados por su madre contra él. Para mi sorpresa, Primo apoyaba la guerra contra Irak y se enorgullecía del inminente despliegue del batallón de su hijo:

Primo: El nene mío se la pasaba haciendo pendejadas, pero ahora está mejor. Se metió en el ejército y lo están entrenando en Fort Bragg.
Philippe: ¿No te da miedo que lo maten en Irak?
Primo: Chacho, claro que sí, pero prefiero que lo maten allá y no aquí [señala la ventana]. Si lo matan en Irak, va a morir defendiendo a su país. Prefiero eso a que lo cojan preso y pase el resto de la vida en la cárcel.

Papo escapó de la guerra por muy poco. En los últimos meses de su entrenamiento militar, se casó con Providencia, "Provi", una vecina de dieciséis años. Provi padece de insuficiencia renal en un riñón, y el ejército estadounidense, temeroso de tener que responsabilizarse del cuidado costoso de una menor en caso de que Papo muriera en la guerra, le ofreció a éste la opción de dimitir. Lamentablemente, la pareja perdió el plan de salud gratuito del que disfrutaba y acabó en un albergue para indigentes de Nueva York. Por fortuna, el segundo riñón de Provi se ha mantenido saludable y la pareja se mudó a Florida a vivir con la madre de Papo. Provi encontró trabajo como auxiliar en una farmacia y Papo logró reinventarse como diseñador de páginas *web*, ocupación que le depara un módico salario gracias a los anuncios de Google que colocó en una de las páginas que diseñó, frecuentada por varios pandilleros y sus seguidores. Las compañías de ropa estilo *hip hop* son sus principales patrocinadores.

La madre de Papo, primera novia de largo plazo de Primo, ha contraído sida y está muy deteriorada. Primo se encuentra bien de salud, pero ha sido excluido permanentemente del mercado laboral legal debido a las decenas de miles de dólares en pensión alimenticia que les debe a tres de las madres de sus cuatro hijos. El estado de Connecticut vincula su número del Seguro Social a una deuda de $20 000 con el Departamento de Bienestar Público por los pagos girados a la madre de uno de sus hijos, Toto. Primo se enteró de ello tras comenzar a trabajar a tiempo completo como reparador de sistemas de aire acondicionado para una compañía administradora de edificios, luego de que lo recomendara uno de los inquilinos de la empresa para quien había instalado una caja pirateada de televisión por cable.

Primo: Me pagaban catorce pesos con setenticinco. Hubieran sido veinte pesos si me hubiera metido al sindicato. Pero tuve que renunciar porque al segundo mes pegaron a exprimirme el sueldo pa quitarme lo de la pensión. Y yo tal vez esté pelao, pero no soy ningún esclavo.
Acho, yo no sé qué voy a hacer. No puedo bregar legal hasta que pague el *welfare* que le han dado a ella. Además, ni al nene mío ni a la mai les dan los chavos que me quitan. El cheque de ellos se queda igual. Fue error mío haberles dado el número del *social* cuando él nació. Le debí haber dado chavos a la mai directamente.

Primo intenta sobrevivir arreglando las computadoras, *i-pod* y máquinas de videojuegos de sus amigos. "Yo sé arreglar el *software* y las máquinas, cualquiera de los dos". Sin embargo, la mayor parte del tiempo, cuando se halla sin dinero, acaba regresando a la venta de drogas. La heroína es la droga que le resulta más fácil de vender gracias a la seguridad que le dan los pedidos por teléfono celular. Desafortunadamente, traficar heroína ha conducido a Primo a reincidir en el consumo y ha impulsado a Jasmine, su esposa, a separarse de él. Solo con sus dos hijos en su antiguo departamento del South Bronx, Primo cayó en una profunda depresión.

Primo: A Jasmine le ha ido muy bien. La ascendieron a supervisora en el banco y mientras tanto yo no hago nada. Se cansó del bicho mío y encontró otro más grande por ahí. Pero era mucho abuso mío estar sentado allí sin hacer nada. Yo quisiera que ella no hubiera sido la que tuviera que trabajar, pero ahora sin el sueldo de ella nos vamos a morir de hambre. Y pensar que en los viejos tiempos yo ganaba como dos mil pesos semanales. Yo pude haber ahorrado doscientos pesos por día y no lo hubiera sentido. ¡Qué bobo que fui!

Seis meses después, inmerso en una lucha prolongada por ganar la patria potestad de los niños, la decadencia de Primo se tornó tan evidente que, para su sorpresa, cumplió con los requisitos para recibir un cheque del Seguro Social por discapacidad.

Al escribir *En busca de respeto*, no utilicé los conceptos de "biopoder" ni de "gubernamentalidad" desarrollados por el filósofo francés Michel Foucault (Foucault, 1981), pero las notas de campo que escribí tras mis visitas a El Barrio a mediados de la década de 2000 abundan en relatos relacionados con el efecto disciplinario de la biomedicina sobre los cuerpos y las mentes indóciles.

Primo: Las pastillas me hacen sentir mejor... más dispuesto con los nenes míos, ¿tú me entiendes? Pero hoy no me las tomé. A decir verdad, hoy tuve que llamar para cancelar la cita que tenía con el psiquiatra.
Philippe: ¿Qué medicina te están dando?
Primo: No me acuerdo del nombre, pero Esperanza leyó las instrucciones. Tú sabes, los papelitos que vienen junto con las pastillas en una letra chiquita, que uno casi no puede leer. Dicen que son pa tratar la esquizofrenia... el síndrome bipolar. [se ríe] Es increíble, ¿verdad, Felipe?

Esperanza: A mí también me están haciendo exámenes a cada rato. A veces piensan que yo soy una suicida, como yo sufro de los nervios. Ya he perdido tres nenes. Tuve que ir a la sala de urgencias el mes pasao porque un día me dieron tres ataques. Ese día me había llamado un amigo de Brian de la cárcel. Un hombre muy buena persona, que sólo habla español. Él me dijo que habían metío otra vez a Brian en el hueco. En la federal los guardias dan mucho lío, y allí los boricuas pelean con los mollos y dicen que el nene mío es líder de los boricuas. A él lo respetan mucho. Yo quiero que tú escribas un libro sobre él, Felipe.

Pero ahora no puedo hacerle una visita porque no quiero llevar a Briancito, porque sólo lo van a dejar ver a su pai a través del vidrio y eso lo pone mal. Es que como el coeficiente intelectual de Briancito es tan bajito, lo consideran retardado y autista. Yo lo llevo donde un psiquiatra todos los miércoles.

En una de mis últimas visitas a El Barrio, Esperanza acababa de ser expulsada de la terapia grupal a la que asistía después de que le dijo a una de sus compañeras, que había recibido una golpiza de parte de su hija y tenía "moretones horribles en toda la cara", que ella mataría a su hija si le propinara una paliza similar:

Esperanza: ... o la encerraría en una jaula de locas... ¡le cortaría las manos! El psiquiatra me pidió que me fuera: [con voz de enojo] "Aquí no tratamos a las personas con violencia. La violencia trae más violencia". Pero la cueruda ésa me pidió la opinión mía. Entonces yo le dije: "¿Tú quieres que yo sea una hipócrita?"
Philippe: ¿Y qué medicina te están dando ahora?
Esperanza: El otro día me la cambiaron. Yo tomo Ambien, pero no me hace nada, Sarzona, Trazodona, Buspar y Prosoni [Prosom]. Antes tomaba Zyprexa también. [Se ríe] Y a veces me metía perico también. Antes de eso me dieron Prozac por cinco años.
Pero la Prozac me hizo perder el apetito sexual. El día que nació la nena de la hija mía, ni siquiera me salieron lágrimas. Entonces dejé de tomármela.

La hija mayor de Esperanza se encontraba muy mal. Hacía poco había dado a luz a un niño sumamente bajo de peso, afectado por múltiples discapacidades físicas. El bebé pasó su primer año en el hospital, donde le realizaron, entre otras cirugías, una operación a corazón abierto. El niño vive en un complejo habitacional cercano y sobrevive gracias a "un chorro de máquinas".

Como lo demuestran estos pasajes de mis notas de campo, es evidente que el Estado intenta intervenir en los cuerpos y mentes insubordinados de las familias de los narcotraficantes mediante complejas interacciones entre la psiquiatría, el trabajo social y los procedimientos médicos y policiales de alta tecnología. Sin embargo, a la luz del desmantelamiento del Estado benefactor, quizá sea necesario replantearse el contraste que propuso Foucault entre el poder productivo disciplinario de la era moderna y el terror grandilocuente y la violencia represiva de la historia europea anterior. Bajo los regímenes más apegados al neoliberalismo, la contención física, la violencia y la desigualdad se han intensificado, y un fenómeno paulatino y creciente altera el compás de la gubernamentalidad. Los psiquiatras, los trabajadores sociales y los guardias de las cárceles no fungen como fuerzas de estabilización para los vendedores de *crack* y sus familias. Los efectos del biopoder son desiguales y a menudo contraproducentes, generadores de lo que es posible llamar "subjetividades lumpenizadas" en vez de ciudadanos saludables y obedientes (Bourgois y Schonberg, 2009).

Visito a Primo al menos una vez cada seis meses, pero cada vez que lo hago temo lo peor. Suele sobrecogerme recibir una llamada o un mensaje electrónico de parte suya. Uno de sus últimos mensajes expone el peso abrumador que poseen las fuerzas policiales en la balanza gubernamental entre la prestación de servicios y la contención punitiva. En ese entonces, Primo vendía heroína ocasionalmente para uno de sus antiguos cuñados, Raúl, desde el departamento de otra de sus ex suegras, Delia. Ella sufría una severa diabetes y había perdido ambas piernas, por lo que se hallaba postrada en cama de manera permanente.

De: "PRIMO TIMO"
Para: "Philippe Bourgois"
Asunto: en Nueva York

hola llevo libre 4 horas, ayer por la tarde cayeron los guardias donde Raúl, yo estaba solo con la mai de él en el cuarto de ella. varios guardias con uniforme tocaron a la puerta yo les abrí les dije que entraran y un chorro de guardias encubiertos entraron corriendo me agarraron y me esposaron.
insistieron que les dijera dónde estaba el material o metían a la cárcel a la mai de Raúl. yo les dije una y otra vez que yo no sabía y que yo no vivía en la casa, que yo sólo estaba de visita para ver cómo ellos estaban. después de un rato me metieron a la guagua y lograron que la hermana de Raúl lo convenciera de que se entregara pa que no cogieran presa a la mai. él se entregó les dijo dónde tenía 14 bolsas

y lo demás es historia... yo salí él tiene que pagar fianza y estamos tratando de conseguir los chavos pa fijarlo... él tiene varios miles de pesos guardados. pero no sabemos si eso va a ser suficiente ni cuánto tiene que pagar de fianza.

Hace dos meses, Delia murió por complicaciones ligadas a la diabetes y Raúl perdió el departamento debido a su expediente criminal. Mi respuesta al mensaje de Primo ilustra con igual claridad los efectos abusivos que tiene la guerra contra las drogas en el plano personal. El mensaje se refiere a mi nuevo proyecto de estudio en la zona de mayor concentración de habitantes puertorriqueños en el norte de Filadelfia. Según el censo de 2000, en la sección censal donde alquilo un departamento, el 78 por ciento de los residentes son latinos, mientras que el 59 por ciento de los hogares viven bajo la línea oficial de pobreza (Karandinos, 2010).

De: "Philippe Bourgois"
Para: "PRIMO TIMO"
Asunto: Re: en Nueva York

¡Qué increíble! Lo siento mucho.
Qué casualidad, yo llevo libre 4 días. Pasé una noche encerrado en la cárcel. Los policías de Fili me esposaron y después me quebraron las costillas (así como suena) en mi nuevo lugar de trabajo. Me acusaron con un cargo falso de tirar drogas antes del arresto y ahora tengo que contratar un abogado. ¡¡¡Estoy enojadísimo!!!

La expansión de las fuerzas policiales representa la política más agresiva del gobierno estadounidense para combatir la pobreza. Desde la década de 1970, el número de personas encarceladas en los Estados Unidos se ha cuadruplicado, pero desde finales de los años ochenta las cárceles han abandonado las estrategias de rehabilitación que predominaron en los años setenta y se han reorganizado en torno al modelo del castigo y la coerción. Casi todos los hijos adolescentes y adultos de los vendedores de *crack* retratados en estas páginas se hallan encarcelados o en un régimen de libertad bajo palabra, y las hijas están enamoradas de jóvenes encarcelados o recién salidos de la cárcel. Además de las cárceles, el estado de guerra es un gran consumidor de las poblaciones lumpenizadas. Bajo la sombra de las prisiones, servir de manera voluntaria en las fuerzas armadas se ha convertido en el vehículo legal mejor financiado para la redención –si no para la superación socioeconómica– de los adolescentes en la *inner city*.

Notas

INTRODUCCIÓN

1 El término "barrio" no se utiliza de modo genérico en Nueva York para describir un vecindario predominantemente latino como en el oeste y el suroeste de los Estados Unidos. En Nueva York, "El Barrio" se refiere específicamente a East Harlem.

2 El *crack* se produce a partir de cocaína en polvo (hidrocloruro de cocaína) mediante un proceso que consiste en disolver la cocaína en agua hirviendo, añadir bicarbonato de sodio y dejar que la mezcla se enfríe hasta formar un gránulo duro que cruje (o hace "crack") al entrar en contacto con el fuego. En la ciudad de Nueva York, el *crack* suele fumarse en cilindros de vidrio conocidos como "tallos", que tienen cinco pulgadas de longitud y aproximadamente una pulgada de circunferencia. Estas pipas idiosincrásicas se venden clandestinamente por un dólar en los almacenes. El fumador de *crack* coloca la droga en un cedazo, introduce el cedazo en el extremo del tallo e inclina el cilindro hacia arriba, listo para fumar. Inmediatamente después de la inhalación, el *crack* produce una ráfaga eufórica de un minuto y medio, comparable pero presuntamente superior a la que proporciona una inyección de cocaína en una vena principal. Los fumadores empedernidos de *crack* acostumbran emprender "misiones", o juergas prolongadas, que se extienden a lo largo de varios días en los que no comen ni duermen (Williams, 1992). Por su parte, los que se inyectan cocaína pueden llegar a "pincharse" decenas de veces en una sola sesión, lo que convierte su cuerpo en una masa ensangrentada de agujeros y moretones.

3 En mi distrito policial (#25), el delito violento (homicidio, violación y robo a mano armada) aumentó un 41 por ciento entre 1984 y 1988. En todo Manhattan, sólo Hell's Kitchen (cerca de Times Square, en la calle 42) y ocasionalmente Washington Heights tuvieron índices de delincuencia más altos que East Harlem en este período (*New York Daily News*, 23 de enero de 1989: 18).

4 Véase el *New York Times*, 8 de agosto de 1993: A1, A18. Justo antes de que yo dejara Nueva Cork, en 1991, los dueños de dos de las casas de *crack* que estudiaba transformaron sus locales en expendios de heroína. El precio regular de la heroína solía ser de $10 por un sobre de 1,5 por 0,75 pulgadas que contenía una pizca de polvo blanco semejante al azúcar refinado. En 1994, una "compañía" de El Barrio rebajó su precio a $5, a la vez que la mayoría de los fabricantes purificaron su producto. No obstante, esta transición del *crack* a la heroína, a mediados de los años noventa, tuvo pocas consecuencias para la economía subterránea, al menos en el plano organizativo. Los proveedores sencillamente intercambiaron una sustancia ilegal por otra.

5 Para calcular las tasas de pobreza en las cuadras circundantes, combiné dos secciones del U. S. Census Bureau [Censo de Población y Vivienda] de 1990. También usé las cifras del New York City Department of City Planning [Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York], marzo de 1993.

6 En 1989, cerca del 37 por ciento de los residentes de El Barrio recibía alguna combinación de asistencia pública, Ingreso Complementario de Seguro Social (SSI) y Medicaid (Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, septiembre de 1990: 221, y Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, marzo de 1993).

7 El auge de la producción de cocaína en Suramérica y opio en Asia que tuvo lugar a finales de los años ochenta y principios de los noventa ofrece un claro testimonio de la expansión explosiva del narcotráfico a nivel internacional (véase Rensselaer W. Lee III, 1991; *New York Times*, 8 de agosto de 1993: A1, A18).

8 El polvo de ángel, conocido como PCP o "*zootie*", es un tranquilizante para animales. Se esparce sobre hojas de menta que luego se fuman. Este narcótico azotó múltiples ciudades estadounidenses a mediados de la década de 1970 y conserva cierta popularidad en El Barrio.

9 En 1990, la tasa oficial de desempleo en Nueva York era del 10 por ciento para los hombres y del 5,7 por ciento para las mujeres (Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, marzo de 1993). El *New York Times* asegura que, de todas las grandes urbes estadounidenses, únicamente Detroit tuvo una tasa de ocupación menor que la de Nueva York. Sólo el 55 por ciento de la población en edad productiva en Nueva York tenía empleo en 1994, en comparación con el 66 por ciento a nivel nacional (*New York Times*, 18 de febrero de 1994: A1, A12).

10 Desde luego, muchas de las mujeres distanciadas de la fuerza laboral cuidaban niños pequeños y otras eran estudiantes.
Calculé estas cifras a partir de datos publicados en los siguientes documentos: Censo de Población y Vivienda de 1990, datos desagregados por sección censal; Censo de Parámetros de Desarrollo Económico de 1990, datos desagregados por sección censal; y Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, marzo de 1993.

11 Véase Bourgois, 1990, y Robinson y Passel, 1987.

12 Comunicación personal, Kevin Kearny, subdirector de investigación, NYCHA. Véase también el informe del New York City Housing Authority, Department of Research and Policy Development [Instituto Neoyorquino de Vivienda, Departamento de Investigación y Desarrollo de Políticas] , 1988.

13 Starobin, 1994.

14 Parámetros de Desarrollo Económico, Censo de 1990, datos desagregados por sección censal. Para una discusión sobre las estrategias que emplean las familias de Chicago para complementar las pensiones públicas, véase Edin, 1991.

15 El *jazz* es un buen ejemplo de una forma cultural creada por la cultura callejera de la que, a la postre, la elite cultural se apropió.

16 En pleno apogeo de la epidemia de *crack*, el almacén de una familia palestina en la intersección de la calle 110 con la avenida Lexington vendía 120 copias de la edición dominical del *New York Times*. Es un indicio simbólico de la presencia de una población alineada con las corrientes dominantes, incluso en los "puntos de capeo" más enérgicos de East Harlem.

17 C. Rodríguez, 1995.

18 Benmayor, Torruellas y Juarbe, 1992; Katz, 1986; Rainwater, 1994; Stansell, 1987, y Ward, 1989.

19 Como anota la antropóloga Nancy Scheper-Hughes en su etnografía sobre un arrabal brasileño (1992: 172): "Cuando un antropólogo niega, porque implica una posición privilegiada (por ejemplo, el poder del forastero para nombrar un mal o un agravio) y porque no es bello, el punto en el que las personas dominadas pueden llegar a desempeñar el rol… de sus propios verdugos, aquél en efecto colabora con las relaciones de poder y el silencio que permiten que la destrucción se perpetúe".

20 Véanse Behar, 1993; Portelli, 1991, y Rosaldo, 1980. La edición de los relatos orales siempre es un proceso difícil, sobre todo cuando las grabaciones están en el idioma callejero, cuya gramática y vocabulario difieren de los del lenguaje académico. Una de las mayores complicaciones en el proceso de edición es la imposibilidad de transmitir por escrito la dimensión teatral del habla coloquial. Sin la puntuación estilizada y compleja del lenguaje corporal, además de la entonación y la expresión facial, muchos de los relatos de los vendedores de *crack* parecen monótonos (y en ocasiones incoherentes) en la página impresa. Por lo tanto, frecuentemente eliminé redundancias, frases superfluas, pensamientos incompletos y en ocasiones pasajes enteros, para recuperar el efecto coherente, y a menudo poético, que ese mismo pasaje transmitía en su narración original. De vez en cuando, para clarificar el sentido, añadí palabras e incluso verbos y sujetos para formar oraciones a partir de fragmentos. En ocasiones también uní conversaciones sobre el mismo tema para que aparecieran como un solo diálogo en el texto, aunque las discusiones se hayan efectuado a lo largo de varios meses o años. En pocos y rarísimos casos, a los fines de la brevedad, incorporé a varias personas en un solo personaje.
Dicho todo esto, cabe aclarar que hice todo lo posible por mantener la gramática, el vocabulario expresivo y las formas transcriptas del español que componen el rico lenguaje de los puertorriqueños nacidos en Nueva York que participan de la cultura callejera de El Barrio. Espero, sobre todo, haber respetado su mensaje. Nuestras conversaciones solían ser en inglés, con algunas palabras en español que ellos intercalaban como un modo de afirmar su identidad puertorriqueña.

21 Véase la crítica de Scheper-Hughes y Bourgois, 2004: 1-32.

22 Véase la crítica de Wacquant, 2002.

23 G. Lewis, 1963, citado por Rodríguez, 1995.

24 Harvey, 1993; Katz, 1986; O. Lewis, 1966; Moynihan, 1965; Rainwater y Yancey, 1967, y Wilson, 1987.

25 Véanse Bourdieu, 1980; Devine, 1996; Foley, 1990; Fordham, 1988; Gibson y Ogbu, 1991; MacLeod, 1987, y Willis, 1977: sólo unos ejemplos de académicos que han teorizado sobre los campos de producción cultural y escrito etnografías críticas sobre la educación.

26 En realidad, decidí excluir varias conversaciones y observaciones que, pensé, proyectarían una imagen exageradamente negativa de los vendedores de *crack* y sus familias fuera de su debido contexto. La mayor parte de las descripciones que "censuré" tenían que ver con actividades sexuales. En varios casos, sentí que los pasajes eran indudablemente pornográficos. También quise respetar la privacidad de los personajes principales y me aseguré de discutir estos problemas en profundidad con todos ellos. Únicamente una persona me pidió que eliminara una sección del epílogo, solicitud que desde luego atendí. Los problemas de selección, edición y censura tienen inmensas ramificaciones políticas, éticas y personales que los etnógrafos deben afrontar continuamente sin que jamás puedan confiar en su plena resolución.

27 Scheper-Hughes, 1992: 25, y Wolf, 1990.
28 Nader, 1972.

1. ETNIA Y CLASE: EL APARTHEID ESTADOUNIDENSE

1 La esquina de la Calle 110 y Lexington aparece de modo recurrente en la prensa local y nacional, que la han caracterizado como "el patio de recreo del diablo" y como "la esquina más perversa y colmada de drogas" de Nueva York. Sólo en 1990 el lugar cosechó publicaciones fotográficas en *National Geographic* (Van Dyk, mayo de 1990), *The American Lawyer* (Frankel y Freeland, marzo de 1990) y el *New York Daily News* (19 de octubre de 1990: 1). Cuando investigué los documentos legales de bienes raíces relacionados con el Club Social de Ray, descubrí que la Municipalidad de Nueva York le había confiscado el edificio a su dueño original, que era italiano, por no pagar los impuestos, y se lo había donado a Operación Ciudad Abierta, una fundación sin fines de lucro que construye viviendas para familias con bajos ingresos. Los recortes en su presupuesto impidieron que esta organización desarrollara el sitio. Ray, por su parte, continuó pagándole el alquiler al italiano anciano, que por supuesto ya no era el dueño de la propiedad.
2 4 de mayo de 1989: 4.
3 Irónicamente, a principios de los años noventa los únicos sobrevivientes de la catástrofe social en la esquina de La Farmacia eran dos familias palestinas refugiadas, dueñas de los almacenes que estaban frente al Club Social-casa de *crack* de Ray. Con el tiempo, estos exiliados de Oriente Medio expandieron sus negocios y se involucraron en el mercado inmobiliario, pues compraron los pocos *tenements* de la avenida que quedaban en pie. Desde ahí llevaban a cabo negocios rápidos con cerveza, dulces y accesorios para el consumo de drogas: ampollas plásticas para almacenar *crack* y cocaína, tallos de vidrio para las pipas de *crack*, etc.
4 "Cheeba" es otro nombre que se le da a la marihuana en Nueva York.
5 La pandilla usaba con ironía la frase *mafia boba* para referirse a la facilidad con que se aprovechaban de las personas desprevenidas: "Todos pensaban que éramos unos mamaos, pero en veldá teníamos maña. Nosotros sabíamos cómo funcionaban las cosas. Ray empezaba a gritar:'¡La mafia boba a botellazo limpio!' y agarrábamos botellas y se las tirábamos a quien fuera, un pato, un *punk*, cualquier pelsona que no nos cayera bien".
6 En Nueva York, un "bóndol" o "bondo" (del inglés *bundle*) es una cantidad preestablecida de drogas empaquetadas para la venta al por menor. El número de paquetes que tiene un bóndol cambia según el costo y el tipo de droga. Por ejemplo, un bóndol de heroína contiene 10 fajos de $10, mientras que uno de *crack* tiene 25 ampollas de $5 cada una o 55 ampollas de $3 cada una. Los pagos a los *dealers* rondan el 1 por ciento de las ganancias por cada bóndol vendido. En el caserío frente al Salón de Juegos, un vendedor y su vigilante ganaban $20 por cada bóndol de 55 ampollas de *crack* que vendían a $3 por ampolla.
7 Véase Bourgois, 1989b. El dueño jamaiquino de una casa de empeño que vendía cocaína en polvo a la vuelta del Salón de Juegos le pegó un tiro en la rodilla a uno de sus empleados por robarle parte de las ventas de una noche, según me contó Primo: "Los jamaiquinos no se andan con miramientos como los puertorriqueños". Los vendedores de drogas jamaiquinos tenían fama de ser extremadamente brutales (véase Gunst, 1995).

8 Este caserío forma parte de una franja continua de complejos habitacionales que cubre un perímetro de treinta y dos manzanas a la redonda desde East Harlem hasta Central Harlem, con una población aproximada de 17 800 personas.
9 Recién dos años más tarde por fin logré tener acceso a este expendio de *crack*, al hacerme amigo del cabecilla, Tito, un muchacho de veintiún años que en una disputa por el control de la cuadra le disparó a su hermano en la espina dorsal y lo dejó paralítico de por vida. Tito tenía un talento extraordinario para el *graffiti*. Decoró los seis *tenements* abandonados y enladrillados de su cuadra con murales que glorificaban su vida en el narcotráfico, entre ellos un autorretrato en forma de caricatura en el que aparecía cubierto con cadenas de oro (véanse las fotos en las páginas 38, 174 y 290). Vivía con su abuela en uno de estos edificios abandonados. Su padre había sido asesinado, y conocí a su madre, que era adicta a la cocaína, en una ocasión en que vino a visitarlo a East Harlem. El día que me conoció intentó esconder las cicatrices que tenía en las manos como consecuencia de sus frecuentes inyecciones. Con el respaldo cariñoso de su abuela, intenté poner a Tito en contacto con diversas galerías artísticas de Nueva York. El mundo artístico neoyorquino nos acogió con poco más que frialdad, y en medio del proceso Tito perdió el control de la cuadra y desapareció en una nube de polvo de ángel.
10 Me mudé a El Barrio en marzo de 1985 y viví allí con mi familia hasta septiembre de 1990. Por razones económicas tuvimos que pasar varios semestres académicos fuera de Nueva York, de manera que el total de tiempo que estuvimos físicamente en el vecindario fue de tres años y medio, dos de ellos (de 1988 a 1990) ininterrumpidos. El primer año después de dejar El Barrio (de septiembre de 1990 hasta agosto de 1991) vivimos en West Harlem frente al Parque Morningside y continué visitando las casas de *crack* de Ray al menos dos noches por semana. Luego de mudarme a San Francisco a finales de 1991, me he mantenido en contacto con varios de los protagonistas de este libro, y nunca visito Nueva York sin ver a Primo. En la primavera y parte del verano de 1994, pasé casi dos meses en Nueva York; en ese tiempo, visité con regularidad a Primo y a otros amigos de East Harlem.
11 Bensonhurst es un vecindario italiano de clase trabajadora en Brooklyn. El 23 de agosto de 1989, un grupo de jóvenes blancos del vecindario mató a Yusuf Hawkins, un afronorteamericano de dieciséis años que viajó a Bensonhurst a comprar un automóvil usado anunciado en el periódico local. Los jóvenes creyeron que el muchacho era novio de una joven italiana de la cuadra (*New York Times*, 25 de agosto de 1989: A1, B2).
12 A la larga, la facción puertorriqueña de la mafia le arrebató el negocio de bolita a la familia Genovese. El administrador puertorriqueño de este imperio, valorado en $30 millones, cayó preso en 1994 (*New York Times*, 21 de abril de 1994: A13).
13 En una ocasión, frente al Salón de Juegos, una bala perdida rebotó a nuestro lado en la cuneta. Consideré omitir este incidente por miedo a presentar mi experiencia con la violencia local de un modo narcisista o sensacionalista. De hecho, nunca me llegué a sentir en peligro inminente de recibir un disparo. Al mismo tiempo, mis grabaciones están repletas de sonidos de disparos. En mi primera ronda de ediciones, el material se sentía tan inmediato que no se me ocurrió transcribir estos sonidos; más bien los manejé como si fueran interferencias o ruidos del tráfico.
14 Taussig, 1987.

15 En su estudio sobre el sur de Chicago, Loïc Wacquant (1993a) se refiere a esta dinámica como "la despacificación de la vida diaria". Wacquant relaciona este proceso con factores económicos y políticos tales como el desmoronamiento de la infraestructura y los servicios públicos en los albores de la desindustrialización. Véase también la discusión de John Devine (1996) sobre la cultura de la violencia en las escuelas secundarias neoyorquinas de bajos recursos.

16 El censo de 1990 registra a la sección censal donde crecí como la más acomodada de Nueva York. Ese año, el ingreso familiar promedio ($249 556) era más de once veces mayor que el ingreso familiar promedio de la sección censal donde viví en El Barrio ($21 000). El promedio del ingreso familiar era más de trece veces mayor (*New York Times*, 20 de marzo de 1994: A6, y Censo de Población y Vivienda de 1990, estadísticas por manzana).

17 Al Sharpton es un reverendo afronorteamericano de Nueva York que captó la atención de los medios a principios de los años noventa con sus excéntricas denuncias del racismo y sus movilizaciones colectivas contra la discriminación.

18 Véase, por ejemplo, el *New York Times*, 23 de marzo de 1990: A1, B4.

19 César tenía plena conciencia de la hipocresía y el sensacionalismo que impulsaban la histeria antidrogras en las décadas de 1980 y 1990 en los Estados Unidos, una ola de pánico que se vio acompañada por enérgicos debates acerca del aborto y los "valores familiares":

César: Con tal de que tú tengas chavos pa organizar una campaña y hacer propaganda, tú podrías ser cualquier perico de los palotes. Todo lo que tú tienes que hacer es gritar: "¡Drogas!", y rápido votan por ti.
El aborto y las drogas son lo mejor que le ha pasado a los políticos de este país.
¿Por qué tú crees que la gente vota por ellos? Mira lo que está pasando en Idaho con todos los burócratas ésos que prometen que van a abolir el aborto.
Aquí en Nueva York hay un problema con las drogas y lo único que tú tienes que decir es: "Voy a detener el flujo de drogas. ¡Contratemos más policías!". Y te dan el trabajo.

A mediados de los años noventa, César pudo haber dicho lo mismo sobre el "crimen violento", las "madres solteras dependientes de la asistencia social [*unwed welfare mothers*]" o los llamados "inmigrantes ilegales", y su denuncia habría sido igual de válida.

20 *New York Times*, 16 de noviembre de 1988: A1, B5. La estrategia de la unidad TNT luego se declararía un fracaso. El equipo se desmanteló en 1994.

21 Ese año en particular, el grupo de caseríos donde vivía María tuvo la mayor tasa de homicidios de todos los complejos habitacionales de Manhattan.

22 Véase C. Rodríguez, 1989, capítulo 3, para una discusión sobre las relaciones raciales entre los puertorriqueños.

2. UNA HISTORIA DE LAS CALLES DE "EL BARRIO"

1 Marsh, 1932: 362.

2 Meléndez, 1993: 43-44. En realidad, sólo el 40 por ciento de la población puertorriqueña recibía cupones alimenticios porque los residentes de la isla tienen condiciones más estrictas que los del resto del país (General Accounting Office, 1992; comunicación personal de Ann Gariazzo, Food and Nutrition Service, Gobierno de los Estados Unidos).

3 Quintero-Rivera, 1984: 5-12.

4 Le agradezco a Eric Wolf sus comentarios respecto a las imágenes y categorías del jíbaro.

5 Véanse Bonilla y Campos, 1986; Dietz, 1986; Centro de Estudios Puertorriqueños, History Task Force, Hunter College, 1979.

6 *New York Times*, 20 de febrero de 1995: A4.

7 Robinson y Passel, 1987.

8 C. Rodríguez, 1989.

9 Romo y Schwartz, 1993.

10 *Caribbean Business*, 29 de noviembre de 1990, citado por Cabán, 1993, nota 21. Por medio de una práctica conocida como "transferencia de precios", las empresas multinacionales trasladan a Puerto Rico los ingresos producidos por sus plantas internacionales para evitar mayores cargas tributarias. Una brecha en la legislación les permite a sus subsidiarias internacionales comprar los productos fabricados en Puerto Rico a precios inflados (véanse Meléndez y Meléndez, 1993: 8, y Dietz y Pantojas-García, 1993: 114).
En 1988, las firmas estadounidenses en Puerto Rico obtuvieron $8,9 billones en ganancias, aproximadamente el 19,7 por ciento del total de los ingresos percibidos a través de la inversión internacional directa (Cabán, 1993: 29).

11 El gobierno estadounidense prohibió el uso del español en las escuelas superiores puertorriqueñas hasta 1934.

12 Rosenberg, 1990. Véanse también el folleto del Institute for Puerto Rican Policy [Instituto para Política Puertorriqueña], 1992; Lemann, 1991; Moore y Pinderhughes, 1993: xix; Departamento de Planeamiento Urbano de la Ciudad de Nueva York, 6 de diciembre, 1993; Rivera-Batiz, 1994; Rivera-Batiz y Santiago, 1994.
Las estadísticas de los caseríos ubicados frente al Salón de Juegos corroboran las cifras a escala nacional que demuestran el grave nivel de pobreza de los inmigrantes puertorriqueños. Según un censo realizado en 1989 por el Instituto Neoyorquino de Vivienda (que desde luego es inexacto, pues el precio del alquiler se fija como un porcentaje del ingreso familiar), los hogares afronorteamericanos percibían en promedio al año más de $3000 que los hogares puertorriqueños ($12 557 contra $9301) (Dirección de Vivienda de la Ciudad de Nueva York, Departamento de Investigación y Desarrollo de Políticas, 1 de enero de 1989). Según los datos oficiales, esta brecha en los ingresos se redujo a cerca de $2000 ($13 803 contra $11 489) en 1993. (Dirección de Vivienda de la Ciudad de Nueva York, Departamento de Investigación y Desarrollo de Políticas, enero de 1993).

13 Giachello, 1991; Institute for Puerto Rican Policy, 1994; Rosenwaike, 1983.

14 El nombre poco auspicioso de Bahía de Hell Gate proviene de los remolinos y las hondonadas del East River en este punto de su curso (Bolton, 1922).

15 Bolton, 1922: 68-74; Janvier, 1903: 79-81.

16 Rubinson, 1989; véase también el *New York Times*, 3 de mayo de 1931: 14.

17 Fischler, 1976; Rubinson, 1989; Tilley, 1935.

18 Véanse Concistre, 1943: 16; Corsi, 1925: 90-92; Marsh, 1932: 50; Tilley, 1935: 32.

19 Corsi, 1925: 90, citado por Tilley, 1935: 32. El Censo de 1920 registró un total de 276 641 residentes en East Harlem: 43 642 rusos, 41 879 italianos, 8791 afronorteamericanos, 8088 austriacos, 6769 irlandeses, 6117 polacos, 4367 alemanes, 3706 húngaros y 1382 finlandeses. (Frank Vardi, del Departamento de Planeamiento Urbano de la Ciudad de Nueva York, tuvo la generosidad de proporcionarme estas estadísticas.)

20 Tilley, 1935: 199.
21 Mayor's Comité on City Planning [Comité de Planeamiento Urbano del Alcalde], 1937: 16, citado por Cordasco y Galatioto, 1970:31 y 309-10; Meyer, 1989: 7.
22 Orsi, 1985: 14.
23 Marsh, 1932: 186.
24 Orsi, 1985: 54. Los italianos cobraron venganza de los feligreses irlandeses y los parroquianos alemanes trayendo del sur de Italia una estatua de la Virgen María revestida con joyas que datan de la época del Renacimiento. La estatua, bendecida personalmente por el Papa, convirtió a la iglesia en un santuario con poderes de curación. Hasta la fecha, cientos de peregrinos de todo Nueva York llegan a la iglesia cada año para acompañar a la estatua en un desfile por las calles de East Harlem.
Presencié la fase contemporánea del ciclo de conflicto interétnico en la iglesia cuando llevé a bautizar a mi hijo de un año. Los puertorriqueños brillaban por su ausencia en las sesiones de práctica para el bautismo, realizado por el sacerdote italonorteamericano de turno. Un corillo de matronas italianas ancianas se quejaban de los modales "corrientes" de los parroquianos puertorriqueños. Las enfurecía sobre todo la más reciente "invasión" de peregrinos haitianos que vinieron de Brooklyn a adorar la estatua renacentista. Estaban preocupadas por la seguridad de la estatua y consideraron restringir el acceso de los haitianos a la nave de la iglesia.
25 Kisseloff, 1989: 343. En 1990, las autoridades clausuraron las últimas dos cuadras de Pleasant Avenue al descubrir desechos tóxicos en una fábrica de alambre abandonada. El incidente sucedió al final de un prolongado escándalo relacionado con un plan fraudulento de renovación urbana que involucró un proceso judicial entre Procter and Gamble y un contratista de la mafia italonorteamericana (*New York Daily News*, 18 de octubre de 1989: 37; *New York Daily News*, 10 de julio de 1990: 22; New York City Department of Environmental Protection [Departamento de Protección Ambiental de Nueva York] , 1990; *New York Times*, 15 de junio de 1986: 6). Un grupo de vagabundos adictos se apropió de la fábrica y la convirtió en guarida para fumar *crack*. En 1900, un periodista mencionaba a un grupo de personas que "recogían basura y chatarra y empacaban todo en periódicos para venderlo" (Kisseloff, 1989: 343); en la década de los ochenta, estos adictos al *crack* arrancaron el forro de asbestos de la tubería interna de la fábrica para vender el metal como chatarra.
26 Orsi, 1985: 160.
27 *New York Times*, 16 de mayo 1893: 9.
28 Marsh, 1932: 65, 64, 49.
29 Thrasher, 1936: 74.
30 Covello y D' Agostino, 1958: 43, citado por Orsi, 1985: 161.
31 Cordasco y Galatioto, 1970: 307. Irónicamente, los padres de estos judíos racistas y clasistas no sólo eran socialistas, sino que además, una generación atrás, su propia "impureza racial" incitó la huida de los residentes blancos del distrito. "Todos los alemanes... se han ido, excepto doce. Se han mudado al Bronx... y a otros lugares. Señalan como su motivación las condiciones indeseables que imperan en el vecindario desde la llegada de judíos e italianos" (Marsh, 1932: 356).
32 Archivos del Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York facilitados por Frank Vardi.
33 Marsh, 1932 : 49, 62.
34 *Time Magazine*, 4 de noviembre de 1946: 24-25. Para una discusión sobre los motines interétnicos, véanse Meyer, 1989: 123-24; Covello, 1958: 237-43.

35 Chenault, 1938: 123, citado por Schepses, 1949: 56.
36 Tras la invasión de 1898, Estados Unidos transformó el modo de escribir Puerto Rico a Porto Rico para reflejar la pronunciación anglófona del nombre de la isla.
37 Marsh, 1932: 55.
38 Cimilluca, 1931: 30.
39 Leonard, 1930: 9, citado por Tilley, 1935: 38.
40 Armstrong, Achilles y Sacks, 1935: 57, citado por Schepses, 1949: 57.
41 Lait y Mortimer, 1948: 126-27.
42 Tilley, 1935: 34, 48-49.
43 Marsh, 1932: 49.
44 *New York Herald Tribune*, 15 de diciembre de 1946: 36.
45 Marsh, 1932: 421-22.
46 Thrasher, 1927, 1932, 1936. Véase además la extensa bibliografía de Meyer sobre el Harlem italiano (Meyer, 1989: 292-94).
47 King, 1961; Levitt, 1965; Levitt, Loeb y Agee, 1952.
48 Véanse Rivera, 1983; V. Rodríguez, 1992; Thomas, 1967. Véanse además las discusiones de Acosta-Belén, 1992; Flores, 1993, y C. Rodríguez, 1995.
49 Tilley, 1935: 192, 32.
50 *New York Times*, 18 de marzo de 1957: A1, 29,30.
51 Vergara (1991a; 1991b) documenta cómo los planes contra la pobreza en Nueva York deliberadamente reconcentraron a las familias pobres en el sur del Bronx hacia finales de los años ochenta. Véase el análisis de Wacquant, 1995.
52 Community Service Society, 1956.
53 Ibíd.: 11-12.
54 Concistre, 1943: 74.
55 Marsh, 1932: 61.
56 Reed, 1932: 18.
57 Marsh, 1932: 61-62.
58 Cimilluca, 1931, citado por Tilley, 1935: 32-33; Durk y Silverman, 1976.
59 Reinarman y Levine, 1989.
60 Frankel y Freeland, 1990; Van Dyk, 1990. Véase el capítulo 1, nota 1.
61 Dumpson, 1951: 42-43.
62 *New York Daily News*, 19 de octubre de 1990: A1.
63 Ob. cit.
64 Dumpson, 1951: 40.
65 Thrasher, 1936, citado por Concistre, 1943: 66.
66 Reed, 1932: 32.
67 *New York Times*, 16 de mayo de 1893: 9.
68 *New York Times*, 29 de enero de 1947: A4.
69 Reed, 1932: 32.
70 *New York Herald Tribune*, 15 de diciembre de 1946: 36.
71 Marsh, 1932: 354-55; véase también Kisseloff, 1989: 367.
72 Años más tarde, un puertorriqueño le arrebató a Fat Tony el negocio local de bolita. Véase la nota 12 del capítulo 1 y el *New York Times*, 21 de abril de 1994: A13.
73 *New York Daily News*, 18 de octubre de 1989: 37. La facilidad con que Fat Tony pagó los $2 millones de fianza indujo a la Corte Suprema de los Estados Unidos a modificar las leyes federales y autorizar la detención preventiva sin derecho a fianza de criminales considerados peligrosos (*New York Times*, 28 de mayo de 1987: A22).
74 Vince Rao apareció en la primera página del *New York Times* en los años cincuenta, cuando cayó preso con seis cargos de homicidio y hurto mayor

por los que nunca se lo condenó (*New York Times*, 18 de noviembre de 1957: A1).

75 O'Brien y Kurins, 1991; *New York Times*, 21 de marzo de 1987: A31. *New York Times*, 30 de abril de 1988, A34; *New York Times*, 14 de octubre de 1988: B3; *New York Times*, 23 de enero de 1990: B3; *New York Times*, 5 de marzo de 1990: B1; *New York Times*, 21 de enero de 1991: B3.

76 O'Brien y Kurins, 1991 : 335.

77 *Drug Enforcement Administration*, 1988. En un foro sobre drogas celebrado en mayo de 1990 en la sede de Westbury de la Universidad del Estado de Nueva York, Francis Hall, fundador del Equipo Táctico Antinarcóticos (TNT) y veterano de treinta y cinco años de la División de Narcóticos de la Policía de Nueva York, declaró: "No se dejen engañar por estas conferencias de prensa (y yo he participado en muchas de ellas): hoy en día hay más cocaína que nunca en Nueva York, sin lugar a dudas.

En agosto, en una casa de departamentos en Forest Hill, en Queens, decomisamos 2250 kilos de cocaína, una cantidad escalofriante de droga. ¿Qué impacto tuvo ese decomiso sobre la disponibilidad de cocaína en la calle? Ninguno en absoluto. Ni el más mínimo. Y mientras dábamos la conferencia de prensa en el cuartel general, a pocos pasos del edificio la gente vendía cocaína.

Incluso tenemos razones para creer que la South Florida Task Force [Unidad Operativa del Sur de Florida] , establecida por el presidente Reagan en 1981 y administrada por el entonces vicepresidente Bush, ha incrementado el tráfico de cocaína en vez de disminuirlo. Y puedo decir esto porque sabemos que los traficantes de marihuana abandonaron ese negocio, pues para cargar la marihuana hasta el sur de Florida necesitaban un volumen inmenso. Dejaron ese negocio y se metieron en el negocio de la cocaína. Un kilo de cocaína, 2,2 libras, ocupa más o menos la mitad del espacio que ocupa un paquete de azúcar de 2 kilos".

3. LA ADMINISTRACIÓN DE UNA CASA DE CRACK

1 "007" es la marca de una cuchilla plegable de gran porte con mango de madera.

2 Meses después, Candy me aclaró que la mujer con la que Félix "andaba jangueando" era su hermana, y que su tobillo no se lesionó por la caída sino por el cuchillo que ella le tiró.

3 Véase la discusión sobre el compadrazgo y las relaciones rurales de trabajo en Wolf, 1956.

4 El término "moreno" se utiliza para diferenciar a los afronorteamericanos de los negros puertorriqueños.

5 En privado, César admitía que se sentía intimidado por la violencia de las calles. Algunas de sus sensaciones se asemejaban a los síntomas del trastorno por estrés postraumático (TEPT):

César: La gente se vuelve loca cuando el verano empieza a calentar y a veces me da miedo salir a la calle.

¡Te lo juro! Hoy casi no vengo a trabajar porque el ambiente se ha puesto demasiado jevi. Yo no quiero salir a comprar un paquete de papas tostadas y que me mate una bala perdida.

¡Palabra, pana! El otro día estalló un cohete cerquita de mí y yo me tiré al piso. Iba caminando con mi jeba, Carmen, y ¡fuácata! Y yo grité: "¡Mielda!". Yo andaba petro; me tiré a la acera y se me puso la piel de gallina.

Ya han matado a varios tipos en frente mío. Y no es bonito, tú sabes; no hay manera de que tú te puedas defender.

Una vez yo iba caminando con mi jeba por Jefferson Park. Íbamos cruzando el puentecito ése pa cruzar pal otro lado de la [autopista] FDR, pa caminal a orillas del río y pasar a la Isla Ward. Lo conoces, ¿no?, ese puente donde el año pasado pa Halloween rebanaron a un pordiosero con un cuchillo de carnicero [*New York Times*, 4 de noviembre de 1990: A39].

Philippe: Ah, sí, ¿donde encontraron a esa nena el mes pasado, la colombiana que estrangularon y apuñalaron y violaron? [*New York Times*, 26 enero de 1991: A27].

César: Sí. Íbamos cruzando ese puente porque yo le iba a hacer sexo a ella, ¿ves?

Y tres panas iban caminando delante de nosotros como a cinco metros. Ellos iban hablando y yo y mi jeba íbamos hablando y de repente, el más alto de los tres tipos sacó una pistola y se la pasó al más bajito. Eran dos panas bajitos y uno más alto. Y el más bajito cogió la pistola y le disparó al tercero en la cabeza.

Yo y mi jebita quedamos congelados, más pálidos que un fantasma. Estábamos tan asustados que ni pegamos a correl ni nada. Nos quedamos tiesos.

Entonces, cuando el tipo del medio cayó al piso, el chiquito le pegó dos tiros más en la cabeza.

Y yo y mi jeba pensábamos: "¡Hijo de puta!". Tú sabes, como: "¡Hijo de puta!". Mi jeba empezó a llorar y yo le dije: "Cállate, pana, cállate. No digas na".

Empezaron a caminar hacia mí y yo pensé que ése era el fin de mi vida, ¿tú me entiendes? Yo abracé a mi jeba, asustado.

Pero nos pasaron al lao y se fueron caminando. Así nomás. Ni pegaron a correr ni nada, sólo siguieron caminando como si nada.

Ahora yo veo a ese pana tos los días. ¡Pasa pegado a una pipa de *crack*! Se pasea por ahí como si no hubiera hecho nada.

6 Para poder regresar a El Barrio, Benzie tuvo que negociar un plan de pago con Ray, a través de un intermediario, para cubrir sus "deudas".

7 Los médicos que atendieron a Abraham le colocaron un ojo de vidrio, pero varios meses más tarde el ojo se le cayó en una olla de sopa que Abraham preparaba en el comedor del hospital. Medicaid se negó a pagarle un ojo de reemplazo.

8 Este incendio ocurrió en enero de 1990 en un club social llamado "Happy Land" frecuentado por inmigrantes hondureños. Una compañía de venta de heroína que operaba cerca de mi cuadra cambió el nombre de su marca a "Happy Land" poco después del suceso.

9 El patrón irregular de detención de policías corruptos en Nueva York desde finales de los años ochenta hasta mediados de los noventa demuestra lo común, pero a la vez lo fortuita y desorganizada, que es la corrupción policial ligada al narcotráfico en la *inner city*. La relación de la policía con las comunidades que patrulla es tan distante que, en lugar de aceptar sobornos, los agentes se especializan en realizar redadas falsas y en robar las drogas y el dinero que incautan (véase el *New York Times*, 8 de mayo de 1990: A1, B10). Hasta mediados de 1994, los policías neoyorquinos tenían prohibido capturar a los traficantes callejeros porque tales detenciones eran demasiado

tentadoras (véase el *New York Times*, 7 de julio de 1994: B2). Solamente una unidad de elite con entrenamiento especial estaba autorizada para llevar a cabo estos arrestos.

10 Una tarde a mediados del invierno fui al recinto local de la policía a reportar un robo en mi departamento. Un garabato en la pizarra de la oficina principal protestaba: "Ni un solo arresto más hasta que nos instalen la calefacción". Es una buena ilustración de la ineptitud de la policía local.

11 Para un reportaje sobre las agobiadas cortes neoyorquinas en 1989, el momento más intenso en la llamada guerra contra las drogas, véase el *New York Times*, 31 de mayo de 1989: B1, B3.

4. LA "BREGA LEGAL": HUMILLACIÓN Y OPOSICIÓN EN EL TRABAJO

1 Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, enero de 1993: 37, cuadro 6. En 1950, los trabajos industriales representaban el 30 por ciento de los empleos en Nueva York; a comienzos de la década del noventa, sólo conformaban el 10 por ciento. En cambio, las plazas del sector de servicios crecieron de un 15 a más de un 30 por ciento en el mercado laboral entre 1950 y 1992. Sólo en los años ochenta, la producción industrial decayó un 31 por ciento mientras que los "servicios productivos" aumentaron un 61 por ciento, y la "totalidad de los servicios" creció un 16 por ciento (Romo y Schwarz, 1993: 358-59; Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, Sección de Población, 1993).

2 *New York Times*, 13 de febrero de 1991: D1; *New York Times*, 6 de septiembre de 1990: D17.

3 En contraste con la tasa masculina, la tasa de participación laboral entre las mujeres puertorriqueñas aumentó de un 34 por ciento en 1980 a un 42 por ciento en 1990 (Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, diciembre de 1993: cuadro 6-1).

4 *New York Daily News*, 30 de octubre de 1990: 1, 3.

5 "Combate al poder" ("Fight the Power"), una canción de rap del grupo afronorteamericano "Public Enemy", llegó al primer lugar de popularidad en numerosas listas radiofónicas en 1990.

6 Romo y Schwartz, 1993.

7 Véanse Colburn, 1989, y Scott, 1985.

8 Becker, 1963, y Hebdige, 1979.

9 Según el censo neoyorquino, en 1990 el 22,6 por ciento de los residentes latinos tenía empleos en el área de la construcción, en comparación con el 13,5 por ciento de los residentes blancos y el 8,8 por ciento de los afronorteamericanos. Entre 1980 y 1990, el porcentaje de los empleos en la construcción frente al total de empleos aumentó de un 2,3 por ciento a un 3,2 por ciento (Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, enero de 1993: cuadro 6).

10 *New York Daily News*, 13 de agosto de 1991; *New York Times*, 28 de julio de 1991: A29; *New York Times*, 5 de marzo de 1990: B1; *New York Times*, 30 de abril de 1988: A34.

11 En un hecho sin precedentes, el cabecilla de este fraude multimillonario fue juzgado y condenado a principios de los años noventa (véase *New York Daily News*, 13 de agosto de 1991: 20; *New York Times*, 28 de julio de 1991: A29). El responsable era nada más y nada menos que "Fat Tony" Salerno, el padrino de los Genovese, una de las familias líderes del crimen organizado con sede en East Harlem. El subcontratista que estafó a Little Pete, sin embargo, ocupaba un nivel demasiado bajo en la cadena de corrupción como para verse afectado por los cargos.

12 Bourgois, 1989a.

13 Covello y D'Agostino, 1958: 223.

14 Berlin, 1991: 10.

15 Véanse Smith, 1992, y Sassen-Koob, 1986. Los inmigrantes indocumentados constituyen una fuerza laboral tan esencial para la economía neoyorquina que, en plena histeria xenofóbica de mediados de los años noventa, los representantes locales de los dos principales partidos políticos estadounidenses defendieron en foros públicos el derecho de los "sin papeles" a vivir y trabajar en la ciudad (*New York Times*, 10 de junio de 1994: A1, B4).

16 Smith, 1992.

5. LA EDUCACIÓN CRIMINAL

1 Véase su análisis del limbo cultural en que se encuentran los argelinos de segunda generación en Francia (Abdelmalek Sayad, 1991).

2 Tato Laviera, el poeta nuyorican, examina este problema incisivamente en su poema "Nuyorican" (1985: 53).

3 Fui a visitar a César en uno de sus lapsos en la sección de alta seguridad de la unidad psiquiátrica del Hospital Metropolitano. Allí me aseguró que, al terminar las cuatro semanas que por ley deben permanecer bajo observación las personas que han intentado suicidarse, prefería que lo "dejaran encerrado". Además, se quejó de los psiquiatras de la institución, porque no le prestaban atención a su solicitud de un tratamiento médico más fuerte. En contraste, cuando le dieron de alta, César ironizaba sobre su débil condición mental.

> Sí, pana, me tenían en la unidad mental de alta seguridad. Era una escena como de las películas de Freddy Krueger. Me tuvieron allí un buen rato. Acho, pana, era como una casa de sustos. Yo pensaba que por la noche uno de esos locos me iba a matar. Yo me tosté también [arquea los hombros]. Empecé a caminar en todas direcciones, alrededor de la otra gente que estaba bien virada de tanta medicina que le daban pa tomar.
>
> Había un pana judío, yo le decía Woody Allen. Él llevaba allí como dos años, pana. Tú sabes quién es Woody Allen, ¿no? El judío famoso. Este tipo hablaba igualito a Woody Allen. Era un judío bien cursi, canto de cabrón. Yo lo quería matar. Cuando yo salí de esa jaula, pana, yo tenía ganas de matar a alguien.

4 César se divertía expresando críticas sociales sarcásticas cuando yo grababa nuestras conversaciones. Entendía cabalmente mi orientación teórica y sabía que aspiraba a poner en evidencia los nexos entre la patología individual y la opresión social estructural. Quizá él se burlara de lo que concebía como mi excesiva preocupación por los problemas del racismo y la marginación social.

5 Véase Bourgois y Dunlap, 1993.

6 Véase la discusión de Sanday (1990) sobre la violación grupal en el contexto de las fraternidades universitarias.

7 Para cuando lo conocí, Luis tenía treinta y cinco años y era el padre de varias hijas. Renegaba, moralista, de la irresponsabilidad sexual de los hombres

jóvenes, aunque él mismo continuaba disfrutando de una vida promiscua y se ufanaba en público de su adicción al *crack*.

Luis: Yo le dije a la hija mía: "Mira, ten cuidado de que un hombre te coja, te haga lo que quiera hacer contigo y después te abandone: yo me voy a encabronar como oiga que alguien diga que tú eres un agujero". Hoy día esto está del carajo. Hay una generación entera de imbéciles por ahí. En los viejos tiempos no había *crack* ni nada por el estilo. ¡Pero ahora! Ahora olvídate, pana. Hoy en día lo que los panas quieren es arruinarle la vida a una jeba, tú sabes. Estas jebas tienen todo el futuro por delante, pero los panas llegan y las destruyen. Los panas de veinte, diecinueve años, eso es todo lo que hacen en estos días. Levantan a una jeba por ahí, le meten el bicho y cuando bajan las escaleras, dicen: "Mira... Yo me eché a esa gata. Yo me clavé a esa jeba".

6. REDEFINICIÓN CALLEJERA DEL ROL DE LOS SEXOS

1 Jaggar, 1983; Hooks, 1984.

2 Véase el filme nuyorican *I Like It Like That* ["Así me gusta a mí"], una mirada cinematográfica de los problemas de la masculinidad, la estructura familiar, los derechos de las mujeres y la cultura callejera en la *inner city*. La polarización de la violencia doméstica en El Barrio se revela de manera trágica y caricaturesca en sucesos como el asesinato ocurrido en 1993, en el que un trabajador industrial desempleado mató a una familia de seis personas en un caserío cercano a mi edificio. El homicida, ex novio celoso de la madre, descuartizó a toda la familia con un cuchillo de carnicero luego de semanas de disputas con ella y sus hijos, sobre los cuales era incapaz de ejercer su antiguo poder autocrático (*New York Times*, 4 de mayo de 1993: B1, B3).
En contraste, como muestra un estudio antropológico realizado en los años sesenta sobre el machismo y la vida familiar en la zona rural mexicana, un patriarca exitoso, seguro de su machismo y omnipotente en el hogar, no halla necesario recurrir a la violencia física contra sus familiares (Hunt, 1971: 116).

3 El capó del Renault Alliance color marrón sobre el que nos recostábamos todavía tenía las marcas de un tiroteo, que había tenido lugar al comienzo de ese verano, y había provocado la muerte de la madre de un niño de tres años. El ataque había ocurrido justo enfrente de la ventana de mi departamento, segundos después de que estacionara mi auto y subiera a mi casa en el segundo piso cargando a mi bebé dormido. Candy pensaba que la madre asesinada había tenido su merecido por fumarse las ampollas de *crack* que le habían encargado vender.

4 En su análisis histórico de la familia cubana, Martínez-Alier (1974: 135) interpreta la fuga romántica como una reivindicación del libre albedrío. Martínez muestra que tales fugas pueden concebirse como una forma de oposición individualista al racismo institucional de la sociedad cubana.

5 Una noche llegué a ver al padre de Candy en un almacén cerca de La Farmacia. En el momento en que Primo y yo nos disponíamos a abrir la heladera para sacar cervezas, Primo señaló disimuladamente a un viejo frágil y harapiento que bebía una Budweiser y se inclinaba humildemente sobre los talones. El hombre permanecía de pie en el fondo, la mirada perdida y los ojos hinchados, temeroso de estorbar a los clientes. Primo me susurró al oído: "Ése es el papá de Candy". Me costó trabajo creer que este humilde y decrépito alcohólico fuera el violento patriarca responsable de traumatizar a Candy en la niñez. Estaba tan solo y se lo veía tan acabado, boqueando y parpadeando como un pez fuera del agua, que no me hubiera sorprendido que empezara a despedir saliva de la boca o a murmurar incoherencias. Primo sonrió al ver mi gesto de asombro y añadió con algo de tristeza: "Increíble, ¿veldá?". De haber permanecido en su natal pueblo pesquero de Isabela en vez de viajar a Nueva York en busca de un empleo industrial, este inmigrante fracasado quizá hubiera sido alcohólico, y posiblemente hubiera maltratado a Candy, pero las consecuencias no hubieran sido tan devastadoras para ambos.

6 La rama crítica del campo de la antropología médica documenta numerosos casos de interiorización individual de las contradicciones sociales estructurales. Véanse Davila, 1987; Scheper-Hughes, 1992; Singer, 1986, y Singer *et al.*, 1992.

7 Éste fue el incidente que obligó a Félix a contratar a Primo como gerente provisional del Salón de Juegos. Félix fingió haberse torcido el tobillo al saltar del balcón del motel para impedir que corriera el rumor de que su esposa lo había apuñalado por acostarse con su hermana. Ésa, al menos, fue la historia que Primo me contó (Véase el capítulo 3, nota 2).

8 Guarnaccia, De la Cancela y Carrillo, 1989; Lewis-Fernández, 1992.

9 Véase *New York Daily News*, 19 de octubre de 1990: 1.

10 *Atracción fatal*, película de Hollywood nominada a varios premios Oscar en 1987, trata sobre una mujer que aterroriza a su ex amante y a la familia de éste.

11 César aborrecía a Tabatha, su ex novia de varios años atrás. Cada cierto tiempo, Tabatha se aseguraba de demostrar en público el desprecio que sentía por César. Tres semanas antes de esta conversación –como Primo disfrutaba de recordarnos cuando César estaba presente– Tabatha "tumbó a César de un puño y César cayó de culo en el medio de la calle enfrente del Salón de Juegos". Como si fuera poco, esto ocurrió la noche en que Ray alquiló el club social ubicado a dos puertas del Salón de Juegos para celebrar el cumpleaños simultáneo número dos y cuatro de dos de sus hijos, que había tenido con mujeres distintas. Yo me perdí esta legendaria humillación de César porque me encontraba en el club con mi propio hijo de un año y medio, quien por su parte permanecía deslumbrado en la pista de baile escuchando la combinación de música de salsa, disco y rap y contemplando la extraordinaria mezcla de concurrentes de todas las edades, desde recién nacidos hasta bisabuelos.

12 Véase Seda Bonilla (1964) para una discusión sobre el cambio en los roles sexuales alrededor de la maternidad en una comunidad agrícola puertorriqueña.

13 Véase la discusión sobre la búsqueda de "ciudadanía cultural" entre las mujeres puertorriqueñas de bajos recursos, realizada por investigadores del Centro de Estudios Puertorriqueños (Benmayor, Torruellas y Juarbe, 1992). Véanse también las críticas del "feminismo de clase media blanca" y el "feminismo liberal" planteadas por Hooks (1984) y Jaggar (1983), respectivamente. Véanse asimismo las discusiones de Acosta-Belén (1993) y Mohanty (1984).

14 Katz, 1986. Véase además Rainwater, 1994.

15 El mismo César llegó a expresar a regañadientes su admiración por la maestría con que Candy manipulaba al Departamento de Bienestar Social:

Primo: Candy bregaba de chofer de una guagua pa nenes retrasados, y declaraba las horas que trabajaba porque tenía dos tarjetas del seguro social. Con una de las tarjetas trabajaba y con la otra cobraba el

mantengo, y además tenía los chavos que le daban a Abraham todos los meses –el SSI de él–.
¡Candy ganaba bien, pana!
César: Sí, y además trabajó en lo de los impuestos.
Primo: Ah, sí, y a la misma vez empezó a bregar allí mismo [señala el edificio junto al Salón de Juegos], donde ahora está la peluquería. Antes eso era una venta de seguros y llenaban formularios pa los impuestos.
César: Esa jeba es una bestia.
Primo: Sólo bregaba allí un par de horas, porque justo le alcanzaba el tiempo antes de que salieran los nenes para volver a la escuela, guiar la guagua, y después, después de dejar a los nenes en las casas, volvía al lugar de los impuestos.
César: Esa jeba era puro chantaje, pana, puro chantaje judío.
Primo: ¡Sí! Siempre tenía chavos en cantidad. Los tenía en una cuenta bancaria. Yo me acuerdo que hace unos años a mí me llegó un cheque del IRS y yo le pedí que me los gualdara en el banco de ella.
Ella es inteligente, pana, nunca sacaba los chavos.
César: Un año ella llenó mis papeles de impuestos y me consiguió mil quinientos pesos. Yo no pensé que me fueran a dar más de cinco pesos. Ésa fue la primera vez que yo llené la declaración y me pagaron bien, pana. Y ella no me cobró ni un peso.
Primo: Ella me llenó esos papeles a mí también.
César: Candy es boba. Ella debió conservar ese trabajo con la guagua de los nenes retrasados. Ese trabajo es bueno; es con la ciudad, dan buena pensión y tiene sindicato.

16 Las encuestas demuestran que la incapacidad de los jefes de hogar para satisfacer los requisitos burocráticos del proceso de revalidación representa la causa principal de indigencia familiar en Nueva York. El costo de brindar refugio y demás servicios de emergencia a las familias excluidas de las nóminas del Departamento de Bienestar Social sobrepasa holgadamente el monto que la ciudad dejaría de recibir del programa de aporte paralelo federal por mantener archivos inexactos (Berlin, 1991; Dehavenon, 1989-90). En 1998, una encuesta realizada en Chicago a veinticinco familias favorecidas con asistencia pública descubrió que, en lo que a los ingresos respecta, ninguna de ellas cumplía con los requisitos del Departamento de Servicios Sociales. Cada uno de los hogares tenía una fuente externa de ganancias. Simple y sencillamente, tales familias son incapaces de mantenerse alimentadas y vestidas bajo su propio techo con el dinero que reciben de la seguridad social (Edin, 1991). En la ciudad de Nueva York, el valor real de la asistencia pública decayó un 30 por ciento entre 1970 y 1992 (*New York Times*, 30 de agosto de 1994: A14.)

17 En la calle, sobre todo entre las mujeres, las interacciones humillantes con los trabajadores sociales y los funcionarios de Bienestar Social eran tema frecuente de conversación. Algunos de los primeros recuerdos de Primo se refieren a los enfrentamientos de su madre con los investigadores de Bienestar Social respecto a sus fuentes suplementarias de ingresos. La madre de Primo no se oponía tan agresivamente como Candy al procedimiento burocrático, pero las consecuencias no eran muy distintas. Recibía asistencia pública por debajo del costo de la subsistencia, lo que la obligaba a complementarla mediante la economía informal.
Primo: Después de que el pai y la mai mía se dejaron, tuvimos que empezar a coger mantengo. Ella nos tuvo que cuidar a los cuatro nenes ella sola. Mi hermana menol, la que tiene veinticinco, estaba tan chiquita que todavía dormía en la cuna.
La mai mía vendía perfumes, y cuando los investigadores del *welfare* venían a hacer la inspección se tenía que ajorar pa esconder los modelos de los jodidos perfumes. Los ponía en la cuna de mi hermanita.
Yo era un nene na más, y me acuerdo que yo me ponía a pensal: "¿Quién carajo son éstos?". Yo los detestaba. Tocaban a la puerta y mi mai decía: "Un momento". Y pegaba a correr por toa la casa [agita los brazos imitando el frenesí de su madre] buscando los perfumes pa esconderlos en la cuna.
Eso me ponía a pensar, porque yo era un nene y no entendía lo que pasaba. Pero me acuerdo que mi mamá siempre gritaba: "¡Investigadores! [agita los brazos, frunce el ceño y pega un alarido]. ¡Los investigadores! ¡Los investigadores!".
Eso estaba mal, porque nosotros éramos pobres. Era una casa humilde y no teníamos muchas cosas, pero igual venían y investigaban. Ella tenía que coger y esconder las poquitas cosas que vendía.
Eso fue pal '69 o el '70, o el '68, que mandaban a los investigadores. Ahora ya no hacen eso. Cuando yo vivía con Sandra no venía nadie a investigal. Nadie. Yo viví con ella desde el primer día y ella siempre cogió mantengo [se ríe entre dientes].
Yo creo que lo que pasa es que ya no tienen chavos pa pagarle a los investigadores.

18 Candy no parece haber logrado convencer a Carlos de imponer la paz, pues en los tres meses siguientes seis adolescentes recibieron disparos en el complejo habitacional. Afortunadamente no hubo víctimas mortales, y la disputa concluyó a los pocos meses. Antes de que acabara, sin embargo, yo mismo me hallé en el límite del tiroteo en tres ocasiones diferentes. La primera fue una noche en que caminaba con mi esposa hacia un restaurante. El tiroteo nos impidió tomar el atajo por la transversal del patio del caserío y nos vimos obligados a dar la vuelta a la manzana para llegar a nuestro destino.

19 El hecho de que Ray tuviera que enviar a ambos hermanos de Candy a pagar la fianza puso de manifiesto la fragilidad fundamental del sistema de apoyo de ésta. Su hermano menor padecía sida y era aficionado a los *speedball* (en su caso, mezclas de heroína con *crack*), mientras que su hermana, la menor de los tres, era una madre soltera que dependía de la asistencia social, y era además alcohólica y cocainómana.

20 *New York Post*, 11 de abril de 1989: 5, 30-31; *New York Times*, 17 de abril de 1989: A1, A16; *New York Times*, 3 de julio de 1994: E3.

7. FAMILIAS Y NIÑOS QUE SUFREN

1 Farrington, 1991.

2 En los años ochenta, la tasa de agresión infantil en Nueva York aumentó casi un 700 por ciento, mientras que de 1985 a 1995 creció un 232 por ciento (véanse *New York Daily News*, 19 de noviembre de 1990: 5, 10; *New York Times*, 28 de diciembre de 1988: B3; *New York Times*, 19 de diciembre de 1989: B1, B4). Es difícil averiguar hasta qué punto el aumento es real y hasta qué punto es el resultado de mejoras en los métodos de recopilación de datos y de las cambiantes definiciones de lo que se considera agresión infantil.

3 Marsh, 1932: 361.

4 Community Service Society [Sociedad de Servicio Comunitario], 1956: 25.

5 Véanse las historias personales de Manny, Ángel, Léstor, Junior y Ángelo –cinco niños de mi cuadra– en el epílogo de este libro.

6 Marsh, 1932: 48.

7 Unos años después, leyendo el *New York Times*, encontré una fotografía de una corona de flores que alguien había colocado en esta misma esquina en conmemoración de una mujer de cincuenta y dos años que murió víctima de un disparo tras quedar atrapada en medio de un tiroteo mientras caminaba a su casa con su nieto de cinco años a la salida de la escuela (1 de diciembre de 1993: A20).

8 Al día siguiente, un artículo del New York Times indicaba que la víctima tenía cuarenta y cuatro años (*New York Times*, 16 de noviembre de 1989: B2).

9 Yo crecí en el Upper East Side, a siete cuadras de la frontera con El Barrio. Como señalé en la nota 16 del capítulo 1, en 1990 la media del ingreso familiar en mi distrito natal triplicaba la de las dos secciones censales contiguas al Salón de Juegos. En ese mismo año, menos del 1 por ciento de los residentes del Upper East Side vivía bajo la línea de pobreza, en comparación con el 47 por ciento de los habitantes de las susodichas secciones censales de El Barrio. En 1989, únicamente tres puertorriqueños vivían en la sección censal donde crecí, pese a que se hallaba a tan sólo cinco minutos de caminata de uno de los barrios con mayor concentración de habitantes puertorriqueños en todos los Estados Unidos (Censo de Población y Vivienda de 1990, estadísticas por manzana).

10 Edité o, mejor dicho, censuré considerablemente estos pasajes de la poesía de María para evitar mostrar material racista y machista fuera de contexto, así como para respetar la privacidad de los involucrados.

11 En 1991, el número de personas en espera de un departamento subsidiado en Nueva York (189 000 familias) era igual al número de residentes en dicho tipo de vivienda (aproximadamente 600 000 personas) (*Christian Science Monitor*, 19 de agosto de 1991: 14).

12 César le contó a Primo que solía divertirse tomando al niño de los pies mientras dormía y dándolo vueltas en el aire por encima de su cabeza. Carmen llegaba corriendo a la habitación y César fingía estar acurrucando a Papo y aseguraba que el niño acababa de levantarse aterrorizado por una pesadilla. En una ocasión, Papo terminó en la sala de emergencias del hospital municipal debido a una lesión que sufrió en el prepucio mientras César lo bañaba.

Tales percances me angustiaron y me llevaron a considerar presentar una denuncia contra César por agresión infantil. No obstante, en esos días, el *New York Times* publicó una serie especial acerca del sistema estatal de adopciones que mostraba lo agobiado que estaba el sistema por el inmenso número de niños (45 000 en total) dejados a su cargo sólo en 1990. Uno de los periodistas informaba que algunos niños debían dormir sobre el escritorio de los funcionarios del Organismo de Protección Infantil. La separación de los hermanos menores de edad que se encontraban bajo la custodia de dicho organismo era un escenario habitual (véanse *New York Times*, 3 de julio de 1989: B21-22; *New York Times*, 23 de octubre de 1989: A1, B4; *New York Times*, 19 de diciembre de 1989: B1, B4, *New York Times*, 29 de marzo de 1992: A1, A20; *New York Times*, 9 de febrero de 1989: A1, B9; *New York Times*, 19 de octubre de 1990: B3).

Por otra parte, los berridos que subían a mi departamento por la tubería de la calefacción tampoco eran de fácil interpretación. ¿Malinterpretaba, etnocéntrico, las prácticas de los padres de El Barrio en la crianza de los niños al pensar que eran intencionalmente agresivas, o debía bajar las escaleras e intervenir?

A la larga, otra persona llegaría a denunciar a César por agresión infantil, pero la investigadora asignada al caso decidió no intervenir. Por el contrario, le proporcionó suficiente información a César como para que averiguara la identidad del denunciante, lo que propició una enemistad perpetua.

13 Véanse nuevamente el *New York Daily News*, 19 de noviembre de 1990: 5, 10; *New York Times*, 28 de diciembre de 1988: B3; *New York Times*, 9 de febrero de 1989: A1, B9; *New York Times*, 23 de octubre de 1989: A1, B4; *New York Times*, 19 de diciembre de 1989: B1, B4; *New York Times*, 17 de marzo de 1990: A8; *New York Times*, 19 de octubre de 1990: B3; *New York Times*, 29 de marzo de 1992: A1, A20.

14 Véase la discusión crítica del proceso de sexualización del *crack* en Bourgois y Dunlap, 1993. Para ver un excelente ejemplo de un editorial en un periódico de primera categoría que sucumbió completamente a la ola de pánico al final de los años ochenta, véase el *New York Times*, 28 de mayo de 1989: A14. Véase también la crítica de Reinarman y Levine, 1989.

15 Morgan, 1981: 89-101, 139-140. En la primera década del siglo XX, un médico estadounidense aseguró en el pie de página de una prestigiosa revista médica que la transformación violenta de los afronorteamericanos bajo los efectos de la cocaína "se ha verificado clínicamente [mediante] observaciones experimentales realizadas en 1897 [...] en una serie de experimentos con la administración de cocaína por vía hipodérmica". Según este médico, el consumo de cocaína ocasiona los siguiente efectos:

"[...] el deseo sexual aumenta y se pervierte, los negros sumisos se tornan proclives a las peleas y los negros tímidos desarrollan artificialmente un grado de coraje que puede llegar a ser increíble. En los estados del sur, un gran porcentaje de los asesinatos en serie cometidos en años recientes fueron consecuencia directa del consumo de cocaína; frecuentemente, los perpetradores de estos crímenes habían sido hasta entonces negros inofensivos y obedientes. Asimismo, cuando un negro adquiere el vicio de ingerir la droga, parece completamente irredimible.

[...] Unas cuantas inhalaciones experimentales de la droga lo convierten en consumidor asiduo, una amenaza persistente para la comunidad local hasta el momento de su exterminio" (E. Williams, 1914: 247).

16 A manera de ejemplo, únicamente dos de los más de treinta vendedores que trabajaron para Ray en los años que viví en El Barrio eran mujeres.

17 Althaus, 1991; Bourgois y Dunlap, 1993.

18 *Wall Street Journal*, 18 de julio de 1989: A1, A6; Bowser, 1988.

19 *New York Times*, 28 de mayo de 1989: A14; *New York Times*, 17 de marzo de 1990: A8; *Wall Street Journal*, 18 de julio de 1989: A6.

20 Tengo varias fotografías de mi ex esposa y mi hijo sentados frente al Salón de Juegos pese a que ella deplora la venta y el consumo de drogas. Así de "normal" era pasar el rato en las casas de *crack* de East Harlem.

21 *New York Times*, 25 de mayo de 1990: A1, B5. En realidad, persisten muchas dudas en la comunidad científica respecto a los efectos del consumo intrauterino de alcohol y drogas. Los estudios publicados hasta la fecha han obtenido resultados contradictorios, y ninguna teoría médica coherente explica por qué ciertos bebés sufren gravísimos daños y otros nacen completamente sanos (véase Koren *et al.*, 1989). Una serie de estudios de seguimiento efectuados a mediados de los años noventa sugiere que la mayoría de los niños expuestos al *crack* logran recuperarse por completo si

reciben atención adecuada y oportuna en sus primeros años de vida (Day y Richardson, 1993).

22 En una de estas discusiones, le reproché a Ray que su catolicismo fuera hipócrita y dogmático, dado que condenaba el aborto pero no la codicia con que les vendía drogas a las mujeres embarazadas. César neutralizó la tensión respaldando a Ray y atacando la lógica hipócrita más amplia de la industria militar:

César: Felipe, yo también estoy en contra del aborto. El aborto está mal, brother. Además es un pecado capital.

A mi concepto, es mejor que a toda esa chusma la manden a la guerra cuando sean grandes. Pa eso es que son las guerras, y por eso es que este país se mete en una guerra cada cuatro años. Es mejor que matar a los nenes antes de darles una oportunidad. Hay que meterse en guerras pa deshacerse de parte de la población.

La guerra es un negociazo, pana. Es el mejor negocio, y el que tiene más poder. Los jodíos portaviones ésos cuestan miles de millones de pesos. Las personas que venden drogas [señala a Ray] no tienen miles de millones, pero [todos nos reímos] bueno, tal vez unos cuantos millones, pero no miles de millones. Las personas que tiran drogas no son más ricas que los militares. No ganan ni una fracción de lo que gana el ejército.

23 Conocimos a una mujer embarazada adicta al *crack* en un célebre centro de prostitución situado a diez calles del Salón de Juegos. En pleno invierno, ella se abría anchamente el abrigo para mostrar su vientre abultado. Nos explicó que el embarazo aumentaba la demanda: "A ellos [los clientes] les gusta la chocha embarazada. Dicen que la chocha preñada es la mejor" (Bourgois y Dunlap, 1993).

24 *New York Times*, 9 de febrero de 1987; *Newsday*, 29 de octubre de 1990: 8, 30; *Village Voice*, 3 de abril de 1990: 11-12.

25 Scheper-Hughes, 1992.

26 Majors y Billson, 1992.

27 En su conmovedor relato autobiográfico sobre la adopción de un bebé de la etnia sioux, el antropólogo amerindio Michael Dorris (1989) señala que el síndrome fetal alcohólico ha aumentado entre los niños amerindios a medida que los roles sexuales han ido cambiando en las reservas indígenas y las mujeres han adquirido el derecho, o al menos la opción, de beber en público. Véase la crítica de Pollitt (1990: 416), que alega que Dorris no sitúa en su debido contexto la opresión estructural a la que están sujetos los nativos americanos. Pollitt acusa a Dorris de caer desapercibidamente en la trampa ultraconservadora de los "derechos fetales". Por su parte, Cook-Lynn (1989), miembro de la Nación Sioux, ataca a Dorris por imponerle un sesgo anglo de clase media a la tragedia de su hijo. Asimismo, deja constancia del largo esfuerzo de las poblaciones sioux por tratar el alcoholismo de modo integral mediante la revitalización cultural y las curaciones.

8. PADRES VULNERABLES

1 En las dos secciones censales que abarcaban el área alrededor de mi edificio, más del 70 por ciento de los hogares encabezados por madres solteras vivía bajo la línea de pobreza, en comparación con el 47 por ciento de todas las familias en la misma zona (Censo de Población y Vivienda de 1990, estadísticas por manzana).

2 En un libro de ensayos, el sociólogo Herbert Gans (1991: 291) establece que "es posible por lo tanto que una familia encabezada por una mujer competente, aunque soltera, sea más saludable que una presidida por dos progenitores en la cual el padre no es más que un apéndice marginal".

3 *New York Times*, 31 de marzo de 1994: A8. La tasa de pobreza familiar aumentó con mayor rapidez entre los trabajadores jóvenes. El porcentaje de trabajadores entre los dieciocho y los veinticuatro años de edad con ingresos menores a lo requerido para mantener a una familia de cuatro personas sobre la línea de pobreza (establecido en $6.50 por hora) aumentó del 23 al 47 por ciento entre 1979 y 1992.

4 Quintero-Rivera, 1984.

5 Véase el análisis de De la Cancela sobre la relación entre el machismo y el capitalismo en la historia puertorriqueña (1986). Véase también la crítica de Paredes (1971) de los estereotipos anglosajones en torno al machismo. Ramírez (1993) analiza detalladamente el concepto de masculinidad entre los puertorriqueños.

6 Rosie trabajó para Ray cerca de seis meses hasta que obtuvo el dinero que costaba la prima de un departamento subsidiado por el plan de alquileres de la Sección 8. Recién había dado a luz a una bebé y tenía un deseo irrefrenable de marcharse del departamento abarrotado de su madre lo más pronto posible. Pasó la mayor parte de su tiempo en el Salón de Juegos bordando una manta rosada para su bebé recién nacida, a quien dejaba en casa con su madre.

7 En ocasiones en que una de estas prostitutas compartía con él una ampolla de cinco dólares de *crack*, Luis se aseguraba de utilizar su propio "tallo" para quedarse con la resina acumulada. (Véase Bourgois y Dunlap, 1993.)

8 Una amiga puertorriqueña que se crió en la cuadra del Salón de Juegos y que trabajaba como secretaria en una oficina de capacitación laboral en East Harlem se quejaba de que sus amigas de infancia le decían que "dejara de hablar como blanquita" cuando ella les cuestionaba su promiscuidad.

9 En su análisis del machismo en un pueblo rural mexicano, Hunt (1971: 116) hace notar que, a diferencia de la imagen estereotipada del hombre machista como una persona propensa a la promiscuidad agresiva y al consumo excesivo de alcohol y narcóticos, comportamientos originados en hondos complejos de inferioridad, los hombres considerados "verdaderos machos" en las zonas rurales mexicanas suelen poseer completa confianza del control que ejercen sobre su familia y acostumbran ser "sumamente puritanos, comprometidos con lo que llaman el progreso, la honestidad y la justicia. Son ejemplos paradigmáticos del padre ideal según las normas culturales del momento: componedores, justos, honestos y llenos de sabiduría". Véase también la nota 2 en el capítulo 6 de este libro.

10 Seis meses más tarde, un hombre cayó preso acusado de violar a su sobrina de tres años de edad en este punto (*New York Times*, 17 de julio de 1991: B1, B4).

11 Una calurosa tarde de sábado, varios meses atrás, César y yo nos encontramos a su padrastro en el patio de un complejo habitacional cercano. Fue una de las únicas ocasiones en que vi a César someterse ante otro hombre. El hombre, bajo y con sobrepeso, de unos cuarenta y cinco años de edad, estaba sentado con sus amigos alrededor de una heladera llena de cervezas. Tan pronto como ambos se reconocieron, el hombre agarró a César de la

entrepierna y con una amplia sonrisa le anunció a sus amigos: "Ey, miren el tamaño de este nene. Éste es el hijo mío y se nota que lo tiene grande". César dibujó una sonrisa seria, pero para mi sorpresa permaneció sumiso y reservado. En circunstancias regulares jamás hubiera tolerado una falta de respeto de esa naturaleza. Se me ocurrió que quizá estuviera agradecido de que un hombre mayor asumiera la responsabilidad genética de su existencia y reivindicara el lazo patriarcal que los unía. Primo, por el contrario, nunca tuvo una relación de largo plazo con un hombre mayor, lo que quizá explique la gentileza de su relación con su "abuelo adoptivo", Abraham, que de vez en cuando trabajaba en el Salón de Juegos como encargado de recoger las monedas de los videojuegos. Primo comparaba la labor de supervisión que debía realizar con Abraham con el trabajo de un águila: se aseguraba de que no bebiera más de tres latas de dieciséis onzas de licor de malta en las noches en que lo visitaba y lo acompañaba de regreso a la torre del complejo habitacional donde vivía. Las noches en que Abraham lograba escabullirse e ingerir más cervezas de la cuenta, Primo debía cargarlo o sostenerlo para impedir que se cayera al cruzar el patio de los diferentes complejos habitacionales en su camino a casa.

Primo trataba a Abraham con respeto pese a la decadencia que lo caracterizaba.

Primo: Abraham es chévere. En el tiempo que él vivió con la mamá de Luis, él nunca le pegó a los nenes. Más bien ellos le daban a él. ¡Te lo juro! Eva le caía a golpes y le hablaba bien malo. Le daba pelas a Abraham por el problema que tiene con la bebida.

12 *New York Times*, 4 de noviembre de 1990: A39; *New York Times*, 26 de enero de 1991: A27.

CONCLUSIÓN

1 Véase el llamado de Devine (1996), pese a la ideología posmodernista que practica, a intervenir de modo crítico en los debates de política pública referentes a la educación en la *inner city*.
2 Véanse Phillips, 1990; Sassen, 1991; Wacquant, 1993 a y b; Wilson, 1987.
3 Rainwater, 1994; *Business Week*, 15 de agosto de 1994: 78-83. Véase también la nota 3 en el capítulo 8.
4 Véanse Collins, 1983; Wilson, 1987; Departamento de Planeamiento Urbano de la Ciudad de Nueva York, marzo de 1993.
5 Rivera-Batiz, 1994.
6 Departamento de Planeamiento Urbano de la Ciudad de Nueva York, marzo de 1993.
7 Blachman y Sharpe, 1989-90: 154.
8 Smolowe, 1994: 58; *New York Times*, 9 de julio de 1994: A19. En 1993, Rusia sobrepasó a los Estados Unidos, que a su vez había sobrepasado a Sudáfrica en 1992, y alcanzó la tasa de encarcelamiento per cápita más alta del mundo (*New York Times*, 13 de septiembre de 1994: A8).
9 En la década de 1930, Robert Merton (1994) propuso el mismo argumento en relación con los delincuentes callejeros de Chicago en su importante estudio de "la estructura social y la anomia".

EPÍLOGO

1 Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, marzo de 1993. Estadísticas del distrito escolar. Cortesía de Robert Smith.

Bibliografía

Acosta-Belén, Edna (1992), "Beyond Island Boundaries: Ethnicity, Gender, and Cultural Revitalization in Nuyorican Literature", *Callaloo*, 15(4), pp. 979-998.

—— (1993), "Defining a Common Ground: The Theoretical Meeting of Women, Ethnic, and Area Studies", en Edna Acosta-Belén y Christine E. Bose, comps., *Researching Women in Latin America and the Caribbean*, Boulder, Colorado, Westview Press, pp. 175-186.

Althaus, F. (1991), "As Incidence of Syphilis Rises Sharply in the U.S., Racial Differentials Grow", *Family Planning Perspectives*, 23(1), pp. 43-44.

Armstrong, C.P., E.M. Achilles y M.J. Sacks (1935), "A Study on Reactions of Puerto Rican Children in New York City to Psychological Tests", Chamber of Commerce of the State of New York.

Becker, Howard S. (1963), *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, The Free Press. [*Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009.]

Behar, Ruth (1993), *Translated Women, Crossing the Border with Esperanza's Story*, Boston, Beacon Press.

Benmayor, Rina, Rosa Torruellas y Anna Juarbe (1992), "Responses to Poverty among Puerto Rican Women: Identity, Community and Cultural Citizenship", Nueva York, Centro de Estudios Puertorriqueños, Hunter College. Informe presentado ante el Joint Committee for Public Policy Research on Contemporary Hispanic Issues del Inter-University Program for Latino Research y el Social Science Research Council.

Berlin, Gordon (1991), "The Poverty Among Families: A Service Decategorization Response", Nueva York, Manpower

Demonstration Research Corporation, Informe mecanografiado.

Blachman, Morris J. y Kenneth E. Sharpe (1989-1990), "The War on Drugs: American Democracy under Assault", *World Policy Journal*, 7(1), pp. 135-163.

Blumstein, Alfred y Joel Wallman (2000), "The Recent Rise and Fall of American Violence", en Alfred Blumstein y Joel Wallman, comps., *The Crime Drop in America*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 1-12.

Bolton, Reginald P. (1922), *Indian Paths of the Great Metropolis*, Nueva York, Museum of the American Indian Heye Foundation.

Bonilla, Frank y Ricardo Campos (1986), *Industry and Idleness*, Nueva York, Centro de Estudios Puertorriqueños, Hunter College.

Bourdieu, Pierre (1980), *The Logic of Practice*, Stanford, Stanford University Press.

Bourgois, Philippe (1989a), "In Search of Horatio Alger: Culture and Ideology in the Crack Economy", *Contemporary Drug Problems*, 16(4), pp. 619-649.

—— (1989b), *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation*, Studies in Atlantic History and Culture Series, Baltimore, Johns Hopkins University Press. [*Bananos, etnia y luchas sociales en Centroamérica*, San José, Costa Rica, Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI) y Maestría en Política Económica de la Universidad Nacional de Costa Rica, 1994.]

—— (1990), "Hypotheses and Ethnographic Analysis of Concealment in the Underground Economy: The Economic and Ideological Dynamics of the Census Undercount", *Ethnographic Exploratory Research Report #6*, Washington, D.C., Bureau of the Census, Center for Survey Methods Research.

—— (2000), "Disciplining Addictions: The Biopolitics of Methadone and Heroin in the United States", *Culture, Medicine, and Psychiatry*, 24(2), pp. 165-195.

—— y Eloise Dunlap (1993), "Exorcising Sex-For-Crack Prostitution: An Ethnographic Perspective From Harlem", en Mitchell Ratner, comp., *Crack Pipe as Pimp: An Eight-City Ethnographic Study of the Sex-For-Crack Phenomenon*, Lexington, Massachusetts, Lexington Books, pp. 97-132.

—— y Jeff Schonberg (2009), *Righteous Dopefiend*, Berkeley, University of California Press.

Bowser, Benjamin (1988), "Crack and AIDS: An Ethnographic Impression", *MIRA, Multicultural Inquiry and Research on AIDS*, 2(2), pp. 1-2.

Business Week (1994, 15 de agosto), "Inequality: How the Gap Between Rich and Poor Hurts the Economy", por Aaron Bernstein, pp. 78-83.

Cabán, Pedro (1993), "Redefining Puerto Rico's Political Status", en Edwin Meléndez y Edgardo Meléndez, comps., *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*, Boston, South End Press, pp. 19-40.

Camp, Camille Graham y George M. Camp (1998), *The Corrections Yearbook 1998*, Middletown, Criminal Justice Institute, pp. 246, 248.

Centro de Estudios Puertorriqueños, History Task Force, Hunter College (1979), *Labor Migration Under Capitalism: The Puerto Rican Experience*, Nueva York, Monthly Review Press.

CESAR FAX (2001), "Current Cocaine-Positive Rates among Male Arrestees Remain Dramatically Lower than Historic Peaks", n° 10, p. 39.

Chenault, Lawrence (1938), *The Puerto Rican Migrant in New York City*, Nueva York, Columbia University Press.

Christian Science Monitor (1991, 19 de agosto), "New York City's Oases of Safety", por Lucia Mount, p. 14.

Cimilluca, Salvatore (1931), "The Natural History of East Harlem from 1880 to the Present", Tesis de maestría, New York University.

Colburn, Forrest, comp. (1989), *Everyday Forms of Peasant Resistance*, Armonk, NY, M.E. Sharpe.

Collins, Sharon M. (1983), "The Making of the Black Middle Class", *Social Problems*, 30(4), pp. 369-382.

Community Service Society (1956), "Interim Report on Jefferson Site Service Pilot Project", Facsímil, Caja 347, 20 de septiembre, Community Service Society Archives, Butler Library, Columbia University.

Concistre, Marie J. (1943), "A Study of a Decade in the Life and Education of the Adult Immigrant Community in East Harlem", Tesis doctoral, New York University.

Cook-Lynn, Elizabeth (1989), "(Review) The Broken Cord", *Wicazo Sa*, 5(2), pp. 42-45.

Cordasco, Francesco y Rocco G. Galatioto (1970), "Ethnic Displacement in the Interstitial Community: The East Harlem Experience", *Phylon: The Atlanta Review of Race and Culture*, 31, pp. 302-312.

Corsi, Edward (1925), "My Neighborhood", *The Outlook*, 16 de septiembre, pp. 90-92.

Covello, Leonard y Guido D'Agostino (1958), *The Heart Is the Teacher*, Nueva York, McGraw-Hill.

Davila, Richard D. (1987), "The History of Puerto Rican Drinking Patterns", en Merrill Singer, Lani Davison y Fuat Yalin, comps., *Conference Proceedings: Alcohol Use and Abuse Among Hispanic Adolescents*, Hartford, Conn., Hispanic Health Council.

Day, N. L. y G. A. Richardson (1993), "Cocaine Use and Crack Babies: Science, Media and Miscommunication", *Neurotoxicology and Teratology*, 15(5), 1° de septiembre, pp. 293-334.

De la Cancela, Víctor (1986), "A Critical Analysis of Puerto Rican Machismo: Implications for Clinical Practice", *Psychotherapy*, 23(2), pp. 291-296.

Dehavenon, Anna Lou (1989-1990), "Charles Dickens Meets Franz Kafka: The Maladministration of New York City's Public Assistance Programs", *New York University Review of Law and Social Change*, 17(2), pp. 231-254.

Devine, John (1996), *The New Panopticon: The Construction of Violence in Inner City High Schools*, Chicago, University of Chicago Press.

Díaz Valcarcel, Emilio (1978), *Harlem todos los días*, San Juan, Puerto Rico, Ediciones Huracán.

Dietz, James L. (1986), *Economic History of Puerto Rico: Institutional Change and Capitalist Development*, Princeton, Princeton University Press. [*Historia económica de Puerto Rico*, San Juan, Ediciones Huracán, 1987.]

—— y Emilio Pantojas-García (1993), "Puerto Rico's New Role in the Caribbean: The High-Finance/Maquiladora Strategy", en Edwin Meléndez y Edgardo Meléndez, comps., *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*, Boston, South End Press, pp. 103-118.

Dorris, Michael (1989), *The Broken Cord: A Family's Ongoing Struggle with Fetal Alcohol Syndrome*, Nueva York, Harper & Row.

Drug Enforcement Administration (DEA) (1988), "Crack Cocaine Availability and Trafficking in the United States", Washington, D.C., U.S. Department of Justice, Drug Enforcement Administration, Cocaine Investigations Section.

Dumpson, James (1951), "The Menace of Narcotics to the Children of New York: A Plan to Eradicate the Evil", Nueva York, Welfare Council of New York, Informe mecanografiado, Caja 370, Narcotics file, Community Service Society Archives, Columbia Rare Books.

Durk, David, Arlene Durk e Ira Silverman (1976), *The Pleasant Avenue Connection*, Nueva York, Harper & Row.

Edin, Kathryn (1991), "Surviving the Welfare System: How AFDC Recipients Make Ends Meet in Chicago", *Social Problems*, 38(4), pp. 462-474.

Farrington, David (1991), "Childhood Aggression and Adult Violence: Early Precursors and Later-Life Outcomes", en Debra Pepler y Kenneth Rubin, comps., *The Development and Treatment of Childhood Aggression*, Hillsdale, Nueva Jersey, Lawrence Erlbaum, pp. 5-29.

Fischler, Stan (1976), *Uptown Downtown: A Trip Through Time on New York's Subways*, Nueva York, Hawthorn/Dutton.

Flores, Juan (1993), *Divided Borders: Essays on Puerto Rican Identity*, Houston, Texas, Arte Público Press.

Foley, Douglas (1990), *Learning Capitalist Culture: Deep in the Heart of Tejas*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Fordham, Signithia (1988), "Racelessness as a Factor in Black Students' School Success: Pragmatic Strategy or Pyrrhic Victory?", *Harvard Educational Review*, 53(257), p. 293.

Foucault, Michel (1981), *Power/Knowledge. Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Nueva York, Pantheon/Random House.

Frankel, Alison y Lisa Freeland (1990), "Is Street-Level Enforcement a Bust?", *The American Lawyer*, marzo, pp. 100-109.

Gans, Herbert J. (1991), *People, Plans, and Policies: Essays on Poverty, Racism, and Other National Urban Problems*, Nueva York, Columbia University Press y Russell Sage Foundation.

General Accounting Office (1992), "Food Assistance: Nutritional Conditions and Program Alternatives in Puerto Rico", Washington, D.C., United States General Accounting Office Report to Congressional Committees, julio, GAO/RCED-92-114.

Giachello, Aida L. (1991), "Selected Health Characteristics of Hispanic Children and Adults in the United States", Folleto distribuido en el marco de los Inter-University Program for Latino Research y Social Sciences Research Council Grantee Meetings, Miami, marzo.

Gibson, Margaret y John Ogbu, comps. (1991), *Minority Status and Schooling: A Comparative Study of Immigrants and Involuntary Minorities*, Nueva York y Londres, Garland Publishing.

Golub, Andrew y Bruce Johnson (1999), "Cohort Changes in Illegal Drug Use among Arrestees in Manhattan: From the Heroin Injection Generation to the Blunts Generation", *Substance Use and Misuse*, 34(13), pp. 1733-1763.

Guarnaccia, Peter J., Víctor De la Cancela y Emilio Carrillo (1989), "The Multiple Meaning of Ataques de Nervios in the Latino Community", *Medical Anthropology*, 11, pp. 47-62.

Gunst, Laurie (1995), *Born Fi' Dead: A Journey Through The Jamaican Posse Underworld*, Nueva York, Holt.

Harvey, David L. (1993), *Potter Addition: Poverty, Family, and Kinship in a Heartland Community*, Nueva York, Aldine de Gruyter.

Hebdige, Dick (1979), *Subculture: The Meaning of Style*, Londres, Methuen. [*Subcultura: el significado del estilo*, Barcelona, Paidós, 2004.]

Hooks, Bell (1984), *Feminist Theory from Margin to Center*, Boston, South End Press.

Hunt, Robert C. (1971), "Components of Relationships in the Family: A Mexican Village", en Francis L. K. Hsu, comp., *Kinship and Culture*, Chicago, Aldine, pp. 106-143.

I Like It Like That (1994), film dirigido por Darnell Martin, 35 mm, 105 minutos, Nueva York, Columbia Tristar.

Institute for Puerto Rican Policy (1992), "Puerto Ricans and Other Latinos in New York City Today: A Statistical Profile", folleto.

—— (1994), "Puerto Ricans and Other Latinos in the United States: March 1993", *IPR Datanote*, 16 de junio, pp. 1-2.

Jaggar, Alison (1983), *Feminist Politics and Human Nature*, Totowa, N.J., Rowman and Allanheld.

Janvier, Thomas A. (1903), *The Dutch Founding of New York*, Nueva York, Harper & Brothers.

Karandinos, George (2010), "'You ridin'?' The Moral Economy of Violence in North Philadelphia", tesis de licenciatura, University of Pennsylvania.

Katz, Michael (1986), *In the Shadow of the Poorhouse: A Social History of Welfare in America*, Nueva York, Basic Books.

Kelling, George y Catherine Coles (1996), *Fixing Broken Windows: Restoring Order and Reducing Crime in Our Communities*, Nueva York, Free Press.

King, Ben E. (1961), *Ben E. King's Greatest Hits*, Nueva York, Atco.

Kisseloff, Jeff (1989), *You Must Remember This*, Nueva York, Schocken Books.

Koren, Gideon, Karen Graham, Heather Shear y Tom Einarson (1989), "Bias against the Null Hypothesis: the Reproductive Hazards of Cocaine", *Lancet*, 2(8677), 16 de diciembre, pp. 1440-1442.

Lait, Jack y Lee Mortimer (1948), *New York: Confidential*, Nueva York, Crown.

Laviera, Tato (1985), *AmeRican*, Houston, Arte Público Press.

Lee III, Rensselaer W. (1991), *The White Labyrinth: Cocaine and Political Power*, New Brunswick, N.J., Transaction Publishers. [*El laberinto blanco. Cocaína y poder político*, Bogotá, CEREC, 1989.]

Lemann, Nicholas (1991), "The Other Underclass", *The Atlantic*, 268(6), pp. 96-110.

Leonard, Caroline (1930), "A Descriptive Study of Social Settlements of East Harlem", Manuscrito inédito, New York University.

Levitt, Helen (1965), *A Way of Seeing: Photographs of New York*, Nueva York, Viking Press.

——, Janice Loeb y James Agee (1952), *In the Street* (documental), Nueva York, Museum of Modern Art.

Lewis, Gordon K. (1963), *Puerto Rico: Freedom and Power in the Caribbean*, Nueva York, Monthly Review Press.

Lewis, Oscar (1966), *La Vida: A Puerto Rican Family in the Culture of Poverty-San Juan and New York*, Nueva York, Random House.

Lewis-Fernández, Robert (1992), "Ataques de Nervios or Panic Attacks: An Embodied Contestation of Puerto Rican Ethnicity", Ponencia presentada en el marco de la convención anual del American Anthropological Association, debate intitulado: "Healing, Bodily Practices, and Caribbean Ethnicity", San Francisco, 2 de diciembre.

Macallair, Dan y Khaled Taqi-Eddin (1999), "Shattering 'Broken Windows': An Analysis of San Francisco's Alternative Crime Policies", San Francisco, The Justice Policy Institute.

MacLeod, Jay (1987), *Ain't No Makin' It: Leveled Aspirations in a Low-Income Neighborhood*, Boulder, Colorado, Westview Press.

Majors, Richard y Janet M. Billson (1992), *Cool Pose: the Dilemmas of Black Manhood in America*, Nueva York, Lexington Books.

Marsh, May Case (1932), "The Life and Work of the Churches in an Interstitial Area", Tesis doctoral, New York University.

Martínez-Alier, Verena (1974), *Marriage, Class, and Color in Nineteenth Century Cuba: A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society*, Ann Harbor, University of Michigan Press.

Mayor's Committee on City Planning (1937), "East Harlem Community Study", Nueva York, East Harlem Council of Social Agencies.

Meléndez, Edgardo (1993), "Colonialism, Citizenship, and Contemporary Statehood", en Edwin Meléndez y Edgardo Meléndez, comps., *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*, Boston, South End Press, pp. 41-52.

—— y Edwin Meléndez, comps. (1993), "Introduction", en *Colonial Dilemma: Critical Perspectives on Contemporary Puerto Rico*, Boston, South End Press, pp. 1-18.

Merton, Robert K. (1994), "Opportunity Structure: The Emergence, Diffusion, and Differentiation of a Sociological Concept, 1930s-1950s", en Fred Adler y William S. Laufer, comps., *The Legacy of Anomie Theory*, vol. 6 de *Advances in Criminological Theory*, New Brunswick, NJ, Transaction Books, pp. 3-78.

Meyer, Gerald (1989), *Vito Marcantonio: Radical Politician 1902-1954*, Albany, State University of New York Press.

Mohanty, Chandra Talpade (1984), "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses", *Boundary*, 2, 12(3)/13(1), pp. 333-358.

Moore, Joan y Raquel Pinderhughes (1993), "Introduction", en Joan Moore y Raquel Pinderhughes, comps., *In the Barrios: Latinos and the Underclass Debate*, Nueva York, Russell Sage Foundation, pp. xi-xxxix.

Morgan, H. Wayne (1981), *Drugs In America: A Social History, 1800-1980*, Nueva York, Syracuse Press.

Moynihan, Daniel P. (1965), "The Negro Family: The Case for National Action", Washington, D.C., Office of Policy Planning and Research, U.S. Department of Labor.

Nader, Laura (1972), "Urban Anthropologist-Perspectives Gained from Studying Up", en Dell Hymes, comp., *Reinventing Anthropology*, Nueva York, Pantheon, pp. 284-311.

New York City Department of City Planning (1985), "The Puerto Rican New Yorkers. Part II: Socioeconomic Characteristics and Trends 1970-1980", Nueva York, Department of City Planning, diciembre.

—— (1990), "Community District Needs", Nueva York, Department of City Planning, septiembre.

—— (1993), "Citywide Industry Study: Labor Force Technical Report", Nueva York, Department of City Planning, enero.

—— (1993), "Socioeconomic Profiles: A Portrait of New York City's Community Districts from the 1980 & 1990 Censuses of Population and Housing", Nueva York, Department of City Planning, marzo.

—— (1993), "Puerto Rican New Yorkers in 1990", Nueva York, Department of City Planning, diciembre.

New York City Department of City Planning, Population Division (1992), "1990 Census: Economic Development Indicators (Poverty Status, Unemployment Rate and Per Capita Income). New York City, Boroughs and Census Tracts (Summary Tape File 3A)", Nueva York, Department of City Planning, 26 de agosto, Informe fotocopiado.

—— (1993), "1990 Census: Industry Classifications of Employed Person 16 Years and Over. New York City, Boroughs and Census Tracts (Summary Tape File 3A)", Nueva York, Department of City Planning, febrero, Informe fotocopiado.

New York City Department of Environmental Protection, Expedientes obtenidos el 15 de octubre de 1990 mediante el Freedom of Information Act en relación con las antiguas instalaciones de la Washburn Wire Company.

New York City Housing Authority, Department of Research and Policy Development (1988), "Summary of Overcrowding in Authority Apartments", 28 de diciembre, Manuscrito fotocopiado.

—— (1989), "Special Tabulation of Tenant Characteristics", 1 de enero, páginas fotocopiadas.

—— (1993), "Special Tabulation of Tenant Characteristics", 1 de enero, páginas fotocopiadas.

New York Daily News (1989, 23 de enero), "Violent Crime in the City: 1984-1988", p. 18.

—— (1989, 8 de septiembre), "Mob Boss up to 175 Years", p. A1.

—— (1989, 18 de octubre), "TV Center Finds Life Taxing", p. 37.

—— (1990, 10 de julio), "Toxic Cleanup Will Have to Wait", p. 22.

—— (1990, 19 de octubre), "Devil's Playgrounds", p. 1.

—— (1990, 30 de octubre), "Child's View of Hell Devil's Playgrounds", pp. 1, 3.

—— (1990, 19 de noviembre), "'She Had Sad Eyes': Abused, and Dead at 5", pp. 5, 10.

—— (1991, 13 de agosto), "N.J. Corpse is 'Windows' Witness", pp. 1-5.

New York Herald Tribune (1946, 15 de diciembre), "Inquiry Focuses Spotlight on Ills of East Harlem", p. 36.

New York Post (1989, 11 de abril), "Babies Who Spend Their First Year in Jail", pp. 5, 30-31.

—— (1989, 4 de mayo), "Calm After the Storm", p. 4.

New York Times (1893, 16 de mayo), "Mafia's Code in New York: Italians Who Avenge Their Own Grievance in Blood", p. 9.

—— (1931, 3 de mayo), "The East Side is Awakening to Its Glory of Olden Days", por R. L. Duffus, p. 14.

—— (1947, 29 de enero), "Marcantonio May Sue Wallander to Bar 'Harassing' Harlem Clubs", p. A4.

—— (1957, 18 de marzo), "Housing Project Make Bitter D.P.'s", por Charles Grutzner, p. A1.

—— (1957, 18 de noviembre), "Rao, Lanza Knew Public Officials", por Emanuel Perlmutter, p. A1.

—— (1986, 15 de junio), "East Harlem TV Deal Unraveling", por Anthony De Palma, Section 8, p. 6.

—— (1987, 9 de febrero), "Crack Addiction: The Tragic Toll on Women and Their Children", pp. B1, B2.

—— (1987, 21 de marzo), "Major Mafia Leader Turns Informer", por Arnold Lubasch, p. A31.

—— (1987, 28 de mayo), "Dangerous Until Proved Innocent", Editorial, p. A22.

—— (1988, 30 de abril), "Mob Role in New York Construction Depicted", p. A34.

—— (1988, 14 de octubre), "Salerno, Now 100 Years, Gets 70 More in Bid-Rigging Case", p. B3.

—— (1988, 16 de noviembre), "Crackdown on Drug Sellers is Expanded to East Harlem", por George James, pp. A1, B5.

—— (1988, 28 de diciembre), "Domestic Violence Arrests Quadruple in New York City", por Celestine Bohlen, p. B3.

—— (1989, 9 de febrero), "Destroyer of Families, Crack Besieges a Court", por Felicia R. Lee, pp. A1, B9.

—— (1989, 17 de abril), "Number of Mothers in Jail Surges with Drug Arrests", por Celestine Bohlen, pp. A1, A16.

—— (1989, 28 de mayo), "Crack: A Disaster of Historical Dimension, Still Growing", Editorial, p. A14.

—— (1989, 31 de mayo), "Attack on Crack: More Arrests, Fewer Long Sentences", por Felicia R. Lee, pp. B1, B3.

—— (1989, 3 de julio), "For Child Welfare Agency, Small Gains and Big Flaws", por Suzanne Daley, pp. L21-L22.

—— (1989, 11 de agosto), "Link to Mafia is Investigated in Union Deaths", p. B2.

—— (1989, 25 de agosto), "Black Youth is Killed by Whites; Brooklyn Attack is Called Racial", pp. A1, B2.

—— (1989, 29 de septiembre), "For Pregnant Addicts, a Clinic of Hope", por Howard W. French, pp. B1, B2.

—— (1989, 23 de octubre), "Treating Kin Like Foster Parents Strains a New York Child Agency", por Suzanne Daley, pp. A1, B4.

—— (1989, 1 de noviembre), "Bush and Congress Reach Accord Raising Minimum Wage to $4,25", p. A1.

—— (1989, 16 de noviembre), "Police Kill Harlem Gunman; Drug Suspect Shot in Bronx", John T. McQuiston, p. B2.

—— (1989, 19 de diciembre), "New York's Sinking Child-Care System Awaits Help", por Suzanne Daley, pp. B1, B4.

—— (1990, 23 de enero), "Organized-Crime Turncoat Testifies in Gotti Prosecution", p. B3.

—— (1990, 5 de marzo), "New York City's Biggest Concrete Supplier Facing U.S. Inquiry", por Selwyn Raab, p. B1.

—— (1990, 17 de marzo), "The Instincts of Parenthood Become Part of Crack's Toll", por Michael deCourcy Hinds, p. A8.

—— (1990, 23 de marzo), "Trapped in the Terror of New York's Holding Pens", por William Glaberson, pp. A1, B4.

—— (1990, 8 de mayo), "He Wore a Badge, Then He Sold It for Crack", pp. A1, B10.

—— (1990, 25 de mayo), "Crack Babies Turn 5, and Schools Brace", por Susan Chira, pp. A1, B5.

—— (1990, 15 de junio), "AIDS Travels New York-Puerto Rico 'Air Bridge'", por Bruce Lambert, pp. B1, B4.

—— (1990, 6 de septiembre), "Dollar Off in Heavy Selling on Talk of Fed Rate Move", p. D17.

—— (1990, 19 de octubre), "Addicted Parents' Children Pose Foster Care Challenge", por Thomas Morgan, p. B3.

—— (1990, 4 de noviembre), "Youths Are Sought in Killing of a Homeless Man", por James C. McKinley, Jr., p. A39.

—— (1991, 21 de enero), "Unions at Javits Center Are Accused of Abuses", por Selwyn Raab, p. B3.

—— (1991, 26 de enero), "Girl, 13, Is Raped and Killed on Way Home from School", por James C. Mckinley, Jr., p. A27.

—— (1991, 13 de febrero), "Bush View Upbeat on Economy: Recovery Expected to Begin in Summer in Economic Report", por David E. Rosenbaum, p. D1.

—— (1991, 17 de julio), "Man seized in Rape of 3-Year-Old in Public", por Lee A. Daniels, pp. B1, B4.

—— (1991, 28 de julio), "Informer Insists Bid-Rigging Testimony Was Truth", por Arnold H. Lubasch, p. A29.

—— (1992, 29 de marzo), "Collapse of Inner-City Families Creates America's New Orphans", por Linda Gross, pp. A1, A20.

—— (1993, 4 de mayo), "6 Are Found Slain in a Harlem Home That Was Set Afire", por Ian Fisher, pp. B1, B3.

—— (1993, 8 de agosto), "With Supply and Purity Up, Heroin Use Expands", por Joseph Treaster, pp. A1, A18.

—— (1993, 1 de diciembre), "Woman Lives, and Dies, For Her Family in East Harlem", p. A20.

—— (1994, 18 de febrero), "An Evolution in an Economy: Jobs in Thinking, Not Making", por Tom Redburn, pp. A1, A12.

—— (1994, 20 de marzo), "Two Census Tracts, at the Extremes", por Sam Roberts, p. A6.

—— (1994, 31 de marzo), "Sharp Increase Along the Borders of Poverty", por Jason DeParle, p. A8.

—— (1994, 21 de abril), "Using Fax Spells Arrest for Numbers Ring", por Selwyn Raab, p. A13.

—— (1994, 10 de junio), "New York Officials Welcome Immigrants, Legal or Illegal", por Deborah Sontag, pp. A1, B4.

—— (1994, 3 de julio), "Women Doing Crime, Women Doing Time", por Clifford Krauss, p. E3.

—— (1994, 7 de julio), "Excerpts of What the Commission Found: Loyalty over Integrity", p. B2.

—— (1994, 7 de julio), "Giuliani Announces Assault on Quality-of-Life Crimes", p. B3.

—— (1994, 9 de julio), "Billions for New Prisons? Wait a Minute", por Philip B. Heymann, p. A19.

—— (1994, 30 de agosto), "Researchers Find a Diverse Face on New York's Poverty", por Celia W. Dugger, p. A14.

—— (1994, 13 de septiembre), "More Inmates in the U.S. Than Ever Before", p. A8 (Associated Press).

—— (1995, 20 de febrero), "The Irish Revisit the Terrible 1840's", por James F. Clarity, p. A4.

—— (2000, 19 de enero), "The Irish Revisit the Terrible 1840's", por James F. Clarity, p. B5.

—— (2000, 28 de septiembre), "Effect of Prison Building on Crime Is Weighted", por Fox Butterfield, p. A16.

—— (2001, 26 de septiembre), "Poverty Rates Fell in 2000, but Income Was Stagnant", por Katherine Q. Seelye, p. A12.

—— (2002, 27 de marzo), "Justices Rule Drug-Eviction Law Is Fair", por Linda Greenhouse, p. A20.

Newsday (1990, 29 de octubre), "Pregnant Addicts, Aborted Funds", pp. 8, 30.

O'Brien, Joseph y Andris Kurins (1991), *Boss of Bosses: The FBI and Paul Castellano*, Nueva York, Island Books.

Orsi, Robert A. (1985), *The Madonna of 115th St.: Faith and Community in Italian Harlem, 1880-1950*, New Haven, Yale University Press.

Paredes, Américo (1971), "The United States, Mexico, and Machismo", *Journal of the Folklore Institute*, 8(1), pp. 17-37.

Phillips, Kevin (1990), *Wealth and the American Electorate in the Reagan Aftermath*, Nueva York, Random House.

Pollitt, Katha (1990), "A New Assault on Feminism", *The Nation*, 26 de marzo, pp. 408-417.

Portelli, Alessandro (1991), "Introduction", en *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories*, pp. vii-xvi, Nueva York, State University of New York Press.

Quintero-Rivera, Ángel (1984), "Stratification and Social Class in the Hispanic Caribbean with Special Emphasis on Puerto Rico", Ponencia presentada en el marco de la conferencia: "New Perspectives on Caribbean Studies: Towards the 21st Century", Nueva York, Research Institute for the Study of Man y City University of New York, 28 de agosto-1 de septiembre.

Rainwater, Lee (1994), "A Primer on U.S. Poverty: 1945-1992", Nueva York, Russell Sage Foundation Working Paper n° 53.

—— y William L. Yancey, comps. (1967), *The Moynihan Report and the Politics of Controversy*, Cambridge, Mass., MIT Press.

Ramírez, Rafael (1993), *Dime Capitán: Reflexiones sobre la masculinidad*, San Juan, Ediciones Huracán.

Reed, Dorothy (1932), "Leisure Time of Girls in a 'Little Italy'", Portland, Oregón, Publicación a cargo de la autora, disponible en la biblioteca de la University of Arkansas, Fayetteville.

Reinarman, Craig y Harry L. Levine (1989), "Crack in Context: Politics and Media in the Making of a Drug Scene", *Contemporary Drug Problems*, 14(4), pp. 535-577.

Rivera, Edward (1983), *Family Installments: Memories of Growing Up Hispanic*, Nueva York, Penguin Books.

Rivera-Batiz, Francisco L. (1994), "Education and the Economic Status of Women in Puerto Rico, 1980-1990", Ponencia presentada ante el Consejo General de Educación, Hato Rey, Puerto Rico, 22 de abril.

—— y Carlos Santiago (1994), "The Labor Market and Socioeconomic Performance of the Puerto Rican Population in the United States 1980-1990", Informe encargado por el National Puerto Rican Coalition, Washington, D.C., abril.

Robinson, Gregory J. y Jeffrey S. Passel (1987), "Evaluation of Coverage of the 1980 Census of Puerto Rico Based on Demographic Analysis", Ponencia presentada en el marco de la convención anual de la Population Association of America, Chicago, Il., 30 de abril-2 de mayo (disponible a través de la Population Division of the U.S. Bureau of the Census).

Rodríguez, Clara E. (1989), *Puerto Ricans: Born in the U.S.A*, Winchester, MA, Unwin Hyman.

—— (1995), "Puerto Ricans in Historical and Social Science Research", en James A. Banks y Cherry A. McGee Banks, comps., *Handbook of Research on Multicultural Education*, Nueva York, Simon & Schuster y Macmillan.

Rodríguez, Víctor (1992), *Eldorado in East Harlem*, Houston, Arte Público Press.

Romo, Frank y Michael Schwartz (1993), "The Coming of Post-Industrial Society Revisited: Manufacturing and the Prospects for a Service-Based Economy", en Richard Swedberg, comp., *Explorations in Economic Sociology*, Nueva York, Russell Sage Foundation, pp. 335-373.

Rosaldo, Renato (1980), "Doing Oral History", *Social Analysis*, 4, pp. 89-99.

Rosenberg, Terry J. (1987), "Poverty in New York City: 1980-1985", Nueva York, Community Service Society, Department of Research, Policy and Program Development.

—— (1990), "Changes in Household Composition and Income Strategies of Poor Women in New York City", Madison, Institute for Research on Poverty Discussion Paper #924-90, University of Wisconsin-Madison.

Rosenwaike, Ira (1983), "Mortality Among the Puerto Rican Born in New York City", *Social Science Quarterly*, 64(7), marzo, pp. 375-385.

Rubinson, Karen (1989), "Stage IA Documentary Study for the New York City Landmarks Preservation Committee, CEQR #89-048M, Police Service Area #5 of the New York City Housing Authority", Nueva York, Key Perspectives, Informe mecanografiado.

S., Tina y Jamie Pastor Bolnick (2000), *Living at the Edge of the World: A Teenager's Survival in the Tunnels of Grand Central Station*, Nueva York, St. Martin's Press.

Sanday, Peggy R. (1990), *Fraternity Gang Rape: Sex, Brotherhood, and Privilege on Campus*, Nueva York, New York University Press.

Sassen-Koob, Saskia (1986), "New York City: Economic Restructuring and Immigration", *Development and Change*, 17, pp. 85-119.

Sassen, Saskia (1991), *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton, Princeton University Press. [*La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.]

Sayad, Abdelmalek (1991), *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*, París, Editions Universitaires y De Boeck Université.

Scheper-Hughes, Nancy (1992), *Death without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*, Berkeley, University of California Press. [*La muerte sin llanto: violencia y vida cotidiana en Brasil*, Barcelona, Ariel, 1997.]

—— y Philippe Bourgois, comps. (2004), *Violence in War and Peace*, Malden, MA, Wiley-Blackwell.

Schepses, Erwin (1949), "Puerto Rican Delinquent Boys in New York City", *Social Service Review*, 23(1), pp. 51-61.

Scott, James C. (1985), *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press.

Seda Bonilla, Edwin (1964), *Interacción social y personalidad en una comunidad de Puerto Rico*. San Juan, Puerto Rico, Ediciones Juan Ponce de León.

Singer, Merrill (1986), "Toward a Political-Economy of Alcoholism: The Missing Link in the Anthropology of Drinking", *Social Science Medicine*, 73(2), pp.113-130.

——, Freddie Valentin, Hans Baer y Zhongke Jia (1992), "Why Does Juan García Have a Drinking Problem? The Perspective of Critical Medical Anthropology", *Medical Anthropology*, 14, pp. 77-108.

Smolowe, Jill (1994), "... And Throw Away the Key", *Time Magazine*, 7 de febrero, pp. 55-59.

Smith, Robert (1992), "Mexican Immigrant Women in New York City's Informal Economy", Conference Paper #69, Nueva York, Columbia-New York University Consortium, Center for Latin American and Caribbean Studies, abril.

Stansell, Christine (1987 [1982]), *City of Women: Sex and Class in New York 1789-1860*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press.

Starobin, Paul (1994), "The Economy You Can't See", *National Journal*, 18 de junio, pp. 1407-1410.

Stringer, Lee (1998), *Grand Central Winter: Stories from the Street*, Berkeley, Seven Stories Press.

Substance Abuse and Mental Health Services Administration (2000), *Summary of Findings from the 1999 National Household Survey on Drug Abuse*, Rockville, Md., Department of Health and Human Services.

Taussig, Michael (1987), *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man: A Study in Terror and Healing*, Chicago, University of Chicago Press.

Thomas, Piri (1967), *Down These Mean Streets*, Nueva York, Knopf [*Por estas calles bravas*, Nueva York, Vintage, 1998].

Thrasher, Frederic M. (1927), *The Gang*, Chicago, University of Chicago Press.

—— (1932), "Ecological Aspects of the Boys' Club Study", *Journal of Educational Sociology*, 6(1), diciembre, pp. 53-58.

—— (1936), "The Boys' Club and Juvenile Delinquency", *American Journal of Sociology*, 42(1), pp. 66-80.

Tilley, Margaret Campbell (1935), "The Boy Scout Movement in East Harlem", Tesis doctoral, New York University.

Tilton, Edgar (1910), *The Reformed Low Dutch Church of Harlem, Organized 1660: Historical Sketch*, Nueva York, The Consistory.

Time Magazine (1946, 4 de noviembre), "Veto Vito?", pp. 24-25.

U.S. Census Bureau (1990), *1990 Census of Population and Housing Block Statistics (Summary Tape File 1B)*. CD-Rom. Washington, D.C., U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census, Data User Services Division.

—— (2001), *Money Income in the United States, 2000 Current Population Reports, P60-213*, por Carmen DeNavas-Walt, Robert Cleveland y Mark Roemer, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office.

Van Dyk, Jere (1990), "Across the Line in East Harlem", *National Geographic*, 177(5), mayo, pp. 52-75.

Vergara, Camilo (1991a), "Lessons Learned, Lessons Forgotten: Rebuilding New York City's Poor Communities", *The Livable City*, 15(1), marzo, pp. 3-9.

—— (1991b), "The View from the Shelters: New York's New Ghettos", *The Nation*, 252(23), 17 de junio, pp. 804-810.

Village Voice (1990, 3 de abril), "Pregnant Addicts Turned Away", por Jan Hoffman, pp. 11-12.

Wacquant, Loïc (1993a), "Décivilisation et démonisation: la mutation du ghetto noir americain", en Christine Faure y Tom Bishop, comps., *L'Amerique des francais*, Paris, Editions François Bourin, pp. 103-125.

—— (1993b), "Urban Outcasts: Stigma and Division in the Black American Ghetto and the French Urban Periphery", *International Journal of Urban and Regional Research*, 17(3), pp. 366-383.

—— (1994), "The New Urban Color Line: The State and Fate of the Ghetto in Postfordist America", en Craig J. Calhoun, comp., *Social Theory and the Politics of Identity*, Nueva York, Basil Blackwell, pp. 231-276.

—— (1999), *Les prisons de la misère*, París, Éditions Raisons d'Agir. [*Las cárceles de la miseria*, Buenos Aires, Manantial, 2000.]

—— (2000), "The New 'Peculiar Institution': On the Prison as Surrogate Ghetto", *Theoretical Criminology*, 4(3), pp. 377-389.

—— (2002), "Scrutinizing the Street: Poverty, Morality, and the Pitfalls of Urban Ethnography", *American Journal of Sociology*, 107(6), pp. 1468-1532.

Wall Street Journal (1989, 18 de julio), "Born to Lose: Babies of Crack Users Crowd Hospitals, Break Everybody's Heart", por Cathy Trost, pp. A1, A6.

Ward, David (1989), *Poverty, Ethnicity, and the American City 1840-1925: Changing Conceptions of the Slum and the Ghetto*, Nueva York, Cambridge University Press.

Williams, Edward Huntington, M.D. (1914), "The Drug-Habit Menace in the South", *Medical Record*, 85, 7 de febrero, pp. 247-249.

Williams, Terry (1992), *Crackhouse: Notes from the End of the Line*, Nueva York, Addison-Wesley.

Willis, Paul (1977), *Learning to Labor: How Working Class Kids Get Working Class Jobs*, Aldershot, U.K., Gower.

Wilson, Julius (1987), *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press.

Wolf, Eric (1956), "San José: Subcultures of a 'Traditional' Coffee Municipality", en Julian Steward, comp., *The People of Puerto Rico*, Chicago, University of Illinois Press, pp. 171-264.

—— (1990), "Distinguished Lecture: Facing Power-Old Insights, New Questions", *American Anthropologist*, 92(3), pp. 586-596.

Glosario*

acho: abreviatura de "muchacho"
agallar: enojar
agregado: económicamente dependiente; entrometido
ajorar: apresurar; agobiar
amometado: deprimido
arrebatarse: drogarse

babilla: atrevimiento
baby: nene
baggies: pantalones holgados
batey: patio
bellaco: sexualmente excitado
bemba: boca; labios gruesos
bibí: biberón
bicho: pene
bichote: cabecilla de una organización narcotraficante (del inglés *big shot*)
bochinche: chismorreo
bodega: almacén
bolita: lotería clandestina
bolo: pene
bon: indigente (del inglés *bum*)
bóndol: cantidad preestablecida de drogas empacadas para la venta al por menor (del inglés *bundle*)
boss: jefe
bregar: lidiar, manejar; trabajar; pelear
bucear: mendigar, solicitar dinero
burrunazo: golpe fuerte

* Los términos que en el texto se han mantenido en inglés aparecen en itálicas en este glosario.

burundanga: desorden
cachete: gratis
cachetear: vivir a costa de los demás
caneca: botella de alcohol de medio litro
cantazo: golpe
canto: pedazo
carepalo: inexpresivo
caucho: sofá (del inglés *couch*)
chambones: zapatos
chavos: dinero
cheche: el más hábil de un grupo
chichar: fornicar
chilla: amante
china: naranja
chocha: vulva
chota: delator
chulo: ingenuo; bonachón
churras: diarrea
clavar: fornicar
cocotazo: golpe seco en la cabeza
coger de mangó bajito: aprovecharse de una persona
colgar: reprobar
comai: comadre
comer jobo: faltar a clases
coro: grupo de amigos
corrientón: chabacano
corteja: amante
cucar: provocar
cuco: monstruo mítico con el que se amenaza a los niños. "Coco" en otros contextos
cuero, cueruda: prostituta
culero: pañal

dar lata: hablar mucho; molestar
darse un palo: beber alcohol
descocotar: golpear, dar una paliza
destatusar: descalabrar
¡dito!: interjección que expresa angustia o compasión. Abreviación de "bendito"
duro: tacaño

¡Ea rayo!: interjección que expresa asombro o sorpresa

echárselas: presumir
embalar: ir de prisa. Salir embalao: salir corriendo.
embolle: narcodependencia
empaquetarse: vestirse bien
encabronar: enojar
encojonar: enojar
enfogonar: enojar
ennotarse: drogarse
eslembado: abstraído
esnifear: inhalar (del inglés *to sniff*)
esnú: desnudo
espetar: clavar, insertar
estar mala: estar en el período de la menstruación
estibado: repleto

feca: mentira
fijar: pagar una fianza
fleje: mujer promiscua (despectivo)
fracatán: gran cantidad
fregar: lavar los platos
fresco: promiscuo; descarado
friquear: asustar
fuetazo: golpe

ganga: pandilla (del inglés *gang*)
garata: disputa
gata: mujer atractiva
grifo: crespo
guagua: autobús
guame: cosa fácil
gufear: pasar el rato, divertirse (del inglés *to goof around*)
guiar: conducir
guillar: presumir
guiso: robo

hierba: marihuana

jabao: persona de piel blanca con rasgos africanos (despectivo)
jalado: ebrio
janguear: pasar el rato, divertirse (del inglés *to hang* o *to hang out*)
jaquetón: bravucón

jara: policía. Del estereotipo del policía como un hombre irlandés de apellido O'Hara
jeba: muchacha
jendido: ebrio
jevi: intenso (del inglés *heavy*)
joder: molestar
josear: vender drogas; manipular en busca de dinero fácil o de negocios sucios (del inglés *to hustle*)
juqueado: enganchado; adicto; absorto (del inglés *hooked*)

lamber ojo: adular o mantener falsas apariencias para agradar a un superior
lay off: cese laboral

maceta: avaro
macetazo: golpe
mai: madre
majones: pantalones de mezclilla
mamado: tonto
mamey: cosa fácil
mandulete: perezoso
manganzón: perezoso
mangó: mango
manteca: heroína
mantengo: asistencia pública (despectivo)
mapear: fregar el piso (del inglés *mop*)
masacote: pene voluminoso
material: drogas
misión: juergas de *crack*
mollo, molleto: hombre negro
morón: tonto (del inglés *moron*)
motete: mochila

norsa: enfermera (del inglés *nurse*)
nota: rapto resultante del consumo de drogas

ñangotearse: acuclillarse

overtime: horas extra

pachotada: grosería
pai: padre

pala: influencias, buenas conexiones
pana, panín, panita: amigo
pasto: marihuana
pato: homosexual
pegado: que sufre de resaca
pela: paliza
pelado: sin dinero
peludo: complicado
perico: cocaína. De ahí el epíteto "periquero"
peso: dólar
petro: paranoico (suele referirse al efecto del consumo excesivo de cocaína)
picado: ebrio
piedra: *crack*. De ahí el epíteto "piedrero"
pinga: pene
pipa: *crack*. De ahí el epíteto "pipero"
pitorro: ron casero
popo: policía
prepa: novato; estudiante de primer año
presentado: descarado; entrometido
prieto: hombre negro
proyectos: edificios de vivienda subsidiada para personas de bajos recursos (del inglés *housing projects*)

revolú: desorden

safacón: basurero
salar: dar mala suerte
sínsora: lugar lejano. De ahí la expresión "la última sínsora"
social security: seguro social
speedball: mezcla de cocaína y heroína

tángana: reyerta
tecato: heroinómano
teenager: adolescente
tirar: vender drogas; fornicar
turca: borrachera

virado: loco
volarse: drogarse

zángano: tonto